

FUERZA DE TRABAJO PARIA EN ASIA

JAN BREMAN

Jose María Amoroto

(Traductor)

Primera edición, 2014

331.1109392
B8361f

BREMAN, JAN

FUERZA DE TRABAJO PARIA EN ASIA / JAN BREMAN.

— 1.^a ed. — Quito: Editorial IAEN, 2014

408 p.; 15 x 24 cm. (prácticas constituyentes, núm. 3)

ISBN: 978-9942-950-29-1

1. ECONOMÍA 2. FUERZA DE TRABAJO 3. MODO ASIÁTICO
DE PRODUCCIÓN 4. ECONOMÍA LABORAL 5. EMPLEO
6. MOBILIDAD LABORAL 7. ASIA 8. INDIA 9. CHINA I. TÍTULO

Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN)

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Telf: (593 2) 382 9900

www.iaen.edu.ec

Información: editorial@iaen.edu.ec

Dirección editorial: Miguel Romero Flores

Dirección de colección: Carlos Prieto del Campo

Traducción: Jose María Amoroto

Corrección ortotipográfica: traficantes de sueños y Roberto Ramírez Paredes

Maqueta y diagramación: traficantes de sueños

Diseño portada: David Rivera y Gabriel Cisneros Venegas

Impresión: Imprenta Editogran S. A.

Tiraje: 500 ejemplares

© Jan Breman, 2012

© IAEN, 2014

Quito-Ecuador, 2014

Título original: *Outcast Labour in Asia, Circulation and Informalization of the Workforce at the Bottom of the Economy*, Londres, Oxford University Press.

ÍNDICE

Prefacio	7
Agradecimientos del editor	9
Prefacio a la edición en castellano	11
Introducción. La gran transformación en el escenario asiático	17
I. La situación agraria	
1. El trabajo y la carencia de tierras en el sur y sudeste de Asia	45
2. La economía política del cambio agrario	63
II. Dejando el pueblo detrás	
3. Llegar a Calcuta: ¿senderos hacia una vida mejor o perdidos en callejones sin salida?	91
4. Cómo encontrar espacio, buscar oportunidades y ascender en el sector informal	113
5. Las áreas urbanas hiperdegradadas del planeta	135
III. La economía urbana y su fuerza de trabajo	
6. El trabajo industrial en la India poscolonial. Prolegómenos	147
7. El trabajo industrial en la India poscolonial. Eliminar el empleo en el sector formal	189
IV. El éxodo de la mano de obra rural	
8. El sector informal de la economía de India	217
9. La migración de la mano de obra desde la China rural a la urbana	249
10. Las infraciudades de Karachi	299
V. Las dinámicas de la exclusión	
11. La exclusión social en el contexto de la globalización	317
12. La economía política del trabajo no libre en el sur de Asia: magnitud y naturaleza de la servidumbre por deudas	359
13. Mitos de la red de seguridad global	391
14. El eventual regreso del darwinismo social	399

PREFACIO

Este volumen incluye un conjunto de ensayos escritos durante los últimos diez años bien como textos de conferencias, producto de invitaciones a distintos volúmenes colectivos o críticas de libros publicadas en varias revistas. Estos textos pueden haber aparecido en un formato ligeramente diferente para acomodarse a las necesidades de las editoriales y también he recortado pasajes para evitar la repetición de las narrativas y de los análisis. Los temas giran en torno a la migración laboral y la informalización del empleo, unas cuestiones sobre las que he centrado los estudios que he realizado en diferentes partes de Asia. Aunque parezcan ser de naturaleza económica, he profundizado en las dinámicas sociales, políticas y culturales del trabajo y la vida en los escalones más bajos de la economía rural y urbana. Para comprender lo que está sucediendo actualmente en el mundo se necesita una perspectiva comparativa. Además de vincular el presente con el pasado, he intentado contextualizar la gran transformación, la aparición de las sociedades y economías posagrarias en el más amplio escenario de Asia. Estoy en deuda con los editores de los libros y revistas por su permiso para reeditar mis ensayos en este volumen.

AGRADECIMIENTOS DEL EDITOR

El editor agradece a las siguientes editoriales y revistas por los permisos para incluir en este volumen los siguientes artículos y extractos.

Intermediate Technology Publications por «Of Labour and Landlessness in South and Southeast Asia», C. Kay y J. Mooji (eds.), *Disappearing Peasantries*, Londres, 2000, pp. 231-246.

Routledge por «The Political Economy of Agrarian Change», en Paul R. Brass (ed.), *Handbook of South Asian Politics*, Londres y Nueva York, 2010, pp. 468-490.

Economic and Political Weekly por «Coming to Kolkata: Pathways to a Better Life or Lost in Dead-end Alleys?», vol. 38, núm. 39, 2003, pp. 4151-4158; «How to Find Space, Shop Around, and Move Up in the Informal Sector», vol. 40, núm. 25, 2005, pp. 2500-2506; y «The eventual Return of Social Darwinism», vol. 39, núm. 35, 2004, pp. 3669-3672.

New Left Review por «Slumlands», 40, julio-agosto de 2007, pp. 141-148; «Myths of the Global Safety Net», 59, septiembre-octubre de 2009, pp. 1-8; y «The Undercities of Karachi», 76, julio-agosto de 2012.

Sage Publications por «The Study of Industrial Labour in Post-colonial India: The Formal Sector, a Concluding Review», en J. Parry, J. Breman y K. Kapadia (eds.), *The World View of Industrial Labour in India*, Nueva Delhi, 1999, pp. 1-41 y 407-431 respectivamente.

Organización Internacional el Trabajo por «Social Exclusion in the context of Globalization», documento de trabajo 18, Departamento de Integración Política, Ginebra, 2004.

Indian Journal of Labour Economics por «The Political Economy of Unfree Labour in South Asia: Determining the Nature and Scale of Debt Bondage», vol. 52, núm.1, enero-marzo de 2010.

PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

ESTE LIBRO TRATA de la cambiante y complicada situación de la fuerza de trabajo en las economías asiáticas. Difícilmente es posible analizar lo que sucede con el trabajo sin explorar y estudiar sus relaciones con el capital. Ese entendimiento es el hilo conductor que recorre las diversas partes en que se divide este estudio. Todos los capítulos se centran en las dinámicas de las economías asiáticas en esta era de globalización acelerada, que se desenvuelve en un escenario dominado por el modo de producción capitalista. Aunque estos ensayos se ocupan de la transformación que se está produciendo en el continente más poblado del mundo, la excepcionalidad no es la característica más destacable de un escenario que cambia rápidamente. Hasta la década de 1970, la idea de que el Resto del Mundo seguiría los pasos de Occidente era parte intrínseca del paradigma del desarrollo. Por medio de la industrialización y la urbanización, el «mundo subdesarrollado» reproduciría el camino que recorrieron las economías avanzadas en el siglo XIX: aumento del empleo en la industria, crecimiento de los niveles de vida, consumo de masas. Si por el momento no había muchos empleos industriales disponibles para los migrantes con poca tierra que empezaron a inundar las ciudades de América Latina, África, del subcontinente indio y del sudeste de Asia, donde la reforma agraria había sido casi inexistente, el consenso era que la propia vida urbana les ayudaría en su búsqueda de empleo. Por ahora tenían que apañarse con cualquier trabajo mal pagado que pudieran encontrar, como asalariados o por su cuenta, viviendo en improvisados alojamientos situados en las afueras de la ciudad o en terrenos desocupados. El floreciente sector informal se veía en un principio como una zona de transición, un amortiguador que desaparecería a medida que la mano de obra fuera incorporada por las dinámicas de la industrialización dentro de una creciente economía formal. Sin embargo, esta movilidad ascendente resultó ser algo bastante excepcional. Millones de personas permanecieron atascadas en la economía informal que habían contribuido a construir, o yendo y viniendo entre las zonas hiperdegradadas de la periferia urbana y las empobrecidas tierras rurales del interior, formando un enorme estrato de fuerza de trabajo precaria.

Ahora parece ser que es Occidente el que está siguiendo al Resto cuando se habla de la creciente inseguridad de las condiciones de trabajo. Cada una de las recesiones registradas desde la década de 1970, ha traído consigo prolongados episodios de elevado desempleo, privatizaciones y recortes y contracción del sector público, y han servido para debilitar la posición del trabajo en América del Norte, Europa y Japón. Los movimientos sindicales fueron vaciados por la contracción de la fuerza de trabajo industrial debida a las relocalizaciones de empresas, a la robotización y al crecimiento de los sectores no sindicados de servicios y de venta al por menor. Por otro lado, el ascenso de China, la entrada de cientos de millones de trabajadores mal pagados en la fuerza de trabajo mundial y la globalización del comercio ayudaron a hundir más los salarios y las condiciones de trabajo. El trabajo a tiempo parcial y los contratos de corta duración han ido en aumento junto a esa ambigua categoría que es el trabajo por cuenta propia. Ahora ha surgido una extensa literatura alrededor del tema del trabajo informal y precario en las economías avanzadas. ¿Qué relación tiene esto con las condiciones de trabajo fuera de Occidente, donde se encuentran las grandes masas de la humanidad? ¿Es posible generalizar sobre tendencias globales o las economías concretas necesitan ser analizadas comparativamente? ¿Cuáles son las implicaciones políticas de los cambios en los modelos de la fuerza de trabajo? ¿Estamos hablando de hecho de un nuevo fenómeno?

Hay autores que piensan esto último y que construyen sus argumentos expresando una perspectiva no comparativa sino específica de la región. Es un enfoque con el que estoy totalmente en desacuerdo pero que ha conducido a Guy Standing a afirmar que se está creando una nueva clase, un «precariado global». El «precariado», en la definición de Standing, está formado por todos aquellos que están inmersos en formas de trabajo inseguras que difícilmente les ayudarán a construirse una identidad o una actividad profesional deseables: trabajadores temporales y a tiempo parcial, trabajo subcontratado, empleados de centros de atención telefónica, trabajadores en prácticas y a prueba, becarios, médicos internos, investigadores docentes, etc. Se podría pensar que estos eran proletarios clásicos, despojados de medios de subsistencia y sin ninguna otra opción que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. Sin embargo, Standing es rotundo: «El precariado no es parte de la “clase obrera” o del “proletariado”». A pesar de la afirmación de que el «precariado» es una clase global, en el discurso de Standing la atención se dirige fundamentalmente a las economías avanzadas. De vez en cuando hay una breve excursión a tierras lejanas, a China especialmente, pero enseguida regresamos a los centros capitalistas de siempre cuyas poblaciones se habían acostumbrado en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial a la idea de que las cosas mejorarán con el tiempo, pero que en las últimas décadas —especialmente

tras la crisis financiera de 2008— han sufrido un marcado deterioro de sus condiciones de vida. La valoración de *The Precariat*, debe centrarse en su única afirmación novedosa: que el «precariado» es una nueva clase global. Sin embargo, la idea de que aquellos que se encuentran con contratos temporales o a tiempo parcial moldearán una clase única —con unos intereses radicalmente diferentes a los de los trabajadores a jornada completa o sindicados— es manifiestamente insostenible. De hecho, el fenómeno que Standing describe constituye regímenes laborales o maneras de organizar la economía, pero no formaciones sociales de clase. La sociedad capitalista se ha caracterizado siempre por un amplio repertorio de diferentes modalidades de empleo. Centrándose casi por completo en el periodo posterior a 1945, el relato de Standing carece de la profundidad histórica que sirve de base a las investigaciones sobre la precariedad laboral global. Lo que llegó a llamarse el «contrato de trabajo estándar» fue el resultado de un cambio del equilibrio entre el capital y el trabajo que se produjo en el hemisferio occidental durante el periodo de la Guerra Fría. En esencia suponía la dócil sumisión de los trabajadores al capital a cambio de un trabajo regular y unos adecuados medios de vida para ellos y los familiares a su cargo. La idea de que los trabajadores manuales, incluso en los países capitalistas más ricos, disfrutaran de una vida segura demuestra una lamentable ignorancia sobre las condiciones reales de la clase trabajadora.

Se puede discutir si la socialdemocracia consiguió domesticar al capitalismo o si fue a la inversa, pero nadie negará que la formalización de los términos y de las condiciones de empleo, unido al resto de procesos de democratización económica, social y política que acompañaron al establecimiento del Estado del bienestar y sus equivalentes, constituyeron para los trabajadores de las zonas capitalistas avanzadas un momentáneo cambio para mejor, ni que el concertado impulso hacia la «flexibilidad» laboral ha empeorado las condiciones de empleo y los acuerdos sobre seguridad social de cada vez más gente. La «precariedad» resume la posición en la que esos trabajadores se encuentran atrapados.

Tampoco puede generalizarse y trasladarse al resto del mundo una explicación del «precariado» basada en ejemplos aleatorios extraídos de América del Norte, Europa Occidental y Japón. Esta miopía crea una gran distorsión en el análisis de Standing: mientras afirma que ha identificado a una nueva clase «global», en la práctica se centra en los enclaves históricos de la prosperidad capitalista y no ofrece ninguna explicación sobre esa parte mucho mayor de la fuerza de trabajo mundial que está atrapada en condiciones de precariedad mucho peores. Si no sufren una movilidad social descendente es porque no pueden hundirse más de lo que ya están. En teoría, a Standing le gustaría considerar a estas masas sumidas en la miseria como parte del «precariado», pero no consigue explicar por qué quedan fuera del alcance de

su agenda correctiva. Standing se muestra tímido a la hora de poner cifras a su relato, pero no puede haber ninguna confusión sobre dónde se encuentran los mayores panoramas de precariedad. Según el *Informe sobre Empleo Global* de 2013 de la OIT sobre «empleo vulnerable», solamente el 3 por 100 –alrededor de 47 millones de un total mundial de 1.539– se encuentran en los países desarrollados, incluyendo a Estados Unidos y la Unión Europea, comparados con los 247 millones en el África subsahariana y los 405 y 490 millones en el este y sur de Asia respectivamente. En India, más del 90 por 100 de una fuerza de trabajo de 500 millones de personas debe resolver su subsistencia en la economía informal. Aquí, como en la mayor parte del Sur global, la fuerza de trabajo se extrae no solo de hombres y mujeres sino también de niños y ancianos, ya que para sobrevivir se requiere la contribución intermitente de todos los miembros del hogar. Se trata de un vasto ejército de reserva sometido tanto al sobreempleo como al subempleo. Realmente, los propios términos de «trabajo», «trabajador» y «fuerza de trabajo» tienen diferentes significados en estos vastos sectores informales. Tampoco estas enormes poblaciones precarias carecen de estratificación: la informalidad es un fenómeno multiclase estructurado por múltiples niveles de explotación. Sin duda todos sufren el sometimiento al capital, pero ese sometimiento se produce de varias formas. Estos estratos también se diferencian en la forma de afrontar las dificultades y en su resistencia frente a ellas, y algunos segmentos tienen más éxito que otros. Cómo definir su clase es algo discutible, pero es algo irrefutable que estamos tratando de una fuerza de trabajo no homogénea y compleja.

No hace falta decir que el desarrollo histórico del trabajo precario siguió pautas muy diferentes en el Sur global. En los países capitalistas avanzados, no por casualidad las principales potencias imperialistas, la formalización del empleo señaló un lento cambio del equilibrio entre el capital y el trabajo a partir de finales del siglo XIX, abriendo la posibilidad de que el proletariado mejorara sus condiciones de vida y de trabajo. Sin embargo, en las zonas periféricas de la economía mundial, condujo a formas de explotación y opresión incluso más intensas. En el momento en que el capitalismo poscolonial empezó a abrirse realmente camino en Asia, África y América Latina, el trabajo ya no era una mercancía escasa con la que los empleadores tuvieran que negociar, como había sucedido un siglo antes en Occidente durante la primera etapa de industrialización y urbanización. En la mayoría de los países subdesarrollados por el colonialismo, solamente un pequeño contingente de las clases trabajadoras se iba a beneficiar de la industrialización. Su huida de la pobreza y la dependencia también resultaría breve. Allí donde finalmente se introdujeron leyes laborales, su puesta en práctica fue escandalosa: los aparatos de gobierno encargados de la tarea de hacerlas cumplir utilizaron su poder para desviar emolumentos

que deberían haber ido a la fuerza de trabajo «protegida». Las supuestas ganancias de la formalidad desaparecieron en los bolsillos de funcionarios y políticos a la captura de rentas, dejando claro que la «informalidad» se practica no solamente en el empleo sino también en el gobierno y la política como un conjunto de relaciones que impregna a toda la sociedad. Para las masas de gentes con poca o ninguna tierra que eran redundantes en el interior rural, y que llegaron a las ciudades buscando mejores perspectivas, el trabajo informal mal pagado se convirtió en un estado permanente.

El «descubrimiento» de este sector fue realizado por los trabajos de campo antropológicos realizados en escenarios urbanos del Sur global a principios de la década de 1970. Veinte años más tarde, los responsables políticos internacionales estaban proclamando que el empleo inseguro, sin protección, era la solución al problema del crecimiento económico. En 1995 el informe anual del Banco Mundial detallaba cómo y por qué la promoción del mercado de trabajo sin trabas o flexible convenía a las empresas además de ser lo mejor para los intereses de los propios trabajadores. La ruta de flexibilización emprendida se suponía que era un incentivo para generar más empleo y de más calidad, pero los resultados han sido el crecimiento del paro y el aumento de los beneficios para el capital. En resumen, no hay uno sino varios regímenes de trabajo informal/precario y no son todos igualmente despiadados. La lección política que debemos extraer de ello no es clasificar a las diversas fracciones de la fuerza de trabajo en una secuencia de mayor a menor vulnerabilidad, sino por el contrario desarrollar estrategias que subrayen sus elementos comunes: formar alianzas entre el sector formal y el informal en vez de enfrentarlos entre sí. En el congestionado mercado de trabajo mundial, caracterizado por la escasez de trabajo asalariado, hay un peligro mucho mayor que en vez de unirse los ejércitos de reserva caigan en la tentación de ver a los demás como rivales y luchar por cualquier oportunidad de empleo que aparezca. Al no movilizarse sobre la base de la identidad ocupacional, no ven otra alternativa que apoyarse en las lealtades primarias de la etnicidad, la casta, la raza y el credo religioso. Las consecuencias de esa eventualidad tienen que controlarse estrecha y cuidadosamente, igual que los intentos, contra todas las dificultades, de forjar la solidaridad de clase a escala mundial. Si el capital es capaz de organizarse globalmente, ¿por qué el trabajo no se esfuerza por intentar hacer lo mismo?

Jan Breman, Ahmedabad/Ámsterdam, junio de 2014

INTRODUCCIÓN

LA GRAN TRANSFORMACIÓN EN EL ESCENARIO ASIÁTICO*

Un cambio civilizacional

NOS ENCONTRAMOS EN medio de un gran cambio de civilización, en la transición desde un modo de vida y de trabajo rural agrario a otro urbano-industrial. Durante dos mil años el avance de la humanidad ha estado dominado por las economías y sociedades agrarias y esa etapa ha llegado a su fin. Actualmente, grandes masas de gentes se ven expulsadas de la agricultura y de sus hábitats rurales empujadas por las fuerzas económicas de la producción capitalista. Karl Polanyi habló de «la gran transformación» para explicar la violenta arremetida del capitalismo que separó a la economía del marco político, social y cultural en el que había estado incrustada.

La industrialización, en tándem con la urbanización, fue el principio organizador de esta transformación impulsada por el mercado que se produjo en primer lugar en la comunidad del Atlántico. Polanyi insistió en que el nuevo orden que surgía ya era global por naturaleza, observación que le llevó a calificar a las zonas periféricas como la jungla colonial y semi-colonial. Su influyente obra se centraba en Europa, especialmente en Gran Bretaña, y describía el paisaje que se avecinaba como un verdadero abismo de degradación humana:

El proceso estaba entonces en sus comienzos y los trabajadores se apretujaban ya en esos nuevos lugares de desolación, las llamadas ciudades industriales inglesas. La población rural se había convertido en los habitantes deshumanizados de las áreas urbanas degradadas. La familia se encontraba en vías de destrucción y grandes extensiones del país desaparecían rápidamente bajo las montañas de ceniza y chatarra vomitadas por las «fábricas del diablo»¹.

* Este artículo fue presentado como discurso de aceptación del doctorado Honoris Causa por el Institute of Social Studies en su 57.º aniversario, celebrado en La Haya el 29 de octubre de 2009.

¹ Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Times*, Boston, Beacon Press, 1944, p. 39 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1989].

En Europa el éxodo de la mano de obra rural empezó en las primeras décadas del siglo XIX, mientras que en lo que más tarde se denominaría el Tercer Mundo se produjo un proceso similar en la segunda mitad del siglo XX, después de la descolonización. En la actualidad, el éxodo de la agricultura y del campo se ha convertido en un fenómeno global, resultado de un proceso en el que la gente que tiene poca o ninguna tierra que cultivar se vuelve superflua para la producción primaria y se incorpora a un enorme ejército laboral de reserva. La mejora de las comunicaciones y la reducción del coste de los transportes han acelerado la movilidad laboral a una escala mayor que nunca. Durante la etapa inicial de esta convulsión mundial la migración fue realmente intercontinental y produjo un flujo hacia los países poco poblados de América del Norte, América del Sur, África Meridional y Australia. Desde entonces, acceder a zonas ya desarrolladas del mundo se ha vuelto cada vez más difícil y las gentes que en el pasado eran alabadas como colonos emprendedores ahora son denigradas y estigmatizadas como refugiados económicos. En consecuencia, la migración, en general, tiende a quedar restringida al movimiento dentro del mismo país o de la misma región.

Aunque sin duda la movilidad intrarrural es bastante significativa, ahora la tendencia principal está en la travesía desde el medio rural a los destinos urbanos. Hay que señalar desde el principio que, aunque el ritmo de la urbanización se ha acelerado, por lo general no va acompañado de un rápido crecimiento del empleo industrial. La mayoría de los migrantes que se establecen en las periferias urbanas no consiguen incorporarse a empleos estables en fábricas o talleres, ni siquiera en pequeñas industrias de trabajo esclavo. En vez de ello encuentran un hueco en el sector de servicios como trabajadores por cuenta propia o ajena. Se quedan atrapados en el sector informal de la economía cuyas principales características son los bajos salarios, el trabajo a destajo o el *job work*^{**}, el trabajo poco o no cualificado, el empleo ocasional e intermitente, las jornadas de trabajo erráticas, la ausencia de contratos de trabajo formalizados y la falta de representación institucional. Estas características son dominantes en los hábitats hiperdegradados donde se congregan la mayoría de los que van llegando desde las zonas rurales.

Desde principios de la década de 1960, mi trabajo se ha centrado en el seguimiento de la transición rural/urbana y en la identidad y las dinámicas sociales de la pobreza, primero en el sur y después en el sudeste de Asia. Así, he podido comprobar cómo los intentos por incorporarse a la vida urbana que realiza un enorme ejército laboral de reserva se

^{**} El *job work* es el trabajo que se realiza con una materia prima o producto semielaborado, suministrado por el empleador, para completar una parte del proceso de producción de una mercancía [N. del T.].

ven frustrados por la creciente saturación de los nichos de empleo –como quiera que se definan– en el sector informal de la economía, así como por la marcada reluctancia de los habitantes urbanos bien establecidos a tolerar la presencia de los pobres en su entorno. Por ello, la mano de obra migrante ha permanecido flotante, un fenómeno que ha conducido a los trabajadores del campo a una situación de continua circulación en vez de a una migración permanente. He documentado este estado de masivo nomadismo laboral en mi trabajo de campo en India e Indonesia y, más recientemente, en China. He reunido muchos de los escritos sobre estas cuestiones publicados durante los últimos diez años en una colección de ensayos.

También en Occidente, cuando en la segunda mitad del siglo XIX el éxodo rural empezó a adquirir fuerza, la situación de movilidad entre el campo y la ciudad fue una tendencia importante. Sin embargo, esta recurrente movilidad disminuyó rápidamente y los migrantes acabaron por establecerse en sus nuevos hábitats, normalmente pueblos grandes o ciudades. Dejaron atrás su hábitat rural y se convirtieron en ciudadanos urbanos, a menudo como trabajadores industriales. Como observó Polanyi, lo que empezó como una catástrofe resultó ser el principio de un vasto movimiento de mejora económica que significó el creciente control de la sociedad humana (de nuevo) sobre mercados desbocados. La gran transformación que cambió el carácter del mundo del Atlántico finalmente consiguió embridar las fuerzas del capitalismo depredador. Si trasladamos la atención hacia la situación actual en Asia, podemos preguntarnos si las convulsiones provocadas por el desplazamiento de grandes masas de gente desde el campo a la ciudad tendrán ese mismo resultado. ¿Se trata esencialmente de una trayectoria de progreso social?

Circulación del trabajo en vez de migración

En diversas regiones de Asia, una gran cantidad de gente que en nuestros días abandona los pueblos no «llega» a las ciudades. Su movilidad es de naturaleza intrarrural, por lo que generalmente solo tiene una duración de temporada: regresan a su lugar de origen cuando su presencia ya no se necesita. Por ello, la migración de la mano de obra es realmente circulación de la mano de obra. Mi trabajo de campo durante los últimos cincuenta años se ha centrado en el ir y venir de estas gentes en el sur de Gujarat, una región con un elevado crecimiento económico en la costa occidental de India. Los miembros de esta fuerza de trabajo nómada, contratados sobre una base temporal y casual, son forasteros en la zona y son tratados como transeúntes por aquellos que utilizan su fuerza de

trabajo. Esta combinación de informalidad y circulación nos permite definir a estas gentes como ejército laboral de reserva².

Al examinar las principales características de su identidad, lo primero que se observa es que como contingentes socialmente desheredados, es decir, como miembros de comunidades atrasadas o poco desarrolladas y de minorías religiosas o tribales, pertenecen a las subclases de la sociedad rural que tienen poca o ninguna tierra. En su búsqueda de trabajo e ingresos fuera de la agricultura carecen no solo de capital físico sino también de capital social (poca educación y falta de las redes que les permitirían acceder a un trabajo estable y mejor). Esta falta de cualificaciones sociales, económicas y políticas, les lleva a quedarse atrapados en el fondo de la economía, tanto en sus lugares de origen como en sus nuevos lugares de trabajo. Después de verse expulsados por su redundancia en el proceso laboral rural agrario, se ven obligados a regresar de nuevo debido al carácter transitorio y temporalmente limitado de su incorporación a otros lugares. En ambos extremos de su eje de movilidad, son contratados solamente en la medida en que están dispuestos y son adecuados para el trabajo, y son despedidos cuando hay una caída de la demanda de su fuerza de trabajo o cuando pierden su capacidad para trabajar.

La circulación está asociada con el trabajo. Los miembros integrantes del hogar, mujeres y niños, pueden unirse a esta circulación o incluso se les exige que lo hagan en base de su capacidad para incorporarse al trabajo. Aquellos que no son aptos para trabajar, porque son demasiado jóvenes o demasiado viejos para ganarse por lo menos su propio mantenimiento, no acompañan a los miembros del hogar que se ponen en marcha. Eso significa que la fuerza de trabajo, no la unidad social de la que forma parte, es la que se vuelve móvil. El reclutamiento, una vez que empieza, se realiza a escala local y se basa tanto en la casta como en las comunidades. El modelo de segmentación del mercado de trabajo que ha surgido, de manera bastante arbitraria, tiende a volverse repetitivo con el tiempo en el sentido de que otros factores distintos a una particular aptitud parecen ser la principal fuerza desencadenante y propulsora. La circulación del trabajo tiene un efecto en cadena y no puede explicarse en términos del mecanismo de oferta/demanda que funciona en el mercado laboral formal. Los intermediarios laborales, actuando a favor de los empresarios, forman otro eslabón en la cadena de circulación de la mano de obra flotante y explica por qué los trabajadores pocas veces tienen acceso a otros empleos en cualquier sitio al que vayan, incluso en el sector informal. Optar por salirse del circuito establecido con el objetivo de quedarse e instalarse en el nuevo lugar

² Jean Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

de trabajo es prácticamente imposible. Por otra parte, la específica segmentación del trabajo, como la que encontré en fábricas de ladrillos, canteras, salinas y en las obras de construcción, perpetúa la circulación.

Moverse de un lado a otro no se debe necesariamente a una escasez local de trabajo, a una falta de manos disponibles o a una voluntad de trabajar. A menudo la preferencia por gente de afuera es parte de una estrategia a la que recurren los empresarios para dominar a una maleable y vulnerable mano de obra que, debido a su estatus forastero y transeúnte, ha perdido su poder de negociar. La llegada de migrantes hace que la mano de obra local se vuelva superflua y tenga que salir a la búsqueda de un empleo alternativo. Cae víctima del mismo proceso de no conseguir acceder a un trabajo estable y en consecuencia se une al ejército laboral de reserva. De esta manera, la afluencia y el éxodo están estrechamente relacionados entre sí en un perpetuo modelo de circulación.

¿Cuánta gente en India trabaja fuera de su casa todo el año o una considerable parte de él? Las cifras son difíciles de establecer porque el fenómeno de la mano de obra que queda flotante está enormemente subestimado en las estadísticas del censo y en macroencuestas como la Encuesta Nacional por Muestreo (ENM). Además, hay una falta de consenso sobre la definición de migración, tanto en términos de distancia (fijada por los límites del distrito o del Estado) como por la duración de la ausencia (semana, temporada, año o más). ¿Se consideran migrantes a los trabajadores que se desplazan diariamente desde el pueblo a la cercana ciudad, o solamente lo son si permanecen en el lugar de trabajo durante más de un día, de una semana o por más tiempo? Por otra parte, hay migrantes que recorren largas distancias —como los operadores de los telares que marchan a una temprana edad a Surat y que vuelven a su casa solamente en breves visitas— que se establecen de nuevo en sus lugares de origen en Orissa y Andhra Pradesh cuando están agotados. Como migrantes semipermanentes, pasan en soledad una gran parte de su vida laboral hasta que los condicionamientos económicos, debidos a la pérdida del empleo o a la edad, finalmente les llevan de vuelta a «donde pertenecen». En ambos extremos, la escala de la migración es fluida más que fija, difícil de comprender con un lenguaje de investigación que está muy influido por conceptos del sector formal.

Basándose en el informe que la Comisión Nacional sobre Trabajo Rural realizó en 1991, un migrante es una persona que migra temporalmente desde su lugar de residencia a otra área, ya sea rural o urbana, con la idea de obtener un empleo asalariado. Un grupo de estudio separaba esto más estableciendo que un trabajador migrante es el que trabaja en diferentes sectores como parte de una fuerza de trabajo temporal y regresa a su lugar de origen. De forma bastante arbitraria y basándose en estimaciones incompletas, más próximas a las conjeturas que a los datos

verificables, el informe de 1991 de esta Comisión calculaba que alrededor de 10 millones de trabajadores rurales abandonaron su casa en busca de trabajo. Con la salvedad de que la migración estacional había sido la principal preocupación de la Comisión, esta cifra incluía a 4,5 millones de migrantes rurales interestatales y alrededor de 6 millones de trabajadores migrantes intra o inter distritos temporalmente empleados dentro o fuera de la agricultura. Aunque el cambio de composición de la economía nacional, tanto a escala de sector como por lo que se refiere al desplazamiento del equilibrio rural/urbano del trabajo, se aceleró drásticamente después de que se publicara el informe, está bastante claro que en las décadas precedentes la magnitud de la circulación no se había registrado adecuadamente. Además de subestimar mucho el grado de participación de mujeres y niños en el desplazamiento anual, la tasa de migración tanto rural/urbana como intrarrural debe haber sido el doble de la señalada en el informe. Aunque sea una cuestión controvertida si en el sur de Gujarat tanto los que recorren cortas distancias (por ejemplo, los que se desplazan diariamente para trabajar en la zona industrial de Vapi), como los migrantes de larga permanencia (los trabajadores de los telares en la ciudad de Surat) deberían estar incluidos en las cifras de circulación del trabajo, incluso cuando se reduce el perímetro a los migrantes estacionales las cifras indicadas son demasiado bajas. Esto fue debidamente señalado por el grupo de trabajo sobre migración laboral. En una referencia a las conclusiones publicadas de mi propio trabajo de campo, este grupo de expertos señaló:

Parece que la migración circular es mucho más elevada de lo que puede deducirse de las cifras de la ENM y del Censo. Además, tanto los datos de la ENM como los del Censo están anticuados y acontecimientos que se han producido desde mediados de la década de 1970, como la Revolución Verde, no están reflejados. Por ejemplo, el Censo de 1981 parece ignorar la presencia de trabajadores migrantes procedentes de Maharashtra, que hablan *khandeshi*, en tres *taluks* [subdistritos] del distrito de Surat –Kamrej, Bardoli y Palsana– donde según estudios de carácter local, alrededor de 60.000 o 70.000 migrantes trabajaban en plantaciones de caña de azúcar durante ese periodo. Pero el Censo registra solamente a 11.373 personas de habla *marathi* y a 6 de *khandeshi*. Y las personas de habla *marathi* registradas en el censo no parecen ser trabajadores agrícolas³.

¿Muestran las estadísticas recientes un mayor grado de fiabilidad? Me temo que no y, una vez más, incluso esta observación no tiene ninguna base en datos objetivos y fiables. Según estimaciones más recientes que me han llegado, el número total de trabajadores migrantes para la totalidad

³ National Commission on Rural Labour [Comisión Nacional sobre Trabajo Rural], *Report of the National Commission on Rural Labour, vol. II: Report of Study Groups*, Ministerio de Trabajo, Gobierno de India, Nueva Delhi, 1991, p. K-17.

de India se podría situar en torno a los 30 millones⁴. La fuente de la que obtengo esta cifra cita, como un ejemplo típico, a por lo menos medio millón de emigrantes estacionales pertenecientes a comunidades musulmanas en el cinturón del arroz de Bengala Occidental durante el periodo de recogida de la cosecha. A la vista de la incompleta cobertura –ocasionada por la misma mezcla de ausencia de celo en la investigación, falta de rigor en las definiciones, reluctancia políticamente inspirada o una directa falta de voluntad para evaluar lo que sucede en los escalones inferiores de la economía y la sociedad– me inclino a sugerir que, actualmente, por lo menos 50 millones de personas están y permanecen en movimiento para compensar el déficit de ingresos y de empleo que afrontan durante una gran parte del año los hogares a los que pertenecen. Las conclusiones sobre migración presentadas por el Censo y por la ENM para los años 1991-2001 sugieren que la movilidad relacionada con el trabajo a largo plazo (más de diez años) es la categoría mayor de trabajadores migrantes, representando un poco más de la mitad del total, mientras que la categoría en el rango de uno a nueve años ascendía en el mismo periodo al 41 por 100, con una categoría residual del 7 por 100 que permanecía fuera durante menos de un año. Realmente, la ENM señalaba una disminución de la migración de corta duración durante la década de 1990, que descendía a 11 millones de trabajadores en 1999-2000 que se ausentaban entre dos y seis meses, de los cuales 8,5 millones estaban empleados en zonas rurales.

Lo que se muestra como una categoría residual en el censo y en la ENM es un segmento muy subestimado de la mano de obra total. Estos organismos están especializados en la recogida de datos estadísticos, pero se quedan cortos en el análisis cualitativo y contextual de su base de datos. Aunque la circulación no se limita a los hombres y mujeres que trabajan fuera de su casa por menos de un año, yo diría que esta categoría residual, que se desplaza y regresa dentro de un intervalo corto, representa una proporción mucho mayor de todos los migrantes a la búsqueda de empleo que un simple 7 por 100. El informe elaborado por la Comisión Nacional para las Empresas del Sector No Organizado establece inequívocamente que el número de estos migrantes (es decir, que circulan hasta un año) es mucho mayor que el estimado por las fuentes oficiales⁵. Srivastava ha sostenido que hoy en día los migrantes de corta duración (es decir, hasta seis meses)

⁴ R. Srivastava y S. K. Sasikumar, «An Overview of Migration in India, its Impact and Key Issues», documento presentado en la «Regional Conference on Migration, Development and Pro-Poor Policy Choices in Asia», Dhaka, Bangladesh, 22-24 de junio de 2003.

⁵ National Commission for Enterprises in the Unorganized Sector [Comisión Nacional para las Empresas del Sector No Organizado], *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganized Sector*, Nueva Delhi, Academic Foundation, 2008, p. 96. Un reciente estudio establece la cifra de migrantes temporales en 100 millones, un cálculo que no está respaldado por datos sólidos. Véase Priya Deshingkar y John Farrington (eds.), *Circular Migration and Multilocational Livelihood Strategies in Rural India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2009, p. 16.

no son menos de 40 millones y sugiere que todos los trabajadores flotantes juntos sumarían más de 180 millones, cerca del 40 por 100 de la mano de obra total⁶. Sin embargo, estas cifras tampoco están basadas en sólidos datos empíricos.

Muchas características relacionadas con la circulación o migración de la mano de obra están escasamente documentadas, por ejemplo, la información sobre la parte del presupuesto del hogar que se ha ganado trabajando fuera del lugar de residencia. Hay escasez de datos sobre la cantidad de dinero que se lleva a casa o que se envía y que se destina a cubrir necesidades diarias, así como sobre los gastos que se producen durante acontecimientos del ciclo de vida. Desde otra perspectiva, no habría que hablar de ahorros, sino entender estas cantidades como «préstamos» adelantados por el empresario o por un intermediario/contratista como pagos por un trabajo que será realizado más tarde. Las prácticas de neoservidumbre son a menudo el *modus operandi* de estos contratos de trabajo⁷. Aunque está bastante claro que el dinero necesario para sobrevivir procede de lo que los emigrantes consiguen ahorrar, a menudo no se tiene en cuenta cómo los miembros de la familia que han quedado en casa contribuyen a los costes de reproducción en términos del cuidado de niños y ancianos y del gasto en medicamentos en el caso de problemas de salud. La clase de trabajos para los que está cualificada la mano de obra flotante la hace proclive a enfermedades, lesiones y accidentes que afectan a la salud física y mental de unos trabajadores que, mal alimentados y sobrecargados de trabajo, ya sufren toda clase de problemas de salud.

A la búsqueda de trabajo y refugio

Las gentes que se ven expulsadas de la agricultura no renuncian a los hábitats que las mantienen vinculadas con sus pueblos de origen, ante todo y sobre todo, porque en el espacio urbano han podido ser aceptadas como trabajadores temporales pero no como residentes. Eso significa simplemente que no pueden permitirse olvidar el refugio que han dejado atrás en las zonas rurales, además teniendo en cuenta el hecho de que los miembros dependientes del hogar no les han acompañado en su partida. Aquí se puede observar un gran contraste con la transformación que se produjo en el mundo occidental cuando hace siglo y medio se acentuó el éxodo rural. Cuando las clases trabajadoras en Europa empezaron a abandonar el campo, se llevaron a sus familias a las ciudades donde se establecieron. La

⁶ R. Srivastava, «Labour migration, inequality and development dynamics in India: An Introduction», *The Indian Journal of Labour Economics*, número especial sobre migración laboral y desarrollo en India, vol. 54, núm. 3, julio-septiembre de 2011.

⁷ J. Breman, *Labour Bondage in West India: From Past to Present*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007.

vivienda pública estaba patrocinada por el Estado/municipio o por empresas establecidas por los propios ciudadanos recién llegados. En India, sin embargo, las cooperativas de viviendas para los trabajadores industriales no llegaron a ser una parte importante de la expansión urbana en la mayor parte del país. A diferencia de Europa, donde las cooperativas de viviendas son parte de los vecindarios de la clase trabajadora, en India este término señala invariablemente la presencia de propietarios de la clase media que han comprado sus chalets y apartamentos a constructores privados. Las colonias para trabajadores las solían levantar los empresarios bien como hileras de barracones en las plantaciones y en el cinturón minero o como *chawls*, formados por callejones cerrados con viviendas baratas levantadas alrededor de las fábricas textiles como, por ejemplo en Bombay (a partir de ahora Mumbai) y Ahmedabad. Debido a la incesante informalización de la economía, de la que el empleo casual es una importante característica, ha desaparecido la necesidad de mantener una mano de obra estable y de proporcionarle incluso un mínimo de vivienda.

Los trabajadores del sector informal que han llegado a la ciudad para intentar encontrar un nicho más permanente en la economía urbana tienen que arreglárselas por su cuenta. Para ello, como describe Mike Davis en *Planet of Slums*⁸, ocupan un terreno libre o encuentran un hueco en alguno de los asentamientos, normalmente en las afueras. Los refugios que se construyen, agrupados en colonias y levantados con materiales de desecho, carecen de servicios básicos como agua corriente, instalaciones sanitarias, electricidad, escuelas y adecuadas carreteras de acceso, y resulta difícil llegar utilizando el transporte público. Pero en los pueblos, las colonias habitadas por las castas o clases inferiores no son mejores. Sin que haya ninguna razón para ello, el mundo de la vivienda hiperdegradada tiene una connotación urbana, aunque las chabolas que se extienden por los campos estén igualmente pobladas por residentes que viven en la completa degradación. Aun así, a ambos lados del eje rural-urbano, los trabajadores pobres tienen por lo menos una morada fija por muy destartada que sea. Es un espacio al que pueden retirarse de la dureza de su trabajo diario, del acoso de su empleador o de su agente y del agobio de vecinos.

Sin embargo, los migrantes que se encuentran en un estado de circulación a menudo tienen que vivir sin un refugio adecuado y no disfrutan de la comodidad de la privacidad. Ese es el caso de los trabajadores de los telares de Surat que duermen apiñados en habitaciones con los compañeros de trabajo; de los trabajadores de la construcción que disponen de una especie de campamento en la obra; de los trabajadores de las fábricas de

⁸ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, Verso, 2006 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

ladrillo que levantan un chamizo con los ladrillos rechazados; de las cuadrillas de recolectores de arroz a las que se les permite prepararse la comida y pasar la noche en los campos del agricultor y del ejército ambulante de cortadores de caña que acampa a lo largo del camino o en terreno abierto en una tienda de lonas de plástico; todos ellos, mientras dure la temporada de trabajo, tendrán que apañarse sin agua potable ni instalaciones sanitarias. Un trabajador tuvo el valor de decir a un grupo de funcionarios que habían llegado para enterarse de cómo les trataba la dirección de la fábrica que «incluso los perros están mejor». Eso sucedía hace más de veinte años y desde entonces no ha cambiado nada. Pero la ira con la que estos trabajadores nómadas reaccionan a su drama de explotación y subordinación muestra que no están solamente a la búsqueda de empleos estables sino también de decencia y dignidad. Cabe preguntarse cuáles son las posibilidades de que realicen esas ambiciones, estimuladas por la legítima exigencia de una mayor calidad de vida. La degradación y deshumanización que Polanyi destacó como los rasgos característicos de la etapa inicial de la gran transformación abrieron camino en el mundo Atlántico a una decisiva mejora en la posterior transición hacia un medio de vida urbano-industrial. Por ahora, las mucho mayores clases trabajadoras del Asia contemporánea no tienen un futuro mucho mejor a la vista del avance que se ha realizado en esa dirección que no invita al optimismo.

Lo que hay que resaltar es la fuerte interdependencia que existe en las economías informales del Sur global entre la continua circulación del trabajo y el empleo. La contratación de mano de obra por un periodo limitado de tiempo, que no dura más de una estación, está en consonancia con la naturaleza temporal de muchas actividades del sector informal: la recogida de diversas cosechas (arroz, caña de azúcar, tabaco, algodón y mango), la extracción de piedra, la fabricación de ladrillos o la extracción de sal marina, son actividades que solo se pueden realizar durante los meses secos del año. Lo mismo sucede con otras industrias rurales y urbanas que se desarrollan al aire libre con buenas condiciones climatológicas y con el trabajo en la construcción: la producción se detiene antes del comienzo del monzón. De hecho, la circulación del trabajo facilita la actividad del sector informal y, a la inversa, la progresiva informalización de la economía acentúa el movimiento de una mano de obra muy precarizada.

La mejora de la infraestructura de comunicaciones, el transporte por medio de vehículos mecanizados y las informaciones sobre a dónde ir y qué hacer, disponibles al principio y al final de la ruta, contribuyen al constante movimiento de migración/circulación. El resultado es que la distancia puede salvarse en un tiempo relativamente corto, por tren, autobús o camión, al mismo tiempo que los costes del transporte han descendido. Dicho esto, también me gustaría señalar que normalmente no es el empresario o su

agente el que soporta el coste del viaje realizado, sino los propios migrantes. Transportarlos desde el pueblo hasta el lugar de trabajo donde son contratados, y llevarlos de vuelta cuando son despedidos, supone gastos que se cargan en su cuenta, añadiéndose a la deuda que da comienzo al contrato. La pobreza de recursos de la enorme multitud que se ve obligada a participar en el viaje anual a otros destinos para trabajar largas horas a cambio de bajos salarios, es una consecuencia directa de su incapacidad para realizar una clase mejor de trabajo en su lugar de residencia que produzca mayores ganancias. Para la gran mayoría de estas gentes, escasamente educadas o directamente analfabetas, la circulación del trabajo no es una elección libre sino la extenuante y agotadora expedición que tiene que repetirse una y otra vez, pocas veces recompensada con una mayor cualificación laboral o con ahorros que puedan ser utilizados para una inversión que conduzca a una situación económica más segura. La circulación es como mucho una estrategia de supervivencia, una ruta emprendida para afrontar la amenaza del desempleo y la falta de medios necesarios para mantener en marcha el hogar.

Cuando después de la independencia se realizaron las reformas agrarias —como había prometido la dirección nacionalista en sus esfuerzos para movilizar a los campesinos en la lucha contra el dominio colonial—, los segmentos de fuerza de trabajo rural que tenían poca o ninguna tierra no se beneficiaron de la redistribución del capital agrario. Su exclusión en ese momento crítico de reestructuración de la propiedad de los recursos explica por qué quedaron excluidos del proceso de desarrollo socioeconómico durante la segunda mitad del siglo XX. En 1991 la Comisión Nacional sobre Trabajo Rural respaldó su dictamen sobre el fracaso político y estratégico para fortalecer la base de activos de las subclases rurales con la siguiente declaración:

Incluso un pequeño pedazo de tierra puede servir no solo como una fuente complementaria de ingresos para el hogar del trabajador rural, sino también como una fuente de seguridad. Tener un terreno donde apoyarse, por muy exiguo que sea, puede debilitar el síndrome de dependencia en el escenario rural. A pesar de dos rondas de legislación sobre reforma agraria, los excedentes de tierra adquiridos y distribuidos entre los pobres rurales han estado por debajo del 2 por 100 del área cultivada total. En varios estados, debido a una puesta en práctica muy insatisfactoria de las leyes que limitan el tamaño de las propiedades, no se ha alcanzado el objetivo de adquirir la tierra excedente y distribuirla entre los que carecían de ella. Además, apenas ha habido algún intento para influir en el mercado de la tierra a favor de los pobres rurales adelantándoles préstamos a largo plazo para que pudieran comprar tierra⁹.

⁹ National Commission on Rural Labour [Comisión Nacional sobre Trabajo Rural], *Report of the National Commission on Rural Labour, vol. I; Main Report*, Nueva Delhi, Ministerio de Trabajo, Gobierno de India, 1991, pp. v-vi.

Después de la independencia, los incondicionales del Partido del Congreso anunciaron que simplemente no había suficiente tierra para proporcionar a todas las clases campesinas una propiedad viable. Se dijo que las presiones sobre los recursos agrarios ya habían sobrepasado los niveles críticos en la mayoría de las regiones del país y por ello en vez de ofrecer pequeñas parcelas, que no producirían suficientes empleos ni ingresos, a los que tenían poca o ninguna tierra se les dijo que les aguardaba un futuro mejor al margen de la agricultura como mano de obra para las fábricas de las ciudades, que iban a proporcionar empleos decentes y cualificados a todos aquellos cuya fuerza de trabajo se había vuelto redundante en la economía rural. Sin embargo, el gran paso a un modo de producción urbano-industrial resultó llevar más tiempo del previsto por políticos y estrategas; la solución fue construir ingeniosamente la idea de un sector informal, un parche para el problema de los contingentes desfavorecidos a los que se había animado a que abandonaran sus pueblos a la búsqueda de un empleo alternativo. De cualquier forma, el Estado no hizo nada por ocuparse de la gente que se había vuelto flotante o por apoyarla y protegerla en su búsqueda de trabajo y refugio.

La informalización como estrategia para reducir los costes laborales

La idea inicial era que el sector informal actuara como sala de espera para migrantes que habían encontrado su camino hacia la economía urbana. La familiarización con el ritmo de vida y de trabajo urbano se suponía que les iba a ayudar a ascender en la jerarquía laboral. Sin embargo, ese escenario ha resultado ser demasiado optimista. Aunque seguía llegando un flujo en constante aumento de buscadores de un trabajo estable, solamente se les ofrecía un trabajo precario que giraba en torno a empleos temporales más que regulares. En vez de acabar con su estatus de migrantes recién llegados y encontrar un primer hueco desde el que ascender en la economía urbana, muchos de los que entraron en la ciudad tuvieron que marcharse de nuevo, si no cuando la temporada o el año habían acabado, cuando habían perdido la fuerza de trabajo necesaria para quedarse. Incluso aunque consiguieran alargar la duración de su estancia urbana, finalmente fracasaban en escapar de su adscripción a un ejército flotante.

Otra idea indebidamente optimista era la sugerencia de que el sector informal es capaz de acomodar a cualquier cantidad de nuevos miembros. Aunque la ciudad ya estuviera inundada de niños limpiabotas, *ricksshaw-valas*, trabajadores de la construcción, cargadores, vendedores callejeros, mendigos, etc., la idea predominante era que «no había problema»: en estas actividades puede entrar más gente y encontrar una adecuada demanda de consumidores dispuestos a comprar sus servicios. Es el mito de la infinita capacidad de absorción del sector informal y no es más que eso: un mito. El desempleo y el subempleo de la mano de obra flotante son cuestiones

totalmente desatendidas que requieren una específica y detallada investigación que ilumine el extremo inferior de la vida urbana y rural que hasta ahora se ha mantenido en la sombra. En otra etapa de mi trabajo de campo en Gujarat, entre 2004 y 2006, encontré que la circulación del trabajo tanto intrarrural como urbano-rural había descendido en las localidades de mi estudio. La razón no era que hubiera más y mejores oportunidades de empleo en el pueblo o a poca distancia, sino, como me dijeron, que los migrantes se habían quedado fuera de los mercados de trabajo que conocían. Me inclino a interpretar esto como una señal de que el sector informal está quedando saturado por un exceso de oferta de mano de obra que ya está en estado de reserva.

Polanyi sugirió que el mercado libre de trabajo que surgió en Gran Bretaña en la década de 1830 con la abolición de las disposiciones de las Poor Laws —que se oponían a la migración hacia localidades urbanas— fue finalmente beneficioso para el segmento desplazado de la mano de obra: «Se acabó la ayuda para el desempleado físicamente sano, se acabaron los salarios mínimos y la protección del derecho a vivir. El trabajo debía ser tratado como lo que era, una mercancía que debe encontrar su precio en el mercado»¹⁰. El nuevo régimen era duro, pero retrospectivamente fue elogiado como una bendición encubierta porque la organización sin trabas del mercado se volvió contraproducente y condujo inevitablemente a que se creara una presión a favor de la protección. Para Polanyi esta respuesta proteccionista fue una reacción contra una dislocación que atacaba al tejido de la sociedad y que finalmente hubiera destruido la misma organización de la producción que el mercado había creado. Si volvemos de nuevo a las pujantes economías de Asia, ¿se puede percibir actualmente ese cambio hacia tiempos mejores? Cabe preguntarse si realmente es posible que las grandes masas redundantes en su hábitat rural lo abandonen y encuentren un empleo regular en otro lugar. Por mi parte, lo que suelo encontrar es una oferta de trabajo que excede en mucho a la demanda estructural de este factor de la producción. Eso ayuda a explicar por qué un segmento de campesinos con poca o ninguna tierra no se desplaza libremente en el mercado de trabajo sino que permanece como una precaria mano de obra presa de la deuda¹¹. Se convierten en móviles en un estado de inmovilidad. Esto me lleva a cuestionar la suposición de que el tipo de incesante circulación en la que una sustancial parte de la humanidad está actualmente implicada será sustituido por un régimen de trabajo decente y digno que ofrezca seguridad y protección para los trabajadores pobres, como sucedió hace un siglo en el mundo del Atlántico.

¹⁰ K. Polanyi, *The Great Transformation*, op. cit., p. 117.

¹¹ J. Breman, *The Poverty Regime in Village India: Half a Century of Work and Life at the Bottom of the Rural Economy in South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007.

Estimaciones anteriores que establecían que menos de la mitad de la población trabajadora dependía para su sustento de los ingresos del sector informal han sido revisadas para incluir por lo menos a las tres cuartas partes o incluso a las cuatro quintas partes de todos aquellos que tienen un empleo remunerado. Además del crecimiento demográfico, un conjunto de mecanismos económicos y sociales —principalmente la fragmentación de las propiedades agrarias y la mecanización del trabajo agrícola— ha provocado un rápido descenso del volumen de trabajo en la agricultura. El reconocimiento de esta tendencia ha llevado a una reconsideración de la idea de que el proceso de transformación en el Tercer Mundo sea esencialmente una tardía repetición del escenario de industrialización y urbanización que a principios del siglo XX puso las bases para el Estado del bienestar en Occidente.

Esta revisión crítica de la idea inicial de una trayectoria evolutiva basada en el modelo occidental tiene grandes implicaciones políticas. La nueva corrección política es afirmar que los esfuerzos ya no deben centrarse en formalizar el régimen laboral. En lo que supone una gran desviación de la anterior ruta hacia el desarrollo, ahora se sugiere que se debe poner fin a los privilegios que tiene una proporción cada vez menor de la población trabajadora. Según este razonamiento, la protección que disfruta una vanguardia de la mano de obra —que en los países del Tercer Mundo no representa más de la décima parte de la población total que vive de la venta de su fuerza de trabajo— es perjudicial para los esfuerzos de la gran mayoría por mejorar las condiciones en las que viven. Esta competencia «desleal» podría evitarse aboliendo la seguridad del empleo, los salarios mínimos, los topes a las jornadas laborales y otros derechos laborales secundarios que normalmente se aplican en el sector formal.

Pero ¿no deberíamos preocuparnos porque entonces las cosas irán todavía peor? No. Aquellos que piden flexibilidad para dar a los empresarios mano libre para contratar y despedir como les parezca sugieren que este enfoque realmente conduciría a más y mejor empleo y a una subida de los salarios reales. La idea de que los esfuerzos ya no deben centrarse en aumentar la formalización del régimen laboral parece haberse convertido en la mentalidad imperante en el entorno de los estrategas neoliberales. Los análisis que se centran en el lado positivo del régimen de informalidad económica se dirigen a refutar la idea de que abandonar el sector formal y unirse al sector informal implicará automáticamente un deterioro de los niveles de vida. Esta perspectiva a menudo tiende a culminar en una oda a las virtudes de las microempresas y del autoempleo. El Banco Mundial ha sido un destacado defensor de la política de informalización que va acompañada de la erosión de los derechos de los trabajadores del sector formal.

Ese era el mensaje básico del *World Development Report 1995* que analizaba la posición del trabajo en la economía globalizada¹².

Insistir en la migración como la hoja de ruta al progreso

El Banco Mundial está al frente de todos aquellos que sostienen que debido a la presión sobre los recursos agrarios —la relación hombre/tierra se está volviendo más desfavorable de lo que ya ha sido durante mucho tiempo— la migración hacia cualquier trabajo e ingreso no agrario que se pueda encontrar es imprescindible. Realmente, el juicio tiene un carácter más positivo que eso y se resume en el último *World Development Report 2009*¹³. El caso de China, especialmente, se considera una demostración de que el éxodo de grandes contingentes de trabajadores (una cifra de entre 150 y 200 millones en 2008) desde las tierras rurales del interior a los polos de desarrollo urbano es una situación ganadora para todos los participantes: para los migrantes porque obtienen empleos y salarios más altos; para los lugares de destino porque necesitan más mano de obra que la disponible localmente, y para los lugares de origen porque se benefician de las remesas de dinero que se envían de vuelta.

Al presentar su receta de movilidad laboral a gran escala como una estrategia en pro del crecimiento, el Banco Mundial se ha abstenido cuidadosamente de referirse a las evidencias que muestran que a menudo los migrantes más que ganar lo que hacen es perder. En primer lugar porque la partida de muchos campesinos con poca o ninguna tierra es una forma de migración forzada que busca alejarse de la miseria o de la indigencia sin que necesariamente acabe en un trabajo mejor y en salarios más elevados; es una vía de escape que dura una temporada, un remedio a corto plazo en respuesta a la falta estructural de recursos para sobrevivir permaneciendo en el lugar. Para muchos de ellos, la migración está destinada a ser circular por naturaleza debido a la falta de capital físico y social para establecerse en otro lugar. La decisión de irse tampoco se basa en el ejercicio de una elección libre sino que está impuesta por la necesidad de vender la fuerza de trabajo por adelantado, lo que lleva a quedarse atrapado en una relación de servidumbre por deudas¹⁴.

Mientras proclama que abandonar el lugar de residencia es el camino para salir de la pobreza, el *World Development Report 2009*¹⁵ condena con firmeza lo que llama el establecimiento de barreras a la movilidad laboral.

¹² Banco Mundial, *World Development Report 1995: Workers in an Integrating World*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

¹³ Banco Mundial, *World Development Report 2009: Reshaping Economic Geography*, Nueva York, Oxford University Press, 2009.

¹⁴ J. Breman, Isabelle Guérin y Aseem Prakash (eds.), *India's Unfree Workforce: Of Bondage Old and New*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2009.

¹⁵ Banco Mundial, *World Development Report 2009*, *op. cit.*, p. 163.

Se rechazan los esfuerzos por aumentar las oportunidades de empleo rural –como el plan recientemente presentado en India para generar obras públicas– considerándolos una pérdida de tiempo y dinero, desaconsejables porque semejantes intervenciones tienden a reducir el libre flujo del trabajo ensalzado como lo que más favorece los intereses de todas las partes implicadas. En lo que es una dura crítica de la postura del Banco Mundial, diversos autores destacan el lado beneficioso de la National Rural Employment Guarantee Act (NREGA):

Desde la puesta en marcha del programa, los informes de los medios de comunicación indican que en muchas zonas del país, la NREGA –descrita por el Informe del Banco Mundial como retardadora de la movilidad laboral– ha mejorado la confianza de los trabajadores rurales que han redoblado sus reivindicaciones salariales. Al no hacer referencia a la política que hay detrás de la NREGA, el Informe niega de hecho esas luchas y su éxito (por limitado que haya sido) para conseguir un mínimo de derechos y por ello una ventaja «espacial» para los trabajadores migrantes. La descripción que hace el Informe de esta política y práctica como mal concebidas elimina de hecho no solo las heridas (emocionales y físicas) que suponen el volverse móvil para un gran número de personas, sino también la sensibilidad de los gobiernos a la presión democrática¹⁶.

Por supuesto, junto a otros estrategias políticas, el Banco Mundial es plenamente consciente de que los migrantes necesitan por lo menos un punto de apoyo para poder establecerse más permanentemente en el entorno urbano. Si no se presta atención a sus necesidades básicas, los recién llegados pueden encontrar que el terreno al que arriban no es apto para quedarse. Si no tienen acceso a unos mínimos servicios sociales como un refugio barato y subsidios para alimentos, disponibles para otros habitantes, el coste a largo plazo de la vida en la ciudad se vuelve prohibitivamente elevado. El mismo razonamiento sugiere que otorgar derechos de propiedad y seguridad en la tenencia de las parcelas donde los habitantes de las zonas hiperdegradadas han levantado su refugio –ideas claramente tomadas del manual de Hernando de Soto¹⁷– contribuye a facilitar a los migrantes su viaje por el tortuoso camino que lleva a que sean aceptados como residentes urbanos regularizados con un estatus legal. La pregunta, desde luego, es hasta qué punto se ponen en práctica estas medidas mínimas que se presentan en el documento del Banco Mundial como «intervenciones selectivas». Parece que poco o nada.

Aunque la presión sobre los recursos en el medio rural está aumentando, la tasa de crecimiento de la población urbana en India, al contrario de lo que

¹⁶ A. Mariganti *et al.*, «Where is the Geography? World's Bank's WDR 2009», en *Economic and Political Weekly*, vol. 54, núm. 19, 2009, pp. 45-51.

¹⁷ J. Breman, *The Labouring Poor in India: Patterns of Exploitation, Subordination and Exclusion*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2003.

se podría esperar, no está creciendo sino decreciendo. ¿Por qué? De acuerdo con Amitabh Kundu¹⁸, no se debe a que la movilidad del trabajo esté disminuyendo. La redistribución de la población entre el campo y la ciudad parece estar llegando a un nuevo equilibrio porque el escenario urbano se ha vuelto marcadamente hostil para unos forasteros que llegan no solo para trabajar sino también para ocupar un espacio para ganarse la vida. Encontrar acceso a los organismos encargados de conceder los permisos necesarios para obtener la ciudadanía urbana es prácticamente imposible para los habitantes de las zonas hiperdegradadas, acusados desde el primer día de ser unos ocupas sin ningún derecho a las tierras baldías, públicas o privadas, sobre las que han levantado sus precarios refugios. El espacio que invaden se necesita para construir carreteras, puentes, canales y centrales eléctricas como parte de una creciente infraestructura urbana o se utiliza para levantar colonias de viviendas para gentes con mayores ingresos regulares. Los ocupas se ven obligados a abandonar la zona antes de que empiecen los trabajos de construcción. Recorriendo a la deriva la periferia de la ciudad tienen que mantener un perfil bajo porque no pueden permitirse comprar la parcela donde levantan una suerte de campamento, ya que los precios de la tierra están muy por encima de su presupuesto. Sin activos ni contactos con las autoridades municipales, los pobladores no se pueden acoger a derechos de propiedad ni a la seguridad de la tenencia. Son lo que he llamado «gentes de ningún sitio», vagando en un paisaje de ninguna parte. Al informar sobre el resultado de mi trabajo de campo en el sur rural de Gujarat, señalaba que

[...] estos trabajadores, hombres, mujeres y niños algunas veces son necesarios en la ciudad y otras en el campo. Algunas veces se les pone a trabajar en el oscuro y degradado paisaje en medio de estos dos extremos: junto a las autopistas y líneas de ferrocarril, en enclaves agroindustriales, en hornos para la fabricación de ladrillos, en canteras y salinas; se les reúne en campamentos temporales levantados donde los ríos son represados, donde la tierra tiene que ser removida para cavar canales o poner tuberías, donde hay que hacer carreteras o construir puentes y viaductos, etc. Viven y trabajan en estos lugares mientras dura el empleo. El resto del tiempo quedan confinados en los florecientes asentamientos hiperdegradados en las afueras de los pueblos, ocupando un espacio sin ningún título de propiedad y esperando que llegue la llamada que les haga partir de nuevo. Si el trabajo está relativamente cerca de la casa hacen el trayecto diario de ida y vuelta, si está más lejos se quedan más tiempo, algunas veces durante toda la estación. Pero pronto o tarde el trabajo también finaliza y regresan a su sala de espera que se encuentra fuera del ámbito de competencia de políticos y estrategas políticos¹⁹.

¹⁸ A. Kundu, «Urbanisation and Urban Governance: Search for a Perspective beyond Neoliberalism», *Economic and Political Weekly*, vol. 98, núm. 29, 2003, pp. 3079-3087.

¹⁹ J. Breman, *The Poverty Regime in Village India*, *op. cit.*, p. 409.

Aquellos que consiguen hacerse un hueco en alguna de las zonas hiperdegradadas más regularizadas pertenecen a una categoría algo más favorecida. Sin embargo, eso no significa que hayan encontrado un nicho más permanente en el que estén a salvo de la expulsión. Incluso cuando están inscritos en los registros municipales, sus casas son demolidas porque la tierra barata que ocupan se convierte en un objetivo para promotoras o constructoras inmobiliarias que aterrorizan a los habitantes de la zona para que la desalojen y se vayan. La hostil recepción que espera a los migrantes sin recursos en el área urbana también se ve fomentada por nuevos movimientos ciudadanos, lanzados por sectores burgueses políticamente bien relacionados de la población, que intentan privar del derechos a los habitantes de las zonas hiperdegradadas argumentando que su estatus ilegal supone una amenaza para el mantenimiento de la ley y el orden²⁰. La fuerza de trabajo de estos forasteros se requiere de vez en cuando, pero no su incómoda y contaminante presencia como habitantes regulares.

La creciente prosperidad de los más acomodados, de los que viven muy por encima del umbral de la pobreza, ha animado a los gobiernos locales a diseñar proyectos para el embellecimiento del espacio urbano. Un ejemplo claro es la sociedad público-privada que ha creado el Ayuntamiento de Ahmedabad para desarrollar las riberas del río Sabarmati que divide a la ciudad y levantar una zona de descanso y recreo para sus ciudadanos de la clase media. Centros comerciales, cines, zonas de juegos para niños, fuentes y estatuas van a decorar el bulevar a ambos lados del río por el que pasarán los ciudadanos de la clase media en sus ratos de ocio. El precio pagado por el bienestar de unos va a cargo de los pobres que se habían establecido en las riberas del río. Cientos de hogares han sido desalojados para instalarse de nuevo en una zona pantanosa lejos de Ahmedabad. Allí los encontré a finales de septiembre de 2009, privados de los servicios básicos que hacen que la vida sea algo digno y tratando desesperadamente de conservar su nicho en el mercado de empleo urbano como vendedores ambulantes, guardias de seguridad, empleadas del hogar, conductores de *rickshaws*, recolectores de desperdicios y recicladores de basuras y trabajos similares.

El bloqueo del acceso a la corriente dominante de la sociedad

El informe de la Comisión Nacional sobre Trabajo Rural de 1991 sostenía que la lentitud con la que aumentaba la renta per cápita, junto a un marco político hostil a los trabajadores, eran los responsables de la miseria en la que permanecían atrapadas las clases menos favorecidas del campo, y concluía que los efectos «de goteo» del crecimiento habían sido insignificantes para

²⁰ D. Mahadevia (ed.), *Inside the Transforming Urban Asia: Processes, Policies and Public Action*, Nueva Delhi, Concept Publishing Company, 2008, capítulos 12 y 18.

los pobres rurales de India. Esta valoración llegaba después de más de cuatro décadas de praxis del desarrollo determinada por las políticas de planificación quinquenal. A partir de la década de 1980 se produjo un importante cambio cuando, bajo el dictado de la doctrina neoliberal, el Estado dejó de interferir en el crecimiento económico –por lo menos en lo que se refiere a los intereses del trabajo, no del capital– para dejar el campo abierto al libre juego de las fuerzas del mercado. Esencialmente esto significó apoyarse en un enfoque totalmente diferente sobre cómo aliviar la pobreza al sugerir que, más que el problema, la informalidad era la solución para intentar elevar la producción y generar más y mejores oportunidades de empleo. La reestructuración que se produjo explica por qué la Comisión Nacional sobre Empresas del Sector No Organizado (CNESNO) encontró que en 2008, el 93 por 100 de la fuerza de trabajo de India se había vuelto dependiente del sector informal de la economía para obtener su sustento, ya fuera como trabajadores por cuenta propia o ajena. Hay que señalar inmediatamente que no todos ellos viven en circunstancias extremas. Realmente, una considerable categoría tiene unos ingresos más elevados que los trabajadores de los escalones más bajos del sector formal, pero estos trabajadores mejor pagados, por lo general, no pertenecen a las castas y comunidades desheredadas que constituyen la identidad social de los segmentos más bajos de la mano de obra en la economía informal.

Se dice que la flexibilización del empleo y la desregulación de la economía han provocado en India el descenso del número de personas que sobreviven por debajo del umbral de la pobreza, y se elaboran estadísticas para respaldar esta buena noticia. Sin embargo, realmente no es más que una operación de mistificación dirigida a disfrazar el hecho de que la vida no ha mejorado para las grandes subclases que se mueven alrededor de una variedad de lugares de trabajo en el sector informal. La CNESNO informó que a finales de 2004-2005 alrededor de 836 millones de personas, el 77 por 100 de la población, tenía que apañarse con menos de 20 rupias diarias, es decir, menos de medio dólar per cápita. Esta gente es la columna vertebral de la economía informal en India y su vida en la abyecta pobreza está condicionada por la falta de cualquier protección legal en sus trabajos y por la ausencia de niveles aceptables de empleo y de seguridad social. Los miembros de esta Comisión Nacional no dudan en identificar a los migrantes como uno de los segmentos más vulnerables de la mano de obra:

Los trabajadores migrantes, especialmente en el extremo inferior, incluyendo a trabajadores eventuales y asalariados en industrias y en la construcción, afrontan unas adversas condiciones de trabajo y de vida. Este grupo sufre una enorme desventaja porque en su mayoría pertenece al sector no organizado en el que la legislación laboral se aplica escasamente. La migración a menudo supone trabajar más horas, malas

condiciones de vida, aislamiento social y falta de acceso a servicios básicos [...] Estos grupos de migrantes se caracterizan por tener un exiguo capital físico y humano y por pertenecer a los grupos socialmente desheredados que forman las Castas y Tribus Registradas y a grupos más débiles como las mujeres²¹.

Aunque circulen en grandes cantidades, su presencia a menudo no está reconocida y sus apagadas voces no se escuchan. Son redundantes en un mercado de trabajo que ya está inundado de los hombres, mujeres y niños que constituyen el flotante ejército de reserva. Pero el menosprecio que se les muestra también está relacionado con su estatus inferior en la jerarquía social. Aquí resulta relevante la interrelación que K. P. Kannan, miembro de la CNESNO, ha encontrado entre el régimen de pobreza y una estructura social basada en la desigualdad²². La continua circulación de la fuerza de trabajo y su falta de representación se refuerzan mutuamente en un círculo vicioso. El constante movimiento de entrada y salida impide que se alcance la cohesión y confianza mutua que necesitan los trabajadores para comprometerse en la acción colectiva. Mantener a la fuerza de trabajo en un estado de flujo mediante procedimiento de contratación y despido inmediatos es una estrategia a la que recurren los empresarios y sus agentes para evitar enfrentarse a la acción política de la solidaridad desde abajo. Por otro lado, mientras la mano de obra permanece sin organizar, aquellos que utilizan esa fuerza de trabajo eventual encuentran maneras de coordinar sus acciones. Llamar desorganizado al sector informal es pasar por alto cómo los empresarios que actúan en este vasto terreno consiguen establecer los términos de los contratos por medio de su acción colectiva.

La fragmentación es el resultado de una estrategia de reclutamiento que reúne a una heterogénea fuerza de trabajo internamente separada por no tener otra opción que expresar sus lealtades inmediatas. En su esfuerzo por alcanzar un mejor acuerdo para sí mismas, las diversas secciones no unen sus filas sino que caen presas de la competencia entre ellas en el estrecho espacio de negociación que les queda. Y si se enfrentan a las circunstancias y se levantan para luchar por trabajos estables, salarios más elevados y por una dignidad básica, son tratadas como un problema de orden público y tienen que afrontar la ira de los empresarios y la mano dura del Estado que no tolera demostraciones de «indisciplina».

Dado que la informalidad se analiza principalmente, si no exclusivamente, como un fenómeno de la economía, quiero señalar que también es

²¹ National Commission for Enterprises in the Unorganized Sector, *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*, op. cit., p. 97.

²² K. P. Kannan, «Dualism, Informality and Social Inequality: An Informal Economy Perspective of the Challenge of Inclusive Development in India», Presidential Address, 50th Annual Conference of the Indian Society of Labour Economics, Lucknow, 13-15 de diciembre de 2008.

una dimensión de la gobernanza. Aunque el espacio público y las instituciones públicas se han hundido con la retirada del Estado, muchos políticos y burócratas se llenan los bolsillos con su papel de funcionarios civiles. Convertir el poder público en ganancia privada es la clase de fraude que se critica cuando se consiente entre funcionarios de alto rango y agentes del poder, pero es en los escalones inferiores de la maquinaria del gobierno, a escala de distrito y subdistrito, donde tenemos que centrar nuestra atención sobre los tejemanejes de pequeños burócratas y cuadros políticos. En colusión con intereses particulares, este conjunto de personas influyentes en el ámbito local actúa en el espacio entre las instituciones del sector formal e informal y utiliza su situación legal para sacar sus tajadas del capital que se acumula en sus dominios, más allá del ámbito de actuación del Estado. Desde luego, estas transacciones quedan fuera del escrutinio público y no aparecen en los datos elaborados por organismos del sector formal. Esta es una de las razones por las que las conclusiones de estos organismos, adaptadas a sus propias perspectivas, son un pobre reflejo de lo que sucede en la economía real que en una gran parte es informal.

No debería sorprender que, como informa la CNESNO, la pobreza esté mucho más extendida de lo que reconocen aquellos que mantienen las ilusiones de que el porcentaje de gente incapaz de satisfacer sus necesidades básicas ha disminuido. Como sucedió anteriormente, se han anunciado nuevos planes que prometen mejoras para todos aquellos que no se han beneficiado mucho, o incluso nada, del crecimiento de una economía constantemente informalizada. La Ley de Garantía del Empleo Rural está dirigida a proporcionar trabajo e ingresos para los hogares de las subclases rurales que tienen poca o ninguna tierra. Todavía es demasiado pronto para decir si podrá frenar la marea de la migración circular. Similar importancia tiene la introducción de prestaciones sociales para la fuerza de trabajo del sector informal. Ya en su informe de 1991 la Comisión Nacional sobre Trabajo Rural señalaba que un plan semejante se debería haber adoptado hacía mucho tiempo:

El gasto en seguridad social en India apenas representa el 2,5 por 100 del PIB y se encuentra entre los más bajos del mundo. La mayor parte de los beneficios de esta escasa asignación se dirige a la bien organizada mano de obra urbana del sector formal, que representa solamente una décima parte de la mano de obra total. Sin embargo, actualmente los estados y el gobierno central son cada vez más conscientes de la necesidad de proporcionar una adecuada seguridad social al trabajo rural. Actualmente están funcionando en diferentes estados una amplia variedad de planes de seguridad social para el trabajo rural, aunque la cobertura y la escala de asistencia están lejos de ser las adecuadas²³.

²³ National Commission on Rural Labour, *Report of the National Commission on Rural Labour*, vol. I, *op. cit.*, p. viii.

Adquirir la conciencia de esa necesidad ha llevado más tiempo del que sugiere este párrafo. Cerca de dos décadas después, para hacer frente a las adversidades que son una característica regular de los trabajadores pobres, la CNESNO tuvo la iniciativa de redactar un proyecto de ley de la seguridad social dirigido a reducir la vulnerabilidad que mantiene a estos hogares en un estado de dependencia que a menudo toma la forma de neoservidumbre. Sin especificar las disposiciones básicas que pronto se introducirán —relacionadas con un seguro de asistencia sanitaria y un mínimo apoyo a las personas mayores— hay que dejar claro que el proyecto que finalmente se aprobó fue una versión muy diluida de la propuesta original. Los políticos decidieron que el desembolso financiero que exigía era demasiado elevado para ser aportado por el presupuesto público y redujeron tanto los costes de la operación como la cobertura del plan. A la vista de estos reverses es difícil confiar en que exista voluntad política para respetar las justas demandas de una mano de obra para la que el incesante impulso hacia la informalización ha significado que siga siendo tratada como trabajadores de reserva y ciudadanos marginados. Las últimas ideas que impulsan economistas afines a las políticas del Banco Mundial sugieren que, en la actual crisis global, el sector informal representa un colchón para aquellos que han perdido su empleo en el sector formal²⁴. El mensaje implícito en esta clase de declaración está claro: los trabajadores del sector informal son capaces de afrontar las adversidades que son parte de su vida diaria y no necesitan el apoyo público o la seguridad social. Los políticos han decidido ahora que las grandes masas de cazadores de salarios y de «trabajadores por cuenta propia» de alguna manera han conseguido encontrar su propia red de seguridad: el sector informal.

¿Una transformación abortada?

Polanyi señaló claramente lo que significaba el triunfo del mercado, a partir de mediados del siglo XIX, para las economías «nativas» de fuera de Europa: una catástrofe.

Las tres o cuatro grandes hambrunas que desde la Rebelión diezmaron a la población de India bajo el dominio británico no fueron consecuencia de los elementos ni de la explotación, sino simplemente de la nueva organización del trabajo y de la tierra propiciada por el mercado, que rompió la vieja aldea sin resolver realmente sus problemas. Mientras que bajo el régimen de feudalismo y de la comunidad de la aldea, *no-blesse oblige*, la solidaridad de clan y la regulación del mercado de cereales controlaban las hambrunas, bajo el gobierno del mercado la gente no podía evitar morir de hambre de acuerdo con las reglas del juego²⁵.

²⁴ Véase el capítulo de este libro «Mitos de la red de seguridad global».

²⁵ K. Polanyi, *The Great Transformation*, *op. cit.*, p. 160.

A continuación, el autor sostiene que «económicamente India puede haberse beneficiado –y a largo plazo ciertamente lo hizo– pero socialmente quedó desorganizada y por ello cayó víctima de la miseria y de la degradación»²⁶. Con estas palabras esencialmente llega a la conclusión de que el camino de India al desarrollo no fue distinto al seguido por Gran Bretaña: las cosas tenían que empeorar antes de que pudieran mejorar²⁷. Polanyi no escatimó palabras para describir lo que significaba un mercado autorregulado para la gente expulsada de su hábitat rural en Gran Bretaña. Sin embargo, también aclaró que la pauperización que se produjo en el siglo XIX fue el principio de una trayectoria que condujo, a partir de principios del siglo XX, al progreso económico de la fuerza de trabajo urbano-industrial. Además, el trabajador desagriculturizado del continente europeo no atravesó el tipo de horrorosa miseria y degradación que fue el destino de la mano de obra británica:

Desde el estatus de villano, cambió –o mejor dicho ascendió– al de obrero de fábrica. De ese modo escapó a la catástrofe cultural que siguió a la Revolución Industrial en Inglaterra. Además, el continente se industrializó en un momento en que la adaptación a las nuevas técnicas productivas ya se había vuelto posible gracias, casi exclusivamente, a la imitación de los métodos ingleses de protección social²⁸.

¿Se puede esperar que se produzca un similar punto de inflexión en Asia ahora que los trabajadores con poca o ninguna tierra, redundantes en la agricultura y en el campo, son expulsados en cantidades tan grandes? Soy bastante escéptico sobre un pronóstico tan optimista. Polanyi acabó su tratado con una nota esperanzadora cuando llegaba a la conclusión de que el sistema económico había dejado de dictar la ley a la sociedad y que la primacía de la sociedad sobre el mercado estaba asegurada de una vez por todas. Ilustró el triunfo de la sociedad sobre el mercado con la declaración de que «no solo las condiciones en las fábricas, las horas de trabajo y las modalidades de contratos, sino el mismo salario básico se determinan fuera del mercado»²⁹. Desde luego, a la luz de los regímenes laborales que prevalecen en el Asia contemporánea, esta es una posición insostenible. Por lo menos en el escenario asiático parece que estamos de vuelta en la primera y desagradable fase de la gran transformación.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ M. Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, Verso, 2001. Davis critica con razón la perspectiva de Polanyi sobre la manera en que funciona el mercado, pero al hacerlo puede haber sobrevalorado la tradicional comunidad rural como una institución caracterizada por la reciprocidad y la redistribución entre los que tienen y los que no tienen.

²⁸ K. Polanyi, *The Great Transformation*, *op. cit.*, p. 175.

²⁹ *Ibid.*, p. 251.

Un importante aspecto de mi análisis se ha centrado en la circulación combinada con la informalización, que he interpretado como maneras de organizar la actividad económica que producen un elevado beneficio para el capital y un beneficio excesivamente pobre para el trabajo. Una distribución más equitativa de las recompensas obtenidas por ambos factores de la producción sería una señal esperanzadora, pero resulta difícil percibirla. La enorme, pero también muy diferenciada y fragmentada fuerza de trabajo en el sector informal de la economía en Asia no ha sido capaz de soportar el asalto del libre mercado, menos aún de reunirse en una plataforma común. El poder compensatorio de la acción colectiva, a la que con razón Polanyi atribuía tanto peso para invertir la trayectoria de pauperización, todavía está por manifestarse. En un ensayo crítico, J. Parry sostiene que Polanyi subestimó los formidables obstáculos que la «sociedad activa» debe afrontar en su búsqueda del control sobre el mercado, y que tampoco explicó adecuadamente cómo una oprimida y desmoralizada clase obrera era capaz de afirmarse a sí misma³⁰.

La erosión en Occidente del Estado del bienestar, así como la interrupción de su desarrollo en otras partes del mundo donde solamente había empezado a aparecer, puede considerarse como la confirmación de una tendencia en la que el constante avance de la emancipación del trabajo durante el siglo XX parece estar transformándose en su opuesto, es decir, en dependencia y creciente inseguridad, con más rotundidad en la región de Asia. La progresiva polarización de las clases sociales que acompaña a estas dinámicas ha dado pie a un debate que se concentra en el contraste inclusión/exclusión. Aunque en otra forma, parece marcar el regreso del viejo concepto del dualismo. La creciente desigualdad entre las clases pudientes y las desfavorecidas ha contribuido a la separación de estas últimas de la corriente dominante de la sociedad. Las secciones más vulnerables de los pobres rurales tratan de hacer frente a su exclusión social permaneciendo flotantes. Como emigrantes circulares tienen que afrontar las muchas penurias que acompañan a una vida que empieza y acaba en la pobreza. Son las víctimas más que los beneficiarios de las políticas transnacionalizadas de desarrollo e incluso son culpabilizados por su fracaso en abandonar su estado de carencia. En la moral que domina las dinámicas del crecimiento, basada en una doctrina de la desigualdad, estas gentes en el furgón de cola se ven acusadas de defectos de comportamiento que las mantienen estancadas en la pobreza. Es una ideología que se aproxima a los principales postulados del darwinismo social. Desde luego, la esperanza sigue siendo que el abandono de los intereses sociales finalmente genere

³⁰ J. Parry, «“Sociological Marxism” in Central India: Polanyi, Gramsci and the Case of the Unions», en C. Hann y K. Hart (eds.), *Market and Society: The Great Transformation Today*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 177.

una ruptura política y una retirada del fundamentalismo del mercado³¹. Realmente han aparecido grietas en la fachada de la hegemonía neoliberal. ¿Es este el principio del episodio final de transformación en un mundo globalizado que Polanyi tenía en la cabeza?

³¹ C. Hann y K. Hart (eds.), *Market and Society*, *op. cit.*, p. 8.

I
LA SITUACIÓN AGRARIA

1

EL TRABAJO Y LA CARENCIA DE TIERRAS EN EL SUR Y SUDESTE DE ASIA*

UN TEMA CENTRAL del clásico análisis de Kautsky sobre las dinámicas agrarias en Europa a finales del siglo XIX es el impacto del modo de producción capitalista sobre las formaciones de clase rurales¹. En opinión de Kautsky, la penetración capitalista creó diferencias en el seno de lo que en el *ancien régime* había sido un campesinado más o menos homogéneo y dio origen a una clase de trabajadores sin tierra. Del mismo modo, en el Asia colonial la aparición de una clase de trabajadores sin tierra se ha explicado, convencionalmente, haciendo referencia a la penetración del capitalismo en la economía rural. Este ensayo hace una valoración crítica de estas interpretaciones del desarrollo rural europeo y asiático y sostiene que los trabajadores sin tierra existieron en Asia mucho antes de que la agricultura quedara organizada de acuerdo con criterios capitalistas.

Un segundo argumento que se desarrolla en este ensayo se refiere a las diferentes trayectorias que ha seguido el capitalismo en Europa y Asia. En Europa, una gran parte del proletariado rural quedó industrializado y urbanizado entre los siglos XVIII y XX, mientras que en los regímenes coloniales de Asia, la subclase rural siguió dependiendo del trabajo y de los ingresos rurales. Solamente durante la segunda mitad del siglo XX, después

* Este ensayo fue presentado en una conferencia internacional sobre la cuestión agraria, celebrada en Wageningen en mayo de 1995. Posteriormente fue publicado como «Of Labour and Landlessness in South and Southeast Asia», en D. Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Disappearing Peasantries*, Londres, Intermediate Technology Publications, 2000, pp. 231-246.

¹ K. Kautsky, *Die Agrarfrage*, Stuttgart, Dietz, 1899. [ed. cast.: *La cuestión agraria*, México D. F. Siglo XXI, 2002]. En 1900 se publicó una edición francesa, posteriormente reeditada en París por Maspero en 1970. Jairus Banaji publicó un resumen en inglés de la traducción francesa, «Summary of Selected Parts of Kautsky's "The Agrarian Question"», *Economy and Society*, vol. 5, núm. 1, 1976, pp. 2-49. Las citas que hago proceden de esta edición. Los lectores de habla inglesa pueden encontrar una visión general de la obra de Kautsky en A. Hussain, «Theoretical Writings on the Agrarian Question», en A. Hussain y K. Tribe, (eds.), *Marxism and the Agrarian Question*, vol. I, Londres, Macmillan, 1981, pp. 102-132. La obra de Kautsky ha sido posteriormente traducida al inglés por Pete Burgess y publicada en dos volúmenes: K. Kautsky, *The Agrarian Question*, Londres, Zwan Publications, 1988.

de la independencia política, las economías rurales de Asia se volvieron más diversificadas.

Este ensayo empieza por analizar con más detalle las ideas de Kautsky sobre el desarrollo del capitalismo rural en Europa. El centro de atención se traslada después a Asia para examinar hasta qué punto ya existía una clase sin tierra en el sur y sudeste del continente durante las épocas colonial y precolonial. Yo sostengo que en gran parte del Asia rural ya existía una subclase específica incluso antes de la llegada del colonialismo, lo mismo que en Europa antes de que el capitalismo empezara a penetrar en la vida rural. Esta subclase, sin embargo, es difícil de definir con precisión porque varía de acuerdo con el tiempo y el lugar y porque la frontera entre los que tienen poca tierra y los que no tienen ninguna a menudo es borrosa. Después pasa a describir el desarrollo de la subclase rural en India en las décadas posteriores a la independencia política. En particular se examina la diversificación de la economía rural, el aumento de la movilidad laboral y la precarización del empleo. El ensayo finaliza resaltando los diferentes impactos en Europa y Asia del desarrollo capitalista, especialmente sobre los segmentos más marginales del campesinado.

El problema que se aborda en este ensayo surge de dos consideraciones. La primera se refiere al interés mostrado por Marx y sus seguidores por la situación agraria de Asia en particular. Como señala Banaji², los marxistas europeos de la generación de Engels y Kautsky mostraron poca sensibilidad hacia las cuestiones coloniales, y sus reflexiones sobre el «modo de producción asiático» eran especulativas y se basaban en una escasa evidencia empírica. Mi propósito aquí es prestar una renovada atención a esa debilidad. Además, habiendo estado dedicado durante los últimos treinta años a la investigación histórica y antropológica en el Asia rural, especialmente en India e Indonesia, considero extremadamente importante tomar en cuenta la naturaleza sumamente variable de la cuestión agraria, un tema que también constituyó el centro del análisis de Kautsky.

La cuestión agraria en Europa

De acuerdo con Kautsky, un prolongado proceso de diferenciación económica puso fin a lo que había sido una composición homogénea del campesinado europeo. En la Europa medieval,

[la familia campesina] formaba una sociedad económica que era completamente, o casi completamente, autosuficiente. Una sociedad que producía no solo su propia comida, sino que construía su propia casa, sus muebles y utensilios, que forjaba sus propias herramientas de

²J. Banaji, «Summary of Selected Parts of Kautsky's "The Agrarian Question"», nota 8 de pie de página.

producción, etc. Naturalmente el campesino iba al mercado, pero vendía solamente sus productos excedentes y compraba solo trivialidades, excepto hierro, que utilizaba solo escasamente³.

La uniformidad en la base de la sociedad rural iba acompañada por la subordinación de la mano de obra agrícola a los terratenientes feudales. Esto implica, en el esquema de desarrollo de Kautsky, que la sociedad pre-capitalista estaba estratificada en dos grupos: la élite y las masas. La relación terrateniente/campesino era el principio organizador del modo de producción feudal y no existía una clase diferenciada de trabajadores sin tierra.

Kautsky sostenía que la penetración del capitalismo transformó de dos maneras una economía rural que se reproducía a sí misma y que combinaba la producción artesanal y agrícola. En primer lugar, el crecimiento de la industria y del comercio urbanos privó al campesinado de los componentes que formaban su base de recursos. La pérdida de la autosuficiencia general obligó a los campesinos a convertirse exclusivamente en productores agrícolas y a vender sus cosechas para poder hacer frente a sus necesidades no agrarias. La división del trabajo entre la ciudad y el campo sometió gradualmente a las masas campesinas a unos mecanismos de mercado sobre los que no tenían ningún control. En segundo lugar, la explotación por el capital mercantil significó el endeudamiento y más tarde el distanciamiento de los medios de producción, lo que condujo a una progresiva diferenciación económica.

El emergente proceso de mercantilización en la agricultura provocó que una gran parte de la población rural se quedara total o casi totalmente sin tierras. Kautsky relaciona este descenso en la escala agraria con desequilibrios en el ciclo anual del trabajo agrícola. El declive de la industria doméstica hizo necesario reducir el tamaño del hogar. Las familias campesinas empezaron a expulsar a algunos miembros del hogar de forma temporal o indefinida. Estas gentes tenían que encontrar fuentes alternativas de empleo. La introducción de una nueva tecnología basada en la maquinaria tuvo un impacto similar. Al mismo tiempo, la mano de obra que quedaba era insuficiente para cubrir las necesidades agrícolas en momentos decisivos del calendario agrícola. Esta escasez fue cubierta contratando a trabajadores de temporada, la mayoría de familias campesinas que buscaban ingresos complementarios para la mano de obra excedente de miembros adultos o niños.

El mismo proceso que por un lado crea una demanda de trabajadores asalariados, crea, por el otro, a esos mismos trabajadores. Proletariza masas de campesinos, reduce el tamaño de la familia campesina y arroja a

³ *Ibid.*, p. 3.

los miembros sobrantes al mercado de trabajo. Finalmente, este proceso aumenta la dependencia del campesino de fuentes de ingresos secundarias: ya que les resulta imposible obtener sus ingresos de la venta del producto agrícola, venden su fuerza de trabajo. Hasta el siglo XVII raramente encontramos jornaleros y peones, pero su empleo se generaliza a partir de ese momento. A medida que los trabajadores asalariados vienen a reemplazar a los miembros de la familia que se han ido, la situación de los que han quedado atrás se deteriora hasta el nivel de trabajo asalariado, subordinado al cabeza de familia. La vieja sociedad centrada en la familia campesina autosuficiente se ve reemplazada así por tropas de trabajadores contratados por las grandes propiedades agrarias⁴.

Sin embargo, en su posterior análisis Kautsky rechazó la tesis marxista ortodoxa de la concentración y acumulación e hizo hincapié en la conservación de la pequeña producción de mercancías en la agricultura la que tomó la forma de la subordinación del campesino pseudo proletario a la economía urbano-industrial. Solamente a través de la venta de la fuerza de trabajo, tanto dentro como fuera de la agricultura, se podía evitar el eclipse final de la empresa agraria familiar.

De acuerdo con Kautsky, la formación social resultante ponía de manifiesto la coexistencia del capitalismo agrario con las relaciones de producción precapitalistas. Los pequeños agricultores que no podían consolidar su posición como campesinos marginales a pesar de la reiterada venta de su fuerza de trabajo, abandonaron el campo y se convirtieron en trabajadores industriales plenamente proletarizados. Esto explica por qué la subclase sin tierra, supuestamente casi inexistente bajo el *ancien régime* europeo, solo mostró un moderado incremento a medida que el capitalismo avanzaba en la agricultura.

Como ha señalado Banaji⁵, la perspectiva de Kautsky sobre la evolución histórica del capitalismo no refleja ninguna concepción de un desarrollo interno de la agricultura anterior al crecimiento de la industria moderna en el siglo XIX. Ignorando la historia de la agricultura (a diferencia de Weber), Kautsky subestimó por completo el alcance de las relaciones de mercado en el mundo preindustrial. Banaji rechaza la idea de un repentino desarrollo de la producción de mercancías en el campo y llama la atención sobre las prácticas de trabajo asalariado que estaban generalizadas en Europa mucho antes de lo que Kautsky reconoce.

Casi cien años después de que Kautsky escribiera *Die Agrarfrage*, todavía se encuentran interpretaciones similares. Por ejemplo, Hobsbawm y Rudé⁶

⁴ *Ibid.*, p. 5.

⁵ J. Banaji, «Illusions about the Peasantry: Karl Kautsky and the Agrarian Question», *Journal of Peasant Studies*, vol. 17, núm. 2, 1990, p. 289.

⁶ Véase E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

suponen que no existía campesinos sin tierra en el panorama rural en tiempos anteriores⁷. De Vries y van der Woude⁸ hacen un razonamiento similar respecto a la falta de dinamismo de la agricultura holandesa. Mientras una nueva tierra pudiera dedicarse al cultivo, el trabajo agrícola permanecía integrado en el hogar campesino. La proletarianización solamente se producía cuando la base de recursos del campesinado se agotaba y la aparición de propiedades más grandes estimulaba la demanda de mano de obra contratada. La transición a una situación de recursos cerrados solo se produjo al comienzo del siglo XIX⁹.

El hecho de que las ideas de Kautsky sobre los orígenes tardíos de una clase de trabajadores agrarios sin tierra continúe teniendo un fuerte apoyo entre historiadores de la agricultura en Europa puede estar relacionado con la perspectiva que adoptan. En un acreditado trabajo sobre la historia de la agricultura en Europa, Slicher van Bath¹⁰ sostiene que los estudios que toman el latifundismo como punto de partida tienden a centrarse en las clases propietarias y descuidan a las clases inferiores, que son igualmente significativas para entender la sociedad rural. Basándose en la investigación en el este de los Países Bajos, Slicher van Bath llega a la conclusión de que los trabajadores asalariados y los campesinos marginados aumentaron su número durante el siglo XIX, pero que las señales de una pauperizada clase residual ya se podían encontrar a principios del siglo¹¹. Prestar mayor atención a la migración de la mano de obra, como demuestran los estudios de Jan Lucassen, podría constituir un importante punto de partida para una revisión del debate sobre la cuestión agraria en Europa¹².

Los campesinos sin tierra en el Asia colonial

Las interpretaciones convencionales sobre la situación de los campesinos sin tierra en el Asia colonial tienden a resaltar el carácter cerrado del sistema

⁷ Sin embargo, en su influyente estudio sobre las revueltas agrarias que se produjeron en el sur de Inglaterra alrededor de 1830, Hobsbawm y Rudé muestran su desconcierto ante la generalizada falta de interés por el trabajador agrícola que se encuentra en la bibliografía sobre historia agraria. (*Ibid.*, p. 6).

⁸ J. De Vries y A. van der Woude, *Nederland 1500-1815: De eerste ronde van moderne economische groei*, Ámsterdam, Uitgeverij Balans, 1995.

⁹ *Ibid.*, pp. 642-643.

¹⁰ B. H. Slicher van Bath, *De Agrarische Geschiedenis van West-Europa*, Utrecht y Antwerpen, Aula, 1960.

¹¹ *Ibid.*, pp. 340-356.

¹² Las nuevas investigaciones históricas sobre los Países Bajos, como la de J. Lucassen, *Migrant Labour in Europe 1600-1900: The Drift to the North Sea*, (Londres, Croom Helm, 1987), muestran que los campesinos con poca o ninguna tierra emigraron largas distancias y frecuentemente durante largos periodos para contratar su fuerza de trabajo. De Vries y van der Woude, en *Nederland 1500-1815*, igualmente llaman la atención sobre la migración estacional a gran escala durante un periodo incluso anterior al estudiado por Lucassen. La coacción extraeconómica tuvo un papel importante en esta movilidad laboral. Véase G. Jaritz y A. Müller (eds.), *Migration in der Feudalgesellschaft*, Ludwig-Boltzmann-Institut für Historische Sozialwissenschaft, Frankfurt y Nueva York, Campus, 1988.

económico y político precolonial. El progresivo sometimiento de la población asiática al dominio colonial durante el siglo XIX vino acompañado por la creciente necesidad del Estado colonial de reunir información sobre la naturaleza, forma y gestión de la economía agrícola asiática. En este vasto territorio, cartografiado principalmente por funcionarios del Gobierno, la comunidad de la aldea estaba considerada la piedra angular del orden social¹³. En las descripciones de esa institución como un microcosmos, el énfasis se ponía en el carácter cerrado de la economía local, en su considerable grado de autonomía política, en su organización como colectividad y en la elemental división del trabajo entre la agricultura y la industria artesana. En la medida en que semejante autarquía no abarcaba por completo la esfera del hogar campesino, un modelo de intercambio localizado cubría las diversas aunque modestas necesidades de los aldeanos, condicionado por el sistema de castas en partes del subcontinente del sur de Asia. Cooperación, reciprocidad y redistribución son algunas de las palabras clave utilizadas para subrayar el carácter *quid pro quo* de la interacción entre los productores rurales.

Estas características no solamente se veían como la causa del estancamiento económico y social, también se consideraba que diferenciaban a la sociedad precolonial asiática de la sociedad precapitalista europea. Aunque Kautsky y sus contemporáneos percibieron la configuración terrateniente/campesino en Europa como un vínculo que trascendía lo local, en Asia parecía no existir semejante configuración. Realmente el concepto de modo de producción asiático fue desarrollado por teorías marxistas y no marxistas para resaltar las diferencias entre la vida rural precapitalista en Europa y en Asia.

De acuerdo con un consenso generalizado, no había ninguna evidencia de la existencia de una clase específica de campesinos subalternos sin tierra, aunque esporádicamente fuentes individuales se refirieran a la situación de no tener tierra o de vagabundeo. Van Vollenhoven, el arquitecto del derecho consuetudinario en las Indias holandesas, dividía a la población rural en tres categorías: descendientes de los fundadores del pueblo que compartían totalmente la propiedad comunal, agricultores que recibían derechos de uso pero no tenían derechos hereditarios sobre la tierra, y los campesinos sin tierra, que estaban sujetos a ser criados agrícolas en los hogares de campesinos más ricos. Van Vollenhoven añadía que la frontera entre estos tres grupos era fluida y el movimiento entre ellos dependía de la edad y del estatus en la comunidad local¹⁴.

En la India británica, la creación de una clase de trabajadores sin tierra se consideraba el resultado de la comercialización y monetización que en el

¹³J. Breman, «The Shattered Image: Construction and Deconstruction of the Village in Colonial Asia», en *Comparative Asian Studies* 2, Dordrecht, Foris Publications, 1988, pp. 1-9.

¹⁴*Ibid.*, p. 5.

último periodo colonial condujo a un cambio radical en las relaciones sociales de la producción agraria. Como expresó Patel a principios de la década de 1950, «en la India anterior al siglo XIX había criados y siervos domésticos, pero su número era pequeño y no formaban un grupo definido [...] La gran clase de trabajadores agrícolas representa una nueva forma de relación social que surgió en India a finales del siglo XIX y principios del XX»¹⁵.

Sin embargo, estudios más recientes han conducido a una reevaluación fundamental de la trayectoria de la transformación rural en Asia durante el dominio colonial. En un innovador estudio de la primera sociedad colonial en el sur de India, Kumar¹⁶ habla de un considerable segmento de campesinos sin tierra que calcula que formaba entre el 10 y el 15 por 100 de la población total. Sus conclusiones están apoyadas por mi propia investigación histórica en el oeste de India, que encontró que anteriores generaciones de la subclase agraria solían estar empleadas como trabajadores atados a los hogares que poseían tierras a comienzos del siglo XIX¹⁷. Esta primera subclase estaba formada por indígenas que hasta la llegada de las castas hindúes se ganaban la vida como cazadores o recolectores, o más a menudo como agricultores itinerantes. Su gradual inserción en la más amplia sociedad hindú fue acompañada por una pérdida de control sobre el territorio donde vivían y sobre sus medios de subsistencia. El confinamiento de los que originalmente eran unos extraños en el último escalón de una jerarquía agraria más compleja se debió a la dominación política –al ejercicio de la fuerza coercitiva– más que a la regresión económica. En una publicación más reciente, he profundizado en el lento proceso de incorporación tribal a la economía y sociedad hindú¹⁸.

En otras partes de India las tribus fueron igualmente incorporadas –y subordinadas– a la sociedad de castas que estaba extendiéndose¹⁹. Una determinante característica estructural de la civilización hindú prohibía a los miembros de las castas superiores cultivar la tierra y, asignando esta actividad impura a un grupo especialmente mantenido con ese propósito, la elite rural fortaleció su pretensión de ocupar una posición superior en el orden ritual. Por mi parte considero esta interpretación específicamente

¹⁵ S. J. Patel, *Agricultural Labourers in Modern India and Pakistan*, Bombay, Current Book House, 1952, p. 32.

¹⁶ D. Kumar, *Land and Caste in South India: Agricultural Labour in the Madras Presidency during the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965. (Reeditado con una nueva introducción, Nueva Delhi, Manohar, 1992).

¹⁷ J. Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat*, Berkeley, University of California Press, 1974.

¹⁸ J. Breman, *Labour Bondage in West India: From Past to Present*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007.

¹⁹ G. Prakash, «Bonded Histories: Genealogies of Labour Servitude in Colonial India», en *Cambridge South Asian Studies* n.º 44, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

cultural como una variación de la explicación de la servidumbre del trabajo en términos de economía política.

En un estudio etnológico publicado en 1910, Nieboer sostenía que la esclavitud se produce en situaciones de recursos abiertos²⁰. Esta tesis fue más tarde ampliada por Kloosterboer²¹ para referirse al trabajo en régimen de servidumbre en general. Allí donde, en principio, el acceso a la tierra es libre para todos, la gente solamente pondrá su fuerza de trabajo a disposición de otros si entran en acción fuerzas extraeconómicas. Sin embargo, cuando la tierra es una mercancía escasa —en otras palabras cuando los recursos se cierran— la fuerza resulta innecesaria. En semejantes condiciones la situación de no poseer tierra no se debe a la imposición del poder, sino al efecto de la diferenciación económica combinado con la creciente presión de la población sobre los recursos agrarios, que finalmente acababa en la creación de una oferta de trabajo voluntaria. Esta perspectiva explica tanto la práctica en el medio rural del trabajo en régimen de servidumbre a principios del dominio colonial británico en India como su posterior declive²².

La literatura colonial sobre la India británica no prestó la debida atención a la existencia de una clase sin tierra subalterna a la que se mantenía en un estado de cautividad. Solo muy ocasionalmente salió a la luz su importancia, por ejemplo, durante el debate sobre la abolición de la esclavitud, cuando el Parlamento británico exigió un informe oficial sobre el fenómeno de la servidumbre agraria en sus colonias. Sin embargo, este inventario no condujo a que sus grilletos fueran eliminados. La prioridad que se otorgaba a la recaudación de impuestos evitaba cualquier interferencia más radical en la organización social de la producción agraria. En consecuencia, la población rural sin tierra siguió siendo mayormente invisible para las autoridades y los analistas coloniales.

Los informes sobre el medio rural en Java, que se remontan a principios del siglo XIX o antes, también hablaban de una considerable e internamente diferenciada subclase a la que se negaba el acceso a la tierra. Estos trabajadores subordinados eran empleados como aparceros o criados por un estamento más elevado del campesinado. He resaltado en otras partes el estatus sometido de estos trabajadores sin tierra que, individualmente o junto a sus familias, pertenecían al dueño de la tierra. En vez de compartir la creencia habitual en una homogénea comunidad de aldea, considero

²⁰ H. J. Nieboer, *Slavery as an Industrial System: Ethnological Researches*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1910.

²¹ W. Kloosterboer, *Onvrije arbeid na de afschaffing van slavernij* [Trabajo no libre después de la abolición de la esclavitud], La Haya, Willemina/Excelsior, 1954.

²² J. Breman, *Patronage and Exploitation*, cit; J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers: Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press y Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985; J. Breman, *Labour Bondage in West India*, op. cit.

que este colectivo internamente diferenciado de hogares campesinos fue la formación social primaria en el régimen precapitalista de Asia²³.

Otros autores también han sostenido que había una diferenciación social en la Java colonial. Después de analizar las fuentes disponibles, Boomgaard²⁴ llega a la conclusión de que a principios del siglo XIX el segmento de la población rural que carecía de tierras era considerable, aunque con importantes variaciones locales. A partir de una detallada investigación en archivos, Elson²⁵ también señala que la existencia de campesinos sin tierra era muy común. Relaciona este fenómeno con la llegada de gente de fuera que había huido de una existencia incierta en otros lugares.

A los recién llegados no les quedaba otra opción que establecer unas relaciones de dependencia con campesinos más establecidos y prósperos que les impedían acceder a la tierra; en ausencia de medios de subsistencia alternativos, pudieron acabar en una permanente condición de servidumbre que, en consecuencia, permitía que sus patronos aumentaran su riqueza y su poder aprovechándose de la fuerza de trabajo de sus dependientes²⁶.

La introducción en Java de la obligatoriedad de los cultivos para la exportación, ya a principios del siglo XVIII, puso en marcha una política agraria que tenía por objetivo acelerar la integración de Java en la economía mundial²⁷. Los campesinos fueron obligados a destinar una parte considerable de su tierra cultivable y de su fuerza de trabajo en producir cosechas para la exportación como café, índigo y azúcar. Para ampliar la base impositiva, el gobierno colonial concedió a miembros de la subclase sin tierra el acceso a la creciente base de recursos agrarios. Sin embargo, este intento por comunizar la propiedad y la producción agraria solo tuvo un éxito moderado, ya que la clase terrateniente se resistió tenazmente a la redistribución de la propiedad agraria. Solamente aferrándose a sus derechos exclusivos los campesinos responsables de las empresas domésticas podían cumplir las exorbitantes tasas impuestas por el Gobierno colonial sobre la economía rural. Finalmente la tierra siguió concentrada en las manos de la elite rural.

²³ J. Breman, *The Village on Java and the Early Colonial State* (traducido del holandés), Rotterdam, Comparative Asian Studies Programme, 1980; J. Breman, «Control of Land and Labour in Colonial Java: A Case Study of Agrarian Crisis and Reform in the Region of Cirebon during the First Decades of the Twentieth Century», en *Verhandelingen Koninklijk Instituut voor Taal-, Land- en Volkenkunde* 101, Dordrecht, Foris Publications, 1983; J. Breman, *Koloniaal profijt van onvrije arbeid; het Preanger stelsel van gedwongen koffieteelt of Java, 1720-1870* [Beneficio colonial del trabajo no libre: el sistema Preanger de cultivo forzoso de café en Java, 1720-1870], Ámsterdam, Amsterdam University Press (de próxima aparición).

²⁴ P. Boomgaard, «Children of the Colonial State: Population Growth and Economic Development in Java, 1795-1880», en *CASA Monographs*, Ámsterdam, Free University Press, 1989, p. 60.

²⁵ R. E. Elson, «Village Java under the Cultivation System, 1830-1870», en *Southeast Publications Series* n.º 25, Asian Studies Association of Australia, Sídney, Allen and Unwin, 1994.

²⁶ *Ibid.*, p. 20.

²⁷ J. Breman, *Koloniaal profijt van onvrije arbeid*, *op. cit.*

Una subclase diferenciada pero difícil de definir

La imagen de una clase sin tierra sometida a los hogares campesinos en situación de servidumbre es difícil de reconciliar con los primeros informes coloniales sobre un proletariado *avant-la-lettre* que llevaba una existencia extremadamente flotante en el campo de Java. Los primeros escritos coloniales frecuentemente describen a estas gentes como vagabundos y errantes. Boomgaard²⁸ diferencia entre jóvenes solteros, que trabajaban temporalmente como peones para un hogar con tierras, y una clase de trabajadores libres y sin compromisos que deambulaban por una zona más amplia en busca de un salario. La primera forma de empleo era temporal, un aprendizaje de unos cuantos años que pasaban los jóvenes antes de ser admitidos en el campesinado local establecido con todos sus derechos y deberes. El segundo grupo es el que Boomgaard considera que pertenece a una clase subalterna, permanentemente obligada a depender para su subsistencia del trabajo precario, tanto dentro como fuera de la agricultura²⁹. En una valoración más cautelosa de las divergentes y parcialmente contradictorias fuentes de información, Elson opina que las líneas divisorias entre las diversas clases rurales eran bastante fluidas y que la falta de tierra no cristalizaba en un diferenciado estilo de vida que se reprodujera a lo largo de generaciones³⁰.

Aunque Boomgaard y Elson están de acuerdo en que la existencia de una población rural sin tierra ya existía en la Java colonial, no consideraban que esos campesinos que no tenían un control directo sobre recursos agrarios formaran una clase social diferenciada, menos aún proletarizada. Lo que sin duda se puede afirmar es que tanto en el sur como en el sudeste de Asia «la historia de los estratos inferiores del [...] campo está poco clara, con mucho espacio en blanco y verdadera necesidad de nuevas investigaciones»³¹.

Mi opinión personal es que el trabajo y la vida campesina bajo el *ancien régime* no pueden entenderse dentro del marco de un orden estático, homogéneo y cerrado —el supuesto modo de producción asiático—, sino que necesitan ser interpretados en un contexto fronterizo más abierto y diferenciado. En este paisaje cambiante, no doy por supuesto que la movilidad y la servidumbre en el fondo del orden agrario fueran mutuamente excluyentes. Por el contrario, sostengo que su coexistencia determinó las dinámicas de la economía campesina³².

²⁸ P. Boomgaard, «Children of the Colonial State», *op. cit.*

²⁹ *Ibid.*, pp. 65-66.

³⁰ R. E. Elson, «Village Java under the Cultivation System, 1830-1870», *op. cit.*, p. 22.

³¹ B. Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press, 1966, p. 369.

³² Véase J. Breman, «The Shattered Image», *op. cit.*, pp. 28-37; J. Breman, *Koloniaal profijt van onvrige arbeid*, *op. cit.*, capítulo 2. Yo añadiría que una subclase sin tierra también estaba presente en la Europa precapitalista y que la imagen de Kautsky de un campesinado realmente homogéneo, firmemente incrustado en pueblos sólidamente establecidos, debería ser modificada.

A comienzos del siglo XIX, el tamaño del segmento sin tierra en el medio rural asiático oscilaba entre un quinto y un tercio de la población rural total. No está claro si la política colonial tardía produjo o no una mayor aglomeración en la base de la jerarquía agraria. Sin duda, el aumento de la densidad de población desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del XX tuvo una influencia directa sobre el tamaño decreciente de la empresa familiar campesina. Más difícil es establecer si se produjo un brusco descenso en la escala agraria en el que los propietarios de tierras fueron degradados primero a arrendatarios y después a trabajadores sin tierra.

Durante los últimos ciento cincuenta años de dominio colonial, las fuentes de empleo no agrarias en la economía rural probablemente aumentaron muy poco o quizá incluso disminuyeron. Así sucedió en partes del sur de Asia donde, de acuerdo con la tesis de la desindustrialización, la pérdida de la producción artesanal organizada como industria doméstica aumentó la presión sobre el empleo en la economía agraria. En cualquier caso, había pocas señales de alguna clase de avance del capitalismo industrial como el que había absorbido en Europa al proletariado rural excedente. En la medida en que se establecían nuevas industrias en las metrópolis coloniales de Asia, la mano de obra rural solo se admitía en virtud de un criterio parcial y condicional: los miembros no trabajadores de la familia tenían que permanecer en el pueblo y los propios trabajadores solamente estaban tolerados en el entorno urbano durante la duración de sus vidas laborales³³. Esto también se aplicaba a las multitudes de gentes sin tierra que eran reclutadas como *coolies* para las minas y plantaciones en las tierras del interior de Asia o que eran embarcadas al extranjero. Cuando el periodo del contrato expiraba la mayoría eran devueltos a su casa o a algún destino que se tomaba por tal³⁴. La aglomeración en el fondo de la economía agraria no puede haber pasado desapercibida a las autoridades coloniales, aunque ellas tendían a hacer hincapié en la fragmentación de la tierra en vez de en la transferencia de la tierra como la causa principal.

Para acabar este breve resumen de la situación en la etapa final del dominio colonial en Asia, tengo que señalar que fue la combinación de cambios económicos y demográficos lo que condujo a la progresiva pérdida de tierras en propiedad de los hogares campesinos. En los pueblos, la propiedad de la tierra continuó estando sumamente concentrada y una creciente proporción de la población agraria no tenía acceso a la misma, con el resultado de que la clase sin tierra aumentó. Sin embargo, faltan

³³ J. Breman, «The Study of Industrial Labour in Post-colonial India: The Formal Sector», en J. P. Parry, J. Breman y K. Kapadia (eds.), *The Worlds of Indian Industrial Labour*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1999, pp. 1-41.

³⁴ J. Breman, «Labour Migration and Rural Transformation in Colonial Asia», en *Comparative Asian Studies* 5, Ámsterdam, Free University Press, 1990.

las estadísticas adecuadas y fiables para apoyar este cambio cuantitativo en la estructura de clase del campesinado. Además, en la práctica es difícil distinguir entre la clase de pequeños propietarios y la de los trabajadores agrícolas. Como observa Daniel Thorner en su conocido análisis de la estructura agraria de India a mediados del siglo XX en referencia a los pequeños productores:

Las familias pertenecientes a esta clase pueden realmente tener derechos de arrendamiento sobre la tierra, o incluso derechos de propiedad, pero las propiedades son tan pequeñas que los ingresos por cultivarlas o alquilarlas son menores que los ingresos por trabajar en el campo³⁵.

Por ello, para entender el proceso de (pseudo) proletarización en el Asia rural resulta imprescindible no hacer una clara división entre trabajadores con poca o ninguna tierra. Resulta evidente que, en las densamente pobladas regiones rurales al final del dominio colonial, estos dos grupos combinados formaban entre la mitad y las dos terceras partes del campesinado.

Los sin tierra en la transición al capitalismo

Al margen de los cambios cuantitativos, en las postrimerías del dominio colonial también hubo un cambio cualitativo en las relaciones sociales de producción y la vida del trabajador agrícola quedó modelada sobre nuevos presupuestos. Esta transformación continuó en la era poscolonial a medida que el capitalismo influenciaba cada vez más a la economía rural³⁶.

El impacto de la Revolución verde

La muy discutida Revolución verde de la década de 1960, que introdujo un conjunto de medidas modernizadoras que incluían semillas de alto rendimiento, fertilizantes y pesticidas, créditos, nuevas tecnologías, servicios de extensión agraria y una mejora en la gestión del agua, pone de manifiesto la creciente tendencia hacia el capitalismo en la agricultura. A diferencia del este de Asia, la transformación en el sur y sudeste de Asia no estuvo, como en China, precedida por una redistribución de los recursos agrarios. En India, los grandes latifundios, donde todavía existían, fueron abolidos y las relaciones de arrendamiento fueron reformadas con vistas a promover una orientación capitalista entre una clase de propietarios-cultivadores bien establecidos, normalmente procedentes de castas localmente

³⁵ Daniel Thorner, *The Agrarian Prospect in India*, Bombay, Allied Publishers, 1976, p. 11. (Segunda edición con una nueva introducción escrita en 1973).

³⁶ T. J. Byres, «The Agrarian Question and Differing Forms of Capitalist Agrarian Transition: An Essay with Reference to Asia», en J. Breman y S. Mundle (eds.), *Rural Transformation in Asia*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1991, pp. 3-76.

dominantes. Esta clase en particular fue la encargada de aumentar la producción y la productividad³⁷.

El cambio del equilibrio del poder rural que acompañó a la estrategia de desarrollo de la Revolución verde hizo que la vulnerable posición de los aparceros y de los trabajadores agrícolas se deteriorara todavía más. Ni siquiera se consideró la posibilidad de una reforma agraria muy moderada que hubiera beneficiado la posesión de la tierra por la subclase agraria. Los recursos que todavía se mantenían en común, las tierras baldías de las localidades rurales en particular, fueron rápidamente privatizados y normalmente cayeron en manos de la elite terrateniente. En Indonesia el golpe militar de 1965 puso fin a los esfuerzos iniciados desde abajo para introducir una ley agraria que mejorara la posición de los campesinos marginales y sin tierra que formaban la mayoría de la población rural de Java³⁸.

Mi conclusión es que durante la era poscolonial, la política de desarrollo agrícola orientada hacia el capitalismo ha exacerbado aún más la vulnerabilidad de la vida en el fondo de la economía rural. Aunque los informes iniciales de una masiva expulsión de trabajadores después de la introducción de los métodos de cultivo racionales y mecanizados se demostraron infundados, la expansión del empleo agrícola como un efecto neto de la Revolución verde no ha ido en consonancia con el crecimiento de la población rural de Asia.

El *World Labour Report*, publicado anualmente por la Organización Internacional del Trabajo, muestra que el autoempleo en la agricultura está gradual pero constantemente dejando paso al trabajo por cuenta ajena. Sería prematuro explicar esta tendencia simplemente como una señal de la progresiva proletarización. La sustitución del trabajo propio o de la familia por trabajadores contratados también se debe a la aparición de un estilo de vida diferente que conduce a que incluso propietarios medianos prefieran contratar y supervisar el trabajo externo. Esta tendencia ha sido un factor que ha contribuido a la creación de un mercado de trabajo rural en el sentido capitalista.

La persistencia de la extrema pobreza de la gran mayoría de aquellos que no tienen tierra se debe al hecho de que la oferta de trabajo excede en mucho a la demanda. Este exceso de oferta de trabajo ayuda a explicar por qué las formas anteriores de trabajo en régimen de servidumbre se han debilitado

³⁷ T. J. Byres, «The New Technology, Class Formation and Class Action in the Indian Countryside», *Journal of Peasant Studies*, vol. 8, núm. 4, 1981, pp. 423-427; T. J. Byres, «The Agrarian Question», *op. cit.*, pp. 63-64; G. Myrdal, *Asian Drama: An Inquiry Into the Poverty of Nations*, vol. II, Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1968, pp. 1366-1384; W. F. Wertheim, *East-West Parallels: Sociological Approaches to Modern Asia*, La Haya, W. van Hoeve, 1964, pp. 259-277.

³⁸ J. Breman, «Control of Land and Labour in Colonial Java», *op. cit.*, pp. 122-126.

considerablemente. Después de la independencia, los políticos nacionales anticiparon que el excedente del proletariado rural sería absorbido por las fábricas de la economía urbana. En estos países asiáticos, sin embargo, la expansión de una industria a gran escala ha sido mucho más lenta y, por encima de todo, mucho menos intensiva en mano de obra de lo previsto. Las oportunidades para escapar a las ciudades son por ello limitadas, mientras que la emigración a otros países es igualmente una opción poco realista. Para el excedente rural asiático, no hay un Nuevo Mundo en el que establecerse, como lo hubo para las proletarizadas masas europeas un siglo antes.

En resumen, el proletariado rural de Asia, después de la era colonial, tenía un tamaño mucho mayor que el proletariado rural europeo después de que el capitalismo hubiera transformado el *ancien régime*. Además, la lentitud del proceso de industrialización en Asia desde mediados del siglo XX, junto a una tasa de crecimiento de la población que solamente hace poco ha empezado a descender, intensificó drásticamente la presión sobre los que se encontraban en el fondo de la economía rural.

Diversificación, movilidad y precarización

Sería incorrecto, sin embargo, deducir que la naturaleza de la existencia de la población rural sin tierra apenas ha cambiado desde el final del dominio colonial. Después de la independencia política, las dinámicas capitalistas pasaron a dominar el campo provocando drásticos cambios en las relaciones sociales de producción.

Podemos distinguir tres procesos interconectados. El primero se refiere a la diversificación de la economía rural. Con la creciente demanda de mano de obra por parte de la agroindustria, las obras de infraestructura, el comercio, el transporte y el sector servicios, la agricultura ha perdido importancia en el modelo general de empleo rural. Esta diversificación no se ha producido en la misma medida en todas partes, pero la tendencia es inconfundible. En algunos casos, el empleo fuera de la agricultura es una expresión de la creciente infrautilización del trabajo en la misma. En otros casos, no obstante, refleja el crecimiento real de la producción agrícola que tiene un impacto sobre otras ramas de la economía. En los pueblos del oeste de India donde realicé la mayor parte de mi trabajo de campo, y en el estado de Gujarat más en general, trabajar en los campos ya no es la principal fuente de empleo y de ingresos para los que no tienen tierras. La diversificación rural significa que el trabajo en el fondo de la economía rural se caracteriza por una multiplicidad de ocupaciones. Después de haber sido un proletariado agrícola, esta clase se ha remodelado en un proletariado rural más general.

Un segundo proceso relacionado con el anterior y que ha transformado la situación de aquellos que no tienen tierra es el aumento de la movilidad de la mano de obra. El trabajo no agrícola supone por lo general trabajar fuera del pueblo de residencia y algunas veces la emigración estacional a ciudades grandes y pequeñas. Aunque el éxodo hacia los centros urbanos ha aumentado, la mayoría de los emigrantes tienen pocas oportunidades de establecerse allí, concentrándose en el sector informal que es la mayor reserva de empleo de la economía urbana. El sector informal no es un trampolín hacia una vida urbana mejor y más asentada, sino una residencia temporal para unos trabajadores que pueden ser devueltos a su lugar de origen cuando ya no se les necesita³⁹. Este continuo ir y venir entre los sectores urbano y rural señala la vinculación, más que la ruptura, de los mercados de trabajo de ambos sectores.

La interconectividad de los mercados de trabajo urbano y rural no se debe a la falta de voluntad de la mano de obra para comprometerse en un modo de vida industrial, como Thompson parece sugerir que sucedía en Europa⁴⁰. Más bien lo que impide que las masas de recién llegados se establezcan como ciudadanos urbanos permanentes es la falta de un espacio físico y económico.

Los trabajadores no solo circulan entre el pueblo y la ciudad, también lo hacen dentro del entorno rural. En anteriores publicaciones sobre la movilidad intrarrural he resaltado la conexión entre la migración estacional a grandes distancias y la aparición de un modo de producción más pronunciadamente capitalista⁴¹. En relación a Java, la revolución del transporte permitió el movimiento rápido y barato de la mano de obra, de forma que los miembros del hogar con poca o ninguna tierra pudieran circular en un mercado de trabajo enormemente ampliado⁴².

La diversificación de la economía rural y el aumento de la movilidad laboral están a su vez conectadas con un tercer proceso que ha cambiado significativamente la vida de los sin tierra, concretamente, la precarización del empleo. La economía campesina muestra una tendencia a que los peones permanentes sean reemplazados por jornaleros, y a que el empleo indefinido sea reemplazado por contratos de trabajo a corto plazo basados en el principio de contratar-y-despedir. Esta forma de empleo facilita la contratación de forasteros que normalmente salen más baratos y son más dóciles que los trabajadores locales. El trabajo ahora

³⁹ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994.

⁴⁰ E. P. Thompson, *Customs in Common*, Londres, Penguin, 1991, p. 398.

⁴¹ J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers*, *op. cit.*

⁴² J. Breman, «Work and Life of the Rural Proletariat in Java's Coastal Plain», en *Modern Asian Studies*, vol. 29, núm. 1, 1995, pp. 21-22.

se cobra principal o exclusivamente en metálico en vez de en especie, y se paga a destajo o se contrata externamente en vez de a partir de una jornada regular como antes.

Esta precarización del trabajo no significa que las relaciones de producción hayan sido despojadas de todos los elementos precapitalistas. La prerrogativa del trabajador de aceptar un empleo fuera en cualquier momento y por el precio más alto posible está sujeta a muchas restricciones. Aunque la mano de obra se haya vuelto abundante, la transición a una situación de recursos cerrados, es decir, de escasez de tierra, no ha impedido que los empresarios siguieran recurriendo a nuevas formas de servidumbre laboral. Por ejemplo, la aceptación de adelantos en metálico frecuentemente supone un contrato que inmoviliza a la fuerza de trabajo. Los empresarios también retrasan el pago de los salarios como un medio de asegurar que la mano de obra necesaria continúe disponible.

No obstante, la falta de libertad que suponen semejantes mecanismos vinculantes se diferencia notablemente del régimen coercitivo al que estuvo sometido en el pasado el trabajo agrícola. Utilizo el término «neoservidumbre» para referirme a las prácticas que adoptan los actuales empresarios para asegurarse una oferta suficiente de trabajo barato. Como sostenía Miles⁴³, entre otros, estos mecanismos vinculantes que limitan la libertad del trabajador no disminuyen necesariamente el carácter capitalista del proceso de producción⁴⁴.

La perspectiva de Kautsky de que «el capitalismo concentra a las masas trabajadoras en las ciudades [...] favoreciendo su organización, su desarrollo intelectual y su capacidad de lucha como clase»⁴⁵ no se confirma por la trayectoria de desarrollo que han seguido varias sociedades asiáticas. Tanto en India como en Indonesia, el proletariado rural todavía es sin duda la mayor clase trabajadora. Además, aquellos que han encontrado un hueco en la economía urbana llevan una existencia extremadamente frágil en el sector informal. Su capacidad para actuar como clase está gravemente obstaculizada por su falta de organización y su bajo nivel de educación. Finalmente, la penetración del capitalismo en el campo ha producido un cambio cualitativo de las relaciones sociales, tanto dentro como fuera de la agricultura, similar a las dinámicas urbanas. La necesidad de estar disponible para el empleo en diversas ramas de la industria en vez de especializarse, la presión hacia la movilidad espacial que a menudo conlleva el carácter

⁴³ R. Miles, *Capitalismo and Unfree Labour: Anomaly or Necessity?*, Londres y Nueva York, Tavistock, 1987.

⁴⁴ El proceso de producción se define como capitalista porque la producción es para el mercado capitalista. En última instancia, la reproducción del proceso del trabajo depende de un sistema generalizado de producción de mercancías.

⁴⁵ J. Banaji, «Summary of Selected Parts of Kautsky's "The Agrarian Question"», *op. cit.*, p. 47.

de circulación, y el modo precario de empleo con sus correspondientes modalidades de pago de salarios, son todos ellos mecanismos que frustran la negociación colectiva y la formación de un frente común a partir de esta subclase multivariada y compleja. La articulación de los intereses de clase encuentra una débil base en este entorno. Con raras excepciones esta es la causa de que los sindicatos estén ausentes en el sector informal. La presión en el fondo de la economía es tan grande que hay una feroz rivalidad por cualquier trabajo que esté disponible. En una situación de exceso de mano de obra, la contratación a partir de lealtades primordiales presenta líneas de demarcación diferentes a las de la clase.

El desarrollo capitalista que están experimentando grandes regiones de Asia se diferencia drásticamente del que se produjo en las sociedades occidentales. En Europa el desarrollo capitalista estuvo unido a una enorme expansión del mercado de trabajo formal, a la intervención del gobierno para proteger al trabajo, al sindicalismo y a un aumento general del nivel de vida. En gran parte del Asia rural y urbana, el modelo de rápido crecimiento durante las décadas pasadas todavía se basa en un régimen laboral fuertemente informalizado y en la ausencia o ineficacia de protección por parte del Gobierno. Además, modelos anteriores de previsión social dentro de la familia o por medio de las relaciones patrón/dependiente, que de alguna manera corrigieron una distribución social marcadamente desigual, han sido eliminados sin ser sustituidos por formas más formales y horizontalmente estructuradas de seguridad social. La falta de cualquier poder organizado que se enfrente a la mercantilización del trabajo pone de manifiesto la extrema vulnerabilidad de las masas trabajadoras. Hasta la fecha, las dinámicas capitalistas de las economías asiáticas parecen no estar afectadas por la emancipación del trabajo. La tendencia es hacia un orden bifurcado que excluye a un segmento muy importante de la población mundial de una vida segura y digna.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL CAMBIO AGRARIO*

Resolver la cuestión agraria

CUANDO A MEDIADOS del siglo XX India alcanzó la independencia, el país se podía clasificar sin duda como una sociedad campesina. El modo de vida rural había continuado dominando de generación en generación y la gran mayoría de la población continuaba viviendo en el campo y trabajando en la agricultura. La investigación antropológica produjo una serie de monografías sobre pueblos, la mayoría de ellas publicadas entre las décadas de 1950 y 1970, que mostraban que el hábitat rural incluía una amplia variedad de hogares no agrarios y que, además, el campesinado estaba muy diferenciado. Un importante punto de partida para la trayectoria populista que tomaron los dirigentes nacionalistas fue la restauración de un orden social que había sido erosionado por el dominio colonial. El propietario-cultivador, que supuestamente había perdido terreno continuamente en la transición hacia una economía de mercado, tenía que ser fortalecido como la columna vertebral de la producción agrícola, y la resolución de la cuestión agraria ocupó un lugar destacado en el programa del Partido del Congreso que llegó al poder en el ámbito central y de los estados. Preparándose para asumir el gobierno, el Partido creó una Comisión Nacional de Planificación (CNP) bajo la presidencia de Jawaharlal Nehru con la tarea de trazar las líneas generales de la política económica para después de la descolonización. Radhakamal Mukherjee elaboró un documento sobre la cuestión agraria que primero se discutió en su grupo de trabajo sobre agricultura y después fue respaldado por expertos y políticos en una reunión plenaria de la CNP a finales de junio de 1940. El latifundismo iba a ser abolido y los derechos de propiedad transferidos a los verdaderos trabajadores de la tierra. La explotación agrícola familiar sería la principal unidad de cultivo y su tamaño debía ser el

* Originalmente publicado como «The Political Economy of Agrarian Change», en Paul R. Brass, (ed.), *Handbook of South Asian Politics*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 468-490.

necesario para que fuera rentable. Debía proporcionar empleo e ingresos adecuados para la familia sin que necesitara utilizar, por lo menos permanentemente, mano de obra externa.

Claramente, los arquitectos de la era poscolonial concibieron una economía agraria de propietarios-cultivadores. En sus directrices, los planificadores parecían ignorar que en la mayoría de las regiones del subcontinente existía una extensa subclase agraria que carecía por completo de tierra en propiedad. Su falta de atención hacia estas masas sin tierra se concretó en la decisión de no incluirlas en la redistribución de las tierras que iban a quedar disponibles al establecerse un techo a la propiedad y al abolirse la propiedad ausente. A modo de consuelo, el documento planificador sugería que se permitiera a los trabajadores agrícolas el acceso a tierras que no estuvieran cultivadas, al patrimonio común del pueblo y a otras tierras baldías que estuvieran a la espera de incorporarse a la producción; se sugería no otorgar directamente los derechos individuales de propiedad sino hacerlo indirectamente mediante el establecimiento de cooperativas de trabajo en las que varias clases agrarias se unirían y colaborarían.

El modelo cooperativo era una de las ideas vagamente socialistas que atraían a algunas corrientes del movimiento del Congreso, pero que nunca fueron tomadas en serio por una práctica política que se encaminaba firmemente en una dirección capitalista. La promesa de que los trabajadores agrícolas quedarían liberados de la servidumbre cuando hubieran estado endeudados con los propietarios de la tierra durante más de cinco años tenía un similar valor simbólico. Una amplia encuesta de alcance nacional sobre el trabajo agrícola, realizada pocos años después de la independencia, mostraba que la relación de trabajo mantenía a parte sustancia de esos trabajadores en una dependencia tal que les negaba su libertad de elegir empleo¹. La puesta en marcha de la reforma agraria se controló estrechamente. Thorner fue uno de los muchos observadores que llegaron a la conclusión de que la redistribución de los derechos de propiedad, tanto en el diseño del nuevo proyecto agrario como en su posterior puesta en práctica, se quedaba corta frente a lo que en las décadas anteriores a la independencia había prometido el Partido del Congreso². Myrdal no se anduvo con rodeos cuando concluyó, a medio camino de sus tres volúmenes *Asian Drama*³, que el momento oportuno para una remodelación radical de la estructura agraria había pasado. Las reformas agrarias, escribió, han

¹ Gobierno de India, *All India Agricultural Labour Enquiry Report on Intensive Survey of Agricultural Labour, 1950-51*, vol. I, Nueva Delhi, Manager of Publications, 1955.

² Daniel Thorner, *The Agrarian Prospects in India: Five Lectures on Land Reform Delivered in 1955 at the Delhi School of Economics*, segunda edición, Bombay, Allied, 1976.

³ Gunnar Myrdal, *Asian Drama: An Enquiry into the Poverty of Nations*, vol. II, Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1968.

fortalecido la posición política, social y económica de los grupos rurales más acomodados de cuyo vital apoyo depende el gobierno poscolonial. La política no estaba simplemente inclinada a favor de los más adinerados, sino que también tenía una inclinación en contra de los pobres. «Las medidas que privarían de tierra y de poder al estrato superior en los pueblos, y que verdaderamente otorgarían dignidad y un estatus aceptable a los desfavorecidos y a los que carecen de tierra, son las que menos interés tienen para los que están en el poder»⁴.

La puesta en práctica de las reformas agrarias en Gujarat

¿Cuáles eran las características de la situación agraria y cómo evolucionó en los pueblos del sur de Gujarat donde empecé mi trabajo de campo a principios de la década de 1960? A tenor de las disposiciones de la Ley de Arrendamientos y de Tierras Agrícolas de Bombay de 1948, el Maratha *inamdār* (el titular de la tierra), que vivía en Baroda, perdió la mayor parte de las propiedades agrarias que su familia había tenido en el pueblo de Gandevigam durante muchas generaciones. Los *anavil brahmans*, que ya eran los propietarios dominantes, recibieron los títulos de propiedad de las parcelas que solían cultivar en calidad de arrendatarios. Los prestamistas y comerciantes urbanos de Bania perdieron toda la tierra que habían obtenido de agricultores que tenían deudas con ellos. Lo mismo sucedió en Chikhligam, el segundo lugar de mi trabajo de campo. Para los *anavil brahmans*, el Día de los Trabajadores –1 de abril de 1957– anunció su consolidación como la elite terrateniente de la región. Por otra parte, las castas subalternas –en Gandevigam, los *kolis* y en Chikhligam, la tribu de los *dhodhias*– salieron perdiendo en los acuerdos de transferencia de tierras. En el pasado, los agricultores *anavil* locales les habían arrendado parcelas en régimen de aparcería y, con la nueva legislación, los cultivadores de castas inferiores podían reclamar esos campos. Para evitar perder la propiedad, los principales propietarios de tierras decidieron suspender la mayoría de los acuerdos de aparcería, aunque sus arrendatarios juraran que nunca plantearían la reclamación de las tierras. Los que tenían pocas tierras solo se beneficiaron si la tierra que trabajaban pertenecía a propietarios que no residían en el pueblo. Un límite a la extensión de la tierra, establecido en 1960 y rebajado en 1974, podía haber amenazado la privilegiada posición de los *anavil brahmans*, pero debido a las muchas excepciones y lagunas de la ley, los miembros de esta casta dominante –que en la actualidad solo representa el 15 por 100 de la población– consiguieron apropiarse de entre las dos terceras y las tres cuartas partes de toda la tierra cultivable de la localidad.

⁴ *Ibid.*, p. 1375.

Naturalmente, la población rural sin tierras quedó excluida de la redistribución de la exigua cantidad de tierras que quedaron disponibles. Una de las razones para negarles el derecho fue que nunca habían sido propietarios-cultivadores por mucho que se remontaran en el tiempo. Sus chozas solían estar construidas sobre terrenos propiedad de los terratenientes *anavil* que les habían mantenido como peones en una relación de servidumbre que se transmitía de padres a hijos. En los años entre la independencia y la aprobación de la reforma agraria, fueron expulsados de las parcelas que habían habitado en los campos de sus amos. Cuando hace casi cincuenta años llegué para la primera ronda de mi trabajo, los encontré viviendo en las afueras del pueblo ocupando viviendas sobre las que no tenían títulos de propiedad. La denegación de un estatus legal, ya fuera como propietarios o como arrendatarios, significaba que los sin tierra podían ser acusados de haber invadido el espacio público que se mantenía abierto a la comunidad local en general para el pastoreo del ganado, cortar la hierba, recoger leña, y no menos importante para defecar. La promesa que había hecho el CNP de que los miembros de la subclase agraria tendrían acceso a las tierras baldías que estaban bajo el control de *panchayat* del pueblo quedó sin cumplirse en la mayoría de los casos.

Por el contrario, en una etapa posterior de la reforma agraria, las tierras comunales fueron privatizadas subrepticamente y en colusión con la burocracia local, otorgando los derechos de propiedad de lo que siempre había sido una propiedad comunal a favor de la casta dominante. Como uno de mis informadores en Chikhligam comentó cáusticamente, «incluso cuando por la mañana voy a cagar al campo donde siempre lo he hecho me pueden acusar de invadir la propiedad ajena». Y cuando los trabajadores agrícolas se pusieron en huelga en Gandevigam reclamando subidas salariales, los propietarios de tierras respondieron con la amenaza de impedir que las mujeres y los niños sin tierra recogieran leña en «sus» propiedades. En la década de 1950 se realizó un último esfuerzo para proporcionar tierra cultivable a los que no la tenían. Acharya Vinoba Bhave puso en marcha la campaña del *Bhoodan* (regalo de tierra) para luchar contra la radicalización de luchas agrarias como las que se habían estado produciendo en Telengana. En su opinión, el enfoque gandhiano persuadiría a la elite para que se desprendiera de la tierra que le sobraba. El movimiento acabó siendo un fracaso⁵ aunque durante cierto tiempo fue muy popular en el sur de Gujarat, donde una red de instituciones gandhianas se había afianzado firmemente a finales de la era colonial. A los activistas sociales se les dijo que los trabajadores agrícolas carecían de los medios y de la disciplina para trabajar la tierra por su cuenta. Sin embargo, había un argumento más genuino para justificar que el estrato sin tierra no se beneficiara de

⁵ Véase D. Thorner, *The Agrarian Prospects in India*, op. cit., pp. 70-71.

la reestructuración del orden agrario, y por lo que de forma generalizada se mantenía que no tenía sentido cargar a los hogares con una pequeña parcela de tierra que en cualquier caso no sería adecuada para obtener un sustento digno. Simplemente supondría un obstáculo para su movilidad.

Swami Sahajanand, dirigente nacional del *kisan sabha*, el sindicato campesino, había llegado a la misma conclusión. Señaló que la economía agraria era incapaz de proporcionar suficientes empleos para las masas de trabajadores agrícolas⁶. Por lo menos la mitad de ellos tendrían que ponerse en marcha y buscar un futuro mejor en las industrias urbanas que iban a surgir después de la independencia. Este también era el destino que el CNP tenía en mente para el gran número de hogares situado en el fondo de la economía rural⁷. Lo rural estaba en consonancia con lo que a finales de la década de 1930 Sardar Patel había aconsejado a los *dublas* del sur de Gujarat si querían ser libres: irse a otra parte⁸. Todos los que manifestaban estar preocupados por las perspectivas de futuro de la subclase rural sugirieron que a esta desafortunada gente le esperaba una vida más digna fuera de la agricultura. De este modo, la migración a las ciudades y el empleo en las fábricas se presentaron como el fin de la miseria de los sin tierra y la solución definitiva para la cuestión agraria.

Perfil social del proletariado sin tierra

La gran mayoría de los trabajadores agrícolas en el sur de *Gujarat* son *dublas* (o *halpatis*, como se les llamó posteriormente). Su anterior nombre había adquirido un significado despectivo y *sala dubla*⁹ todavía es un insulto habitual. La denigración procedía de la sugerencia de que la palabra *dubla* debía entenderse como enclenque, una referencia al carácter inferior que se daba a los miembros de esa comunidad. Clasificada como una tribu regular en los registros coloniales, los *dublas* habían estado atados durante muchas generaciones a propietarios de tierras de las castas superiores como los *anavil brahmans*. Su trabajo como peones incluía utilizar el arado, algo que sus patronos tenían que evitar si querían conservar su pureza. Aunque estaban sometidos a un régimen de servidumbre, los *dublas* no estaban clasificados

⁶ Walter Hauser, *Sahajanand on Agricultural Labour and the Rural Poor*, Nueva Delhi, Manohar, 1994. Véase también Walter Hauser, *Culture, Vernacular Politics and the Peasants*, Nueva Delhi, Manohar, 2006.

⁷ J. Breman, «The Study of Indian Labour in Post-Colonial India», en Jonathan Parry, J. Breman y Karin Kapadia (eds.), *The Worlds of Indian Industrial Labour in India*, Nueva Delhi, Sage Publications, 2002, pp. 2-4.

⁸ J. Breman, *Labour Bondage in West India: From Past to Present*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007, p. 168.

⁹ «Sala», literalmente «cuñado», se utiliza con frecuentemente como un insulto; el significado aquí, más o menos, es «miserable enclenque», aunque en hindi y marathi resulta mucho más ofensivo que eso.

como impuros y tanto los hombres como las mujeres realizaban trabajos en el hogar, liberando a sus amos de la degradación de semejantes tareas. En mi trabajo de campo inicial, todavía encontré huellas de la servidumbre anterior. Mis investigaciones se centraron en los cambios que se habían producido en las relaciones entre estas castas (a la vez que clases) propietarias de tierras y sin tierras que estaban situadas en los extremos opuestos de la jerarquía social. En mi opinión, la desaparición de la servidumbre en las décadas precedentes fue más el resultado de una dinámica interna que de una intervención externa: por un lado, los propietarios de tierras se querían deshacer de unos subordinados a quienes ya no querían garantizar un pleno empleo y, por el otro, los trabajadores agrícolas se negaban a someterse a una relación de servidumbre por deudas que menoscababa su libertad de movimiento. Las fuerzas externas en funcionamiento eran o bien el Estado, que no estaba dispuesto a tolerar más las prácticas de trabajo no libre, o los organismos civiles, los activistas gandhianos especialmente, que a finales de la era colonial intentaban que mejorara la situación de los *dublas*¹⁰. No hay duda de que el propio Mahatma Gandhi había tratado de elevar su posición social rebautizándoles como *halpatis*, «señores del arado», para erradicar su sombría historia como *dublas*. Resumiendo mis hallazgos, en mi informe sobre el trabajo de campo señalaba que mientras las características del patronazgo habían desaparecido con el tiempo, la dimensión de explotación había permanecido tan sólida como siempre¹¹.

Los trabajadores agrícolas continuaban viviendo en la absoluta pobreza debido a los salarios extremadamente bajos que recibían: menos de una rupia diaria a principios de la década de 1960, mucho menos de lo que necesitaban para cubrir sus necesidades básicas. Fuera de la agricultura apenas había trabajo en el pueblo. En la temporada baja su ya escasa alimentación se reducía todavía más y muchas familias no podían calmar el hambre durante interminables días. La desnutrición, la falta de ropa con la que cubrir los cuerpos de niños y adultos y el inadecuado abrigo de chozas que no ofrecían ninguna protección contra el frío y la lluvia les hacía vulnerables a peligros para la salud que conducían a una elevada mortalidad, especialmente entre los más jóvenes y ancianos. Solamente un puñado de niños acudía al colegio para recibir una educación elemental, pero la situación general era de analfabetismo. La Ley del Salario Mínimo, anunciada en 1948, no entró en vigor, y la situación no cambió cuando las Encuestas sobre Trabajo Agrícola, realizadas en 1950-1951 y 1955-1956, proporcionaron abundantes evidencias de las privaciones de la clase más baja de la economía rural. En 1966 un panel de expertos urgió al gobierno

¹⁰ He desarrollado estos temas en *Labour Bondage in West India, op. cit.*, capítulo 1.

¹¹ J. Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat*, Berkeley, University of California Press, 1974.

de Gujarat para que estableciera un salario mínimo para el trabajo agrícola, a fin de prevenir que las tensiones que se habían estado desatando en varias zonas del estado desembocaran en enfrentamientos abiertos. El informe del comité advertía que no se podía esperar mucho para alcanzar un buen acuerdo si se quería evitar que surgiera una radicalización política organizada¹². Pasaron seis años más de deliberaciones y consultas antes de que finalmente se estableciera el salario mínimo legal, que se aprobó más tarde y era inferior al que habían considerado tanto prudente como justo unos expertos que de por sí eran totalmente conservadores. Un retraso mayor hubiera puesto en peligro el importante filón de votos del Partido del Congreso: el electorado sin tierra que formaba más de la mitad (el 55 por 100 en 1982) de la mano de obra agraria en el sur de Gujarat.

Los activistas gandhianos habían empezado a movilizar a los *halpatis* a finales de la era colonial y en las primeras décadas después de la independencia seguían activos como agentes políticos que proporcionaban al Partido del Congreso los votos de estas oprimidas gentes. Los propietarios de tierras bien establecidos, que se habían agrupado con el Partido del Congreso en la lucha por la independencia, no apreciaban que la corriente dominante del Partido diera voz y expresara los intereses de los pobres rurales. Esa fue una de las razones por las que Mahatma Gandhi nunca fue una figura popular en su estado natal, al contrario que el duro Sardar Patel que fue idolatrado como el héroe del *satyagraha* de Bardoli¹³. Ya en estas primeras etapas, las estructuras de la elite en el medio rural comenzaron a distanciarse de los incondicionales del Congreso y empezaron a apoyar a candidatos que hacían campaña a favor de Jan Sangh y Swatantra. Mis informantes entre la casta dominante insistían en que dar a los *halpatis* el derecho de voto, como ordenaba el principio del sufragio universal, había sido un grave error. Una gente tan baja tenía menos necesidades que los auténticos ciudadanos —un importante argumento a favor de que sus salarios no se establecieran por encima del nivel de reproducción— y se les debía haber excluido del proceso político regular. Tras la división del partido del Congreso, el nuevo Congreso (I) de Indira Gandhi lanzó el eslogan de *garibi hatao* (prohibir la pobreza). A pesar de tratarse de una simple operación de propaganda, fue motivo suficiente para que los propietarios de tierras se pusieran del lado de veteranos como Morarji Desai que se colocaron al frente del viejo Congreso (Congreso O). La ruptura entre los ricos y los pobres rurales se acentuó más todavía cuando los principales propietarios de tierras trasladaron su adhesión primero al Janata y, después del fracaso de ese *intermezzo* en el ámbito central y del estado, al

¹² Gobierno de Gujarat, *Report of the Minimum Wages Advisory Committee for Employment in Agriculture*, Ahmedabad, Gobierno de Gujarat, 1966.

¹³ Véase J. Breman, *Labour Bondage in West India*, *op. cit.*, capítulo 3.

partido Bharatiya Janata (BJP) que recurrió a la atmósfera de fundamentalismo hindú que aumentó rápidamente en las décadas de 1980 y 1990. Ampliar su base para incluir a castas en ascenso ayudó al BJP y a sus organizaciones a hacer frente y derrotar a la estrategia política del Congreso (I), que con la coalición KHAM recogió durante algún tiempo los votos de *kshatriyas*, *harijans*, *adivasis* y musulmanes.

El fracaso del evangelio gandhiano

Desde 1975, y en medio de la cambiante constelación política, los *halpatis* se mantuvieron en general fieles al Partido del Congreso. Su comportamiento en las urnas se inspiraba principalmente en la oposición a las sucesivas elecciones hechas por sus oponentes de clase y de casta, que entregaban sus votos a candidatos de partidos de la oposición. Los *halpatis* nunca flaquearon en su lealtad al Partido del Congreso, aunque no fuera en gratitud por beneficios materiales concretos. La legislación sobre el salario mínimo llegó demasiado tarde y ofrecía demasiado poco como para que pudiera considerarse una clara prueba de una representación exitosa. En un violento incidente que se produjo en 1976 en un pueblo cerca de los lugares de mi investigación, dos *halpatis* fueron asesinados por *zim rakhas*, guardias privados contratados por los terratenientes para proteger sus campos contra el robo de cosechas. Un comité de investigación señaló que los trabajadores agrícolas se estaban impacientando porque se les pagaba mucho menos de lo que prescribía el salario legal. Prestando atención a estas señales, en 1981 el gobierno de Gujarat creó una inspección laboral con la tarea de controlar si los agricultores pagaban a la mano de obra de acuerdo con la ley. Pero durante sus inspecciones, los inspectores de trabajo del gobierno en vez de imponer multas recogieron sobornos, de forma que los empresarios podían comprar el incumplimiento de la ley¹⁴.

No obstante, Indira Gandhi ha seguido siendo una figura de culto en el entorno *halpati* hasta la actualidad. Si *Mataji* no podía cumplir lo que prometía –acabar con la explotación y la opresión– ello se debía a la colusión entre los intereses creados a escala local y los funcionarios a cargo de las burocracias de distrito y subdistrito. Este frente político-burocrático, dominado por las castas superiores, había evitado que los trabajadores rurales sin tierra hicieran valer su peso numérico. Hubo una famosa declaración de un ministro del Partido del Congreso que, cuando estaba «*gherao*» (rodeado)*

¹⁴ Véase J. Breman, «I Am the Government Labour Officer...», en *Economic and Political Weekly*, vol. 20, núm. 24, 1985, pp. 1043-1055. Reeditado en J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994, capítulo 4.

* *Gherao* es una palabra procedente del idioma hindi que se refiere a una táctica utilizada por activistas y dirigentes sindicales en India que consiste en rodear un edificio del gobierno o de un político hasta que sus reclamaciones se cumplan o reciban una respuesta [N. del T.].

por iracundos propietarios agrícolas que protestaban contra una subida del salario mínimo, manifestó públicamente: «Algunas leyes no se promulgan con la intención de ponerlas en práctica». Sin embargo, cuando regresé a finales de la década de 1980 para reconsiderar el trabajo de campo inicial en los pueblos que había estudiado anteriormente, noté algunas señales de progreso en los barrios de los trabajadores sin tierra. Las chozas se habían convertido en casas, y aunque no eran *pakka* (hechas de ladrillos), eran claramente mejores que las chabolas donde les había encontrado antes. El espacio no había aumentado mucho, pero las paredes eran más altas y los tejados de paja estaban ahora cubiertos de tejas o recubiertos de amianto o chapas onduladas. El no tener que agacharse para entrar sino hacerlo por una especie de puerta y poder estar derecho en el interior era muestra de un aumento de la dignidad.

El Partido del Congreso utilizó los planes de vivienda como un importante instrumento para comprar el apoyo de los pobres rurales. Para construir sus alojamientos en las nuevas colonias los *halpatis* necesitaban subsidios públicos porque al menos el 80 por 100 de sus ingresos diarios se dedicaban a la alimentación. En este aspecto, una contribución positiva fue el sistema de distribución pública de alimentos que proporcionaba a precios reducidos una ración mensual de grano a los hogares que oficialmente vivían por debajo del umbral de la pobreza. Gracias a esta iniciativa disminuyó el número de días en los que no hubiera por lo menos una comida. También aumentó el número de niños que iban a la escuela, en cierta medida motivados por la introducción de una comida a mediodía. Aunque el índice de abandono escolar seguía siendo alto, una pequeña minoría consiguió finalizar la educación primaria. Las enfermedades y el deterioro físico todavía eran endémicos, pero el acceso a la atención sanitaria ayudó a moderar el impacto de enfermedades crónicas o recurrentes. Los centros de asistencia primaria abiertos en ciudades del subdistrito desempeñaron un papel importante para reducir la morbilidad.

El Halpati Seva Sangh (HSS), fundado en 1946 por activistas gandhianos y dirigido por ellos desde el principio, se convirtió en un útil instrumento para extender los beneficios de la sanidad pública entre la población rural del sur de Gujarat. El equipo de trabajadores sociales pertenecientes a la *ujliparaj*, las castas superiores, consideraban que su misión era civilizar a las comunidades tribales. Actuando como una organización del Partido del Congreso, el HSS fue recompensado por su papel movilizador en las campañas electorales con grandes subvenciones que se emplearon en una red de internados y planes de asistencia social. Difundiendo el vegetarianismo y la abstinencia de beber el licor del país, uno de los pasatiempos favoritos entre los sin tierra, la dirección del HSS trató de llevar a su clientela a un modo de vida hinduizado

y, fortaleciendo los sentimientos comunales, trató de infundir en los *halpatis* un sentido de identidad de casta. Los dirigentes de este movimiento social se negaban firmemente a convertirlo en un sindicato que luchara por la liberación de la servidumbre y salarios más elevados para los trabajadores agrícolas, y su posición ideológica se basaba en predicar la armonía. Cuando estallaban conflictos, ocasionados por la antagónica relación entre los propietarios de tierras y los sin tierra, los misioneros gandhianos se lanzaban al escenario y llamaban a aquellos que consideraban su rebaño para que se abstuvieran de fomentar la confrontación militante. El objetivo de su mediación era alcanzar un compromiso, lo que invariablemente significaba minimizar y desfigurar los intereses de la clase dominada¹⁵. Esto me lleva a la conclusión de que el papel desempeñado por la sociedad civil para elevar la visibilidad y las voces de las masas sin tierra, y para ayudarlas a obtener una mejor representación política, ha sido más negativo que positivo.

Apertura del campo y modernización de las fuerzas de la producción

Además de los esfuerzos realizados por diversos organismos del Estado durante las décadas de 1970 y 1980, otro factor que también contribuyó a aliviar de algún modo la pobreza fue la acelerada diversificación de la economía rural propiciado por con la construcción de carreteras y el auge del transporte motorizado. Las distancias podían ser salvadas mucho más fácilmente que antes y las nuevas formas de comunicación produjeron más información sobre lo que sucedía más allá de las fronteras locales. Nunca he apoyado la idea de que en el pasado hubiera habido un mercado de trabajo cerrado a escala de pueblo, pero sería difícil negar que los trabajadores agrícolas adquirieron una movilidad que no habían tenido anteriormente. Empezaron a operar en un mercado de trabajo más amplio y fluido y se movieron tanto en términos espaciales, yendo a lugares de empleo que en el pasado habían estado fuera de su alcance, como en términos sectoriales, al encontrar acceso a otros sectores económicos diferentes a la agricultura. La emigración estacional no solo aumentó sino que también lo hicieron los recorridos diarios hasta los complejos industriales que habían surgido en la mayoría de las ciudades del distrito. Obtener acceso a estos nuevos nichos de empleo solo era posible para quienes tenían una bicicleta, un medio de transporte que se convirtió en un importante activo no solo para estos trabajadores sino también para la generación más joven de los sin tierra que continuaron trabajando en la agricultura.

¹⁵No he visto ninguna razón para cambiar mi valoración del papel desempeñado por el Halpati Seva Sangh (HSS) después de mi primer informe crítico en «Mobilisation of Landless Labourers: Halpatis of South Gujarat», en *Economic and Political Weekly*, vol. 9, núm. 12, 1974, pp. 489-496.

Lo que encontré realmente sorprendente fue que solamente unos cuantos *halpatis* dejaron el pueblo para establecerse en las localidades urbanas a lo largo de las vías del ferrocarril, que creció con rapidez a partir de la década de 1980. La emigración se volvió circular, los trabajadores salían de sus casas para trabajar pero volvían al final del día, al cabo de unas semanas o al comienzo del monzón. El proceso de adaptación a la ciudad, en el sentido de permanecer más indefinidamente en ella, requería, además del acceso a una vivienda de bajo coste, un mínimo de escolarización y las adecuadas habilidades, una red de contactos para encontrar refugio y un trabajo regular. Esa clase de capital social era raro en los estratos más bajos del medio rural. En consecuencia, los *halpatis* no tenían más opción que permanecer flotantes, contratados y despedidos según las necesidades del momento, con un salario que no era mucho más elevado del que pagaban los dueños de las tierras. Dejar el pueblo se había vuelto más fácil, pero dentro y fuera de su lugares de origen, la masa de los sin tierra se convirtió en un ejército laboral de reserva que, para tener un trabajo irregular y unos ingresos bajos, dependía de un sector informal de la economía que estaba en constante expansión¹⁶. Sus esperanzas de un futuro mejor estaban en la posibilidad de que se produjera un proceso de formalización que absorbiera la mano de obra excedente en la agricultura dentro de unos empleos mejor pagados y cualificados, que se hicieran accesibles si no en el pueblo entonces en otro lugar.

En la segunda mitad del siglo XX, la producción agrícola se volvió menos dependiente de las lluvias. La construcción de las presas de Kakrapar y de Ukai, en el río Tapti, aumentó considerablemente el área de regadío en la planicie central del sur de Gujarat de modo que las tierras se podían cultivar a lo largo de todo el año. La prolongación del ciclo agrario provocó el aumento de la demanda de mano de obra, aunque la mecanización de las actividades agrícolas y del transporte —la introducción de tractores y arados mecánicos— redujo algo esa demanda. Sin embargo, más dañino para la población sin tierra local fue el flujo de mano de obra de temporada procedente de remotas zonas del interior. En toda la región, la caña de azúcar se convirtió en el principal cultivo comercial, y la agroindustria que controlaba su producción y procesado optó por contratar a grupos de cosechadores procedentes de zonas distantes para el trabajo de la temporada. Al hablar sobre la economía política de la migración laboral, señalé que la decisión de recurrir a estos forasteros no fue consecuencia de la escasez de mano de obra local, sino que estuvo determinada por una estrategia de empleo que reducía al mínimo

¹⁶ Este fue el tema de mi trabajo de campo en el sur de Gujarat durante la última década del siglo XX; véase J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Sobre el mismo tema véase también *The Jan Breman Omnibus*, Introducción de S. Patel, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007.

posible el coste del brutal régimen de trabajo¹⁷. Los trabajadores migrantes son fáciles de controlar, no se les permite que traigan consigo a familiares dependientes no trabajadores, se les puede poner a trabajar día y noche y tienen que dejar la región de nuevo cuando su presencia ya no se necesita. Mientras la población sin tierra local tiene que permanecer en su casa ociosa, desde octubre a junio una multitud de más de cien mil hombres, mujeres y niños acampa a lo largo de las carreteras o en campo abierto para cortar caña y llevarla a los molinos cooperativos que se han establecido casi en cada *taluka* (subdivisión de un distrito).

Como pude observar a finales de la década de 1970 en Bardoligam, el tercer pueblo de mi trabajo de campo, plantar caña de azúcar ha sido un negocio muy rentable para los propietarios de tierras y su prosperidad ha aumentado significativamente en los últimos cincuenta años. Las casas en las que solían vivir han sido reemplazadas por *havelis*, mansiones de dos o incluso tres plantas, con interiores bien amueblados diseñados para demostrar la riqueza de sus habitantes. Ya no utilizan ciclomotores o *scooters* para moverse, sino que son los orgullosos propietarios de automóviles, preferiblemente caros modelos de importación. Los miembros de las castas dominantes ya han abandonado el trabajo en los campos hace una o dos generaciones y su creciente desapego de la agricultura se expresa en la falta de voluntad para invertir dinero o tiempo en las explotaciones. En las últimas décadas, el ganado vacuno que producía leche ha seguido los pasos de los animales de carga y ha desaparecido de los vecindarios de la casta superior. Cuando pregunté la razón la respuesta fue que mantenerlos suponía demasiadas molestias, a pesar del hecho de que, en cualquier caso, cuidar de los animales y limpiar los establos eran tareas que realizaban los peones y criados.

Los *anavil brahmans* y *kanbi patidars* han abandonado el estilo de vida agrario de sus ancestros. Establecerse en las ciudades se ha vuelto muy popular entre las generaciones más jóvenes, y estudiar en una ciudad cercana les ayuda a prepararse para una vida más orientada hacia el mundo que hay más allá del pueblo. Los hijos y, más especialmente, las hijas no ven futuro en vivir en el pueblo y trabajar en la agricultura y quieren incorporarse a un entorno urbano. Pero debido al elevado precio de la vivienda —en los municipios de Valsad, Navsari, Bardoli o Surat el coste de un apartamento pequeño y bastante básico en un edificio de muchas plantas asciende a más de cuatro *lakh* (cuatrocientas mil) rupias— no todos pueden permitírselo. Los padres se quejan de que encuentran difícil conseguir chicas adecuadas para que se casen sus hijos porque venir al pueblo

¹⁷J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers: Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press y Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985.

inevitablemente supone tener que adoptar el papel de diligente nuera. Para los ricos, su estilo de vida rural se ha vuelto suficientemente urbanizado, con todos los modernos artilugios y todas las ventajas que hasta hace poco solo estaban disponibles en la ciudad. Las infraestructuras han sido renovadas y las distancias se pueden salvar fácilmente con una motocicleta o un coche. Esto hace que en nuestros días la generación más joven también encuentre aceptable vivir en un pueblo, aunque sea importante tener un adecuado trabajo urbano, es decir, de cuello blanco y en las filas directivas, o, preferiblemente, tener tu propio negocio para ser tu patrón. Es interesante señalar que la tendencia a alejarse de la agricultura en el extremo superior de la jerarquía del pueblo rara vez conduce a que se venda la tierra. Ha surgido una nueva clase de terratenientes «absentistas» que poseen la mayor parte de la tierra pero que no invierten sus ganancias para elevar la producción. Controlan su propiedad a distancia y de forma relajada —con huertos de frutales y plantando caña de azúcar— en vez de actuar como unos activos, menos aún innovadores, empresarios agrícolas.

La creciente división entre ganadores y perdedores

Sin embargo, los miembros de la elite rural no se contentan solamente con desprenderse de su ruralidad. Su verdadera ambición es establecerse en el extranjero y unirse a sus compañeros de casta como indios no residentes. Marchar a otras tierras no es un fenómeno nuevo en el sur de Gujarat, pero el número de migrantes que marchan al extranjero ha crecido enormemente en los últimos veinticinco años. Una generación anterior marchó al este de África y más tarde a Gran Bretaña, pero en la actualidad el destino preferido es Estados Unidos. Obtener una carta verde para mandar a un hijo o una hija a Estados Unidos es una prioridad para muchos hogares bien establecidos. Lo que hagan allí depende de su formación profesional. Tener su propio negocio es el sueño de cualquier joven *patidar* y el dicho popular «hotel-motel-patel»*, del que la comunidad en general está orgullosa, pone de manifiesto su extendida presencia en esa actividad. Mucho menos conocido es que por lo menos parte del dinero que se gasta en comprar un motel en algún lugar en Estados Unidos procede de los beneficios cosechados de la agricultura en casa. La caña de azúcar en especial ha sido una verdadera máquina de hacer dinero, y las acciones por valor de 500 rupias que un agricultor tenía que comprar hace muchos años para registrarse como miembro de la cooperativa agroindustrial que procesa la caña ahora no se venden en el mercado abierto por menos de 150.000 o 200.000 rupias. Los terratenientes no solo se permiten un consumo ostentoso, sino que también ayudan proporcionando el dinero que sus hijos necesitan para

* *Patel* es sinónimo de *patidar* [N. del T.].

comprar las propiedades en el extranjero que les han convertido en unos emigrantes de éxito. Si se produce una crisis, incluso están dispuestos a vender una parcela de terreno porque las propiedades en el extranjero se consideran una inversión en el futuro bienestar de sus hijos y nietos.

En esa medida, los indios no residentes se consideran a sí mismos como la vanguardia de la construcción de una identidad globalizada, sin temor a moverse y a mover su capital en la búsqueda de la felicidad. Vienen a casa para relajarse, cargar sus baterías religiosas, encontrar pareja matrimonial, controlar la propiedad familiar, buscar asistencia médica (cuyo coste es mucho más bajo que en Estados Unidos) o jubilarse, pero no para dedicarse a los negocios. Las castas dominantes son firmes, incluso vehementes, partidarias del BJP. Su héroe es Narendra Modi, el *hindutva* supremo y primer ministro de Gujarat (actual Primer Ministro de India [2004]). Afectuosamente le llaman *chhote Sardar*, «el pequeño león» que ha ocupado el lugar de su famoso tocayo, Sardar Patel. Aunque fue un estrecho colaborador de Gandhi en la lucha por la independencia, Patel se oponía enérgicamente a la doctrina de piedad predicada por el padre de la nación y a su constante preocupación por el progreso de los pobres¹⁸. Sin embargo, hasta ahora, Modi no ha tenido éxito en sus llamamientos a los indios no residentes para que traigan sus beneficios obtenidos en el extranjero de vuelta al estado donde nacieron y crecieron. Se le ha dejado claro que una condición previa para que estén dispuestos a construir y gestionar hoteles y moteles en la tierra de Gandhi sería la derogación de la ley seca. Habida cuenta del enorme consumo ilegal de alcohol en todos los sectores, realmente ese momento puede no estar demasiado lejos.

En la continua discusión sobre las características y la magnitud del actual estancamiento de la inversión y de la producción agraria, la mayor parte de la atención, si no toda, se centra normalmente en factores económicos. Por mi parte, acabo de sostener que una importante característica de la crisis es que los principales dueños de la propiedad agraria se están distanciando de la agricultura activa, un modo de vida con el que ya no se sienten a gusto. Por razones totalmente diferentes, la clase de los trabajadores agrícolas también se está alejando de lo que ha sido hasta ahora el principal sector económico. Se ven obligados a abandonar el cultivo de la tierra porque no obtienen ni suficiente trabajo ni un salario que les permita satisfacer sus necesidades básicas. La falta de empleo en la agricultura ha llegado al extremo de que los trabajadores sin tierra en el sur de Gujarat ya no pueden clasificarse ocupacionalmente como fundamentalmente agrícolas. Las fuentes de ingresos que convencionalmente se consideraban subsidiarias, ahora se han convertido en las principales. Estas fuentes se

¹⁸ Véase J. Breman, *Labour Bondage in West India*, *op. cit.*, capítulos 3 y 4.

reducen a un amplia gama de trabajos sin cualificar como cavar, arrastrar y cargar, que merman su fortaleza física y su energía y por los que reciben un salario no mucho mayor que el que pagan los propietarios agrícolas: en 2005-2006 estaba entre 30 y 40 rupias por ocho horas de trabajo, y menos aún si su presencia se requiere solamente medio día.

¿Se han empobrecido los pobres todavía más desde mis investigaciones en Gandevigam y Chikhligam hace casi medio siglo? Esa afirmación sería difícil de confirmar aunque solo sea porque su estado actual difícilmente podría ser peor que la profunda miseria en la que les encontré a principios de la década de 1960: inmersos en la hambruna, propensos a las enfermedades, sin más ropa que la puesta y sin un refugio adecuado. Como ya he señalado, en todos estos aspectos se ha realizado un cierto progreso. Pero actualmente, con pocas excepciones, los *halpatis* todavía están firmemente atrapados por debajo del umbral de la pobreza. Parece que el mayor progreso se produjo en las décadas de 1970 y 1980. Los ingresos anuales de la mayoría de los hogares oscilan entre las 15.000 y 20.000 rupias. Eso significa que un hogar medio de cuatro o cinco miembros puede gastar como mucho entre 50 y 60 rupias diarias en sus necesidades básicas, lo que traducido a euros supone 40 céntimos diarios para cada uno de ellos. Mis informadores en las colonias de los sin tierra no se impresionan cuando les digo que sus padres y abuelos eran incluso más pobres que ellos. «¿En qué nos ayuda eso hoy?» replican, «sabemos que entonces las cosas estaban muy mal, pero eso no significa que nuestra condición sea mucho mejor ahora». Desde luego tienen razón; no se les debe comparar con la indigencia de una generación anterior sino con el visiblemente elevado confort, si no lujo, en el que viven sus patronos. Lo que experimentan es la privación relativa, una profunda conciencia de que aquellos que ya estaban en una situación mucho mejor en el pasado se han apropiado de la mayor parte de los frutos del crecimiento económico. Todas las partes reconocen que la tarta se ha hecho más grande, pero la manera en que se corta muestra una desigualdad todavía mayor que antes. Sin embargo, la opinión más extendida entre aquellos que más se han beneficiado es que «¿por qué no va a ser así?». No tienen problemas en sostener que las masas de pobres no merecen más por su deficiente forma de vida.

Políticas de exclusión

Mientras que en el pasado los sin tierra solían vivir a la sombra de los propietarios, que mantenían un estrecho control sobre sus sirvientes, la desaparición de la relación de sometimiento significó que disponer de una permanente y abundante oferta de mano de obra agrícola se había convertido más en una molestia que en una comodidad. En todos los lugares donde desarrollé mi trabajo de campo, los *halpatis* fueron expulsados de

las tierras de sus amos y se convirtieron en ocupas de tierras baldías a las afueras del pueblo. Como ya he señalado, las casas en las que viven –aunque supongan una mejora frente a las chozas anteriores– son pequeñas, mal construidas y carecen de infraestructuras básicas como agua potable y alcantarillado que en cambio han mejorado los alojamientos de los no pobres. Los tendidos eléctricos llegan a las colonias de los sin tierra, pero muchos de los hogares no pueden permitirse instalar un contador y pagar el precio de dos meses de alta. El terreno desigual sobre el que están construidas las colonias hace que tengan un acceso difícil y las *kachha* (accidentadas) carreteras que conducen a las afueras no están adecuadamente mantenidas, haciendo difícil caminar o conducir por ellas, especialmente en los monzones. Lo que estoy describiendo no es otra cosa que una zona hiperdegradada. Sin que haya ninguna buena razón, este término se reserva para calificar los asentamientos en los que se congregan los pobres urbanos. Sin embargo, estos barrios en el campo pueden ser más pequeños y de alguna manera estar menos congestionados, pero por lo demás son similares a los deficientes hábitats urbanos donde mucha gente lleva una miserable existencia. Los habitantes compran sus provisiones diarias en pequeñas tiendas o *gallas*, tenderetes en las cunetas de su propio vecindario que venden un limitado surtido de mercancías, ya que, en términos tanto de cantidad como de calidad, los clientes tienen que ser modestos en sus compras diarias. En este aspecto también salta a la vista el contraste con la corriente dominante de la sociedad; los no pobres no son tímidos para demostrar su capacidad de consumir más y mejor, algo que contribuye a que las diferencias en el bienestar material sean más visibles que nunca.

Vivir en zonas hiperdegradadas y estar constantemente expuesto a las privaciones que acompañan a una existencia tan desesperada es solamente parte de una política de exclusión más amplia que ha convertido a los sin tierra en una nueva clase de intocables. El deterioro de la sanidad pública en las dos últimas décadas, como consecuencia de la opción por la privatización, ha hecho que los *halpatis* sean más vulnerables a las enfermedades. Debido a su prohibitivo coste, retrasan todo lo posible la ayuda médica. Solamente si el problema se vuelve insoportable consultan a profesionales (menos cualificados que los doctores), clínicas y hospitales frecuentados por los no pobres. Finalmente, la segregación es una característica destacada al buscar acceso a la educación. Aunque el porcentaje de niños *halpatis* que van a la escuela ha aumentado constantemente, solamente la mitad, como mucho, completan la educación primaria. Una pequeña minoría pasa a la educación secundaria, pero también ellos tienden a abandonar después de los primeros cursos. Si se han alfabetizado, su capacidad de leer y escribir pronto desaparece de nuevo debido a la falta de práctica. En general, los niños pertenecientes a las castas superiores continúan su

educación durante mucho más tiempo. Además, la ruta que siguen es diferente desde el principio. Actualmente a la escuela pública del pueblo solo acuden los pobres. Los padres de la casta superior envían a sus hijos a colegios privados en la ciudad que se considera que ofrecen una educación de más calidad. Aparte de mejores profesores, los beneficios de la inversión también son el crecer en compañía de colegas de la misma edad que comparten una similar identidad de casta-clase. El creciente *apartheid* de la subclase rural es el resultado inevitable de una política de exclusión en todos los ámbitos de la vida.

La ausencia de acción colectiva

Hacer frente a la miseria es una ocupación que no deja tiempo libre, y a la mayor parte de la gente que vive precariamente no le queda mucha energía para comprometerse en actividades conjuntas dirigidas a salir de su indigencia. No estoy sugiriendo que el modo de vida de los *halpati* esté cerca de ser o realmente sea una cultura de la pobreza. Su comportamiento está verdaderamente marcado por la imprevisión, pero eso se debe principalmente a que la demanda de su fuerza de trabajo es intermitente y el empleo para el que están capacitados como trabajadores sin formación o autoformados es ocasional más que regular, e invariablemente está pagado a destajo al precio más bajo posible. Debido a la crónica escasez de ingresos muchos *halpatis* no tienen otra opción que pedir el pago por adelantado. Sin embargo, más tarde se niegan a considerarse subordinados a uno o más empresarios que hayan comprado un derecho sobre su fuerza de trabajo. No obstante, la utilización de la deuda como un instrumento para lo que he llamado prácticas de neoservidumbre se añade a la dependencia que es una importante característica de la propia pobreza. La resistencia contra la opresión y explotación es difícil de organizar cuando la oferta de trabajo está estructuralmente tan por encima de la demanda. Por otro lado, los intereses de los patronos encuentran menos problemas para tomar una posición unida cuando se desafía su dominación. Esto no significa que los *halpati* acepten dócilmente el duro tratamiento que se les da. Las relaciones agrarias son frágiles y tensas, y lo que empieza siendo una disputa puede convertirse en una lucha regular. Ya denuncié un incidente de esta clase que empezó cuando un trabajador agrícola fue golpeado hasta la muerte para castigarle por su insolencia¹⁹.

De cuando en cuando estallan huelgas para reivindicar mejoras salariales, pero tienden a ser espontáneas y no suelen estar bien planeadas; normalmente son de carácter local y no se extienden a otros pueblos ni duran mucho

¹⁹ J. Breman, *The Labouring Poor in India*, Nueva Delhi y Oxford, Oxford University Press, 2003, capítulo 2.

tiempo porque los sin tierra no tienen reservas de las que vivir. La falta de alimentos les devuelve al trabajo solo un par de días después y si eso no sucede, los propietarios respaldan su negativa a negociar trayendo mano de obra de fuera. Es cierto que la apertura de la economía rural ha hecho que los sin tierra tengan una mayor movilidad, pero salir del pueblo y tratar de obtener acceso a un trabajo regular fuera de la agricultura no es tan fácil. Un empleo adecuado es difícil de obtener, porque la ansiosamente esperada formalización del empleo en el sector informal no se ha producido. Por el contrario, el trabajo se ha vuelto claramente informalizado en todos los sectores de la economía²⁰. En vez de cambiar su perfil ocupacional de trabajadores agrícolas a trabajadores industriales, las masas de trabajadores sin tierra permanecen flotantes, pero en un fluido y ya saturado mercado de trabajo. Es una mano de obra sin formación, capital social, ni influencia política, un ejército de reserva atrapado en sus hiperdegradados espacios rurales, empujado fuera de ellos durante cierto tiempo y empujado de nuevo de vuelta otra vez. Está fragmentado entre una amplia variedad de nichos de trabajo a corto plazo y rota continuamente entre ellos. La pretensión de que está autoempleado en cualquier cosa que esté haciendo en un momento dado necesita considerarse críticamente. Su modo de empleo es una relación de trabajo asalariado contractualizada y precarizada, pero una relación que hace difícil que se unan solidariamente para emprender una acción coordinada.

Pauperismo

De los muchos problemas que tengo con el «Gran Debate sobre la Pobreza», como complacientemente lo llama un coto cerrado de economistas aficionados a los cálculos numéricos²¹, el principal es el establecimiento de un umbral de pobreza muy cuestionable para luego agrupar a todos los que viven por debajo del mismo como si constituyeran un segmento más o menos homogéneo²². Esta clase de incompreensión muestra un desconocimiento de las varias capas de privación que se encuentran por debajo y por encima de una subsistencia digna y de las diferencias que hay entre ellas. Los hogares que habitan las zonas rurales hiperdegradadas se diferencian entre sí por su composición y tamaño, así como por sus niveles de consumo. Al reducir estas variaciones a cifras medias se ignora una variedad de estilos de vida que van desde afrontar las adversidades sin verse abrumado por ellas, hasta perder el más mínimo control sobre las circunstancias que condicionan la vida de cada uno y rendirse en la lucha por una existencia mejor.

²⁰ *Ibid.*, capítulo 6.

²¹ Véase Angus Deaton y Valerie Kozel (eds.), *The Great Indian Poverty Debate*, Nueva Delhi, Macmillan, 2005.

²² La única concesión hecha en parte de las obras es separar a los pobres de los muy pobres o indigentes, una distinción en la que la segunda categoría se identifica como la que no llega a las tres cuartas partes de la cantidad que marca el umbral de la pobreza.

En contraste con la enorme cantidad de literatura sobre la pobreza, no se ha escrito demasiado sobre el pauperismo. Sin embargo, eso es lo que llama la atención cuando se camina por las colonias de los trabajadores sin tierra en los pueblos de mi trabajo de campo: Gandevigam, Chikhligam y Bardoligam. Se manifiesta en comportamientos que sugieren que es imposible planificar el día de hoy o el de mañana, menos aún invertir en el bienestar futuro. Los ingresos del trabajo se gastan azarosamente sin dar prioridad a las necesidades más básicas, en especial a una alimentación adecuada y suficiente. La adicción a la bebida significa que hasta una cuarta parte o incluso la mitad de los salarios ganados se destinan a la compra de alcohol ilegalmente destilado. Las disputas con los vecinos o dentro del hogar se producen con frecuencia. El marido y la mujer se separan, incapaces de controlar la miseria en la que se encuentran, y debido a la desertión o al abandono, los niños tienen que valerse por sí mismos desde una edad muy temprana. Algunas veces, los hombres son incapaces o no están dispuestos a ser los principales proveedores de sus hogares, pero en otros casos es la mujer la que incumple su papel de cuidar de ellos. La intervención exterior para evitar que la situación empeore es rara. Los vecinos o los familiares a menudo están demasiado preocupados por sus propios problemas como para emplear tiempo en mediaciones o en apoyar a las víctimas. «No podemos permitirnos vivir y actuar solidariamente», comentaba uno de mis informadores *halpati*. Han desaparecido las instituciones comunales, como el *panch*, que solían desempeñar un papel importante para mantener tradiciones sociales, organizar la celebración de fiestas religiosas y solucionar disputas internas, y no han sido sustituidas por nuevas costumbres que cimienten el compañerismo en el entorno de los sin tierra.

También hay un sector que aspira a alcanzar una mayor respetabilidad, a ganar una dignidad mostrando un comportamiento que expresa el deseo de pertenecer a la corriente dominante de la sociedad. Las mujeres, más que los hombres, son las que parecen estar al frente de esa empresa. Su ambición es tener un hogar autosuficiente, bien ordenado y circunspecto, evitar abusar o que abusen; vivir dentro de los medios de cada uno y no ceder al consumismo; animar a los niños para que continúen su educación más allá de la escuela primaria; economizar en los inevitables *rites de passage*; consolidar lo que tienen y conseguir algo más. Su presencia es significativa porque muestra que no todos los habitantes de las colonias de trabajadores sin tierra pueden ser clasificados como lumpen. Dicho esto, también quiero resaltar que, entre los *halpatis*, los pobres que hacen «méritos» por salir de su pobreza son un segmento minoritario. Nadan contra la corriente de la privación y la discriminación y llegar a donde quieren llegar, fuera de la indigencia, es un largo trayecto. Deslizarse hacia abajo resulta más fácil que subir hacia arriba.

¿Una clase peligrosa?

La pobreza generalizada tiende a considerarse un riesgo político para el orden establecido. Desde esa perspectiva, el ejército laboral de reserva no se queda hundido en la apatía, sino que puede ser movilizado para toda clase de actividades subversivas que pongan en peligro la seguridad y el bienestar de los ciudadanos bien establecidos. Se ha sostenido que la amenaza para la estabilidad política que suponía el agitado y poco manejable lumpen proletariado fue una importante razón para dar acceso a esta subclase a la corriente dominante de la sociedad. Para desactivar su molesto valor, a los pobres había que darles un trato justo y cooptarlos dentro de la seguridad social y de otros beneficios que se hicieron disponibles. Según Swaan, este es el porqué y el cómo del nacimiento del Estado del bienestar durante la reestructuración de las economías occidentales desde un modo de producción rural-agrario a urbano-industrial²³. ¿Es posible discernir una sensata revisión similar en el código de conducta de aquellos que están en mejores condiciones y que se ven a sí mismos no solamente como la fuerza impulsora de la «India Resplandeciente», sino también como sus beneficiarios naturales? ¿Verdaderamente están haciendo un esfuerzo para dividir, entre los que tienen y los que no tienen, las recompensas del progreso económico de un modo más equilibrado de lo que se ha hecho hasta ahora? Considerando mi trabajo de campo en el sur de Gujarat la tendencia que he observado va en dirección contraria; no hacia una reducción sino hacia una ampliación de la brecha entre los que están arriba y los que están hundidos en el fondo.

La elite terrateniente no siente ni compasión ni inquietud por la miseria en la que viven los *halpatis*. Se producen incidentes cuando los sin tierra locales asaltan a miembros de la casta dominante y a sus propiedades en el pueblo, pero son percances irregulares que no derivan en algo parecido a una guerra de clases que se propague a las localidades cercanas. Además, se puede confiar en la policía del distrito para tratar firmemente a los que hacen fechorías. ¿Cómo podrían los sin tierra en sus zonas hiperdegradadas desafiar al tejido social del que han sido excluidos? O mejor, del que se dice que se han excluido ellos mismos, porque así es como los *anavil brahmans* y los *kanbi patidars* tienden a considerar la subhumana existencia de los *halpatis*. Entre aquellos que están en buena posición, la idea imperante es que la pobreza es el resultado de un modo de vida deficiente. Desde su punto de vista, los sin tierra tienen que culparse a sí mismos por permanecer estancados en la miseria. Este particular ejemplo de culpar a las víctimas se justifica mediante diversas clases de racionalizaciones que

²³ Abram de Swaan, *In Care of the State: Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*, Cambridge, Polity Press, 1998.

recurren a la indolencia, irresponsabilidad, el engaño y la malevolencia de los *halpatis*. Todos estos atributos están típicamente asociados con el comportamiento lumpen proclive a la criminalidad. Yo me aventuré a concluir un breve ensayo sobre la relevancia de la doctrina del darwinismo social con la observación de que el nivel relativamente bajo de tecnología, que caracterizó la primera fase de la industrialización en Occidente, en última instancia permitió a las masas trabajadoras, hasta entonces descritas como superfluas, reclamar un empleo lucrativo y digno:

El ejército industrial de reserva demostró ser mucho más que un lastre inútil. La escolarización puso fin a la combinación de empleo oculto y salarios demasiado bajos. A finales del siglo XIX y primeros años del XX, los pobres consiguieron convertirse en participantes de pleno derecho en el proceso de trabajo de las sociedades occidentales y contribuyeron al aumento de la prosperidad. El resultado lógico de esta evolución fue una mayor representación política²⁴.

La misma transformación no parece ser la trayectoria que dé forma y dirección al proceso de cambio que está actualmente en marcha en grandes partes del mundo. La globalización no es, para todos los que están sometidos a ella, un camino hacia una mayor y mejor inclusión.

El mío es un relato desalentador en el que tengo que hacer dos puntualizaciones. En primer lugar, no he analizado lo que ha sucedido con las categorías agrarias intermedias en el sur de Gujarat. Mi experiencia, basada en el repetido trabajo de campo, es que muchas de estas gentes, teniendo alguna tierra o algún otro activo productivo, han sido capaces de encontrar de alguna manera más espacio para maniobrar. Dicho esto, me gustaría señalar que la tendencia del cambio la establecen las dos clases en los polos de la sociedad agraria: los principales terratenientes y los sin tierra. Ellos están en primera fila cuando se trata de establecer quién ha ganado y quién ha perdido. Aparte de ello, como he sostenido, para determinar el resultado final se necesita acentuar la interdependencia de las partes componentes. La miseria de los *halpatis* solo puede ser entendida identificando las dinámicas de su subordinación a la elite agraria. Una segunda puntualización se refiere al engañoso tema de la generalización. Admito sin dudar que a los trabajadores sin tierra de otras partes del subcontinente asiático les pueda haber ido mejor que al segmento equivalente del sur de Gujarat. Hay informes más esperanzadores que muestran que cuando los miembros del proletariado rural han sido capaces de aumentar su fuerza para negociar tras encontrar un empleo regular en los nuevos centros industriales, o como trabajadores de la construcción en localidades urbanas, los terratenientes no han tenido más opción

²⁴ Véase el capítulo final de este libro, «El eventual regreso del darwinismo social».

que subir los salarios agrícolas para motivar por lo menos a una parte de la mano de obra para que se quede. Sin embargo, estas historias de éxito también tienen que considerarse en una perspectiva más amplia. No pueden tomarse como una negación del resultado de mi investigación, ni como una confirmación de que la variación regional es tan grande que cualquier generalización resulta insostenible. Mis conclusiones no están localmente limitadas; tienen una relevancia que va más allá de los pueblos que he investigado detalladamente en un largo periodo de tiempo²⁵. Además, el estado de pobreza sobre el que me he centrado no está ocasionado por el atraso. Gujarat es uno de los estados del país con un crecimiento más rápido y los sin tierra de los que he estado hablando pertenecen al corazón del capitalismo que ha madurado aquí. En una nueva y vibrante etapa, pero también con un impacto feroz y depredador.

La retirada del Estado y la urgente necesidad de recuperar el espacio público

Una cuestión subestimada hasta ahora en mi análisis de la economía política del cambio agrario ha sido el papel del Estado. Al impulsar el fundamentalismo de mercado que se ha convertido en la piedra angular de la economía política, el Estado renunció a la capacidad de acción que anteriormente reclamaba como una fuerza de equilibrio entre los intereses del capital y del trabajo. «La inspección *raj* ha finalizado», proclamaba el primer ministro Manmohan Singh, representante de lo que equívocamente se llama la Alianza Progresista Nacional (APN). Su grito de batalla acababa con cualquier pretensión de insistir en un salario mínimo. El mercado lograría lo que el Estado no había conseguido: elevar a cada vez más gente por encima del umbral de pobreza. Ahora se elaboran estadísticas para justificar la correcta elección hecha a favor de este dogmático estilo de libre empresa. En Gujarat el número de personas por debajo del umbral de pobreza –según estadísticas elaboradas por el Estado– se desplomó desde el 41,9 por 100 en 1983 al

²⁵ J. Breman, *The Poverty Regime in Village India: Half a Century of Work and Life at the Bottom of the Rural Economy in South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007. Se pueden encontrar evidencias objetivas que respaldan mi interpretación de las dinámicas rurales en un gran número de estudios empíricos. Por nombrar solo algunos: Gobierno de India, *Report of the National Commission on Rural Labour*, vols. I y II, Nueva Delhi, Ministerio de Trabajo, 1991. Véase también Stuart Corbridge, G. Williams, M. Srivastava y R. Veron, *Seeing the State: Governance and Governmentality in India*, Part III: *The Poor and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 219-274; Barbara Harris-White, *India Working: Essays on Society and Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, capítulo 2; P. Sainath, *Everybody Loves a Good Drought: Stories from India's Poorest Districts*, Nueva Delhi, Penguin, 1996; y Arun Sinha, *Against the Few: Struggles of India's Rural Poor*, Londres, Zed Books, 1991. Sobre las relaciones laborales rurales en concreto, véase el número especial publicado por T. J. Byres, Karin Kapadia y Jens Lerche (eds.), «Rural Labour Relations in India», en *Journal of Peasant Studies*, vol. 25, núm. 2-3, enero-abril de 1999, pp. 1-358.

14,2 en 2004-2005. Sin embargo, en el Índice de Desarrollo Humano, Gujarat se sitúa mucho más abajo de lo que sugieren sus datos económicos oficiales y, viajando por toda la región, hace falta algo más que buena voluntad para aceptar la afirmación del gobierno de que el problema de la indigencia está a punto de resolverse. Se necesita que el observador no mire detrás de la fachada de cartón piedra que se ha levantado. Desde los escalones superiores del Estado se manipula el proceso estadístico enviando instrucciones a las autoridades de distrito y subdistrito para que no emitan nuevas tarjetas para personas que se encuentran por debajo del umbral de pobreza* y para que no se contabilicen hogares que posean algunos activos duraderos, de esta manera privándoles del derecho a una ración mensual de comida a un precio subvencionado. La pobreza se ha convertido en un fenómeno que necesita mantenerse fuera de la vista y fuera de la contabilidad del gobierno. Reducir el tamaño y la intensidad de la miseria, si no en la realidad por lo menos sobre el papel, es parte de la operación «India Resplandeciente».

La renuncia del Estado a mantener un control sobre la marcha de la economía no solo ha conducido a una política de desregulación dirigida a acabar con una multitud de restricciones sobre el libre juego de las fuerzas de producción, sino que también ha producido una erosión del espacio público. Los defensores de este planteamiento mantienen que la privatización es la solución final y que el Estado no tiene ningún papel en el alivio de la pobreza. Las mismas gentes que viven en esa situación son las que tienen que aprovecharse de los incentivos económicos que producen mayores rendimientos para su fuerza de trabajo. Desde este punto de vista, apelar al propio interés es la mejor ruta hacia la movilidad ascendente, y la recompensa por atender a ese mensaje es cruzar el umbral de pobreza. No obstante, a la vista de la inmensa miseria que produce el subempleo, los bajos salarios, los quebrantos de salud o llegar a una edad avanzada, de ningún modo se puede decir que la lógica del mercado libre y su supuesta benevolencia sea algo que convenza a todo el mundo. En la Alianza Progresista Nacional que mantuvo el poder en el ámbito central hasta la primavera de 2009, el Congreso Nacional Indio estuvo presionado para que generara empleo realizando obras públicas, para que extendiera las prestaciones de la seguridad social a más del 90 por 100 de la mano de obra que trabajaba en el sector informal de la economía y para que mejorara las normas laborales que protegen a los trabajadores contra los riesgos a la salud y el bienestar. Una de las medidas que se sugerían en este último apartado, adelantada en un informe de la Comisión Nacional

* La tarjeta BPL (por debajo el umbral de la pobreza por sus siglas en inglés) identifica a una persona que se encuentra en esa situación y forma parte de un plan del gobierno indio para proporcionar asistencia a ese sector de la población [N. del T.].

de las Empresas en el Sector no Organizado, es la introducción de un salario mínimo²⁶. La propuesta parece reconocer que el funcionamiento sin restricciones de mercado necesita ser controlado por la intervención pública. Después de haberse rendido a las presiones a favor de una total informalización de la economía y después de respaldar la idea de que la formalización del empleo es la causa raíz de la persistente pobreza, resulta bastante ingenuo, por decirlo suavemente, sugerir que las consecuencias de esta política pueden repararse con regulaciones patrocinadas por el Estado que están en marcado contraste con el espíritu del fundamentalismo del mercado. Apoyar de boquilla los derechos de los trabajadores y prometer seguridad para todos en tiempos de enfermedad o a una edad avanzada puede ser simplemente una maniobra electoral. Cabe preguntarse si existe la voluntad política de restaurar el espacio público y traer de vuelta el papel del Estado para promover el bienestar social.

En última instancia, mis profundas reservas sobre semejante evolución emancipadora en el sur de Gujarat se basan en el hecho de que la descentralización del poder político no ha sido capaz de abrirse paso a través del cerrado frente de intereses creados. Durante mi larga experiencia de trabajo sobre el terreno, esta descentralización se ha quedado en un ejercicio de pseudodemocratización. La élite terrateniente, en unión de la burocracia local del Estado, ha frustrado sistemáticamente los intentos para incluir a los pobres rurales. En un informe sobre uno de mis viajes hace veinticinco años, describía lo que había sucedido con el *Gram Majur Kalyan Kendra* (Centro de Asistencia para los Trabajadores Rurales) creado por el Gobierno unos años atrás²⁷. Estos centros todavía siguen ahí, tan ineficaces como antes, y los nuevos planes de asistencia se supone que van a desprender desde estos puntos nodales de acción social para el alivio de la pobreza. Teniendo en cuenta su pasada actuación no resulta difícil predecir que de nuevo el resultado será negativo.

* * *

Mi conclusión es que si no se proporciona espacio para la potenciación política de los pobres rurales, su inclusión en la corriente principal de la sociedad está destinada a quedarse en una mera ficción de la imaginación, en una simple ilusión que bien se puede convertir en una pesadilla fascista. La doctrina del fundamentalismo de mercado y una arraigada ideología de la desigualdad social son una mortífera combinación, y el resultado de ese

²⁶ National Commission for Enterprises in the Unorganized Sector, *Report on Social Security for Unorganized Workers*, Nueva Delhi, 2006; también, *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*, Nueva Delhi, Academic Foundation, 2008.

²⁷ Véase J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers*, *op. cit.*, capítulo 4. En 2006, cuando visité uno de estos centros, situado cerca de Chikhligam, me encontré que no había habido ningún cambio en absoluto. Conservar las apariencias es lo que explica por qué no se han cerrado.

régimen reaccionario es que la casta-clase sin tierra no debe ser incluida. Desde el punto de vista de los adinerados, esta casta-clase obtiene ni más ni menos que lo que se merece: estar excluida de una existencia digna y vivir en las afueras del pueblo y en los márgenes de la economía. En las páginas anteriores he expresado mi escepticismo sobre una inversión a corto plazo de la tendencia hacia la exclusión. Pero ¿qué pasa con la perspectiva a largo plazo para la emancipación de la subclase rural? Se necesita una mentalidad historicista para mantener las esperanzas. Un paso adelante innegable se produjo cuando los *halpatis* consiguieron encontrar la redención de la centenaria servidumbre hace medio siglo. Un fugaz espejismo igualitario fue como D. A. Low resumió el resultado del interludio populista en India y otros países del Tercer Mundo durante la segunda mitad del siglo XX²⁸. Realmente para grandes partes del género humano vivir de un modo decente y digno es un sueño lejano. Pero ¿han perdido los sin tierra en el sur de Gujarat todas las esperanzas de que llegue semejante día? Observando de cerca el entorno de los más desfavorecidos de la economía rural en las décadas pasadas, no he encontrado síntomas de una internalización de la subordinación ni de una pasiva aceptación de la doctrina de la desigualdad. La atmósfera en las zonas rurales hiperdegradadas es sofocante, más inspirada por la aspereza, el resentimiento y la angustia que por la docilidad. Sin duda estos sentimientos no se convierten en una acción concertada. Sin embargo, ¿no es solamente después del acontecimiento, en retrospectiva, cuando se puede identificar el punto de inflexión desde la resistencia encubierta a una abierta y más sostenida rebelión?

²⁸D. Anthony Low, *The Egalitarian Moment: Asia and Africa 1950-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

II
DEJANDO EL PUEBLO DETRÁS

LLEGAR A CALCUTA: ¿SENDEROS HACIA UNA VIDA MEJOR O PERDIDOS EN CALLEJONES SIN SALIDA?*

Trabajo de campo en un terreno sin cartografiar

ESTE ENSAYO ANALIZA los resultados de la investigación que presenta Ananya Roy en su recientemente publicado estudio, *City Requiem, Calcutta: Gender and the Politics of Poverty*¹. Ya en el título, la autora señala los principales objetivos de su investigación en la periferia sur de Calcuta (a partir de ahora Kolkata). Su trabajo de campo empezó en un conglomerado de improvisadas chozas levantadas a lo largo de la vía del ferrocarril, a poca distancia de una estación suburbana, donde encontró gente que había llegado desde el interior rural para intentar hacerse un hueco en la economía urbana. Desde este punto de inicio, Roy se abrió paso a diversos asentamientos que se convirtieron en lugares para la recogida de datos, todos ellos habitados por migrantes que poco a poco habían llegado desde sus pueblos de origen buscando un medio de vida de alguna manera menos precario que el que habían dejado en su casa. Pero ¿cómo abrirse paso en el nuevo hábitat? Hay que empezar a ascender por un tortuoso camino con muchas posibilidades de no ser capaz de dar el siguiente paso o, si se consigue, de resbalar de nuevo hasta donde se empezó el viaje, la zona periférica donde se funden la ciudad y el campo.

Roy señala, con razón, que la mayoría de los microestudios sobre la vida y el trabajo en el fondo de la economía urbana se han realizado en zonas hiperdegradadas ya formalizadas más que en los nuevos tipos de asentamientos que se extienden en la periferia de las ciudades. Los migrantes que carecen de contactos urbanos previos no tienen otra elección que convertirse en ocupas en esta nebulosa zona donde lo rural todavía no ha acabado y lo urbano todavía no ha empezado. Para ello, plantan sus campamentos en un

* Originalmente publicado como «Coming to Kolkata: Pathways to a Better Life or Lost in Dead-end Alleys?», en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 39, 2003, pp. 4151-4158.

¹ Publicado en la colección *Globalization and Community*, vol. 10, Mineápolis y Londres, University of Minnesota Press, 2003.

paisaje de vías de ferrocarril, canales de drenaje, puentes, basureros, cunetas de carreteras y trozos de tierra libre que no se utilizan para el cultivo. Las minúsculas chozas que levantan de la noche a la mañana son tan irregulares, desordenadas y temporales como el terreno que las rodea. Es tierra de nadie o por lo menos eso es lo que parece. Pero los migrantes, que tratan de pasar desapercibidos reduciendo su visibilidad en este territorio extranjero y desolador, saben que finalmente tendrán que seguir adelante. Su objetivo es conseguir acceso a uno de los asentamientos más grandes en los que los ocupas tienden a congregarse en grandes cantidades. Todavía son campamentos transitorios, pero están más regularizados en el sentido de que cuentan con algunos servicios básicos, como agua y electricidad, al mismo tiempo que las viviendas que se construyen son menos endebles y más duraderas. Desde esta todavía vulnerable base, se contacta con pequeños funcionarios de diversos organismos del Estado y con intermediarios políticos en un intento por asegurarse la promesa de que se les permita quedarse.

Las negociaciones con las autoridades rara vez acaban en algo más que en un ambiguo reconocimiento de la residencia temporal. En la mayoría de los casos, los terrenos ocupados ya han sido asignados a otros propósitos y solamente es cuestión de tiempo que los ocupas sean expulsados por autoridades municipales o empresas privadas. Los migrantes sin un documento de residencia puede que tengan que empezar desde cero otra vez. Sin embargo, aquellos que tienen alguna clase de documento formal que demuestre que han adquirido un derecho a residir —un certificado de nacimiento o una cartilla de racionamiento, por ejemplo— pueden trasladarse a otro lugar. En este contexto, es interesante señalar que las autoridades municipales se niegan a reconocer la existencia de los asentamientos ocupados. La autora explica la razón de esta estrategia de elusión citando una fuente oficial: «Nos preocupa que tener en cuenta a los ocupas les dé una falsa sensación de legitimidad. No podemos reconocer su presencia»². Sin embargo, en este tortuoso proceso de asentamiento y reasentamiento los migrantes van ganando lentamente un estatus legal y poco a poco se atreven a volverse más visibles. Después de hacerse clientes de los intermediarios del poder que tienen acceso a la maquinaria política urbana, su esperanza es llegar finalmente a una de las colonias regularizadas donde los residentes, aunque siguen sin tener títulos de propiedad sobre las parcelas en las que viven —y en esa medida siguen dependiendo de modo inmediato de los favores de sus patronos— ahora tienen contratos como inquilinos con un derecho a ocupar y reclamar la representación. En esta etapa, la inscripción en los registros municipales pretende ser un arma contra una expulsión arbitraria. Pero para que se acepte este intento de reclamar la ciudadanía

² Ananya Roy, *City Requiem, Calcutta: Gender and the Politics of Poverty*, Mineápolis y Londres, University of Minnesota Press, 2003, p. 27.

los anteriores ocupas tienen que hacer frente al pago de cuotas por disfrutar de mejores infraestructuras: carreteras niveladas en vez de accidentados caminos, electricidad en la casa, agua de grifo y un retrete cercano.

Llegar hasta ahí tiene que ser el cielo comparado con los espacios de ninguna parte donde se estableció el primer contacto con el terreno urbano. Mirando hacia atrás a través de los ojos de uno de sus informadores, Nokul, se puede entender la razón:

Llegué a Calcuta con toda mi familia hace diez años. Durante unos días estuvimos viviendo en los andenes de la estación. En aquella época nadie nos echaba de los andenes. Ahora, si te sientas allí demasiado tiempo, algún partido o sindicato vendrá y te pedirá *chanda* (cuotas). Encontré trabajo de *jogar* (trabajo ocasional en la construcción) unos diez días después. Cuando vivíamos en el andén, me fijé en todas esas chozas cercanas. Empezamos a reunir materiales: lonas, bolsas de plástico, neumáticos viejos. A menudo teníamos que pelearnos por ellos mientras buscábamos entre los montones de basura. Pero construimos una choza. Creo que era más una tienda que una choza. El partido se ocupó de nosotros [...].

¿Qué partido? El PCI (M) [Partido Comunista de India (marxista)]. Tenían una sede cercana, allí en esa calle. Venían a nosotros durante las elecciones. Todos los votamos. Y nos prometieron que no nos echarían. Pero entonces, hace unos siete años, vinieron y nos dijeron que tendríamos que movernos. El *sarkar* (gobierno) estaba construyendo un puente. Ese que puedes ver. Nos dijeron que moviéramos nuestras tiendas que estaban cerca de las pistas. Nos reuníamos todos los días con los dirigentes del partido. Me acuerdo perfectamente. Estábamos asustados. Pero continuaron tranquilizándonos. Un día, un *neta* (dirigente) vino y nos dijo que si nos movíamos a esta franja de tierra junto a las pistas nadie nos podría molestar. Las tierras pertenecen al ferrocarril y no tenían delegaciones o gente que nos echara. Así que nos trasladamos. Al otro lado de las pistas ya había otras chozas anteriores. Tenían electricidad y ahora el partido está construyendo retretes para ellos. Nosotros no tenemos nada de eso. Pero quizá lo tengamos. El partido es bueno con nosotros, pero no con todos [...]³.

Siguiendo a sus informadores en este largo trayecto, Roy describe cómo una parte de ellos llegaron de hecho a una de las colonias formalizadas, al contrario que muchos otros que no fueron tan afortunados y quedaron varados en algún lugar del camino. También presta atención a los migrantes que todavía están al principio de su huida de las tierras rurales. Son los que viajan todos los días, saliendo pronto por la mañana y regresando a su lugar de origen todas las noches. Pertenecen a la categoría de los trabajadores

³ *Ibid.*, p. 52.

flotantes que todavía no han conseguido encontrar un punto de entrada, por temporal y frágil que sea, y que llegan a las fuentes de sustento urbanas después de un largo e insoportable viaje en trenes que están abarrotados en ambas direcciones. Roy siguió a algunos de estos informadores de vuelta a sus pueblos de origen para averiguar, en el punto de partida, por qué y cómo tomaron la decisión de desplazarse. De ese modo, su trabajo de campo llega hasta las tierras del interior, aunque sus viajes con ese propósito fueron bastante breves.

Hay que hacer hincapié en que la planificación del trabajo de campo no se podía establecer claramente por adelantado. No se podía recurrir a técnicas de muestreo que presumen la disponibilidad de series de datos en las que el flujo de migrantes rurales ya ha sido registrado con una información más o menos detallada sobre sus paraderos. Esa clase de información sobre la gente que entra y sale de la zona de penumbra entre la ciudad y el campo simplemente no se encuentra en ninguna parte. La investigación de Roy empezó cuando decidió abrirse paso en lo que es –en términos de direcciones, números y emplazamientos– un terreno sin cartografiar. La lógica de sus investigaciones era vincular los varios nodos que encontraba porque muestran las rutas que atraviesan sus informadores. En sus investigaciones sobre las dinámicas del tránsito desde lo rural a lo urbano en el sudeste de Asia, McGee ha clasificado este paisaje de frontera como *desakota*⁴. No hace falta mucha imaginación para reconocer en esta configuración espacial la pauperizada naturaleza del modelo de urbanización de Kolkata que también refleja la posición periférica de muchas otras metrópolis de Asia en el sistema-mundo que ha surgido.

Identidad de los migrantes flotantes

Prácticamente todos los habitantes de los asentamientos en los que Roy ha realizado su trabajo de campo proceden del distrito de 24-Parganas Sur, que llega hasta la periferia sur de la ciudad, y han abandonado sus pueblos durante los últimos quince o veinte años. Otra característica que comparten estos migrantes del interior rural es su origen como trabajadores sin tierra. Exceptuando a una minúscula fracción (apenas el 6 por 100), sus informadores no poseían ni siquiera una pequeña parcela de tierra cultivable en su lugar de origen. Alrededor del 80 por 100 tenían una casa, pero la categoría restante (ligeramente más del 15 por 100) también carecía de terreno en este sentido. Roy elige definir a por lo menos parte de este lote residual como ocupas rurales, una definición acertada porque

⁴T. G. McGee, «The Emergence of Desakota Regions in Asia; Expanding a Hypothesis», en N. Ginsberg, B. Koppel y T. G. McGee (eds.), *The Extended Metropolis: Settlement Transition in Asia*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1991, pp. 3-26.

la ocupación, aunque muy poco estudiada en sus manifestaciones rurales, ciertamente no es un fenómeno exclusivamente urbano.

El mito de una comunidad homogénea de campesinos, tan apreciado en los tiempos coloniales, hace tiempo que fue derribado por buenas razones⁵. Sin querer resucitar el tema, Roy sostiene que las reformas agrarias realizadas por el gobierno de Bengala Occidental en las últimas décadas del siglo XX parecen haber restablecido el estereotipo urbano del pueblo como una colectividad de propietarios-cultivadores. El establecimiento de un techo a la propiedad de la tierra supuso la desaparición final de la clase de los terratenientes, que ya habían perdido gran parte de su anterior prominencia. Sin embargo, esta política de igualación en los escalones superiores de la economía rural no fue acompañada por un intento similar de remodelar la marcadamente desigual composición de clase en el fondo de la sociedad agraria. Los propios hallazgos de Roy, junto a su análisis de varios estudios de interés sobre el resultado de las políticas redistributivas en los últimos tiempos, nos permiten concluir que —en la mayor parte de los pueblos, si es que no en todos— la gran mayoría de la subclase sin tierra, que forma una parte muy considerable de la población rural en Bengala, no se benefició en absoluto de la tierra que quedó disponible como consecuencia de esa política de redistribución.

Los políticos y diseñadores de políticas urbanas ignoran por completo la falta de acceso a los medios de producción primarios de una parte importante de los hogares rurales. Para ellos, todos los migrantes pertenecen a una categoría no diferenciada de campesinos que poseen alguna tierra cultivable que es, o debería ser, la principal fuente de su subsistencia⁶. Roy está de acuerdo con estudios que mantienen que la columna vertebral de la producción agraria es el campesinado medio que no tiene propiedades muy grandes, normalmente menos de dos hectáreas, y que ha sido el principal beneficiario de las reformas de los arrendamientos que ha realizado el Frente de la Izquierda. La hegemonía política y económica de esta clase eclipsa la vida mucho más precaria en la economía rural del proletariado sin tierra. Por lo que concierne a la elite urbana en el poder, la cuestión

⁵Yo mismo he hablado sobre este mito en diversas publicaciones anteriores. Véase J. Breman, «The Shattered Image: Construction and Deconstruction of the Village in Colonial Asia», *Comparative Asian Studies* 2, Dordrecht, Foris Publications, 1988; J. Breman, «The Village in Focus», en J. Breman, P. Kloos y A. Saith (eds.), *The Village in Asia Revisited*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1997, pp. 15-75.

⁶En 1997 encontré la misma clase de ilusiones cuando se produjo el estallido de la crisis financiera en Asia. El constante argumento en los círculos políticos era que la mano de obra flotante, ahora declarada redundante en la economía urbana de la Gran Yakarta, había regresado a sus pueblos en el interior de Java, donde capearía la recesión viviendo de la producción de la tierra que poseía. Véase J. Breman y G. Wiradi, *Good Times and Bad Times in Rural Java: Case Study of Socio-Economic Dynamics in Two Villages Towards the End of the Twentieth Century*, Leiden, KITLV Press y Singapur, Institute of Southeast Asian Studies, 2002.

agraria ha sido resuelta con la creación de una estructura de propiedad más o menos equitativa. La fuerte creencia en un campesinado homogéneo es, desde el punto de vista de Roy, una construcción neopopulista que ayuda a justificar la actitud hostil de funcionarios del Estado y dirigentes de partidos hacia el ejército de reserva de migrantes que va llegando a las afueras de Kolkata. Su idea preconcebida es que estas gentes son una carga para la economía de la ciudad y que estarían mucho mejor si no dejaran de ser lo que básicamente se supone que son: campesinos que trabajan por su cuenta en el campo de Bengala.

La generalizada ignorancia sobre el drama de los sin tierra en la economía agraria es un reflejo de su falta de voz en el escenario de la política rural. En las historias de sus vidas no hay nada que indique que el Frente de la Izquierda esté deseando proteger y cuidar de esta gente. De acuerdo con Roy, resulta llamativa la falta de atención que el Estado y el partido han prestado a los más pobres de los pobres rurales. Sus intereses apenas están representados en los consejos locales controlados por un campesinado medio deseoso de apropiarse de los recursos para el desarrollo canalizados hacia abajo. Esto no es de ningún modo un rasgo específico del estado de Bengala Occidental. La elite de los pueblos en el sur de Gujarat que he investigado en profundidad, puede ser incluso más tajante en su oposición a una participación justa y proporcionada de los trabajadores rurales en el proceso de toma de decisiones⁷. Estos trabajadores están obligados a mantener un perfil bajo en el *panchayat*, y la cesión de poder político al ámbito local ha inclinado la balanza aún más a favor de los pequeños y medianos propietarios. También un estudio recientemente publicado sobre un pueblo en Burdwan documenta la relativa ausencia del proletariado rural en el proceso político⁸. Roy podía haber fortalecido sus observaciones profundizando en la jerarquía de casta de la Bengala rural. No sería muy descabellado suponer que las posiciones opuestas en la estructura de la economía política están respaldadas por demarcaciones socioculturales que articulan esa división, pero sobre esta cuestión la autora ha elegido permanecer en absoluto silencio. Tampoco se nos dice nada sobre la composición de casta de los asentamientos urbanos donde los migrantes tratan de establecerse.

⁷ Sobre este recurrente tema de mi propio trabajo de campo, véase J. Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat*, Berkeley, University of California Press, 1974; J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers: Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press y Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985; J. Breman, *Beyond Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1993; J. Breman, *The Labouring Poor in India: Patterns of Exploitation, Subordination and Exclusion*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2002.

⁸ Véase S. Bhattacharya, «Caste, Class and Politics in West Bengal», en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 3, 24-28 de enero de 2003, pp. 242-246.

La migración como acto de huida

Roy se muestra más pertinente y comunicativa en cuanto a la disminución del margen de subsistencia de los trabajadores sin tierra. La causa más importante es que la demanda de mano de obra agrícola no ha ido al mismo ritmo que el aumento del número de hogares que dependen de esa fuente de ingresos. Como le manifiestan sus informadores, en 24 Parganas Sur la falta de terrenos de regadío es una importante limitación y, debido al predominio de una única cosecha, el trabajo en los campos se reduce a tres meses al año; al mismo tiempo no existe otro tipo de empleo a escala local. La clase de los grandes propietarios de tierras ha sido expropiada y para la mayor parte de las actividades agrícolas los campesinos pequeños y medianos no necesitan mucha más mano de obra de la que proporcionan los miembros de sus propios hogares. Aun así, Roy está de acuerdo en que puede haber infravalorado algunas oportunidades de trabajo en los escalones inferiores de la economía rural. Sería necesaria una investigación más profunda, realizada a lo largo de un periodo más amplio, para encontrar semejantes nichos de empleo en el pueblo de residencia o en otras partes del campo.

La circulación intrarrural, que es estacional por naturaleza, ha sido una práctica habitual para muchas generaciones de trabajadores agrícolas en los distritos de Bengala Occidental. Sabemos por otros varios estudios que este modelo de movilidad todavía es frecuente o que incluso ha aumentado tanto en magnitud como en distancia. Roy no da detalles sobre la presencia o la frecuencia de este fenómeno en los pueblos que ha visitado. A diferencia de los múltiples informes sobre los mercados urbanos de trabajo informal, hay una gran escasez de documentación sobre las instituciones que reúnan la oferta y la demanda en la economía rural. Aun así, dicho esto no tengo argumentos para cuestionar la afirmación fáctica de Roy de que los migrantes que ella ha investigado abandonan su hogar debido a una constante falta de compradores regulares de su fuerza de trabajo. Ciertamente está la parcela de la casa, pero incluso tener un domicilio que está más allá del control de los empleadores no sirve de nada cuando no hay salarios que ganar.

Finalmente, la supervivencia en el fondo de la economía agraria se ve amenazada por la privatización de los recursos de propiedad comunal. Mientras que en el pasado a los hogares sin tierra se les permitía utilizar los campos sin cultivar del pueblo para el pastoreo de una cabra o de una vaca y para recoger leña para el fuego, ahora se les ha cortado el acceso a la tierra que está sin cultivar durante todo o parte del año. Esta tendencia hacia la exclusión incluso ha conducido a que algunos de los trabajadores que se desplazan diariamente traigan a la vuelta un haz de leña rebuscada

en el espacio común que se ha abierto en la periferia urbana. «[...] en la ciudad, por lo menos, se puede buscar en la basura de los ricos y encontrar unas cuantas cosas que vender a la planta de reciclado. Se puede recoger una rama caída y llevarla a casa para encender el fuego. En el pueblo no se puede hacer eso»⁹.

Réquiem por la ciudad es el título del libro de Roy. Desde el punto de vista de la clase sin tierra cabe preguntarse si no hubiera sido más apropiado interpretar sus conclusiones como un «réquiem por el pueblo». Roy encontró que los ocupas a los que conoció en la periferia de Kolkata no deseaban en absoluto hablar de la vida que habían dejado atrás. A menudo sus informadores se mostraban bastante reluctantes a decir los pueblos concretos de donde venían y mostraban sorpresa o desagrado cuando ella insistía en saberlo. ¿Qué importaba? Tenían tendencia a construir su compromiso con el entorno urbano como «una esfera de relaciones y reivindicaciones políticas, de tratar con el *sarkar* o el Estado»¹⁰. Visto desde su posición, estaba concebida como una transición desde la marginalidad rural a la participación urbana. ¿Qué sentido tenía mirar atrás? La historia que contaba Nokul era una de muchas:

Cada vez que regreso es como si no pudiera respirar. Como si me apretaran el corazón. En esta pequeña choza estamos apiñados –ya sabes que tengo cuatro hijos– pero no tanto como en el pueblo. Vi a mi padre trabajar en la agricultura. Pero no había trabajo para mí. En nuestro pueblo solamente hay una cosecha anual y después hambre, un hambre terrible. Mi padre empezó a emigrar al distrito de Hooghly para trabajar durante la temporada baja. Durante meses no sabíamos nada de él. No tenía manera de mandarnos dinero. Muchos de los hombres en nuestro pueblo hacían lo mismo. Pero nosotros pasábamos hambre. Normalmente regresaba con algún dinero y comprábamos arroz. Cuando cumplí diecisiete años mi padre me llevó a Hooghly. Trabajamos en pueblos donde plantaban verduras. Pero éramos demasiados. No siempre encontrábamos trabajo. Y entonces me encontré con una familia a la que atender. Me fui en cuanto pude, hace catorce años [...] ¹¹.

Las estadísticas y otras series de datos cuantificados pueden sacar a relucir las dinámicas que hay por debajo, pero densas descripciones como esta son una poderosa manera de demostrar por qué incluso una precaria posición en la ciudad, con todos los reparos que supone esta elección, se considera una manera de salir de un espantoso hábitat donde no hay ninguna perspectiva de un futuro mejor.

⁹ A. Roy, *City Requiem, Calcutta, op. cit.*, p. 64.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 50-51.

¹¹ *Ibid.*, p. 51.

En un ensayo que analiza las imágenes sobre la comunidad rural que tenían Gandhi, Nehru y Ambedkar, Jodhka señala que los dos primeros tenían grandes diferencias de opinión¹². Mientras que el padre de la nación insistía en que los habitantes tenían intereses comunes, Nehru, el primer dirigente de la India poscolonial, hablaba de diferencias internas en la unidad básica de la sociedad que, en su percepción, cristalizaban en la división entre terratenientes y campesinos. Sin embargo, solo fue Ambedkar el que se dio cuenta de que, desde el punto de vista de la subclase rural, el pueblo era una zona de oscuridad en la que, de generación en generación, muchos de ellos habían sido obligados a vivir en los márgenes o incluso en un estado de cautividad. Tras rechazar el plan de Gandhi para el renacer de la comunidad perdida, la visión de Nehru le llevó a acentuar la necesidad de reestructurar las obsoletas relaciones de producción en la agricultura. Sin embargo, añadía la salvedad de que semejante plan de reforma estaba destinado a fracasar sin una inequívoca política de industrialización y urbanización. Solamente entonces sería posible reducir la presión sobre el sector primario de la economía. En este escenario, se debía alentar a la gente redundante en la agricultura para que abandonara el pueblo y se estableciera en la ciudad, lo cual iba en su propio interés ya que, como trabajadores industriales, iban a disfrutar de una vida mucho mejor que la anterior.

En estrecha correspondencia con las diversas percepciones de la economía rural en el pasado y en el presente, también hay fuertes diferencias de opinión sobre las dinámicas de la migración. En contra de aquellos que sostienen que el factor de atracción tiene una importancia determinante en la decisión de marchar a algún otro sitio, hay otros que afirman que el rechazo es la principal motivación para que la gente se vaya. Las posiciones ideológicas a menudo desempeñan un importante papel en estos debates. Una perspectiva más fructífera sería considerar a la migración como un proceso diferenciado. Roy, en mi opinión, opone con razón corrientes migratorias anteriores con la que ha ocupado su trabajo de campo. Mientras que hasta hace poco los migrantes de fuera del estado podían optar por empleos en las zonas industriales de Kolkata y Bengala, y los campesinos medios conseguían alcanzar las zonas hiperdegradadas regularizadas próximas al centro de la ciudad, los ocupas y los trabajadores que se desplazan diariamente de los que ella habla se ven mantenidos a raya en las afueras de las metrópolis en una situación flotante. Han abandonado el pueblo, pero si han llegado a la ciudad es un tema que se puede discutir. Regresando a la idea de movilidad como un proceso diferenciado, mi conclusión confirma los resultados de un trabajo publicado hace muchos

¹² S. S. Jodhka, «Nation and Village: Images of Rural India in Gandhi, Nehru and Ambedkar», en *Economic and Political Weekly*, vol. 37, núm. 32, 10 de agosto de 2002, pp. 3343-3353.

años: la migración empieza con una situación de desigualdad en el punto de partida y conduce a una nueva desigualdad en el punto de llegada¹³. Cuando los miembros de las clases subalternas en los pueblos de Bengala Occidental empiezan su viaje hacia la ciudad, no cuentan ni con el capital físico ni con el capital social con el que abrirse camino al trabajo y al refugio regularizado. ¿Son estos dos decisivos indicadores de una vida humana digna la cosecha final de su trasiego por terrenos sin cartografiar? Regresaré a esta pregunta más adelante.

Una perspectiva de género

Como deja claro el subtítulo del libro, Roy ha prestado especial atención al papel de la mujer en el proceso de migración. Esta elección no es solamente comprensible, sino también acertada a la vista del sesgo masculino de muchos estudios sobre la movilidad laboral, incluyendo los míos. A la autora le gustaría que su obra se considere una contribución a la etnogeografía feminista. La manera en que presenta el relato es coherente con ese estandarte y sin duda sería descabellado clasificarlo como una expresión de indebido partidismo. Los hombres están presentes y representados, pero principalmente a través de los ojos de sus esposas, madres o hijas, no como los principales suministradores de alimento y asistencia para los hogares a los que pertenecen. Tengo una pequeña crítica que hacer sobre esta perspectiva de género: no nos enteramos demasiado de las diversas clases de trabajo a los que se dedican los hombres de los asentamientos ocupados. El *jogar* –trabajo ocasional, normalmente en la construcción– junto a un amplio abanico de trabajos menores parecen ser los estatus ocupacionales que tienen en común. Invariablemente, el empleo de la mujer es inferior a cualquier cosa que haga el varón y, además, recibe un salario mucho más bajo. Incluso en los raros casos en que ambos están en el mismo oficio, las mujeres están en clara desventaja. Un ejemplo claro son los vendedores de verduras. Los hombres en este pequeño negocio o bien cultivan ellos mismos los productos y obtienen un beneficio mayor cuando los venden, o se agrupan para comprar los productos en un pueblo y comparten los costes de transporte a la ciudad alquilando una camioneta entre todos. Las mujeres, en cambio, no pueden comprar en los mercados de pueblo porque no tienen suficiente capital para hacerlo y solamente pueden permitirse comprar pequeñas cantidades en alguno de los establecimientos urbanos de venta al por mayor.

Muchas mujeres ocupas o que se desplazan diariamente, trabajan como criadas en hogares de la clase media. Como la mayoría de los trabajos del

¹³ J. Connell, B. Dasgupta, R. Laishley y M. Lipton, *Migration from Rural Areas: The Evidence from Village Studies*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1976.

sector informal, este tipo de empleo se ha visto feminizado y precarizado. Mientras que anteriormente los criados domésticos en Kolkata solían ser hombres, últimamente se ha convertido en una ocupación para mujeres. Mi observación es que una tendencia similar se puede percibir, por ejemplo, en Mumbai y Delhi. Lo mismo se puede decir de otro cambio sobre el que Roy llama la atención: la sustitución de los trabajadores internos por trabajadores a jornada, acompañada por la sustitución de los salarios mensuales por el pago a destajo. Tantas rupias por tanta tarea, algo que lleva a sus entrevistadas a tener que correr de un patrón a otro para poder arañar sus exiguos ingresos. Sin embargo, hay una clase de servicio doméstico que todavía se contrata en régimen de internado, sin una sola interrupción a la semana, porque los hogares de los empleadores necesitan constante atención. Se trata de chicas muy jóvenes a las que sus padres envían a trabajar a Kolkata cuando tienen seis o siete años. Las tareas realizadas por estas jóvenes, que no han llegado a la adolescencia, se conocen como *khaor porar*, es decir, servicio que proporciona comida y refugio. Este término resume el acuerdo. Las chicas tienen que dejar de ser una carga para sus padres, que vienen cada cierto tiempo para recoger los salarios ganados por sus hijas. El dinero así ahorrado, una cantidad tremendamente baja, se supone que se guarda para pagar la dote en el momento del matrimonio. Pero desde luego hay muchas posibilidades de que se gaste antes en necesidades más urgentes. En unas cuantas frases, Roy resume la alienación de la vida en casa de una de estas chicas que empezó a trabajar cuando tenía siete años:

Para Noyon, sus empleadores son su familia. Durante los últimos diez años no ha conocido otra. Apenas sabe qué hacer cuando va a su casa una vez al año y ha perdido el contacto con la mayor parte de sus familiares. De hecho, cuando visita a sus padres está deseando volver a la ciudad, preocupada por cómo se estará desarrollando su otra familia¹⁴.

Un llamativo hallazgo es la participación claramente desigual de hombres y mujeres en el proceso de trabajo. Desafiando a las estadísticas de la Encuesta Nacional por Muestreo (ENM), que sugieren elevados índices de desempleo y subempleo urbano tanto para hombres como para mujeres, Roy insiste que, en su investigación entre los migrantes y los trabajadores que se desplazan diariamente, la participación en el trabajo de la mujer alcanza un nivel extremadamente alto, muy por encima del porcentaje de varones en la misma categoría. En muchas familias, las mujeres resultan ser las principales proveedoras de los ingresos de los que dependen los demás miembros para su subsistencia diaria. Sin embargo, una mayor participación en el empleo no es una garantía para salir de la miseria. Debido a los salarios mucho más bajos que recibe este vulnerable segmento de la mano

¹⁴ A. Roy, *City Requiem, Calcutta*, op. cit., p. 102.

de obra, los hogares que tienen a una mujer al frente tienden a vivir muy por debajo del umbral de pobreza. Aunque los informadores masculinos se inclinaban a presentarse a sí mismos como los maridos ideales y estaban deseando contar cuentos sobre la armonía doméstica, ellos gastan una proporción bastante grande de sus irregulares y fluctuantes ingresos en su propio consumo. Las mujeres, por su parte, son más constantes y más austeras, así como menos egoístas para aportar los menores ingresos que han conseguido por mayores horas de trabajo. Roy se une a la incisiva crítica, a menudo expresada en estudios a escala local, de las construcciones del umbral de pobreza que no tienen en cuenta la irregular distribución de los recursos dentro del hogar. La desigual gratificación de necesidades básicas dentro de esta unidad de cohabitación se debe a un desequilibrio estructural que está basado en el género. Esta es la razón por la que el ingreso agregado para el conjunto del hogar es, en opinión de Roy y de otros que comparten sus perspectivas, una cuestión problemática.

Las mujeres no dudan en expresar su desdén por maridos que no están dispuestos a salir a buscar trabajo, una situación que no se debe solamente a la falta de oportunidades de empleo. Muchos hombres de los asentamientos ocupados eluden la responsabilidad del cuidado de la familia, no ocasionalmente, sino constantemente. Roy sugiere que, a diferencia de las mujeres a las que invariablemente la miseria les obliga a desplazarse diariamente para trabajar, para un cierto número de hombres la decisión de ir a la ciudad es cuestión del comportamiento que deciden adoptar. Un ejemplo ilustrativo es la explicación que da un joven vendedor de verduras sobre las razones que le han llevado fuera de su lugar de nacimiento:

Estaba aburrido en el pueblo. Estoy seguro de que allí había trabajo, pero no tenía interés en buscarlo. Quería venir a la ciudad. Aquí puedo tener todas las esposas que quiera. Si solamente tienes una esposa tu vida está acabada. Soy libre. Gano dinero y me lo gasto todo. En lo que quiera¹⁵.

Este retrato de hombres flotando «por su cuenta» se presenta repetidamente en el informe de Roy, al parecer por buenas razones. No hay duda de que la pobreza crea tensiones entre las personas que viven bajo el mismo techo, y su disposición para compartir justa y verdaderamente lo que no es suficiente para todos no debería darse por hecha. Pero la mayor vulnerabilidad para las mujeres, que soportan el peso de la reproducción, las deja sin el espacio de maniobra que los hombres reclaman cuando intentan encontrar una situación mejor de la que tienen en ese momento. Lo que puede definirse como un constante desempleo también podría considerarse una deliberada holgazanería. Es una actitud que se aproxima a la claudicación,

¹⁵ *Ibid.*, p. 98.

pasar a una especie de huelga indefinida en vez de luchar por una vida mejor. En ese sentido, las mujeres tienden a rendirse con menos facilidad, aunque solamente sea porque tienen personas a su cargo. Su rabia ante el abandono del hombre –maridos que vuelven al pueblo en breves visitas para no dejar sola en la ciudad a su segunda mujer– hace que la vida para ellas sea más extenuante de lo que ya es de por sí. La sensación de traición ciertamente no está inspirada por el desprecio de que otras se benefician ahora de lo que rinde la fuerza de trabajo del infiel compañero. Como comentaba una de las mujeres abandonadas, «creo que su modo de ganarse la vida ahora es vivir de dos mujeres. Yo vengo a la ciudad para llenar el estómago de mis hijos. Él viene para descansar y divertirse. Se ha convertido en un *babu*, como esos para los que trabajo; todos son unos *babus*»¹⁶.

El hogar está plagado de conflictos entre generaciones. Mientras que a los hijos varones adolescentes se les acusa de tomar como modelos a sus progenitores masculinos, las hijas que salen a trabajar están consideradas más leales al apoyar a sus madres en la desagradecida tarea de mantener el hogar en funcionamiento. La tendencia cambia, sin embargo, cuando ellas también empiezan a guardarse parte de sus salarios para comprar ropas y otros objetos de consumo individual. Roy nos proporciona atisbos de la importancia de las redes familiares femeninas para alentar el apoyo y la solidaridad. Me gustaría que hubiera profundizado en este antídoto, más encubierto que explícito, contra la dominación masculina tanto en el pueblo como en los espacios ocupados.

Las maquinarias políticas

La manera en que Roy ha construido su estudio implica una división del trabajo entre mujeres y hombres en la que las primeras se dedican a arañar los ingresos necesarios para el mantenimiento de la familia y los segundos se dedican a negociar el acceso al refugio urbano entrando al servicio de redes masculinas de patronazgo político. Lo que desde fuera se consideraría como un entretenimiento es, según estos hombres, un trabajo adecuado que requiere un compromiso a tiempo completo. Insisten en que se trata de un trabajo regular y rentable, con la única desventaja de que no se paga en metálico sino en promesas: garantías de que si permanecen fieles a sus líderes finalmente conseguirán la admisión en uno de los asentamientos formalizados como ciudadanos de pleno derecho. El relato de Sudarshan resulta ejemplar:

Cuando llegué aquí hace catorce años, el asentamiento hacía frente a constantes demoliciones y expulsiones por parte de la autoridad

¹⁶ *Ibid.*, p. 84.

portuaria. Los matones venían y saqueaban nuestras pertenencias. La policía venía y nos golpeaba. Vivíamos escondidos en nuestra choza. Pero entonces junto a otros pedí repetidamente ayuda a la oficina del PCI (M). El consejero local, Moni Sanyal, era un gran hombre. Nos protegió. Nos prometió agua. Hizo que la policía fuera nuestra amiga [...] Recuerdo esos días claramente. Pasaba toda la tarde y noche en la oficina del partido. Iba a cada uno de los mítines para apoyar. No era fácil. A veces teníamos que pelear con chicos de otros partidos [...]

El partido no me paga. Pero yo movilizo a la gente. Cuando hay que manifestarse o formar brigadas reúno a la gente y me aseguro de que acudan. Cuando los dirigentes vienen al asentamiento organizo los encuentros. Y mantengo el centro, ¿crees que es una tarea fácil? Llevar el centro es como llevar un *panchayat*¹⁷.

El club es un lugar de encuentro en el barrio no solo para los compañeros, sino también para oponentes que deben lealtad a otras camarillas. En otras palabras, es un frente muy fluido donde la clientela se subasta y se anima con proclamas y reyertas. Al mismo tiempo también es una plataforma comunal para mantener las filas cerradas contra los desafíos a la supremacía masculina provenientes del interior o del exterior.

Mantenemos el barrio en paz. Mantenemos la unidad. No dejamos que las mujeres vengan a nuestras reuniones. Solo crearían problemas. Como mi mujer. Siempre se está quejando. Pero las llamamos si son parte de algún conflicto. El otro día precisamente, algunas de las chicas jóvenes de nuestro asentamiento estaban siendo demasiado amistosas con chicos del centro que está cerca del puente de Durgapur. Las llamamos y las dimos una buena tunda.

Recaudamos dinero de forma regular —lo que la gente pueda— para organizar fiestas y festivales. El Primero de Mayo, el *Durga Puja*. Este club es el alma de nuestra comunidad. De esta manera mantenemos a todos juntos. Si no fuera por el centro todo este lugar se desplomaría [...].

¿Me estás clasificando como un *bekar*, un desempleado, eh? Bueno, soy un *bekar* y estoy orgulloso de serlo. Hay muchos hombres que trabajan y ganan unos cuantos peniques. No podrían vivir aquí si no fuera por gente como yo¹⁸.

El centro y la oficina del partido son puntos cruciales de control social y político a lo largo de la frontera que se extiende y expande en las afueras de las ciudades. Pero la oficina del partido es el lugar donde van los hombres que pertenecen al mismo redil para pedir favores o presentar quejas y desde donde los jefes locales enlazan con los superiores en la jerarquía política. Roy explica por qué y cómo:

¹⁷ *Ibid.*, pp. 108-109.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109.

La oficina del partido actúa de mediadora en la intervención del Estado, y en la provisión de infraestructuras. La oficina del partido es la que establece los derechos al uso informal de la electricidad llevando líneas desde los postes eléctricos hasta las casas individuales. La oficina del partido es la que distribuye las cartillas de racionamiento, la que crea identidades oficiales reconocidas por el estado en las elecciones. Y es la oficina del partido la que establece los comités que dibujan y redibujan fronteras, regulan la venta de parcelas con adecuadas comisiones, y mueven a familias aleatoriamente de colonia en colonia, de asentamiento en asentamiento¹⁹.

Los favores prometidos con tanta facilidad no tienen mucho valor; los propios intermediarios políticos están mal informados sobre quiénes son los contendientes en las alturas por el espacio urbano y no saben cuándo y entre quiénes se solucionarán las disputas. Los que están a su servicio actúan como rudos porteros que pretenden que dando vueltas alrededor del centro y de la oficina del partido pueden facilitar o negar el acceso a los que mueven los hilos. La participación de los varones en el último eslabón de la política de patronazgo no desemboca en la ciudadanía urbana; se trata más de una muestra de virilidad, una forma de reafirmación y de desafío contra la exclusión en la que se les mantiene. Pero su rudeza no tiene sustancia y se convierte en masedumbre, ya que no se atreven a levantarse contra los patronos políticos. Las mujeres son bien conscientes de este fracaso de los hombres para hacer las cosas y tienen amargos comentarios sobre la pobre actuación de sus compañeros. «Para obtener los favores del partido, nuestros maridos tienen que ser *goondas*. Pero muchos son demasiado débiles incluso para eso. Son demasiado vagos incluso para arrastrarse»²⁰.

Las fluidas y disputadas fronteras entre los asentamientos, las peleas entre los jefes de las zonas hiperdegradadas y sus bandas, las incursiones que realizan funcionarios corruptos y los avances hechos por los promotores inmobiliarios, contribuyen a la criminalización de la política en las periferias urbanas. Todo este conjunto de interacciones se ha visto afectado en los últimos años por una política de reestructuración neoliberal que tiene por objetivo la expansión urbana mediante la privatización de activos poseídos o apropiados por el gobierno. Está claro que aquellos que no tienen capital no están bien situados cuando se asignan terrenos públicos. Negar o conceder el permiso para establecerse, si no indefinidamente por lo menos temporalmente, es la prerrogativa del Estado. La lucha por legalizar la residencia ilegal es un asunto largo, agotador, costoso y violento. Acompañada de demandas y contrademandas, la lucha se libra en un accidentado paisaje que tiene todas las características de un campo de batalla,

¹⁹ *Ibid.*, p. 150.

²⁰ *Ibid.*, p. 118.

con los políticos en el papel de señores de la guerra. Los que están en su órbita y resultan sospechosos de vacilar en su incondicional apoyo corren el riesgo de perder la protección de todos los bandos. La negociación es el juego al que se supone que se dedican los patronos pero no sus seguidores. Incluso cuando finalmente se registra legalmente la tierra, eso no significa que los ocupas tengan derecho a documentos que atestigüen su completa ciudadanía urbana. Y saben la razón. «Nunca nos darán *pattas* (títulos de propiedad). Si lo hicieran no tendríamos que seguir dependiendo de ellos para cualquier cosa todos y cada uno de los días. Si nos dieran *pattas*, el juego se acabaría. ¿Con las vidas de quiénes jugarían entonces?»²¹.

El análisis de Roy del papel de la maquinaria política en los asentamientos ocupados de Kolkata es una fuerte acusación a la actuación del Frente de la Izquierda. Amplía su diatriba a otros partidos políticos que funcionan en la principal ciudad de Bengala Occidental, pero su principal crítica se dirige al PCI (M) por haber traicionado los intereses de los segmentos más pobres de la sociedad: en primer lugar, por no atender justa y equitativamente a sus necesidades en las tierras del interior y, a continuación, por mantener a esta población flotando como migrantes en la base de la sociedad urbana. Sin entrar a valorar su severa conclusión, me siento inclinado a señalar que en Gujarat los éxitos del Partido del Congreso a la hora de reducir la vulnerabilidad de las clases subalternas, anunciado como el primer objetivo en cada una de las elecciones que se han celebrado en cincuenta años, han sido incluso más desalentadores. Claramente, hace falta una explicación de mayor alcance y profundidad para enfrentarse al estado de exclusión impuesto sobre un importante segmento de la población en el sur del subcontinente asiático.

La persistente pobreza

El estudio de Roy cuestiona la idea firmemente mantenida de que abandonar el pueblo sea un paso significativo hacia una vida mejor y, por encima de todo, hacia el progreso económico. Una y otra vez se ha sugerido que la tendencia mundial hacia la diversificación, hacia obtener ingresos del trabajo en otros sectores de la actividad económica distintos a la agricultura, es una importante causa del descenso de los niveles de pobreza. En esa idílica imagen, el viaje desde las tierras rurales abre nuevas fuentes de empleo que combinan mejores pagas con mayores cualificaciones. Wallerstein²² ha resumido este proceso, que ha cambiado radicalmente la composición de la economía global en el último medio siglo, con el término «desruralización».

²¹ *Ibid.*, p. 162.

²² I. Wallerstein, «Globalization or the Age of Transition: A Long-term View of the Trajectory of the World System», en *International Sociology*, vol. 15, núm. 2, 2000, pp. 251-267.

De acuerdo con él, un vasto ejército laboral, liberado del estado de cautividad en la producción agrícola, ha llegado a las ciudades donde se incorpora a la economía informal antes de pasar al sector formal.

Incluso donde hay grandes cantidades de personas que están técnicamente desempleadas y que obtienen sus ingresos, como sucede, de la economía informal, las alternativas reales disponibles para los trabajadores de los *barrios* y *favelas* del sistema-mundo son tales que están en posición de pedir unos niveles salariales razonables para entrar en la economía salarial formal²³.

El guión de Wallerstein continua caracterizando al sector informal de la economía urbana como una sala de espera, un transitorio punto de entrada desde el que, después de cierto tiempo, los migrantes rurales logran acceder a un trabajo más digno en la ciudad después de mejorar sus cualificaciones y de fortalecer su posición negociadora. En los informes de mi propia investigación en el sur de Gujarat he señalado que grandes contingentes de trabajadores con poca o ninguna tierra, expulsados de la agricultura, se ven obligados a permanecer en movimiento entre la ciudad y el campo, así como entre diferentes sectores económicos y diversas modalidades de empleo²⁴. Trabajo flotante es un término que he utilizado para resaltar el carácter nómada de los modelos de trabajo y vida de este ejército de reserva, que ha abandonado su hogar pero que no consigue encontrar un nuevo hábitat inmediatamente o incluso después de muchos años y que ciertamente ha fracasado en abrirse camino hasta el sector formal de la economía urbana. El segmento más afortunado de estos migrantes finalmente consigue establecerse en una de las colonias regularizadas, a las que se refieren en su lenguaje como *desh* o «regreso al hogar». Pero aun así, después de finalmente tener derecho a la ciudadanía urbana, permanecen dependientes del partido dominante con toda clase de restricciones sobre su libertad de movimiento. Se podría sostener que la marginalidad en el sistema-mundo está más esencializada en la zona periférica de Kolkata que por la gente y los lugares en el corazón de la ciudad.

También en Kolkata, como ha mostrado Roy, la gran mayoría de los ocupas que están en diversas etapas de establecerse permanecen a la deriva en el fondo de la jerarquía del trabajo porque carecen de las habilidades, de las conexiones sociales y del dinero para pagar los sobornos necesarios para tener derecho a unos empleos regulares que les producirían unos ingresos más elevados y estables. El resultado de su estudio desafía la suposición de Wallerstein de que la llegada a la ciudad marca para estos migrantes –para

²³ *Ibid.*, p. 262.

²⁴ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994; J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

la enorme cantidad de ellos que hay repartidos por todo el subcontinente asiático— el esperanzador comienzo de su salida de la *abhab*, de las privaciones o la escasez. Roy no ha respaldado su descripción de la persistente y abyecta pobreza, próxima a la miseria, con informaciones sobre otras características además de la falta de empleo y de ingresos. Muchos de sus informadores parecen sufrir mayores o menores problemas de salud pero no se indica cómo afectan al presupuesto del hogar, aparte de la total o parcial incapacidad para trabajar. Tampoco deja claro si los niños van al colegio o si tienen posibilidades de ir. Sin embargo, la impresión que se tiene sugiere que falta la mínima inversión necesaria para embarcarse en el camino hacia una vida mejor, ni siquiera para la próxima generación. La autora tampoco analiza el papel del endeudamiento —que surge de la necesidad de vender por adelantado la fuerza de trabajo por un precio incluso inferior al ya bajo nivel que establece el mercado para los trabajos ocasionales— como un factor decisivo para la perpetuación de la vida en la pobreza. Para esta gente tan vulnerable la falta de acceso a créditos baratos desempeña un importante papel en la creación de relaciones de dependencia. En este sentido, flotante no significa estar libre de limitaciones para hacer elecciones sobre cuándo o a dónde ir, o sobre qué hacer. Estas limitaciones tienen un impacto duradero.

La clase de lugares en los que Roy ha realizado su trabajo de campo pueden encontrarse en todas partes del paisaje urbanizado de todo el país. Un informe reciente llama la atención sobre las precarias condiciones de vivienda en uno de los asentamientos «no reconocidos» en Lucknow.

Los vecindarios urbanos más pobres, o «zonas hiperdegradadas notificadas» están reconocidos por los gobiernos locales y reciben servicios básicos que incluyen agua, alcantarillado, retirada de basura y, en la mayoría de los casos, conexiones eléctricas. Sin embargo, los asentamientos informales más precarios están situados sobre terrenos que no son propiedad ni del gobierno ni de un individuo u organización privada que tenga interés en utilizar o desarrollar el lugar. Los residentes de estos vecindarios o *bustees* no tienen derechos legales sobre sus viviendas, aunque a menudo han pagado una importante cuota a algún dirigente vecinal por el privilegio de ocupar un espacio. El equipo de estudio de la pobreza urbana visitó un asentamiento no reconocido en Lucknow que existe desde hace casi veinticinco años, aunque las autoridades de la ciudad todavía tienen registrado el lugar como terreno vacío. Situado en las orillas de una *nalla*, una zanja de drenaje, no tenía ninguna fuente de agua potable hasta que los residentes consiguieron reunir el dinero para conectarse (ilegalmente) a una tubería de abastecimiento y poner un grifo público. Ahora, alrededor de 95 familias utilizan esta única fuente de agua y se dice que la mayor parte de las fricciones en la comunidad surgen en torno a las colas del agua. No hay letrinas, todos los residentes utilizan el canal para defecar. Tampoco hay

una escuela dentro o cerca del *bustee*, aunque una ONG ha contratado a un profesor para dar clase a unos 25-30 niños unas cuantas horas a la semana. Sin embargo, en muchos *bustees* no reconocidos, ninguno de los niños va a la escuela. Sus padres se dan cuenta de que sin una educación básica estos niños no podrán salir de la situación de profunda pobreza en la que se encuentran. Sin embargo, no se proporcionan escuelas públicas a los asentamientos no reconocidos y los residentes de los *bustee* no pueden afrontar las cuotas de la escuela pública²⁵.

¿Sería descabellado suponer que la visita de campo sobre la que descansa esta descripción fue facilitada por la misma ONG que también había proporcionado el mínimo de escolarización de ese asentamiento en concreto? Hacia el final de su estudio, Roy nos habla de un informador que insistía en que si se es un ciudadano, no se puede estar sin techo. Parafraseando esta cita no puedo evitar señalar que la gente sin techo raramente está incorporada a las encuestas nacionales: si no tienen techo, no cuentan. Me pregunto si a los recolectores de datos autorizados por el Estado se les llega a dar instrucciones para que visiten los asentamientos no registrados de, por ejemplo, Valsad, Surat y Ahmedabad, todas ellos ciudades y pueblos de Gujarat donde durante muchos años he centrado mis estudios. Por lo que yo sé, en estos lugares no registrados los representantes de organismos del sector formal, como inspectores de sanidad o de trabajo, se han dejado ver pocas veces, si es que alguna. Realmente me resultaría sorprendente que los investigadores de campo de la ENM fueran una excepción a esta regla de miopía oficial.

Roy ha evitado cuidadosamente describir a sus informadores como gentes atrapadas en «una cultura de la pobreza». Aunque muestre simpatía con la idea de Kolkata como la periferia del sistema-mundo, donde la tendencia ha sido más hacia la desindustrialización e informalización que a la inversa, insiste en que las periferias de la ciudad no deberían ser descartadas como lugares donde la impotencia ha sido internalizada. A pesar de todos los inconvenientes, los migrantes pueden insistir en que hay más espacio disponible y accesible en la ciudad que en el campo. Esto lleva a Roy a traducir sus narrativas como una transición desde simples víctimas de las estructuras a agentes políticos. A pesar de todo, tanto los hombres como las mujeres no dudan en mostrar una actitud desafiante y en afirmarse a sí mismos como actores en el terreno en el que se les obliga a moverse de ilegalidad y falta de derechos, que van aparejados a la ciudadanía. Un ejemplo de la capacidad de acción que tienen las mujeres que se trasladan diariamente al trabajo es la ira que expresan cuando las pillan sin billete en los trenes que van y vienen de Kolkata. Cuando son descubiertas, no se dejan intimidar.

²⁵ V. Kozel y B. Parker, «A Profile and Diagnostic of Poverty in Uttar Pradesh, Poverty Reduction in 1990s», en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 4, 25-31 de enero de 2003, p. 394.

Que nos arresten a todas. No hay suficiente sitio en las celdas para todas nosotras [...]. Cuando vino a ponerme una multa la dije que se quitara el abrigo y me lo diera para que yo hiciera su trabajo. Solo entonces podré pagar la multa [...] ¿Quieres arrestarme? Primero trae a mis niños del pueblo. Todos nos quedaremos en tu cárcel para que nos des de comer²⁶.

¿Diferentes interpretaciones o diferentes realidades?

Ya he señalado que hay estrechas similitudes entre los hallazgos de Roy en las afueras de Kolkata y los propios informes de mi trabajo de campo sobre migración laboral en el sur de Gujarat. Nuestras conclusiones contradicen a la prevalente y políticamente benévola perspectiva de que, a pesar de las incongruencias de varios indicadores, durante la última década del siglo XX la incidencia de la pobreza ha descendido notablemente en Gujarat y Bengala Occidental, así como en la mayoría de los demás estados de India²⁷. Una habitual reacción a la clase de estudios empíricos de carácter local que hemos realizado –basados en una conceptualización de la pobreza más amplia que la simple miseria material, reducida aún más al gasto en consumo y al consumo de alimentos en particular– es o bien ignorarlos sin más argumentación o dar por supuesto que se ocupan de situaciones y casos que no son representativos. A Roy estos comentarios le deben parecer tan ofensivos como a mí. A mediados de la década de 1980, acepté una invitación para participar en un seminario en el que economistas y antropólogos discutían sus diferentes métodos para investigar el carácter multidimensional de la pobreza²⁸. Se suponían que nuestras deliberaciones iban a ser el principio de un continuo diálogo, pero la buena voluntad entre los miembros de las disciplinas que acudieron al encuentro no produjo demasiada interacción después del acto. Hace unos cuantos años, expresé mi disconformidad con esta falta de continuidad²⁹.

²⁶ A. Roy, *City Requiem, Calcutta, op. cit.*

²⁷ Una reciente visión de conjunto se encuentra en la colección de documentos solicitados para un seminario celebrado en enero de 2002, que fue patrocinado conjuntamente por el Banco Mundial y la Comisión Planificadora. Las contribuciones –bajo el título, *Poverty Reduction in India in the 1990s: Towards a Better Understanding*– fueron reproducidas en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 4, 25 de enero de 2003, pp. 295-412. Un nueva macroevaluación del mismo periodo se encuentra en K. Sundaram y S. D. Tendulkar, «Poverty in India in the 1990s: An Analysis of Changes in 15 Major States», en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 14, 5-11 de abril de 2003, pp. 1385-1393.

²⁸ Nuestro encuentro se plasmó en un volumen editado por Pranab Bardhan, *Conversations Between Economists and Anthropologists: Methodological Issues in Measuring Economic Change in Rural India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1989.

²⁹ La ocasión fue la Sukhamoy Chakravarty Memorial Lecture realizada en la Delhi School of Economic Growth el 11 de noviembre de 2001. La conferencia fue publicada como parte de un ensayo más largo, «Urban Poverty in Early 21st Century», en J. Breman, *The Labouring Poor in India, op. cit.*, capítulo 7.

La idea del seminario, celebrado en 1985, vino de las diferencias de perspectiva entre las disciplinas sobre el seguimiento de la tendencia de la pobreza rural. Aunque ahora de nuevo se pueden percibir las mismas discrepancias, esta vez los economistas parecen encontrar mucho más motivos para el optimismo que los antropólogos. Resulta interesante constatar que hace casi dos décadas sucedía al revés. Aunque Roy llama la atención sobre el desfase entre el macro optimismo y el micro pesimismo, sostiene con razón que las divergentes evaluaciones sobre las tendencias de la pobreza urbana y rural no deberían interpretarse simplemente como un contraste entre, por una parte, estudios macro/cuantitativos/económicos y, por otra, estudios micro/cualitativos/antropológicos. No podría estar más de acuerdo con ella ni dejar de compartir sus reservas sobre las técnicas de las encuestas que implican que los investigadores ya están familiarizados con lo que van a encontrar. Eso es realmente lo que quería decir cuando manifesté mi cautela sobre «técnicas de investigación con un sesgo hacia el sector formal que no están suficientemente adaptadas a la situación concreta a la que nos enfrentamos: la vida y el trabajo en un estado de pobreza»³⁰. Otra clase de crítica la ha realizado Krishna, que cita al personal de campo de la ENM que confiesa que es imposible rellenar los formularios uno por uno y que lo que parece una información meticulosamente detallada es realmente una serie de conjeturas aproximadas, fundamentadas en el sentido común de los investigadores del ámbito local³¹.

El estudio de la pobreza en nuestros días está considerado un asunto de economistas. O por lo menos de esos economistas que se dedican por completo a la práctica de la econometría y la estadística. No aceptan fácilmente que la bibliografía clásica sobre el tema de las privaciones humanas haya sido elaborada por estudiosos de la economía política, sociólogos, antropólogos e historiadores. Incorporar este conocimiento no es algo que les preocupe. Están satisfechos con fundamentar sus análisis en lo que uno de mis colegas que participó en el mismo seminario provocativamente llamó, «la ideología de la medida»³². Desde esta primera ronda, la tribu

³⁰ J. Breman, *The Labouring Poor in India*, op. cit., p. 241.

³¹ A. Krishna, «Falling into Poverty: Other Side of Poverty Reduction», en *Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 6, 8-14 de febrero de 2003, pp. 533-542. Una de sus recomendaciones es realizar entrevistas basadas en la comunidad para recoger la trayectoria de pobreza de los hogares. Reconoce que las técnicas de investigación que ha favorecido no producen el tipo de estimaciones numéricas que los estadísticos utilizan más habitualmente para sus análisis. «Pero medir la pobreza con mayor exactitud (en relación a un estándar global común) y enfrentarse a la pobreza más eficazmente (en algún escenario local concreto) no son necesariamente el mismo objetivo» (*Ibid.*, p. 535).

³² El comentario fue realizado por A. Appadurai en el seminario y elaborado en su contribución al volumen editado por P. Bardhan, *Conversations Between Economists and Anthropologists*, op. cit., pp. 252-282. T. N. Srinivasan respondió con un espíritu similar, criticando enérgicamente las técnicas no cuantitativas de toma de datos (*Ibid.*, pp. 238-249).

de los economistas que se adscribe a esa escuela del pensamiento parece haber cerrado filas y prefieren hablar entre ellos sobre las medidas de seguimiento y evaluación de la pobreza en India³³. Yo, por mi parte, me siento fuertemente inclinado a rebatir la sabiduría y la idoneidad de apoyarse en la ENM como la única fuente para medir la pobreza, una afirmación hegemónica fervientemente apoyada por destacados contribuyentes al debate sobre la misma³⁴. Una segunda ronda de interacciones entre las fronteras disciplinarias, preferiblemente más que un seminario único, podría ayudar a resolver las diferencias en la definición y valoración de la pobreza tanto a escala micro como macro. Semejante iniciativa podría dar lugar a valiosas perspectivas sobre cómo conseguir un sustento en los escalones inferiores de la globalizada economía india y, más importante todavía, presentar recomendaciones sobre lo que se necesita hacer para incluir a los que están excluidos de la corriente principal de la sociedad.

³³ Las generalizadas buenas noticias sobre el declive de la pobreza en la era de la liberalización son, en ocasiones, difíciles de considerar como otra cosa que simples ilusiones. Así, Bhalla insiste en un artículo reciente que es «prácticamente incuestionable» que la pobreza en India ha caído desde el 45 por 100 en 1983 a menos del 15 por 100 en 1999-2000. Su imaginativa deconstrucción de la ENM, además, le lleva a concluir que no ha habido ningún nuevo aumento de la desigualdad, que la participación de los pobres en el consumo ha aumentado y que el crecimiento de los salarios reales de los trabajadores agrícolas –los pobres entre los pobres en India– ha sido un importante factor hacia una mayor igualdad, una tendencia notada por pocos más que él mismo. Por lo que se refiere a Gujarat, un estado generalmente considerado en el vértice del paquete de liberalización y flexibilización, estoy en total desacuerdo con él en todos los puntos. S. S. Bhalla, «Poverty Reduction in India: Towards a Better Understanding», en *Poverty Reduction in 1990s, Economic and Political Weekly*, vol. 38, núm. 4, 25-31 de enero de 2003, pp. 376-384.

³⁴ Véase por ejemplo K. Sundaram y S. D. Tendulkar, «NAS-NSS Estimates of Private Consumption for Poverty Estimation: A Further Comparative Examination», en *Poverty Reduction in 1990s, Economic and Political Weekly*, *op. cit.*, pp. 376-384.

CÓMO ENCONTRAR ESPACIO, BUSCAR OPORTUNIDADES Y ASCENDER EN EL SECTOR INFORMAL*

El mundo informal del trabajo industrial

EL LIBRO DE Geert de Neve es un fascinante estudio empírico del trabajo y la vida en el sector informal de la economía industrial¹. Su monografía etnográfica está basada en periodos de un consistente y prolongado trabajo de campo antropológico que tuvieron lugar hacia finales del siglo XX en las ciudades de Bhavani y Kumarapalayam, situadas a lo largo del río Cauvery en el cinturón central del algodón de Tamil Nadu. En el capítulo introductorio, De Neve sitúa los resultados de su investigación dentro de las publicaciones sobre el sector informal, constituido por la gran parte de la actividad económica que no está ni contabilizada ni controlada por el Estado. Su interés en este amplio y extremadamente diverso terreno de empleo y de relaciones laborales se dirige hacia la producción textil en los talleres de dos municipios pequeños, que están experimentando un rápido crecimiento. Aunque el autor ha investigado minuciosamente los diferentes centros de trabajo, acompaña su rico análisis etnográfico con otro análisis del papel del parentesco, de la religión y de la acción del Estado en la esfera de las relaciones de producción. Estos ámbitos no laborales, que a menudo están desatendidos en los informes sobre el mundo del trabajo industrial, le permiten contextualizar sus hallazgos dentro de las amplias dinámicas culturales y políticas del tejido social.

De Neve llega a la conclusión de que la clase y la casta ya no deben considerarse como formas de identidad mutuamente excluyentes sino como identidades verdaderamente mixtas por naturaleza. Un segundo argumento importante se refiere a la movilidad social ascendente como una llamativa característica de la actividad industrial que se analiza. De Neve admite que hay una notable falta de movilidad laboral entre los sectores de la economía

* Originalmente publicado como «How to Find Space, Shop Around and Move Up in the Informal Sector», en *Economic and Political Weekly*, vol. 40, núm. 25, 2005, pp. 2500-2506.

¹ Geert de Neve, *The Everyday Politics of Labour: Working Lives in India's Informal Economy*, Nueva Delhi, Social Science Press, 2005.

informal y, todavía más, entre el sector formal y el informal. Sin embargo, escalar en la jerarquía laboral en una misma rama de la producción textil informal no es nada excepcional. La trayectoria desde el trabajador ocasional, pasando por la posición intermedia de *jobber** o subcontratista, hasta el propietario o comerciante-fabricante ciertamente no es fácil y aquellos que consiguen realizar todo el camino normalmente tardan varias generaciones. No obstante, la historia de éxito, como la cuenta De Neve, es innegable y contrasta con la idea estereotipada de la mano de obra del sector informal que puede estar flotando dentro o entre sectores pero que permanece en general atrapada en el fondo de la economía como un ejército laboral de reserva. El autor descubre que los más afortunados que ascienden a posiciones intermedias para finalmente llegar a propietarios de taller, rápidamente transforman su capital financiero en capital humano (a través de la educación) para liberar por completo a sus hijos del trabajo industrial². Este es el criterio de éxito: ser capaz de capacitar a la siguiente generación para que trabaje y por último obtenga sus ingresos en el sector formal de la economía.

El segundo capítulo profundiza en las diferentes ramas de la industria textil que han surgido en las dos localidades donde se realiza el trabajo de campo. Los pequeños telares artesanales de Bhavani tienen muchos años de existencia y su historia se remonta al primer cuarto del siglo XIX. Se dieron a conocer por la fabricación de saris y sábanas y más tarde, a partir de las décadas de 1920 y 1930, se convirtieron en talleres para el tejido de alfombras. Las unidades, ciento treinta en total, están divididas en tres capas sociales: los propietarios-comerciantes; los maestros tejedores que son propietarios o arrendatarios de telares; y los trabajadores ordinarios que tienen o no tienen telares propios. Los miembros de las tradicionales comunidades de tejedores dominan entre los propietarios y también tienen los talleres más grandes, mientras que la mayoría de los tejedores ordinarios son relativamente unos recién llegados a la industria. Los trabajadores que no tienen telares constituyen la clase inferior y muchos de ellos solían trabajar en la agricultura antes de dedicarse a su nueva ocupación en la creciente industria textil de la ciudad de Bhavani. Algunos de sus compañeros de trabajo son víctimas de un descenso en la escala social cuyos padres eran dueños de las herramientas de producción, de telares que fueron vendidos, perdidos o que simplemente eran demasiado pocos para dar trabajo a todos sus hijos. Actualmente, dos tercios de la mano de obra procede de una sola casta rural, con un registro ocupacional como trabajadores agrícolas. Ocupan un lugar bajo dentro de la jerarquía ritual, pero no tanto como para que haya impedimentos para que trabajen en naves que a menudo están contiguas a la casa del propietario.

* El *jobber* es una figura intermedia entre el empresario y el trabajador que algunas veces cumple la función de capataz y otras suministra las materias primas para el trabajo de los *job workers* [N. del T.].

² G. de Neve, *The Everyday Politics of Labour*, op. cit., p. 18.

La reestructuración de la producción comenzó en la primera mitad del siglo XX cuando en respuesta a la creciente demanda de alfombras, los primeros propietarios-comerciantes levantaron talleres de mayor tamaño para aumentar el número de telares. En aquel momento había escasez de trabajadores pertenecientes a las comunidades locales de tejedores, y la búsqueda de mano de obra provocó el flujo de trabajadores del medio rural. Los recién llegados entraron en esta actividad como trabajadores asalariados pura y simplemente, pero después de algunas décadas una parte de ellos consiguió adquirir el arriendo o la propiedad de los telares y de las naves. Su movilidad ascendente –primero como tejedores dependientes que por lo menos poseían los telares con los que trabajaban; después como maestros tejedores y, finalmente, como productores industriales por derecho propio– fue la consecuencia de una militancia obrera en constante aumento que llevó a los propietarios-comerciantes a distanciarse de su implicación activa en el proceso de fabricación. Así, los aumentos de escala fueron acompañados de una organización de la producción más compleja, aumentando la distancia entre los extremos superior e inferior de las empresas.

Una llamativa característica de esta rama concreta de la industria textil es que las mujeres constituyen las dos terceras partes de la mano de obra que maneja los telares. La abrumadora presencia de la mujer en la actualidad se debe al éxodo de los trabajadores varones, que fueron atraídos por los salarios mucho más elevados que empezaron a pagar los telares mecánicos y los talleres de tinte creados en grandes cantidades a partir de la década de 1950.

La producción de los telares mecánicos: el proceso de producción

La producción textil mecanizada se concentra principalmente en la vecina ciudad de Kumarapalayam, donde ha reemplazado a los telares artesanales hasta el punto de que las viejas técnicas han desaparecido casi por completo. El explosivo crecimiento de Kumarapalayam está directamente relacionado con la introducción de los telares mecánicos en la segunda mitad del siglo XX. Los migrantes de las zonas próximas acudieron en masa al floreciente centro industrial para ocuparse de los equipos mecanizados de una multitud de talleres recién establecidos. Los que llegaron no eran solamente trabajadores, sino también propietarios dispuestos a invertir en el nuevo negocio el capital que habían acumulado en la agricultura. De Neve encontró alrededor de 25.000 telares en funcionamiento, distribuidos aproximadamente entre 1.200 talleres (un 50 por 100 más de los inscritos en los registros municipales). Oscilando entre cinco y cincuenta máquinas por taller, con una media de apenas veinte, el tamaño es característico de este pequeño modo de producción de mercancías. En esta rama

de la industria es habitual que la producción se realice día y noche en dos turnos de doce horas cada uno.

La jerarquía del trabajo de nuevo está dividida en tres niveles interconectados: en la cima el propietario-comerciante, en medio los *job workers*** como productores dependientes –arriendan o tienen telares en propiedad, a menudo tienen su propio taller pero producen bajo el control de los propietarios-comerciantes– y en el fondo los operadores de los telares contratados como trabajadores a destajo. En el periodo inicial de esta rama de la industria solamente había propietarios que supervisaban a los trabajadores, pero en una evolución similar a la que se produjo en las unidades artesanales, los patronos renunciaron a su anterior papel de empleadores cuando el tamaño del taller y el número de telares empezó a aumentar, y fomentaron que los empleados de más confianza se hicieran cargo del proceso de producción como subcontratistas. Los maestros tejedores en el sector artesanal y los *job workers* en el sector mecanizado surgieron como el eslabón intermedio en el proceso de producción, porque los primeros empresarios renunciaron a ocuparse de la producción una vez que se dieron cuenta de que podían obtener un beneficio mayor del comercio de hilo y tejidos acabados. En su caso fue algo más que una cuestión de perspicacia empresarial y una manera de evitarse los riesgos ocasionados por la fluctuación de la demanda del producto. Renunciar a la producción significaba, por encima de todo, que ya no necesitaban preocuparse más por el problema laboral. «Muchos propietarios-comerciantes simplemente se sentían incapaces de controlar a la mano de obra. Consideraron que dejar la producción en manos de *job workers* o de subcontratistas era la única salida, y muchos admitían que librarse de sus telares fue un gran alivio»³.

Como ya se ha señalado, una proporción muy elevada tanto de propietarios como de trabajadores eran recién llegados a Kumrapalayam. Numerosos campesinos bien establecidos pertenecientes a una casta dominante en la región entraron en la industria de los telares mecánicos como propietarios de fábricas y, en un tiempo relativamente corto, consiguieron hacerse con el control de una quinta parte de todas las máquinas instaladas. Los operadores de los telares mecánicos tienen un origen más modesto y muchos de ellos estuvieron empleados como trabajadores agrícolas en los pueblos cercanos antes de unirse a la flotante multitud de trabajadores industriales en el sector informal urbano. De Neve no nos dice nada sobre cómo fue el proceso inicial de reclutamiento, antes de que consiguieran establecer una cabeza de puente propia que les ayudó a abrir paso a la entrada de nuevos trabajadores de su comunidad. ¿Es demasiado aventurado sugerir que los patronos para

** El *job work* es el trabajo que realiza el *job worker* con una materia prima o producto semielaborado, suministrado por el propietario o por el *jobber* [N. del T.].

³ *Ibid.*, p. 68.

los que solían trabajar en los campos fueron los mismos que los llevaron a las fábricas? Después de todo, como nuevos empresarios industriales, estos antiguos propietarios agrícolas tenían que abrirse camino en un mercado de trabajo que crecía rápidamente y la mano de obra de las zonas rurales era muy necesaria. Otro detalle revelador es que en la transición desde la producción artesanal a la producción mecanizada, no todos los antiguos propietarios tenían el capital necesario para consolidar su privilegiada posición. Un segmento considerable no pudo dar ese paso y se quedó apeado como trabajadores sin telares; el descenso en la escala social les obligó a aceptar el empleo ocasional en talleres pertenecientes a compañeros de casta que habían tenido más éxito.

El enorme aumento de la producción textil también dio un fuerte empuje al teñido como industria auxiliar. Al principio, esta actividad era una parte integral del sector de los telares mecanizados, pero más tarde ambas actividades se separaron y se crearon nuevas unidades dedicadas a colorear el tejido crudo. Es un trabajo sucio, contaminante y degradante y por esa razón invariablemente lo realizan miembros de las castas inferiores. Entre ellos se pueden encontrar miembros de la misma comunidad con un historial de trabajo agrícola que se convirtieron en trabajadores de los telares artesanos y mecanizados. Constituyen por lo menos el 70 por 100 de la mano de obra total y dominan este nuevo tipo de empleo industrial. Aunque los primeros propietarios mayoritariamente han perdido su interés por los talleres de tinte, la siguiente generación de gerentes-productores empezó su carrera ocupacional como trabajadores ordinarios, posteriormente pasaron a ser subcontratistas y ahora, cada vez más, son los orgullosos propietarios de estas empresas industriales.

Está claro que la rápida expansión de la industria textil ha conducido a una completa reestructuración de las relaciones de producción en los telares artesanales y mecánicos, así como en las unidades de tinte, y que la llegada de nuevas gentes ha sido una notable característica en todas las ramas y a todos los niveles. Las mujeres y niños (por lo menos para algunas tareas concretas) forman una creciente parte de la mano de obra, pero solamente en el sector artesanal superan a los tejedores masculinos. Una nueva categoría de empresarios industriales ha accedido a la propiedad de telares mecánicos utilizando un capital procedente de la agricultura. Además de este tipo de movilidad intersectorial, e incluso más llamativos que esas historias de éxito, hay muchos casos de trabajadores ordinarios que desde un origen modesto han conseguido unirse a las filas de los propietarios-productores independientes. Pero los límites de la movilidad ascendente están claramente delimitados. Según De Neve:

Entre la gente que conocí en Bhavani o Kumarapalayam no hubo nadie que consiguiera obtener un trabajo en el sector formal de la economía,

ni en la zona ni más lejos. Sin embargo, tanto los individuos como las castas en su conjunto, han tenido un éxito sorprendente en mejorar su posición dentro de los límites del mundo informal⁴.

Política cotidiana

En el tercer capítulo, el autor analiza qué forma adoptó la política cotidiana en los talleres y, al hacerlo, efectúa una distinción entre relaciones de producción y relaciones en la producción, una distinción que para mí no tiene mucho sentido. En su análisis de la interacción entre trabajadores y gerentes-propietarios, De Neve muestra cómo la clase, el género y la casta se relacionan entre sí en la propia nave donde se encuentran los telares. No sorprende que la división del trabajo en todas las ramas de la industria textil sea bastante simple. Aun así, hace falta una capacitación que se alcanza, como en casi todos los sectores de la economía informal, con el propio trabajo. El aprendizaje con la práctica, a la sombra de parientes, vecinos o amigos con experiencia, no lleva más de un par de meses. En los telares artesanales, los salarios se pagan al final de cada día y, ya que son a destajo, el ritmo de trabajo aumenta cuando se acerca ese momento. El pago real no se limita a una transacción en efectivo sino que está animado por negociaciones. Los tejedores afrontan en voz alta a su patrón exponiendo la miseria de sus vidas y alabando las virtudes de su patrón como hombre generoso. El papel del empresario como prestamista y la consiguiente dependencia financiera subrayan su autoridad en el lugar de trabajo. Estas formas de patronazgo, dice De Neve, pertenecen a la esencia de la producción capitalista y no deberían considerarse como remanentes de un tipo de relaciones laborales feudales. La huida de los hombres de esta producción artesanal ha dejado detrás una mano de obra mayormente femenina y, por lo que concierne a los empresarios, esta tendencia seguirá en aumento, ya que en su opinión las mujeres son más trabajadoras, menos problemáticas y más comprometidas que los hombres a los que ahora los propietarios presentan como perezosos e indisciplinados.

Como ya se ha dicho, el proceso de trabajo en las unidades con telares mecanizados se ha vuelto más complejo con la aparición de los capataces como intermediarios. Aunque están encargados de supervisar a los trabajadores, los propietarios no han delegado demasiado poder real en estos intermediarios y su función principal es asegurar que los telares funcionen continuamente. Su papel no es fácil. Proceder de las mismas filas de los trabajadores es suficiente motivo para ponerse de su lado,

⁴ *Ibid.*, p. 80.

pero en la situación que ocupan se supone que representan y favorecen los intereses del propietario. La solución que se encuentra para esta ambigüedad es mantener un papel discreto en el terreno de la gestión y acentuar su competencia técnica, es decir, su capacidad de manejar a las máquinas más que a los operadores. El margen de maniobra que se les proporciona depende mucho del contexto específico y los principales factores son la producción estacional o permanente, la contratación de trabajadores locales o emigrantes y las prácticas de gestión que llegan o no llegan hasta el trabajo en la nave. Sin duda el *jobber* (con raras excepciones son hombres) es una fascinante figura en el escenario industrial. En el proceso de formalización, se incorpora a la jerarquía de gestión o regresa a las filas de los trabajadores ordinarios. Pero con el cambio de la tendencia y el giro hacia la informalización de la actividad económica, los intermediarios que saben cómo unir la demanda de trabajo con la oferta de empleo tienen una importancia vital.

¿Cómo resiste y desafía la mano de obra el control y la disciplina a la que se ve sometida? En primer lugar, intentando maximizar un sentido de camaradería en el taller. Como demuestra el título del capítulo 4, «Aquí podemos estar alegres», la solidaridad que cimienta las relaciones diarias entre los trabajadores se expresa en bromas y burlas. Mientras que en el espacio público se espera que las mujeres se comporten con una estricta modestia, en las naves pueden actuar con una notable libertad. Se atreven a criticar y a ridiculizar a los hombres y las insinuaciones sexuales no las cohíben, lo que señala el cambio en el equilibrio del poder de género que se ha estado produciendo dentro de las naves. La relajada atmósfera que envuelve la interacción entre los trabajadores está subrayada por la utilización de una terminología de parentesco. Pero De Neve advierte que, además de los sentimientos de intimidad y reciprocidad, la afinidad que muestra este lenguaje puede expresar relaciones de autoridad y jerarquía. La interacción social es mucho más difícil de mantener en las unidades de telares mecanizados aunque solo sea porque el incesante ruido y el ritmo del trabajo –los telares dictan el ritmo de los hombres y no a la inversa– hace difícil que los operadores puedan comunicarse de otro modo que no sea por gestos o gritos. De Neve no se olvida de mencionar la otra cara de la sociabilidad en el puesto de trabajo. La reprimida frustración por el control y la disciplina impuestos desde arriba puede manifestarse en un antagonismo lateral o en la directa victimización de los más vulnerables que no tienen poder para resistirse. Lo que se considera favoritismo, o a la inversa un comportamiento adulador hacia el patrón, puede conducir a una ruptura de la solidaridad que provoque disputas y peleas abiertas entre compañeros de trabajo.

La acción colectiva

La siguiente cuestión que aborda De Neve es el arsenal de armas con que cuentan los trabajadores industriales en Bhavani y Kumarapalayam para resistir las prácticas de explotación y subordinación de los propietarios de pequeños talleres. De nuevo es un tema complejo y, además, extremadamente específico de las políticas de producción en las tres ramas de la producción textil en las que De Neve ha centrado sus investigaciones. En el capítulo 5 señala que la existencia desde hace varias décadas de un sindicato en las unidades de telares artesanales está en conflicto con la idea de «poco sentido de clase» en el entorno de los trabajadores del sector informal. Por ello, el autor sugiere que la resistencia colectivamente organizada no debería proclamarse como una característica definitoria de la actividad económica formalizada. De Neve tiene razón al sostener que a menudo los trabajadores artesanales empleados en pequeños talleres son más militantes y están mejor organizados que el proletariado industrial de las grandes fábricas. Finalmente, De Neve señala la posición marginal de la mujer en los sindicatos, a pesar de constituir la mayoría de la mano de obra de los telares artesanales, y se muestra de acuerdo con las críticas a la clase trabajadora como una construcción masculina.

Mucho antes de que los trabajadores de los telares artesanales crearan su propio sindicato, los propietarios y empresarios ya habían creado su propia asociación para salvaguardar y promover sus intereses. Aunque la Unión de Tejedores Artesanales de Bhavani se remonta a 1942, no empezó a funcionar hasta mediados de la década de 1970 para luchar por la conversión de una bonificación anual en especie en una bonificación en metálico. El recuerdo de la lucha todavía está vivo: «Imagina, solamente teníamos un *vesthi* y una toalla como bonificación [...] todavía se nos trataba como a los *kottadimai* (trabajadores en régimen de servidumbre, esclavos) de los pueblos aunque ellos cobraban en metálico»⁵. Fue una importante iniciativa en la lucha por el respeto y la dignidad. El estancamiento de los salarios, a pesar de que el negocio florecía y los beneficios subían como nunca, hizo que un par de años después estallara una huelga que finalmente provocó la reluctant aceptación del Ministerio de Trabajo como mediador oficial en el proceso de negociación colectiva. Fue una importante victoria del trabajo sobre el capital que llevó a que el Estado asumiera un papel en las relaciones laborales y que también contribuyó a que los propietarios arrendaran o vendieran sus telares y naves de trabajo a antiguos trabajadores y, a partir de ahí, se dedicaran a rentabilizar su papel mercantil. El historial del sindicato es todavía más notable a la vista del origen obrero de sus

⁵ *Ibid.*, p. 146.

líderes. Los dirigentes han sido y son tejedores. Sin embargo, una importante mancha en este orgulloso historial de acción colectiva organizada es que las mujeres han sido excluidas de una participación activa en los asuntos del sindicato, aunque sean la columna vertebral de la mano de obra y no duden en hacer notar su presencia dentro de las naves. Pero si bien las mujeres están aceptadas como miembros del sindicato y de hecho son la mayoría, sus intereses siguen sin tener representación, lo cual explica por qué sus salarios son más bajos que los de los tejedores varones.

Desde comienzos del siglo XX, la organización de la producción ha cambiado drásticamente en el sector de los telares mecánicos debido a un proceso de proletarianización. Mientras que en el pasado los tejedores eran artesanos independientes que trabajaban en casa y tenían sus propias herramientas de producción, actualmente nueve de cada diez son trabajadores dependientes, o que no poseen telares, empleados como jornaleros por un maestro tejedor o por un propietario a cargo de la fabricación, que se realiza en una nave de trabajo separada y más grande. En la transición al nuevo modo de producción, los tejedores se volvieron cada vez más conscientes del estado de explotación al que se veían sometidos. Lo que solía ser «habitual» y parte de una «tradición» ya no les resultaba aceptable, porque salían perdiendo en la reestructuración del poder entre el capital y el trabajo. Pero, como perspicazmente señala De Neve, la experiencia común de unas miserables condiciones de trabajo es una condición necesaria pero no suficiente para que surja la acción colectiva. Lo que desencadenó su afirmación colectiva a partir de criterios de clase fue una dirección carismática, un sentido de la unidad basado en la pertenencia a una casta (dos tercios de ellos procedían de la misma comunidad), y por último pero no menos importante, una identidad ocupacional compartida que les hizo oponerse a los propietarios del capital pero que estaba alimentada, quizá en la misma medida, por la respetabilidad mucho mayor que se otorgaba a los trabajadores de los telares mecánicos. La conciencia gremial, sostiene De Neve, se puede manifestar como conciencia de clase cuando está basada en una experiencia compartida del trabajo artesano, en un conjunto similar de condiciones de trabajo y cuando está delimitada dentro de un escenario localizado. Esta perspectiva le lleva a la conclusión de que no tiene que sorprendernos que la aparición de semejante conciencia se vea gravemente obstaculizada o impedida por la descualificación, la mecanización y las estrategias de subcontratación y externalización que mantienen a los trabajadores fragmentados y separados entre sí.

Conciencia de clase

La ausencia de acción colectiva en las unidades de telares mecanizados, que es el tema del capítulo 6, es una interesante profundización de este punto de vista. Cuando el sector de los telares mecánicos inició su despegue a

principios de la década de 1970, los propietarios, muchos de los cuales también eran recién llegados a esta rama de la industria, estaban muy necesitados de una mano de obra estable. Para resolver este problema decidieron dar un adelanto en metálico en el momento de la contratación. Era la misma práctica que ataba a la mano de obra agrícola a los agricultores acomodados en un régimen de servidumbre por deudas. Esta similitud inspira a De Neve a sugerir que los nuevos empresarios no solo llegaron con su capital agrícola, sino que también trajeron modalidades de empleo que ya conocían: «Parece que este modelo anterior de trabajo agrícola ahora lo están trasladando y reintroduciendo en un medio industrial y urbano en crecimiento»⁶. Aunque los mercados de trabajo de las ciudades de Bhavani y Kumarapalayam quedaron interconectados en esta época y aunque la cualificación necesaria para manejar las máquinas podía adquirirse rápidamente, la expansión fue tan acelerada que el crecimiento de la mano de obra de los telares mecánicos iba muy por detrás de la demanda. Además, no todos los trabajadores que buscaban empleo eran aceptables para los patronos, ya que la producción estaba organizada en pequeños talleres dentro o adyacentes a la casa de los empleadores, los miembros de la casta *harijan* estaban excluidos desde el principio.

Para mantener funcionando sus telares siete días a la semana durante veinticuatro horas diarias y para obtener el mayor beneficio, los nuevos propietarios competían entre ellos elevando el *baki*, el adelanto monetario, hasta niveles sin precedentes. Inicialmente, la cantidad pagada pocas veces superaba las 100 rupias, pero cuando De Neve realizó su trabajo de campo los adelantos de 10.000 a 15.000 rupias no eran excepcionales. Para atraer a los trabajadores lejos de los productores locales, los prometedores empresarios no tenían otra opción que comprar la mano de obra que necesitaban para abrir un taller. Los operadores de los telares no tienen que cancelar gradualmente su deuda y realmente el patrón prefiere conservar el *baki*, que no tiene intereses, mientras quieran trabajar para él. Pero al finalizar el contrato, los trabajadores están obligados a devolver la cantidad total que se les adelantó. Eso significa que tienen que encontrar otro empleador que esté dispuesto a poner el dinero necesario para liberarles de la deuda previamente contraída. Pedir un *baki* para hipotecar su fuerza de trabajo es la única manera de que los operadores de los telares hagan frente a los elevados costes de las enfermedades, fiestas y rituales del ciclo de la vida.

¿Los trabajadores se sienten atados, atrapados, en contratos «voluntarios» que tienen que respetar indefinidamente? La conformidad en la dependencia es exactamente lo que buscan pagar los empleadores. Los operadores de los telares, y también los intermediarios que están igualmente

⁶ *Ibid.*, p. 175.

cautivos, se dan cuenta de esto y se describen a sí mismos como atados de la misma manera en que estaban los peones agrícolas (*pannaiyal*) en el pasado. Pero ¿el término correcto para su estatus laboral es el de servidumbre? El término parece estar justificado por lo menos en algunos aspectos. La nueva clase de empresarios de este sector, con unos orígenes rurales, no se abstiene de utilizar un lenguaje insultante, un tratamiento duro e incluso la violencia física para coaccionar a sus trabajadores para que o bien devuelvan el dinero adelantado o continúen trabajando fielmente. Sin embargo, De Neve encuentra que estos intentos de controlar y disciplinar lo mismo pueden fracasar que tener éxito. La amarga queja que a menudo manifiestan los empresarios es que actualmente los trabajadores ya no respetan a sus patronos y que carecen del *ethos* del trabajo que dio tan grandes beneficios en el pasado. Desde su punto de vista, «el problema laboral» que ha surgido puede resumirse en la ausencia de compromiso y la pérdida de sentido moral por parte de los trabajadores.

Los empresarios se han dado cuenta de que la cantidad total de dinero adelantado no solo representa un enorme desperdicio de capital, sino que tampoco logra el objetivo de asegurar una mano de obra estable y dócil. La elevada competencia que existe entre los productores significa que los operadores de los telares siempre pueden intentar aprovechar otra fuente de crédito a la que entonces trasladan, por el momento, su lealtad. ¿Quién ha atrapado a quién? Los empresarios afirman que ellos son los que se encuentran atados. Como uno de ellos señalaba:

La situación ahora es tal que los propietarios tienen miedo de despedir a un trabajador porque en primer lugar puede que no encuentren otro, y en segundo lugar, si quieren despedir a un trabajador éste puede simplemente decir: si me despides ahora no puedo devolverte tu adelanto⁷.

Las políticas de inmovilización son un completo fracaso. El revelador comentario que hace De Neve es que no le pareció que los operadores de los telares estuvieran excesivamente preocupados por sus ataduras. Añade que eso se debe precisamente a que han ideado sus propias estrategias para escapar de la servidumbre. Sin duda, ahorrar de sus salarios regulares para cancelar la deuda y quedarse libres de todos los compromisos es, para la mayoría de ellos, prácticamente imposible. Mucho más frecuente es trasladarse a otra fábrica encontrando un empresario que esté dispuesto a saldar las cuentas con el anterior propietario. Hay varias razones para abandonar el trabajo: una disputa con el propietario o riñas con los compañeros o con el supervisor. A pesar del *baki*, la mano de obra está realmente flotante. La rotación de este proletariado alrededor de las naves donde se encuentran

⁷ *Ibid.*, p. 192.

los telares debilita las estrategias que aplican los empresarios para controlar y disciplinar a sus trabajadores.

El papel del parentesco

A la pregunta de si consiguen los propietarios de los medios de producción en esta rama de la industria textil mantener a sus trabajadores en una duradera relación de dependencia, De Neve responde que no, pero la coletilla que añade es importante: «los trabajadores de los telares mecánicos parece que tienen éxito en escapar de propietarios individuales que no les gustan, pero no consiguen escapar de las estructuras de subordinación que les mantienen atados a los empleadores como grupo»⁸. Más que en la acción colectiva, la resistencia laboral en el sector de los telares mecánicos se expresa de formas más indirectas e individualizadas. ¿Podemos concluir realmente, como hace el autor, que la ausencia de unidad ha provocado el estancamiento de una conciencia proletaria? Realmente, la naturaleza del proceso de trabajo muestra la fragmentación de los trabajadores en vez de su unión en la acción colectiva. Pero si los actos de solidaridad abiertos y organizados son pocos y ocasionales, ¿significa esto que la afirmación de los derechos del trabajo se deja a la espontaneidad individual? En mi opinión, las armas de los débiles son más sofisticadas que eso.

En el capítulo 7, De Neve se propone con razón rectificar el tratamiento de «caja negra» que se da a la cultura en muchos estudios sobre empleo y trabajo industrial y, para ello, llama la atención sobre el papel del parentesco para estructurar las relaciones de trabajo. El ejemplo que pone es la apelación a la moral de familia que hacen los empresarios para infundir el compromiso y la disciplina en los trabajadores que han contratado. El centro de atención se pone en las empresas de tinte de fibras naturales que se desarrollaron como industria auxiliar alrededor de las unidades de telares artesanales y mecánicos en el área de la investigación. El proceso de trabajo en estos establecimientos industriales es muy errático debido a las marcadas fluctuaciones en la demanda de las fibras. Los empleadores mantienen un pequeño núcleo de trabajadores regulares que ayudan a reclutar trabajadores temporales cuando son necesarios. El número de días de trabajo depende de la estación e incluso así tiene grandes variaciones. Una media de alrededor de una quincena al mes puede descender a poco más de una semana. La estrategia de los propietarios de contratar y despedir trabajadores al instante tiene que entenderse en función de un modelo de producción intermitente e impredecible.

La manera en que los empresarios intentan superar los problemas laborales que ocasiona el desigual ritmo de producción es explicar a sus

⁸ *Ibid.*, p. 200.

intermitentes trabajadores que su ayuda se aprecia mucho. Les dicen que como los buenos familiares su deber es acudir cuando su presencia es necesaria y trabajar de acuerdo con las necesidades del momento, solamente unas horas o hasta la madrugada. «Todos somos parientes» es la fórmula con la que los patronos tratan de crear una atmósfera de dependencia y reciprocidad mutua. Este parentesco va más allá del círculo de familiares de sangre para incluir relaciones y parentescos ficticios que se extienden a amigos, vecinos y compañeros de casta. ¿Por qué están los empresarios tan dispuestos a minimizar el lado contractual del empleo y pretender que sus trabajadores son como miembros de su familia? Lo hacen porque semejante fraseología les permite invocar la moral del parentesco con sus cualidades implícitas de intimidad, confianza y fiabilidad. Con este lenguaje, que combina la jerarquía con la proximidad piden a su núcleo central de trabajadores que se mantengan a su disposición, que movilicen ayudantes adicionales en los días de mucha tarea y que acepten ser despedidos en tiempos de inactividad.

Resulta claro que los trabajadores no aceptan esta jerga de afinidad y amistad. Cuando públicamente se solicita que lo hagan, suelen reaccionar con incomodidad, silencio o un mudo consentimiento en el mejor de los casos. Seguirle el juego al patrón, por lo menos no oponerse abiertamente, es normalmente una apuesta segura. Sin embargo, la obligación y el deber no se basan siempre en una proximidad ficticia. En esta rama de la pequeña industria, los propietarios tienen el mismo origen social que sus trabajadores y por ello los lazos reales de parentesco no son nada excepcionales. Incluso en esos casos, los hermanos o los primos no dudan en trasladar su lealtad a otro empresario ya sea porque proporciona un empleo más regular o porque ofrece salarios más elevados y mejores condiciones de trabajo. Los propietarios se preocupan por el comportamiento flotante de los trabajadores, pero fracasan en su estrategia de conseguir compromisos laborales indefinidos recurriendo a una moral de la proximidad. Su afán por presentar las relaciones en estos términos se encuentra en marcado contraste con su incapacidad para ofrecer algo más que un errático empleo a corto plazo. Aun así, es importante no oponerse al patrón y respetar los lazos de parentesco con él, reales o ficticios, ya que los trabajadores que quieran ascender pueden necesitar su apoyo para establecer sus propios talleres.

Benevolencia pública

El título del capítulo 8 es «Fiestas, patronazgo y comunidad» y en él De Neve analiza cómo las relaciones que se establecen dentro de los talleres se extienden por el vecindario y el pueblo. Se podría añadir que lo mismo sucede a la inversa. Las fiestas que se celebran en Kumarapalayam y Bhavani tienen una función integradora. Tanto trabajadores como empresarios toman parte

en las mismas celebraciones y con ello crean una atmósfera de comunidad. Pero estas ocasiones también dan lugar al despliegue público de las mejoras alcanzadas en la escala económica. Por ello, las festividades son escenarios de disputas, ya que durante estos acontecimientos la nueva clase de industriales, en su papel de «grandes hombres», compiten entre sí y con los comerciantes ya establecidos, por el prestigio y el poder. En opinión del autor, la mezclada composición social de la mano de obra y de los propietarios ha contribuido a la formación de una comunidad que trasciende las fronteras de la casta y de la clase. Los papeles rituales asignados de acuerdo con una jerarquía de casta están siendo reorganizados, y la movilidad ascendente conduce a un llamativo gasto en las festividades en las que se supone que todos participan porque pertenecen a la misma colectividad.

El progreso económico y el encumbramiento político han dignificado el estatus social de anteriores trabajadores agrícolas que, en las últimas décadas, han conseguido convertirse en trabajadores industriales, subcontratistas y empresarios. Es natural que ahora estén ansiosos por ascender también en la escala ritual. Lo que encuentro bastante llamativo es que la riqueza acumulada no solo se gasta en comodidades individuales sino también en escuelas, hospitales y otras instituciones sociales. De Neve señala que estas inversiones en el bien común están inspiradas por un deber moral de compartir que tienen algunos de los más prósperos y poderosos magnates textiles. Desde luego, estos actos de benevolencia pública les serán muy útiles para presentarse en sus empresas como unos patronos generosos. De ese modo encuentran menos problemas para atraer a tejedores con experiencia y su buena reputación les ayuda a disciplinar y controlar a la mano de obra. De Neve afirma que la estrategia corporativa de los industriales es promover un sentido de comunidad que englobe a todo el pueblo⁹. Yo no estoy convencido de que lo que él describe sea un ejemplo de comportamiento cívico que no conoce fronteras y es totalmente inclusivo. Anteriormente en este capítulo habla de una fuerte inclinación en contra de la mujer en la esfera religiosa, y esta exclusión de género, como se demuestra en otras partes del libro, también tiene otras dimensiones. Su afirmación sobre la construcción de una identidad comunitaria parece estar aún más debilitada por la segregación de los *harijans* no solo en los talleres sino también de una participación no estigmatizada en las fiestas religiosas, además de por su exclusión del espacio público en general.

«¡Unámonos alrededor de los salarios y no de las castas!», es el llamativo título del capítulo 9. La primera parte es una profundización sobre la percepción del Estado que tienen los propietarios de los talleres y los

⁹ *Ibid.*, p. 272.

subcontratistas. De Neve añade que la masa de tejedores y trabajadores del tinte no aparece en este apartado porque carece de una relación directa con los organismos públicos. Su inequívoca declaración contrasta con la promesa hecha en la introducción de investigar la política laboral y la conciencia de los trabajadores en el sector informal dentro de un contexto mucho más amplio, y de incluir en el análisis a la acción del Estado. Regresaré más tarde a este cambio en el objeto de estudio, desde el trabajo en general a los empresarios en particular. Los propietarios y gestores de la industria textil consideran que la burocracia gubernamental va en contra de sus intereses. De Neve señala cómo los «grandes hombres» en el pueblo evitan, paralizan o sabotean todos los intentos por regular el sector y limpiar el medio ambiente porque, según ellos, semejantes medidas están inspiradas por la discriminación de casta. Se quejan de la rígida imposición de regulaciones considerándolas una demostración de la animadversión oficial porque ellos no reúnen los requisitos de respetabilidad. Sobornar a los funcionarios del gobierno o cometer fraude son las únicas soluciones para luchar contra lo que, para ellos, es una excesiva interferencia en su dominio privado y, por esa razón, algo moralmente reprochable. Este resentimiento no ha desembocado en un rechazo ideológico a la interferencia del Estado ni en formas prolongadas de protesta activa, y el autor finaliza sus observaciones con la atemperada conclusión de que la relación con el Estado es más de falta de comunicación que de hostilidad. Yo creo que hay algo más en juego que solamente eso.

Los propietarios de los medios de producción y también los subcontratistas se han organizado creando asociaciones que representan sus intereses. Para superar el sesgo de casta, que ha sido una fuerte característica a la hora de promover la acción colectiva, el líder de una de estas asociaciones apelaba a unirse no alrededor de la *jati* (casta) sino alrededor del *kuli* (tarifas del destajo). Lo que realmente quería decir era que los empresarios debían unirse y establecer un frente común para enfrentarse a reclamaciones salariales. Los portavoces de esta unidad de clase consideran que la *jati* es el principal problema. No les falta razón, ya que por medio del establecimiento de asociaciones se consolidan las identidades corporativas de casta y se refuerza el antagonismo en función de esas líneas de segmentación. El contenido de casta del comportamiento público continúa alimentando la rivalidad y deshaciendo solidaridades de clase. En resumen, la acción conjunta gira alrededor de los intereses de grupos sociales basados en lealtades primordiales que son el principio organizador de asociaciones con características gremiales. Así, la casta y la clase permanecen como zonas separadas y solapadas de identidad colectiva pero, como extremos opuestos de la estructuración del trabajo y de la vida, quedan entrecruzadas en su funcionamiento diario.

Sociedad civil

Sin embargo, la casta no es lo que solía ser. En la segunda parte del capítulo, De Neve explica cómo ha cambiado el significado tradicional de la casta. Los que solían ser grupos jerárquicamente clasificados son cada vez más bloques en competencia sobre líneas de interacción que expresan poder político más que estatus ritual. En este proceso de reestructuración, las asociaciones de casta tienen una importancia fundamental y el autor sitúa este fenómeno dentro del marco de la sociedad civil. Se trata de un epílogo, como él mismo observa, y realmente lo que sigue es demasiado breve como para hacer justicia a la complejidad del tema. La sociedad civil se entiende normalmente como la esfera pública de la acción colectiva, concretada en diversas formas de asociación y de instituciones en las que los individuos participan voluntariamente. De Neve señala que el concepto se analiza a menudo en términos normativos y, esencialmente, como el ámbito de organizaciones no gubernamentales que tratan de promover el desarrollo de los desfavorecidos, el ascenso social y la buena gobernanza. El desencanto por una actuación ineficaz o sesgada del Estado, advierte, ha conducido a la simplista suposición de que las asociaciones de casta, los partidos políticos y otras formas de actividad civil conducen per se a más democracia, libertad e igualdad. Nos recuerda que las así llamadas iniciativas de la sociedad civil están muy a menudo motivadas por intereses de casta, sectoriales y empresariales. Ceder ante estos grupos de interés supone una estrechez de miras que bien puede conducir a una reproducción y consolidación de las desigualdades y fronteras sociales. La referencia que hace en ese contexto a estudios que demuestran la incapacidad de la sociedad civil para poner freno a las prácticas de corrupción que dañan a los pobres está bien planteada.

En el capítulo final, De Neve reúne los principales argumentos que presenta a lo largo de su estudio y al citarlos haré mis propios comentarios. En primer lugar, el autor muy acertadamente señala que los sectores industriales informales florecen no solo como una consecuencia de la desindustrialización sino que, en mayor medida, también son una respuesta al crecimiento de la demanda de los consumidores y de los pujantes mercados de exportación. Sin embargo, no consigue explicar por qué esta enorme expansión se ha estado produciendo fuera del sector económico formal. El cierre de grandes fábricas textiles es el resultado directo de políticas industriales que favorecen a la pequeña producción y a los regímenes de empleo que permiten a los propietarios de los talleres ignorar la protección y los derechos del trabajo que, a partir de la acción colectiva, se habían convertido en una práctica estándar en el sector formal. El estudio que presenta se entiende como una historia del éxito de la informalidad,

una confirmación de lo que más tarde se ha convertido en la mentalidad imperante: la informalización de la producción y del empleo es la solución en vez del problema para el desarrollo económico. Dicho esto, De Neve tiene una sólida evidencia empírica para respaldar su revisión crítica de ideas estereotipadas sobre la economía informal.

No tengo ningún reparo que hacer a su cuestionamiento de afirmaciones que consideran que la tecnología aplicada es invariablemente pobre, que el conocimiento mecánico es bajo y que los niveles de cualificación son los adecuados para el modo de producción. Al mismo tiempo soy más escéptico sobre las ventajas y la calidad de los niveles de cualificación obtenidos en el trabajo, y me pregunto si la simple capacitación informal finalmente no impactará negativamente en la producción y en la productividad. Además, los beneficios cuidadosamente registradas y documentadas conseguidas por muchos, tanto propietarios como trabajadores, son convincentes para rectificar la idea del sector informal como un circuito de trabajo y empleo con poca o ninguna posibilidad de mejora.

Finalmente, De Neve sostiene que la idea ampliamente compartida sobre un «bajo sentido de clase» es insostenible y necesita ser revisada a la vista de la acción colectiva a la que pudieron recurrir con éxito los tejedores artesanales de Bhavani. Resueltamente mantiene que, a pesar de la fragmentación y segmentación, la resistencia a la explotación surge también de tipos primordiales de conciencia social y además puede percibirse igualmente en estrategias de respuesta a la dominación más individualizadas. Por ello, la conciencia subalterna y la capacidad de acción no están necesariamente relacionadas de ninguna manera fija o evidente. Aun así, yo no llegaría tan lejos como hace De Neve al sugerir que la acción colectiva y las estrategias individualizadas son básicamente dos caras de la misma moneda y que deberían ser agrupadas bajo un solo paraguas como actos de resistencia, un arsenal de armas del que los trabajadores eligen las que quieren por sus propias razones.

En mi opinión, de ese modo la capacidad de acción es un artículo de fe que apenas necesita mayor justificación empírica. Una valoración en estos términos haría posible referirse a prácticamente todos los casos de comportamiento silencioso, evasivo y clientista como prácticas de protesta hábilmente construidas. De forma similar, la casta y la clase pueden de hecho considerarse como formas mutuamente constitutivas de identidad social. Sin embargo, me desconcierta la convicción del autor de que por lo menos entre los tejedores en la industria artesanal de Bhavani, la solidaridad de casta ha facilitado el crecimiento de la conciencia de clase. Solamente necesito repetir sus propias reservas sobre la exclusión de las mujeres trabajadoras de la actividad sindical, constreñidas en su comportamiento público por un código de casta puritano. Más aceptable desde mi

punto de vista es la conclusión de que el parentesco y la casta (y yo añadiría el estatus económico) no son principios necesariamente unificadores ni necesariamente divisivos de la acción y de la identidad social.

Movilidad ascendente

De Neve analiza sus conclusiones en tres ramas de la industria textil que tienen sus propias lógicas en lo que se refiere a las políticas laborales diarias: el sindicalismo, la servidumbre por deudas y las prácticas y discursos de parentesco. Las variaciones, me gustaría señalar, están demasiado nítidamente delimitadas en escenarios separados, cada uno de ellos con su propio modelo de negociación: establecimientos artesanales, talleres con telares mecánicos y unidades de tinte. La expresión de la solidaridad horizontal no excluye el reconocimiento de la dependencia vertical (ejemplo: tejedores artesanos dirigiéndose a sus empleadores en el lenguaje del patronazgo) y a la inversa (es decir, operadores de telares mecánicos atados por la deuda que se niegan a comportarse como una fuerza de trabajo cautiva que no está dispuesta a unir esfuerzos). Similarmente, las estrategias conjuntas o personalizadas como forma de representación de los intereses no resultan fáciles de desenredar. Para finalizar mis observaciones críticas sobre la afirmación (o no) de la solidaridad y de la conciencia, creo que la falta de una resistencia sostenida y organizada es una característica de la «baja conciencia de clase». Pero esto no significa una ausencia total de acción colectiva, como demuestra el frecuentemente señalado llamamiento a negarse a trabajar o la presión para ralentizar el ritmo de producción. Desafortunadamente, De Neve no ha prestado atención a las muchas huelgas salvajes sin registrar —de corta duración, muy localizadas y de naturaleza «espontánea»— que son típicas de la militancia laboral en el entorno del sector informal.

El estudio se opone convincentemente a la idea de la mano de obra del sector informal como un enorme ejército de reserva que está atrapado en el fondo de la economía y que vaga sin rumbo en una desesperada búsqueda de empleo sin muchas esperanzas de salir de la miseria que siempre le ha acompañado. De Neve insiste resueltamente en que para mucha más gente, la vida y el trabajo en el sector informal se han vuelto mejor de lo que solía ser. Hay terreno para el optimismo, pero lo que el autor también subraya es que la ausencia de empleos seguros y permanentes que dan lugar a episodios de desempleo, junto a salarios bajos, significa que un segmento muy grande de los trabajadores continúa viviendo en una inacabable dependencia y pobreza. Un ejemplo es la situación de los operadores de los telares mecánicos que son los mejor pagados en la industria textil. La política del *baki*, la práctica de aceptar un adelanto en metálico en el momento de la contratación que equivale a seis o más salarios mensuales, les mantienen atados a su patrón. Pero es la única manera que tienen de pagar los eventos

del ciclo de la vida, las fiestas y la asistencia médica. Se ven empujados al endeudamiento porque la mayoría de las familias, señala De Neve, no consigue llegar a fin de mes. El pedir prestado a sus parientes para estas ocasiones es prácticamente imposible porque la mayoría de los familiares son igualmente pobres. Estoy de acuerdo con el autor en que lo que tenemos aquí no es la clase de servidumbre por deudas que existía en el pasado. En su estudio, los trabajadores de los telares mecánicos tienen una opinión instrumental sobre semejantes acuerdos de crédito. Parece estar cerca de lo que yo he llamado neoservidumbre, es decir, lazos impersonales y a corto plazo de inmovilidad impuesta que no se extienden más allá de la esfera laboral y que en la mentalidad del trabajador no le atrapan para siempre en el lugar de trabajo. Sin embargo, De Neve tiene razón al concluir que el *baki* representa una forma institucional de servidumbre. Escapar de un patrón es posible, pero en la práctica solamente si este acto de desafío va acompañado de la sujeción a otro. Quedar atrapado, sostiene, parece ser tanto el resultado de la pobreza como la elección del trabajador de apostar por la falta de voluntad de su empleador para despedirle cuando la deuda es demasiado elevada.

Ausencia del Estado

Más problemática me parece la decisión de De Neve de no abordar la relación entre el Estado y los trabajadores por la falta de contacto directo entre estos dos actores. En esta parte del estudio, el énfasis se pone exclusivamente sobre las representaciones y percepciones de los propietarios de los medios de producción y de los gestores en su atareada interacción con los funcionarios del gobierno. El cambio del centro de atención desde los trabajadores a los empresarios y subcontratistas es desafortunado en el sentido de que De Neve no ha problematizado la no presencia del Estado en el escenario del trabajo en el sector informal. Este no ha sido siempre el caso. De hecho, el autor habla en su estudio de cómo en el movimiento sindical que se desarrolló en la industria artesanal —el único ejemplo claro y de éxito de una clásica acción de clase que encuentra— la negociación colectiva llegó con la mediación de funcionarios del Ministerio de Trabajo. Desde principios de la década de 1980, esta figura mediadora parece haberse desvanecido o incluso desaparecido por completo. Aunque un amplio abanico de inspectores del gobierno hace frecuentes «incursiones» en establecimientos industriales informales, su tarea no incluye controlar las condiciones de trabajo o las modalidades de empleo. La notable falta de acción del Estado en la implementación de normas y leyes laborales que existen también para la multitud de los trabajadores del sector informal —sobre salarios mínimos, migración laboral, prácticas de subcontratación, etc.— debería haber llevado a De Neve a profundizar en este tema en vez de

abandonarlo por completo. Por otra parte, en la monografía saludo calurosamente la larga discusión de las diversas tácticas y estrategias seguidas tanto por trabajadores como por propietarios en la defensa de sus intereses. Su detallada narrativa consigue demostrar que las complejidades del sector informal pueden ser desenmarañadas por la división estructural entre propietarios o controladores de los medios de producción y los grandes ejércitos que están ocasional e intermitente contratados. De Neve ha decidido no plantear la relevancia política de todo esto.

Las reservas hechas hasta ahora no menoscaban una importante conclusión que el libro de De Neve trae a primer plano: el alcance de la movilidad ascendente en el sector informal de la economía. A la vista de la rica experiencia empírica, este importante hallazgo no puede negarse con facilidad. Grandes cantidades de peones agrícolas, así como sus anteriores amos, han conseguido encontrar acceso a la industria textil en los pueblos rápidamente en crecimiento de Bhavani y Kumrapalayam. Estos migrantes procedentes de las tierras rurales están mucho mejor que antes. Además, los agricultores acomodados a menudo trajeron consigo un capital procedente de la economía agraria para poner en marcha telares mecánicos de su propiedad. Su disposición para invertir en la producción industrial muestra que la expansión de la actividad del sector informal es posible sobre la base de un excedente que ya está ahí y no necesita extraerse de otras fuentes. Una historia de éxito todavía más impresionante es la manera en que, partiendo de las filas de trabajadores ordinarios, una sustancial minoría ha ascendido en la jerarquía del trabajo. Los primeros fueron nombrados para posiciones intermedias como maestros tejedores y supervisores y a continuación se hicieron semiindependientes como *job workers* y subcontratistas antes de ascender a la cima adquiriendo la propiedad de ese mismo taller o de otro. Estos casos que van desde una pequeña a una gran movilidad ascendente no son pocos sino muchos.

Movilidad descendente

Yo acepto todas estas buenas noticias y el optimismo que brilla en ellas, pero me gustaría llamar la atención sobre la cara opuesta del mismo fenómeno de la que De Neve habla mucho menos: la movilidad descendente. En primer lugar, si los talleres en las localidades del trabajo de campo están en auge, en última instancia se debe al colapso de la industria textil en el sector formal de la economía. De Neve no se olvida mencionar este drama social y económico (incorrectamente analizado como desindustrialización). Pero mientras que su alabanza hacia la vitalidad y el dinamismo de la producción de mercancías a pequeña escala es comprensible, la otra cara de la moneda es que estos nichos en pueblos pequeños que crean empleo y beneficios para los recién llegados se abrieron debido a una política de

informalización que condujo a que una clase de trabajadores industriales ya establecida perdiera su empleo en el sector formal, un empleo que incluía salarios por jornadas y una existencia dignificada. En segundo lugar, en los talleres pequeños no solamente hay ganadores sino también perdedores. El autoempleo, que solía dominar en los talleres artesanales, fue sustituido por una nueva forma de producción de la que los tejedores independientes fueron expulsados, algunas veces también debido a la adversidad o la desgracia económica. Sin embargo, muchos más parecen haber perdido sus telares a manos de los grandes propietarios. Se convirtieron en trabajadores sin telares en la misma rama de la industria o se trasladaron al fondo del sector mecanizado. El autor nos dice de paso que también en esa rama de la industria no todos los artesanos podían permitirse el comprar nuevos telares y se vieron obligados a pedir empleo a alguno de sus compañeros de casta. En tercer lugar, las mujeres trabajadoras y los *harijans* quedaron excluidos de las oportunidades de movilidad ascendente, ya que para ser toleradas en el trabajo tenían que mantener un perfil bajo y no reunían los requisitos para incorporarse a las filas inferiores de la gestión. Finalmente, debe haber habido un movimiento de trabajadores que ascendieron por la escala pero fracasaron en sus puestos supervisores o fueron a la ruina como *job workers*. Estos casos de ascenso-descenso no se analizan en absoluto.

En el balance final, el estudio de De Neve merece un gran elogio. Su monografía es una excelente contribución sobre un tema que, como él mismo señala, todavía pertenece a la parte menos investigada de la economía de India. Su «densa descripción» permite una lectura interesante, los hallazgos y el marco en que se interpretan arrojan luz sobre una variedad de temas que son fundamentales para el debate de cómo entender y manejar razonablemente al «sector informal». El libro está bien presentado con cuadros, cifras, mapas e ilustraciones por una editorial bastante nueva especializada en ciencias sociales. Es una nueva incorporación a una ya impresionante serie de publicaciones.

LAS ÁREAS URBANAS HIPERDEGRADADAS DEL PLANETA*

NUESTRA ÉPOCA ESTÁ asistiendo a un cambio histórico en el hábitat humano. Por primera vez más de la mitad de la población global se convertirá de una forma u otra en habitantes urbanos. Los asentamientos a pequeña escala que han sido la cuna del trabajo y la vida campesina durante muchos miles de años –la miríada de aldeas, concentradas o dispersas, que se extienden por el campo– ya no son el hogar de la mayoría de la humanidad. La masiva expulsión de la fuerza de trabajo de la agricultura que se ha acelerado durante la segunda mitad del siglo pasado, ha ido acompañada por un éxodo de los pueblos. Actualmente, 3.200 millones de personas se concentran en zonas urbanas. Esta cifra se espera que crezca hasta los 10.000 millones a mediados de este siglo. Este gigantesco cambio se está produciendo principalmente en las zonas del sur del planeta: en los próximos veinte años, metrópolis como Yakarta, Dhaka, Karachi, Shangai o Mumbai, tendrán como poco 25 millones de habitantes.

Desde luego, el fenómeno de la urbanización no es nuevo. La expulsión de la agricultura y el abandono del campo son cuestiones bien conocidas en la historia occidental de los siglos XIX y XX. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, esa migración acababa –si no inmediatamente, en un espacio de tiempo relativamente corto– en un empleo regularizado en fábricas, puertos, en la construcción, en empresas del sector público o en otras grandes empresas que utilizaban mucha mano de obra, así como en el servicio doméstico. Otra ruta de salida de la vida rural fue a través de la migración a países que todavía tenían un déficit de población. Los refugiados económicos que huían de Europa fueron bien recibidos como colonos en esos Estados colonizadores donde estaban considerados como gentes perseverantes y de espíritu emprendedor. Llevaban a estos territorios «vacíos» la fuerza de trabajo necesaria para dar valor a las vastas extensiones de

* Publicado originalmente bajo el título «Slumlands», *New Left Review*, núm. 40, julio-agosto de 2007, pp. 141-148.

recursos naturales. Hasta hace treinta años, se suponía que esta transformación desde un modo de producción rural-agrario a otro urbano-industrial se produciría de nuevo en las partes «atrasadas» del mundo. Pero la idea de la industrialización como el motor de la urbanización ya no es sostenible. Esto explica en gran medida por qué una gran parte de los que llegan a las ciudades viven en áreas hiperdegradadas y probablemente sigan haciéndolo durante el resto de sus vidas.

Cómo y por qué sucede esto es lo que gráficamente se cuenta en el nuevo libro de Mike Davis, *Planet of Slums*¹. Aunque muchos estudios locales han descrito lo que significa residir en una *favela*, en un *basti*, *kampung*, *gecekondu* o *bidonville*, Davis ofrece un retrato adecuadamente global situando estas aglomeraciones de chabolas en una perspectiva comparada. Además, mientras que en los debates sobre las zonas urbanas hiperdegradadas los especialistas en ciudades se han centrado en cuestiones de espacio y de utilización del terreno, y los especialistas en el desarrollo lo han hecho sobre el tema de las economías «informales» de estas áreas, *Planet of Slums* llama la atención por presentar una síntesis histórica más amplia de esas dos perspectivas. Basándose en la «auditoría global» que proporciona el informe realizado por Naciones Unidas en 2003 bajo el título *Challenge of the Slums*, Davis elabora un perfil de la pobreza urbana que existe actualmente en el mundo. Mumbai, donde hay entre 10 y 12 millones de ocupas y personas que residen en viviendas degradadas, constituye la capital global de las áreas urbanas hiperdegradadas, seguida por México D. F. y Dhaka, con una población en estas áreas entre 9 y 10 millones de personas. Después vienen Lagos, El Cairo, Karachi, Kinshasa-Brazzaville, São Paulo, Shangai y Delhi, con cerca de 7 millones cada una. Si bien las mayores megaáreas urbanas hiperdegradadas –zonas contiguas de pobreza urbana– se sitúan en América Latina (se calcula que en Ciudad Nezahualcoyotl, Chalco, Iztapalapa y otros *municipios* del sudeste de México D. F. viven 4 millones de personas, y en el barrio de chabolas de Libertador en Caracas o en los distritos de El Sur y Ciudad Bolívar en Bogotá alrededor de 2 millones), en Oriente Próximo se encuentran Ciudad de Sadr en Bagdad (1,5 millones de habitantes) y Gaza (1,3 millones); los chamizos cubiertos con chapas de Cité Soleil en Puerto Príncipe y el distrito de Masina en Kinshasa albergan cada uno medio millón de almas. En India casi 160 millones de personas residen en áreas urbanas hiperdegradadas y en China, cerca de 190 millones. En Nigeria, Pakistán, Bangladesh, Tanzania, Etiopía y Sudán, aproximadamente el 70 por 100 de la población vive en estas áreas.

¹ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, Verso, 2006. [ed. cast. *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

La loable aspiración de *Planet of Slums* es ofrecer una perspectiva histórica del modelo global de estos asentamientos que pueda proporcionar, como dice Davis, una periodización de las principales tendencias y acontecimientos del proceso de urbanización que se produjo en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. En general, Davis percibe una aceleración inicial del proceso de urbanización en el Tercer Mundo durante las décadas de 1950 y 1960, con la suspensión de las leyes coloniales que restringían la circulación de las personas (especialmente en el África subsahariana), el «impulso» de la insurgencia y de la guerra civil (en América Latina, Argelia, durante la partición de India, el sudeste de Asia), y la «atracción» que producían las oportunidades de empleo que ofrecían las políticas de industrialización basadas en la sustitución de importaciones (América Latina, Corea del Sur, Taiwán). Davis documenta lo que denomina la «traición» de los Estados del Tercer Mundo al no proporcionar la vivienda a sus nuevos trabajadores urbanos, producto de la abdicación de responsabilidades de los gobiernos posteriores a la independencia (en África y el sur de Asia) o de las dictaduras (en América Latina) que pasaron a gobernar según los intereses de las elites locales. Pero el «Big Bang» de la pobreza urbana se produce a partir de 1975. La imposición por parte del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial de los Programas de Ajuste Estructural arruinó a los pequeños campesinos al eliminar los subsidios y al dejarles abandonados en unos mercados globales dominados por la altamente subvencionada agroindustria del Primer Mundo. Al mismo tiempo, estos programas impusieron la privatización, la supresión de los controles a las importaciones y la implacable reducción del sector público. Esta evolución fue acompañada en 1976 por el giro de las políticas del FMI y del Banco Mundial –bajo la influencia de Robert McNamara y del antiguo anarquista y urbanista John Turner– hacia planes de «autoayuda» para las áreas hiperdegradadas en vez de apoyar la construcción de nuevas viviendas, lo que representó, en palabras de Davis, «una masiva pérdida de derechos»² que pronto se agravó con la ortodoxia neoliberal de rechazo a la acción del Estado. El resultado final ha sido un gigantesco incremento de la urbanización desconectada de la industrialización e incluso del mismo desarrollo.

Tal como Davis documenta, las incesantes oleadas de *homines novi* que llegaban impetuosas a las ciudades excedían en mucho la demanda de mano de obra. La combinación de falta de trabajo y de salarios extremadamente bajos deja a esta exhausta infantería de la economía global privada de los medios elementales de subsistencia. Al entrar en alguna de las colonias en las que habitan estas gentes en América Latina, África y Asia no se puede evitar el quedarse impresionado por la extrema pobreza que predomina en ellas. Las actuales áreas urbanas hiperdegradadas no se encuentran en el

² *Ibid.*

interior de las ciudades, como sucedió en Occidente, sino que se sitúan en sus extrarradios, en un extenso cinturón donde las zonas urbanas gradualmente dan paso a las zonas rurales. Este paisaje intermedio también puede encontrarse en Europa del Este donde el Segundo Mundo se ha disuelto en el Tercero, con la salvedad de que el eclipse de los países «poscapitalistas», por definición, también ha vaciado el concepto de Tercer Mundo. Una consecuencia de esto es la urgente necesidad de revisar la jerga desarrollista que estuvo en boga durante la segunda mitad del siglo XX; esa breve época ha desaparecido sin dejar ninguna huella duradera. Aunque el grupo de presión de las organizaciones no gubernamentales continúa defendiendo los ideales del desarrollo, esta forma de iniciativa privada a menudo ha contribuido y fomentado la rendición de sus adeptos a las fuerzas del libre mercado con la excusa de obtener más poder.

En los estudios oficiales, como en el informe de Naciones Unidas *Challenge of the Slums*, citado por Davis, se presentan en primer plano las características físicas de las áreas urbanas hiperdegradadas y no sus dimensiones socioeconómicas. En la definición que se hace, un área urbana hiperdegradada es un asentamiento superpoblado formado por viviendas informales sin un acceso adecuado al agua potable y sin condiciones sanitarias, con una densidad de ocupación intolerable y una ausencia de alcantarillado, calles en buen estado y recogida de basuras. Los títulos de propiedad sobre parcelas de tierra y sobre lo que pueda haber edificado sobre ellas no existen. Las viviendas están normalmente construidas en varias etapas por los propios residentes y dan lugar a una variopinta colección de propiedades de diversas formas y tamaños que a menudo cumplen una doble función, como espacio para vivir y como lugar de trabajo sin ninguna separación entre ambos. La naturaleza difusa de estas endeble construcciones está subrayada por los materiales utilizados: ladrillos sin cocer, chapas de metal, tablas, láminas de hojalata, retales de plástico, paja, sacos de yute, cartones y otros materiales de desecho reciclados para un uso esencialmente insostenible.

Los ocupantes de semejantes chabolas tampoco son necesariamente sus propietarios. Los amos de la zona —prestamistas, dueños de casas de empeño, tenderos, policías, funcionarios de bajo rango, traficantes de alcohol y drogas, corredores de apuestas, propietarios de vehículos o jefes de bandas— alquilan el espacio del que se han apropiado, ya que no todos los residentes de estas zonas se encierran en la extrema pobreza. El capital se genera recaudando cuotas, legales e ilegales, de los pobres. Seguir los flujos de trabajo y capital deja claro que las áreas hiperdegradadas no son un circuito separado de producción, distribución y consumo, sino que están bien conectadas o supeditadas a las prácticas económicas del sistema formal. Al mismo tiempo, en estos espacios florece a sus anchas todo tipo

de criminalidad, ya proceda de dentro o de fuera de la zona, y sus habitantes desempeñan la mayoría de las veces el papel de víctimas y no el de verdugos. Vivir y trabajar en la pobreza implica una sistemática exposición a la violencia. La jerarquía de la privación tiene su paralelo en los diversos grados de vulnerabilidad: en la cima están las mujeres, niños, ancianos, enfermos crónicos y discapacitados.

El ciclo de vida de un área urbana hiperdegradada comienza con la llegada de la primera remesa de ocupas. Si estos pioneros no son expulsados de manera inmediata, pronto aumenta su número y sus improvisados chamizos gradualmente dan paso a formas de refugio de alguna manera mejores. Davis esboza una tipología dividida en asentamientos en el centro o en la periferia, informales o formalizados. Una vez que los ocupas se han establecido, a continuación vienen los esfuerzos por regular la situación de sus viviendas. Puede llevar muchos años, pero finalmente, las autoridades de la ciudad normalmente darán su aprobación a la existencia del asentamiento y facilitarán documentos que lo acrediten, por regla general a cambio de votos y sin ninguna obligación de proporcionar servicios básicos como agua potable, carreteras de acceso o electricidad, mucho menos, sanidad o escuelas. Tal y como Davis refleja en el capítulo que lleva por título «Hausmann en los Trópicos», los desalojos pueden producirse a pesar de todo, a menudo justificados con el argumento de que el espacio ocupado se necesita para la expansión urbana formal, o simplemente son una muestra de fuerza bruta: el desalojo de gente que es una molestia para el público en general de la ciudad o que mantiene bajos los precios del suelo. Los contratistas, en colusión con el fuerte brazo del Estado fuerzan una operación de *mise-en-valeur* y sus excavadoras arrasan en una mañana lo que muchas manos habían construido laboriosamente a lo largo de meses o años. Los expulsados se ven obligados a empezar de nuevo en algún otro lugar.

La incesante rotación de este proletariado flotante en la tierra de nadie entre la ciudad y el campo hace difícil elaborar cálculos fiables sobre la población de las áreas hiperdegradadas. Las estadísticas oficiales tienden a reducir deliberadamente el número de ocupas que tratan de encontrar un hueco en estas zonas hermafroditas que en Indonesia se llaman *desakotas*. Los gobiernos tratan de mantener a esta ingente masa fuera de la vista, aunque solo sea para adelantarse a futuras reclamaciones de derechos si se produce un reconocimiento oficial del asentamiento, mientras que los propietarios legales de terreno urbano rechazan enérgicamente el aceptar como ciudadanos a estas hordas de migrantes. Por ello, las cifras del censo necesitan ser consideradas como aproximaciones muy conservadoras. No obstante, las estimaciones sobre el tamaño de la población de las áreas urbanas hiperdegradadas citadas anteriormente pueden verse en

una perspectiva comparada: mientras que en las regiones desarrolladas del mundo apenas el 6 por 100 de la población urbana vive en zonas hiperdegradadas, en lo que todavía se denomina, a pesar de todas las evidencias, países en «vías de desarrollo», la proporción asciende a las tres cuartas partes de la población. El cáncer de las áreas hiperdegradadas se extiende con más rapidez que el crecimiento de las ciudades.

Aunque Davis menciona los efectos de los programas de ajuste estructural, no profundiza en la crisis del campo y en las razones por las que un creciente número de personas son incapaces de mantener una forma de vida rural. Resulta razonable suponer que los pocos afortunados que consiguen encontrar una morada permanente y un empleo regular y por tiempo indefinido realmente viven mejor en estas megaáreas hiperdegradadas. Más discutible es la suerte de los millones de personas que vagan por la zona de penumbra donde acaba el campo y empieza la ciudad. Además de estas personas itinerantes o que deambulan por la extensa periferia urbana y que todavía no han llegado a ninguna parte, hay un número todavía mayor que no puede definirse como migrantes definitivos, ya que el término indica un abandono prolongado del medio rural. Realizando un trabajo de campo tanto en Gujarat como en Java me sorprendió el fenómeno de la constante circulación de la mano de obra, que expulsa a la gente de su hábitat rural durante parte del año pero que les devuelve cuando el empleo de temporada ha finalizado. Este modelo de constante movimiento se ha convertido en una importante característica de la economía informal. El resultado es que el paisaje de ninguna parte está habitado por gentes de ninguna parte que son absorbidas y expulsadas en función de las necesidades del momento. Otro importante desarrollo ha sido el rápido aumento de las áreas hiperdegradadas en las zonas rurales, habitadas por una subclase sin tierra que es redundante en la economía agraria pero que carece del dinero y de los contactos para aventurarse fuera de su propia localidad segregada. Se trata de un problema acuciante que sin embargo, no tiene interés para políticos y estrategas. Prefieren seguir predicando el «objetivo del milenio» de Naciones Unidas de reducir la pobreza a la mitad en quince años, a pesar del hecho de que han pasado siete desde que se hizo la declaración y todas las tendencias se mueven en la dirección contraria.

¿Cómo hacen entonces los habitantes de las zonas urbanas hiperdegradadas para conseguir su sustento? Davis aborda la cuestión analizando las condiciones de trabajo y las relaciones laborales existentes en la «economía informal». Este concepto general, que se puede aplicar a las cuatro quintas partes de la mano de obra total, fue acuñado a principios de la década de 1970 para señalar que las masas de campesinos que inundan las ciudades no están empleadas en fábricas o en otros lugares estructurados y regulados, sino que se ganan la vida en una amplia gama de trabajos ocasionales, no

cualificados, sin poder reclamar ninguna forma de seguridad o protección. Consiguen ocasionales trabajos por cuenta propia o ajena ya sea en su propia casa, recorriendo las calles o atrapados en pequeños talleres de trabajo esclavo. Su fuerza de trabajo se encuentra repartida por todos los sectores de la economía: industria y artesanía, pequeño comercio y transporte, construcción y servicios o en una combinación de todos ellos. Algunas veces son los dueños de sus herramientas o de otros medios de producción, otras se las alquilan o se las proporcionan los empleadores o sus agentes. Se trata de una forma de organización ensalzada por los apóstoles del fundamentalismo del mercado como la mejor estrategia para aliviar la pobreza. En los escritos de Hernando de Soto y de otros, las grandes masas de trabajadores del sector informal están descritas como pequeños empresarios excluidos del acceso al crédito formal como consecuencia de la naturaleza no registrada de las propiedades que puedan poseer. De acuerdo con esta línea de pensamiento, la concesión de microcréditos a esta gente por parte de los bancos, en los términos del mercado, les permitiría aumentar su productividad y abandonar su precaria existencia³.

Como señala Davis, se trata de un modelo de autosuperación inspirado en el barón Von Münchhausen, un mito creado y propagado por el Banco Mundial y sus voceros para responsabilizar a los desposeídos de la miseria en la que viven y trabajan. Este amplio segmento de trabajadores del sector informal constituye un ejército de reserva de mano de obra, contratado y despedido según convenga. Sus condiciones de empleo no son negociables y se caracterizan por jornadas de trabajo extremadamente largas que se alternan con periodos largos y erráticos de desempleo; por imponer el trabajo de niños y ancianos; la subyugación de la mujer y de otras figuras dependientes del cabeza de familia y, todo ello, a cambio del salario más bajo posible. En definitiva, se trata de un régimen de incesante flexibilización del que, en consonancia con la doctrina neoliberal, ha desaparecido la autoridad pública como fuerza reguladora, renunciando incluso a la ficción de mantener el equilibrio entre los intereses del capital y del trabajo. La privatización y el repliegue del Estado han vaciado de contenido a la esfera pública que solía ofrecer alguna clase de contrapeso a la desenfrenada disciplina del mercado.

¿De qué maneras articulan y afirman sus intereses los propios habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas? Después de todo, la imagen tradicional de estas zonas es la de volcanes a punto de entrar en erupción. Como señala Davis, hay miríadas de corrientes de resistencia aunque un estudio introductorio muestra que no llegan muy lejos. Davis indica correctamente que la población de las áreas hiperdegradadas ofrece una amplia variedad de

³ Hernando de Soto, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, Nueva York, Harper y Row, 1989; H. de Soto, *The Mystery of Capital; Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere*, Londres, Bantam Press, 2000.

respuestas al abandono y privación estructural en el que viven, que van desde iglesias carismáticas y cultos proféticos a milicias étnicas, bandas callejeras, ONG neoliberales y movimientos sociales revolucionarios. Las filas de los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas no son compactas sino que están divididas en función de la religión, la casta, el clan y la tribu o de simples identidades regionales. Un factor más paralizante es la fragmentación del trabajo a lo largo de una amplia variedad de ocupaciones eventuales y de modalidades de contratación de carácter temporal que frustran la formación de una conciencia basada en una unidad social y de clase. Y finalmente, está el Estado que condena todo acto desesperado de rebelión contra la opresión y la explotación como una violación de la ley y el orden. De hecho, se producen explosiones de descontento —por ejemplo cuando sube el precio del pan o de los billetes de autobús—, pero por lo general son bastante espontáneas, de corta duración y de carácter local en vez de organizadas y sostenibles, apelando a lealtades verticales en vez de a una solidaridad horizontal.

¿Cuáles son las implicaciones geopolíticas de un planeta lleno de barrios de chabolas? La idea de *une classe dangereuse* de carácter global, alimentada por escenarios catastrofistas sobre la «anarquía venidera» de la que hablan autores como Robert Kaplan ha venido para quedarse⁴. Los países más ricos pretenden protegerse de esta amenaza cerrando y vallando sus fronteras. La migración masiva hacia territorios «vacíos» o despejados ya no es una opción para sociedades que quieren librarse de gente que son una carga más que un activo para la productividad. Actualmente los refugiados económicos llegan a las costas de la tierra prometida en pateras o trepan vallas y atraviesan desiertos perseguidos por el Estado o por grupos privados. De igual forma, los migrantes comunes y corrientes que acaban en un área urbana hiperdegradada en su propia región también están considerados como una amenaza para la seguridad global. Davis establece un revelador paralelismo entre la brutal tectónica de la globalización neoliberal desde 1978 y los catastróficos procesos que dieron forma al «Tercer Mundo» durante la era del imperalismo del siglo XIX que analizó en su libro *Late Victorian Holocausts*:

A finales del siglo XIX, la forzosa incorporación al mercado mundial de las economías de subsistencia de las grandes poblaciones campesinas de Asia y África supuso la hambruna para millones de campesinos y el desplazamiento de sus entornos naturales para decenas de millones. El resultado final (también en América Latina) fue la “semiproletarización” rural, la creación de una enorme clase global de semicampesinos y jornaleros empobrecidos que carecía de la más mínima seguridad para su subsistencia⁵.

⁴ R. D. Kaplan, *The Ends of the Earth*, Peter Smith Pub. Inc., 1996, reeditado en 2000; también *The Coming Anarchy*, Nueva York, Vintage, 2000.

⁵ M. Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, Verso, 2001, especialmente las páginas 206-209.

Al parecer, el ajuste estructural ha realizado una remodelación igualmente fundamental de las expectativas de futuro humano. [Por ello] en lugar de ser un foco de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han convertido en vertederos para un excedente de población empleada en trabajos que no requieren ninguna cualificación, que carecen de protección y que son retribuidos con ingresos mínimos en el sector informal de la industria y del comercio⁶.

Se podría añadir que la nueva revolución liberal también ha visto el regreso de una forma de neodarwinismo social a escala mundial. En la versión anterior, los pobres y no la pobreza eran estigmatizados como seres defectuosos: si tenían unas vidas miserables se debía a que eran incapaces de tomar el control de las circunstancias en las que estaban obligados a vivir. La advertencia continuaba señalando que la tendencia entre la «gente civilizada» a compadecerse de estas miserias les ofrecía un apoyo y protección injustificable; al suavizar el desarrollo natural de las fuerzas sociales, la sociedad moderna se había cargado sobre sus espaldas a una subclase parasitaria. En su epílogo, «Bajando por Vietnam Street», Davis cita textos que sugieren un regreso a esta línea de razonamiento del siglo XIX, acompañada por el tácito reconocimiento de que las actuales políticas económicas y sociales harán imposible solucionar el problema de la masiva pobreza⁷. Como en los tiempos victorianos, «la tajante criminalización de los pobres urbanos es una profecía que acarrea su propio cumplimiento garantizando un futuro de interminable guerra en las calles»⁸. Desde mediados de la década de 1990, los teóricos militares estadounidenses han estado haciendo llamamientos para preparar un «combate prolongado» en los infranqueables laberintos urbanos de las ciudades pobres del Tercer Mundo. Como describía en 1996 la *US Army War College Quarterly* en un artículo titulado, «Our soldiers, Their Cities»:

El futuro de la guerra se encuentra en las calles, las alcantarillas, los edificios gigantes y en una maraña de casas que forman las ciudades destrozadas del mundo [...] Nuestra historia militar está salpicada de nombres de ciudades: Tuzla, Mogadiscio, Los Ángeles (!), Beirut, Panamá, Hue, Saigón, Santo Domingo, pero esos nombres no son más que el prólogo del verdadero drama que está por llegar⁹.

Los nombres son los de las ciudades, pero el verdadero peligro acecha en sus vastas áreas hiperdegradadas donde habitan las masas alienadas y llenas de ira. En opinión de los investigadores que trabajan para los

⁶ *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlements*, UN-Habitat, 2003, pp. 40, 46.

⁷ M. Davis, *Planet of Slums*, *op. cit.*, pp. 199-206.

⁸ *Ibid.*, p. 202.

⁹ Ralph Peters, «Our Soldiers, Their Cities», en *Parameters: US Army War College Quarterly*, vol. 26, primavera de 1996, p. 203.

think tanks estadounidenses, las fuerzas de seguridad deberían abordar el fenómeno sociológico de las poblaciones excluidas. Davis respalda esta documentación con citas de fuentes del Pentágono que defienden la necesidad de planes en previsión de «una guerra mundial de baja intensidad y de duración indefinida contra segmentos criminales de los pobres urbanos»¹⁰. Bastante acertadamente, Davis concluye que esta mentalidad revela el verdadero «choque de civilizaciones».

¹⁰M. Davis, *Planet of Slums*, *op. cit.*, p. 205.

III

LA ECONOMÍA URBANA Y SU MANO DE OBRA

EL TRABAJO INDUSTRIAL EN LA INDIA POSCOLONIAL*

PROLEGÓMENOS

El proceso de formación de la mano de obra

EN LA INDIA poscolonial hablar de trabajo significaba hablar de trabajo en la *industria*; el «trabajador» trabajaba en la economía moderna que estaba a la vuelta de la esquina. El orden rural-agrario pronto sería reemplazado por el urbano-industrial; en consecuencia, la economía del trabajo estaba estrechamente asociada con el empleo industrial, y los autores de respetables libros de texto sobre la formación de la clase obrera y del movimiento sindical¹ consideraron que podían ignorar ampliamente a la gran mayoría de la población trabajadora. La Comisión Nacional de Planificación (CNP), creada en 1940 por la dirección del Partido del Congreso y presidido por Jawaharlal Nehru, formuló las políticas que se llevarían a la práctica después de la independencia ignorando por completo la doctrina gandhiana de desarrollo de los pueblos pequeños. Uno de sus grupos de estudio tenía por tema el «trabajo», pero se centró exclusivamente en las relaciones laborales *industriales*, y las medidas que proponía se basaban en las que ya existían en el mundo industrializado. Una de las principales razones de esta limitada perspectiva era el hecho de que solamente el sector industrial contaba con un movimiento sindical establecido.

Sin embargo, incluso más importante que los sindicatos fue el papel dirigente que iba a desempeñar el Estado en las transformaciones a punto de producirse. Una moderna infraestructura industrial exigía enormes inversiones que no podían ser costeadas solamente por la empresa privada. Por ello, la activa participación del Estado en la reestructuración de la

* Publicado originalmente como «The Study of Industrial Labour in Post-colonial India: The Formal Sector», en J. Parry, J. Breman y K. Kapadia (eds.), *The World View of Industrial Labour in India*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1999, pp. 1-41.

¹ Por ejemplo, H. A. Crouch, *Indian Working Class*, Ajmer, Sachin Publications, 1979; S. C. Pant, *Indian Labour Problems*, Allahabad, Chaitanya Publishing House, 1965; S. Sen, *Working Class of India: History of Emergence and Movement 1830-1970*, Calcuta, K. P. Bagchi & Co., 1977; R. R. Singh, *Labour Economics*, Agra, Sri Ram Mehra & Co., 1971.

economía era esencial y recibió la aprobación sin reservas de la empresa privada². Más que competir entre ellos, los sectores público y privado se fortalecerían mutuamente y el papel estratégico del Estado facilitaría la regulación de los términos y condiciones de empleo en los nuevos y modernizados sectores de la economía nacional. La legislación laboral que no tardó en aprobarse proporcionaba al gobierno un considerable poder sobre la normativa industrial y la solución de conflictos, y esto condujo a la creación de una enorme burocracia encargada de velar por su cumplimiento.

Al comienzo de la era poscolonial, India tenía menos de diez millones de trabajadores industriales, de los cuales muchos menos de la mitad trabajaban en fábricas (en 1950, solamente 2,5 millones según Ornati)³. Pero incluso tomando la cifra de diez millones, los trabajadores industriales constituían menos del 6 por 100 de la mano de obra total; excluyendo al sector agrario apenas llegaba al 17 por 100⁴. No obstante, esta pequeña minoría estaba considerada como el prototipo de la fuerza laboral que determinaría el futuro.

[...] su importancia no se encuentra en su número [...] (sino) en que el crecimiento y la expansión de la economía dependen, en gran medida, de su actitud hacia la industrialización. Siendo el único sector donde la mano de obra está organizada y donde puede crecer con facilidad, puede influenciar el ritmo del cambio. Este sector es el que junto a sus problemas crecerá con el avance de la industrialización⁵.

Pero la atención se ponía sobre la industria no solo debido a su futura hegemonía sino también debido a su significado político. La economía poscolonial iba a ser una economía planificada con una orientación socialista; el empleo industrial daría forma a un futuro en el que empresarios, trabajadores y el Estado pondrían de acuerdo sus diferentes intereses en nombre del bien común.

Sin embargo, a pesar de que el desarrollo industrial no llegaba a materializarse y la planificación resultaba mucho menos significativa a la hora de llevarse a la práctica política, a pesar de que el objetivo de un orden socialista sucumbía a otros intereses y el énfasis se trasladaba desde la expansión del sector público a la expansión del sector privado, el «trabajo» siguió conservando sus connotaciones de empleo en el sector organizado de la economía urbana, al mismo tiempo que se daba por supuesto que finalmente surgiría un sistema social similar

² R. K. Ray, *Industrialisation in India: Growth and Conflict in the Private Corporate Sector, 1914-47*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1979.

³ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, Institute of International Industrial and Labour Relations, Ithaca, Cornell University Press, 1955, p. 9.

⁴ S. C. Pant, *Indian Labour Problems*, *op. cit.*, p. 12.

⁵ *Ibid.*

al de Occidente. K. N. Raj, el economista, se refirió aprobadoramente a una declaración hecha antes de la independencia por Zakir Hussain, el futuro presidente, en el sentido de que el capitalismo en India se diferenciaría poco del de Occidente⁶. De ese modo, se prestó poca atención a las condiciones locales e históricas que habían dado forma a la clase obrera en esa parte del mundo y fueron los esquemas evolutivos que dominaban la teoría de la ciencia social del momento los que proporcionaron el punto de partida, en vez del excepcionalismo más reciente de Chakrabarty⁷, cuya crítica de la visión universalista de las dinámicas de la clase obrera profundiza en las características específicas del caso indio.

La acelerada migración desde el campo hacia las ciudades parecía anunciar la transformación que se avecinaba. Entre 1901 y 1961, la población urbana pasó del 4 al 18 por 100. Pero aun así, solamente una minúscula proporción de la población trabajadora estaba empleada en fábricas modernas y apenas se tuvo en cuenta cómo se las arreglaba el resto para ganarse la vida. Tampoco se prestó atención al enorme número de personas que trabajaban para grandes empresas industriales en el interior rural, a pesar de que los trabajadores de las minas y los *coolies* de las plantaciones constituían una mano de obra mucho mayor que la de las fábricas de Mumbai y Kolkata. Entre los pocos que se preocuparon por estos hechos estaban Mukherjee⁸ —que analizó las condiciones de trabajo en empresas mineras y en plantaciones— y Chandra⁹, aunque ninguno de los dos prestó ninguna atención al trabajo asalariado en la agricultura.

La preocupación por el empleo industrial desvió la atención no solo del segmento mayor de la población urbana que se ganaba la vida de otras maneras, sino todavía más de las relaciones sociales de producción en la agricultura. Iyer fue uno de los pocos que específicamente llamó la atención sobre los trabajadores agrícolas como una formación social separada, hablando a principios del siglo XX sobre la miserable situación de los sin tierra¹⁰. Sin embargo, los estrategias políticas poscoloniales tardaron mucho en darse cuenta de que los trabajadores agrícolas constituían la mayor parte

⁶ K. N. Raj, «Unemployment and Structural Changes in Indian Rural Society», en T. S. Papola, P. P. Ghosh y A. N. Sharma (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, Presidential Addresses, The Indian Society of Labour Economics, Nueva Delhi, B. R. Publishing Corp., 1993, p. 211.

⁷ D. Chakrabarty, *Rethinking Working Class History: Bengal 1890-1940*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1989.

⁸ R. K. Mukherjee, *The Indian Working Class*, Bombay, Hind Kitab, 1945.

⁹ B. Chandra, *The Rise and Growth of Economic Nationalism in India: Economic Policies of Indian National Leadership, 1880-1905*, Nueva Delhi, People's Publishing House, 1966.

¹⁰ *Ibid.*, p. 762.

de la fuerza de trabajo¹¹. Las investigaciones a escala nacional de comienzos de la década de 1950 mostraban que esta subclase rural incluía aproximadamente a una cuarta parte de la población agraria. El proletariado industrial, incluso en su definición más amplia, tenía un tamaño mucho más pequeño. Este sistemático abandono había empezado en la era colonial y estaba relacionado con la estereotipada imagen de un orden rural formado por comunidades auténticamente homogéneas de productores campesinos independientes. Estudios monográficos como el de Lorenzo¹² pasaron desapercibidos.

Reaccionando a las ideas establecidas en los círculos nacionalistas y representadas por escritores como Patel¹³ —que consideró que el crecimiento de una clase de trabajadores sin tierra era el producto de la ruptura, bajo el dominio extranjero, de la vieja comunidad de la aldea formada por campesinos y artesanos— Kumar¹⁴ demostró que esta clase ya tenía una presencia importante en los primeros tiempos coloniales, señalando que en su inmensa mayoría estaba formada por gentes de las castas inferiores sometidas a acuerdos serviles de trabajo basados en la servidumbre. Más tarde se utilizaría ampliamente el endeudamiento como medio para reclutar trabajadores rurales, no solo para las minas de carbón y las plantaciones de té, sino también para los puertos y las fábricas. La clásica tesis de que el capitalismo industrial solo llega cuando se ha producido la transición al trabajo libre —en el doble sentido de trabajadores separados de la propiedad de los medios de producción y capaces de decidir por sí mismos cómo y dónde vender su fuerza de trabajo— no es aplicable a la situación colonial¹⁵. Pero ya en varias publicaciones he sostenido que la neoservidumbre en la industria contemporánea es fundamentalmente diferente de la servidumbre del viejo orden agrario.

Para los propósitos de este análisis, el punto que debe destacarse es que, en la bibliografía poscolonial, el centro de atención no recaía en la economía rural per se, sino en el excedente de trabajo que se había acumulado en ella y que tenía que fluir hacia los verdaderos polos de crecimiento económico. Sin embargo, ¿estas masas rurales supernumerarias tenían las características que exigía la industria moderna?

¹¹ D. Thorner y A. Thorner, *Land and Labour in India*, Bombay, Asia Publishing House, 1962, p. 173.

¹² A. M. Lorenzo, *Agricultural Labour Conditions in Northern India*, Bombay, New Book Co., 1943.

¹³ S. J. Patel, *Agricultural Labourers in Modern India and Pakistan*, Bombay, Current Book House, 1952.

¹⁴ D. Kumar, *Land and Caste in South India: Agricultural Labour in the Madras Presidency During the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965.

¹⁵ J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers; Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985, p. 59. Véase también P. Robb, *Dalit Movements and the Meaning of Labour in India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1993.

Una fuerza de trabajo deficiente

El énfasis en los orígenes rurales de la clase obrera se remonta al periodo colonial e iba unido a la idea de que las primeras generaciones de trabajadores de las fábricas se negaban a cortar sus lazos con las tierras del interior rural. El trabajador industrial como campesino *manqué* era un tema básico del informe de la Comisión Real sobre Trabajo en India¹⁶, que reiteraba la opinión convencional de que la necesidad económica forzaba a que los migrantes abandonaran unos pueblos a los que continuaban social y emocionalmente unidos¹⁷. Esto explicaba la falta de entusiasmo con la que se entregaban a las exigencias del régimen industrial. Su decepcionante calidad se demostraba en su despreocupado ritmo de trabajo (perder el tiempo era motivo de constantes quejas), en la facilidad con que cambiaban de empleo y en sus elevadas cotas de absentismo que estaban vinculadas con su desleal hábito de regresar a sus pueblos por tiempo indefinido. En su corazón todavía eran campesinos y su disciplina laboral era sumamente deficiente. Además, creció la sospecha de que no se trataba de un fenómeno transitorio que se corregiría cuando los trabajadores se acostumbraran a su nuevo mundo.

Esta imagen fue reforzada por la literatura de las ciencias sociales de las décadas de 1950 y 1960 sobre el proceso de modernización. La capacidad de los pueblos no occidentales para internalizar las normas de comportamiento necesarias para un modo de vida industrial parecía estar en entredicho. Para Feldman y Moore, como para Kerr, la industrialización impone un conjunto de condiciones que hay que cumplir antes de que la transición económica pueda considerarse completa. Por ello, la cuestión clave estaba en cómo se podían superar —a medida que avanzaba el desarrollo económico— los obstáculos que afectaban a la cantidad y calidad del trabajo¹⁸. Ornati habló de un desagrado por el trabajo en la fábrica y dudaba que en India existiera el trabajador industrial, en el verdadero sentido del término. Las violaciones de la disciplina industrial, incluyendo los daños a bienes y máquinas, la prolongada pasividad y otras formas de «comportamiento inadecuado» eran constantes. Las muestras de desafío eran un síntoma de la incapacidad de los trabajadores para adaptarse a las nuevas condiciones de trabajo.

De vez en cuando, el trabajador abandona la fábrica no para regresar al pueblo sino para rebelarse contra la imposición de lo que podría

¹⁶ Gobierno de India, *Report of the Royal Commission on Labour in India*, Londres, HMSO, 1931, p. 26.

¹⁷ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, *op. cit.*, p. 36.

¹⁸ C. Kerr, «Changing Social Structures», en Wilbert Ellis Moore y Arnold S. Feldman (eds.), *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*, Nueva York, Social Science Research Council, 1960, pp. 351-352; W. E. Moore, *Industrialisation and Labour*, Ithaca, Cornell University Press, 1951; W. E. Moore y A. S. Feldman (eds.), *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*, *op. cit.*

llamarse las «normas de la fábrica»: la disciplina de los horarios, las limitaciones del tiempo libre, el limitado espacio donde funcionan las máquinas, el trabajo de aprender, etc.¹⁹

Sus orígenes campesinos explicaban por qué los trabajadores preferían la existencia más irregular y arriesgada –pero menos disciplinada– del empleo por cuenta propia. La vida del «empresario campesino» era, en términos sociales y psicológicos, más atractiva.

En 1958, el American Social Science Research Council patrocinó una conferencia sobre cómo motivar a los trabajadores para realizar tareas no habituales como una condición para el crecimiento económico. Moore y Feldman editaron el posterior volumen, *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*. El «compromiso» tal y como lo definían «supone el cumplimiento y la aceptación de los comportamientos adecuados para un modo de vida industrial»²⁰. La contribución de Kerr diferenciaba sucesivas etapas que culminaban en la voluntad de adaptarse, permanente e incondicionalmente, a las demandas del nuevo modo de producción²¹, mientras que Myers profundizaba en las condiciones necesarias para que se pudiera hablar de una fuerza laboral estable y dedicada:

[...] cuando los trabajadores ya no consideran que su empleo industrial sea temporal, cuando entienden y aceptan el requerimiento de trabajar como parte de un grupo en una fábrica o en otra empresa industrial, y cuando encuentran en el entorno industrial una realización más adecuada de sus satisfacciones personales que en el pueblo o en la sociedad rural²².

Los trabajadores indios de las fábricas estaban, como mucho, solo parcialmente comprometidos. Aunque dispuestos a tener un empleo fijo, tenían pocos escrúpulos en abandonar el trabajo para hacer una visita a su pueblo. Querían, como Myers señala, «nadar y guardar la ropa»²³. Para protegerse de unas deserciones tan imprevisibles, las fábricas establecieron una reserva de trabajadores ocasionales a la que podían recurrir cuando era necesario. James consideró que esta provisión de mano de obra *badli* (suplente) mostraba la sensatez y la tolerancia de los empresarios. Dándose cuenta de que los trabajadores encontraban difícil adaptarse a una vida industrial, y teniendo una larga experiencia, se abstuvieron de controlar demasiado firmemente a su mano de obra permanente²⁴.

¹⁹ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, *op. cit.*, p. 47.

²⁰ W. E. Moore y A. S. Feldman (eds.), *Labor Commitment and Social Change*, *op. cit.*, p. 1.

²¹ C. Kerr, «Changing Social Structures», *op. cit.*

²² C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1958, p. 36.

²³ *Ibid.*, p. 45.

²⁴ R. C. James, «The Casual Labour Problem in Indian Manufacturing», en *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 74, núm. 1, 1960, pp. 100, 104.

El elevado índice de absentismo no era la única razón por la que Myers situaba a los trabajadores indios de las fábricas en una posición tan baja en la escala del compromiso. «El compromiso con el empleo industrial implica algo más que la presencia de los trabajadores en su puesto, supone también que acepten la disciplina industrial y la supervisión de las tareas que se realizan»²⁵. La autodisciplina de trabajadores comprometidos era necesaria para seguir el ritmo de funcionamiento de las máquinas. Sin embargo, es importante recordar que estos trabajadores manejaban máquinas que no eran de su propiedad, y es posible que su resistencia a estas pudiera deberse a su rechazo de las relaciones de propiedad intrínsecas al modo de producción industrial. Por ello, y como reconocieron Moore y Feldman²⁶, debemos preguntarnos sobre sus ideas sobre la propiedad. Sin conocerlas, parece prematuro pontificar sobre su capacidad para manejar la moderna maquinaria de producción o sobre su compromiso con ella.

Las narrativas sobre la falta de compromiso se deslizan fácilmente hacia quejas sobre la falta de disciplina. Se dice que los trabajadores no están dispuestos a aceptar la autoridad laboral, en particular el control de supervisores en el puesto de trabajo. Lo que inicialmente se explica como una no internalización, pronto se convierte en una cuestión del fracaso del empresario para conseguir un adecuado control del comportamiento de sus subordinados. Perder el tiempo y no prestar atención a las máquinas son los ejemplos de comportamiento más inocentes que después derivan en sabotaje, violencia física contra representantes de la dirección, como los controladores, o en la *gheraoización* de oficinas de la compañía²⁷.

En estas discusiones parece que se olvida que el compromiso con el trabajo industrial y el compromiso con las prácticas de la empresa no son la misma cosa. Más que atribuirlo a un compromiso inadecuado, una gran parte del malestar laboral se puede describir igualmente, y quizá más justificadamente, como una muestra de lo contrario. Además, la falta de compromiso siempre se refiere a la falta de compromiso de la clase trabajadora. Kerr dice explícitamente que eso no se aplica a la dirección²⁸, un diagnóstico rotundamente opuesto a los hallazgos de una investigación en una fábrica de Bengala Occidental donde los propios supervisores encargados de disciplinar a los trabajadores no tenían la necesaria disciplina

²⁵ C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, op. cit., p. 53.

²⁶ W. E. Moore y A. S. Feldman (eds.), *Labor Commitment and Social Change*, op. cit., pp. 19-26. * *Gherao* es una palabra procedente del idioma hindi que se refiere a una táctica utilizada por activistas y dirigentes sindicales en India: un grupo rodea un edificio del gobierno o de un político hasta que sus reclamaciones se cumplen o reciben una respuesta [N. del T.].

²⁷ C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, op. cit., p. 48.

²⁸ C. Kerr, «Changing Social Structures», op. cit.

para realizar su tarea²⁹. Invariablemente, los problemas son problemas *con* el trabajador, no problemas *del* trabajador; no son los que él experimenta sino los que ocasiona. Con Myers esta inclinación parece estar estrechamente relacionada con la manera en que realizó su investigación. Mantuvo discusiones con los directivos y su coinvestigador indio informó sobre los sindicatos. Además de ciento veinticinco directivos de cuarenta y nueve empresas, habló con dirigentes de organizaciones empresariales y sindicales, funcionarios del gobierno, académicos y representantes de organismos internacionales (incluyendo a la Organización Internacional del Trabajo y a misiones técnicas estadounidenses). ¿Y con trabajadores? No está claro que llegara a encontrarse con alguno³⁰.

Rechazo del concepto de compromiso

El histórico estudio de Morris del trabajo y del crecimiento de las fábricas de algodón en Mumbai, complementado con una investigación más breve y menos detallada sobre el desarrollo de la Tata Iron & Steel Company (Tisco) en Jamshedpur, le llevó a conclusiones que eran en muchos aspectos diametralmente opuestas a la ortodoxia dominante. En respuesta a la tesis de que la industria urbana había sufrido inicialmente una falta de mano de obra, Morris demostró que nunca había habido dificultades para reclutar a trabajadores para las fábricas textiles, aunque la distancia desde la que venían aumentara con el tiempo. Por otro lado, simultáneamente evolucionó una clase obrera que se identificaba estrechamente con el sector industrial de Mumbai y que había renunciado a sus raíces en el entorno rural³¹. Estaba claro que los trabajadores no estaban irremediamente empantanados en las instituciones tradicionales ni eran incapaces de cortar sus lazos umbilicales con el pueblo.

Entonces, ¿a qué se debía el enorme ejército de trabajo migrante? Para entenderlo primero hay que diferenciar entre pequeñas y grandes industrias, entre empresas que tienen una producción de temporada y otras que producen todo el año. En resumen, la circulación entre la ciudad y el pueblo era producto de la naturaleza de la actividad económica, más que de los arraigados hábitos de los trabajadores³². Al final, las fábricas de algodón de Mumbai tenían los trabajadores que querían: empleados temporalmente y

²⁹ G. Chattopadhyay y A. K. Sengupta, «Growth of a Disciplined Labour Force: A Case Study of Social Impediments», en *Economic and Political Weekly*, vol. 4, núm. 28, 1969, pp. 1209-1216.

³⁰ C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, *op. cit.*, p. XVI.

³¹ M. D. Morris, «The Labour Market in India», en W. E. Moore y A. S. Feldman (eds.), *Labor Commitment and Social Change*, *op. cit.*, pp. 173-200. M. D. Morris, *The Emergence of an Industrial Labour Force in India; A Study of Bombay Cotton Mills, 1854-1947*, Berkeley, University of California Press, 1965.

³² M. D. Morris, «The Labour Market in India», *op. cit.*

despedidos sin aviso, y su baja productividad se debía a una falta de inversión en la formación y gestión:

Estas prácticas hicieron posible utilizar grandes cantidades de mano de obra mínimamente formada, precisamente de la clase que era fácil y barato obtener en Bombay. Pero el plan de trabajo también hacía necesario emplear suficiente mano de obra como para que los trabajadores hicieran pausas mientras las máquinas seguían funcionando, desarrollar lo que de hecho suponía un informal sistema de turnos [...] No hay duda de que los empresarios podían haber puesto en marcha un sistema de utilización del trabajo más rígido y preciso de haberlo querido. Pero semejante planteamiento hubiera requerido una supervisión más costosa de la que se podía obtener con los *jobbers* [...]³³

La interpretación psicológica de autores como Kerr y Myers estaba fuera de lugar. El trabajo industrial sometió a la mano de obra a un control horario verdaderamente rígido, que sin duda representaba una brusca ruptura con el régimen de trabajo al que estaban acostumbrados los trabajadores rurales; y de hecho, la mayoría de los trabajadores de las fábricas no tenían contacto con las máquinas³⁴. Tampoco el malestar laboral indicaba una falta de compromiso. La disposición para ir a la huelga significa precisamente lo contrario, la adaptación al modo de vida industrial.

También Lambert –un sociólogo que en 1957 había investigado los orígenes y la identidad de la mano de obra en cinco fábricas de Pune– manifestó que no había encontrado ninguna confirmación del «problema del reclutamiento-compromiso»³⁵. Algunos de los trabajadores a los que entrevistó (una muestra estratificada aleatoria de 856 trabajadores de una población de 4.249) dijeron que probablemente regresarían al campo cuando acabara su vida laboral. Pero un tercio de sus entrevistados habían nacido en Pune, un porcentaje sin especificar en otras localidades urbanas y la mayoría no eran migrantes rurales recientes. Además, las tres cuartas partes de sus entrevistados podían ser clasificados como «comprometidos» en el sentido que el término tenía para Moore y Feldman³⁶. Para Lambert estaba claro que ese concepto que estaba de moda era poco útil.

A pesar de ese escepticismo, Lambert también dudaba claramente de los efectos transformadores del sistema urbano-industrial. La transición de la tradición a la modernidad había sido muy parcial y la organización de la fábrica tenía características que procedían de las instituciones sociales de las castas y las zonas rurales. En especial, el sistema de *jajmani*

³³ M. D. Morris, *The Emergence of an Industrial Labour Force in India*, *op. cit.*, p. 203.

³⁴ M. D. Morris, «The Labour Market in India», *op. cit.*, p. 188.

³⁵ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1963, p. 6.

³⁶ *Ibid.*, pp. 83-84.

daba a los miembros de la comunidad local el *derecho* a un trabajo y a un medio de ganarse la vida que el patrón no podía derogar unilateralmente. En la fábrica, las relaciones empleador/empleado se basaban en el mismo principio. El trabajador consideraba su empleo como su propiedad, daba por supuesto que su empleador no podía privarle de él mientras se comportara como un empleado debidamente respetuoso y cumpliera toda clase de obligaciones que no tenían nada que ver con el rendimiento en el trabajo. Por lo que se refiere al empresario hubiera sido preferible que los trabajadores hubieran estado menos comprometidos con el espacio seguro al que se consideraban con derecho independientemente de su competencia y disciplina de trabajo. En las primeras fases de la industrialización, la única vía de escape para el empresario era utilizar contratistas y *jobbers* que se beneficiaban de una constante rotación de trabajadores. Cuando desaparecieron estas prácticas, el trabajo en la fábrica se convirtió en una forma de propiedad más permanente. Los empresarios reaccionaron a esta limitación de sus poderes para disciplinar y despedir a sus trabajadores haciendo que fuera más difícil obtener un empleo fijo. Para ello formaron un fondo de reserva de trabajadores que estaban disponibles cuando se les necesitaba y que tenían muchos menos derechos que los empleados permanentes³⁷. En India la transformación de la *Gemeinschaft* en *Gesellschaft* todavía se encuentra en un futuro lejano.

Más minucioso era el estudio de Sheth de las relaciones laborales en una moderna empresa industrial en Rajnagar, el nombre ficticio de una ciudad de tamaño medio en la parte occidental de India. El estudio no encontró confirmación de su hipótesis de trabajo de que las instituciones tradicionales como la comunidad del pueblo, el sistema de castas y la unidad familiar hubieran obstruido el progreso hacia la industrialización³⁸. Lo que Moore, Kerr y otros habían descrito como una «sociedad industrial» era realmente una típica construcción ideal para una gran variedad de formaciones sociales que, en realidad, no se aproximaban a ella en absoluto. Igualmente, era imposible reducir la sociedad «preindustrial» a un solo modelo uniforme. Tampoco había dos tipos de polos sociales opuestos, ni la nueva tecnología excluía la continuidad con el sistema social tradicional. Moore se equivocaba al sugerir que la lentitud del desarrollo económico era atribuible a la persistencia de modelos sociales tradicionales, de los que el concepto de compromiso era un simple desarrollo³⁹. No hay una ruptura radical entre las relaciones que se dan en la industria y las del entorno social más amplio, y los directivos de las fábricas utilizan normas adscriptivas y particularistas en sus relaciones con la mano de obra. ¿No era eso también

³⁷ *Ibid.*, pp. 91-94.

³⁸ N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, Manchester, Manchester University Press, 1968.

³⁹ W. E. Moore, *Industrialisation and Labour*, *op. cit.*, p. 124.

una característica de Japón? Entre la vida social del trabajador, orientada por la tradición, y su trabajo en la fábrica basado en la racionalidad no había ningún conflicto. Lo que tenemos es «una coexistencia de los dos conjuntos de valores sin que ninguno de ellos parezca obstaculizar el funcionamiento del otro»⁴⁰.

El estudio de Sheth tenía afinidades con el de Lambert. Ambos negaban que el empleo industrial marcara una línea divisoria en las actitudes y comportamiento del trabajador y ninguno de ellos examinaba la vida social de los trabajadores o la manera en que empleaban sus ingresos y su tiempo libre fuera de los muros de la fábrica. Por otra parte, Sheth señala que sus métodos eran diferentes a los de Lambert, que se había centrado en datos de cuestionarios y no había prestado atención a las relaciones interpersonales en la fábrica. Pero incluso más que Lambert, Sheth no consiguió dar a la reserva de trabajadores ocasionales (en ambos casos alrededor de una quinta parte de la mano de obra total de la fábrica) el significado estratégico que sin duda merece el ejército industrial de reserva⁴¹.

Otros autores rechazaron por otros motivos las tesis del compromiso. Sharma, en una investigación sociopsicológica sobre las actitudes y comportamientos de los trabajadores en una planta de producción de automóviles en Mumbai, puso a prueba la tesis mediante doscientas sesenta y dos extensas entrevistas. La fábrica parecía preferir trabajadores con una educación básica, nacidos en la ciudad y con experiencia industrial antes que a los trabajadores analfabetos procedentes del campo, sin experiencia o procedentes de ocupaciones no industriales⁴². Pero los trabajadores de origen rural tenían *mejor* historial de asistencia al trabajo que los que habían nacido en la ciudad (y los miembros de sindicatos estaban menos inclinados al absentismo que los no miembros). Aparentemente no había evidencias del estereotipo de trabajador procedente del campo que cae presa de la alienación y anomia en su nuevo entorno, y del cual la falta de disciplina era un importante síntoma. La conclusión era que

la cultura india tradicional no parece suponer un serio obstáculo para los trabajadores, tanto para aceptar el empleo en la fábrica como para comprometerse con el trabajo industrial. Además, el compromiso de los trabajadores parece estar influido no por las tradiciones de donde proceden, sino por la tecnología del trabajo dentro de la fábrica⁴³.

⁴⁰ N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, op. cit., p. 203.

⁴¹ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, op. cit., pp. 94-104; N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, op. cit., pp. 56-57.

⁴² B. R. Sharma, *The Indian Industrial Worker; Issues in Perspective*, Nueva Delhi, Vikas Publishing House, 1974, p. 14.

⁴³ *Ibid.*, p. 48.

El último punto es especialmente importante. El compromiso varía de acuerdo con la naturaleza de la industria, la tecnología utilizada y las demandas respecto a la formación y cualificación hechas en el momento de la contratación.

La monografía de Holmström sobre los trabajadores industriales de Bengaluru se basaba en métodos más antropológicos de recogida de datos⁴⁴. Su trabajo de campo se concentró en trabajadores de cuatro fábricas, dos en el sector público y dos en el privado; la atención se dirigía al entorno residencial más que a la propia fábrica y las conclusiones se basaban en el estudio de ciento cuatro trabajadores seleccionados para proporcionar una representación transversal: educados y no educados, jóvenes y viejos, miembros de diversas castas, etc. El punto de partida de Holmström era que el significado e impacto de la urbanización no debía confundirse con el de la industrialización, y que no tenía sentido asumir una simple dicotomía lineal entre tradición (sociedad popular-rural) y modernidad (sociedad urbana-industrial). Sus principales preguntas se referían a la identidad social de los trabajadores de la fábrica y a lo que les diferenciaba de la mayoría de los habitantes de la ciudad que no habían encontrado acceso a grandes empresas industriales modernas. ¿Qué pensaban los miembros de esta vanguardia industrial sobre su trabajo y sus carreras? La cuestión del compromiso fue ignorada al considerarla en gran medida irrelevante para los trabajadores de su estudio.

En un estudio de conjunto publicado en 1977, Munshi concluía con un juicio devastador sobre la utilidad de todo el concepto, rechazando de nuevo la oposición que postulaba entre modernidad y tradición y la implícita suposición de que la industrialización en India seguiría el camino que había seguido en Occidente. El fracaso en hacerlo había llegado a ser considerado como la incapacidad de las masas trabajadoras para cumplir las demandas dictadas por la lógica de la industrialización y como una falta de conciencia sobre la importancia estratégica de un estilo de gestión en consonancia con las relaciones laborales en la industria de Estados Unidos⁴⁵. Como Holmström resumió más tarde:

Los autores extranjeros, y algunos indios, querían encontrar la fórmula para una industrialización con éxito, los ingredientes que faltaban en la sociedad tradicional y que había que añadir para convertir a India en un país industrial: espíritu empresarial, gestión eficiente, cambio de valores sociales, «orientación hacia el éxito» o una mano de obra comprometida. El problema de proporcionar el ingrediente o los ingredientes

⁴⁴ M. Holmström, *South Indian Factory Workers; Their Life and Their World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

⁴⁵ S. Munshi, «Industrial Labour in Developing Economies; A Critique of Labour Commitment Theory», en *Economic and Political Weekly*, vol. 7, núm. 35, 1977, p. 82.

que faltaban se pensaba que era común para los países no industriales que, en diversos grados, iban rezagados en la gran autopista del desarrollo que marcaban Occidente y Japón⁴⁶.

La nueva variante de los viejos dogmas coloniales por lo menos reconocía que los pueblos no occidentales tenían capacidad para seguir esa autopista. La mala noticia, sin embargo, era que parecía que iba a ser un proceso lento, ya que haría falta más de una generación para asumir la mentalidad industrial.

Kalpana Ram fue una de las primeras en intentar dar un nuevo enfoque a la discusión llamando la atención sobre las maneras en las que el proceso de trabajo capitalista se manifestaba en India. Su naturaleza específica, sostenía, se encontraba en la interconexión entre trabajo rural e industrial. En las minas de carbón y de hierro de Bengala Occidental, Madhya Pradesh y Orissa, por ejemplo, los trabajadores no tenían la posibilidad de cortar sus lazos con sus pueblos de origen. Lo mismo sucedía con muchos migrantes que encontraban un empleo más permanente, pero que no tenían ni el alojamiento ni los ingresos que les permitieran mantener a su familia en su nuevo emplazamiento. El modelo de migración «permite a los empresarios trasladar a los pueblos el coste de reproducir y mantener a las familias de los trabajadores, e incluso de ocuparse del propio trabajador en momentos de enfermedad o cuando se hace viejo»⁴⁷. También tiene por resultado una distribución extremadamente desigual del trabajo entre los sexos. El modelo indio de industrialización y urbanización se ha basado en gran medida en la exclusión de la mujer del empleo industrial; y Ram correctamente señala que los estudios teóricos han prestado demasiado poca atención a la desigual composición de género de la economía industrial de India.

Los trabajadores de las fábricas como la clase dominante en la economía urbana

El crecimiento de un proletariado moderno en India fue en gran medida un fenómeno urbano. Los nuevos pueblos y ciudades, así como los centros urbanos existentes, se convirtieron en los emplazamientos de una gran diversidad de empresas industriales. Desde mucho tiempo atrás, las fábricas de yute y algodón habían tenido una importancia vital en Kolkata, Mumbai y Ahmedabad. Mucho después vinieron las industrias pesadas en el sector público de la economía, en especial las dedicadas a la transformación del hierro y el acero para la producción de bienes de capital para los talleres de maquinaria y la construcción, las empresas petroquímicas,

⁴⁶ M. Holmström, *Industry and Inequality: The Social Anthropology of Indian Labour*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, p. 28.

⁴⁷ K. Ram, «The Indian Working Class and the Peasantry: A Review of Current Evidence on Interlinks between the Two Classes», en A. N. Das, V. Nilkant y P. S. Dubey (eds.), *The Worker and the Working Class: A Labour Studies Anthology*, Nueva Delhi, Public Enterprises Centre for Continuing Education, 1983, p. 182.

las fábricas de cemento, la producción de automóviles y otras formas de transporte, el equipo militar, la construcción naval, etc. El Segundo Plan Quinquenal, puesto en marcha en 1956, había dado prioridad a la expansión de la infraestructura industrial.

La mano de obra industrial del nuevo sector público pronto adquirió un carácter distintivo. Los beneficios que disfrutaba incluían la seguridad en el empleo y varias prestaciones sociales, como vivienda, sanidad y educación que a menudo eran la envidia de los trabajadores de las empresas privadas. Por ello no sorprende que semejantes trabajadores se convirtieran en el punto de referencia en las acciones colectivas del trabajo industrial en general, al mismo tiempo que las relaciones de producción iniciadas en estas nuevas empresas gubernamentales ayudaron a dar al trabajo una nueva dignidad. El informe de la Comisión Nacional del Trabajo de 1969 profundizaba en las características de este nuevo tipo de trabajador de fábrica:

La composición social del trabajo está sufriendo un cambio. El trabajo no está limitado a determinadas castas y comunidades [...] La movilidad social actual explica la aparición de una fuerza de trabajo mixta. Mientras que en las industrias tradicionales este cambio es lento, resulta evidente en empleos sofisticados en las industrias de ingeniería y metalúrgicas; refinado y distribución de petróleo; química y petroquímica; herramientas y construcción de maquinaria y fibras sintéticas, así como en muchas actividades administrativas. El origen de los cuadros intermedios e inferiores en estas industrias es mayoritariamente urbano; su nivel de educación es más alto. Proceden de la clase media o media-baja formada por pequeños comerciantes y propietarios urbanos, de los escalones inferiores de los servicios públicos, maestros y grupos profesionales. Tienen un pronunciado carácter políglota⁴⁸.

A continuación, examino la contratación, modo de empleo, composición social y estilo de vida de este segmento de la clase trabajadora.

Contratación

De acuerdo con el estereotipo colonial, la mano de obra que fluía directamente desde los pueblos hasta las puertas de las fábricas tenía poco si es que algún contacto directo con la dirección. Los trabajadores eran contratados por *jobbers* que, frecuentemente, también se ocupaban de controlar el trabajo en las naves. Combinando las funciones de reclutamiento y supervisión, estos intermediarios algunas veces también eran los responsables del alojamiento y alimentación de sus trabajadores. La brecha física, económica y social que había que salvar era tan decisiva que el *jobber* está justificadamente descrito como la comadrona de la

⁴⁸ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour* [Informe de la Comisión Nacional sobre Trabajo], Nueva Delhi, Ministerio de Trabajo, 1969, pp. 33-34.

industrialización en India. Pero uno de los primeros cambios que se produjeron a comienzos del siglo XX fue el traslado de la contratación desde los pueblos a la propia fábrica. La creciente presión sobre los recursos de subsistencia, como resultado del crecimiento de la población y del alejamiento de la tierra, aceleró el flujo de agricultores pobres y trabajadores no agrarios hacia las ciudades donde el empleo industrial obtuvo un nuevo impulso durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El papel del *jobber* declinó. Desde ser un intermediario entre el trabajador y la dirección, el líder de una cuadrilla de trabajadores que él mismo había reunido, se convirtió en un capataz encargado de poner en práctica las órdenes que le llegaban. «La contratación de trabajadores se está convirtiendo en la responsabilidad de la oficina de empleo, y el “funcionario del servicio de empleo” está empezando a hacerse cargo de las actividades de asistencia y servicio del *sirdar*»⁴⁹.

El declive del *jobber* fue acompañado por la introducción de nuevas reglas que obligaban a las grandes empresas industriales a profesionalizar sus políticas de personal y que finalmente condujeron a su desaparición⁵⁰. Pero si los procedimientos de selección se vuelven más impersonales, ¿podemos deducir que las cualidades personales —experiencia, formación, aptitudes sociales— reemplazan a las basadas en la adscripción? La lógica económica y los intereses del empresario sugieren que así debería ser y, por ello, Papola desechaba la sugerencia de que la casta, la religión, la costumbre o la tradición pudieran resultar decisivas⁵¹. Sin embargo, está claro que de hecho continúan desempeñando un papel muy importante. Desde el punto de vista del empresario, la contratación de personal por medio de los trabajadores existentes ayuda a estabilizar el rendimiento de la producción diaria.

La contratación a través de los propios empleados continúa predominando. De acuerdo con las evidencias que tenemos, los empresarios prefieren este método para mejorar la moral de los trabajadores. En algunas compañías, los acuerdos entre los trabajadores y la dirección especifican el derecho a que un porcentaje de los puestos libres se asigne a parientes cercanos de empleados con determinada antigüedad. En unos cuantos casos, tanto el empleador como el sindicato mantienen listas de gente a la espera de que se produzcan vacantes. La contratación por medio de anuncios se limita principalmente a empleos de supervisores y de trabajadores administrativos y se está utilizando cada vez más para disponer de mano de obra cualificada. Para los puestos

⁴⁹ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, *op. cit.*, p. 40.

⁵⁰ T. S. Papola y G. Rodgers, «Labour Institutions and Economic Development in India», Geneva Research Series, International Institute for Labour Studies, 1992, p. 27.

⁵¹ T. S. Papola, «Economics of Labour Market», en V. B. Singh (ed.), en *Labour Research in India*, Bombay, Popular Prakashan, 1970, p. 182.

que no requieren cualificación todavía funciona un acuerdo por el que los trabajadores se presentan a las puertas de la fábrica con la esperanza de obtener un empleo⁵².

La generalizada utilización de familiares, vecinos y amigos para influir sobre aquellos que tienen trabajo que ofrecer muestra la enorme disparidad entre la oferta y la demanda. Esta última es tan elevada que los solicitantes que carezcan de semejantes contactos no tienen ninguna oportunidad⁵³. Algunos autores han considerado la persistente vitalidad de semejantes mecanismos particularistas como una prolongación de los tradicionales mecanismos de solidaridad familiar. Sheth señaló la continuidad entre el patronazgo que se encontraba en las fábricas y los valores del mundo exterior. Pero en cualquier caso, ahora resulta difícil creer que el particularismo pueda ser simplemente equiparado a una etapa «anterior» o «inferior» de una transformación unilineal que finalmente culmina en una civilización universalista y globalizada. El ejemplo japonés resulta instructivo. Más que resaltar su continuidad con formas sociales y culturales más antiguas, otros –entre los que me incluyo– considerarían semejante comportamiento en términos más universalistas como una respuesta normal a una situación de extrema escasez que impulsa a la gente a recurrir a parientes que estén favorablemente situados. Pero sea como sea, los hechos son indudables. Papola resume una serie de estudios de diferentes partes del país de la siguiente manera:

En más de las dos terceras partes de los casos, los trabajadores obtenían la información sobre los empleos disponibles por medio de amigos, parientes y vecinos. Las bolsas de trabajo fueron una fuente de información muy reducida: para el 1,5 por 100 en Bombay y el 10,6 en Coimbatore, aunque el 20 por 100 de los trabajadores en Ahmedabad y el 25 por 100 en Poona se habían apuntado a bolsas de trabajo. Los anuncios en los periódicos proporcionaron información al 1,5 por 100 de los trabajadores de Bombay, al 2,2 en Poona y al 10,6 en Coimbatore. En el 67 por 100 de los casos en Poona y en el 61 por 100 en Ahmedabad, Bombay y Coimbatore los trabajos se aseguraban a partir de las recomendaciones o a la presentación por parte de amigos, familiares y personas de la misma región y casta, generalmente empleados de la misma fábrica. Los puestos obtenidos mediante bolsas de trabajo representaban el 2 por 100 en Poona y Ahmedabad⁵⁴.

Muchos trabajadores de las fábricas encubrían su acceso al codiciado escenario del empleo atribuyéndolo a la «coincidencia» o a la «buena suerte». Esta terminología da la errónea impresión de un beneficio inesperado, un

⁵² Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, op. cit., p. 70.

⁵³ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., pp. 42-54; U. Ramaswamy, *Work, Union and Community: Industrial Man in South India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 18-19.

⁵⁴ T. S. Papola y G. Rodgers, «Labour Institutions and Economic Development in India», op. cit., p. 27.

simple golpe de la fortuna pero se trata de un eufemismo que oculta las solicitudes de ayuda hechas a compañeros más afortunados.

Modo de empleo

Gran parte de los trabajos sobre el sector industrial en India se han basado en datos de encuestas, cuestionarios y entrevistas formales. En los primeros estudios apenas había demasiado contacto personal con la mano de obra. Sobre Myers⁵⁵ ya he hablado, mientras que el ensayo de Singer, «The Indian Joint Family in Modern Industry», se basaba en las historias familiares de «diecinueve destacados dirigentes industriales de la ciudad de Madras»⁵⁶. La siguiente generación de investigadores llegó a bajar al nivel de los trabajadores, pero su contacto con ellos pocas veces fue más allá de breves encuentros aislados. Las excepciones fueron estudios de naturaleza más antropológica como el de Uma Ramaswamy que estuvo viviendo en una zona habitada por trabajadores de fábricas mientras realizó su trabajo de campo⁵⁷. Que yo sepa, nunca ha habido un investigador que haya trabajado en una fábrica. También falta documentación que proceda de los propios trabajadores, diarios, biografías o incluso historias orales.

Las investigaciones tampoco se han centrado normalmente en el lugar de trabajo, a menudo sin duda como consecuencia de los recelos de los directivos combinados con cierto escepticismo sobre sus tangibles beneficios para la empresa. Los investigadores también han tenido sus prejuicios e inhibiciones; uno de ellos señalaba que se evitaban las preguntas referentes a los sindicatos «porque excitaban demasiado a los trabajadores»⁵⁸. Sheth es un caso excepcional al haber podido moverse libremente dentro de la fábrica para preguntar lo que quisiera y para observar el ciclo de trabajo diario, todo ello sobre la base de que «me limitaría a mi trabajo académico y no causaría problemas a la administración de la fábrica»⁵⁹. Pero las bendiciones de la dirección pueden provocar el antagonismo y la desconfianza de los trabajadores. Uno de ellos le dijo a Sheth:

Todo eso está muy bien. Tú estás haciendo un buen trabajo que puede beneficiarnos a largo plazo. Pero no conoces las tácticas de nuestro patrón. Ahora escribirás tu informe y lo publicarás. Pero estoy seguro que si tu libro contiene algo en contra de los intereses de estos amos, comprarán todos los ejemplares para evitar que otros los lean. Y ellos

⁵⁵ A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, op. cit.

⁵⁶ M. Singer, «The Indian Joint Family in Modern Industry», en M. Singer y B. C. Cohn (eds.), *Structure and Change in Indian Society*, Chicago, Aldine Publishing Co., 1968, p. 433.

⁵⁷ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 14.

⁵⁸ W. W. van Groenou, «Sociology of Work in India», en G. R. Gupta (ed.), *Contemporary India: Some Sociological Perspectives*, Nueva Delhi, Vikas Publishing House, 1976, p. 175.

⁵⁹ N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, op. cit., p. 8.

son tan ricos que pueden comprar cualquier número de ejemplares que saques. Todo tu trabajo resultará entonces inútil⁶⁰.

El que la mayoría de los informes sobre el trabajo en la fábrica estén basados en contactos con los empleados fuera de la fábrica explica por qué las etnografías del proceso de trabajo y de la jerarquía laboral son todavía comparativamente raras. La movilidad social mencionada en el informe de 1969 de la Comisión Nacional sobre Trabajo Rural da por sentada la posibilidad de progreso en la escala ocupacional. Sin embargo, el panorama que presentan la mayoría de los estudios es de pequeña diferenciación en la tarea. Lambert encontró que en las cinco fábricas de su trabajo entre el 75 y el 90 por 100 de los trabajadores estaban clasificados como no cualificados o semicualificados, y la mayoría estaba realizando las mismas tareas con las que habían empezado. Particularmente la categoría sin cualificar, que oscilaba entre un tercio y tres cuartos de la mano de obra, mostraba una casi completa falta de movilidad⁶¹. Por ello no sorprende que aproximadamente tres de cada cinco trabajadores no esperaran ningún ascenso y consideraran que la posición que tenían era la más elevada a la que podían llegar.

Como sugiere esto, la idea de que el trabajo en la fábrica es un trabajo cualificado solamente es cierta en una medida muy limitada. En muchas empresas, aproximadamente una cuarta parte de la mano de obra pertenece al personal de supervisión y mantenimiento. Los primeros actúan como jefes en el trabajo y no participan directamente en el proceso de producción. El personal de mantenimiento es indispensable pero no tiene mucha categoría: limpiadores, guardas, mensajeros o chicos para todo, ocupan los rangos inferiores de la jerarquía de la fábrica. Entre estos dos polos están los trabajadores de la producción, alrededor de las tres cuartas partes de la mano de obra total, que están divididos en dos secciones: los «operadores» que se supone que son los trabajadores cualificados y los «ayudantes» subordinados que funcionan como sus menos cualificados compañeros y sustitutos. La progresiva mecanización de la producción significa que actualmente un porcentaje más elevado de los trabajadores, regular o continuamente, manejan máquinas a cuyo régimen de funcionamiento tienen que someterse. Pero eso no significa necesariamente que su trabajo sea más cualificado; en gran parte es monótono y no exige ninguna capacitación especial. De hecho, la introducción de maquinaria puede incluso provocar una pérdida de cualificación.

Si las perspectivas de ascenso en la jerarquía de la fábrica son limitadas podríamos esperar que los trabajadores trataran de realizar sus aspiraciones moviéndose a otras empresas. Pero, en contraste con el estereotipo de la

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, *op. cit.*, p. 131.

falta de compromiso, la gran mayoría de los trabajadores muestran estar extremadamente apegados a sus puestos. Nada menos que Myers descubrió que tendían a aferrarse a toda costa al trabajo que tuvieran. «El absentismo es elevado pero la movilidad horizontal es rara, en contraste con Estados Unidos»⁶². O como dice Lambert en términos que ya son familiares, «[...] para el trabajador, un empleo en una fábrica es una forma de propiedad, [...] buscará conservarlo, pero no mejorarlo [...] El estatus del trabajador en la sociedad en general parece no aumentar con el ascenso ocupacional dentro de la fábrica»⁶³.

Mientras los primeros estudios se quejaban de la falta de compromiso, ahora el problema se definía como el de unos trabajadores que se comportaban como si tuvieran un derecho que hacía que no pudieran ser despedidos por sus patronos-empleadores al mismo tiempo que no mostraban ninguna inclinación ni a trabajar ni a buscar otro empleo. La falta de compromiso con la vida industrial se había transformado misteriosamente en todo lo contrario.

Uma Ramaswamy llegaba a una conclusión más equilibrada. Por una parte,

la mayoría de los trabajadores esperan retirarse en las mismas fábricas a las que se incorporaron a no ser que se presente una oportunidad mejor, algo que no es habitual. Cada vez más, consideran sus trabajos no solo como un derecho sino también como una propiedad que transmitir a sus hijos por medio de la *warisu* [trasmisión hereditaria]. Todo esto se refleja en la baja rotación de la fuerza de trabajo⁶⁴.

Pero, por otra parte, Ramaswamy tiene claro que esto no es simplemente producto de la fuerza de la costumbre o de un inevitable determinismo cultural. Más bien es la consecuencia de una búsqueda de la máxima seguridad en un mundo inseguro donde la norma es la falta de un empleo permanente⁶⁵. Las características de los trabajadores de las fábricas con un empleo permanente tienen que considerarse en el contexto de una muy sustancial reserva de mano de obra que tienen la mayoría de las empresas. Lo que es llamativo es cuántos investigadores se han centrado en esta categoría bastante periférica de trabajo *baldi* (sustitutos regulares que se presentan diariamente en la fábrica), mientras ignoran ampliamente las cantidades mucho mayores de trabajadores ocasionales flotantes. Una encuesta sobre empleo en las fábricas realizada por la Unesco en varios estados de India afirma sin ninguna vergüenza que «no se incluyó a los trabajadores de las

⁶² R. C. James, «The Casual Labour Problem in Indian Manufacturing», p. 103; A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, op. cit., p. 47.

⁶³ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, op. cit., p. 179.

⁶⁴ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 145.

⁶⁵ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., pp. 139-140.

fábricas con breves periodos de empleo ni a los trabajadores de fuera de las fábricas»⁶⁶. Aunque la presencia de los *badlis* es necesaria para reemplazar a los trabajadores permanentes que no se presentan, eso no significa siempre que la dirección pueda prescindir de ellos cuando se presentan en el momento estipulado y no hay trabajo. Su implicación más o menos continua en un proceso de trabajo flexiblemente organizado, mucho más allá de cualquier periodo de prueba razonable, es a menudo esencial para la dirección. Su falta de contratos formales de trabajo, sin embargo, da a los empresarios libertad para minimizar sus derechos. En el sur de Gujrat muchas veces encontré gente que había trabajado durante más de diez años para el mismo patrón, sobre una base temporal, sin perder nunca la esperanza de finalmente ser recompensados con un trabajo permanente a cambio de su «lealtad».

El tamaño de la reserva de mano de obra varía según la empresa. En las cinco fábricas estudiadas por Lambert, entre el 10 y el 20 por 100 de la mano de obra pertenecía a esa categoría; en el estudio de Sheth, casi una quinta parte, aunque esto no incluía a los trabajadores ocasionales que eran contratados y despedidos según las necesidades. Dos subcontratistas estaban encargados de contratar a los ocasionales. Cada mañana, el director daba instrucciones sobre el número de trabajadores extra que se necesitaba ese día y los dos contratistas los escogían a las puertas de la fábrica. Como media, la cifra era de setenta u ochenta hombres, que representaban otro 10 por 100 de la mano de obra total. Los contratistas eran pagados a destajo y ni ellos ni las cuadrillas que traían se reflejaban en la contabilidad de la fábrica. En primer lugar, los contratistas deducían su propia y generosa tajada y luego pagaban a sus equipos. Esta reserva flotante, totalmente sin derechos, no solo era utilizada para realizar toda clase de trabajos esporádicos sino también para ocupar el lugar de trabajadores regulares que no se habían presentado a trabajar⁶⁷.

El estudio sobre Bengaluru que realizó Holmström giraba en torno a la idea de que aquellos que habían sido suficientemente afortunados como para encontrar un empleo en las fábricas habían cruzado el umbral hacia una existencia segura. El contraste se producía con la precariedad de la vida fuera de ellas.

Una vez dentro de la ciudadela, con un trabajo donde apoyarse, el mejorar las cualificaciones propias y ascender se convierte en un proceso gradual, una cuestión de un progreso mayor o menor, rápido o lento, en vez de simplemente tener un empleo permanente o no tenerlo⁶⁸.

⁶⁶ J. D. N. Versluys, P. H. Prabhu y C. N. Vakil, *Social and Cultural Factors Affecting Productivity of Industrial Workers in India*, Nueva Delhi, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (Unesco), 1961, p. 7.

⁶⁷ N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, *op. cit.*, pp. 56-57.

⁶⁸ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, *op. cit.*, p. 41.

Sin embargo, en mi opinión, Holmström presta demasiada poca atención a la considerable y a menudo duradera brecha entre trabajadores temporales y permanentes, y parece sugerir que en la mayoría de los casos pasar de la primera a la segunda categoría no es nada más que una cuestión de tiempo y paciencia. «Incluso brahmanes educados aceptarán un trabajo ocasional y sin cualificar en la fábrica con la esperanza de llegar a un empleo permanente. Una vez dentro de la ciudadela, un hombre, si quiere, puede buscar alternativas»⁶⁹. La idea de que la movilidad ascendente es un modelo de trayectoria habitual no se confirma con otros estudios. De hecho, los trabajadores temporales a menudo no llegan a abandonar el último peldaño de la jerarquía laboral. Aunque en mejor situación que los nómadas laborales que esperan a las puertas de las fábricas, no pueden reclamar las condiciones de seguridad del empleo que disfrutaban los trabajadores permanentes, y normalmente se les asignan las tareas más modestas y menos cualificadas. Incluso aunque su trabajo sea el mismo, se les paga menos que a los trabajadores permanentes⁷⁰. Además, Lambert señaló una tendencia a prolongar la duración del empleo temporal:

[...] parece que el tiempo medio que se pasa con un estatus de trabajador no permanente está aumentando en todas las fábricas, y que las dos empresas más antiguas que utilizan el sistema *badli* tienen un fondo de mano de obra no permanente que tiende a estabilizarse⁷¹.

Yo diría que esa conclusión depende de los ciclos empresariales. Durante periodos de rápido crecimiento, cuando las fábricas aumentan su producción y se abren otras nuevas, se consigue un empleo permanente más rápidamente y con mayor facilidad. Lo contrario sucede durante la recesión. Probablemente no sea una coincidencia que Uma Ramaswamy —que realizó su trabajo de campo en un momento en que la industria textil local acababa de atravesar una década de gran contracción— describiera una categoría residual de trabajadores que en algunos casos habían estado registrados como temporales durante más de doce de años. No solamente eran mucho más baratos, sino que la dirección de la empresa esperaba que fueran mucho más manejables, algo que no sorprende atendiendo a este relato:

Hay alrededor de setenta trabajadores temporales en nuestra fábrica. Antes de entrar a trabajar tuvieron que firmar unas hojas en blanco. Tienen que presentarse en el trabajo diez minutos antes que los demás y salen diez minutos después de que el turno haya acabado. La idea es evitar que se mezclen con los trabajadores permanentes, la dirección

⁶⁹ *Ibid.*, p. 137.

⁷⁰ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, *op. cit.*, pp. 99-100.

⁷¹ *Ibid.*, p. 102.

tiene miedo de que la relación con los trabajadores permanentes pueda provocarles descontento. Si a un trabajador temporal se le encuentra sentado en el sillín de mi bicicleta inmediatamente se le despedirá. La hoja en blanco con su firma se utilizaría para presentar su renuncia⁷².

En general la productividad laboral es baja. Las publicaciones empresariales lo atribuyen a la militancia de trabajadores y sindicatos que unida a las numerosas fiestas y días libres significa, según algunas fuentes, que entre una cuarta parte y la mitad de todos los días del año se pierden para la producción⁷³. Pero desde una perspectiva completamente diferente, la baja productividad también se achaca a la negativa de los propietarios a invertir. En vez de realizar mejoras tecnológicas, el énfasis se pone en aumentar la productividad intensificando el trabajo. Las mujeres son frecuentemente las víctimas. Temiendo una pérdida de ingresos, están dispuestas a realizar un trabajo que habitualmente lo realizan los hombres, a permitir que se las incluya ilegalmente en turnos de noche y a realizar horas extras no remuneradas⁷⁴.

El trabajo cualificado en la fábrica es el territorio de una minúscula parte de la fuerza de trabajo total. En los últimos tiempos, la mano de obra excedente en el campo, que ha adquirido un tamaño enorme, ha intentado *en masse* buscar trabajo fuera del pueblo y de la agricultura. Aquellos de este creciente ejército de migrantes que consiguen alcanzar la economía urbana, durante periodos cortos o largos, rara vez son capaces de penetrar en los bastiones sólidamente protegidos del empleo en una fábrica. Pero aunque lo consigán, la seguridad de un empleo permanente a menudo está más allá de sus posibilidades. Los que son lo suficientemente afortunados para tener semejante trabajo —que son más influyentes de lo que se podría deducir de su número— han adquirido una importancia decisiva como una clase verdaderamente dominante en el escenario urbano-industrial. ¿Cuáles son las principales características de este grupo de élite de la población trabajadora?

Perfil social

En vez de ser migrantes rurales, la mayoría de los estudios señalan que actualmente muchos de estos trabajadores, si es que no la mayoría, han vivido en la ciudad o en sus alrededores durante muchos años, quizá desde su nacimiento⁷⁵. Aquellos que solo recientemente se han establecido en

⁷² U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 21.

⁷³ T. S. Papola, P. P. Ghosh y A. N. Sharma (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, op. cit., pp. 294-325.

⁷⁴ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 23.

⁷⁵ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., p. 28; R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, op. cit., p. 7; U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 12; N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, op. cit., pp. 79-82.

localidades urbanas generalmente estarían agradecidos si tuvieran un empleo en una fábrica, pero carecen de la experiencia y de los contactos necesarios para competir por él. El informe que hizo E. A. Ramaswamy a mediados de la década de 1970 no es de ninguna manera excepcional:

Desde el punto de vista del empleo, la industria textil en Coimbatore está cerca de la saturación. Incluso con la creación de nuevas fábricas, los empleos son demasiado pocos en relación al número de aspirantes, especialmente considerando la poca formación que se exige⁷⁶.

Los índices de alfabetización entre los trabajadores de empresas grandes son bastante altos. Aunque no sea realmente esencial para el trabajo no cualificado, la práctica muestra que la capacidad de leer y escribir es una cualificación mínima incluso para los trabajadores temporales. Con el tiempo, el nivel educativo que se requiere para acceder a un trabajo permanente ha ido elevándose continuamente. A los candidatos sin un certificado de la escuela secundaria ya no se les tiene en cuenta⁷⁷.

Anteriormente, la idea generalizada era que los primeros en presentarse para trabajar en las modernas industrias urbanas eran los agricultores con poca o ninguna tierra, y el complemento social de su vulnerabilidad económica era su pertenencia a las castas inferiores⁷⁸. Pero a medida que el empleo industrial ganó respetabilidad las castas más elevadas también empezaron a mostrar interés⁷⁹. Morris estuvo entre los primeros que rechazaron la idea, que se remontaba a la afirmación de Weber, de que una significativa parte del emergente proletariado industrial procedía de «castas desclasadas y parias» de origen rural. En las fábricas de algodón de Mumbai, Morris encontró que la casta no era relevante, menos aún un criterio primario de contratación, y que los intocables no estaban discriminados⁸⁰.

Resulta interesante que esta distintiva institución de las castas haya sido casi totalmente ignorada en relación con la industrialización de India. No hay disponible ningún estudio detallado de la relación entre la casta y el trabajo industrial. En la extensa gama de investigaciones oficiales sobre las condiciones del trabajo industrial, prácticamente la única referencia a las castas se relaciona con restricciones en la dieta, que los empresarios afirmaban que les impedía crear comedores en las fábricas. La institución ha sido tratada principalmente por los antropólogos y casi por completo en el escenario rural. Aquellos que han estudiado las

⁷⁶ E. A. Ramaswamy, *The Worker and His Union: A Study in South India*, Bombay, Allied Press, 1977, p. 175.

⁷⁷ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, *op. cit.*, p. 38; U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, *op. cit.*, p. 20.

⁷⁸ Por ejemplo, D. H. Buchanan, *The Development of Capitalist Enterprise in India*, Nueva York, Macmillan, 1934, p. 294; O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, *op. cit.*, p. 29.

⁷⁹ C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialisation of India*, *op. cit.*, pp. 39-40.

⁸⁰ M. D. Morris, *The Emergence of an Industrial Labour Force in India*, *op. cit.*, pp. 200-201.

castas han ignorado a la industria, y los que han estudiado a la industria han ignorado a las castas⁸¹.

Esta falta de atención no se encuentra en la investigación posterior y ahora tenemos un considerable conjunto de datos sobre la relación entre la casta y el empleo en las fábricas⁸². La conclusión general parece ser que la composición de casta de la mano de obra refleja en general la de la población urbana en conjunto. Las castas medias y altas tienen una presencia abrumadoramente más elevada en los escalones superiores de la jerarquía industrial del trabajo⁸³, mientras que los rangos inferiores tienen una gran concentración de trabajadores de castas bajas, una correlación que está fuertemente determinada por las diferencias de niveles educativos. Pero ¿la creciente discrepancia entre la limitada oferta de trabajo industrial y su disparada demanda ha conducido a la exclusión de categorías socialmente desheredadas? Harriss, entre otros, ofrecía evidencias que señalaban en esa dirección⁸⁴. Además, en industrias intensivas en capital, tecnológicamente avanzadas, particularmente consorcios corporativos y multinacionales, hay una fuerte inclinación a contratar personal procedente de las clases sociales superiores. Por otra parte, la discriminación positiva en el empleo del sector público ha dado prioridad a la contratación de candidatos de las Castas y Tribus Registradas. Pero al margen de cómo se valoren estas corrientes contradictorias, ninguna demostración de que la casta todavía actúe dentro de las puertas de la fábrica debería tomarse como señal de que siga conservando su vieja relevancia ideológica.

Ya no es verosímil que la casta sea una profunda ideología religiosa que justifique todas las relaciones económicas y sociales como partes de una jerarquía divinamente establecida. La ideología pública dominante —no solo el lenguaje de políticos y sindicatos, sino el lenguaje general— tiende a acentuar la igualdad moral y social. Las desigualdades de estatus que cuentan dependen de los trabajos, los ingresos, el estilo de vida, los modales y la educación. En los casos en que estas cosas van unidas a un rango de casta normalmente se debe a que algunas castas tenían más acceso a la educación y a los buenos trabajos en el pasado, una situación que no durará mucho porque las eficaces redes de casta para encontrar trabajo no son estables ni se limitan a las castas superiores⁸⁵.

⁸¹ M. D. Morris, «The Labour Market in India», *op. cit.*, pp. 182-183.

⁸² M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, *op. cit.*, pp. 32-34; U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, *op. cit.*, pp. 102-114; N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, *op. cit.*, pp. 73-75.

⁸³ B. R. Sharma, «The Industrial Worker: Some Myths and Realities», en *Economic and Political Weekly*, vol. 5, núm. 22, 1970, pp. 875-878.

⁸⁴ J. Harriss, «Character of an Urban Economy: "Small-scale" Production and Labour Markets in Coimbatore», en *Economic and Political Weekly*, vol. 27, núm. 24, 1982, p. 999.

⁸⁵ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, *op. cit.*, p. 80.

Más en general, la conclusión que sacaba Sharma hace treinta y cinco años parece que sigue siendo válida: las fábricas prefieren «trabajadores con educación antes que no educados, urbanos antes que rurales y con experiencia antes que sin experiencia o con antecedentes en ocupaciones no industriales»⁸⁶. Pero lo que todavía se pierde en este perfil es la dimensión de género. Los primeros estudios daban la impresión de que rara vez se encontraban mujeres en las fábricas. Su aparente ausencia llevó a Kalpana Ram a comentar que «la virtual exclusión de la mujer de la clase obrera industrial de India ha producido pocos comentarios teóricos»⁸⁷, especialmente a la luz de su elevada participación en la primera industrialización de Occidente así como en varias sociedades contemporáneas del Tercer Mundo. Sin embargo, esa formulación necesita cierta matización: en las fábricas de algodón de Mumbai a finales del siglo XIX y comienzos del XX, por ejemplo, las mujeres constituían una quinta parte de la mano de obra total⁸⁸. Aunque fuera un porcentaje mucho menor que en la primera industria textil en Occidente, ciertamente no era despreciable.

Entonces, ¿cómo se explica el hecho de que la constante expansión del sector industrial produjera una caída en vez de un aumento del porcentaje de mujeres en las fábricas? La causa fundamental es que en las primeras décadas del siglo XX la legislación laboral restringía la utilización del trabajo mucho más barato de mujeres y niños. Morris concede más importancia al papel reproductivo de la mujer que la lleva a ausentarse con mayor frecuencia. Sin embargo, no está claro como cuadra este argumento con grandes variaciones locales en el empleo de mujeres en la industria textil por todo el país. Para Morris, la marginación de la mujer confirma su tesis de que no había ninguna falta de trabajadores varones que en última instancia eran preferidos por la industria⁸⁹.

A mediados del siglo XX, el trabajo industrial era más que nunca una reserva masculina. El prototipo de trabajador de fábrica era un hombre joven de no más de 30-35 años. Informes oficiales confirman la decreciente participación de la mujer.

Este declive ha sido más acentuado en las industrias textil y metalúrgica [...] se atribuye principalmente a cambios tecnológicos que hacen que sus trabajos sean [...] redundantes. El establecimiento de una mínima carga de trabajo y la estandarización de los salarios en la industria del algodón exigía la reducción de mujeres trabajadoras que estaban actuando en la mayor parte como bobinadoras y devanadoras donde la carga de trabajo era menor [...] Los planes de

⁸⁶ B. R. Sharma, «The Industrial Worker», *op. cit.*, p. 14.

⁸⁷ K. Ram, «The Indian Working Class and the Peasantry», *op. cit.*, p. 182.

⁸⁸ M. D. Morris, *The Emergence of an Industrial Labour Force in India*, *op. cit.*, p. 65.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 69.

racionalización y mecanización en la industria del yute eliminaron algunos de los procesos manuales que en su momento eran reservados a las mujeres trabajadoras. Algunas ocupaciones en la industria del yute que anteriormente proporcionaban empleo a las mujeres se consideraron peligrosas y por ello los quedaron vedadas por las disposiciones recogidas en la Ley de Fábricas⁹⁰.

Cualquiera que sea el pretexto –racionalización de la producción o liberar al sexo débil de un trabajo considerado demasiado agotador– el hecho es que la progresiva eliminación de la mujer de la fuerza de trabajo ha fortalecido más el dominio masculino de la vida económica.

En fábricas donde las máquinas no solo se utilizan sino que también se fabrican, las mujeres parecen haber desaparecido por completo. Mientras que Sharma por lo menos señalaba que en la fábrica de automóviles objeto de su estudio solamente había trabajadores varones⁹¹, Sheth omite por completo cualquier mención del hecho de que la mano de obra de Oriental aparentemente no incluía a una sola mujer. Donde hay trabajadores de ambos sexos, las mujeres invariablemente son una pequeña minoría. En 1956, las mujeres formaban solamente el 11,7 por 100 de la mano de obra en las industrias manufactureras de India y se concentraban principalmente en empresas medias o grandes⁹². Estaban presentes solamente en dos de las cinco fábricas de Pune que estudió Lambert, y su muestra tenía un 96,6 por 100 de varones, lo que subestimaba su participación media en esas empresas. Lo mismo se aplica al estudio de Holmström sobre Bengaluru: el 5,6 por 100 de su muestra eran mujeres comparado con el 15 por 100 de trabajadoras de las fábricas de Karnataka en su conjunto⁹³. Este sesgo no está desconectado de un código de conducta social que hace que sea más difícil contactar con ellas, no solo para los investigadores masculinos sino también para los compañeros de trabajo.

La única mujer que trabaja de delineante dice que los hombres de su oficina la tratan como a una hermana, pero nunca baja con los hombres a los lugares de trabajo de la fábrica para discutir problemas de diseño y por eso no puede promocionarse. Las mujeres se mantienen juntas en el comedor, desempeñan un papel menor en la mayoría de los centros y en todo caso solamente a la sombra de sus maridos, y apenas participan en el sindicato al margen de asistir a las reuniones generales y votar⁹⁴.

No es casualidad que las mujeres trabajadoras tengan un perfil más elevado en la investigación de Uma Ramaswamy. Constituían el 15 por 100 de

⁹⁰ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, op. cit., p. 380.

⁹¹ B. R. Sharma, *The Indian Industrial Worker*, op. cit., p. 7.

⁹² R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, op. cit., p. 23.

⁹³ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., p. 19.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 65.

la mano de obra total aunque su participación, tanto en términos absolutos como relativos, estaba declinando⁹⁵. De nuevo, esto era parte de una tendencia hacia la mecanización de la que especialmente ellas eran las víctimas. En el momento de realizar su estudio, el rendimiento de una mujer equivalía al de cinco unas cuantas décadas antes. Su empleo estaba en descenso incluso aunque su productividad fuera más elevada que la de los trabajadores varones. ¿Por qué? La respuesta se reduce al hecho de que, en la práctica, es más fácil dejar que los hombres tomen el puesto de las mujeres que a la inversa. Además de toda clase de inhibiciones relacionadas con el empleo de mujeres, y a pesar de su disposición para trabajar en turnos de noche, tienen que cobrar las bajas de maternidad. Las regulaciones laborales también habían ayudado a reducir las diferencias salariales, lo que significaba que disminuyó el atractivo de las mujeres como mano de obra más barata.

Las mujeres «sobrantes» son despedidas o trasladadas a trabajos sin cualificar con ingresos más bajos. Una y otra vez se observa que invariablemente ellas son los trabajadores que menos ganan. En la medida en que no han sido completamente expulsadas del proceso laboral industrial, las mujeres parecen quedar asignadas, principal o exclusivamente, a tareas que no necesitan ningún conocimiento o habilidad especial y que —aunque a menudo sean monótonas— requieren precisión y atención.

Quando un determinado trabajo requiere, a ojos del empresario, un manejo delicado, o requiere mucho tiempo y es tedioso, se llama a las mujeres para que lo realicen. Así, las mujeres se ven favorecidas en la industria de la electrónica, en trabajos que requieren manejar con cuidado piezas pequeñas y donde hay que enrollar y doblar finos hilos. En la industria textil, las mujeres tradicionalmente han sido empleadas como zurcidoras, hiladoras, bobinadoras, devanadoras, plegadoras y tamizadoras del algodón. En la industria farmacéutica, las mujeres están empleadas por lo general como embaladoras⁹⁶.

Mucho más que los hombres, los trabajos que pueden obtener las mantienen estancadas en el fondo de la jerarquía laboral sin ninguna perspectiva de poder ascender.

Estilo de vida

A pesar de su considerable heterogeneidad social, los trabajadores de las fábricas en el sector organizado comparten un cierto número de características que tienen que ver con la cultura industrial en la que viven y trabajan y que les diferencian de otros componentes de la fuerza de trabajo. Las expectativas de que finalmente surgiría un estilo de vida más

⁹⁵ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, op. cit., p. 22.

⁹⁶ M. Holmström, *Industry and Inequality*, op. cit., p. 227.

homogéneo llevaron a varios estudiosos a investigar el efecto del escenario urbano-industrial sobre las formas que toman los hogares. En gran parte de los estudios que se realizaron, el trabajador industrial es un hombre que vive separado de su familia y que lleva una existencia de soltero en la ciudad⁹⁷. Solo cuando está totalmente instalado se le unen su mujer y sus hijos que se habían quedado en el pueblo. Pero, en el sur de India, la migración del trabajo era mucho menos probable que condujera a la separación de la familia. El trabajador o bien estaba acompañado por su familia o bien todos se reunían a la primera oportunidad⁹⁸. Para Kerr, la reunión familiar en el lugar de trabajo marcaba la transición al «compromiso».

[El trabajador] está completamente urbanizado y nunca espera abandonar la vida industrial. Su familia está residiendo permanentemente en un área urbana y no es raro que la mujer también se incorpore al mercado de trabajo. De hecho, una buena muestra del grado de compromiso de la mano de obra es el porcentaje de mujeres que la forman. Una mano de obra no comprometida o comprometida a medias es predominantemente masculina. El trabajador comprometido depende para su seguridad de su empleador y del Estado, no de su tribu. Su modo de vida es industrial⁹⁹.

La baja participación femenina en la mano de obra industrial se considera, en resumen, un síntoma de falta de compromiso. Esta proposición, absolutamente inverosímil, pasa por alto que no se trata de que las mujeres no estén dispuestas a trabajar en la fábrica, sino más bien que no pueden hacerlo. Aquellas que lo consiguen utilizan los mismos canales de influencia y los mismos vínculos personales que los hombres. Esto explica por qué las mujeres que trabajan en las fábricas son con frecuencia parientes cercanas de un empleado varón de la misma empresa. El mayor favor que un trabajador puede esperar de la empresa o del sindicato es un empleo para su mujer¹⁰⁰. Si ambos trabajan, tienen unos ingresos que envidiarían muchos hogares de la clase media¹⁰¹.

En las primeras obras sobre el trabajo en las fábricas, la transición entre la casta y la clase —no si se producía sino cuando— se analizaba ampliamente. Lo mismo sucedía con la ruptura de la unidad familiar extensa, habida cuenta de su supuesta incompatibilidad con la vida urbana-industrial¹⁰². La casta y la unidad familiar extensa representaban la cultura

⁹⁷ A. N. Das, «The Indian Working Class: Relations of Production and Reproduction», en A. N. Das *et al.* (eds.), *The Worker and the Working Class*, *op. cit.*, p. 165.

⁹⁸ M. Holmström, *Industry and Inequality*, *op. cit.*, p. 68.

⁹⁹ C. Kerr, «Changing Social Structures», *op. cit.*, p. 353.

¹⁰⁰ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, *op. cit.*, p. 25.

¹⁰¹ M. Holmström, *Industry and Inequality*, *op. cit.*, pp. 227-228.

¹⁰² Por ejemplo, W. J. Goode, «Industrialisation and Family Change», en B. F. Hoselitz y W. E. Moore (eds.), *Industrialisation and Society: Proceedings of the Chicago Conference on Social Implications of Industrialisation and Technical Change*, Paris, Unesco, 1963, pp. 237-255.

tradicional y la estructura social que progresivamente serían transformadas por la nueva economía. El tamaño mucho más pequeño del hogar medio en las áreas industriales parecía confirmarlo. Sin embargo, la fe en la teoría de que el desarrollo en India seguiría el mismo curso que había tomado en Occidente se fue debilitando gradualmente. Se descubrió que para un segmento muy grande de la población rural, la familia extensa no había sido la única unidad de cohabitación, ni siquiera la más común. Además, Singer describió la conservación de una racionalizada unidad familiar extensa entre la elite industrial de Chennai, y mostró cómo «el hogar se convierte en la esfera de la religión y de los valores tradicionales mientras que la oficina y la fábrica se convierten en la esfera de los negocios y de los valores modernos», un fenómeno al que llamó «compartimentación»¹⁰³. La «modernización» era un proceso mucho más complejo y desigual de lo que a menudo se suponía; en una esfera, la «tradicición» podía gobernar, en la otra, lo hacían los valores de la modernidad.

Sin embargo, en relación a la unidad familiar extensa, el argumento no me resulta convincente entre otras cosas porque está totalmente basado en los hogares de los capitanes de la industria de Chennai. Sin embargo, Lambert desarrolla una tesis similar para los trabajadores industriales. Aunque en conjunto sus hogares no eran muy diferentes a los de otros segmentos de la población de la ciudad, como media incluían a más miembros, frecuentemente a toda clase de parientes¹⁰⁴. Esto parecía contradecir la supuesta transición a la forma conyugal de familia. Sin embargo, de ninguna manera es cierto que esto deba tomarse como evidencia de la persistencia de la unidad familiar extensa «tradicional». Por mi parte más bien estaría de acuerdo con Holmström en que para el trabajador medio de las fábricas

[...] la unidad de ingresos y gastos es la familia nuclear establecida en la ciudad, dependiente de un sueldo principal, que se amplía para incorporar a familiares en situación de necesidad y que después vuelve a su tamaño normal; vinculada a familiares en otros lugares por lazos de deber y de sentimientos que algunas veces resultan caros¹⁰⁵. Esta alternancia de expansión y contracción se basa en las obligaciones hacia familiares que se aprietan en un espacio de vida que limita la posibilidad de albergarles indefinidamente, y en la inclusión de miembros adicionales que en parte surge de la necesidad de ampliar la base económica del hogar aumentando el número de trabajadores. Oponer la unidad familiar extensa «tradicional» con la moderna familia nuclear es ignorar el hecho de que los hogares de la clase trabajadora que predominan en el entorno industrial-urbano no pertenecen a ninguna de las dos. Más

¹⁰³ M. Singer, «The Indian Joint Family in Modern Industry», *op. cit.*, p. 438.

¹⁰⁴ R. D. Lambert, *Workers, Factories and Social Change in India*, *op. cit.*, p. 56.

¹⁰⁵ M. Holmström, *Industry and Inequality*, *op. cit.*, p. 274.

bien son una unidad de cohabitación forzosamente construida por los bajos ingresos y las específicas condiciones de empleo¹⁰⁶.

El informe de la Comisión Nacional sobre Trabajo señalaba que la calidad del alojamiento para la mano de obra industrial había mejorado desde la primera generación de *ahatas* en Kanpur, de los campamentos de trabajadores en Mumbai, de las chabolas en el sur y de los *bastis* en el este de India que, con el tiempo, se habían vuelto incluso más miserables y congestionados. Se han construido nuevas colonias de viviendas, aunque rápidamente tienden a quedar sobrecargadas por la masificación. Algunas grandes empresas industriales tienen sus propias y respetables viviendas sociales aunque solo albergan a una pequeña fracción de la clase trabajadora. La mayor parte tiene que arreglárselas con primitivos y limitados alojamientos en vecindarios que son en gran medida desvencijados y sórdidos.

El cambio real se ve en el interior de la vivienda. Las ollas de barro han sido sustituidas por aluminio o metal; las piezas de vajilla no son una posesión rara. También hay elementos de mobiliario, como jergones, un banco o una silla y una mosquitera. No pocos tienen radios/transistores/relojes de los que están orgullosos¹⁰⁷.

La lista de bienes de consumo, que ya tiene más de cuarenta años, incluiría ahora una máquina de coser, una bicicleta o incluso una motocicleta Honda, un ventilador, nevera y televisión. La mayoría tendría acceso a agua del grifo y muchos a un retrete. El informe de la Comisión Nacional sobre Trabajo también habla de nuevos modelos de consumo en la alimentación y el vestido. Las especialidades regionales ahora son corrientes por toda la nación, algo de lo que los comedores de las fábricas son parcialmente responsables. Algunos alimentos se compran precocinados. El vestido y el calzado han aumentado tanto en calidad como en cantidad. Ahora muchos trabajadores llevan monos en la fábrica y han quedado atrás los tiempos en los que iban descalzos y se vestían solamente con unos pantalones cortos y una camiseta.

Resulta difícil hacer un retrato del trabajador medio de las fábricas porque las diferencias son muy llamativas. El grupo superior está formado por empleados en corporaciones multinacionales intensivas en capital que deberían ser incluidos en la creciente clase media, no solo por la naturaleza de su empleo sino también por su estilo de vida. El grupo en el fondo es un enorme ejército de obreros sin cualificar o semicualificados en industrias que carecen prácticamente de cualquier clase de tecnología avanzada y que tienen

¹⁰⁶ Report of a Survey, «Working Class Women and Working Class Families in Bombay», en *Economic and Political Weekly*, vol. 13, núm. 29, 1978, p. 1169.

¹⁰⁷ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, op. cit., p. 33.

unas condiciones de trabajo mucho menos atractivas. Comparativamente, estos trabajadores no están mal pagados pero están amenazados por continuas exigencias para que aumenten su baja productividad, y tienen más dificultades para transmitir sus empleos a la siguiente generación.

Por muy grandes que sean las distancias entre estos dos polos, también comparten algunas características decisivas. En primer lugar, todos tienen un empleo regular y la gran mayoría recibe un salario bastante estable. Este salario se basa en las horas que han realizado, lo que a su vez implica una clara distinción entre las horas de trabajo y las de no trabajo. Finalmente, sus condiciones de empleo —no solo de contratación, promoción y despido sino también las que se refieren a una gran diversidad de prestaciones secundarias respecto a enfermedad, vacaciones, pensiones, subsidios por la carestía de la vida, bonificaciones, etc.— están determinadas por normas bien definidas recogidas por la legislación y que en parte son producto de la presión de los sindicatos. Esta combinación de características es lo que me lleva a considerar a los trabajadores de las industrias grandes y medianas como la fracción dominante de la clase obrera en el sector industrial de la economía moderna. Su estilo de vida, cultura y conciencia revelan su comunidad de intereses.

Pertencen a una distintiva cultura industrial india, con típicas suposiciones, expectativas y gustos que atraviesan divisiones de cualificación, edad y origen. Comparten una situación común. Actúan y algunas veces se consideran como un grupo (si no una clase) diferente a los campesinos, a los trabajadores del sector «no organizado» o de fábricas más antiguas con otras tecnologías, trabajadores ocasionales, tenderos, profesionales, etc.¹⁰⁸

Pero solamente son una pequeña minoría y lo que les hace dominantes y un modelo digno de ser emulado para otros segmentos de la clase trabajadora es su elevado perfil social, político y económico. Esto plantea una pregunta, ¿deberían ser considerados como una elite privilegiada que —igual que la casta dominante en la esfera rural-agraria— se ha apropiado de una parte desproporcionada de bienes escasos a expensas de otros grupos? Hay diversidad de opiniones.

Su salario básico, que aumenta con la antigüedad, se complementa con un subsidio por la carestía de la vida y otros beneficios. Sus ingresos totales son significativamente más elevados que los de otras secciones del proletariado que carecen de contratos formales de trabajo, y varias previsiones sociales —que también benefician a sus familias— les aseguran contra riesgos e incertidumbres. Saben que son unos privilegiados, pero se muestran reacios a compartir sus ventajas con la gran masa de trabajadores que

¹⁰⁸ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., p. 27.

no las tienen, dándose cuenta de que su ampliación a otros pudiera provocar su dilución. Reducir los muros de la ciudadela o construir nuevas puertas de acceso supondría el peligro de inundación. Por ello, de acuerdo con algunos, esta vanguardia industrial se ha convertido en una clase que está exclusivamente preocupada por fortalecer sus propios intereses.

La fuerza organizativa del trabajo industrial es la que evita la transferencia de recursos del sector urbano hacia el rural y por ello hacia el trabajo agrícola. Si el poder del trabajo industrial se frena y se evita que se aproveche de su estratégica situación en el crecimiento de la economía india, se pueden hacer esfuerzos para mejorar la suerte de los pobres rurales¹⁰⁹.

Aquí Sinha resume un argumento habitual, aunque sus propias opiniones son diferentes. Sostiene que los salarios industriales solamente han aumentado en respuesta a aumentos en el coste de la vida, y rechaza la sugerencia de que la acumulación de capital haya sido retrasada por el desvío de beneficios para el consumo de la mano de obra del sector organizado. Sin embargo, otros autores continúan considerando a estos trabajadores como una aristocracia laboral cuya privilegiada posición explica por qué, en todas partes de India, la brecha entre sus ingresos y los salarios que reciben los trabajadores agrícolas es ahora más grande que nunca.

La afirmación de la dignidad

Otra cosa que hace que los trabajadores de las fábricas con un empleo regular sean una categoría especial es que se han unido en sindicatos para negociar mejoras en sus condiciones de trabajo y para defender sus derechos. En ambos aspectos, el Estado también ha desempeñado un papel importante. La legislación laboral que se aprobó después de la independencia ha funcionado principalmente, si es que no exclusivamente, en beneficio de este segmento de la clase obrera. Tampoco habría que pensar que la protección del Estado fue impulsada por la pura benevolencia. Se trató de una concesión al poder levantado por el proletariado de las fábricas, y la consecuencia inevitable del papel dirigente que el Estado había asumido en la transición a un orden industrial en el que los trabajadores se consideraban tan vitales. Lo que en 1940 estaba en juego en las discusiones de la Comisión Nacional de Planificación era la creación de una maquinaria industrial similar a la que ya existía en Europa. Junto a esto estaba la introducción de una amplia legislación sobre las condiciones de empleo, incluyendo la fijación de la semana de trabajo, la prohibición del trabajo infantil, las medidas de higiene, salud y seguridad en el trabajo, el establecimiento e implantación de un salario mínimo, el concepto

¹⁰⁹ G. P. Sinha, «Crisis in Industrial Relations Policy», en T. S. Papola *et al.* (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India, op. cit.*, p. 271.

del mismo salario por el mismo trabajo, el derecho a vacaciones pagadas, los beneficios por maternidad, las viviendas sociales, los procedimientos para solucionar conflictos y el arbitraje obligatorio del gobierno (que requería el establecimiento de un Consejo de Conciliación y un Tribunal Laboral). También se discutió la creación de un sistema de seguridad social.

Debía establecerse un sistema de seguridad social obligatorio y contributivo para los trabajadores industriales que estuviera directamente bajo el control del Estado y que cubriera los riesgos de enfermedad e invalidez que no estaban cubiertos por la Ley de Compensación de los Trabajadores. Los planes para proporcionar empleo alternativo a los que estaban involuntariamente desempleados, las pensiones de vejez y viudez y la seguridad social para cubrir riesgos de enfermedad e invalidez para todos, deberían ser establecidos directamente por el Estado. Estos planes debían ampliarse por etapas, dando prioridad a clases concretas de trabajadores teniendo en cuenta la urgencia relativa de sus necesidades, la facilidad de aplicación y la capacidad de la comunidad para atenderles¹¹⁰.

La última frase estaba dirigida a controlar exageradas expectativas. Sin embargo, durante las deliberaciones, Ambalal Sarabhai, presidente de la Asociación de Fabricantes de Ahmedabad que actuaba como representante de los empresarios, preguntó si realmente se pretendía que todas las medidas fueran introducidas a corto plazo. El presidente, Jawaharlal Nehru explicó que representaban un plan coordinado que no permitía la aplicación fragmentada, pero se mostró vago en cuanto al ritmo de implementación, que en cualquier caso tendría que esperar hasta que se produjera la transferencia del poder.

La dirección nacionalista se dio cuenta de que la movilización de los trabajadores industriales –que empezó en la era colonial y se había manifestado en huelgas y otras formas de protesta– podría recibir un nuevo empuje después de la liberación del dominio extranjero y, por ello, consideró necesario apaciguar al trabajo. En 1929, el número de sindicatos registrados en India era 29; en 1951 había 3.987¹¹¹. La política económica obviamente tenía que ponerse de acuerdo con este interés institucionalizado. Aunque los sindicatos solamente se preocuparan por los intereses de una pequeña minoría de las clases trabajadoras, esa minoría era el segmento más militante y el que más se hacía notar. La esperanza era que, a cambio de un tratamiento especial, se podría hacer que esta vanguardia de las «clases peligrosas» abandonara demandas más radicales. A los campesinos y trabajadores se les pidió hasta la saciedad que sacrificaran sus propios intereses por el bien de la nación. Un miembro del Comité de Planificación sugirió

¹¹⁰ National Planning Committee [Comité Nacional de Planificación], «Minutes of National Planning Committee», Colección de documentos del Museo Nehru, Nueva Delhi, mayo de 1940.

¹¹¹ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India, op. cit.*, p. xi.

que en la economía planificada no debía haber espacio para conflictos en el sector industrial. Sin embargo, había mucho miedo a la radicalización del proletariado de las fábricas, teniendo en cuenta además que su número estaba destinado a aumentar rápidamente¹¹².

Ante esta amenaza, los políticos adoptaron varias estrategias. En primer lugar, fomentaron con éxito la creación de sindicatos vinculados a diferentes corrientes políticas cuya mutua rivalidad impedía que el movimiento obrero formara un frente unido. En segundo lugar, hicieron todos los esfuerzos posibles para evitar o diluir el enfrentamiento directo entre empresarios y trabajadores. La prioridad que se daba a la armonía y a la reconciliación, con un arbitraje obligatorio, significaba que el propio Estado se convirtió en una parte básica de las negociaciones. En tercer lugar, mediante la zanahoria de los beneficios y las ayudas, buscaron separar a la elite industrial de la amplia masa de trabajadores. Este enorme ejército de mano de obra sin privilegios quedó excluido de las negociaciones sobre el salario formal y sin ningún mecanismo institucional para la defensa de sus intereses. Un Comité por el Salario Justo recibió la tarea de calcular cuánto necesitaba ganar un trabajador industrial para mantener a su familia inmediata (significativamente identificada como una unidad de marido, mujer y dos hijos):

[...] no simplemente el mínimo esencial de alimento, vestido y refugio, sino una cantidad para un moderado bienestar que incluyera la educación de los hijos, la protección contra la enfermedad, las exigencias de necesidades sociales básicas y una cierta seguridad contra las más inevitables desgracias incluyendo la vejez¹¹³.

Los empresarios, sin embargo, sostenían que incluso «una cantidad para un moderado bienestar» era una carga demasiado pesada, y que ellos solo podían reconocer un salario razonable si los trabajadores acordaban aumentar la producción y mantener la paz laboral. Esta propuesta no carecía de atractivo, ya que el salario establecido estaba muy por encima del que tenía la mayor parte de la población trabajadora para sobrevivir. Hasta comienzos de la década de 1960, se mantuvo la ilusión de que la industrialización podía ser decisiva en la transición hacia una sociedad socialista. Además de una política de salarios justos, de bonificaciones y de aceptación de la negociación colectiva, el socialismo industrial también supondría la participación de los trabajadores en la dirección y finalmente en el reparto de beneficios¹¹⁴; pero esto, evidentemente, nunca se alcanzó ni hubo un intento serio por lograrlo.

¹¹² Por ejemplo, S. Kanappan, «Labour Force Commitment in Early Stages of Industrialisation», en *Indian Journal of Industrial Relations*, vol. 5, núm. 3, 1970, p. 315.

¹¹³ P. Loknathan, «Employment and Wages in Indian Economy», en T. S. Papola *et al.* (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, *op. cit.*, p. 51.

¹¹⁴ C. Joseph, «Worker's Participation in Industry; A Comparative Study and Critique», en E. A. Ramaswamy (ed.), *Industrial Relations in India: A Sociological Perspective*, Nueva Delhi, Macmillan, 1978, pp. 123-139; R. K. Mukherjee, «The Role of Labour in Democratic Socialism», en T. S. Papola *et al.* (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, *op. cit.*, p. 109.

La conciencia de clase de los trabajadores de las fábricas se demuestra con su voluntad para organizarse, y la sindicación se considera convencionalmente como una evidencia de su disposición para actuar colectivamente y un índice de su solidaridad. En realidad, de ninguna manera todos los trabajadores del sector formal se convirtieron en miembros de un sindicato. Incluso según las cifras extremadamente infladas que proporcionaban los propios sindicatos, menos de uno de cada tres trabajadores estaban sindicados, y si el criterio es el pago regular de las cuotas la proporción se reduce todavía más. El núcleo duro de los sindicalistas es realmente una pequeña minoría y, como hemos visto, esta «vanguardia» de la clase obrera no muestra ninguna inclinación de unirse a la lucha por mejorar la triste situación de las masas no organizadas.

La valoración de este panorama bastante pesimista se debe hacer a base de una investigación empírica de las relaciones entre los trabajadores y los sindicatos. El mejor estudio sin duda sigue siendo el de E. A. Ramaswamy, que ya tiene más de treinta años de antigüedad. Muestra que los trabajadores de las fábricas de Coimbatore vigilan atentamente que los cuadros de los sindicatos se esfuercen por cuidar de sus preocupaciones; pero también son muy conscientes de que su existencia es mucho más confortable que la de la gran masa de trabajadores que no tienen a nadie que defienda sus intereses. Como señalaba un destacado miembro,

hay un límite para lo que podemos pedir a los propietarios. Yo gano cuatro veces más que mi vecino que trabaja en el campo todo el día y, aun así, mi trabajo es más fácil y no mucho más cualificado que el suyo. A no ser que mejoren las condiciones en todas partes es difícil que podamos pedir más¹¹⁵.

A pesar del título del libro de Ramaswamy (*El trabajador y su sindicato*), la militancia sindical incluye a mujeres. Abandonando apresuradamente el trabajo cuando acaba su turno para realizar sus tareas domésticas, se considera que por lo general las mujeres son bastante pasivas en los asuntos sindicales y que no hacen mucho más que pagar sus cuotas. Pero si sus empleos están en peligro, o si surge algún otro problema, son extremadamente militantes. En el momento de la investigación, tenían todas las razones para mantener una postura reivindicativa porque ellas estaban especialmente amenazadas con perder su puesto de trabajo.

Anteriormente hemos visto que las mujeres se concentran en los escalones inferiores de la jerarquía laboral y a menudo no pasan de un trabajo ocasional. Cualquiera que sea su sexo, los trabajadores ocasionales están más necesitados de la ayuda y protección de un sindicato que los trabajadores

¹¹⁵ E. A. Ramaswamy, *The Worker and His Union*, op. cit., pp. 182-183.

regulares. Pero a su sindicación no solo se oponen los empresarios¹¹⁶, sino que los dirigentes sindicales muestran poco entusiasmo por la idea y a menudo incluso son hostiles a ella. ¿Se les puede reprochar? Holmström toma una caritativa posición señalando que consolidar sus ganancias ya es bastante difícil sin que tengan que defender los intereses de una masa de trabajadores que son mucho más vulnerables. Incluso más que los *badlis*, que por lo menos han sido capaces de unirse al fondo de mano de obra de reserva para esperar que les llegue su turno para trabajar, esa vulnerabilidad aflige a unas masas infinitamente más amplias que todavía no han encontrado su camino a la «sala de espera».

Muchos sindicatos tienen un carácter abrumadoramente defensivo. Están ahí para proteger en primer lugar los empleos, después el valor real de los salarios en relación a la inflación; la seguridad y las condiciones de trabajo ocupan una tercera posición muy distanciada. No intentan que los miembros ganen más de lo que ganan ahora. Saben que su poder de negociación es débil; las ruidosas reclamaciones militantes son una táctica para mantener la posición, algo con lo que negociar cuando se amenazan intereses vitales. Al sindicato ya le cuesta bastante trabajo proteger a sus miembros como para preocuparse por los que están fuera¹¹⁷.

Otros autores, como Mamkoottam¹¹⁸, son mucho más críticos. Consideran que los dirigentes son manipuladores y corruptos, más pendientes de sus propios intereses que de los militantes de base. Los trabajadores reaccionan prestándoles un apoyo en función de los resultados que logran. Si son decepcionantes no dudan en pasarse a un sindicato rival. No es una cuestión de ideología sino una elección pragmática de quién ofrece más por menos. Según estos autores, los jefes de los sindicatos funcionan como intermediarios, como los anteriores *jobbers*, y utilizan sus puestos para hacer tratos con empleadores, políticos y con sindicatos rivales. Quizá no sorprenda que la sindicalización de la mano de obra de las fábricas siga siendo bastante limitada.

Las batallas que tuvieron que librarse para romper la resistencia de los empresarios a la formación de sindicatos y a las primeras acciones colectivas quizá sean la principal razón por la que la actual generación de trabajadores de las fábricas conserva alguna fe en estas organizaciones. Todavía perdura el recuerdo de los paladines de la lucha por una vida mejor que a menudo tuvieron que pagar un elevado precio por sus ideales. Sheth, que llegaba a la conclusión de que el sindicato solamente tenía una importancia marginal para la mano de obra que él estudió, no obstante añadía la siguiente matización:

¹¹⁶ U. Ramaswamy, *Work, Union and Community*, *op. cit.*, p. 21.

¹¹⁷ M. Holmström, *Industry and Inequality*, *op. cit.*, p. 289; véase también A. N. Das, «The Indian Working Class», *op. cit.*, p. 174.

¹¹⁸ K. Mamkoottam, *Trade Unionism; Myth and Reality*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1982.

Los trabajadores se dieron cuenta de que aunque el sindicato lograba pocas cosas para ellos, en ausencia de un sindicato lograban todavía menos. Los trabajadores individuales podían hacer una comparación retrospectiva entre los «días con sindicatos» y los «días sin sindicatos», y encontraban que aunque el sindicato apenas lograba nada en relación a las reclamaciones que hacían, era necesario para el trato sistemático con la dirección¹¹⁹.

Esta parece ser una perspectiva común entre los trabajadores del sector organizado. Su falta de un sentido más amplio de la solidaridad no considero que sea el producto de una mentalidad aristocrática estrecha de miras, sino más bien de un miedo bastante realista a que la tarta pueda ser demasiado pequeña para todos los comensales.

Sin embargo, en mi opinión, el movimiento sindical indio ha desempeñado un papel emancipador. Perlin tiene razón al señalar que se han producido pocas mejoras, si es que ha habido alguna, en las condiciones de trabajo más deplorables. En un gran número de empresas estas condiciones son perjudiciales no solo para la salud sino también para la dignidad humana¹²⁰. La complaciente opinión del informe de la Comisión Nacional de Planificación de que los trabajadores industriales están habituados a semejantes dificultades y más o menos pueden ignorarlas¹²¹, no entiende la sensación de resentimiento, de malestar y suciedad que estas condiciones provocan. Pero esto no altera el hecho de que los trabajadores de las fábricas con un empleo regular hayan hecho grandes progresos, especialmente en su propia autoestima, y que esto se haya debido en gran parte a la protección ofrecida por la militancia en un sindicato. A la inversa, la autoestima les anima para organizarse, incluso cuando esto probablemente provoque el desagrado de sus jefes. La Comisión Nacional de Planificación concluía que actualmente el trabajador industrial ha adquirido una dignidad desconocida por sus predecesores, mientras que los empresarios perciben un mayor grado de rebeldía por parte del trabajador industrial. Esta nueva firmeza se basa en una nueva conciencia: «actualmente un trabajador es políticamente más consciente que antes, más lúcido en cuanto al orden existente y más sensible sobre su situación y sus penurias»¹²². A esto han contribuido los carismáticos modelos que proporcionaron los cuadros sindicales y que indujeron a los menos activos y menos concienciados de los

¹¹⁹ N. R. Sheth, *The Social Framework of an Indian Factory*, *op. cit.*, pp. 159-160; véase también B. R. Sharma, «Union Involvement Revisited», en *Economic and Political Weekly*, vol. 13, núm. 30, p. 1239.

¹²⁰ E. Perlin, «Ragi, Roti and Four-Yard Dhoties: Indian Mill Workers as Historical Sources», en M. Gaborieau y A. Thorner (eds.), *Asie du sud: traditions et changements*, Paris, Editions du CRNS, 1979, p. 457.

¹²¹ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour* [Informe de la Comisión Nacional de Planificación], *op. cit.*, p. 35.

¹²² *Ibid.*

trabajadores a afirmarse ellos mismos, incluso aunque solo fuera temporalmente. La investigación de Ramaswamy ilustra esto claramente:

[Ellos] describen con detalle –con relatos de individuos, de la historia de sus vidas y de su pensamiento– un mundo de militantes sindicales [...] que se mantiene unido por una ideología de solidaridad de clase obrera que atraviesa barreras de casta y de empleo. Con su ejemplo personal, arrastran a la masa de trabajadores ordinarios que se muestran moderadamente apáticos sobre temas más amplios pero que son leales a la huelga, que salen a la calle y quizá votan cuando se lo piden aquellos a quienes respetan. El sindicato proporciona un servicio aunque se necesita y, a su vez, algunas veces pide sacrificio y entusiasmo¹²³.

Los aumentos salariales sin duda han sido las demandas más insistentes del movimiento sindical desde su concepción. Sin embargo, su programa de acción pronto pasó a una protesta más general contra el orden jerárquico, no solo industrial sino de la sociedad en su conjunto. Mientras esa jerarquía ordenaba al trabajo que se resignara a su propia subordinación, la ideología de los sindicatos alimentaba los principios de la igualdad y justicia social. La corrupción de esos ideales estaba vinculada con la política diaria de los partidos en la que los sindicatos estaban profundamente implicados; también se derivaba de las contradictorias corrientes que prevalecían entre las masas trabajadoras, que en gran parte procedían de un mundo que de ninguna manera era impenetrable a las distinciones de casta, clase, etnicidad, religión y género.

Por ello, es muy significativo que «la ideología pública dominante –no solo el lenguaje de políticos y sindicatos, sino el lenguaje cotidiano– tiende a acentuar la igualdad moral y social»¹²⁴. Las afirmaciones de la dignidad también suponían una negación de la dependencia y la desigualdad y eran claramente reprimidas por los empresarios que daban gran importancia al reconocimiento de su tradicional autoridad y que, con razón, consideraban que la agitación laboral socavaba sus reclamaciones de una respetuosa obediencia. Un ejemplo de esto se puede ver en el siguiente llamamiento con el que, a comienzos de la década de 1950, un empresario llamaba al orden a sus trabajadores en huelga:

Vuestras maneras ilegales e indisciplinadas me afligen. Estoy cansado y me veo obligado a tomar medidas [...] Mi consejo como vuestro mayor que quiere vuestro bien es que trabajéis de todo corazón y mantengáis la disciplina [...] si no seguís mi humilde consejo obligaréis a la compañía a despedir a todos los que actúen ilegalmente ya que hemos tenido paciencia durante mucho tiempo¹²⁵.

¹²³ M. Holmström, *Industry and Inequality*, op. cit., pp. 294-295.

¹²⁴ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, op. cit., p. 80.

¹²⁵ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, op. cit., p. 15.

Tres décadas después semejante lenguaje se hubiera recibido con total hilaridad.

Durante las décadas de 1970 y 1980, se produjeron drásticos cambios en las relaciones laborales como resultado de la reestructuración de la economía industrial. Primero en las empresas privadas, pero posteriormente también en el sector público, la racionalización de la producción se convirtió en una importante tendencia que provocó una importante reducción de tamaño. Entre 1968 y 1984, la plantilla media de trabajadores de producción por fábrica descendió desde setenta y cinco a sesenta y uno¹²⁶. El cambio tecnológico también tuvo su papel, pero muchos más trabajadores fueron sustituidos por mano de obra ocasional barata en vez de por máquinas. Las políticas de reducción de personal en forma de planes «voluntarios» de jubilación redujeron el tamaño de la mano de obra permanente tanto en las grandes como en las pequeñas empresas. El impulso hacia la eficiencia contó con la completa aprobación de la burocracia del Estado que, cada vez más, compartía la opinión de los empresarios de que el mantenimiento de los derechos laborales existentes era un importante obstáculo para el crecimiento económico. El resultado inevitable de la «flexibilización» del trabajo industrial ha sido la contracción de la producción en el sector formal y una nueva expansión del sector informal de la economía.

En esta reducción, la seguridad en el trabajo de la mano de obra permanente salió reafirmada e incluso puede haber mejorado su posición negociadora, algo que sugiere una relación entre los privilegios concedidos a una pequeña parte de la mano de obra y la marginalización de un segmento mucho mayor. Pero, sea como sea, menos puestos de trabajo significaban mayores cargas para los que quedaban. A cambio de salarios más elevados, tienen que comprometerse con objetivos de producción más elevados.

Esos cambios dieron origen a un nuevo tipo de liderazgo sindical que en Mumbai estuvo representado por Datta Samant. El estilo de negociación era de confrontación, las reivindicaciones eran excesivas y los detalles legales se ignoraban. El dirigente insistía en un frente unido y exigía una obediencia total, pero también prometía que no habría ningún compromiso. La acción directa solamente tenía un objetivo: la ganancia monetaria. En este tipo de liderazgo sindical, las relaciones entre el líder y el trabajador son esencialmente contractuales y no les obligan más allá de la duración de la huelga. El jefe del sindicato es más el dirigente de una campaña que la cabeza de una organización permanente. No se molesta por los problemas, quejas y peticiones de los trabajadores individuales y tampoco está demasiado interesado por los temas

¹²⁶T. S. Papola y G. Rodgers, «Restructuring in Indian Industry», en G. Edgren (ed.), *Restructuring, Employment and Industrial Relations: Adjustment Issues in Asian Industries*, Nueva Delhi, Programa de Empleo Mundial, OIT, 1989, p. 46.

ideológicos o por el movimiento obrero en general. Si la huelga fracasa simplemente se mueve al siguiente objetivo, que puede ser un sector diferente. Antes de emprender cualquier acción, se valora cuidadosamente el estado financiero de la empresa para calcular el nivel al que hay que situar las demandas del sindicato. Cuando los costes laborales no son decisivos en relación al coste total de la producción, la dirección está mucho más dispuesta a resolver la disputa que en las industrias donde los salarios están estabilizados en una cuarta o tercera parte del gasto de producción. El fracaso en Mumbai de la gran huelga textil de 1982-1983, que duró dieciocho meses y en la que participaron más de 200.000 trabajadores bajo el liderazgo de Datta Samant, debería verse bajo esta perspectiva. La derrota afectó sin duda a su reputación, pero solo durante un corto periodo y no en las ramas de las industrias más intensivas en capital.

Un liderazgo agresivo de esta clase representa un marcado contraste con el liderazgo menos militante y más legalista de los sindicatos convencionales. A los disidentes, como Datta Samant, se les acusa de seducir a los trabajadores alejándolos de los líderes establecidos que son los que mejor saben cómo cuidar de sus verdaderos intereses. Se dice que enfrentan a los empresarios y los trabajadores rurales con tratos que están destinados a fracasar. Sin embargo, como han sostenido diversos autores, esta interpretación no tiene en cuenta la sensación de desilusión y resentimiento que han desarrollado muchos trabajadores del sector organizado hacia sus antiguos representantes. La nueva combinación de radicalismo de clase y sindicalismo de tipo empresarial es indicativa de una nueva etapa de las relaciones laborales en la que se sacrifica la solidaridad en aras de unos intereses más limitados e inmediatos. Desestimar este comportamiento como apolítico sería malinterpretar la firmeza y conciencia de estos combativos trabajadores cuya identidad social se diferencia notablemente de la generación anterior de trabajadores de las fábricas.

El estereotipo tradicional del trabajador industrial como un emigrante analfabeto perteneciente a las castas inferiores, al que el desempleo ha expulsado del pueblo era dudoso en el mejor de los casos. Ahora se está volviendo más falso con cada día que pasa. La mayoría de las empresas del sector organizado no se plantearían dar empleo a nadie que no tuviera un certificado de escolarización, y la presencia de graduados y posgraduados entre la mano de obra hace mucho que ha dejado de ser una novedad. Para los oficios técnicos un diploma de algún instituto de formación es una ventaja adicional. Con salarios tan atractivos y empleos tan escasos, la mano de obra también se vuelve políglota mezcla de trabajadores de diversas castas y orígenes religiosos¹²⁷.

¹²⁷ E. A. Ramaswamy, «Indian Trade Unionism: The Crisis of Leadership», en M. Holmström (ed.), *Work for Wages in South Asia*, Nueva Delhi, Manohar, 1990, p. 170; véase también G. Heuze, «Workers' Struggles and Indigenous Fordism in India», en M. Holmström (ed.), *Work for Wages in South Asia*, cit., p. 177.

En cuanto a la reacción de la dirección a este nuevo radicalismo, en gran parte dependía de su disposición para adaptarse a los nuevos tiempos. Algunos se ofendían al verse tratados de una manera que no reconocía su autoridad y superioridad. Otros respondían con un estilo empresarial y lograban acuerdos que todavía les eran favorables. A cambio de un aumento de la partida salarial, insistían en incluir cláusulas sobre volumen de trabajo, planes de incentivos y menores índices de absentismo. No era nada extraño que el sindicato que había convocado la huelga fuera considerado responsable de que los trabajadores cumplieran esas condiciones. Permitiendo a gente como Datta Samant que actuaran en sus instalaciones, los empleadores no solo esperaban comprar la paz laboral sino también una mano de obra más productiva. La otra cara de la historia es, desde luego, que unos beneficios en constante aumento se ponían en manos de cada vez menos personas. Como ha señalado perspicazmente Ramaswamy, el trabajo contratado, la mano de obra ocasional, la redundancia y los planes de jubilación voluntaria crean el excedente que se trasmite a los que quedan con un empleo permanente. El flujo es de un segmento a otro de la mano de obra en vez del capital al trabajo. Si no es por razones ideológicas entonces por lo menos por propio interés, los sindicatos finalmente tendrán que organizar a los no organizados, si es que quieren que les quede alguien a quien representar¹²⁸.

Los empresarios que inicialmente no sabían cómo afrontar el fenómeno de los sindicatos independientes han acabado por apreciarlos. Lo que quieren en sus empresas no es a varios sindicatos luchando entre sí por el botín, sino a un dirigente sólido capaz de imponer la disciplina entre sus seguidores. Las organizaciones de empresarios han estado a favor del principio de «una fábrica, un sindicato»¹²⁹. Esa preferencia está fuertemente inspirada por la idea de que las asociaciones a escala de fábrica no tienen un programa más amplio y son cautelosas a la hora de unirse a federaciones nacionales que van de la mano de partidos políticos. Esta tendencia también está en consonancia con las recomendaciones del Banco Mundial. En su Informe Anual de 1995¹³⁰, las negociaciones a escala de fábrica se consideran el marco más adecuado para alcanzar resultados económicos positivos. ¿Positivos para quién? ¿La receta del Banco Mundial de un «sindicalismo responsable» tiene en cuenta a la enorme multitud de trabajadores ocasionales y con contratos temporales que deambula como cazadores y recolectores de salarios en los escalones inferiores de la economía industrial? Su trabajo y empleo son el tema del siguiente capítulo.

¹²⁸ E. A. Ramaswamy, *Worker Consciousness and Trade Union Response*, Londres, Oxford University Press, 1988, p. 74.

¹²⁹ G. Heuze, «Workers' Struggles and Indigenous Fordism in India», *op. cit.*, p. 185.

¹³⁰ Banco Mundial, *World Development Report, 1995: Workers in an Integrating World*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

EL TRABAJO INDUSTRIAL EN LA INDIA POSCOLONIAL*

ELIMINAR EL EMPLEO EN EL SECTOR FORMAL¹

EN EL PANORAMA general del trabajo, los trabajadores industriales en el sector organizado de la economía constituyen un enclave privilegiado y protegido. Por lo general se trata de trabajadores cualificados con un contrato fijo en empresas modernas equipadas con tecnología avanzada. Además del estatus que les proporciona la seguridad en el empleo, constituyen una «aristocracia» con un elevado perfil social y un estilo de vida razonablemente confortable. No solo eso, aquellos que pertenecen a los estratos superiores de la mano de obra industrial tienen una dignidad que se deriva de su estatus de empleados organizados y legalmente protegidos. Sin embargo, en el momento en que se intenta especificar todas estas características queda claro que forman lo que Weber entendía como un *tipo ideal*: una recopilación de rasgos que proporcionan una imagen estereotipada en la que puede reconocerse el trabajo y las vidas de solamente una pequeña minoría de trabajadores industriales.

Dicho con otras palabras, es casi imposible definir al trabajador de fábrica medio. Las diferencias entre ellos, entre las industrias e incluso dentro de estas, son demasiado grandes. Igual que en este nivel superior predominan las variaciones progresivas, no hay una clara y marcada ruptura con el mundo del trabajo asalariado fuera de él¹. La economía no puede dividirse en dos sectores, uno formal y el otro informal, y eso también se aplica a las condiciones de empleo. Después de abandonar su anterior modelo, Holmström recientemente ha reconceptualizado su marcada dicotomía entre los dos sectores mediante un mapa más matizado y diferenciado del terreno laboral:

Mi imagen de la ciudadela era demasiado simple. La frontera organizado/no organizado no es un muro sino una pronunciada pendiente. La sociedad india es como una montaña, con los muy ricos

* Originalmente publicado como «The Study of Industrial Labour in Post-colonial India: The Informal Sector, a Concluding Review», en J. Parry, J. Breman y K. Kapadia (eds.), *The World View of Industrial Labour in India*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1999, pp. 407-431.

¹ J. Harris, «The Working Poor and the Labour Aristocracy in a South Indian City: A Descriptive and Analytical Account», en *Modern Asian Studies*, vol. 20, núm. 2, 1986, pp. 231-283.

en la cima, exuberantes prados alpinos donde se encuentran los trabajadores cualificados en las industrias modernas más grandes, una progresiva pendiente con empresas más pequeñas donde la paga y las condiciones son peores y la seguridad legal del empleo se reduce, una pronunciada pendiente alrededor del área donde ya no se aplica la Ley de Fábricas (donde estaba mi muro), una planicie donde la tradición y el mercado dan a los mal pagados trabajadores del sector no organizado alguna mínima seguridad y a continuación una larga pendiente con migrantes que trabajan ocasionalmente, que prestan pequeños servicios y que acaba en la miseria. Hay senderos bien definidos que suben y bajan por estas pendientes y que son más fáciles para ciertas clases de gentes².

Al abandonar la idea de que la economía sigue un modelo dualista, Holmström llega a la conclusión de que el mundo laboral no puede dividirse en dos secciones de trabajadores y los del sector organizado y los del no organizado. No hay una clara línea de división entre ellos. Yo estoy de acuerdo con esa observación, pero encuentro que la lección que extrae de ella, por muy vacilante que sea, es más problemática: que solo hay una clase trabajadora con unos intereses y un destino común. Si Ram y otros tienen razón al señalar que «cualquier generalización de las características de la clase obrera india simplemente ya no parece ser satisfactoria»³, quizá sea más adecuado llamar la atención sobre la identidad múltiple de esta diversa y heterogénea amalgama social de clases. Esa opción constituye el punto de partida para el siguiente análisis del empleo industrial fuera del sector organizado de la economía. Mi atención particular se dirigirá hacia el entorno del trabajo y a las distinciones sociales entre diversas categorías de trabajadores que dependen de él para su existencia.

Principales características

La migración rural-urbana, que empezó mucho antes de la independencia, se ha acelerado durante la última mitad del siglo XX. Sin embargo, solamente una pequeña minoría de la multitud de migrantes ha encontrado trabajo en el sector formal de la economía. La mayor parte de la población urbana, tanto la que lleva mucho tiempo como la recién llegada, está excluida de ese empleo. Entonces, ¿cómo consigue esta masa de gente en constante aumento ganarse la vida? La respuesta es que con diversas clases de trabajo que proporcionan poca estabilidad aunque sean

² M. Holmström, *Industry and Inequality: The Social Anthropology of Indian Labour*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, p. 319.

³ K. Ram, «The Indian Working Class and the Peasantry: A Review of Current Evidence on Interlinks between the Two Classes», en A. N. Das, V. Nilkant y P. S. Dubey (eds.), *The Worker and the Working Class: A Labour Studies Anthology*, Nueva Delhi, Public Enterprises Centre for Continuing Education, 1983, p. 184.

trabajos ininterrumpidos y a tiempo completo. Nuestra comprensión del sector informal todavía está influenciada por las imágenes evocadas por Hart⁴ cuando inventó el término. Su relato acentuaba el colorido desfile de pequeños oficios y artesanías que se pueden encontrar en las calles de las ciudades del Tercer Mundo, incluyendo a las de India: vendedores ambulantes, traperos, limpiabotas, chatarreros, sastres, porteadores y mozos de carga, vendedores de bebidas, barberos, recolectores de desperdicios, mendigos, putas y proxenetas, carteristas y otros rateeros. En las décadas de 1970 y 1980 especialmente, el abanico de este repertorio de trabajos creció enormemente⁵. Resulta llamativo que las primeras publicaciones sobre el tema no procedieron de los convencionales investigadores sobre el mundo del trabajo, que estaban interesados principalmente por el empleo en el sector formal.

Los contenidos de destacadas revistas profesionales como *The Indian Journal of Industrial Relations* y *The Indian Journal of Labour Economics*, muestran que su parcialidad no ha cambiado hasta hace poco. Este descuido se debía tanto a una falta de conocimiento respecto a los escalones inferiores de la economía urbana como a una falta de afinidad con los métodos de investigación que podían aumentar ese conocimiento. El sector informal incluía una mezcla de actividades sobre las que no había ninguna estadística y al que no se podían aplicar las habituales técnicas de medida y cómputo. El panorama del empleo en el sector informal ha sido descrito principalmente por antropólogos que realizaban una investigación cualitativa más que cuantitativa. Sin embargo, la existencia del sector informal estaba reconocida por varias publicaciones anteriores. En 1955 Ornati dividió el empleo industrial en India en dos segmentos: «organizado» versus «no organizado». Su distinción se basaba en el cumplimiento o no cumplimiento de un conjunto de normas laborales recogidas en la Ley de Fábricas. La gran mayoría de los trabajadores industriales resultaron no estar cubiertos por esa normativa:

Un grupo muy grande de trabajadores encuentra empleo en la multitud de pequeñas empresas manufactureras que producen una gran variedad de productos para el consumo local. Gran parte de la producción de zapatos y productos de cuero se realiza en fábricas que, debido a su tamaño, no entran dentro de la Ley de Fábricas. Además, muchos trabajadores están empleados en pequeñas industrias dedicadas a la molienda de cereales, a las artes gráficas, a la fabricación de brazaletes y al manipulado de mica. Las condiciones de trabajo en este

⁴ K. Hart, «Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana», en *Journal of Modern African Studies*, vol. 11, núm. 1, 1973, pp. 61-89.

⁵ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994.

sector varían considerablemente de región en región y de empresa en empresa. Se sabe poco sobre el número exacto de gente empleada o sobre las condiciones en las que trabajan⁶.

A finales de la década de 1960, se utilizó de nuevo la misma clasificación en una publicación oficial, pero dando un significado diferente al concepto de «no organizado»: «aquellos que no han sido capaces de organizarse en la búsqueda de un objetivo común»⁷. La misma fuente se refería a la categoría de trabajo no protegido, que se encontraba especialmente en las ciudades de mayor tamaño. La única información que se ofrecía era que «se sabe muy poco sobre ella y mucho menos se ha hecho para mejorar sus condiciones de trabajo»⁸. La gran diversidad e irregularidad del empleo en el sector informal, y el reducido tamaño de la unidad de trabajo, es notable: a menudo, no pasa de un simple hogar o incluso un simple individuo. Hart, en su innovador ensayo, sugería que las diferencias del empleo urbano en los sectores organizado y no organizado coincidían con las del trabajo por cuenta ajena versus trabajo por cuenta propia. Desde entonces muchos autores se han inclinado a considerar al sector informal como una colección de microempresarios, gente que trabaja principalmente por su propia cuenta y riesgo.

Otro factor evidente es el predominio de actividades en el sector terciario de la economía, a menudo desarrolladas al aire libre. Aparte de la heterogénea masa que trabaja en el sector de servicios, sin embargo, el trabajo industrial también forma una parte esencial de la economía del sector informal. Se trata de una clase de manufactura que está siempre o casi siempre realizada en espacios cerrados, en pequeños talleres o en el caso del trabajo en los hogares, en dependencias que también se utilizan para la vida cotidiana. Telares mecánicos, talleres para el trabajo del cuero y obradores para cortar diamantes son claros ejemplos de industrias a pequeña escala en India que son responsables de una gran parte de la facturación total en su rama concreta de actividad.

Las características más evidentes de estas pequeñas industrias urbanas son, en primer lugar, la falta de complejidad del proceso de producción, un capital reducido y la escasa utilización de tecnología avanzada y, en segundo, que hay menos división del trabajo que en el sector formal. La baja intensidad del capital limita la expansión. Las empresas son verdaderamente pequeñas, empleando a menos de una docena de trabajadores y normalmente están dirigida por un único propietario. Los salarios son bajos y se basan en la cantidad producida en vez de en las horas trabajadas.

⁶ O. A. Ornati, *Jobs and Workers in India*, Institute of International Industrial and Labour Relations, Ithaca, Cornell University Press, 1955, pp. 64-65.

⁷ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, Nueva Delhi, Ministerio de Trabajo, 1969, p. 417.

⁸ *Ibid.*, p. 434.

El trabajo a destajo en lugar del pago por horas trabajadas determina el salario que semanalmente reciben los trabajadores. El lugar de trabajo es un pequeño taller o nave. Aunque los trabajadores estén empleados de forma continua, sus contratos verbales no les proporcionan ningún derecho. El jefe es libre para finalizar o interrumpir el acuerdo en cualquier momento. La finalización puede deberse a fluctuaciones estacionales, a una caída del suministro eléctrico o a problemas con la oferta de materias primas o con las ventas del producto. Incluso cuando el ciclo industrial no es impredecible, el empleador conserva el derecho a despedir a sus trabajadores a voluntad.

La práctica de la contratación y el despido instantáneos muestra que los trabajadores no están protegidos por normas legales. Semejantes reglas existen, pero la falta de voluntad del Estado para ejercer un control efectivo sobre su cumplimiento, hace que sean fácilmente soslayadas por los empresarios⁹. No hay ninguna regulación de las condiciones de trabajo, los niveles salariales, los modos de pago, las horas de trabajo, las vacaciones o las previsiones sociales. Tampoco hay normas que protejan la salud de los trabajadores durante el proceso de producción. La naturaleza desprotegida del trabajo en el sector informal está estrechamente relacionada con la incapacidad de la mano de obra en este sector para protegerse mediante la organización. Los sindicatos son inusuales aunque puede que haya más de los que conocemos¹⁰. Esta indefensión de la mano de obra fomenta que los empresarios mantengan sus empresas fuera del sector formal de la economía.

Establecimientos industriales como los descritos anteriormente emplean una cantidad de trabajadores que excede en mucho al número total de hombres y mujeres empleados en el sector formal de la economía. Las personas que trabajan en su casa forman la tercera categoría de trabajadores industriales y representan a la parte menos visible pero más vulnerable de la mano de obra. La falta de una investigación cuantitativa fiable significa que su tamaño solo puede aventurarse. Uno de los problemas es que el trabajo a domicilio pocas veces es una actividad a jornada completa; más bien se trata de una actividad que ocupa a más de uno de los miembros del hogar con varios grados de intensidad y frecuencia. En consecuencia, el trabajo a domicilio implica a muchas más mujeres y niños que a hombres y dado que las labores domésticas son responsabilidad exclusiva de la mujer, a menudo está dispuesta a aceptar este trabajo aunque esté mal pagado, lo cual le obliga a soportar una doble carga de trabajo. Esto también significa que tienen poco tiempo para participar en

⁹ J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 171-221.

¹⁰ Véase T. van der Loop, *Industrial Dynamics and Fragmented Labour Markets: Construction Firms and Labour Markets in India*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1966.

los movimientos de trabajadores o para aprender nuevas habilidades¹¹. Bajo el sistema de trabajo en el domicilio —una forma de trabajo que se remonta a tiempos precapitalistas— las materias primas se llevan a la casa del productor y los productos acabados son devueltos al suministrador o a su agente. La producción requiere a lo sumo herramientas simples. Encajes y brocados, géneros de punto y *bidis*, por ejemplo, se producen mayormente de esta manera; las trabajadoras en el domicilio también ensamblan los componentes de productos finales, desde juguetes a muebles y ropas.

El grado de habilidad que requiere el trabajo industrial en el sector informal de la economía varía considerablemente, pero en general, el acceso a un oficio no va unido a una educación formal. Mientras que se espera que los solicitantes de empleo en una fábrica en el sector formal tengan por lo menos un diploma de algún instituto de formación industrial —una formación que sigue a la finalización de la enseñanza primaria y secundaria— los trabajadores del sector informal tienen que adquirir sus conocimientos con el propio trabajo. Algunas veces son aprendices durante unos meses pero normalmente aprenden ayudando a un trabajador que tenga experiencia. Durante su fase de entrenamiento, los recién llegados cobran una pequeña cantidad o directamente ninguna; si cobran se espera que den parte de su salario a su instructor. Si se requiere alguna habilidad concreta, como es el caso del corte de diamantes, el empleador solamente toma aprendices que estén dispuestos a pagar por su formación o que se comprometan a trabajar durante un largo periodo cuando terminen. La mayoría de los autores han dado por supuesto que la mayoría de los trabajadores del sector informal no tienen un elevado grado de cualificación. Según algunos de ellos, los recién llegados al entorno urbano no necesitan un conocimiento técnico sino una aptitud.

Aunque la gran mayoría de la mano de obra urbana no tiene ninguna cualificación, el empleo urbano puede exigir ciertos modelos de respuestas coordinadas y motoras que son distintas a las de la agricultura tradicional y que por ello influyen en las posibilidades de acceder a él [...] Puede hacer falta un ritmo mayor y una repetición monótona, coordinación, cuidadoso control del tiempo y mayores niveles de concepción espacial, verbal o lógica¹².

La disciplina, se nos dice, es una virtud que tiene que ser inculcada en los trabajadores del sector informal. Esta actitud demuestra una completa ignorancia de las exigencias que se hacen a los trabajadores en la economía rural, al margen de que posean una pequeña parcela de tierra o no

¹¹ N. Banerjee (ed.), *Indian Women in a Changing Industrial Scenario*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1991, p. 31.

¹² S. Kanappan, «Labour Force Commitment in Early Stages of Industrialisation», en *Indian Journal of Industrial Relations*, vol. 5, núm. 3, 1970, p. 321.

tengan ninguna. Además, subestima la división del trabajo en la producción industrial del sector informal y la considerable habilidad técnica que se requiere para realizarlo adecuadamente.

El trabajo asalariado no solo es fundamental para las empresas capitalistas del sector formal, sino que también lo es para el sector informal. El término «autoempleo» solamente debería utilizarse para el trabajo por cuenta propia. El trabajo subcontratado y el *job work** no deberían ser definidos como autoempleo porque son acuerdos indirectos, mediados, de trabajo asalariado. No son formas microempresariales porque carecen de autonomía. La contratación y subcontratación industrial están asociadas con las actividades de intermediarios. Estas gentes forman el vínculo entre los que proporcionan el capital, en la forma de materias primas y algunas veces también de herramientas, y los trabajadores. Los intermediarios laborales se presentan en toda clase de formas. Cumplen un papel concreto: controlan la mano de obra, se aseguran de que los trabajos se realicen y hacen los pagos cuando se finaliza.

Los grandes establecimientos dan contratos para tareas u operaciones concretas, por ejemplo, carga y descarga, a los contratistas por una cantidad alzada. El contratista consigue a sus propios trabajadores y puede ser un individuo o un establecimiento o incluso un trabajador con antigüedad como un *maistry*, un *mukadam* o un *sirdar*¹³.

Algunas veces todo el proceso de producción se divide en varias partes. Lo que parece una fábrica en el sector formal, es decir, un lugar de trabajo grande lleno de maquinaria y con unos cuantos cientos de trabajadores resulta ser, en una inspección más detallada, una empresa que funciona sobre una base completamente informal. Un ejemplo pueden ser las fábricas de teñido y estampado en Surat¹⁴. Las cuadrillas de trabajo están conducidas por subcontratistas que también actúan como suministradores de mano de obra (*labour jobbers*) y supervisores. El propietario de la fábrica no tiene nada que ver con la contratación de la mano de obra y no acepta ninguna responsabilidad por las condiciones de empleo. Los *jobbers* no han desaparecido de la economía industrial; al contrario todavía están claramente presentes en el sector informal donde cumplen un papel decisivo.

¿Cuál es la identidad social de los trabajadores industriales en el sector informal? El estereotipo es el de un migrante que hace poco que ha abandonado el campo y que ha llegado a la ciudad en busca de una existencia mejor. Esto es verdad hasta cierto punto. Muchos trabajadores a domicilio

* El *job work* es el trabajo que se realiza con una materia prima o producto semielaborado, suministrado por el empleador, para completar una parte del proceso de producción de una mercancía [N. del T.].

¹³ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, cit., p. 418.

¹⁴ J. Breman, *Footloose Labour*, cit., p. 158.

y en pequeños negocios proceden de fuera de la ciudad. De hecho, su estatus de forasteros es una razón importante por la que los empleadores les prefieren. Un elevado porcentaje de los recién llegados son varones jóvenes. La falta de una vivienda adecuada y asequible obliga a los hombres casados a dejar a sus familias en el pueblo. La existencia de soltero que es característica de la vida de muchos migrantes, les lleva a congregarse en grupos en alojamientos compartidos donde también comparten las comidas. El enorme incremento de los empleos en el sector informal de la economía ha dado a las calles una apariencia fuertemente masculina. Sin embargo, el sector informal no es el dominio exclusivo de los migrantes. Muchos trabajadores en la economía informal nacieron y crecieron en la ciudad. Como en el sector formal, el trabajo que realizan con frecuencia les ha sido transmitido por la generación precedente.

¿De qué castas proceden los trabajadores del sector informal? La diversidad es grande, y no es cierta la suposición de que los miembros de las castas más elevadas eluden el sector informal. No obstante, los orígenes sociales determinan con frecuencia el tipo de trabajo que se realiza. El sector informal no es homogéneo pero puede dividirse en varias capas. Sin duda, el acceso al trabajo está relacionado con la pertenencia a una casta. Esto se aplica también a las tareas más cualificadas y mejor pagadas en el trabajo industrial informal. En la contratación para semejante trabajos, las castas intermedias y las que forman el grupo de «Otras Castas Atrasadas» parecen estar fuertemente representadas. Por el contrario, los trabajadores que realizan las formas más modestas y miserables de trabajo en el sector informal en su mayoría son reclutados de las filas sociales inferiores y a menudo son de comunidades tribales y *dalit*.

A pesar de la desigual proporción de sexos de la población urbana, la participación de la mujer en el trabajo en el sector informal es mucho más grande que en el sector formal. El trabajo infantil también es habitual. La familia nuclear es la unidad familiar estándar. Una familia solo puede sobrevivir si adultos y niños trabajan, por ello el número de miembros no trabajadores por hogar es inferior que en el sector formal. Sin embargo, la participación de mujeres y niños en el trabajo industrial no significa que el equilibrio de poder dentro del hogar esté más repartido. El hecho de que un hombre no sea la figura única o principal que aporta los ingresos del hogar parece no afectar demasiado a su dominio. Las tareas cualificadas, donde son necesarias, están realizadas por el hombre. El tiempo y esfuerzo empleados por su mujer e hijos pueden no ser menores que el suyo, pero su remuneración es mucho más baja. El salario ganado por todos los miembros de la familia en su conjunto a menudo se entrega al hombre, que también decide cómo hay que utilizarlo. Como cabeza del hogar, su papel respecto a otros

miembros de la familia puede compararse con el papel del contratista o del *jobber* en relación a su cuadrilla de trabajo.

La idea de que el trabajo industrial está intrínsecamente relacionado con localizaciones urbanas es una idea antigua; incluso hoy esta suposición parece haber perdido poca fuerza persuasiva. Si la transición desde una sociedad agraria a una industrial tenía que realizarse, una gran parte de la población no tenía otra alternativa que dejar sus pueblos y establecerse en las ciudades. Hace más de un siglo, en 1881, Ranade escribió:

Hay una superabundancia de mano de obra rural en el mercado de trabajo agrícola y a no ser que lo abandone y se emplee en otra parte, ninguna medida de remedio para mejorar el miserable estado de la población rural dará resultados productivos o permanentes. El desarrollo de la agricultura y el de la industria mecánica debe ser simultáneo¹⁵.

La movilidad espacial, es decir, la migración a gran escala que conduce a la urbanización fue considerada una condición necesaria para la transformación económica. Pant estimaba que la mano de obra campesina excedente estaba entre un cuarto y un tercio del total; de ello deducía que aproximadamente 33 millones de trabajadores tendrían que abandonar el campo junto a sus familias¹⁶. Después de la independencia, el escepticismo respecto a la inclinación de la población rural para migrar voluntariamente provocó que los consejeros políticos sugirieran el establecimiento de consejos de migración que alentarían la migración de la agricultura y del pueblo¹⁷. Solo más tarde se cayó en la cuenta de que la falta de empleo rural no podía resolverse únicamente a través de un proceso de industrialización que tuviera una base urbana.

Pero el empleo en el campo no era exclusivamente agrícola, incluso considerándolo históricamente. La producción de las plantaciones siempre se caracterizó por un régimen de trabajo industrial, igual que la minería. Las reglas que se aplicaban a los empleados de las fábricas urbanas también se aplicaban a los *coolies* de las plantaciones y a los mineros. La organización industrial de estas empresas, grandes e intensivas en trabajo, era la variante rural de la economía del sector formal y durante los últimos cincuenta años se han creado modernas plantas industriales en el campo. Por ejemplo, durante la década de 1960 una multinacional levantó una planta química a lo largo de la línea de ferrocarril Mumbai-Surat. A su alrededor surgió una pequeña ciudad en la que vivían las categorías superiores del

¹⁵ B. Chandra, *The Rise and Growth of Economic Nationalism in India: Economic Policies of Indian National Leadership, 1880-1905*, Nueva Delhi, People's Publishing House, 1966, p. 494.

¹⁶ S. C. Pant, *Indian Labour Problems*, Allahabad, Chaitanya Publishing House, 1965, p. 362.

¹⁷ T. S. Papola, P. P. Ghosh y A. N. Sharma (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, Presidential Addresses, The Indian Society of Labour Economics, Nueva Delhi, B. R. Publishing Corp., 1993, p. 45.

personal y los especialistas. Sin embargo, dos tercios de los 4000 trabajadores se trasladaban diariamente a la planta desde los pueblos y pequeñas ciudades de los alrededores¹⁸. Las condiciones de empleo eran las mismas que en el sector formal urbano. Pero estas condiciones no se han aplicado a los artesanos tradicionales que trabajan en las industrias familiares en los pueblos. Los intentos por alentar formas tradicionales de producción, o de reactivarlas de acuerdo con los principios gandhianos casi siempre han acabado fracasando. Las industrias familiares tradicionales no se adaptan al modo de producción capitalista, que constantemente ha ido ganando terreno, en gran medida porque no han sido capaces de competir con los bienes más baratos producidos a gran escala.

El paso adelante de la producción agraria en la década de 1960 fue acompañado por la diversificación de la economía rural. La importancia cada vez menor de la agricultura como la principal fuente de sustento fue compensada por el aumento de las oportunidades de empleo en el sector no agrícola, que incluían el transporte, la construcción y el sector servicios, así como un nuevo empleo industrial basado en iniciativas empresariales derivadas de la agricultura¹⁹. La política gubernamental de industrialización promovía el establecimiento de empresas tanto grandes como pequeñas en zonas lejos de las principales ciudades. Esto condujo a la creación de polígonos industriales en las afueras de centros urbanos de segunda o tercera fila cuyos trabajadores venían en parte de los pueblos de los alrededores. El régimen laboral en estas empresas era similar al del sector informal urbano²⁰. En los tiempos coloniales e incluso precoloniales se habían creado algunas industrias de transformación como el desmoteado de algodón, la prensa del yute, la elaboración de azúcar y el curtido. Significativamente, la reciente conversión de algunas de estas industrias en grandes fábricas con moderna tecnología (que producen por ejemplo azúcar, papel y conservas) no ha provocado la formalización de las relaciones laborales entre empleadores y empleados²¹.

Finalmente me gustaría señalar que dos grandes vías de empleo industrial rural han seguido marginadas en los estudios del trabajo: el empleo en las canteras y en las fábricas de ladrillos, que proporcionan un empleo de temporada a una multitud de trabajadores por todo el país. Aunque la producción se realiza a pequeña escala, durante la última década su importancia ha crecido considerablemente debido al enorme aumento tanto

¹⁸ K. M. Kapadia y S. D. Pillai, *Industrialisation and Rural Society: A Study of Arul-Bulsar Region*, Bombay, Popular Prakashan, 1972.

¹⁹ Véase, M. A. F. Rutten, *Farms and Factories: Social Profile of Large Farmers and Rural Industrialists in West India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994.

²⁰ H. Streefkes, *Industrial Transition in Rural India: Artisan Traders and Tribals in South Gujarat*, Bombay, Popular Prakashan, 1985.

²¹ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers*, cit., pp. 133-287.

de las obras públicas como de la construcción privada. Una característica fundamental de esta industria es su estacionalidad. La mano de obra está formada principalmente por migrantes traídos de otros lugares, a menudo muy alejados, por suministradores de mano de obra (*labour jobbers*) que también actúan como jefes de cuadrillas. Es una gran equivocación asumir que la mano de obra forastera se importa solamente cuando hay una oferta insuficiente de mano de obra local. Por el contrario, los trabajadores locales sin tierra tienen que migrar anualmente desde estas regiones durante la temporada baja agrícola para buscar un empleo. Trabajan en la construcción de carreteras, en la construcción en general y en el cortado de la caña, también en las fábricas de ladrillos y en las canteras. De ese modo, la circulación del trabajo es el modelo predominante; este trabajo es normalmente de temporada y se realiza al aire libre.

El nomadismo laboral no es un fenómeno nuevo, pero su magnitud y las distancias que tienen que recorrer los trabajadores han crecido con el tiempo. Pant consideraba que el nomadismo laboral era una expresión de indigencia económica y un síntoma de desintegración social. Llegaba a la conclusión de que llegaría a su fin con un mayor desarrollo rural²². Por mi parte pienso que, al contrario, semejantes formas de migración están muy estrechamente relacionadas con el acelerado progreso en el campo del modo de producción capitalista²³. Sin embargo, la situación de los trabajadores que permanecen en los pueblos continúa empeorando. Los salarios agrícolas de los trabajadores sin tierra han caído incluso más. Los pobres rurales que están más afectados son los más vulnerables: mujeres, ancianos y los físicamente discapacitados.

La estructuración del mercado de trabajo industrial

No hay una marcada bifurcación del mercado laboral industrial en un sector formal y otro informal. Aun así, la imagen de Holmström de la ciudadela resulta convincente porque sugiere la naturaleza muy privilegiada de una vida confortable en un sector laboral protegido, en un contexto económico donde la gran mayoría de los trabajadores virtualmente no tienen ningún derecho en absoluto. Holmström encontró que la imagen de ciudadela había sido internalizada por los propios trabajadores del sector organizado.

Tienden a considerar el trabajo en la fábrica como la ciudadela de seguridad y de relativa prosperidad que realmente es: ofrece un trabajo regular, promoción y unas previsible recompensas en contraste con el caos y los terribles peligros de la vida fuera de ella. Para todos los que

²² S. C. Pant, *Indian Labour Problems*, cit., pp. 33-34.

²³ J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers: Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press y Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985.

están dentro de la ciudadela, hay un regimiento en el exterior que trata de escalar los muros²⁴.

Aunque este modelo marcadamente dualista es convincente, yo sugeriría otro más gradual y variado que pone la atención sobre la enorme diversidad de las condiciones de trabajo dentro de *ambos* sectores.

En el sector formal, la seguridad caracteriza las vidas de los trabajadores de las fábricas que tienen un empleo regular. Tienen un salario razonablemente bueno, están adecuadamente cualificados, protegidos por la legislación laboral y organizados, de forma que sus intereses están resguardados. Su modesta seguridad hace que sean solventes, de manera que pueden contraer deudas sin perder autonomía. Su estilo de vida y de trabajo proporciona a estos trabajadores industriales prestigio y respeto. Esto también explica por qué hay una desesperada persecución de los pocos puestos que anualmente quedan libres dentro de la ciudadela. Por ejemplo, en 1995, la Comisión de Servicio Público del Estado de Kerala recibió 200.000 solicitudes para dieciséis empleos en puestos en la administración²⁵. Mi propia investigación muestra que hay solicitantes con estudios que están dispuestos a pagar sobornos equivalentes a cuatro veces su salario anual para obtener un empleo seguro como trabajadores no cualificados en el gran consorcio Atul en el sur de Gujarat. Los solicitantes lo consideran una buena inversión, porque este empleo es seguro y porque su salario es dos o tres veces mayor en el sector formal que en el informal.

Otras condiciones del empleo en los escalones inferiores de la economía también equivalen a una inversión casi total de las relaciones laborales del sector formal. Aquí los trabajadores no tienen un empleo regular y pueden ser despedidos arbitrariamente. El proceso de producción es irregular: su ritmo está sujeto a inesperadas fluctuaciones con el resultado de que el tamaño de la mano de obra varía, mientras que las épocas de trabajo no están regularizadas. Unas jornadas de trabajo desorbitadamente largas son seguidas por días o semanas de inactividad. Esta inestabilidad da origen a una continua deriva de trabajadores entre numerosas empresas pequeñas. La persistente flexibilidad que han mostrado los trabajadores se debe a la manera en que está organizada la producción y ciertamente no implica ninguna falta de compromiso por su parte, aunque esto sea lo que en el pasado han sostenido los empresarios. Este estado de flujo se ve agravado aún más por las prácticas habituales que dan preferencia a los forasteros frente a los trabajadores locales. La mayor vulnerabilidad de estos trabajadores forasteros es una importante razón para que los empresarios los

²⁴ M. Holmström, *South Indian Factory Workers; Their Life and Their World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, p. 136.

²⁵ C. S. Venkata Ratnam, «Tripartism and Structural Changes: The Case of India», *Indian Journal of Industrial Relations*, vol. 31, núm. 3, 1996, p. 361.

preferan. La migración se convierte en circulación cuando el empleo es de corta duración. Un ejemplo de esto son los trabajadores temporeros que abandonan sus pueblos, a menudo acompañados por sus mujeres y niños, para escapar de la temporada baja en la agricultura trabajando como cortadores de caña o en las fábricas de ladrillos. La multiplicidad ocupacional es su único medio de supervivencia. Sus ingresos son tan bajos que todos los miembros del hogar tienen que trabajar. Estos trabajadores migrantes temporales son mucho más vulnerables que los trabajadores migrantes establecidos y tienen serias dificultades para defenderse de las muchas crisis con las que se encuentran.

Es engañoso centrarse únicamente en el contraste entre los dos extremos de la jerarquía laboral. En vez de ello, lo que habría que acentuar por encima de todo es la enorme diversidad, no solo entre los sectores formal e informal, sino también dentro de ellos. La distancia entre los trabajadores cualificados de una corporación multinacional con un empleo regular y los trabajadores temporales de una fábrica en el sector formal es tan grande como la que hay entre estos últimos y los cortadores de diamantes, que ganan más que los trabajadores temporales de las fábricas en el sector formal y a los que sitúo en la cima del sector informal. Estos cortadores de diamante, a su vez, están muy por encima de los trabajadores de las fábricas de ladrillos que también trabajan como peones agrícolas durante parte del año. Así, la estratificación jerárquica unidimensional no existe. La confusa heterogeneidad caracteriza al amplio sector intermedio. En la cima de la escala está la seguridad garantizada del empleo, en el fondo múltiples vulnerabilidades.

La dignidad inherente al trabajo en el sector formal cambia a una falta de dignidad en los escalones inferiores. En el fondo del sector informal está la masa de gente a la que se puede denominar «*coolies*». Aunque el término está proscrito del uso oficial debido a la denigración que se dice que supone²⁶, parece el término apropiado para describir la degradante situación que el trabajo nómada está obligado a soportar, constantemente en movimiento y con salarios que a menudo están por debajo del nivel de subsistencia. Además de la extrema pobreza, la vida del «*coolie*» se caracteriza por el duro trabajo, el agotamiento físico, el rechazo que provoca el carácter de «intocable» y las condiciones de trabajo inhumanas en medio del humo, el ruido, la fetidez y la suciedad. Estos trabajadores tienen que soportar un infierno viviente. Agotados rápidamente por el proceso de producción, cuando su productividad disminuye son desechados como basura.

²⁶ Gobierno de India, *Report of the National Commission on Labour*, cit., p. 31, n.º 2.

Los trabajadores no tienen opción. Los ingresos son bajos e inciertos de manera que su autonomía está limitada. Carecen de ahorros y tienen poca capacidad para obtener créditos. Su fuerza de trabajo es la única garantía que poseen. El trabajo que indica una dependencia económica, expresada en una relación de endeudamiento, es un fenómeno muy común en el entorno del sector informal. Los empresarios presentan estos acuerdos como «adelantos» sobre los salarios que serán reembolsados mediante el trabajo del deudor. Sin embargo, estos «adelantos» están exclusivamente dirigidos a apropiarse del trabajo, ya sea inmediatamente o en una fecha posterior. Ninguna de las dos partes considera la transacción como un préstamo que se cancelará al reembolsarse.

La servidumbre por deudas no es un fenómeno nuevo. En el pasado era la manera habitual con la que los trabajadores sin tierra y los miembros de las castas inferiores quedaban atados a los hogares de las castas superiores. Esta relación de amo-criado era común en todo el sur de Asia. Mi trabajo de campo en el sur de Gujarat me lleva a describir a esta servidumbre, conocida como *halipratha*, como un sistema precapitalista de trabajo esclavo²⁷. El contrato era habitualmente para toda la vida y la servidumbre se transmitía de padre a hijo y algunas veces se mantenía durante varias generaciones. El terrateniente se apropiaba de algo más que de la fuerza de trabajo de su criado (y de las de su mujer e hijos). Exigía una amplia gama de servicios, tanto económicos como no económicos, que demostraban el sometimiento a su *hali*. Esta relación de estar a la entera disposición acentuaba la desigualdad social entre las dos partes. El estado de cautividad dentro del hogar de su amo obligaba a la inmovilidad del criado, la única manera de poder escapar a su sometimiento era huir. Pero el ejercicio del control extraeconómico era fundamental para la eficacia del sistema *hali* y por ello, si un criado escapaba, los amos podían contar con la ayuda de las autoridades locales para buscarle y traerle de vuelta.

El contexto social en el que funcionaba esta relación amo-criado era un orden rural cuya economía se basaba en la producción de subsistencia. Un amplio proceso de cambio condujo a la desaparición del sistema *hali* como relación de servidumbre institucionalizada entre las castas dominantes y las comunidades tribales o que han perdido su carácter tribal. Esto se produjo a lo largo de un considerable periodo de tiempo y las huellas del sistema anterior todavía existían a principios de la década de 1960²⁸. Mi estudio comenzó con la pregunta de qué clase de relaciones laborales habían tomado el lugar de la servidumbre. Otras investigaciones habían mostrado que se había producido un cambio definitivo. En su ensayo de 1968, «The

²⁷ J. Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat*, Berkeley, University of California Press, 1974 (edición india, Nueva Delhi, Manohar, 1977).

²⁸ *Ibid.*, p. 68.

Emergence of Capitalist Agriculture in India», Thorner llegaba a la conclusión de que «[...] las diversas formas de servidumbre y de servicios de trabajo no libre que anteriormente proliferaban en muchas partes de India han desaparecido prácticamente, excepto en algunos estados como partes de Bihar y zonas adyacentes»²⁹. Por mi parte concluí que aunque el sistema *hali* ya no existe, los peones agrícolas que estaban sometidos a un régimen de servidumbre no se han convertido en trabajadores libres. Continuaban estando endeudados con terratenientes concretos y, por ello, no podían vender a otros su fuerza de trabajo. Los terratenientes continuaban proporcionando adelantos para inmovilizar a sus trabajadores permanentes. No obstante, su relación había sufrido un cambio fundamental. Para empezar, el trabajo ocasional en la agricultura había aumentado mucho. Los peones agrícolas modernos se diferencian en aspectos decisivos de los *halis* de los tiempos precapitalistas.

El estado de endeudamiento de los trabajadores en la actualidad no es óbice para afirmar que el poder de los terratenientes ha sido controlado en aspectos importantes. La duración de la servidumbre es menor y queda limitada a la esfera del trabajo, mientras que la utilización de la coacción extraeconómica con la que asegurar la conformidad con los acuerdos es contraria actualmente a la normativa vigente. Decisivamente, los terratenientes ya no pueden imponer su autoridad. Los criados ya no están cautivos en los hogares de sus empleadores. El alojamiento de las gentes sin tierra en barrios de sus propios pueblos ha reducido su dependencia, mientras que las nuevas oportunidades de empleo fuera de la agricultura y lejos el pueblo han estimulado su movilidad. Por todas estas razones, mi opinión difiere fundamentalmente de la de Brass, para quien los trabajadores que han incurrido en deudas están expuestos al mismo régimen de falta de libertad que en el pasado. El argumento de que se han producido cambios muy importantes en las relaciones sociales de producción es algo que Brass rechaza con firmeza. Eso constituye un punto central de su diatriba contra la posición que yo he tomado³⁰.

La reducida intensidad de la coacción extraeconómica me ha llevado, como a muchos otros, a dudar de que el término «en régimen de servidumbre» sea realmente aplicable a los actuales peones agrícolas³¹. He sostenido que el endeudamiento de la mano de obra está ocasionado tanto por la falta

²⁹ D. Thorner (ed.), «The Emergence of Capitalist Agriculture in India», en *The Shaping of Modern India*, Nueva Delhi, Allied Publishers, 1980, pp. 236, 246.

³⁰ T. Brass, «Immobilised Workers, Footloose Theory», en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 24, núm. 4, 1997, pp. 337-358.

³¹ Por ejemplo, G. Omvedt, «Capitalist Agriculture and Rural Classes», *Economic and Political Weekly*, Review of Agriculture, vol. 16, núm. 52, 1981, pp. A140-A159; A. Rudra, «Class Relations in Indian Agriculture – part I, part II, part III», en *Economic and Political Weekly*, vol. 13, 1978, pp. 22-23; y vol. 24, pp. 916-923, 963-968, 998-1004.

de trabajo como por unos salarios muy bajos, y que no es el resultado de una subordinación total de los trabajadores sin tierra al dominio del terrateniente³². Rudra ha señalado que no es la duración del acuerdo laboral lo que determina si hay evidencias de relaciones de producción feudales o capitalistas, sino los términos del contrato. En el primer caso esto incluiría a un amplio abanico de obligaciones onerosas y sin especificar, mientras que en el segundo tanto la forma como la sustancia serían más específicas³³. He resumido la diferencia entre el pasado y el presente de la siguiente manera:

[...] la actual situación se diferencia de la anterior en que actualmente el trabajador que contrae una deuda la reembolsa con su fuerza de trabajo sin someterse en ningún otro aspecto incondicionalmente a la voluntad del «amo». En comparación con la servidumbre de tiempos anteriores, el acuerdo actual es más limitado por naturaleza. El empleador está principalmente interesado en asegurarse la disponibilidad de la mano de obra, nada menos pero tampoco mucho más. Aunque ciertamente hay casos de servidumbre en el empleo a largo plazo, la falta de libertad que anteriormente existía en los pueblos donde realicé mi trabajo de campo ha perdido su legitimidad social³⁴.

La opinión que expresé en 1985 en el sentido de que el endeudamiento no debía ser equiparado con la servidumbre surgió de la importancia que deseaba dar a la transición del viejo al nuevo régimen que había sido evidente en la economía agrícola. Sin querer menoscabar la trascendencia de los cambios que se han producido, he señalado en varias publicaciones que «[...] un modo de producción capitalista [...] de ninguna manera excluye ciertas formas de ausencia de libertad, que surgen por ejemplo de la necesidad de contraer deudas»³⁵. El endeudamiento continúa siendo un aspecto decisivo del régimen de funcionamiento del capitalismo que he definido como nueva servidumbre o neoservidumbre. Se trata de un régimen de empleo que no está limitado a la menguante categoría de siervos agrícolas. Acuerdos similares también caracterizan a diversos tipos de trabajo industrial tanto en el sector formal como en el informal. Hombres, mujeres y niños reclutados para cortar caña o fabricar ladrillos, reciben a través de un *jobber*, una paga que ata a esta multitud de migrantes al lugar de empleo por la duración de la temporada, un periodo que va de seis a ocho meses.

³² J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers*, cit., pp. 311-312.

³³ A. Rudra, «Class Relations in Indian Agriculture – part II», cit., p. 966.

³⁴ J. Breman, *Footloose Labour*, cit., p. 163.

³⁵ J. Breman, «Seasonal Migration and Co-operative Capitalism: Crushing of Cane and of Labour by Sugar Factories of Bardoli», en *Economic and Political Weekly*, números especiales, vol. 13, núm. 31, 32, 33, 1978, p. 1350. Véase también J. Breman, «The Renaissance of social Darwinism», Conferencia de aniversario, Institute of Social Studies, La Haya, 1988, p. 21. Posteriormente publicada en un formato resumido como «Agrarian Change and Class Conflict», en G. McNicoll y M. Cain (eds.), *Rural Development and Population: Institutions and Policy*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

El pago de un adelanto pretende obligarles a moverse, es decir, a volverlos móviles y evitar que no cumplan sus contratos. Para asegurar la inmovilización de la mano de obra flotante durante la duración del proceso de producción, el pago del salario se retrasa hasta que la temporada acaba. Los trabajadores urbanos más cualificados y mejor pagados, como los operadores de los telares mecánicos y los cortadores de diamantes, también pueden obtener «préstamos» (*baki*) de sus empleadores, a cambio de los cuales pierden la libre disposición de su fuerza de trabajo.

El nuevo régimen de servidumbre se diferencia del tradicional por la corta duración del acuerdo (a menudo no más de una temporada), por su carácter más específico (trabajo en vez de una relación de estar a disposición del empleador) y finalmente porque es más fácil finalizarlo o evadirse de él (incluso sin reembolsar la deuda). Actualmente el riesgo mucho mayor de incumplimiento del contrato disuade a los empleadores de ser imprudentes y generosos al otorgar un adelanto sobre los salarios. Es difícil recuperar las pérdidas que se producen de esta manera y no sirve de nada apelar a las autoridades para que ayuden y castiguen a los transgresores. Los patronos actuales carecen de la superioridad natural que en el pasado hacía impensable que un contrato no se cumpliera. En muchos casos, la identidad social del empleador es la misma que la del empleado. El suministrador de mano de obra procede del mismo entorno que los miembros de la cuadrilla que recluta para trabajar en los campos de caña o en las fábricas de ladrillos, mientras que el propietario de los talleres de corte de diamantes a menudo pertenece a la misma casta que los cortadores que trabajan para él.

Finalmente me gustaría llamar la atención sobre el hecho de que el nuevo régimen de servidumbre por endeudamiento no se aplica solamente a los trabajadores, sino que también se extiende a los empleadores en el sector informal. Los suministradores de mano de obra (*labour jobbers*) están endeudados con los industriales para los que trabajan, de la misma manera que los propietarios de los talleres textiles y de corte de diamantes dependen de los comerciantes. Esto muestra que no solo las relaciones laborales sino toda la organización de la producción industrial en el sector informal tienen un fuerte sesgo mercantil capitalista. La diferencia es que, a diferencia de sus trabajadores, los jefes no están obligados a vender su fuerza de trabajo para redimir sus deudas. Sus términos de servidumbre son diferentes. Es innegable que los empleadores en la agricultura y la industria utilizan mecanismos de subordinación precapitalistas, ya sea en forma trasmutada o no, para mantener bajos los costes salariales en un proceso productivo que cumpla las demandas de la gestión capitalista. Mientras hace esta observación, Ramachandran añade que la diferencia entre trabajo libre o en régimen de servidumbre no puede reducirse a un simple contraste entre blanco y negro. La realidad social es mucho más complicada y por ello exige una

interpretación más matizada. Esto le lleva a la siguiente conclusión basada en su trabajo de campo, que está respaldada por los resultados de mi propia investigación:

La falta de libertad de los trabajadores que no eran ni cautivos ni completamente libres para elegir a sus empleadores tomaba diferentes formas y su libertad para elegir a los empleadores estaba limitada de diferentes formas y en diferentes grados. La manifestación más común de esta clase de falta de libertad era lo que ha sido llamado el derecho de primera llamada de los empleadores sobre los trabajadores³⁶.

El endeudamiento que impide que los trabajadores puedan hacer lo que deseen les priva de la dignidad inherente a la libertad. Además de defender –con más obstinación que credibilidad– la proposición de que los acuerdos laborales no libres en la agricultura están aumentando en vez de disminuyendo, Brass también considera que los trabajadores con una relación de dependencia por deudas han perdido su estatus proletario. Entiende que el proceso de «desproletarización», que considera que está en aumento, supone la «sustitución de trabajadores libres por sus equivalentes no libres, o convertir a los primeros en los segundos»³⁷. Esta declaración sugiere que los actuales trabajadores con una relación de servidumbre por deudas han tenido anteriormente, como genuinos proletarios, la libertad de elegir cómo utilizar su fuerza de trabajo. Semejante razonamiento implica que un proceso de transformación capitalista está avanzando en el medio rural indio en virtud del cual el trabajo libre está desapareciendo para dejar sitio a un régimen de falta de libertad. De hecho, la tendencia es la contraria.

En varias publicaciones he llamado la atención sobre la creciente firmeza de los trabajadores sin tierra, considerando que es indicativa de una toma de conciencia proletaria. Sin duda, los trabajadores que trabajan muchos o la mayoría de los días del año para el mismo terrateniente frecuentemente todavía están atados por la deuda. Sin embargo, entre la generación más joven, la actitud sumisa que en el pasado acompañaba a la servidumbre por deudas ha dado paso a una independencia de voluntad mucho mayor. ¿Significa esto que los primeros *halis* estaban resignados a su sometimiento o quizá incluso internalizaban su estado de dependencia? La falta de material contemporáneo que sea razonablemente fiable y detallado hace que sea arriesgado especular sobre esa cuestión. No obstante, hay suficientes indicaciones de que no hubo falta de resistencia a la pretensión de superioridad con la que los terratenientes habitualmente acentuaban su dominio. En el contexto de una economía rural muy localizada, sin embargo, semejante resistencia era fácil de vencer.

³⁶ V. S. Ramachandran, *Wage Labour and Unfreedom in Agriculture: An Indian Case Study*, Oxford, Clarendon Press, 1990, p. 252.

³⁷ T. Brass, «Immobilised Workers, Footloose Theory», cit., p. 348.

Pero actualmente eso resulta más difícil debido a la diversificación de la economía rural y a sus crecientes vínculos con el mundo exterior. Las fuentes de sustento alternativas, las modernas facilidades de transporte y la facilidad con la que se puede abandonar el pueblo durante un periodo más o menos largo, significan que los trabajadores sin tierra actualmente están menos obligados a actuar según los dictados de los terratenientes. El tradicional poder de estos últimos se fundamentaba en unas sanciones para las que ya no hay base en el nuevo orden político. La hegemonía de los terratenientes ha llegado a su fin y los trabajadores sin tierra se han liberado del estigma de inferioridad.

Una de las maneras en las que se expresa esta nueva atmósfera es por medio de la resistencia a cualquier forma de trabajo no libre que vaya acompañada de una relación de endeudamiento. Brass pone en duda esta creciente resistencia desde abajo y también señala que tiene poca eficacia. Refiriéndose a mis propias obras sobre el tema, señala que «el “poder desde arriba” de la relación económica invariablemente supera cualquier manifestación de la resistencia “desde abajo”»³⁸. Sin embargo, no considero que el limitado éxito de la resistencia sea un criterio efectivo para determinar el grado de conciencia proletaria. Tampoco estoy inclinado a hacer que la existencia de esa mentalidad dependa de una acción colectiva que evolucione en un conflicto de clase. He tratado de resumir la situación que se ha desarrollado de la siguiente manera:

La necesidad de aceptar un adelanto en metálico sobre los salarios supone la obligación de someterse a las órdenes de un empleador en el futuro inmediato. El pago aplazado tiene un similar efecto vinculante. La pérdida de independencia que acompaña a semejante contrato de trabajo explica por qué solamente se acepta cuando se carece de una alternativa mejor. Sin embargo, el que tantos hayan recurrido a este último recurso de empleo indica la enorme presión sobre los medios de vida en los escalones inferiores de la economía. Incluso esa pérdida de derechos está sometida a restricciones de duración, grado e intensidad. El acuerdo de trabajo no se firma y se continúa por un tiempo indefinido, como sucedía con el *hali* de tiempos anteriores. La neoservidumbre tiene una naturaleza mucho más económica y limita la imposición de la voluntad del empleador y sus pretensiones de superioridad *per se*. El comportamiento de los cazadores y recolectores de salarios no expresa solamente su deseo de mejora material, sino que también manifiesta su básica oposición a buscar la seguridad en la servidumbre. La suya es un tipo de conciencia social que podría esperarse de la clase proletaria³⁹.

Esto se aplica no solo a los trabajadores agrícolas en el sur de Gujarat, sino también a los trabajadores industriales que flotan en el sector informal

³⁸ *Ibid.*, p. 347.

³⁹ J. Breman, *Footloose Labour*, cit., p. 237.

de la economía. Este proletariado flotante toma varios caminos para resistir a los propósitos de los empleadores de apropiarse de su fuerza de trabajo mediante el endeudamiento. Los trabajadores no dudan en irse sin avisar si el empleador o el trabajo resultan ser demasiado opresivos, y sin duda lo hacen a cambio de un salario más elevado. Actualmente los acreedores carecen del poder de prolongar el contrato hasta que la deuda se haya reembolsado. Ya no pueden pedir ayuda a las autoridades, y los intentos de los empleadores para excluir a los «morosos» del empleo normalmente fracasan debido a la rivalidad entre ellos. En resumen, la pérdida de legitimidad social del trabajo en régimen de servidumbre significa que aquellos que pagan por adelantado ya no tienen la garantía de que la fuerza de trabajo prometida vaya a ser realmente entregada. La posibilidad de que se haga cumplir el contrato no aumenta necesariamente a medida que la brecha social entre las dos partes se amplía. El suministrador de mano de obra (*labour jobber*), que pertenece al mismo entorno que el trabajador, es más eficaz en este sentido que el empleador. Pero incluso más efectivo que él es el cabeza de familia que no se avergüenza de utilizar la fuerza física para obtener el control del trabajo de su mujer y sus hijos.

Los modos de resistencia son muy diversos. Anteriormente he atribuido a la multiplicidad ocupacional de la falta de empleo permanente en cualquier rama de la industria. Los cambios frecuentes de empleo y de lugar de trabajo, sin embargo, también pueden indicar una estrategia con la que los trabajadores evitan la dependencia de una única fuente de sustento. Además, cuando un hombre migra en solitario puede deberse a su deseo de proteger a su familia de la dependencia y degradación inherente a la vida y al trabajo en el sector informal. Igualmente, no considero que la circulación del trabajo indique exclusivamente las fluctuaciones de la demanda de mano de obra. Una negativa a prolongar indefinidamente un contrato también representa una protesta contra un despiadado régimen de trabajo.

Hay poca documentación sobre la resistencia en forma de acción colectiva, aunque esto quizá sea lógico porque el estudio de la agitación laboral se limita principalmente al sector formal. Las huelgas son normalmente de corta duración y de alcance limitado. Su espontaneidad y su carácter local indican falta de experiencia organizativa. La fragmentación de la mano de obra, dispersa en numerosas empresas pequeñas, también impide la movilización de un mayor apoyo. Dada la vulnerabilidad y dependencia de los trabajadores industriales en el sector informal, no sorprende que la resistencia se produzca en gran medida de forma individual, e incluye actitudes de apatía, falta de entendimiento, reticencia, elusión, retraimiento, sabotaje, pretendida obstrucción, etc. Estos tipos de comportamiento dan al trabajo nómada la reputación de ser impredecible, impulsivo y propenso a abandonar el empleo sin ninguna razón. Los empresarios manifiestan estas quejas

censurando la «falta de compromiso» de los cazadores y recolectores de salarios, pero visto desde otro ángulo, esta acción evasiva es un intento por obtener o mantener una frágil dignidad. Hay cierto grado de solidaridad pero no se basa en ninguna consideración de que todos los trabajadores pertenezcan a una misma clase obrera sin divisiones.

Los empleadores utilizan los vínculos primordiales con los que ejercer el control sobre el trabajo durante periodos de tiempo más o menos largos. A la inversa, estos compromisos localistas son igualmente importantes para que la masa de trabajadores optimice su resistencia y su margen de maniobra. Aunque esto no se exprese necesariamente en una generalizada solidaridad horizontal, es decir, en una organización y acción de clase, los trabajadores nómadas muestran no obstante señales de una conciencia social que es esencialmente proletaria por naturaleza. En mi opinión, su estructura mental y su estilo de vida son indicadores de la base capitalista de la economía tanto en sus manifestaciones urbanas como rurales⁴⁰.

Se necesita urgentemente una mayor investigación sobre las múltiples identidades de los trabajadores en los sectores formal e informal de la economía. La simplista conclusión de que todas las formaciones sociales que se desvían de lo que es una alianza de clase sin adular son una expresión de una falsa conciencia, no manifiesta demasiado entendimiento de las complicadas condiciones que determinan la cambiante y frágil existencia del trabajo asalariado en India a finales del siglo XX. Los movimientos populares que se manifiestan cada vez más en los centros urbanos y en el medio rural circundante dan voz, tanto dentro como fuera de la esfera del trabajo, a esfuerzos por alcanzar la emancipación y, más concretamente, por negar la desigualdad como el principio organizativo de la cultura y estructura social. La teoría del dualismo económico se puede dividir en dos variantes. La primera sostiene que tanto el sector formal como el informal son más o menos independientes entre sí. La segunda sugiere una estratificación jerárquica en la que el sector informal está subordinado y explotado por el sector formal. La protección de la que disfruta el circuito superior bien organizado, incluyendo a los trabajadores empleados en él, se produce a expensas de masas mucho mayores de productores y consumidores en el circuito inferior. Das ha escrito un ensayo crítico sobre los teóricos que defiende este modelo dualista.

El argumento básico de estos ataques derechistas contra los trabajadores industriales organizados en sindicatos es que son una pequeña minoría de la población total, una minoría que está recibiendo salarios desproporcionadamente elevados debido a la sólida posición negociadora en la que se ha atrincherado —gracias al «monopolio del trabajo» que han establecido al alimón con el «monopolio del capital»— y por ello son los

⁴⁰ *Ibid.*, p. 21.

principales villanos en el proceso de explotación que sufren otros sectores de la población, especialmente los campesinos⁴¹.

Sin embargo, los trabajadores industriales en el sector formal frecuentemente aumentan sus salarios por medio del pluriempleo. Estas prácticas ilustran la interconexión entre el sector formal y el informal más que la explotación del segundo por el primero. En un estudio realizado a escala local, Harris concluye que los diferentes segmentos de la mano de obra están entrecruzados por relaciones sociales más amplias⁴². Su opinión viene apoyada por estudios sobre la asignación de trabajo en los hogares de la clase trabajadora que muestran que los miembros de estos hogares están activos en ambos sectores⁴³. En mi marco analítico, por ello, se otorga un lugar primordial no a la división de los sectores sino a su mutua interpenetración. En términos de trabajo industrial, esto significa un panorama complejo y muy fragmentado en el que una amplia llanura de trabajo informal se ve interrumpida por pequeñas y grandes colinas de empleo formal. La continua movilidad de la mano de obra, la enorme cantidad de rutas entre las llanuras y las colinas y a la inversa, se añaden a la confusa imagen ofrecida por este terreno. El mercado del trabajo industrial muestra una gran diferenciación y claramente está en un estado de cambio continuo.

La protección dada al trabajo industrial organizado procede de un periodo en el que el Estado intentaba acelerar el crecimiento mediante la planificación económica, pero, incluso entonces, la prioridad política se dio a la acumulación de capital, ya que el apoyo a este factor de producción exigía que se asegurara la paz social. El motivo para regular las condiciones de empleo mediante la legislación no se debió al poder del trabajo organizado sino más bien al previsto aumento que se iba a producir en un futuro próximo. Sin embargo, el estancamiento que se produjo en la expansión del empleo formal provocó un replanteamiento crítico de la necesidad de ampliar la protección a cantidades cada vez mayores de la población trabajadora. El proyecto de fomentar una transición masiva de trabajadores hacia las fábricas modernas, después de haberles proporcionado una inicial formación técnica en los talleres del sector informal, nunca se llevó a la práctica. Además, el empleo en el sector formal no podía mantener el ritmo de crecimiento de la población trabajadora.

⁴¹ A. N. Das, «The Indian Working Class: Relations of Production and Reproduction», en A. N. Das, et al. (eds.), *The Worker and the Working Class*, cit., p. 171; véase también M. Holmström, *Industry and Inequality*, cit., pp. 17-18; T. S. Papola, et al. (eds.), *Labour, Employment and Industrial Relations in India*, cit., pp. 271-272.

⁴² J. Harris, «The Working Poor and the Labour Aristocracy in a South Indian City», cit., pp. 278-280.

⁴³ M. Holmström, *South Indian Factory Workers*, cit., pp. 56, 77; *Industry and Inequality*, cit., p. 261; U. Ramaswamy, *Work, Union and Community: Industrial Man in South India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 30-35.

¿Cuál es la importancia relativa de los dos sectores y qué cambios se han producido entre ellos con el tiempo? No hay estadísticas fiables y las estimaciones varían para las diferentes ramas de la actividad económica. En 1961, de acuerdo con Joshi y Joshi, la mitad de la población trabajadora de Mumbai pertenecía al sector informal. Sin embargo, el porcentaje de trabajadores industriales era mucho menor, alrededor del 30 por 100. De la gran mayoría de los trabajadores industriales que estaban protegidos por la legislación laboral, tres quintas partes estaban empleados en los cientos de fábricas textiles de la ciudad⁴⁴. Diez años después, de acuerdo con los mismos autores, el empleo industrial formal había aumentado pero no había sido capaz de evitar un considerable ascenso relativo del trabajo similar en el sector informal⁴⁵.

Por mi parte, considero que estas estimaciones de la magnitud del empleo en el sector formal son exageradas. La tendencia está clara: un porcentaje decreciente de los trabajadores industriales lleva una existencia en el sector formal. Holmström afirma que menos de la mitad de los trabajadores industriales están empleados en el sector formal⁴⁶. En mi opinión actualmente el porcentaje oscila entre un 10 y un 15 por 100. El resto puede dividirse aproximadamente en dos categorías: la primera es la de aquellos que no están protegidos, trabajadores regulares en talleres pequeños bajo la constante amenaza de despido (aproximadamente el 60 por 100 de los trabajadores); y en segundo lugar, los trabajadores ocasionales y el trabajo nómada (ente el 25 y el 30 por 100 aproximadamente). Estas subdivisiones también son evidentes en otros sectores como por ejemplo el comercio, el transporte y los servicios, aunque los porcentajes sean diferentes. El empleo en el sector formal solamente supone una mínima proporción en casi todas las ramas importantes de la economía. Por ello, parece obvio que la próxima investigación sobre las relaciones laborales industriales debería centrarse en esta populosa categoría intermedia de la mano de obra.

La historia de la industrialización sugiere una evolución que encuentra su clímax cuando la gran mayoría de la población trabajadora se incorpora a las fábricas. Este es el camino clásico del desarrollo económico que estructuró a la sociedad occidental. Sin embargo, la ruta capitalista seguida en India durante la segunda mitad del siglo XX claramente no ha estado de acuerdo con este modelo dominante. La importancia de la agricultura ciertamente ha disminuido, pero el trabajo expulsado de ella no se ha incorporado a las fábricas urbanas. El camino hacia el capitalismo industrial ha tomado una ruta diferente. La expansión del sector formal ha quedado muy atrasada

⁴⁴ H. Joshi y V. Joshi, *Surplus Labour and the City: A Study of Bombay*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1976, pp. 49-50.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 57-66.

⁴⁶ M. Holmström, *Industry and Inequality*, cit., p. 149.

respecto a la del sector informal; de hecho, se puede observar claramente un proceso de informalización. Mientras que la así llamada transición «normal» hacia la sociedad industrializada asume el paso del trabajo en el domicilio primero a talleres y después a grandes fábricas, en India la tendencia ha sido la inversa en muchas industrias. La abrupta interrupción del crecimiento del sector formal en Mumbai fue ocasionada por la interrupción de la producción textil en las fábricas. Los telares fueron retirados de las fábricas de la ciudad e instalados en pequeños talleres en otros lugares, a menudo en otras ciudades. En estos nuevos lugares de trabajo, las máquinas fueron manejadas por la mano de obra del sector informal⁴⁷.

Patel ha investigado las consecuencias del cierre de las fábricas de algodón en Ahmedabad, la ciudad que fue el «Manchester de India». Los trabajadores que fueron despedidos actualmente dependen para su sustento del sector informal. Tienen empleos ocasionales y ganan la mitad de sus anteriores salarios. También han perdido los derechos sociales y la protección legal que les proporcionaba un estatus⁴⁸. La regresión en el régimen de trabajo industrial incluso puede ser mayor. En algunas zonas del sur de India, los *bidis* se producían en pequeñas fábricas, pero para evitar las huelgas y la introducción de medidas legales dirigidas a mejorar las condiciones de trabajo, las fábricas cerraron y la producción pasó a realizarse en el domicilio de trabajadores subcontratados⁴⁹. La desregulación de las relaciones de trabajo industrial no se está produciendo solamente en el sector privado sino también en el público. En el sector público de la siderurgia, el acceso al trabajo protegido se niega a cada vez más trabajadores.

[...] a medida que pasaba el tiempo, las plantas siderúrgicas empezaron a emplear una considerable cantidad de mano de obra ajena al sector organizado. Después de construir una reserva creando una dualidad de trabajo en estas localidades, pasaron a explotarla [...] Hasta el 20 por 100 de la mano de obra en todo momento estaba formada por trabajo contratado (y una proporción mucho mayor en momentos de expansión de la capacidad). Esta mano de obra no recibía ninguno de los beneficios que disfrutaba el núcleo permanente; tampoco contaba con sindicatos. Además, las Castas y Tribus Registradas estaban ampliamente representadas⁵⁰.

⁴⁷ J. Breman, *Footloose Labour*, cit.

⁴⁸ B. B. Patel, *Workers of Closed Mills: Patterns and Problems of their Absorption in a Metropolitan Labour Market*, Nueva Delhi, Oxford y IBH Publishing Co., 1988; véase también R. N. Sharma, «Job Mobility in a Stagnant Labour Market», en *Indian Journal of Industrial Relations*, vol. 17, núm. 4, 1982, pp. 521-538.

⁴⁹ A. Avachat, «Bidi Workers of Nipani», *Economic and Political Weekly*, vol. 13, núm. 29 y 30, 1978, pp. 1176-1178, 1203-1205; M. Mohandas, «Beedi Workers in Kerala: Conditions of Life and Work», en *Economic and Political Weekly*, vol. 15, núm. 36, 1980, pp. 1517-1523.

⁵⁰ N. Crook, «Labour and the Steel Towns», en P. Robb (ed.), *Dalit Movements and the Meaning of Labour in India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1993, pp. 349-350.

¿Las grandes industrias van a dejar el sitio a las unidades más pequeñas? Eso parece poco probable habida cuenta de que la moderna producción industrial exige mucha tecnología y trabajo especializado. Una evolución más probable puede ser una combinación de varias formas de producción industrial: grandes fábricas, pequeños talleres y trabajo a domicilio⁵¹. Habrá que prestar una cuidadosa atención a la investigación de la economía política de estas nuevas formas de integración industrial.

Habida cuenta de la globalización de la economía, es importante tener presente el contexto internacional cuando se estudia el trabajo industrial en India. Importantes organismos internacionales muestran un considerable interés por la trayectoria de la industrialización en este país. El Banco Mundial ha sido un declarado defensor del desmantelamiento de la legislación laboral y de las provisiones sociales que protegen al empleo en el sector formal⁵². La anterior suposición de que el sur de Asia adoptaría el modelo occidental de industrialización aparentemente se ha invertido: ahora se presenta a India como la precursora del régimen laboral de producción industrial desregulada que está impulsando al país desde la periferia al centro de la economía capitalista. El informe del Banco Mundial sugiere que India, al escoger la liberalización, está tomando por fin el buen camino, pero que la desregulación debería ser más rigurosa. Estas recomendaciones no son gratuitas. Después de todo, los programas de ajuste estructural proporcionan al Banco la oportunidad de obligar a India a que tome el rumbo deseado. En cualquier caso, la actual tendencia del empleo hacia la contractualización, migración forzada y casualización facilitan la flexibilización del trabajo. Esto me lleva a concluir que hay pocos motivos para el optimismo respecto a cualquier rápida mejoría en los modos de vida y regímenes de trabajo de la enorme variedad de grupos que forman la fuerza de trabajo industrial de India.

⁵¹ M. Singh, *The Political Economy of Unorganised Industry: A Study of the Labour Process*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1990.

⁵² Banco Mundial, *World Economic Report, 1995: Workers in an Integrating World*, Washington, Banco Mundial y Oxford, Oxford University Press, 1995.

IV
EL ÉXODO DE LA MANO DE OBRA RURAL

EL SECTOR INFORMAL DE LA ECONOMÍA DE INDIA*

EL TÉRMINO «SECTOR informal» data de principios de la década de 1970 cuando fue acuñado por Hart, en un estudio sobre Ghana, para describir el empleo urbano fuera de los mercados de trabajo organizados. Esta categoría incluía una gran diversidad de ocupaciones que se caracterizaban por el empleo por cuenta propia¹. Su ensayo, que se basaba en un trabajo de campo antropológico, llamó la atención sobre la enorme variedad de actividades económicas que no estaban registradas en ningún sitio. Estas actividades, que a menudo tenían un carácter clandestino y que, en cualquier caso, estaban fuera del marco de las regulaciones oficiales, eran realizadas por una gran parte de la población de Accra para poder sobrevivir. Su improvisado y deficiente modo de vida demostraba que estas gentes vivían en su mayor medida en la pobreza y que se encontraban en el último peldaño del escenario urbano.

El concepto se volvió rápidamente popular cuando la Organización Internacional del Trabajo (OIT), como parte de su Programa sobre Empleo Mundial, envió comisiones para examinar la situación del empleo fuera de los sectores modernos, organizados, de gran tamaño e intensivos en capital de la economía. Los primeros de estos informes por países se realizaron sobre Kenia y Filipinas. Estos estudios fueron continuados por informes que examinaban las características particulares del «sector informal» en un cierto número de ciudades del Tercer Mundo como Kolkata, Yakarta, Dakar, Abidjan y São Paulo. Para complementar estos estudios monográficos, la OIT encargó un cierto número de ensayos más analíticos como los realizados por Sethuraman²

* Este texto fue presentado en el Monbusho International Symposium sobre el Sur de Asia y las Reformas Económicas, celebrado en Osaka en 1999.

¹ K. Hart, «Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana», en R. Jolly, E. de Kadt, H. Singer y F. Wilson (eds.), *Third World Employment*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

² S. V. Sethuraman, «The Urban Informal Sector: Concept, Measurement and Policy», Documentos de Trabajo, Programa de Investigación sobre Empleo Mundial, Organización Internacional del Trabajo (OIT), Ginebra, 1976.

y Kanappan³. El Banco Mundial también se unió a la acción y publicó un texto de Mazumdar⁴.

Como resultado de la manera en que el concepto había quedado enmarcado, y de la atención que posteriormente recibió de economistas del desarrollo y responsables políticos en especial, el sector informal quedó en gran medida asociado a la economía de las grandes ciudades de África, Asia y América Latina. La mayoría de estos casos respondían a sociedades con una identidad predominantemente rural y agraria en la que los procesos de urbanización habían empezado relativamente hacía poco tiempo. Las dinámicas de este cambio espacial en los modelos de asentamiento incluyen la disminución de la importancia de la agricultura como la principal fuente de la producción económica y la expulsión de los hábitats rurales de una creciente proporción de agricultores con poca tierra. Sin embargo, esta transición no ha ido acompañada por una concomitante expansión en las metrópolis de industrias tecnológicamente avanzadas y modernamente organizadas que acomodaran a esta sección de la población rural. Tan sólo una pequeña parte de la mano de obra que llega a las áreas urbanas consigue penetrar en las zonas «seguras» del empleo regular, más cualificado y por ello mejor pagado. La mayoría de los migrantes deben contentarse con un trabajo ocasional, no cualificado o pseudocualificado, sin jornada laboral fija, con un ingreso normalmente bajo que fluctúa significativamente y que, finalmente, solo está disponible por temporadas.

La descripción del sector informal se caracteriza por la vaguedad analítica. Para mostrar el amplio repertorio de ocupaciones, los autores se limitaban a menudo a una arbitraria enumeración de las actividades que uno se encuentra al recorrer las calles de las metrópolis del Tercer Mundo. Incluidos en ese desfile están los propietarios de puestos en los mercados, los vendedores de lotería, los guardacoches, los vendedores de comida y bebidas, las trabajadoras del hogar y las vendedoras en el mercado, los mensajeros y los porteros, los artesanos y los reparadores ambulantes, los trabajadores de las carreteras y de la construcción, los transportistas de viajeros y de cargas, los limpiabotas y los repartidores de periódicos. También están las numerosas ocupaciones del lado sórdido de la sociedad como proxenetas y prostitutas, traperos y buscadores de basuras, curanderos, embaucadores, contrabandistas y vendedores de drogas, mendigos, rateros y otros pequeños delincuentes. Es un colorido conjunto irregular de gente trabajadora que va arañando un sustento que la mantiene en el fondo de

³ A. Kanappan (ed.), «Studies of Urban Labour Markets Behaviour in Developing Areas», International Institute of Labour Studies, OIT, Ginebra, 1980.

⁴ D. Mazumdar, «The Urban Informal Sector», World Bank Staff Working Paper, Washington DC, 1975.

la sociedad urbana y que, en la abrumadora mayoría de los casos, vive y trabaja en circunstancias extremadamente precarias.

Orígenes

La división de la economía urbana en dos sectores puede verse como una variante de las teorías del dualismo que anteriormente estaban ampliamente extendidas. Basándose en la Indonesia colonial, el economista holandés Boeke, lanzó la idea de que a principios del siglo XX los productores nativos no habían internalizado en su comportamiento los principios básicos del *homo economicus*. Las ilimitadas necesidades y su aplazada gratificación de acuerdo con una valoración racional de los costes y beneficios, no determinaban en Oriente el modo de vida campesino. Por el contrario, su modo de vida estaba determinado por la inmediata e impulsiva gratificación de limitadas necesidades. Esta doctrina colonial de lo que Boeke denominaba el *homo socialis*, regresaría más tarde en los estudios del desarrollo en la imagen de las masas trabajadoras de los países subdesarrollados como gentes que obstinadamente se negaban a responder a la primacía del estímulo económico. El rechazo del axioma de que hay una diferencia real en la racionalidad y en el comportamiento optimizador entre las civilizaciones de Oriente y de Occidente acabaron en la construcción de una nueva contraposición en el desarrollo económico poscolonial, concretamente la que se producía entre el campo y la ciudad. Este contraste espacial se correspondía más o menos con una división sectorial entre agricultura e industria. La humanidad occidental estaba reemplazada por el complejo ciudad-industria como el factor dinámico contra el que el pueblo y la agricultura parecían estáticos y diametralmente opuestos.

La nueva teoría del dualismo, como su predecesora, estaba asociada con el ascenso del capitalismo como el principio organizador de la vida económica. Aunque al grueso de los campesinos en los pueblos se les atribuía una perspectiva limitada a la supervivencia, se esperaba que la industria moderna se concentrara fuera del sector agrario y en el entorno urbano. Según esta línea de pensamiento, la contradicción entre ambos sectores no era realmente una contradicción fundamental sino que simplemente reflejaba las diferentes etapas de desarrollo que correspondían a la dicotomía tradicional/moderno. El concepto de dualismo en este sentido fue utilizado en primer lugar por Lewis⁵, y posteriormente por Fei y Ranis⁶, con el propósito de examinar el flujo de trabajo superfluo desde la economía de subsistencia rural y seguir el camino de esta mano de obra a los polos de desarrollo

⁵ W. A. Lewis, «Economic Development with Unlimited Supplies of Labour», *The Manchester School of Economic and Social Studies*, vol. 22, núm. 2, 1954, pp. 139-191.

⁶ J. C. H. Fei y G. Ranis, *Development of the Labour Surplus Economy: Theory and Policy*, Homewood, Irwing Publishing Company, 1964.

urbanos como parte de la gradual expansión de la producción no agraria. Para este modelo de interpretación, el proceso de transformación social en los países en vías de desarrollo es similar al proceso capitalista evolutivo que se produjo en el mundo del Atlántico en una fase anterior.

Contra este telón de fondo hay que entender la última versión del modelo dualista que se analiza ahora. Las aglomeraciones urbanas no están creciendo exclusivamente, o incluso principalmente, como centros de producción industrial tecnológicamente avanzados según criterios capitalistas. Además de la presencia de un circuito económico que encaja en esa descripción, también hay un sector formado por una pléthora de actividades de una naturaleza completamente diferente. Términos clave como «gestión moderna» y «organización capitalista» parecen ser escasamente relevantes para este sector. El lento avance de la industrialización y la presencia de un exceso de mano de obra, como consecuencia del aumento del crecimiento demográfico junto con la expulsión de la economía agrícola, se consideran las principales causas que condujeron a un sistema dualista en las ciudades del Tercer Mundo. Los escalones inferiores de este orden bipolar están formados por las masas de trabajadores pobres que tienen un índice de productividad mucho más bajo que los que están en el sector tecnológicamente avanzado de la economía, un sector al que este segmento de la población urbana que crece rápidamente no tiene acceso ahora ni quizá lo tenga nunca.

¿Se pueden considerar como «tradicionales» el amplio abanico de actividades de las que dependen los trabajadores del sector informal? Esta es la idea estereotipada de estos modos de producción en los que el énfasis se pone en su carácter obsoleto y anticuado. Estos trabajadores dependen de habilidades ocupacionales verdaderamente simples y emplean unas muy exiguas e inadecuadas herramientas. Su escasa disponibilidad de medios de producción basados en la tecnología punta provoca un rendimiento del trabajo que casi siempre es muy bajo. Una consecuencia de esto es que para conseguir arañar un mínimo de ingresos la jornada de trabajo es extremadamente larga mientras que el trabajo es físicamente tan exigente que la mala salud es algo habitual. Un argumento en contra de esta tendencia a describir al sector informal como tradicional y «precapitalista» es el hecho de que entre la enorme variedad de actividades que entran dentro de esta categoría, una gran cantidad fueron creadas de hecho por la transformación capitalista del entorno urbano. Sería engañoso sugerir que el dualismo urbano que se observa está modelado, por un lado, por un dinámico polo de crecimiento marcado por la tecnología avanzada y una innovadora gestión organizativa y, por otro, por un circuito más o menos estático de arraigadas y diversas actividades precapitalistas que no se resignan a desaparecer pero que han quedado obsoletas. En vez de hablar de una contradicción que desaparece gradualmente entre lo «moderno» y lo «tradicional» o entre lo capitalista y lo

no capitalista, lo que hay que resaltar es la drástica reestructuración de todo el sistema económico en el que el elemento más importante es la interdependencia entre los diferentes sectores.

Esta conclusión procede en parte de una valoración de la transformación que se produjo en el mundo occidental durante un periodo de más de un siglo y para la cual el doble proceso de urbanización e industrialización fue de gran importancia. Sin llegar a sugerir que las sociedades que hasta hace poco eran rurales-agrarias están actualmente experimentando un proceso de cambio similar, no obstante me gustaría llamar la atención sobre el hecho de que lo que actualmente se denomina el sector informal, caracterizado por muchas formas de autoempleo y de producción de pequeñas mercancías, también ha sido durante mucho tiempo una llamativa característica de las economías urbanas del hemisferio norte. La investigación sobre las diversas formas del sector informal en los países en vías de desarrollo, tal y como ha sido realizada desde la década de 1970, está lastrada por la virtual falta de comparación con los muy profundos cambios en la organización del trabajo que durante los dos últimos siglos acompañaron a la emergencia de las economías metropolitanas en otras partes del mundo. Esta falta de perspectiva histórica coincide con la formación intelectual de la mayoría de los investigadores, principalmente economistas especializados en el desarrollo y responsables políticos, que tienen poca necesidad de entender el problema dentro de un lapso de tiempo que resalte en vez de oscurecer los continuos efectos del pasado sobre el presente.

Clarificación y definición de conceptos

Uno de los primeros informes de la OIT sobre este tema analizaba el sector informal centrándose en una serie de características: fácil entrada para nuevas empresas, dependencia de recursos autóctonos, propiedad familiar, operaciones a pequeña escala, mercados competitivos y no regulados, tecnología intensiva en trabajo y cualificaciones de los trabajadores adquiridas informalmente. La presunción que se encuentra detrás de esta descripción es que lo contrario de todas estas características se aplica al sector formal de la economía. Con esta definición, que está construida sobre un implícito contraste, el criterio diferenciador no es el tipo de actividad económica sino la manera en que se realiza. En formulaciones ligeramente diferentes y complementadas por nuevas sugerencias, esta lista de indicadores se encuentra en una multitud de estudios posteriores. Ciertamente es posible cuestionar la inclusión de algunos de estos rasgos. Por ejemplo, profesionales muy cualificados del sector formal como abogados o contables a menudo manejan sus negocios de una forma que no satisface el criterio del funcionamiento a gran escala. Y de nuevo es igualmente engañoso dar por supuesto que en los escalones

inferiores de la economía urbana los recién llegados pueden establecerse sin problemas como vendedores ambulantes, limpiabotas o mendigos en cualquier esquina de la calle. Además, las características a las que inicialmente se otorgaba mucha importancia —como el origen extranjero del capital o de la tecnología, la utilización principalmente de trabajo asalariado, la gran e impersonal distancia entre la oferta y la demanda de mercancías y servicios— en un examen más detallado, no parecen constituir la línea divisoria entre lo formal y lo informal. La respuesta fácil a esta crítica es que el dualismo urbano no debe entenderse asumiendo la validez de todas y cada una de las características por separado sino, más bien, de la estructura total de una construcción ideal. Lo informal sería entonces toda una gama de actividades económicas caracterizadas por la pequeña escala, baja intensidad de capital, una tecnología inferior, la baja productividad, el trabajo y propiedad mayoritariamente familiar, la falta de formación o la formación obtenida «en el trabajo», la fácil entrada y, finalmente, una clientela pequeña y normalmente pobre. Con esta formulación, la atención se centra en la subdivisión de la economía urbana en dos circuitos independientes, cada uno de ellos con su propia lógica, consistencia estructural y dinámica.

Otra modalidad del concepto de dualismo económico proviene del contraste entre la actividad que está oficialmente registrada y sancionada por la normativa vigente y la que no lo está. En este caso, el término informal se refiere a operaciones que se mantienen fuera de la vista y del control del gobierno y, en este sentido, también designa a la economía «paralela», «sumergida» o «en la sombra». El reconocimiento legal en el que se puede apoyar el sector formal no se expresa solamente en la recaudación de impuestos por diversas regulaciones de protección. El acceso mucho más fácil al aparato del Estado que tienen los propietarios o directivos de empresas en el sector formal lleva a unas ventajas desproporcionadas en la concesión de diversas facilidades como créditos y licencias, así como en la utilización selectiva de normativas legales de lo que está permitido y lo que no lo está. El tratamiento privilegiado que reclaman los intereses del sector formal pone en desventaja o incluso criminaliza a las actividades del sector informal cuando estas, por ejemplo, se consideran un obstáculo para el tráfico en las calles o una amenaza para el «orden público». Las actividades no reguladas también pueden chocar con la ideología dominante del Estado. En los antiguos regímenes socialistas de Europa Central y del Este, los productores complementaban sus ingresos con transacciones en el mercado negro tanto fuera como dentro de la jornada laboral. La conversión al libre mercado de los dirigentes del Partido Comunista en la China posterior a Mao fue acompañada por la legalización de diversas actividades económicas de naturaleza informal que hasta entonces no estaban permitidas o ante las que se cerraban los ojos. Cuando utilizó por primera

vez el concepto, Hart no dejó de llamar la atención sobre la inclinación criminal de algunas de las actividades que señalaba. La asociación de lo informal con lo subversivo o lo ilegal es en parte el resultado de una falta de voluntad por reconocer el valor económico de los suministradores de estos bienes y servicios. También habría que ser conscientes de que excluir a este gran ejército de desheredados del acceso al espacio, el agua y la electricidad solo sirve para fomentar la utilización clandestina de esos servicios y el incumplimiento de las normas sobre salud pública. Aun así, las autoridades se muestran propensas a realizar violentas campañas contra estas infracciones de la ley. En cualquier caso, está claro que el gobierno no está ausente en este entorno sino que, por el contrario, se preocupa activamente por imponer la disciplina en este sector.

Además, la línea divisoria en el modelo de dos sectores tiene que trazarse de manera muy diferente cuando se trata del cumplimiento de la legislación y de la normativa vigente. La tendencia a concebir a la economía informal como un circuito no registrado, no regulado y por ello libre de impuestos, ignora la facilidad con la que aquellos que tienen poder, especialmente el personal de los organismos gubernamentales responsables del cumplimiento de las normativas y leyes formales, consideran a esta industria sin regulaciones como su coto privado de caza. Además, sería una gran distorsión de la realidad el disociar ciertos fenómenos —como el fraude, la corrupción, las exigencias de dinero privado para protección y sobornos y, más en general, la conversión de recursos públicos en beneficios privados— de las transacciones realizadas en la economía del sector formal que es donde principalmente se producen. Esto explica en gran parte por qué no solo los ingresos legales de políticos y responsables de las políticas, que son parte de la elite, sino también los salarios básicos de los trabajadores situados en los escalones inferiores de la sanidad, de los agentes de policía y de los maestros se encuentran muy por debajo de sus ingresos de naturaleza «informal».

La tercera y última variante de la dicotomía del sector formal/informal se relaciona con la existencia de mercados de trabajo divididos. Una primera característica que se ha de analizar es el grado de división de la mano de obra. La mano de obra en el sector formal se utiliza normalmente dentro de una compleja organización del trabajo formada por un conjunto de tareas específicas que están interrelacionadas pero que tienen una jerarquía y están diferentemente valoradas y que, en diferentes grados, requieren una formación previa. El funcionamiento a pequeña escala, combinado con la baja intensidad de capital del empleo en el sector informal, implica muy poca o ninguna diferenciación de tareas y requiere unas habilidades y conocimientos que se adquieren en la práctica diaria.

Se sabe poco sobre el tamaño, origen y composición de la población trabajadora en el sector informal debido a la falta de datos precisos, continuados o periódicos. Las estadísticas de trabajo que se poseen están principalmente limitadas a la oferta y demanda de trabajadores permanentes, que son contratados y despedidos en base a criterios objetivados en los escalones superiores de la economía urbana. Ese registro es un resultado, así como una condición, del mayor control de la economía por las legislaciones vigentes. Por ello, no sorprende que los estudios sobre el empleo y las relaciones laborales se hayan centrado principalmente en el segmento superior del orden urbano. Habida cuenta de las características antes mencionadas, el nombre alternativo para el sector informal como la zona de trabajo no organizado o no registrado es comprensible, e igualmente claro es un tercer sinónimo, el sector no protegido. Simplemente no hay normas legales respecto a la entrada en el sector ni sobre las condiciones y circunstancias bajo las que la mano de obra se pone a trabajar. Si se han introducido algunos estándares elementales –como el establecimiento de un salario mínimo, la prohibición de trabajo que sea perjudicial para la salud y la prohibición del trabajo infantil y de prácticas de servidumbre– falta una maquinaria que obligue a su cumplimiento. El carácter organizado, registrado y protegido del trabajo en el sector formal es diametralmente opuesto a esta situación. En términos de organización hay otra ventaja de la que disfrutaban los trabajadores del sector formal, concretamente, la posibilidad de crear sus propias asociaciones para defender sus intereses comunes cuando tratan con los empresarios o con el gobierno. Esta forma de acción colectiva aumenta la eficacia de la protección existente y, al mismo tiempo, es un medio de ampliarla. En el escenario del sector informal, los sindicatos se encuentran en contadas ocasiones, lo cual contribuye aún más al mantenimiento de salarios bajos, de la vulnerabilidad social y de las miserables condiciones del empleo.

La introducción del concepto de «sector informal» irrefutablemente ha llamado la atención sobre la desordenada masa de actividades –no reguladas, fragmentadas e infinitamente diversas– por medio de las que una gran parte de la población trabajadora consigue sobrevivir, normalmente con un elevado grado de dificultad. Anteriormente, la investigación sobre el empleo urbano estaba casi siempre limitada a la mano de obra de las fábricas y de otras empresas modernas, junto a temas recurrentes como el origen rural de la nueva población trabajadora, su adaptación a un modo de vida industrial y las relaciones laborales en estas grandes empresas. Con el traslado de la atención hacia el sector informal, se ha puesto fin a la largamente fomentada idea de que la gran cantidad de trabajadores que no se han incorporado, de una manera regular y estandarizada, al proceso de trabajo deberían ser considerados de hecho como desempleados. Pero, por otro lado, la discusión sobre el sector informal ha planteado más preguntas de las que ha contestado, es

resultado, entre otras cosas, de una falta de precisión en la definición que supone que todo lo que se considera que no pertenece al sector formal queda categorizado dentro del concepto de «informal». Esta temprana suposición da un sesgo tautológico a la diferencia hecha entre los dos sectores.

El dualismo que ha sido analizado se refiere algunas veces al mercado del trabajo, otras a circuitos económicos con diferentes modos de producción y en otros casos a actividades económicas permisibles frente a las clandestinas o plenamente criminales. A menudo hay una combinación de todas estas variantes con la sugerencia, implícita o explícita, de que los diferentes criterios de la división dual van paralelos entre sí. Yo estoy en total desacuerdo con esta idea. Uno de los problemas de definición surge precisamente de la discordancia entre las diferentes dimensiones del concepto de dualismo. Por ejemplo, simplemente no es cierto que los trabajadores del sector informal produzcan bienes y realicen servicios únicamente, o principalmente, para clientes de su propio entorno. Igualmente a la inversa, muchas mercancías del sector formal encuentran su camino hasta consumidores del sector informal. Además, las regulaciones del sector formal son soslayadas frecuentemente transfiriendo alguna o todas las actividades de la empresa al sector informal. Estos son solamente algunos ejemplos arbitrarios, entre muchos, de la interdependencia de los dos sectores.

Resulta significativo que autores que basan su trabajo en la investigación empírica se muestren a menudo críticos con la conceptualización formal/informal. De mi larga experiencia de estudio de relaciones de trabajo rurales y urbanas en India occidental, llego a la conclusión de que el concepto es útil solamente en un sentido general. En mi opinión, el sector informal no puede ser delimitado como un circuito económico separado y/o como un segmento de la mano de obra. Por ello, los intentos de mantener esta estricta delimitación crean innumerables inconsistencias y problemas que más tarde se aclararán. En vez de un sector de dos modelos, hay una diferenciación mucho más compleja de la economía urbana que debería ser el punto de partida y de análisis. La reducción a solamente dos sectores uno capitalista y el otro no capitalista o precapitalista no refleja la realidad de la complejidad del trabajo y la producción. Una objeción final, quizá de mayor importancia, es que, asumiendo un modelo dualista, las interrelaciones entre los varios componentes de la economía amenazan con perderse de vista. En vez de dividir el sistema urbano en dos sectores, quiero resaltar el carácter fragmentado del conjunto del mercado de trabajo. En lugar de ver los fragmentos separados como mutuamente excluyentes, en mi análisis la relación entre ellos es decisiva⁷.

⁷ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994; J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Tamaño y dinámica

Las estimaciones del tamaño del sector informal no son muy precisas. Las cifras que se han publicado sobre varios países o ciudades difieren bastante, una variación que no significa necesariamente diferencias reales de la estructura económica o de las evoluciones que se han producido con el tiempo. Los cálculos que se citan con mayor frecuencia suelen fluctuar entre el 30 y el 70 por 100 de la mano de obra urbana. Este abanico tan grande es indicativo de la grave falta de claridad terminológica. Desde la primera utilización del concepto se ha evidenciado una tendencia al alza, tanto del número total de trabajadores como de la proporción que representa el sector informal. Prácticamente todos los estudios recientes sobre este tema asumen que por lo menos la mitad de la población de las metrópolis del Tercer Mundo puede categorizarse como perteneciente al sector informal, mientras que esta proporción es todavía mayor en las ciudades de menor tamaño y en los pueblos. El cambiante criterio utilizado –incluyendo la naturaleza del trabajo (industria, comercio, transporte o servicios); la escala de funcionamiento (más o menos de diez trabajadores por empresa); la utilización de otros factores de producción además del trabajo (energía y tecnología)– excluyen prácticamente una comparación sistemática de los cálculos para diferentes lugares y años. Basándose en las estadísticas oficiales, derivadas del requerimiento de registrar la mano de obra del sector formal, Visaria y Jacob calcularon que en 1972-1973 18,8 millones de trabajadores de un total de 236,7 en India pertenecían a esta categoría. En 1991 su número había aumentado a 26,7 millones de un total de 345,5. Por lo tanto, en el primer y en el último año, el empleo en el sector formal representaba menos del 8 por 100 de la mano de obra total⁸. Aquí puedo añadir que tengo poca confianza en la exhaustividad y fiabilidad de las cifras sobre las que se basan estos cálculos. Además, se debe tener en cuenta que los bancos de datos sobre empleo y relaciones laborales recopilados por organizaciones internacionales como la OIT y el Banco Mundial no son mucho mejores.

Un grave problema metodológico es que a ambos lados de la línea divisoria, la población trabajadora está muy diferentemente formada. La utilización del término «económicamente activo» tiene un problemático significado incluso para el sector informal. No solo las mujeres sino también los mayores, los pequeños y los menos capacitados a menudo también participan en el proceso de trabajo aunque su fuerza de trabajo se utilice de forma irregular. También se aplica a la fuerza de trabajo de varones adultos aptos para el trabajo en la plenitud de su fuerza física. La proporción entre

⁸ P. Visaria y P. Jacob, «The Informal Sector in India: Estimates of its Size and Needs and Problems of Data Collection», en *Working Paper Series* n.º 70, Ahmedabad, Gujarat Institute of Development Studies, 1995, p. 14.

los que aportan ingresos y los que no lo hacen en hogares homogéneos del sector informal es mayor que en los hogares del sector formal puro. Sin embargo, por otra parte, los miembros trabajadores de los hogares del sector formal tienen un empleo más permanente. Pero calcular que de los miembros trabajadores de los hogares del sector informal solamente uno de cada ocho es una mujer, como Papola calculó sobre la base de la investigación en Ahmedabad, parece indicar una importante falta de datos en términos de género⁹. Similarmente, hasta hace poco ha habido una sistemática subestimación del alcance del trabajo infantil. La información que proporciona la misma fuente de que los niños forman solamente el 8 por 100 de los trabajadores en los hoteles y restaurantes no registrados es muy improbable. La proporción real de estos jóvenes «ayudantes», entre cinco y catorce años, debe ser por lo menos el doble de esa cifra.

La duración de la jornada de trabajo en el sector informal es considerablemente mayor que en el sector formal y a menudo se prolonga por la noche. Tampoco hay días libres cada semana, mientras que las festividades anuales se celebran mucho menos o no se celebran en absoluto. Por otra parte, el ciclo de trabajo anual tiene unas fluctuaciones estacionales mucho mayores. El efecto neto de todos estos factores sobre el tamaño y la intensidad de la fuerza de trabajo en los sectores formal e informal es difícil de establecer. Para obtener una perspectiva sobre las condiciones de vida de las masas de pobres, hay que dar prioridad a la investigación empírica en el ámbito de los hogares. Solamente asumiendo que una gran parte de los miembros de los hogares situados en el fondo de la escala urbana, si es que no todos, y al margen de la edad, sexo o grado de capacidad física, están o quieren estar parcial o completamente incorporados al proceso de trabajo, es posible entender la relativa elasticidad con la que contrarrestan el desempleo, la gran fluctuación de los ingresos y otra adversidades.

La específica naturaleza de los acuerdos de trabajo en el sector informal parece sugerir una gradual continuidad desde el empleo al no empleo en vez de una clara ruptura. La consecuencia de esta peculiaridad es que los rasgos característicos del trabajo informal no son la permanencia y la seguridad sino por el contrario la irregularidad y la vulnerabilidad. Esto hace que un análisis del mercado de trabajo sea una cuestión extremadamente arbitraria e incluso discutible. Los intentos por realizar un análisis cuantitativo de un trabajo —que no está estandarizado y que se realiza irregularmente— en términos de medidas exactas y cálculos claros pueden surgir de una metodología de la investigación que se basa en ideas del sector formal. Las recurrentes quejas de los investigadores sobre la caótica apariencia y la

⁹T. S. Papola, *Urban Informal Sector in a Developing Country*, Nueva Delhi, Vikas Publishing House, 1981, p. 122.

falta de transparencia del sector informal deberían considerarse desde esta perspectiva. Esto explica por qué los análisis sociológicos y económicos del mercado de trabajo están tan fuertemente distorsionados por la recogida de datos sobre empresas del sector formal. Desde luego, el pequeño tamaño de este sector no justifica en absoluto esta inclinación. El contraste entre los extremos opuestos de la economía urbana es fácil de describir. Sin embargo, en el amplio espectro social entre estos dos polos, donde el trabajo formal y el informal se funden, no hay una clara línea divisoria. En consecuencia, considero que la imagen de una dicotomía es demasiado simple y se puede sustituir mejor por la idea de una continuidad.

Los primeros estudios del concepto de sector informal creaban la impresión de que este segmento de la economía urbana funcionaba como una sala de espera para una corriente de migrantes expulsados de la economía rural que aumentaba rápidamente. Se consideraba simplemente como la primera «parada» en el nuevo entorno. El trabajo que realizaban les proporcionaba la habilidad y el estímulo para desarrollar sus capacidades como microempresarios. Aquellos que completaban satisfactoriamente este aprendizaje cruzaban la brecha que les separaba del sector formal. La promesa de movilidad social que expresaba este optimista escenario, sin embargo, en la práctica parece que solo la ha alcanzado una pequeña minoría. Una y otra vez, los resultados de numerosas investigaciones muestran que una parte muy considerable de los trabajadores del sector informal han nacido y crecido en la ciudad y que, al final de sus vidas laborales, no se han alejado demasiado del punto donde empezaron: el fondo de la sociedad urbana.

Una dinámica completamente diferente, en un sentido institucional, no individual, surge de la idea de que el sector informal no es más que un fenómeno transitorio provocado por la masiva expulsión de la economía rural-agraria. Habida cuenta de que el crecimiento del empleo en el sector formal es más lento de lo que sería necesario para acomodar completa e inmediatamente a todo este éxodo, hay un excedente temporal de gente en las capas inferiores del sistema urbano. A medida que se acelera el crecimiento urbano, la necesidad y la importancia del empleo en el sector informal va disminuyendo y, finalmente, poco o nada quedará de esta «zona de amortiguación». En mi conclusión mostraré que esta representación no es más que una expectativa totalmente ilusoria.

¿Un fenómeno urbano?

Uno de los defectos del debate sobre el sector informal es la infatigable preocupación por la economía urbana. Resulta difícil sostener que hay un dualismo en el orden urbano pero que, por el contrario, el medio rural se caracteriza por su homogeneidad. No hay duda de que la economía agraria

in toto demuestra unas ciertas características que son muy similares a la actividad del sector informal. Esto es cierto en cuanto a la manera en que se realiza la producción y además se refleja en el modelo de empleo. Por otra parte, no resulta tan descabellado clasificar a las explotaciones agrícolas, a las minas o a las agroindustrias en las zonas rurales como empresas del sector formal ya que tienen muchas de las principales características. ¿Por qué entonces la atención de la mayoría de los estudios sobre este tema se dirige a la economía urbana? Esta preocupación parece tener su origen en la equivocada suposición de que el medio rural es el terreno casi exclusivo de la agricultura que, a su vez, ocupa a una población campesina prácticamente homogénea. Aquí estamos hablando de una imagen monolítica que no permite una división sectorial en términos de formal e informal. Además, este modelo de tres compartimientos (uno rural y dos urbanos) sugestivamente indica una dirección de las dinámicas sociales: los campesinos migran a la ciudad donde encuentran trabajo y un ingreso en el sector informal antes de dar el salto al sector formal de la economía. Contra esta ilusoria línea de razonamiento mantengo que, al margen de las reservas que se puedan tener sobre la validez del concepto de sector informal, es imposible, en la teoría y en la práctica, declarar que este concepto solo se puede aplicar al ámbito urbano. Hay algunos otros investigadores que comparten esta crítica y llaman la atención sobre las características dualistas que se manifiestan en la organización de la producción agraria¹⁰.

Los análisis basados en una exhaustiva totalidad de las actividades económicas, independientemente de que estén localizadas en zonas urbanas o rurales, resaltan el pequeño volumen del empleo en el sector formal en India. Como se ha mencionado anteriormente, Visaria y Jacobs establecieron una cifra de no más del 8 por 100. De acuerdo con estos investigadores, esta extremadamente sesgada división está causada principalmente por la posición dominante de la población trabajadora agraria, que está formada casi exclusivamente por trabajadores del sector informal. La proporción de 92/8 es tan extremadamente desigual que no puede ser considerada como una base adecuada para el análisis sectorial. Esto me lleva a excluir a la agricultura, tanto en términos de producción como de trabajo, y a emplear la dicotomía formal/informal como un marco para el análisis de todas las demás ramas de la economía en su conjunto; en otras palabras, no divididas en función de la ciudad o el campo. Es un punto de partida que toma en cuenta mi objeción de que hay una tendencia a considerar al sector informal exclusivamente como un fenómeno urbano, y que ayuda a resaltar la magnitud del empleo informal no agrario en la economía rural. Toda clase de oficios, el comercio y el transporte así como los servicios con diferentes grados de especialización

¹⁰N. V. Jaganathan, *Informal Markets in Developing Countries*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1987.

siempre han sido ocupaciones importantes tanto en el pasado como en el presente. El tamaño y la importancia de este trabajo no agrario, realizado como la principal actividad del trabajador o como un complemento, ha aumentado significativamente en muchas partes de India en las últimas décadas. El cuadro 1 pone de manifiesto el cambio en la composición de la mano de obra en los últimos veinte años; el declive de la importancia del empleo en la agricultura, especialmente a la vista del crecimiento de la actividad del sector informal en otros sectores económicos.

CUADRO 1

TRABAJADORES AGRÍCOLAS Y NO AGRÍCOLAS (EN MILLONES), CLASIFICADOS EN BASE AL SECTOR FORMAL/INFORMAL, INDIA, DE 1972-1973 A 1987-1988

Rama de la Industria	1972-1973			1977-1978		
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total
Agricultura	1,1	173,8	174,9	1,2	189,7	190,9
No agrícola (a)	17,7	44,1	61,8	20,0	57,9	77,9
Total	18,8	217,9	236,7	21,2	247,6	268,8

Rama de la Industria	1983			1987-1988		
	Formal	Informal	Total	Formal	Informal	Total
Agricultura	1,3	206,3	207,6	1,4	209,7	211,1
No agrícola (a)	22,7	72,5	95,2	24,3	89,3	113,6
Total	24,0	278,8	302,8	25,7	299,0	324,7

Fuente: National Sample Survey [Encuesta Nacional por Muestreo], citada por P. Visaria y P. Jacob¹¹.

(a) Esta categoría incluye minería, extracción de piedra, manufactura, construcción, electricidad, gas, agua, comercio, hoteles y restaurantes, transporte, almacenamiento, comunicaciones y servicios.

Incluso tomando en cuenta todas las críticas posibles sobre la exactitud de las cifras, que proceden de estadísticas del Gobierno, todavía son lo suficientemente sólidas como para proporcionar una perspectiva sobre la tendencia de la transformación económica a largo plazo. En primer lugar, el empleo en la agricultura descendió del 74 por 100 en 1972-1973 al 65 por 100 quince años después. En el mismo periodo, el trabajo no agrícola creció del 26 al 35 por 100. El número de personas empleadas fuera de la agricultura aumentó de 61,8 millones en 1972 a 113,6 en 1987-1988. Según otra fuente, en los hogares rurales de India a finales de la década de 1980 el trabajo fuera de la agricultura fue la principal fuente de ingresos para uno de cada cuatro

¹¹ P. Visaria y P. Jacob, «The Informal Sector in India», cit., pp. 17-18.

varones y una de cada seis mujeres¹². El crecimiento que mostraban estas cifras está principalmente propulsado por actividades que caen dentro del sector informal. El índice de crecimiento anual de este sector es del 4,9 por 100, que es más del doble del crecimiento del sector formal. Es importante señalar que la aceleración de la diversificación de la economía rural no se corresponde con un aumento de la formalización del empleo. Un ejemplo está en la aparición de una importante agroindustria en el sur del estado de Gujarat: para la recogida de la cosecha y el procesado de la caña de azúcar todos los años se movilizan grandes cantidades de trabajadores migrantes de la cercana Maharashtra y de otras zonas de reclutamiento; al finalizar la campaña, tienen que abandonar la zona otra vez¹³. Como se dice en la conclusión, este estancamiento del empleo en el sector formal es un fenómeno más general que va mucho más allá del contraste entre la ciudad y el campo y, por ello, tiene que entenderse dentro de un contexto más amplio.

Modalidad de empleo

El trabajo por cuenta propia se describe, en gran parte de los estudios, *como* la columna vertebral del sector informal. Cuando introdujo el concepto, Hart hablaba de esto *como* la característica más significativa. La diferenciación entre oportunidades de ingresos formales e informales se basa esencialmente en la que existe entre el trabajo asalariado y el trabajo por cuenta propia¹⁴. Posteriormente muchos autores se expresaron en el mismo sentido. Un ejemplo bastante arbitrario es Sanyal, que en un análisis de la política del sector informal declara, sin ninguna reserva ni evidencia empírica, que la mayoría de la población del sector informal urbano vive de los ingresos que obtiene con el trabajo por cuenta propia¹⁵. Esta es desde luego la conocida imagen de la multitud de gente que hace todo tipo de trabajos y arreglos, que se mueve al aire libre o que sobrevive de un trabajo realizado en el domicilio, pero que siempre lo hace por su cuenta y riesgo. En estas descripciones, el énfasis se pone firmemente en el ingenio y la energía que demuestran estos trabajadores por cuenta propia así como en la rapidez con que reaccionan ante nuevas oportunidades, sin olvidar el orgullo que muestran por ser sus propios patronos. Algunos autores hablan de estos trabajadores como miniempresarios y tienden a describir el sector informal como un caldo de cultivo para una actividad empresarial más sofisticada que, por ser de mayor escala y capitalista, solo se puede desarrollar en el sector formal. Aquí reconocen el perfil de los hombres que se han hecho a sí mismos, formados por la práctica y

¹² G. K. Chadha, «Non-farm Employment for Rural Households in India: Evidence and Prognosis», en *The Indian Journal of Labour Economics*, vol. 36, núm. 3, 1993, pp. 296-327.

¹³ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers*, cit., pp. 133-287.

¹⁴ K. Hart, «Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana», cit., pp. 66-70.

¹⁵ B. Sanyal, «Organizing the Self-Employed», *International Labour Review*, vol. 130, núm. 1, 1991, p. 41.

endurecidos en la lucha por la existencia diaria, los hombres que empezaron siendo pequeños pero una vez que maduraron, fueron capaces de convertirse en verdaderos capitanes de la industria.

Otra escuela más crítica de pensamiento está representada por autores que describen y analizan el sector informal en términos de la pequeña producción de mercancías. En estos estudios, el énfasis se pone en el limitado espacio de maniobra en el que operan los trabajadores por cuenta propia y en su dependencia de proveedores que les hacen pagar productos de mala calidad o con sobreprecio y de prestamistas que imponen intereses desmesurados por préstamos a corto plazo. Estos autores presentan un panorama en el que los vendedores callejeros son presa fácil para la policía, las trabajadoras del sexo están en manos de sus proxenetas, los señores de la zona exigen dinero a cambio de protección, los trabajadores en sus domicilios no pueden ofrecer ninguna resistencia a las prácticas de contratistas o de los agentes que les encargan el trabajo, y así sucesivamente.

Lo que se describe como trabajo por cuenta propia en el que el productor asume los riesgos, es de hecho una forma más o menos camuflada de trabajo asalariado. Hay una amplia diversidad de acuerdos que realmente muestran una gran similitud con relaciones de arrendamiento o aparcería en la agricultura, donde el principio del trabajo por cuenta propia está tan socavado en la práctica que la dependencia del terrateniente apenas se diferencia de la de un trabajador contratado. Esto es cierto para muchos de los actores que operan en el sector informal como los que «alquilan» una bicicleta o un moto-taxi y que tienen que entregar una considerable parte de sus ingresos diarios al propietario del vehículo, o los vendedores callejeros a los que a primera hora de la mañana se les suministran sus mercancías a crédito o a comisión del suministrador y por la noche, después de devolver la mercancía no vendida, se enteran de lo que han ganado con sus transacciones. La fachada del empleo por cuenta propia se refuerza más aún por modos de pago que a menudo están asociados con prácticas del sector informal. Por ejemplo, la subcontratación de la producción a trabajadores en domicilio es algo habitual. El trabajo a destajo y el *job work* sugieren un grado de independencia que es diferente a la relación entre trabajadores asalariados y empleadores en el sector formal. En este último caso, el tiempo trabajado es la unidad para calcular el salario mientras que ese salario también se paga regularmente: al día, a la semana o al mes. El pago regular de ese salario confirma el estatus del trabajador como un empleado permanente. Por otra parte, el sistema de trabajo a domicilio y los trabajos aislados y ocasionales están en este aspecto mucho más cerca del trabajo por cuenta propia.

Por último, y no menos importante, no hay ninguna razón válida para describir el trabajo asalariado como un fenómeno inextricablemente unido al sector formal. El paisaje del sector informal está lleno de pequeñas

empresas que no solo utilizan mano de obra no remunerada, requisada del hogar o del círculo familiar, sino todavía más de personal que es contratado para un propósito especial. Sin embargo, esto no siempre toma la forma de una inequívoca y directa relación empleador/empleado. Hay diferentes intermediarios –que proporcionan materias primas y luego recogen productos acabados o semiacabados de trabajadores en el domicilio, o *jobbers* que reclutan y supervisan cuadrillas de trabajadores indocumentados– que actúan como agentes del que en última instancia es el patrón. En todos estos casos, sería incorrecto construir un marcado contraste entre el empleo por cuenta propia y el trabajo asalariado que se correspondiera con la división entre sector formal e informal.

Semejante división también entraría en conflicto con la multiplicidad ocupacional que caracteriza al trabajo ocasional. La mayor parte de estos trabajadores están continuamente a la búsqueda de fuentes de ingresos y realizan una amplia variedad de puntuales trabajos en un periodo de tiempo relativamente corto, una semana, un día o incluso unas cuantas horas. Estas actividades algunas veces parecen caracterizarse por ser trabajo por cuenta propia, algunas veces como trabajo asalariado y otras por una combinación de los dos. Para los que están implicados en ellas no tiene importancia la naturaleza del trabajo ni la manera en que se realiza; lo importante es lo que cobrarán. La necesidad de no especializarse en una ocupación y mostrar interés por una multitud de actividades diversas surge de las fluctuaciones estacionales que son inherentes a la economía en el sector informal. Los cambios entre la temporada seca y la de lluvias, el verano y el invierno, se corresponden con el desigual ritmo anual de una gran cantidad de ocupaciones en la calle. Para los trabajadores de la construcción, de las carreteras y canteras, para los vendedores callejeros y artesanos itinerantes, durante la temporada baja no hay mucha actividad o directamente no hay ninguna. Pero a lo largo del año también se producen significativas fluctuaciones en la demanda de trabajo de numerosas actividades que se producen en espacios cerrados y bajo techo. En este caso la causa no está en las condiciones climáticas sino en los cambios de la demanda de determinadas mercancías y servicios que se producen en el ciclo anual. Los meses que preceden a la estación en la que se celebran las bodas son un periodo de gran producción de saris bordados, mientras que las festividades religiosas también dan un impulso importante aunque temporal a las empresas asociadas con ellas. Lo mismo se aplica a la gran variedad de trabajadores en el sector turístico. Por otro lado, el cese de la producción o una repentina aceleración puede deberse al estancamiento del suministro de materias primas, a los cortes en el suministro eléctrico, a la disponibilidad o no del transporte y a caídas o aumentos de precios.

Una característica del empleo en el sector informal es que la utilización de la mano de obra, en cantidad e intensidad, se considera que se debe a todas estas imperfecciones del mercado de naturaleza estructural o coyuntural. En otras palabras, el riesgo del negocio se traslada a los trabajadores. Deben estar disponibles en cualquier momento en que se necesite su fuerza de trabajo, no solo durante el día, sino también por la tarde y noche. Los periodos en los que las horas extras son parte de la jornada de trabajo van seguidos por periodos más o menos cortos de obligada ociosidad. Sin embargo, este modelo de jornadas de trabajo irregulares, o que cambian repentinamente, no les da derecho a complementos salariales o al pago de los salarios por las horas, días o temporadas en las que el trabajo se detuvo o disminuyó de intensidad. El excesivo sometimiento del trabajo a las muy variables demandas del proceso de producción surge de la presencia de una oferta de trabajo casi inagotable, si no realmente por lo menos potencialmente. Este ejército de reserva está formado por hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que se diferencian entre sí más por su experiencia y adaptación previa que por su disposición para realizar el esfuerzo necesario por el menor precio posible. Hablar de sobreexplotación de los trabajadores asalariados por los empresarios en el sector informal para a continuación considerar a los que trabajan por su cuenta responsables de su propio grado de explotación proporciona, en mi opinión, un panorama exagerado de las diferencias entre ambas categorías e ignora las similitudes, también en este aspecto.

La estandarización de las condiciones de empleo en el sector formal de la economía –en términos de escalas salariales, duración de la jornada de trabajo y beneficios sociales– también incluye el acceso a este sector. Esta observación implica que la contratación y la promoción están sometidas a reglas establecidas relacionadas con la formación, la antigüedad y con otras cualidades objetivamente determinadas de la mano de obra en cuestión. A la inversa, el acceso a la industria en el sector informal se caracteriza por una casualidad y arbitrariedad mucho mayores. La diferencia es, evidentemente, coherente con el empleo más permanente en el sector formal y los empleos mucho más ocasionales y breves que dominan en los escalones inferiores de la jerarquía del trabajo. Sin pretender discutir que el acceso al empleo en ambos sectores puede diferenciarse con base en estos criterios, me gustaría añadir que estas diferencias se borran cuando aumenta la presión sobre el mercado de trabajo del sector formal. Cuando la oferta también excede a la demanda en este sector, las reglas estándar dan paso a consideraciones más subjetivas en la política de selección. En este caso, los acuerdos laborales formalizados no parecen ser otra cosa que arbitrarias preferencias y prejuicios personales que normalmente se utilizan para describir prácticas de contratación y despido en el sector informal.

La conclusión que saco de las páginas anteriores es que las diversas modalidades de empleo no confirman la imagen de un mercado de trabajo dualista sino fragmentado. La distinción que se hace entre los dos sectores se complica aún más por la manera en la que los ocupantes de puestos laborales, formales o informales, tratan de levantar barreras para garantizar el acceso al conquistado nicho de empleo de candidatos procedentes de su propio círculo, con la mayor exclusión de «forasteros». Estos últimos son aquellos que no pertenecen a la misma especie, en la que se incluye a los familiares cercanos, vecinos y amigos para pasar después a miembros de la misma casta, religión, tribu, grupo lingüística, región o etnia. Para la organización del mercado de trabajo tiene una importancia decisiva el pronunciado estado de fragmentación que se expresa en los innumerables compartimentos del empleo, algunos de los cuales asumen una forma fluida mientras que otros están delimitados por firmes particiones, tanto en el extremo superior como inferior de la economía.

Identidad social

El muy amplio espectro de actividades que se agrupan bajo el concepto de sector informal son realizadas por unas categorías igualmente heterogéneas de trabajadores. A pesar de esa diversidad todavía hay un cierto número de características comunes en el perfil social de estas masas. En primer lugar, estos trabajadores tienen poca o ninguna formación e incluso la mayoría es totalmente analfabeta. En segundo lugar, carecen por completo o prácticamente de cualquier medio de producción, lo que supone que no tienen otra fuente de ingresos que las ganancias de su propio trabajo. Incluso la adquisición de las herramientas más simples —como una pala y una canasta o un recipiente para llevar tierra en el caso de los que trabajan en las carreteras; una carretilla, una lámpara de aceite y una balanza para un vendedor callejero; una pequeña caja de madera con betún y cepillos para los limpiabotas— representa una inversión que los que empiezan no pueden permitirse con sus propios ahorros y para la que tienen que pedir un préstamo. Los prestamistas que actúan en este sector fijan unos tipos de interés muy elevados incluso para las pequeñas cantidades a corto plazo que conceden.

La profunda falta de solvencia crediticia de los trabajadores del sector informal está estrechamente relacionada con una tercera característica: los extremadamente bajos salarios que reciben por sus agotadores esfuerzos. Estas miserables ganancias son precisamente las que obligan a los trabajadores del sector informal a utilizar todas las manos disponibles en su hogar. O, en el caso de migrantes, a dejar detrás a los miembros «dependientes» de la familia que ya no pueden trabajar o que todavía no pueden trabajar lo suficiente como para compensar los costes de su mantenimiento. En esta consideración de los pros y los contras también cuenta qué parte de este

ingreso debe gastarse en el alojamiento. Para mantener este gasto tan bajo como sea posible, los migrantes de temporada, especialmente, se las arreglan con un primitivo techo sobre sus cabezas, improvisado con materiales de desecho que encuentran, o incluso levantan un campamento al aire libre. Los migrantes que se establecen durante periodos más largos lejos de casa, algunas veces pueden alquilar entre varios un espacio para vivir, en el caso de solteros, o si están acompañados por la mujer y los hijos, intentan encontrar su propio alojamiento en la vecindad. Una cuarta característica se deduce del análisis anterior. Las zonas rurales y urbanas en las que se concentran las actividades del sector informal no solo tienen mayor número de migrantes que en el sector del empleo formal sino que también pueden ser identificadas por la existencia de un porcentaje mucho mayor de unidades unipersonales, separadas o que tienden a agruparse en cuadrillas más grandes.

Por último, el trabajo informal tiene un estatus bajo, lo cual es resultado en parte de la suma de las características mencionadas anteriormente combinada con el carácter sustituible e irregular del trabajo, y en parte del origen socialmente inferior de esta mano de obra; en India, la mayor parte son miembros de castas atrasadas o parias. Aunque la palabra «*coolie*» ya no está de moda, las connotaciones despectivas que en el pasado implicaba su utilización reflejan bastante bien la falta de respeto que está asociada con esta clase de trabajo. El agotador esfuerzo físico que a menudo se exige va acompañado del sudor, la suciedad y otras características corporales que soportan la carga de la inferioridad y la subordinación. Además de verse manchados por el estigma de la contaminación, estas características también socavan la salud de los trabajadores de una forma que conduce a que queden prematuramente agotados. Sumándose a todos estos peligros, las mujeres y los niños se ven expuestos al acoso sexual. Las mujeres y los niños que están en el servicio doméstico se ven amenazados por sus empleadores y cuando forman parte de cuadrillas de trabajo sufren el acoso de los capataces. La falta de dignidad procede de su incapacidad para afrontar la desgracia, por ejemplo, la enfermedad, o para ahorrar para los considerables gastos que provocan importantes rituales del ciclo de la vida que hay que observar, el nacimiento, el matrimonio o la muerte. Tomando un dinero por adelantado para estas ocasiones, tratan de cumplir sus obligaciones sociales incluso aunque esto conduzca a una forma de compromiso laboral con un empresario o intermediario que restringe todavía más su ya limitado espacio de maniobra.

¿De todo esto se deduce que los trabajadores del sector informal tienen un mismo estilo de vida y de trabajo que les podría clasificar como pertenecientes a una clase social homogénea? En comparación con la aristocracia del trabajo empleada en la cima de la economía del sector formal —permanentemente empleada, instruida, con un ritmo diario en el que el trabajo y

el tiempo libre están claramente delimitados, razonablemente bien pagada y por ello solvente, que vive con un razonable confort y en consecuencia es consciente de su dignidad y del respeto social que tiene— la enorme cantidad de trabajadores que carecen de todas esas prerrogativas forman una masa uniforme. Pero un examen más detallado revela que no hay una simple división en dos clases. En el amplio fondo del orden económico hay llamativas diferencias entre, por ejemplo, los migrantes obligados a deambular al aire libre alrededor de varios lugares de empleo y los trabajadores que manejan los telares u otras máquinas simples en pequeños talleres. Es cierto que los trabajadores textiles trabajan todos los días para el mismo patrón, al menos por ahora, pero su empleo regular en el mismo lugar no les da derecho a un trato digno ni a una mínima forma de seguridad.

En un trabajo anterior propuse clasificar a los trabajadores del sector informal en tres clases¹⁶. En primer lugar, la pequeña *bourgeoisie* que no solo incluye a propietarios de minúsculos talleres, artesanos que trabajan por su cuenta, pequeños comerciantes y tenderos, sino también a aquellos que se ganan la vida como intermediarios o agentes económicos: prestamistas, contratistas, intermediarios que recogen y entregan trabajo a destajo y a domicilio, recaudadores de renta, etc. Comparados con los escalones inferiores del sector formal, los ingresos de esta categoría son, no pocas veces, mucho más elevados. En informes que tienden a considerar al sector informal como un terreno abonado para empresarios, el énfasis se pone en el tipo de comportamiento correcto, y aquellos que pertenecen a esta categoría social conceden mucha importancia a su relativa autonomía—exhiben una necesidad de evitar la subordinación en general y una aversión a la dependencia del salario en particular— y muestran mediante buenos atributos burgueses, como el ahorro y el trabajo duro, que están esforzándose en mejorar su posición individual dentro de la jerarquía social.

En segundo lugar, el subproletariado que incluye al segmento mayor de los trabajadores del sector informal y que está formado por una colorida colección de trabajadores ocasionales y sin formación que circula relativamente deprisa entre distintas localizaciones de empleos temporales. Incluye tanto a los trabajadores al servicio de pequeños talleres como a los trabajadores que forman el ejército laboral de reserva a los que las grandes empresas contratan y despiden de acuerdo con las necesidades del momento, a los artesanos itinerantes que ofrecen sus servicios y el alquiler de sus (irrisorias) herramientas en los mercados mañaneros, a los jornaleros, trabajadores a domicilio, a los vendedores y a la larga lista de actividades que se realizan al aire libre incluyendo a los inevitables limpiabotas y mensajeros. Se diferencian de la categoría residual por tener

¹⁶ J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers*, cit.

una forma de alojamiento aunque no sea permanente; por mantener un hogar regular, aunque no siempre todos los miembros puedan vivir juntos como una familia; por desplegar una estrategia laboral que se basa en una elección racional de opciones que están atadas al tiempo y al lugar, y por los intentos de invertir en educación, salud, y seguridad social. Todo ello a pesar de que la irregularidad de su existencia y su incapacidad de acumular de manera regular, aunque sea una mínima cantidad, excluya cualquier plan firme para el futuro.

Aunque la miseria sea grande (y muchos escapan de ella entregándose a la bebida), estos trabajadores todavía se diferencian de la categoría final a la que me inclino por calificar como los indigentes. Forman el *lumpen*, la escoria de la sociedad con rasgos criminales cuya presencia nadie aprecia. Son los desclasados que a menudo han roto el contacto con su familia o con su pueblo de origen, que no tienen un alojamiento fijo, y que no mantienen ningún contacto regular con otra gente de su entorno inmediato. Esta gente no solo carece de cualquier medio de producción sino que además no tiene la fuerza de trabajo ni la energía necesaria para satisfacer por completo sus mínimos requerimientos diarios. Distanciados incluso de los medios de consumo, caen fácilmente en un estado de pauperización y forman una mezcolanza de espíritus desechos, aplastados y quebrados: hombres solteros, viudas o mujeres divorciadas con hijos, niños sin padres, discapacitados físicos o mentales y los viejos que sobran en otras partes.

Un comentario que quiero hacer es que esta clasificación no significa que haya cristalizado una formación claramente jerárquica y sin ambigüedades de tres diferentes estratos sociales. Un hogar puede estar formado por miembros que han sido incorporados al proceso laboral de varias maneras; no siempre se da el caso de que todos los miembros de un hogar trabajan en el mismo de los dos sectores, formal e informal. Sin embargo, la falta de consistencia en términos de posición de clase y del estilo de vida asociado, algunas veces se rectifica por parte del hogar rompiendo o expulsando a algún miembro para formar un nuevo hogar. La fluidez de la transición entre diferentes clases sociales, así como los cambios en la sustitución proporcional entre ellos, que se producen con el tiempo bajo la influencia de la contracción o expansión de la economía, reducen una división que o bien es excesivamente rígida o demasiado estática. Por ello, empíricamente no es fácil delimitar al segmento mayor de la población trabajadora, el subproletariado, de otras colectividades. En teoría, la movilidad ascendente y descendente son ambas posibles, y en la práctica se producen en cierta medida en todos los niveles, aunque sea muy excepcional que esta movilidad lleve a un individuo todo el camino desde el fondo hasta la cima o a la inversa. En la mayoría de los casos la movilidad se limita a movimientos mucho más cortos.

Representación y protección

Uno de los criterios más comunes para concretar la dicotomía del sector formal/informal es si el trabajo ha conseguido organizarse. La protección de la que disfrutaban los trabajadores en las grandes empresas intensivas en capital es el resultado de la acción que han emprendido para promover colectivamente sus intereses, incluyendo niveles salariales, normas de contratación, de ascenso y despido y la jornada de trabajo, así como el conjunto de los beneficios laborales adicionales. Sin embargo, no todos los que han encontrado un nicho en el sector formal son, de hecho, miembros de algún sindicato. Por otro lado, todavía es menos habitual que los trabajadores del sector informal se unan en un esfuerzo para mejorar su posición. Aun así, esto ha sucedido realmente en un limitado número de casos y resulta interesante observar que estas iniciativas surgen o se centran en grupos muy vulnerables. Un ejemplo es la Asociación de Mujeres Autoempleadas con base en Ahmedabad. En Kerala, tanto fuera como dentro de la agricultura, se han establecido diferentes organizaciones de tipo sindical con el objetivo explícito de apoyar los derechos de los trabajadores del sector informal¹⁷. Conocer las ocasionales experiencias exitosas es importante para responder a la pregunta de cómo se puede facilitar la aparición de sindicatos en los escalones inferiores de la economía. Apenas hay diferencias de opinión en cuanto a la urgente necesidad de semejante acción. Con pocas excepciones, ¿por qué están ausentes del escenario del sector informal?

La explicación hay que buscarla, en primer lugar, en la identidad subalterna de estas masas trabajadoras y en la manera en que son incorporadas al proceso de trabajo. Los trabajadores en cuestión son mayormente hombres y mujeres jóvenes que pertenecen a los niveles más bajos de la jerarquía social, que a menudo no saben ni leer ni escribir y que han llegado a un entorno extraño como migrantes. Consiguen sobrevivir con un trabajo ocasional e irregular que a menudo les da la apariencia de estar trabajando por cuenta propia. El trabajo realizado no está conectado con una localización fija, sino que está sometido a un cambio constante. Además de tener que moverse de un lugar a otro a la búsqueda de empleo, también necesitan desarrollar una variedad de diferentes actividades en intervalos de un año, temporada, semana o incluso diarios.

Este perfil de multiplicidad ocupacional demuestra lo difícil que es reunir en una organización a estas masas casuales, sin formación, itinerantes, fragmentadas y asoladas por la pobreza sobre la base de un interés común.

¹⁷ K. P. Kannan, *Of Rural Proletarian Struggles; Mobilization and Organization of Rural Workers in South-West India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1988; S. M. Pillai, «Social Security for Workers in Unorganised Sector: Experience of Kerala», en *Economic and Political Weekly*, vol. 31, núm. 31, 1996, pp. 2098-2107.

Además, cualquier intento de sindicalización realizado en las diferentes ramas de la industria en el sector informal en la práctica se encuentra con las barreras que levantan los empresarios y sus agentes, los intermediarios y los contratistas. Esta resistencia algunas veces se expresa en la intimidación formal o en el despido instantáneo de trabajadores que no solo intentan presionar a favor de sus propios intereses sino también en el de otros. Incluso peor, se puede llegar a la violencia real de aterrorizar a los activistas sindicales con bandas de matones o asesinos contratados a los que los empresarios no dudan en acudir.

¿Son conscientes los sindicatos existentes, establecidos por y para los trabajos del sector formal que goza de un empleo permanente, que están mejor formados y normalmente mejor pagado, del miserable estado de las masas que se apiñan en las zonas inferiores de la economía? Y algo que todavía es más importante, ¿pueden ser convencidos para que consideren a estos trabajadores irregulares, con una baja visibilidad y fragmentados en fluidos segmentos no conectados, como miembros potenciales de sus organizaciones? No, o por lo menos difícilmente. Esta excusa disposición surge en parte de toda clase de problemas prácticos, como por ejemplo la dificultad que supone movilizar a esta amorfa y flotante multitud sobre la base de intereses comunes. La tarea se complica aún más por la necesidad de fomentar que estos diferentes y diversos intereses establezcan un diálogo negociador con un gran número de microempresarios. Este esfuerzo requiere grandes gastos generales que serían imposibles de financiar para miembros que pertenecen a las categorías económicas más vulnerables. Además, la experiencia muestra que las necesidades y problemas de los trabajadores del sector informal son muy diferentes a los acuerdos laborales del sector formal de la economía. Estas diferencias de necesidades exigen un tipo de organización y de promoción de unos intereses sobre los que los sindicatos convencionales tienen poca experiencia, muchos de ellos ninguna en absoluto. Incluso más importante, la dirección de los sindicatos no está preparada, a la vista de estos objetivos mucho más amplios, para reformular su misión y trasladar la nueva agenda a un plan de acción concreto.

En última instancia, los sindicatos cierran filas para restringir el acceso. La miserable suerte de los trabajadores del sector informal no se considera un desafío a superar, sino una amenaza para el trato mucho mejor que disfruta el trabajo en el sector formal, resultado de una persistente lucha por un razonable grado de seguridad, prosperidad y dignidad. La estrategia de rechazar a las masas de trabajadores excluidos explica por qué, a la inversa, estos últimos sienten poca afinidad por el movimiento sindical establecido. Tanto la dirección como los miembros de los sindicatos no parece que se preocupen excesivamente por la cuestión de cómo podrían contribuir a mejorar la suerte de los trabajadores informales y por el contrario tienden

a considerarles como unos esquiroles. Desdeñosamente consideran que el ejército laboral de reserva es el que suministra los rompehuelgas que sin escrúpulos aceptan los empleos de trabajadores del sector formal que están en huelga, con la esperanza de poder ocuparlos permanentemente.

Solamente en los últimos años, y bajo la presión del estancamiento o incluso de los niveles decrecientes de empleo en el sector formal, las organizaciones sindicales establecidas han abandonado su actitud indiferente o incluso hostil. A iniciativa del Congreso Internacional de Sindicatos Libres (ICFTU), se celebró una conferencia en 1988 sobre la transformación del orden económico internacional y la concomitante tendencia de informalización de las modalidades de empleo. Tanto desde dentro como desde fuera de los sindicatos estaba claro que el movimiento sindical estaba amenazado por la marginación debido a su exclusiva concentración en una elite relativamente pequeña que contaba con unas condiciones formales de empleo. La dirección finalmente se dio cuenta de que una gran parte de las masas trabajadoras no reconocían al movimiento sindical como un aliado en la lucha contra el deterioro de las condiciones de trabajo. Los sindicatos que eran miembros de esta federación internacional fueron exhortados para dar al tema del sector informal una elevada prioridad. Un informe que apareció solamente un año después describía, como un primer objetivo, la formalización del gigantesco ejército de trabajadores no protegidos ni organizados. Debían disfrutar de la misma protección que los empleados en el sector formal. Está claro que esta demanda se caracteriza por un lamentablemente inadecuado sentido de la realidad. Además, al mismo tiempo que se hacía, demostraba un pobre entendimiento de las dinámicas del sector informal. La fórmula para alcanzar este objetivo se limitaba a la sugerencia de acelerar lo que, de acuerdo con las ideas convencionales, sería el predecible resultado del proceso de desarrollo económico. Era una ingenua proposición, y después de esta recomendación poco ha cambiado en la práctica rutinaria de las actividades de los sindicatos.

La falta de apoyo del movimiento sindical establecido no significa que los trabajadores del sector informal acepten pasivamente el régimen laboral que se les impone. Muchos de ellos realizan reiterados esfuerzos para combatir la inseguridad y las miserables condiciones de empleo e intentan negociar un acuerdo algo mejor con sus patronos concretos. Para ello resaltan su subordinación y lealtad a su patrón a cambio de la cual solicitan de su discrecional potestad que les concedan favores. A su vez, los empresarios se inclinan a reducir incluso más el ya pequeño espacio en el que opera el enorme ejército a la búsqueda de trabajo, habida cuenta de la abundante oferta y limitada demanda de mano de obra. Los empresarios utilizan toda clase de acuerdos que conducen a una reducción del espacio de maniobra de sus empleados. Los mecanismos para atar a los trabajadores aún más

a su empleador, como proporcionar un adelanto sobre el salario o retrasar los pagos, muestran similitudes con formas de trabajo no libre que se producían en el pasado¹⁸, pero se diferencian de ellas por un sesgo más contractual y capitalista. Contra este telón de fondo, se puede comprender por qué gran parte de la resistencia del trabajador asume la forma del sabotaje, la obstrucción, la evasión y otras acciones encubiertas de protesta resumidas por la expresión de las «armas de los débiles»¹⁹.

A pesar de las severas sanciones que recaen sobre los intentos de formar un frente común y así expresar abiertamente sentimientos latentes de solidaridad, semejantes señales de resistencia colectiva están a la orden del día en el sector informal. Las razones que anteriormente se analizaron en profundidad explican, por ejemplo, por qué las huelgas estallan «repentinamente», pocas veces se extienden a toda la rama de la industria y acaban relativamente pronto. La poca capacidad para resistir explica por qué estas acciones son normalmente espontáneas, locales y de corta duración. Pero, en parte, también hay una falta de información sobre algunas formas de resistencia debido a que se producen muy poco o nunca en las modalidades de empleo en el sector formal. La información sobre la resistencia de los trabajadores y trabajadoras ha estado excesivamente centrada en la naturaleza y el curso de la lucha social en el sector formal. Protosindicatos como los que existieron en el pasado preindustrial europeo podrían ser un interesante punto de partida para la comparación con las manifestaciones de agitación obrera y acción laboral en el sector informal de la economía actual.

La protección de la que disfrutaban los trabajadores del sector formal surge de un cambio gradual del equilibrio del poder entre el capital y el trabajo en un periodo de aproximadamente cien años. La introducción y puesta en marcha de una legislación específica para proteger al trabajo, que también tuviera en cuenta los derechos del capital, hubiera sido inconcebible sin la intermediación del Estado. ¿Cuál ha sido el papel de los gobiernos centrales y locales en la regulación del sector informal de la economía? Por una parte, a menudo se da la falsa impresión de que no ha habido absolutamente ninguna intervención. Sin embargo, allí donde existe el sufragio universal, que en India realmente se ejerce con una razonable libertad desde la independencia, el sistema político no puede permitirse ignorar por completo a las masas trabajadoras que forman la mayoría del electorado. Esta consideración es importante para explicar por qué se han establecido salarios mínimos

¹⁸ J. Breman, *Beyond Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1993.

¹⁹ J. C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985; J. C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990.

para los peones agrícolas, por qué las prácticas de contratos de trabajo ilegales están restringidas, por qué diversas ordenanzas regulan los movimientos de los migrantes y por qué las violaciones de la prohibición del trabajo en régimen de servidumbre están castigadas por la ley, por poner unos cuantos ejemplos. En muchos estados de India, especialmente, hay normas detalladas que regulan el empleo en muchas ocupaciones, incluso para el trabajo ocasional que se limita a temporadas concretas del año²⁰. Sin embargo, lo que falta es una maquinaria eficaz que ponga en práctica esa normativa, así como el nombramiento de un adecuado número de funcionarios responsables de su cumplimiento. Los funcionarios civiles que tienen asignadas responsabilidades de inspección en la práctica utilizan su puesto para obtener unos ingresos extras. Es un ejemplo del abuso de la autoridad pública para obtener ventajas privadas que se produce a todos los niveles de la burocracia.

La política y la globalización del sistema laboral

Después del «descubrimiento» del sector informal, muchas publicaciones expresaron su asombro ante el hecho de que una parte tan grande de la población sobreviviera o incluso prosperara en él. La reacción de las autoridades fue una prueba de la necesidad de regulación que se percibía, aunque la manera en que se produjo dejó claro que esta implicación no estaba motivada por el deseo de mejorar las vidas de esos trabajadores, sino que surgía principalmente de la irritación que producía el que escaparan al control del gobierno. En esta tendenciosa valoración negativa, el sector informal se consideraba como un conglomerado de actividades que eran inconvenientes y provocaban problemas. Las características parasitarias o abiertamente criminales atribuidas a estos trabajadores reforzaban la tendencia del gobierno a proteger al público y a la economía de estos elementos inútiles, poco saludables o directamente peligrosos. Los taxis a pedales y los vendedores con carritos fueron expulsados de las calles, mientras que las zonas hiperdegradadas en lugares poco «favorables» o fueron arrasadas o fueron cercadas para retirarlas de la vista. En muchos países el embellecimiento de la ciudad fue el eslogan que supuestamente justificaba esta persecución y destierro²¹.

El alegato a favor de una actitud más positiva, que realizó la OIT en primer lugar, fue el principio de un nuevo rumbo que por lo menos prometía poner fin a la abierta persecución de los trabajadores del sector informal y de sus oficios. El argumento en apoyo de esta política era que

²⁰ J. Breman, *Footloose Labour*, cit.

²¹ J. Breman, «The Bottom of the Urban Order in Asia: Impressions of Calcutta», en *Development and Change*, vol. 14, núm. 2, 1983, pp. 153-183.

las ganancias en estas actividades no solamente proporcionaban un sustento a los que las realizaban, sino que también eran verdaderamente útiles desde una perspectiva económica más general. Para aumentar la eficacia y eficiencia de este sector se recomendaba un amplio paquete de medidas de apoyo que iban desde una mejor formación y créditos más accesible, hasta una expansión de los mercados para las mercancías y los servicios informales, incluyendo una mayor tolerancia para dar permisos gubernativos. La pregunta de si estas propuestas debían considerarse como el reflejo de una política de formalización queda sin contestar, ya que la mayor parte de ellas no se pusieron en práctica. Un escenario con el que los responsables políticos se sentían más cómodos era no implicarse en el sector informal, ya fuera en sentido positivo o negativo, lo que llevó a abandonar la persecución y la desenfrenada obsesión por la regulación que manifestaban los burócratas a todos los niveles, pero sin que se produjera un cambio hacia una activa protección. Un conocido e influyente defensor de esta fórmula, con una fuerte inclinación neoliberal, es Hernando de Soto, que ha creado un gran entusiasmo por ella entre destacados políticos y organismos internacionales²². Esto es comprensible, ya que la política de no intervención del Estado que defiende tiende a dejar inalteradas las profundas desigualdades que existen en la distribución de la propiedad y del poder, y proporciona legitimidad a una situación que garantiza la dominación de los intereses del sector formal, tanto del capital como del trabajo.

Ya he señalado anteriormente que en las interpretaciones del fenómeno del sector informal con una inspiración populista, la atención se pone, en gran parte, en el empleo por cuenta propia como un elemento importante para la definición del sector. Sugerir que estos trabajadores funcionan por su propia cuenta y riesgo conduce a un análisis que se centra en el microempresario con todas sus positivas características: inventiva, versatilidad, audacia, laboriosidad y flexibilidad. Esta es una imagen que también agrada a estos políticos y estrategias políticas neoliberales, porque desde su punto de vista el éxito o el fracaso simplemente dependen de los propios actores como individuos. No sienten ninguna necesidad de buscar las causas de ese éxito o fracaso en la estructura de una sociedad de la que los trabajadores del sector informal forman un segmento tan grande, ni en la desigualdad de oportunidades que es inherente a ella.

La continua formalización del empleo en la economía urbana y rural finalmente no acabó por materializarse. En la mayoría de los casos, incluyendo a India, ha habido una inversión de la tendencia: un deterioro de las condiciones formales de empleo que están siendo reemplazadas por acuerdos de trabajo ocasionales y a corto plazo como parte de un cambio

²² Hernando de Soto, *El otro Sendero*, Lima, Free Enterprise Institute, 1986.

general en la organización de la producción industrial. Un ejemplo es el cierre de las fábricas textiles de Mumbai y Ahmedabad y el traslado de los telares para la manufactura del rayón a miles de pequeños talleres en nuevos polos de crecimiento urbano como Surat²³. El nuevo orden económico internacional exige la adición de más capital al proceso industrial, pero de manera que garantice la disponibilidad de una abundante mano de obra y el pago de salarios muy bajos al mismo tiempo que proporciona empleo solamente cuando se necesita. El modelo de empleo todavía sigue los criterios del sector informal hasta el punto de haberse convertido en las últimas décadas, en una máxima ideológica, en un credo. Lo que se anuncia como la «flexibilización de la producción» es realmente la contratación fuera de la mano de obra, reemplazando el pago por jornada de trabajo por el pago a destajo y a los trabajadores permanentes por trabajadores ocasionales. Esta tendencia supone no solo el deterioro de las condiciones laborales de los trabajadores del sector formal, sino también debilitar el papel de los sindicatos que han defendido los intereses de esta privilegiada sección. La profundización de esta política pide el desmantelamiento de la actual legislación laboral. Además de un considerable descenso de los salarios, el inevitable resultado es el recorte de las prestaciones de la seguridad social que se alcanzaron tras muchos años de lucha así como una revisión de las ideas de dignidad y autoestima. El declive en la calidad de vida de los trabajadores se ha agudizado en muchos países en vías dedesarrollo por la simultánea introducción de programas de ajuste estructural. Estos planes, impuestos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, han incluido una drástica reducción de los subsidios que mantenían bajos los precios de los alimentos y del transporte, y del gasto dirigido a facilitar el acceso a la educación, la salud y la vivienda.

Labour in an Integrating World es el título del informe anual del Banco Mundial del año 1995²⁴. De acuerdo con este documento, el dualismo que determina la organización del mercado de trabajo surge del injustificado tratamiento preferencial que reciben los trabajadores del sector formal. Desde este punto de vista, los acuerdos laborales en el sector informal no se perciben como un problema, como modalidades de empleo que contribuyen a la perpetuación de la pobreza, sino que se recomiendan como una solución a la situación de inmensa privación que sufre gran parte de la humanidad. El razonamiento que se hace a favor de la retirada de la implicación del Estado en el sistema laboral, a favor de la derogación de la actual legislación protectora y de la abolición en vez de una aplicación

²³ J. Breman, *Footloose Labour*, cit.

²⁴ Banco Mundial, *World Development Report 1995: Workers in an Integrating World*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

más efectiva de las regulaciones del salario mínimo, es parte de una doctrina político económica cuyo principio guía es la libertad sin trabas del mercado. La organización de la producción económica, en un periodo de crecimiento caracterizado no por la falta de mano de obra sino de capital, beneficia a este último a costa del primero. En estas condiciones, los que proporcionan empleo pagan el precio más bajo posible después de rechazar los derechos a la seguridad social que, directa o indirectamente, requieren suplementos salariales. El desmoronamiento del Estado del bienestar allí donde llegó a existir, así como la interrupción de su desarrollo allí donde solamente había empezado a aparecer, puede entenderse como la confirmación de una tendencia en la que el lento avance de la emancipación del trabajo en las décadas recientes parece como si se estuviera transformando en su opuesto, la subordinación y la inseguridad. La progresiva polarización de las clases sociales que acompaña a estas dinámicas ha dado origen en Europa a un debate que se centra en el par inclusión/exclusión. Parece marcar el regreso de un viejo concepto dualista aunque sea en otra forma.

Bibliografía

- Aziz, A., *Urban Poor and Urban Informal Sector*, Nueva Delhi, Ashish Publishing House, 1984.
- Banerjee, B., *Rural to Urban Migration and the Labour Market*, Bombay, Himalaya Publishing House, 1986.
- Banerjee, N., *Unorganised Women Workers: The Calcutta Experience*, Publicaciones periódicas, Calcuta, Centre for Studies in Social Sciences, 1978.
- Banerjee, N., «Indian Women in a Changing Industrial Scenario», Indo-Dutch Studies on Development, en *Alternatives* 5, Nueva Delhi, Sage Publications, 1991.
- Bienefeld, M., «The Informal Sector and Peripheal Capitalism: The Case of Tanzania», en *Institute of Development Studies Bulletin*, vol. VI, 1975, pp. 53-73.
- Bose, A. N., *The Informal Sector in Calcutta Metropolitan Economy*, Ginebra, OIT, 1974.
- Breman, J., *Of Peasants, Migrants and Paupers: Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press, 1985.
- Breman, J., «Labour Get Lost: A Late-Capitalist Manifesto», en *Economic and Political Weekly*, vol. 30, 1995, pp. 2294-2300.
- Bromley, R y G. Gerry (eds.), *Casual Work and Poverty in Third World Cities*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1979.
- Gerry, C., *Petty Producers and the Urban Economy: A Case Study of Dakar*, World Employment Programme: Working Papers 8, Ginebra, OIT, 1974.
- Holmström, M., *Industry and Equality: The Social Anthropology of Indian Labour*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- International Congress of Free Trade Union (ICFTU), *On Organising Workers in the Informal Sector*, 1989.

- OIT, *Employment, Incomes and Equality: A Strategy for Increasing Productive Employment in Kenya*, Ginebra, 1972.
- OIT, *Sharing in Development: A Programme of Employment: Equity and Growth for the Philippines*, Ginebra, 1974.
- OIT, *World Employment Programme: Research in Retrospect and Prospect*, Ginebra, 1976.
- Jaganathan, N. V., *Informal Markets in Developing Countries*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1976.
- Joshi, H., H. Lubell y J. Mouly, Abidjan, *Urban Development and Employment in Ivory Coast*, World Employment Programme, Ginebra, OIT, 1976.
- Joshi, H. y V. Joshi, *Surplus Labour and City: A Study in Bombay*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1976.
- Kannan, K. P., «Labour Institutions and the Development Process in India», en T. S. Papola y G. Rodgers (eds.), *Labour Institutions and Economic Development in India*, International Institute of Labour Studies, Research Series 97, Ginebra, 1992, pp. 49-85.
- Lis, C. J., J. Lucasen y H. Soly (eds.), *Before the Unions: Wage Earners and Collective Action in Europe 1300-1850*, International Review of Social History, Suplemento 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Lubell, H. *Calcutta: Its Urban Development and Employment Prospects*, Ginebra, OIT, 1974.
- Mathew, P. M. (ed.), *Informal Sector in India: Critical Perspectives*, Nueva Delhi, Khama Publishers, 1995.
- Mazumdar, D., *Labor Issues in the World Development Report: A Critical Assessment*, Documento inédito, Centre for International Studies, University of Toronto, 1995.
- Noronha, E., «Liberalisation and Industrial Relations», en *Economic and Political Weekly*, Review of Labour vol., XXXI, 1996, 99. L14-L20.
- Oteiza, E., *The Allocation Function of the Labour Market in Latin America*, International Institute for Labour Studies Bulletin, vol., 8, 1971, pp. 190-205.
- Papola, T. S. y G. Rodgers (eds.), *Labour Institutions and Economic Development in India*, International Institute of Labour Studies, Research Series 97, Ginebra, 1992.
- Safa, H. (ed.), *Towards a Policy of Urbanization in Third World Countries*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1982.
- Schaefer, K., *Sao Paulo: Urban Development and Employment*, World Employment Programme, Ginebra, OIT, 1976.
- Sethuraman, S. V., «Urbanisation and Employment: A Case Study of Djakarta», en *International Labour Review*, vol., 112, 1975, pp. 191-205.
- Sethuraman, S. V., «The Informal Sector in Developing Countries: Some Policy Implications», *Social Action*, julio-septiembre de 1977.
- Sing, M. *The Political Economy of Unorganised Labour: A Study of the Labour Process*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1990.
- Stedman Jones, G., *Outcast London*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1971.

- Tom, I., *Women in Unorganised Sector: Technology, Work Organisation and Change in South India*, Nueva Delhi, Usha Publications, 1989.
- Van der Loop, Th., *Industrial Dynamics and Fragmented Labour Markets: Construction Firms and Labourers in India*, Netherlands Geographical Studies 139, Utrecht/Amsterdam: Institute for Social Geography, University of Amsterdam, 1992.
- Wertheim, W. F. y G. H. van del Kolff (eds.), *Indonesian Economics: The Concept of Dualism in Theory and Policy*, The Hague, W. van Hoeve Publishers, 1966.

LA MIGRACIÓN DE LA MANO DE OBRA DESDE LA CHINA RURAL A LA URBANA*

La aceleración del crecimiento económico en el último cuarto del siglo XX

A PRINCIPIOS DE la década de 1980, los primeros pasos de China para forjarse un lugar destacado en la economía global estuvieron acompañados por una nueva política económica. Esa política incluía la creación de Zonas Económicas Especiales (ZEE) como puntos centrales para el desarrollo industrial. Los centros urbanos alrededor de los que se agrupaban estas zonas se han expandido desde entonces para convertirse en extensas aglomeraciones y han experimentado un explosivo crecimiento de la población. La transformación económica que se produjo estuvo basada esencialmente en la transición hacia un modo de producción neoliberal financiado por el capital privado que en gran parte llegó del exterior. Este cambio radical puso fin a las intervenciones de largo alcance del gobierno en la economía. El cierre de empresas de propiedad estatal que eran ineficientes y poco productivas condujo a despidos masivos. El cambio, evidentemente, significaba que la población urbana ya no disfrutaba del derecho al empleo y por ello perdió la seguridad de un puesto de trabajo permanente que podía proporcionar un salario bajo pero que ofrecía una serie de provisiones sociales como asistencia médica, jubilación y subvenciones para vivienda social.

Aunque la nueva política económica destruyó una parte importante de la actividad económica existente, también creó gran cantidad de nuevo trabajo, aunque organizado con criterios diferentes: no por el gobierno sino por empresarios privados o por gentes emprendedoras que pasaban a trabajar por su cuenta. Fue un cambio radical en el sistema de relaciones laborales que condujo a que muchos de los trabajadores de más edad perdieran su trabajo (con el apoyo y los beneficios necesarios) y a la recolocación del segmento más joven de la mano de obra. Un elemento

* Esta ponencia fue presentada en el Seminario sobre Cambio Agrario, School for Oriental and African Studies (SOAS), Londres, 5 de noviembre de 2009.

fundamental para esta operación fueron los centros especiales de trabajo que ayudaron a proporcionar formación, asesoramiento, mediación y el pago de subsidios durante un periodo de tres años. Los que no conseguían reunir los requisitos para otro trabajo tenían derecho a un subsidio para cubrir el coste de una mínima supervivencia. En 2004, se consideró que las reformas habían terminado y aquellos que eran demasiado viejos o demasiado inflexibles para adaptarse a las exigencias de la nueva economía cristalizaron en una subclase de pobres urbanos que permanecen casi invisibles.

La búsqueda de nuevos empleos para la clase trabajadora que ya estaba activa en las fábricas urbanas se produjo con el telón de fondo de una reestructuración mucho más radical: la llegada de un enorme ejército de trabajadores procedente del campo. Este flujo fue en gran parte la consecuencia de un éxodo masivo del sector agrícola. Cuando se produjo la descolectivización a finales de la década de 1970, la tierra cultivable estaba asignada a hogares campesinos para que la trabajaran ellos mismos o la arrendaran. La reforma dejó claro que una gran proporción de los hogares que dependían de la agricultura eran redundantes. Los intentos iniciales de trasladar este excedente a otros sectores de la economía rural, creando las Empresas de Pueblos y Aldeas, finalmente no tuvieron el éxito esperado. Esto se debió en parte a que la Organización Mundial del Comercio se negó a aceptar cualquier cosa que no significara la privatización de toda la actividad económica. La creciente interdependencia del sistema global significaba que era inevitable aceptar esta exigencia si el país deseaba atraer al capital extranjero.

La remodelación de la economía rural, y de la agricultura en particular, dio origen a una masiva oleada de migración. La movilización de este enorme ejército de reserva rompió la larga división entre ciudad y campo. El sistema *hukou* de control de los hogares, introducido en 1950, institucionalizaba la política de compartimentalización que prácticamente impedía la recolocación espacial. La inscripción se basaba en el lugar de nacimiento y era difícil obtener permiso para moverse a otra parte. La división de la población trabajadora en campesinos de los pueblos y trabajadores de fábricas en las ciudades, con cualquier transición entre ambos totalmente bloqueada, se oponía a las necesidades del nuevo régimen económico. Ahora estaba a la orden del día el alentar a la gente para que abandonara el campo en vez de impedir que lo hiciera. Las cifras ofrecidas por el cuadro 1 muestran el alcance del aumento de la migración hacia las ciudades.

CUADRO 1

TAMAÑO ESTIMADO DE LA MIGRACIÓN RURAL HACIA LA CIUDAD, DESDE LA DÉCADA DE 1980 HASTA FINAL DE LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XXI

Hasta 1995	80 millones
Hasta 2003	98 millones
Hasta 2005	120 millones
Hasta 2008	150-200 millones

Fuente: Seminario conjunto indio-chino sobre mercados de trabajo en China e India, «Experiences and Emerging Perspectives», Nueva Delhi, 28-30 de marzo de 2007.

El final de este proceso de ninguna manera está a la vista. En 2001 una fuente oficial señalaba que el plan era reducir el tamaño de la mano de obra rural en 350 millones, el 70 por 100 del total. Solamente entonces el campo quedaría liberado del ejército de reserva de trabajo para el que no había lugar en un sector agrícola mayoritariamente basado en la actividad económica a pequeña escala. Alcanzar esta meta no significa en absoluto que la población restante quede reducida al estatus residual. Se espera que con un aumento en la movilidad espacial la población urbana aumente en 2020 hasta el 55-60 por 100 del total.

La transformación de Xiamen en un polo de crecimiento

La transición en marcha en la economía y en la sociedad exigía sustanciales mejoras infraestructurales como la construcción de carreteras y puentes y la modernización del sistema de transporte. La consiguiente pérdida de tierra agrícola es especialmente visible en la vecindad de las grandes ciudades, donde las propiedades han sido expropiadas para incorporarlas a las aglomeraciones urbanas. Grandes complejos industriales y nuevos distritos residenciales han conducido a una considerable expansión del área total edificada. Esta transformación de antiguos pueblos en metrópolis es especialmente llamativa en el este de China. En la provincia de Fujian, el puerto de Xiamen fue designado Zona Económica Especial ya en 1980. El área urbana que se asignó inicialmente cubría poco más de 2,5 kilómetros cuadrados, pero en 1984 este estatus especial fue ampliado para abarcar toda la isla donde se encuentra la ciudad, un área de 135 kilómetros cuadrados. Para la ciudad y para la zona que la rodea, este fue el comienzo de un enorme despegue económico que también se reflejó en un explosivo crecimiento del número de habitantes. Partiendo de una población de 300.000 personas en 1980 la ciudad ha doblado su tamaño cada diez años, alcanzando en 2008 una población total de 2,97 millones de los que 1,68 son residentes permanentes y 1,29 están registrados como pertenecientes a

la «población flotante». Con una población de migrantes del 43 por 100, Xiamen no es una excepción; en ciudades como Shenzhen y Guangzhou, los forasteros pueden representar más de la mitad de la población total.

Las estadísticas y los informes sobre la situación general en China muestran cómo se ha desarrollado el proceso de migración, de qué provincias proceden los migrantes y a cuáles se dirigen y qué cambios se han producido en la clase de empleos que tiene la población trabajadora. Sin embargo, las dinámicas económicas y sociales de la situación en su conjunto necesitan complementarse con estudios locales que ofrezcan una idea del impacto de los grandes movimientos de gente sobre sus lugares de origen y de destino. Mi estudio muestra el impacto que ha tenido sobre una ciudad de la costa este en la provincia de Fujian el flujo de migrantes desde el interior y cómo les ha ido a los propios migrantes. Durante mis dos primeras visitas a Xiamen —en 1992 y en 2001— llevé un diario de trabajo. Estas notas generales describen el radical crecimiento que ha experimentado en los últimos veinticinco años este centro urbano y la zona que lo rodea. Debido a que mi interés especial estaba en la masa de migrantes llegados desde las tierras del interior, durante una nueva etapa de trabajo en el verano de 2008, visité lo que se conoce como «pueblos urbanos», distintivos vecindarios de bloques residenciales recién construidos en los márgenes de la ciudad y habitados por los recién llegados que no se acomodan en los albergues de las zonas industriales. También realicé breves excursiones al interior, de donde proceden los emigrantes, para obtener una breve impresión de los efectos de este éxodo masivo en su punto de partida.

El panorama urbano ha cambiado drásticamente. En 1992 pude ver principalmente bloques de apartamentos de no más de cuatro o cinco plantas. Las calles no estaban abarrotadas, los distritos residenciales tenían los servicios básicos y pequeñas tiendas tradicionales. Los primeros centros comerciales que habían abierto cerca del puerto atraían a un montón de curiosos pero a pocos clientes de verdad. La amenaza de una confrontación militar con la cercana Taiwán hasta entonces había obstaculizado la expansión de Xiamen y de la zona costera a su alrededor. Actualmente Xiamen tiene el atractivo de un gran centro urbano, con rascacielos de veinte a treinta plantas por toda la ciudad. Los pasos elevados incorporan a las principales arterias del tráfico por el centro de la ciudad haciendo que sea fácil acceder a los diversos barrios. Esta impresión cosmopolita se ve reforzada con los centros comerciales que acogen a cadenas extranjeras como Wal-Mart, McDonalds, Benetton y Kentucky Fried Chicken. La sensación de consumismo desenfrenado se ve reforzada por enormes carteles publicitarios. Una excelente red de transporte público y el explosivo crecimiento del número de automóviles garantizan un denso sistema viario que queda congestionado durante las horas punta de la mañana y la tarde. Ha disminuido el gran

número de bicicletas que eran tan visibles en mis visitas anteriores. La movilidad se facilita con grandes aceras y una destacada atención a la vegetación. La ciudad forma parte de una extensa red de conexiones de autobús y tren. El pequeño aeropuerto que en el pasado permitía el acceso aéreo a Xiamen se ha sustituido por uno más grande, claramente concebido para dar cabida a algo más que vuelos interiores. La mejora de las relaciones con Taiwán, separada de Xiamen solamente por un pequeño estrecho, ha reforzado las expectativas de que la ciudad vaya a ser una importante intersección en el flujo de mercancías y de gente que sin duda se producirá. Tanto el comercio como el capital ya han empezado a actuar en función de estas expectativas, antes de que se hayan realizado.

El crecimiento económico se caracteriza en gran parte por la informalización del sistema laboral en su conjunto. La naturaleza del empleo no es muy diferente de la que he encontrado en India e Indonesia durante mi trabajo de campo en las décadas pasadas¹. He descrito estas características en una serie de publicaciones: empleo sobre la base de un acuerdo verbal en vez de un contrato por escrito; trabajo ocasional más que trabajo fijo (aunque esto no significa que la relación no se regularice en algún momento), subcontratación que puede tomar el carácter de trabajo por cuenta propia; prolongación de la jornada de trabajo (hasta doce horas o más) y de la semana laboral (con los días libres reducidos a uno o dos al mes), con gran cantidad de trabajo por turnos y horas de trabajo variables en vez de fijas; bajos salarios por trabajo a destajo en vez de por horas; falta de garantías sociales y de otros derechos y ausencia de acción colectiva, algunas veces impuesta por una prohibición oficial de afiliación a sindicatos.

El verdaderamente impresionante crecimiento de China se manifiesta en la multiplicación por siete de su producto interior bruto desde 1981. Este gran salto adelante se ha producido principalmente en los polos de crecimiento urbano como Xiamen, y por ello es importante darse cuenta de que mi informe no se aplica a muchas zonas cuyos habitantes han quedado olvidados. Aunque en parte sea un efecto colateral, el contraste entre la ciudad y el campo, y entre el oeste y el este se ha acentuado más de lo que estaba antes. La situación en la parte central del país es más compleja porque algunas provincias han experimentado el mismo crecimiento que

¹ Véase entre otros J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994; J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; J. Breman, *The Making and Unmaking of an Industrial Working Class: Sliding Down the Labour Hierarchy in Ahmedabad, India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2004; J. Breman y Gunawan Wiradi, *Good Times and Bad Times in Rural Java: A Study of Socio-economic Dynamics Towards the End of the Twentieth Century*, Leiden, KITLV Press, 2002; y Hein Malle, «Migration, Hukou and Resistance in Reform China», en Elizabeth Perry y Mark Selden (eds.), *Chinese Society: Change, Conflict and Resistance*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000, pp. 83-101.

las zonas costeras, mientras que en otras la gente está en gran medida buscando trabajo en otras partes. Las estadísticas a nivel general sugieren una rápida caída del empleo en la agricultura (del 77,2 por 100 en 1975 al 62,4 en 1985 y al 44,8 en 2005). Resulta sorprendente que, después de un aumento inicial del empleo industrial (del 13,5 al 23 por 100 entre 1975 y 1985), la participación de este sector se ha estabilizado, llegando solamente al 23,8 en 2005. La expansión del sector servicios (el 9,3 por 100 en 1975 al 16,8 en 1985 y al 31,4 en 2005) sugiere que no hay base para suponer que casi todos los migrantes se incorporan al trabajo industrial². Mis propias observaciones muestran que esto también se aplica a los que llegan a Xiamen. La idea de que China se está convirtiendo en la fábrica del mundo no significa que otros sectores económicos no se vean afectados por las nuevas dinámicas.

La negación de la plena ciudadanía

Los migrantes son indispensables en la ciudad como mano de obra pero a la mayoría de ellos se les niega la ciudadanía. Su estatus *hukou* sigue vinculado a su lugar de origen en el campo y significa que se les considera forasteros y que su residencia temporal no les proporciona ningún derecho. Vistos como una población flotante, no tienen acceso al trabajo en el sector formal de la economía, no se les permite emprender una acción colectiva para mejorar las condiciones de empleo y de trabajo y no pueden desempeñar tareas para las que hay suficientes trabajadores locales. Tampoco tienen derecho a garantías sociales que les permitan acceder a la asistencia sanitaria gratuita y a las prestaciones de jubilación. No tienen ningún derecho a los alquileres subvencionados de vivienda o a la educación pública, que solamente es gratuita para los que tienen un estatus *hukou* en la ciudad. En resumen, son ciudadanos de segunda clase que han llegado a la ciudad para trabajar durante un periodo indeterminado y no se espera que se establezcan en ella de forma permanente. A continuación examinaré en seis apartados los perfiles de estos migrantes y el lugar específico que ocupan en el entorno de vida y trabajo de la ciudad en la que realicé mi trabajo de campo.

Vivienda y vecindario

La siguiente descripción de mis conclusiones está basada en entrevistas semiestructuradas con encuestados en el área urbana de Xiamen, complementadas con informaciones de estudios sobre otras ciudades realizados por otros investigadores. Por lo general elegí a los encuestados sobre la base de presentaciones previas que en la mayoría de los casos me permitieron

² Seminario conjunto India-China sobre Migración laboral, 2007.

informarles por adelantado de mi interés por entrevistarlos. Pude hacer preguntas sobre sus orígenes, su trabajo y sus vidas en extensas y algunas veces repetidas conversaciones sin tener la impresión de que sus respuestas estuvieran dirigidas a nadie más que a mí. De los veintidós hogares sobre los que recogí datos, siete de los encuestados estaban solteros, casi todos compartiendo la vivienda con otros, mientras que los quince restantes cohabitaban con un compañero (la mayoría como parejas casadas con o sin hijos). No sería cierto deducir de esto que la mayoría de la población migrante vive agrupada en hogares mixtos. Una sustancial parte de los recién llegados son hombres y mujeres jóvenes que todavía no se han casado y que no se establecen independientemente. En el primer año después de su llegada a Xiamen no tienen otra elección que vivir en alojamientos proporcionados por sus empleadores. Sin embargo, después de estar en la ciudad durante una temporada empiezan a preferir vivir en su propio espacio.

Reuní la mayoría de mis datos en visitas a vecindarios donde los migrantes habían encontrado un alojamiento independiente. Una de las principales razones para centrarme en ellos son las restricciones para acceder a los hombres y mujeres que viven en albergues proporcionados por sus empleadores. Fuera de sus horas de trabajo también carecen de libertad para moverse a su gusto o recibir visitas. Mis solicitudes para reunirme con ellos, sin sus patronos o guardas, a menudo fueron denegadas o se quedaron sin respuesta. Además, hay un grupo nada despreciable de migrantes que desaparece en la ciudad y se vuelve invisible porque no vive en alguno de los «pueblos urbanos». Entre la primera oleada de migrantes había muchos que solían dormir en el lugar de trabajo.

Los vendedores ambulantes dormían debajo de las mesas en los mercados donde vendían vegetales; las sirvientas en un sofá en la casa de su empleador, los carpinteros en el taller del propietario, los trabajadores de la construcción dentro y alrededor del edificio que estaban construyendo, cocineros y camareros en el suelo del restaurante durante las horas que estaba cerrado, etc.³

Estas prácticas están menos extendidas actualmente debido a la estrecha supervisión de las autoridades municipales. Aun así, encontré migrantes que tratan de organizarse su propio alojamiento para dormir donde quiera que trabajen, o por lo menos en sus cercanías. Alquilan lugares por sí mismos o se quedan en refugios temporales como casetas de obras o lugares que durante el día se utilizan para otros fines como oficinas o almacenes

³Y. Wang, «Housing Reform and its Impact on the Urban Poor in China», en *Housing Studies*, vol. 15, núm. 6, p. 855; D. Solinger, «The Floating Population in Cities: Chances for Assimilation?», en D. Davis, R. Kraus, B. Naughton y E. Perry (eds.), *Urban Space in Contemporary China: The Potential for Autonomy and Community in Post-Mao China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 134.

en los que se les permite dormir pero que no están destinados a ser un alojamiento/residencia permanente. Para hacerme una idea de esta categoría, complementé mi estudio sobre los vecindarios de los migrantes con una muestra aleatoria de migrantes con los que me crucé en la calle en un barrio especialmente seleccionado con este propósito. Aumentar de esta manera mi base de datos no podía evitar, sin embargo, que los hombres y mujeres de fuera de la ciudad que no trabajan al aire libre, como peluqueros, empleados de tiendas o servicio doméstico, pero que tampoco alquilan una habitación en uno de los pueblos urbanos, quedaran en gran parte fuera del alcance del estudio. Finalmente, visité un nuevo polígono industrial que se está construyendo a alguna distancia del área urbana. Los terrenos han sido urbanizados y las instalaciones que se han levantado se ofrecen a las compañías extranjeras, especialmente de Taiwán. Para compensar por la pérdida de sus campos, los habitantes de los pueblos afectados han recibido autorización para crear en la tierra que les ha quedado comercios y viviendas para los miles de migrantes que llegarán. Esta visita me dio la oportunidad de controlar en los años siguientes el planeado pero incierto progreso de la nueva política económica.

La decisión de centrar mi investigación principalmente en los habitantes de los «pueblos urbanos» se basaba en mi suposición de que la mayoría de los migrantes no se consideran a sí mismos como residentes temporales de Xiamen que, después de algún tiempo, regresarán a su lugar de origen o buscarán trabajo en otra ciudad. La utilización del término «población flotante» refleja el tratamiento que las autoridades dan a los recién llegados a la ciudad, pero esta creencia obstinadamente sostenida de que están tratando con una masa de trabajadores transitorios va totalmente en contra del deseo de los migrantes de establecerse permanentemente en Xiamen, si no para siempre por lo menos durante la duración de su vida laboral. También por eso a la gente joven le gusta cambiar su alojamiento comunal después de algunos años por su propio espacio de vida que alquilan con algún compañero del trabajo en alguno de los pueblos urbanos. En cualquier caso, el deseo de tener mayor autonomía y privacidad surge si los migrantes han encontrado pareja con la que desean compartir un hogar.

Los «pueblos urbanos» están situados por lo general en las afueras de la ciudad, pero debido a la expansión del área urbana se han convertido en parte integral de ella y ahora están rodeados por barrios más caros, habitados por moradores permanentes de grupos con ingresos más elevados. A medida que la ciudad iba creciendo, el gobierno municipal fue expropiando grandes cantidades de terreno compensando a sus propietarios, normalmente agricultores o trabajadores agrícolas. Se les dio permiso, y a menudo se les facilitaron créditos, para construir bloques de apartamentos de unos cuantos pisos de altura y alquilarlos a los migrantes. La mayoría de estas

viviendas están mal construidas y los apartamentos, que se alquilan ente 275 y 450 yuanes al mes, consisten en una única habitación de poco más de quince metros cuadrados que no tiene agua corriente. Las comidas se preparan en el pasillo y los baños se comparten con varios vecinos. Estos pisos abarrotados con mínimos servicios no se encuentran únicamente en los pueblos urbanos de Xiamen. El siguiente pasaje procede de un informe sobre un trabajo de campo en la ciudad de Ningho, también en la costa este de China:

Prácticamente todos los hogares de los migrantes en los dos pueblos urbanos ocupan una sola habitación. En la mayoría, dos o tres personas comparten una habitación que tiene entre 10 y 20 metros cuadrados. La media es de 2,53 personas por habitación, y el espacio medio per cápita es de 6,76 metros cuadrados [...] La mayoría de los hogares cocinan en el mismo espacio en que duermen. Solamente el 5 por 100 tienen su propio cuarto de baño, el 55 por 100 (la mayoría mujeres) se bañan en el dormitorio con un bidón de agua [...] Aparte de las atestadas viviendas hay una grave escasez de instalaciones sanitarias. La mayoría de las casas no están conectadas a la red de alcantarillas y las instalaciones de los excusados son muy deficientes. Los casi 5.000 migrantes que residen en Changfeng solo tienen acceso a seis letrinas con treinta y cuatro retretes, los 2.000 migrantes de Jinjacao solo tienen dos letrinas con dieciseis retretes. La proporción de cincuenta y cuatro hogares por retrete está muy por debajo de los estándares habitacionales de Naciones Unidas (no más de dos hogares compartiendo un baño). Casi la mitad de los migrantes tienen que hacer cola para ir al baño durante 10 o 20 minutos en las horas punta de la mañana, otro 35 por 100 esperan entre cinco y diez minutos⁴.

Las unidades de alojamiento que cuentan con retrete, lavabo o cocina propios, e incluso dos o tres habitaciones, se alquilan evidentemente a un precio mucho mayor (a partir de 500 yuanes). Están habitadas por hogares que no solo tienen mayores ingresos sino también más miembros. Esto no significa que los apartamentos de una sola habitación estén ocupados por una sola persona. Los inquilinos son parejas casadas, con o sin niños, y hombres y mujeres jóvenes que se han encontrado en el trabajo y a menudo proceden del mismo lugar o de la misma zona. Solamente encontré a una persona –una costurera de veinticuatro años– que no compartía su habitación. Los trabajadores de la construcción a menudo duermen en cobertizos en la propia obra. Las parejas casadas no tienen su propio espacio para dormir sino que lo comparten con otros. Estos trabajadores de la construcción llevan una vida nómada y se trasladan a otro lugar cuando el proyecto ha

⁴ Qi Changqi y He Fan, «Informal Elements in Urban Growth Regulation in China: Urban Villages in Ningho», Seminario conjunto India-China sobre Mercados de Trabajo en China e India, «Experiencias y Perspectivas a la vista», Nueva Delhi, 28-30 de marzo de 2007.

finalizado. Sin embargo, el alojamiento temporal no siempre desaparece con la finalización del trabajo. Una gran proporción de migrantes reciben un alojamiento, por parte de la empresa para la que trabajan, que consiste en una litera en un dormitorio comunal más o menos grande. Cada uno tiene un pequeño armario para sus ropas y otras posesiones aunque no tengan mucho que guardar. Más que la falta de instalaciones, la ausencia de un espacio privado donde estar en el tiempo libre, solos o con algunos compañeros de trabajo, es suficiente incentivo para que después de algún tiempo se trasladen a una habitación en algún pueblo urbano cercano y separen la vida laboral de la privada.

Estos vecindarios están densamente poblados ya que los bloques de viviendas están muy próximos. Las calles entre ellos son muy estrechas y se asemejan más a callejones. El espacio público es escaso. No hay demasiados servicios públicos como alumbrado o zonas verdes y las alcantarillas abiertas se añaden a la descuidada apariencia de la mayoría de los pueblos urbanos. No obstante, los habitantes pueden comprar todas sus necesidades diarias y ocasionales en las tiendas locales, depositar su basura en contenedores que se vacían regularmente y están obligados a mantener las calles limpias y ordenadas. Los comités de barrio, el escalón más bajo de la autoridad municipal, de vez en cuando ordena la realización de una campaña de limpieza y los propietarios de los apartamentos son responsables de que esas órdenes se cumplan. Estos vecindarios no son zonas hiperdegradadas como las que he encontrado durante mi investigación en las afueras de grandes ciudades de India e Indonesia. Sin embargo, los pueblos urbanos de Xiamen muestran un marcado contraste con las confortables e incluso lujosas viviendas en elevados edificios y en otros barrios donde viven los residentes establecidos. Llevan la marca de la informalidad y la densidad de las edificaciones les hace aparecer desordenados e inferiores a los ojos de la burocracia.

Los políticos a menudo acusan a los pueblos urbanos de ser un estigma del desarrollo urbano. Los que toman decisiones tienden a demolerlos y a reemplazarlos por edificios más respetables. Sin embargo, esto no es una tarea fácil porque podría desencadenar disturbios sociales susceptibles de arruinar carreras políticas. En vista de ello, los planificadores prefieren ignorar estas áreas y dejar que permanezcan dentro de la ciudad. Los pueblos urbanos constituyen claramente un elemento informal en la regulación del crecimiento urbano en China⁵.

No obstante, no encontré en Xiamen la clase de zonas urbanas hiperdegradadas que Mike Davis describe como típicas de las ciudades del Tercer Mundo⁶, y que se caracterizan por la pobreza, miseria y exclusión de las

⁵ *Ibid.*, p. 6.

⁶ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, Verso, 2006 [ed. cast. *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

masas de migrantes que aterrizan en ellas después de haber sido expulsadas del medio rural. Un informe de Naciones Unidas confirma que China ha conseguido industrializarse rápidamente sin que aparezcan grandes zonas urbanas hiperdegradadas o asentamientos informales⁷.

Perfil del emigrante

De los veintidós hogares que forman el núcleo de mis datos, siete tenían un solo miembro (tres hombres solteros, tres mujeres solteras y una mujer divorciada). Los otros quince estaban formados por parejas casadas, trece de las cuales viven en Xiamen mientras que dos hombres tienen mujeres que viven en su lugar de origen (una de ellas quedó incapacitada para trabajar después de un accidente en una obra y la otra se quedó cuidando a los niños pequeños). Las familias de los quince hogares formados por parejas casadas no están al completo. Por lo general, los niños son enviados de vuelta al lugar de origen o directamente se quedaron allí, normalmente con los abuelos, para crecer e ir al colegio. No encontré ningún caso de trabajo infantil durante mi investigación. En los casos en que algunos niños vivían con sus padres en Xiamen (en ocho de los veintidós hogares), la razón principal era que no había nadie en el lugar de origen que pudiera ocuparse de ellos. Los hijos que crecen lo suficiente como para trabajar (desde los dieciséis años), algunas veces se unen a sus padres en la ciudad (en tres de los quince hogares con parejas casadas encontré un hijo o una hija que trabajaba), pero la escasez de espacio normalmente significa que encuentran refugio en alguna otra parte dentro o fuera de Xiamen.

Dos grupos de edad están fuertemente subrepresentados entre los migrantes: los niños pequeños y la gente mayor. De nuevo, la razón más importante de su ausencia parece ser la escasez de espacio. Para los habitantes de los pueblos urbanos es bastante difícil tener a sus hijos viviendo con ellos, más aún a sus progenitores. También influye el mayor coste de la vida en la ciudad. En Xiamen no hay espacio para los que no pueden trabajar, para los que no tienen capacidad de obtener un ingreso. Eso también significa que los migrantes que han perdido su capacidad de trabajo —por enfermedad, un accidente o por llegar a una edad avanzada— no pueden estar en la ciudad. Mis encuestados se habían acostumbrado a la idea de que finalmente regresarían a sus lugares de origen, pero se consolaban con el hecho de que habían abierto el camino de la ciudad para sus hijos: mejor educados y formados de lo que lo estuvieron ellos, la siguiente generación tenía mejores oportunidades de futuro. La mayoría de los migrantes son adolescentes de dieciséis a dieciocho años,

⁷ *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlements*, United Nations-Habitat, 2003, p. 126.

jóvenes entre veinte y veinticinco y adultos de treintaicinco a cuarenta. Los migrantes más jóvenes son menos visibles, ya que tienden a quedarse cerca del lugar de trabajo –polígonos industriales que normalmente están lejos del centro de la ciudad– y tienen pocas oportunidades de conseguir acceso al dominio urbano. Como he mencionado anteriormente, eso hace que estén subrepresentados en mis datos.

Un llamativo dato estadístico es que hombres y mujeres abandonan el medio rural aproximadamente en las mismas cantidades. No pude determinar si ha sido así desde el comienzo del proceso de migración hace un cuarto de siglo o ha sido una evolución gradual. En este aspecto también está claro que las mujeres vienen para trabajar y no para ocuparse del hogar. Los veintidós hogares sobre los que basé mis conclusiones tienen un total de cuarenta y nueve miembros. De aquellos que trabajan, dieciocho son mujeres y veintiuno hombres. Los diez que no trabajan incluyen a ocho niños pequeños y a dos mujeres, una de ellas con un recién nacido, que por ello no puede trabajar temporalmente, y la otra es una mujer mayor que ha venido a Xiamen para ocuparse de su nieto. No tengo ninguna razón para pensar que los hogares de mi muestra sean una excepción de una regla más general. Considero que el elevado grado de participación en el proceso laboral, con treinta y nueve de cuarenta y nueve miembros de la muestra pertenecientes a la población trabajadora, es representativo del hogar medio de los migrantes en Xiamen.

Mis informadores, a los que mayormente conocí en el escenario del hogar al que pertenecían en los pueblos urbanos, procedían de una amplia variedad de provincias, aunque la mayoría venían de regiones que se encuentran cercanas a Xiamen, como Fujian y la adyacente Jiangxi. Sin embargo, no es excepcional que los migrantes procedan de zonas más lejanas. A la inversa, sospecho que, aunque aquellos que abandonan las cercanas tierras del interior tienden a migrar a las ciudades de la costa de Fujian, muchos hombres y mujeres también van a otras provincias más al norte o al sur. Hablé con un gran número de encuestados que tenían familiares cercanos en Guangdong, Anhui, Sichuan, Henan, Jiangxi o Zhejiang. ¿Cómo llegaron estos migrantes a Xiamen? En la mayoría de los casos fue por medio de familiares, amigos o vecinos, los canales principales de parentesco u otros lazos estrechos. El que estos contactos ya estuvieran en Xiamen ayudaba a que los recién llegados encontraran trabajo y alojamiento. La mayor parte de los migrantes vinieron directamente a Xiamen desde las zonas del interior, aunque un número importante también había trabajado en otras ciudades. ¿Por qué este último grupo no se quedó en su primer destino? La soledad o experiencias negativas con los empleadores a menudo les hizo volver a su casa, donde la falta de empleo o de perspectivas les hizo probar suerte otra vez en Xiamen. Mis hallazgos demostraron que se podían aplicar también

a otros polos de desarrollo: un estudio concreto sobre Ningbo, una ciudad que también se encuentra en la costa este en la provincia de Zhejiang con una población de más de 5,5 millones en 2006, mostraba que más de la mitad de los migrantes venían directamente del interior.

Alrededor del 15 por 100 había migrado a más de tres ciudades antes de llegar a Ningbo. Alrededor de la mitad de los encuestados viven en Ningbo desde hacía más de tres años, alrededor de un tercio entre uno y tres años y solamente una cuarta parte vive desde hace menos de un año. La mayoría de los migrantes eligieron Ningbo en primer lugar y a casi nueve de cada diez les gustaría establecerse permanentemente en cuanto encontraran un trabajo apropiado⁸.

El término población flotante es inadecuado, ya que solamente una minoría, casi siempre solteros jóvenes, se mueve en búsqueda de aventura y variedad. La mayoría de los migrantes no tienen más planes para el futuro que quedarse donde están, en Xiamen.

La gran mayoría de los migrantes han ido al colegio. Los más jóvenes han asistido a por lo menos seis años de enseñanza primaria antes de partir y muchos han terminado tres años de secundaria. Eso significa que son capaces de leer, escribir y realizar las operaciones aritméticas básicas, y la mayoría de ellos puede hacerlo con un nivel alto. Esto les ha ayudado a encontrar su camino hacia Xiamen y a moverse dentro de la ciudad. Una pequeña minoría, en gran medida gente mayor, todavía son analfabetos. Una de ellos, una mujer que vende tarjetas para el teléfono en la calle, me dijo que cuando ella era una niña, cuarenta años atrás, era mucho menos habitual que ahora el ir al colegio. Ella decía que carecer de una escolarización básica le había impedido encontrar un trabajo mejor pagado y más valorado y por ello quería asegurarse de que sus propios hijos fueran al colegio. Solamente una minoría de los migrantes, no más de una quinta parte, habían completado su educación secundaria. La mayoría de ellos habían estudiado cuatro años para adquirir el certificado superior antes de buscar trabajo, mientras que pocos habían continuado en alguna forma de educación avanzada. Con estas cualificaciones, podían competir por trabajos a un nivel más alto de la economía urbana. La gran mayoría de los migrantes, que solamente han tenido nueve años de escolarización o menos, solo son aptos para el trabajo no cualificado.

Hay una nítida división en la sociedad en la que el nivel educativo es decisivo para determinar el estatus social y económico. Los migrantes con un nivel educativo bajo son conscientes de esto y aceptan que ellos carecen del conocimiento y la formación que permite encontrar trabajo en los escalones superiores del mercado de trabajo. Cuando se les pregunta por qué

⁸ Qi Changqi y He Fan, «Informal Elements in Urban Growth Regulation in China», cit., p. 10.

no prosiguieron sus estudios, contestan que cuando eran jóvenes no valoraron el papel de la educación. La pobreza de sus padres hacía más difícil enviar a los hijos al colegio. Además, en sus hogares había poco interés por los estudios, sobre todo más allá del nivel de primaria. Esta ausencia de un impulso propio para aprender estaba alimentada por una falta de perspectiva de las exigencias educativas de la nueva economía que estaba surgiendo más allá de los pueblos o de las pequeñas ciudades rurales en las que crecieron. Pero los padres con los que hablé en los pueblos urbanos de Xiamen también indicaban que sufrían por su falta de estudios y admitían que no sabían cómo guiar a sus hijos para que salieran adelante, a pesar de que pensaran que eso sin duda requería una educación secundaria. Un hombre me dijo que no había seguido su educación después de la enseñanza primaria porque el era de la «clase equivocada». En su opinión, el hecho de que proviniera de una familia de terratenientes le hubiera impedido tener acceso a la educación superior, y esta conciencia hacía que estuviera satisfecho con conformarse con un empleo en la construcción. Esperaba que sus hijos o sus nietos estuvieran libres de ese estigma.

Pude ver que los niños tienen más oportunidades que las niñas a la hora de acceder a la enseñanza secundaria. Esta diferencia parece basarse en la dudosa suposición de que, cuando se hayan casado, las niñas se ocuparán menos de sus ancianos padres que los niños. De los relatos de mis encuestados deduje que muchos migrantes están convencidos de que abandonaron su educación demasiado pronto. Como adultos, ahora se dan cuenta del terreno perdido. Otros investigadores también han notado semejantes sentimientos de arrepentimiento por haber abandonado el colegio demasiado pronto.

Entre aquellos que habían dejado el colegio después de nueve años, o que habían abandonado antes, era habitual describirlo como un acontecimiento desafortunado, no necesariamente en el momento en que se produjo, sino visto desde la perspectiva de una profesión y unos ingresos del trabajo⁹.

Sin embargo, hay excepciones. Unos cuantos migrantes consiguieron, estudiando por su cuenta, lograr empleos que inicialmente estaban muy lejos de su alcance. Un buen ejemplo que recuerdo es la hermana menor de una miembro del personal de la universidad que empezó su vida laboral en Xiamen como modista en un taller y que, a pesar de vivir en un dormitorio comunal, consiguió estudiar para conseguir un empleo mejor pagado. Su hermana mayor era sin duda un modelo a seguir, todavía más cuando, después de tener un niño, se ofreció para pagar los gastos de su hermana

⁹ Mette Halskov Hansen y Cuiming Pang, «Me and My Family: Perception of Individual and Collective among Young Rural Chinese», en *European Journal of East Asian Studies*, vol. 7, núm. 1, 2008, p. 87.

por venir y cuidar del niño. Durante ese periodo, la hermana tuvo la oportunidad de obtener su certificado de secundaria y aprendió a manejar un ordenador. Cuando regresó a un trabajo regular, entró como cajera en una empresa y más tarde llegó a jefa de personal. Este año se ha matriculado en la universidad abierta como estudiante de pregrado. La suya es una historia de éxito que, como ya se ha señalado, no puede aislarse del ejemplo que representaba su hermana mayor, pero sus elecciones sin duda también estuvieron influenciadas por sus padres. Las hermanas crecieron en la principal ciudad de un subdistrito donde su padre tenía una consulta médica. Esto muestra que de ninguna manera procedían de un hogar campesino y que no llevaron la habitual vida de pueblo.

Esto me lleva a señalar que muchos migrantes proceden realmente de familias campesinas y que, habida cuenta de la pobreza y el analfabetismo común es en este entorno, es lógico que empezaran a trabajar a una edad temprana. Sin embargo, la procedencia del medio rural no debería automáticamente ser considerada lo mismo que vivir en un pueblo y trabajar en la agricultura. Mis encuestados también incluían a los hijos de funcionarios locales, comerciantes y tenderos de capitales de distritos. La diversificación ha sido desde hace mucho tiempo una característica de la economía rural. Nacer en una familia en la que el padre trabajara fuera de la agricultura probablemente supondría que un hijo o una hija estarían más motivados para adquirir una educación que si procedieran de familias campesinas. En la década de 1970, para aliviar la presión sobre el sector agrícola, el Gobierno empezó a fomentar otras ramas de la industria. Conforme a la política de las Empresas de Ciudades y Pueblos se crearon los talleres de producción artesanal y a pequeña escala para generar trabajo e ingresos para los trabajadores agrícolas que se habían vuelto superfluos en el sector primario. La mayoría de estas pequeñas empresas cerraron en la década de 1980, pero parece razonable suponer que los empleados que quedaron sin trabajo fueron los primeros en buscar empleo en otra parte. Por ello, el origen social y económico de los migrantes desempeña un papel clave en la clase de empleo que pueden encontrar en la economía urbana. En general, en las extensas tierras del interior de China los jóvenes se ven obligados a abandonar sus lugares de origen porque su inadecuado nivel de vida no les deja demasiada elección. Sin embargo, los jóvenes que pertenecen a hogares pobres tienen más dificultades para acceder a la educación y por esa razón es menos probable que emigren y envíen un dinero que ayude a romper la espiral de miseria de aquellos que tienen que quedarse.

Dado que este ensayo se centra en aquellos que han abandonado sus hogares en el medio rural y consiguen encontrar su camino hacia las economías urbanas, me gustaría resaltar que los migrantes no son, evidentemente, una muestra aleatoria de los lugares de origen. Entre la población de las áreas

del interior, hay muchos que no son aptos para irse debido a la pobreza, a la falta o a la inadecuada enseñanza y la carencia de un capital social que facilite el viaje hacia una vida mejor. El viejo adagio de que la migración es la madre y el padre de la diferenciación –empezando desde una situación de desigualdad y llegando a una mayor desigualdad– todavía es pertinente. Sobre la base de la investigación realizada en las tierras del interior, Brennell concluye que «el típico migrante era varón, joven y relativamente educado y por ello pocas remesas de dinero llegaban a los hogares rurales más necesitados»¹⁰. Muchos migrantes que empezaron sus vidas urbanas con un nivel educativo bajo están muy motivados para asegurar a sus hijos un futuro mejor dándoles una educación secundaria, y están preparados para sacrificar sus propias oportunidades para conseguir que eso ocurra.

Trabajo

No pude comprobar si el gobierno controla la migración en el sentido de que sean las autoridades locales del interior las que deciden quiénes pueden partir y a dónde van, actuando además de mediadores para encontrarles trabajo. Lo que está claro es que su partida y su llegada a Xiamen están debidamente registradas, y que los migrantes tienen que llevar su carné de identidad encima y ser capaces de demostrar de dónde han venido, dónde se alojan, cómo se ganan la vida y quién les proporciona trabajo. Los recién llegados rara vez llegan a la ciudad sin haber hecho esta clase de preparativos por adelantado. Como he dicho anteriormente, encuentran su camino utilizando las redes sociales que les rodean. Estos amigos, relaciones y vecinos normalmente les proporcionan los requisitos iniciales. Solo después de algún tiempo empiezan a apoyarse en contactos que se han buscado ellos mismos, y a medida que ganan experiencia también aumentan sus ganas de tomar sus propias decisiones sobre qué hacer y cómo conseguirlo.

¿Cómo se distribuye esta población de migrantes entre los sectores económicos de Xiamen? En mi muestra de veintidós hogares, hay un total de treinta y nueve miembros trabajadores. De ellos, cinco hombres y ocho mujeres se clasifican como trabajadores industriales, seis hombres y una mujer trabajan en la construcción, mientras que diez hombres y nueve mujeres se ganan su sustento en los sectores de servicios o del transporte. Sería un error considerar esta distribución sectorial –33, 18 y 49 por 100 respectivamente– directamente representativa de la población migrante total de la ciudad. Mi muestra no cuenta con una representación adecuada de los migrantes jóvenes que están empleados en el sector industrial en fábricas y talleres y que viven en las instalaciones en las que trabajan.

¹⁰C. Brennell, «Rural Industrialisation and Spatial Inequality in China, 1978-2006», en *Economic and Political Weekly*, vol. 43, núm. 52, 27 de diciembre de 2008-2 de enero de 2009, pp. 43-50.

Teniendo en cuenta a estos grupos de migrantes, en gran medida invisibles, podemos considerar que el porcentaje de los que están empleados en el trabajo industrial es realmente mayor de un tercio del total, aunque sea difícil precisar cuánto. Las cifras generales disponibles sugieren que por lo menos una cuarta parte de la mano de obra de la ciudad puede clasificarse como trabajadores industriales. Esta categoría probablemente sea mayor entre los migrantes que entre los habitantes permanentes de Xiamen, pero considero que es poco probable que la sobrerrepresentación de ocupaciones industriales se aplique a más de la mitad de todos los recién llegados. Las mujeres están mayoritariamente empleadas en la manufactura de textiles y en el montaje de toda clase de productos, mientras que los hombres es más probable que encuentren empleo en las industrias metalúrgica y química y allí donde el trabajo es duro y físicamente extenuante. En la construcción, la mayor parte de los trabajadores cualificados (carpinteros, ferrallistas, yeseros, albañiles y alicatadores) son hombres mientras las mujeres que hay, muchas menos, están empleadas como ayudantes, apoyando a los hombres trayendo y acarreado arena, piedra, tubos y otros materiales. Los hombres también son mayoría en el sector del transporte, trabajando como conductores, copilotos y cargadores. Lo que me llamó la atención durante mis visitas a los pueblos urbanos fue el predominio de los suministradores de servicios, tanto hombres como mujeres. Parece que este sector terciario es el más importante de toda la economía urbana.

Los migrantes adquieren el conocimiento y las habilidades necesarias en el propio trabajo, instruidos por sus compañeros. Solo reciben el salario íntegro cuando han completado ese periodo de entrenamiento. Su duración depende de las exigencias del trabajo que tengan que realizar. Establecen un acuerdo verbal con el empleador, un entendimiento informal que no siempre se refleja en un contrato por escrito, aunque desde 2007 sea obligatorio hacerlo. Algunas veces el empleador pide a los veteranos que avalen el buen comportamiento del recién contratado. Ambas partes son libres para finalizar la relación a voluntad y, aunque es normal avisar con antelación, se les puede despedir o pueden renunciar en el acto. No están empleados sobre la base de una tarea puntual o a corto plazo, sino para trabajar durante un periodo no especificado. El principal modo de empleo es el de un trabajo regular, pero sin que sea una posición permanente y protegida. Es interesante señalar que aunque se supone que un contrato de trabajo por escrito es una forma de seguridad, los migrantes jóvenes, especialmente, afirman valorar mucho su libertad. Desde este punto de vista, un contrato formal restringe su libertad para moverse a voluntad.

Un contrato es una manera de obligar a los trabajadores. Es un sistema que favorece a la empresa. Si firmas un contrato «estás en sus manos»,

explicaba un joven migrante. Mientras que nosotros asumíamos que un contrato de trabajo supondría una cierta seguridad para los trabajadores, garantizando unas condiciones de trabajo estables y previsibles, nuestros entrevistados rechazaban esta suposición casi sin excepciones y afirmaban que el empleador controlaba totalmente al trabajador una vez que se firmaba el contrato. Al hacer hincapié en su «libertad para moverse», trabajadores sujetos a realizar un trabajo manual durante largas horas discursivamente se manifestaban como sujetos de poder, en vez de meros objetos de la desgracia, privados de orgullo, posibilidades y dignidad, una imagen que domina el discurso tanto oficial como popular sobre los migrantes laborales y el abandono escolar¹¹.

Hay que señalar que estas son opiniones de jóvenes que todavía están solteros. Cuando los migrantes llevan más tiempo en la ciudad, y especialmente después de que han formado una familia, sienten cada vez más la necesidad de un trabajo digno, de una posición permanente, un ingreso regular y unas condiciones de empleo aceptables.

El trabajo ocasional, limitado a periodos temporales, es la excepción más que la regla. Encontré esta clase de trabajo principalmente en el sector de la construcción, por ejemplo, un yesero que no está empleado por un contratista o una empresa pero que coge trabajos esporádicos cuando se presentan moviéndose de obra en obra dentro y fuera de la ciudad. Se entera de proyectos donde puede encontrar trabajo mediante una red de compañeros de trabajo y subcontratistas. Su salario diario es mayor que el de los empleados permanentes, pero se compensa con los periodos más o menos largos en que no tiene trabajo. Un cierto número de otros trabajadores de la construcción tampoco tienen un empleo permanente, pero son miembros de una cuadrilla bajo la dirección de un *jobber*. Le siguen a donde vaya y pueden obtener un adelanto en los días en que no hay trabajo. Un *jobber* con una cuadrilla de seis jardineros y jardineras trabaja de acuerdo con el mismo principio. Él los encuentra trabajo y ellos le garantizan su disponibilidad. Trabajar por su propia cuenta y riesgo también es bastante común. Eso sucede, por ejemplo, con la mujer que vende las tarjetas del teléfono, con vendedores callejeros y con trapeeros y chatarreros. También me encontré alguna gente que estaba en una situación intermedia, por ejemplo, un conductor que posee su propia furgoneta de reparto y que recibe un salario mensual que incluye el pago por utilizar el vehículo en beneficio del empleador.

La jornada de trabajo del migrante medio es más larga que la de los habitantes permanentes de Xiamen. Algunas veces tienen que trabajar doce horas o más porque, si hay que acabar rápidamente un pedido, el

¹¹ M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., pp. 90-91.

trabajo en los talleres de costura y en otras manufacturas continuará sin interrupción si así lo desea el patrón. A la inversa, la jornada de trabajo puede reducirse si hay una disminución de los pedidos. Los ayudantes en las tiendas y restaurantes también tienen que empezar a primera hora de la mañana y estar disponibles hasta bien avanzada la noche. Además de las largas horas, los días de trabajo tienden a ser impredecibles. A menudo he tenido citas que han sido canceladas porque la persona en cuestión de repente tenía que trabajar. Solamente las grandes empresas que funcionan con un horario y cuyo personal trabaja en turnos tienen un plan estricto que no permite la flexibilidad. La mayoría de los migrantes no cobran sobre la base de las horas que trabajan sino a destajo o por trabajo finalizado. Esto también marca una fuerte tendencia a producir el alargamiento de la jornada de trabajo. La semana de trabajo también es larga, con los días libres limitados a uno o dos al mes. Prácticamente la única oportunidad que tienen los migrantes de disfrutar de un periodo más largo de descanso es el Año Nuevo, unas fechas que aprovechan para visitar a sus familiares en el interior.

Comparados con las miserables circunstancias que rodean a los trabajadores migrantes sin cualificar en las ciudades indias, sus compañeros en China están mucho mejor. Eso se aplica no solo al salario, al que volveré más adelante, sino normalmente a las condiciones en las que tienen que trabajar. Los trabajadores de la construcción llevan cascos en la obra, el encofrador lleva guantes de protección y los jardineros llevan gafas y mascarillas para el polvo. Estos y otros ejemplos muestran que el trabajo tiene el valor y dignidad. Los empresarios me manifestaron que les resultaba cada vez más difícil contratar a migrantes que estuvieran dispuestos a hacer trabajos que consideraban sucios y peligrosos para la salud. Pasar el día trabajando con apestosas emanaciones o con productos químicos que provocan erupciones en la piel es una buena razón para evitar esa clase de empleo. Los habitantes bien establecidos de la ciudad, cuyo estilo de vida refleja su cómoda posición, se quejan de las dificultades que tienen para encontrar empleados domésticos o cuidadores para los niños.

La mayor parte de la población migrante se gana su sustento realizando un trabajo sin cualificar que requiere poca escolarización. Su falta de educación significa que, para la mayoría, no hay demasiadas esperanzas de ascender. La formación en el trabajo permite a los trabajadores de la construcción, por ejemplo, ofrecer sus servicios al *jobber* o al intermediario como trabajadores plenamente cualificados. Los propios *jobbers* y los intermediarios empezaron como simples trabajadores que adquirieron su autoridad en base a la adaptación y la experiencia. Unos cuantos de mis encuestados consiguieron mejorar su situación emprendiendo sus propios negocios. Uno de ellos es el copropietario de un pequeño taller de

costura. Su socio es el responsable de la producción para la que compraron siete máquinas de coser y emplean a cuatro costureras. Él mismo busca los pedidos y entrega los artículos terminados. Otro hombre ha abierto un pequeño taller de construcción donde él y otros dos ayudantes hacen trabajos externalizados por grandes empresas. Estos pequeños empresarios, que funcionan como subcontratistas por su propia cuenta y riesgo, piden prestado a amigos o relaciones el capital que necesitan para comprar la maquinaria y alquilar instalaciones. No tienen acceso al crédito de los bancos. Para tener acceso al mercado también dependen de contactos que establecieron durante su época de trabajadores. Sin duda no hay falta de espíritu empresarial. Dos de mis encuestados, un cocinero y un camarero de una casa de comidas, tienen planes para montar sus propios negocios. Lo que les detiene no es la falta de ambición sino la falta de fondos.

Los migrantes por lo general permanecen en el sector en el que encuentran trabajo al llegar a la ciudad. Los trabajadores de la construcción están habituados a trabajar al aire libre y muestran poco interés por empleos que signifiquen quedar encerrados en una fábrica y que les obliguen a trabajar en una cadena de producción. Los jóvenes parecen tener menos dificultades con esta clase de empleo y están más dispuestos a moverse de trabajo en trabajo que de sector en sector. Por último, durante mi estancia en Xiamen me encontré con muy poca gente que trabajara exclusivamente sobre una base ocasional o que no tuviera techo. Los casos individuales con los que me topé en las calles eran gentes que aparentemente tenían problemas mentales y no tengo ninguna razón para pensar que fueran necesariamente migrantes. La llamativa ausencia de vagabundos evidentemente está muy relacionada con el hecho de que el Gobierno vigila atentamente el mantenimiento de la ley y el orden. Los mendigos y otra gente necesitada no son bienvenidos en los espacios públicos. Se me dijo que en el periodo anterior a los Juegos Olímpicos, las autoridades hicieron todo lo posible para eliminar cualquier cosa del espacio público que pudiera empañar la deseada impresión de orden y disciplina.

Ingresos y gastos

A mediados de 2008, los migrantes ganaban entre 30 y 60 yuanes diarios que suponían entre 900 y 1.800 al mes, con la mayoría en el extremo inferior de la escala. Lo que realmente ganan depende de sus propios esfuerzos, ya que se les paga a destajo, pero las tarifas para las mujeres son invariablemente menores que para los hombres y ganan menos. La paga aumenta a medida que los trabajadores ganan experiencia y en la medida en que están dispuestos a realizar jornadas más largas. Un padre me dijo que su hija estaba dispuesta a trabajar, pero no todos los días. Decía que era cuestión de tiempo el que se acostumbrara a una rutina más regular. En cualquier caso, no todos los

empleadores toleran semejante inconstancia. La mayoría de los migrantes se esfuerzan por tener unos ingresos regulares lo más altos posibles, un deseo que solo pueden cumplir trabajando tanto como sea posible y aceptando hacer horas extras en vez de rechazar la oportunidad. Otra estrategia básica para limitar los gastos es reducir al máximo el número de miembros del hogar que no trabajan. Los gastos fijos, principalmente por el alquiler y la alimentación, se calculan entre 25 y 30 yuanes por adulto diarios. Los gastos incidentales y variables incluyen el agua, la electricidad, el transporte, el teléfono, el envío de los hijos al colegio en la ciudad o el pago a los abuelos u a otros familiares para que los cuiden en el lugar de origen, y los gastos médicos. Los ingresos de los migrantes normalmente son suficientes para que compren toda clase de bienes de consumo, vestido y ropa de cama, una cama, una mesa pequeña y sillas o taburetes, utensilios para cocinar y comer, un ventilador de sobremesa, televisión, nevera y un teléfono móvil. La habitación está a menudo llena de estos productos, muchos de ellos recogidos en maletas, bolsas y cajas. Gastan poco dinero en actividades de ocio fuera de la casa, en gran parte porque tienen poco tiempo libre.

Los ingresos reales han aumentado en los últimos tiempos. Durante mi primera visita a Xiamen en 1992, los migrantes ganaban alrededor de 500 yuanes al mes. Cuando regresé en 2001, habían aumentado a 800 o más. Como he dicho anteriormente, la tendencia al alza continuó en los años posteriores. Desde luego, el coste de la vida también ha subido en el mismo periodo, pero mi impresión fue que se ha producido a un ritmo ligeramente más lento. Sobre la base de una encuesta realizada a principios de 2009 entre migrantes que trabajaban en localidades urbanas, la gran mayoría de ellos en Xiamen, Li Minghuan informaba del siguiente modelo de gasto de 903 encuestados en los tres últimos meses del año (cuadro 2).

CUADRO 2

PAUTAS DE GASTO DE MIGRANTES TRABAJANDO EN LOCALIDADES URBANAS

Gastos mensuales	Total %	Mujeres %	Hombres %
Menos de 500 yuanes	14,4	9,5	4,9
501-800	39,2	19,6	19,7
801-1.000	26,1	14,7	11,4
1.001-1.400	11,3	5,0	6,3
Más de 1.400	8,9	3,4	5,6

Fuente: Li Minghuan, «Always circulating between Rural and Urban Areas? A Study of Young Females in Fujian Province in the Period of Economic Downturn», Ponencia para el Taller de Seguridad Social en una perspectiva comparada celebrado en Ámsterdam, 2-4 de noviembre de 2009.

La tendencia favorable hacia un salario real más elevado con los años se contrarresta con la observación de que la brecha entre los migrantes y los acomodados residentes de Xiamen se ha ampliado. Aquellos que se encuentran en la base de la economía urbana son conscientes de esta creciente desigualdad, pero todavía siguen teniendo buenas razones para pensar que la vida en las zonas del interior rural todavía es peor. La mayoría de los migrantes son capaces de ahorrar entre 100 y 250 yuanes de sus ingresos mensuales. El dinero está dirigido a gastarse en su lugar de origen al que se retiraran cuando acabe su vida laboral. La pérdida final de la capacidad de trabajo es una desagradable perspectiva, pero no significa que automáticamente se espere que los hijos vayan a contribuir trabajando al mantenimiento de sus mayores. Después de todo, la primera prioridad es cubrir sus propios gastos de subsistencia e invertir en educación para la siguiente generación.

La vida de hogar en los pueblos urbanos

El alquiler de un apartamento en uno de los bloques residenciales normalmente es demasiado elevado para una sola persona. De hecho, para poder permitirse el lujo de una habitación individual son necesarios por lo menos dos sueldos. Esto significa que los migrantes solteros solamente pueden escapar de los dormitorios comunales en las instalaciones del empleador trasladándose con un amigo o colega. La mayoría de los hogares están formados por un matrimonio. Algunas veces ya estaban casados, otras decidieron vivir juntos después de que uno de ellos o ambos llegaron a Xiamen. En todos estos casos, la mujer también trabaja porque sus ingresos se necesitan para cubrir los gastos de la casa. No es habitual que el hombre y la mujer realicen el mismo trabajo y tengan al mismo empleador, lo que significa que tienen diferentes jornadas de trabajo y diferentes días libres. Las parejas casadas por lo general quieren tener hijos, pero cuidar de ellos es una pesada carga adicional. La solución habitual, porque supone acceso a la asistencia médica, es dar a luz en el lugar de origen y dejar al hijo con los familiares. Normalmente son los abuelos los que se ocupan del niño. En algunos casos, los padres envían dinero para su cuidado.

Principalmente es la mujer la que se ocupa de las tareas del hogar, como cocinar, lavar y limpiar. Pero los hombres ayudan, por ejemplo, haciendo la compra. Una habitación es muy pequeña, especialmente si no hay un espacio para cocinar y lavar. Una gran parte del espacio se lo lleva la cama de la pareja, dejando poco espacio para las visitas. Hay un par de taburetes y una mesa baja, pero la habitación no puede acomodar a más de unos cuantos adultos. No es fácil recibir a los amigos, pero sí vienen a compartir una comida que se prepara en el corredor, mientras que los servicios y el agua están en una zona compartida. Llevar un cubo de agua caliente a la

habitación ofrece la posibilidad de tomar un baño sin que te molesten los vecinos que esperan su turno. Al anochecer o en sus días libres, los residentes del bloque escapan de sus claustrofóbicas aglomeraciones y salen a la calle para pasear y hablar con los vecinos.

Si tanto el marido como la mujer tienen un buen trabajo y ganan más, su apartamento podrá tener dos o tres habitaciones y los abuelos podrán venir a vivir con ellos y ayudar en la casa. A medida que sus vidas se vuelven más confortables pueden hacer cosas para disfrutar más de su tiempo libre, como hacer excursiones, ir de *pícnic* el domingo, dar un paseo o descansar en el parque. En el trabajo hacen nuevos amigos que normalmente proceden del mismo lugar. Muchos migrantes dan mucha importancia a cuidar de sus propios hijos enviando a los niños a una guardería del barrio. Sin embargo, los hijos de los migrantes, pocas veces más de uno por pareja, no tienen acceso a las escuelas públicas. Esto parece haber cambiado recientemente en Xiamen, pero los procedimientos bastante poco claros resultan ser un obstáculo para muchos padres que buscan aprovecharse de la relajación de las normas. Cuando tienen a sus retoños con ellos en la ciudad acuden a escuelas privadas que se han abierto en los pueblos urbanos. Escuché muchas quejas sobre el coste y la calidad de la enseñanza. La falta de una vida de familia normal y regular es una pesada carga para los migrantes. Los padres tratan de pasar el tiempo libre con su pareja y los niños, pero a menudo no es posible. Esto queda ilustrado con la pareja que se describe a continuación. Trabajan como zapateros y viven con su hija de quince años, pero no podrán seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

Encontramos el empleo por medio de un conocido [...] Es bastante duro, pero no tenemos opción. Actualmente es difícil encontrar otro trabajo [...] Podemos ganar alrededor de 800 yuanes al mes entre los dos. Pero nuestros gastos son mayores. Necesitamos pagar 150 yuanes por el alquiler de los 10 metros cuadrados de la habitación [...] Nuestra hija estudia en un colegio de este subdistrito. Al no tener el *hukou* local necesitamos pagar una tasa adicional de 500 yuanes anuales [...] El año que viene irá a la escuela secundaria superior. Para entonces no podremos hacer frente a las tasas educativas porque son de 6.000 yuanes anuales. Tenemos que mandarla de vuelta a nuestra ciudad natal¹².

¿Cómo encuentran marido o mujer los migrantes? Es importante señalar que el matrimonio ya no está acordado por los padres. Sin embargo, lejos de casa es difícil encontrar pareja, como me explicaba un joven. No sabía cómo encontrar a miembros del sexo contrario, ya que no tenía experiencia en establecer contactos informales con otras personas. Ponerse a

¹² Yuting Liu, Shenjing He y Fulong Wu, «Urban Pauperization under China's Social Exclusion: A case Study of Nanjing», en *Journal of Urban Affairs*, vol. 30. núm. 1, 2008, p. 32.

hablar a un completo extraño en la calle o en el autobús era una idea completamente descabellada y, además, no tenía tiempo para salir a la búsqueda de su pareja en el normal intercambio social. El trabajo es a menudo el mejor lugar para encontrar gente y los colegas actúan como intermediarios. Los amigos y conocidos también representan una oportunidad para conocer a una potencial pareja y quedar para establecer alguna cita. Explorar las posibilidades de matrimonio, sin embargo, no se produce sin la aprobación de la familia inmediata y eso requiere consultarlo. Saqué la impresión de que las hermanas y los hermanos desempeñan un papel más importante a este aspecto que los padres. En la mayoría de los casos, el hombre o la mujer seleccionada como pareja viene del mismo lugar de origen y, a medida que se desarrolla la relación, las familias de ambas partes van discutiendo los acuerdos. La decisión sobre si llegar al matrimonio, sin embargo, queda principalmente en manos de la propia pareja.

En mi muestra, hay tres parejas que no proceden de los mismos lugares y que se conocieron sin la mediación de nadie. En un caso, la mujer conoció a su futuro marido a través de un chat. Su hermana mayor encontró a su pareja después de entablar conversación con él en un albergue de la fábrica donde trabaja. Él estaba viviendo en el albergue de una fábrica cercana. El tercer hombre fue al hospital después de haber sufrido un accidente y conoció a una enfermera con la que acabó casándose. Toda esta gente viene de hogares de migrantes con éxito, con trabajos e ingresos por encima de la media. Cuando se jubilen se espera que regresen al lugar de nacimiento del hombre, donde la mujer no tiene lazos. Sin embargo, me parece más probable que decidan establecerse permanentemente en Xiamen.

Encontrar pareja es difícil. Uno de mis encuestados, una mujer de veinticuatro años, sigue «sin contrato», como ella misma dice. Era la única persona soltera que había alquilado una habitación para ella sola. Sus amigos y conocidos viven con sus parejas lo que les permite compartir los gastos.

Una sensación de pánico por no poder estabilizarse y casarse «a su debido tiempo» entraba a las mujeres entre los 22 y 24 años y a los hombres entre los 24 y 26. Y aunque estaba ampliamente aceptado que uno se podía «divertir» (no necesariamente significando sexo) saliendo con diferentes personas, los entrevistados estaban de acuerdo en que finalmente se acabaría por utilizar un conjunto de criterios relativamente claros para tomar la decisión final de con quién casarse¹³.

Con una escasez de mujeres de su edad, es bastante habitual que los migrantes jóvenes se queden solteros, especialmente aquellos que tienen menos educación y los trabajos peor pagados.

¹³M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., p. 84

Duración de la estancia

Los migrantes llegan a la ciudad queriendo quedarse mientras duren sus vidas laborales. A partir de los dieciocho años antes de abandonar su lugar de origen se les proporciona una tarjeta de identidad. Su regreso final a sus lugares de origen es prácticamente inevitable. Residir en la ciudad depende de tener unos ingresos. Cualquiera que esté registrado como residente temporal y que ya no pueda trabajar por falta de empleo, enfermedad o por su avanzada edad, no tiene otra opción que abandonar Xiamen. Sin embargo, ni a corto ni a largo plazo los migrantes quieren regresar a su casa. Por el contrario, mis conversaciones con los miembros de los hogares de mi estudio indican que consideran la partida de sus casas como el momento en que establecieron el curso de su propia vida, y ya no tomaban en cuenta lo que otros pudieran querer o esperar. La mayoría de ellos vinieron directamente a Xiamen y nunca se marcharon. Los encuestados que habían vivido en la ciudad durante más tiempo llevaban diecinueve años, mientras que el último en llegar era un joven que había llegado tres meses atrás para reunirse con su hermano. No resulta demasiado útil calcular una estancia media porque, también en este aspecto, los habitantes de los pueblos urbanos no son representativos de la población migrante en general.

No obstante, encontré gran cantidad de gente que llevaba más de cinco años en Xiamen. Por otra parte, mi análisis no recoge información sobre el número de hombres y mujeres que no pudieron sobrevivir en la ciudad y que regresaron a sus lugares de origen. Sin embargo, no tengo ninguna razón para suponer que formen un porcentaje significativo del total de la población migrante. La escasez de trabajo y de ingresos en las zonas del interior exige que aquellos que buscan trabajo tengan que ir a otra parte y ciertamente no ofrece ninguna oportunidad para el regreso. La mayoría de los migrantes no consiguen instalarse más permanentemente al llegar a la ciudad.

No es una exageración decir que una vez en la ciudad, los migrantes continúan estando en movimiento. Con índices de movilidad sustancialmente mayores que los residentes locales, sufren una movilidad residencial mucho más elevada. Pero semejante movilidad no está necesariamente impulsada por la necesidad de permanencia o incluso por comodidad. Pocos migrantes hacen la transición desde ser cabezas de puente a consolidarse permanentemente después de años viviendo en una ciudad, una tendencia que se observa en los asentamientos de migrantes en otros países en vías de desarrollo. En vez de ello, la mayoría permanece atrapada en el sector del alquiler privado o se queda en albergues. El acceso a la propiedad todavía no está al alcance de los migrantes y la vivienda de tipo cooperativo no existe debido a la intolerancia de las autoridades municipales¹⁴.

¹⁴ W. Wu, «Migrant Settlement and Urban Transformation in China: The Case of Shanghai», World Bank Third Urban Research Symposium, Brasilia, 2-4 de abril de 2005, p. 15.

La perspectiva de regresar al lugar de origen tiene poco atractivo para los migrantes o incluso produce una profunda aversión, y no solo por la falta de progreso económico. Mujeres jóvenes que no estaban casadas me dijeron que eso significaría el fin de su libertad. Tendrían que volver con sus padres y ocuparse de sus hermanos y hermanas más jóvenes. Muchas de ellas tendrían a considerar que la vida en el interior rural era atrasada y menos civilizada. El campo no solamente carece del atractivo de la gran ciudad, además, la gente se aferra a costumbres y hábitos que se consideran pasados de moda. Algunos de mis encuestados habían vivido en otras ciudades antes de llegar a Xiamen aunque no se quedaron allí demasiado tiempo. Algunas veces no pudieron encontrar trabajo o perdieron sus empleos. Una mujer joven que había llegado a Guangdong me dijo que cuando llegó no conocía a nadie y pronto empezó a sentir nostalgia. No pudo encontrar trabajo y decidió probar suerte en Xiamen y, con la ayuda de un vecino, encontró trabajo en un taller textil. Algunos de sus compañeros de trabajo venían de la misma región que ella y eso la ayudó a sentirse en casa. Un pequeño grupo de hombres jóvenes y solteros parece ir de ciudad en ciudad a la búsqueda de aventuras. Dan la impresión de estar impulsados por un deseo de independencia. El siguiente comentario sirve de ejemplo del comportamiento de este grupo de migrantes más móviles.

En cafés con internet clandestinos en pueblos y pequeñas ciudades de Fujian, a menudo encontramos trabajadores jóvenes que viajaban por el país de fábrica en fábrica, marchando a otro lugar cuando se cansaban del trabajo y del lugar. Decían que disfrutaban de esta clase de «libertad» y de la oportunidad de conocer el país, aunque el trabajo en sí mismo no era interesante, algunas veces era peligroso y los salarios demasiado bajos. Tanto los hombres como las mujeres en esta categoría explicaban que tenían una sensación de libertad porque podían encontrar nuevos amigos en circunstancias similares a las suyas, tener relaciones románticas sin que los padres lo supieran y ganar su propio dinero, y si se cansaban del trabajo se movían a otro sitio¹⁵.

Sigo manteniendo que el término «población flotante» no vale para la mayoría de los migrantes que realmente están deseando convertir lo que empezó como una estancia temporal en una permanente. A pesar de esa ambición, si su capacidad de trabajo disminuye y no pueden mantenerse a sí mismos, ya no son bienvenidos en la ciudad. Esa es la razón por la que los pueblos urbanos tienen pocos habitantes de edad avanzada, aunque la gente también puede quedar incapacitada para trabajar debido a un accidente laboral o por problemas de salud. La mujer de un montador de andamios tuvo un accidente en el trabajo y, aunque el empleador pagó sus gastos médicos iniciales, es dudoso que pueda volver a trabajar.

¹⁵ M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., p. 90.

Volvió a su casa inválida hace casi un año y su marido está pensando en reunirse con ella porque ha oído que están abriendo nuevas canteras en su provincia natal y que la paga es razonable. Si es cierto dejará su trabajo en la construcción después de más de veinte años. Los migrantes no tienen derecho a tratamientos médicos gratuitos en Xiamen, y si están enfermos durante mucho tiempo se ven obligados a regresar a su tierra para recuperarse o para recibir atención. Pude observar que los habitantes de los pueblos urbanos aguantan mientras pueden automedicándose, comprando pastillas para tratar sus dolencias. Pero la enfermedad crónica puede ser una pesada carga para el hogar de un migrante.

Mi hijo solo tiene cinco años. A menudo enferma. Como es un niño tienes que llevarle al médico. Nosotros somos diferentes, somos adultos. Si estamos enfermos solo compro medicinas [...] Cada vez que le llevamos al médico tenemos que pagar varios cientos de yuanes [...] Nosotros somos diferentes de la gente de ciudad. Ellos tienen subsidios médicos¹⁶.

Los migrantes tratan de mantener el contacto con sus casas pero no pueden ir de visita demasiado a menudo, especialmente si sus lugares de origen están lejos. Muchos aprovechan el tiempo libre del Año Nuevo para pasarlo con sus padres y familiares. El viaje de ida y vuelta es un gasto extra durante las fiestas y el dinero o los regalos que llevan con ellos hacen que el viaje sea todavía más costoso. Si hay niños pequeños que han quedado con los abuelos, las madres especialmente tratan de verlos de vez en cuando. Eso también sucede si algún miembro de la familia está gravemente enfermo o fallece. El resto del tiempo permanecen en contacto por teléfono aunque eso también se limita debido a su coste. Una mujer divorciada que trabaja como jardinera no ha ido a su casa desde hace dos años para ver a su hijo, que vive con su ex marido, porque no puede permitirse el elevado precio del billete. Los migrantes que tienen su propio alojamiento algunas veces reciben visitas, un hermano o hermana más joven o quizá sus padres. Aquellos que no tienen más que una cama en un dormitorio compartido no pueden permitirse semejante hospitalidad.

Segregación

Los migrantes tienen poca relación con la ciudad y con sus residentes permanentes y tienden a mantenerse en su propio terreno. Pasan juntos los días de trabajo y en el poco tiempo libre que tienen se reúnen entre ellos alrededor de los albergues en las instalaciones de la empresa o en los pueblos urbanos, que en ambos casos están a las afueras de la ciudad. La postura oficial es que esta masa de gente, que supone casi la mitad de la población, solamente está

¹⁶Y. Liu, S. He y F. Wu, «Urban Pauperization under China's Social Exclusion», cit., p. 32.

en Xiamen de manera temporal. Este estatus de forasteros justifica su exclusión de toda clase de servicios y que en los espacios públicos mantengan una discreta presencia. No tienen nada que hacer en las dependencias municipales y pocas veces se les ve en los centros comerciales del centro de la ciudad. Esta segregación funciona en los dos sentidos, los residentes de Xiamen tampoco tienen mucha relación con los migrantes y evitan las zonas donde viven. Los habitantes «reales» de la ciudad y los migrantes están separados no solo en función de la inclusión y a la exclusión sino también verticalmente. El grado de separación queda claro en la siguiente cita de un estudio sobre migración en Nanjing realizado en 2004:

Nosotros, los campesinos, somos pobres. Vestimos peor, nuestra piel es más oscura, de manera que la gente de ciudad no quiere mantener contacto con nosotros. Nos miran desde arriba [...] Preferimos alquilar una habitación aquí porque la mayoría de esta gente viene del campo. Pocas veces tenemos contacto con la gente de ciudad excepto para hacer algún negocio con ellos¹⁷.

La jerarquía social se expresa con la utilización el término *suzhi*. Es una palabra clave que indica una cualidad que alguna gente posee y otra no. La forma de obtener más *suzhi* es mediante la educación. En sus intentos por ganar dignidad los migrantes tratan de dejar atrás un modo de vida que se considera simple y atrasado. Los padres otorgan tanta importancia a la educación no solo porque proporciona a sus hijos acceso a un trabajo mejor, sino también porque les permite adoptar una identidad más refinada¹⁸. El *suzhi* ha adquirido gradualmente un significado más materialista, como muestran los anuncios publicitarios que sugieren que la gente mejora su *suzhi* comprando toda clase de bienes de consumo.

En la vida diaria, los migrantes están considerados incivilizados debido a su apariencia externa, a su manera de vestir y al dialecto que hablan. Sus hijos también comparten este menosprecio y discriminación. Les gustaría tener la misma educación que los hijos de los habitantes nacidos y criados en la ciudad pero, en primer lugar, no son bien recibidos en las escuelas públicas simplemente porque son forasteros. En segundo lugar, los hijos de los migrantes se quejan del mal trato que sufren a manos de otros niños de su misma edad. Se burlan y se ríen de ellos por ser estúpidos y retardados, como señala Lu Wang en base a las entrevistas realizadas en Xiamen¹⁹. En consecuencia, si sus padres no les envían a vivir a su tierra, los «niños

¹⁷ *Ibid.*, p. 33.

¹⁸ Andrew Kipnis, «*Suzhi*: A Keyword Approach», en *The China Quarterly*, vol. 186, 2008, pp. 295-313.

¹⁹ Lu Wang, «The Urban Chinese Educational System and the Marginality of Migrant Children», en V. Fong y R. Murphy (eds.), *Chinese Citizenship: Views from the Margins*, Londres y Nueva York, Routledge, 2005, pp. 31-32.

salvajes» tienen que acudir a escuelas privadas, siempre que las autoridades locales den permiso para que se abran. Las que tienen buena reputación imponen elevadas tasas que pocos padres pueden afrontar. El hijo pequeño de una próspera pareja migrante —ella ha llegado a ser jefe de personal en la compañía para la que trabaja y él es supervisor en una fábrica de propiedad extranjera— va todos los días a una guardería que cuesta 80 yuanes al mes. La escuela primaria que tienen pensada costará todavía más, pero están preparados para pagarla porque así se asegurarán de que su hijo tenga una educación comparable a la de los niños de la localidad. Estos casos, sin embargo, son excepcionales en los pueblos urbanos.

Las peores escuelas privadas para migrantes estaban dirigidas por migrantes o por gente que se ganaba la vida abriendo escuelas dirigidas a los hijos de migrantes con pocos ingresos. El deseo de obtener beneficios hacía que normalmente estas escuelas tuvieran malas instalaciones y que pagaran unos salarios muy bajos a los maestros, mayoritariamente migrantes sin cualificar que probablemente se irían en cuanto tuvieran algo mejor. Alquilaban unas cuantas habitaciones desvencijadas y utilizaban pupitres y sillas de mala calidad que habían sido desechadas por las escuelas públicas, entregadas por diversos donantes o traídas por los propios estudiantes²⁰.

Los migrantes que han podido acceder a alguna forma de educación superior y ganan lo suficiente como para comprar una casa en el mercado libre también pueden comprar su estado *hukou* en Xiamen. Sin embargo, el precio es mucho mayor del que se pueden permitir la mayoría de los migrantes. Además, tienen que pagar individualmente por cada miembro del hogar, lo que algunas veces hace que sea difícil dar a más de un hijo el beneficio de una crianza y educación en la ciudad²¹. El puñado de afortunados migrantes que tienen la oportunidad de inscribirse en Xiamen puede obtener el estatus formal de residentes permanentes, aunque este cambio de identidad administrativa no mejora su aceptación social. Entre mis encuestados estaba un hombre joven de veintisiete años que era uno de los pocos que había proseguido su educación después de la enseñanza secundaria y que tenía un título de un instituto politécnico cuando llegó a Xiamen en 1999. Su primer empleo fue de controlador de calidad en una fábrica. Cuando su superior inmediato se marchó hace cinco años para montar un negocio especializado en inspecciones del terreno previas a la construcción de grandes edificios, tuvo la oportunidad de unirse a la nueva empresa como gerente. Es un puesto muy lucrativo que le asegura unos ingresos de 180.000 yuanes al año, incluyendo una participación en los beneficios. Cuando se casó en 2006, pudo comprarse un apartamento grande y caro (120 metros

²⁰ *Ibid.*, p. 37.

²¹ *Ibid.*, p. 30.

cuadrados con terraza y acabados de lujo) en un edificio de tres plantas. El edificio pertenece a una comunidad cerrada en una especie de parque con un espacioso aparcamiento y una zona de juego para niños, personal de limpieza y seguridad las veinticuatro horas. Conduce un coche caro y, en resumen, ha tenido mucho éxito. Sin embargo, al avanzar la conversación muestra su disgusto por la forma en que le tratan los funcionarios del Gobierno. Sigue siendo un migrante a pesar de su apariencia y de su comportamiento de adinerado hombre de negocios. Cuando se le pregunta de dónde viene siempre dice que de otra ciudad, para explicar su acento. Considera que no se puede permitir reconocer que procede del campo. Fuera de Xiamen no ve otro futuro para él y para su mujer que trabaja de enfermera en un hospital, y espera que sus hijos no encuentren dificultades para ser aceptados como ciudadanos de pleno derecho.

Los migrantes, tratados como residentes temporales, están sometidos a una amplia variedad de normas que determinan su código de conducta, y los encargados de velar por el orden formal se aseguran de que esta masa de forasteros se atenga a ellas. Hay muchas cosas prohibidas, como competir con los habitantes de la ciudad. Los siguientes ejemplos proceden de un estudio de campo realizado en Nanjing en 2004. El primero es el de una mujer de treinta y seis años de Shandong que vive con su marido y dos niños pequeños en una habitación de seis metros cuadrados:

Mi marido es limpiador de esta residencia. Su salario es de 300 yuanes al mes. Eso no es suficiente para mantenerse. Por eso pongo un puesto en la calle para vender verduras y gano 5 o 6 yuanes diarios. Hace un mes mi puesto fue confiscado por la policía. Los locales (la gente de la ciudad) también ponen puestos, pero a ellos se les permite hacerlo. A los campesinos como nosotros nos lo prohíben [...] Ahora no tengo nada que hacer²².

Un hombre de cincuenta años de Anhui tuvo una experiencia similar:

Hace varios años vine a Nanjing y utilizaba un triciclo para llevar mercancías para un restaurante. Un día, camino de mi entrega en la zona de Xijiekou (el centro de Nanjing), la policía me confiscó el triciclo y me pusieron 100 yuanes de multa. No sé por qué [...] La gente de aquí puede hacerlo, nosotros (los campesinos) no podemos [...] No hay nada que hacer, solo puedo trabajar de portero en un mercado al por mayor, me pagan 450 yuanes al mes [...] ²³.

Moviéndome por Xiamen me vi sorprendido por la gran cantidad de supervisores, controladores, guardas y otro personal responsable de asegurar el orden y la seguridad en las zonas públicas. Estos vigilantes profesionales

²² Y. Liu, S. He y F. Wu, «Urban Pauperization under China's Social Exclusion», cit., p. 31.

²³ *Ibid.*

—empleados públicos y privados— son más visibles en las zonas de la ciudad pobladas por migrantes. Para los visitantes, China parece ser un Estado excesivamente regulado que espera que las instrucciones que llegan de arriba se sigan al pie de la letra. Las oficinas gubernamentales tienen funcionarios que son residentes permanentes de Xiamen. Eso también se aplica a la oficina que alberga al comité de calle que representa el escalón inferior del Gobierno en los pueblos urbanos. Las enormes advertencias que los migrantes encuentran al llegar tienen sus raíces en una actitud de denigración hacia la incivilizada masa de campesinos que fluyen a la ciudad. Los forasteros tienen la reputación de mostrar poco respeto por la ley o por las normas del comportamiento decente y, como mano de obra flotante, se considera que tienen tendencias criminales. Las sospechas suponen que el tratamiento que aplican las autoridades a los migrantes puede ser intimidador y algunas veces recurren a una política de mano dura. La vulnerabilidad de la subclase urbana, obligada a permanecer «flotante», explica por qué los guardianes de la ley y el orden abusan de la estricta normativa municipal en su propio provecho, embolsándose multas por no tener una licencia para la venta callejera, recaudando impuestos sin tener autorización para ello e imponiendo sanciones que son desproporcionadas en relación a las infracciones. Por otro lado, cuando alquilan una habitación en uno de los pueblos urbanos, los migrantes están obligados a registrarse en la oficina del comité de barrio. Sin embargo, a menudo no lo hacen, lo que significa que la Administración municipal está actuando sobre una base de datos incompleta o no actualizada.

Una noche pedí al propietario de un pequeño restaurante en uno de los pueblos urbanos que me sirviera la comida fuera. En mi mesa había un hombre que había venido a recoger a su mujer que trabajaba en el restaurante. Mientras hablábamos, dos agentes de policía vinieron y nos dijeron que pasaríamos al interior porque estábamos incumpliendo las leyes relativas al orden público. Evidentemente, hicimos inmediatamente lo que se nos decía, pero una vez dentro, mi compañero empezó a quejarse sobre el estricto régimen que impone el Gobierno a los residentes de estos barrios. Me dijo que él mismo era un guardia que trabajaba para una compañía privada encargada de mantener controlada a la gente trabajadora y describió en tonos irónicos el rigor con el que tenía que cumplir la tarea. Otros clientes del restaurante se unieron a nuestra conversación y contaron las discriminadoras inspecciones a las que se les sometía en el trabajo y en su vida privada. Hay una gran indignación entre los migrantes por este injusto trato y los pequeños incidentes pueden llegar a implicar a todo un barrio. Claramente no hay una falta de firmeza entre la subclase. Cuando llegan a aparecer informes de esos conflictos en los medios de comunicación, las autoridades tratan de responder con una mezcla de comprensión y sensatez, como se ve con el siguiente caso.

En 2003 en Guangzhou, Sun Zhigang, un migrante estudiante universitario de Wuhan, murió como resultado de la brutalidad policial desencadenada por no llevar una tarjeta de residencia temporal, ya que no tenía el *hukou* local (de Guangzhou). Este caso ilustra claramente la continua vulnerabilidad de los migrantes «indocumentados», incluso aunque sean cultos, y provocó la generalizada indignación en los medios de comunicación. En este caso el pequeño consuelo fue un cambio casi inmediato de la legislación china para limitar los abusos de poder de la policía (la detención y las multas para aquellos que no lleven una tarjeta de identidad válida) y proteger mejor a los migrantes²⁴.

El que este intento de apaciguar a los migrantes tenga éxito o, lo que es más importante, que las anunciadas reformas den resultado, es una cuestión que requiere una detallada investigación. En cualquier caso, la respuesta del Gobierno es resaltar la importancia de la armonía social como una importante dimensión de la idea del Estado.

Ausencia de sociedad civil

En Xiamen no encontré una población flotante; sin embargo, el Gobierno se asegura de que a los migrantes no se les permita adquirir el estatus de residentes permanentes. Esto se realiza excluyéndoles de un amplio abanico de medios y servicios para asegurarse de que no adquieran la ciudadanía urbana junto a los derechos que tiene ese estatus. Esto se logra no solo negándoles estos derechos sino también impidiéndoles recurrir a la acción colectiva. Las condiciones de empleo de los migrantes no les permiten organizarse para defender sus intereses económicos, sociales o políticos. Las autoridades, a todos los niveles, no quieren saber nada de cualquier forma de asociación civil como un medio lógico de mejorar la suerte de los migrantes por medio de la acción colectiva. Los migrantes laborales no pertenecen a los segmentos de la población en los que el Partido Comunista recluta a sus miembros. En sentido inverso tampoco hay mucho interés. Los resultados de una reciente encuesta muestran que los jóvenes en especial no tienen ninguna aspiración por unirse al Partido.

Nuestras informaciones recogen numerosas historias que muestran cómo nuestros entrevistados jóvenes, en un grado mucho mayor que sus padres, carecen de confianza en el Partido como un colectivo donde los campesinos, los trabajadores migrantes y la gente sin estudios pueden presentar sus preocupaciones y encontrar ayuda. Su primera preocupación era si las instituciones del Partido podían proporcionarles a

²⁴ Xiaogang Wu, «*Danwei* Profitability and Earnings Inequality in Urban China», en *The China Quarterly*, vol. 195, septiembre de 2008, pp. 559-606; véase también M. H. Hansen y C. Pang, «*Me and My Family*», cit., p. 96.

ellos o a sus familias alguna ventaja o apoyo o si no podían hacerlo, y prácticamente todos estaban de acuerdo en que la respuesta era que no [...] La gran mayoría de los campesinos y trabajadores consideraban que la pertenencia era algo reservado a la gente con estudios, a los funcionarios locales o a los viejos activistas de sus pueblos, pero para ellos no era importante. Probablemente se daban cuenta que el Partido realmente no les querría a ellos como miembros, pero no obstante sostenían que personalmente carecían de interés por pertenecer a él²⁵.

Los migrantes carecen de cualquier forma de representación en el escenario urbano. Tienen derecho a votar, pero solamente en su lugar de origen. Sus voces no se oyen en Xiamen. La economía necesita su fuerza de trabajo, pero en todos los demás aspectos simplemente se les tolera. Clasificar a esta masa de gente como una población flotante es una equivocación en el sentido de que ni actúan como residentes temporales ni quieren que se les trate como tales y el hecho de que no obstante suceda así muestra que el gobierno está decidido a seguir con su política de mantener en un limbo el flujo desde las zonas del interior rural. Más que estar constantemente en movimiento, las autoridades mantienen a los migrantes en un ambiguo estado de transitoriedad e informalidad. Su incapacidad para formar un frente unido para presentarse en sociedad y mejorar su visibilidad pública contribuye a su aislamiento en la marginalidad. Incluso si los migrantes encuentran tiempo y ocasión para practicar deportes, no se unen ni forman equipos. ¿Es esto muy diferente a la participación en una actividad cívica más dinámica en el medio rural? Realmente no, si nos arriésganos a generalizar el contraste sobre el que Kannan y Pillai llaman la atención en su estudio comparativo de una selección de pueblos en India y China.

[...] nuestro trabajo de campo reveló que Kerala se diferencia en términos de activismo político y en densidad institucional cívica/asociativa de plataformas que van desde sindicatos a asociaciones culturales o residenciales. Por ejemplo, vimos un cierto número de bibliotecas/salas de lectura de pueblo repartidas por el *panchayat* de Thalikkulam junto a organizaciones de mujeres y jóvenes. Una presencia similar de semejantes organizaciones no se veía durante nuestras visitas a los pueblos chinos²⁶.

Eso no quiere decir que los grupos más jóvenes, que forman la gran mayoría de los que llegan a la ciudad, consideren que la llamativamente fragmentada o incluso atomizada naturaleza de su presencia sea un problema.

²⁵ M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., p. 93.

²⁶ K. P. Kannan y N. V. Pillai, «Basic Socio-economic Security in Rural India and China: A Comparative Study of Selected Villages», en *The Indian Journal of Human Development*, vol. 3, núm. 2, julio-diciembre de 2009, p. 260.

Pueden compartir un sentido de desconexión, pero dentro de su pequeña red de amigos, colegas y conocidos, los migrantes de Xiamen se sienten cómodos. Se consideran afortunados por haber escapado de los grilletes de su entorno, por no tener que rendir cuentas de lo que hacen y por haberse liberado de toda clase de restricciones sobre su conducta diaria. El código confuciano que prescribe un riguroso respeto y una dependencia de la generación anterior ha perdido gran parte de su significado a lo largo de un periodo de lenta erosión. Los valores socialistas que lo reemplazaron, con su énfasis en la solidaridad e institucionalizados en la forma de mutua responsabilidad horizontal, también han perdido su relevancia social en la transición a la economía de mercado. Aunque estos cambios también se han dejado sentir en la China rural²⁷, la partida del campo hacia la ciudad ha contribuido sin duda al aumento del espacio para unas libertades individuales que encontrarían mayor resistencia y crítica en los lugares de origen de los migrantes. Yan habla de un vacío ideológico y lo atribuye a una pérdida de civismo que conduce al crecimiento de un consumismo egoísta. La ciudad ofrece mucho más espacio para ello que el campo, y el estilo de vida que adoptan los migrantes jóvenes en Xiamen ilustra la fuerza con que avanza este proceso de individualización. El tomar sus propias decisiones, ser libres de aceptar o rechazar un trabajo, de quedarse o de irse, expresa los deseos de independencia y de asumir responsabilidades que muestran los migrantes. Los siguientes pasajes del informe de Hansen y Pang ofrecen un claro panorama de esta orientación atomizada y centrada en uno mismo:

El anhelo de «libertad» se utilizaba algunas veces tanto para explicar por qué los entrevistados habían abandonado la escuela para trabajar, como para justificar determinado trabajo o determinado lugar de trabajo. La fábrica de incienso, por ejemplo, era sucia, tenía poco prestigio y los salarios eran bajos, pero muchos decían que tenía la gran ventaja de permitir a los trabajadores ir y venir libremente y trabajar cuando querían (porque los salarios se establecían de acuerdo con la producción) [...] Ideas como libertad, independencia (*duli*) y desarrollo personal (*geren fazhan*) se utilizaban para expresar variaciones de la importancia de ser capaz de moverse: alejarse y volver a la familia, moverse del pueblo a la ciudad, moverse de lo familiar a lo desconocido y vuelta a empezar. Los entrevistados más jóvenes (con poca experiencia laboral y que todavía no estaban comprometidos o casados) eran los que hacían hincapié en las ideas de libertad y en la importancia de sus propias elecciones personales²⁸.

Los investigadores añadían que, a partir de los veinte años los migrantes empezaban a dar mayor importancia a la seguridad y a la continuidad. Ese

²⁷ Véase Yunxiang Yan, *Private Life under Socialism: Love, Intimacy and Family Change in a Chinese Village, 1994-1999*, Stanford, Stanford University Press, 2003.

²⁸ M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., p. 89.

cambio iba acompañado por una disposición para limitar sus propios intereses y para dar mayor prioridad a sus obligaciones con otros. No obstante, este mayor compromiso afecta al círculo que forma la familia inmediata, especialmente padres, hermanos, hermanas y sus hijos. Los migrantes que encuentran pareja en Xiamen, que forman un hogar y se preparan para la llegada de la siguiente generación, se dan cuenta de que su persistente exclusión de la ciudadanía urbana no les deja más opción que preocuparse ellos por la familia que dejaron en el campo. Después de todo, los hijos pequeños a menudo pueden no estar con sus padres y estar confiados al cuidado de abuelos u otras relaciones en el lugar de origen. También en el caso de incapacidad temporal o permanente, tienen pocas opciones excepto regresar a casa. La ausencia de asistencia social fuera de la familia hace que este paso sea inevitable al final de su vida laboral. A la inversa, los migrantes se comprometen a ayudar a un hermano o a una hermana que quiera venir a Xiamen para buscar trabajo y algún lugar donde vivir; a dar a sus ancianos padres apoyo si es necesario y, algunas veces, a contribuir para pagar las tasas escolares de familiares próximos. Hansen y Pang explican este sentido de compromiso:

Nuestros informes contienen muchos otros ejemplos de cómo la gente joven sostenía que, ya que uno de sus hermanos iba en la escuela mejor de lo que lo habían hecho ellos, debían contribuir a su educación, y tenemos ejemplos de que esto sucedía en la práctica. La mayoría también diría que ya que sus padres les habían criado, ellos eran responsables de cuidarles durante su vejez. Apenas ninguno de ellos esperaba que el Estado asumiera alguna responsabilidad por los ancianos, y daban por hecho que serían ellos los que tendrían que ocuparse de sus mayores²⁹.

Sus conclusiones coinciden con las mías: es más probable que las mujeres migrantes se ocupen del cuidado de sus ancianos padres, o de los asuntos familiares, que los hombres, algo que se tiene en cuenta cuando se elige pareja para el matrimonio, valorando si se les permitirá proporcionar apoyo a sus familias en el campo y pueden estar dispuestas a finalizar una relación con un hombre de otra provincia. Lo que podría parecer que está inspirado por un genuino afecto por la familia —y realmente hay razones para creer que es así— puede ser interpretado desde otro punto de vista como motivado por el interés, porque la inversión en una red social de seguridad en el lugar de origen es algo aconsejable más pronto o más tarde, ya que los migrantes saben que debido a su estatus de forasteros en Xiamen no hay posibilidad de que se les permita establecerse en la ciudad y que no tendrán derechos civiles. Cuando de adolescentes abandonaron su casa se distanciaron de todos los lazos sociales, pero una vez que se han hecho adultos no pueden permitirse romper su conexión con lo que realmente esperaron dejar atrás.

²⁹ *Ibid.*, p. 92.

La creciente desigualdad

Hay un claro contraste entre los habitantes más y menos acaudalados de Xiamen, casi una dicotomía que coincide bastante con la división entre «locales» y «forasteros». ¿Ha habido una tendencia en los últimos años que sugiere una disminución de lo que los implicados ven como una amplia brecha? Hay suficientes informes que sugieren que gradualmente los migrantes han adquirido más derechos, pero ya que las autoridades provinciales y municipales tienen carta blanca para establecer sus propias políticas, resulta difícil decir cualquier cosa de carácter general. Por lo que respecta a Xiamen, ya hemos mencionado la ampliación del acceso a la educación pública. Aun así, observé que las escuelas municipales solamente han admitido a un pequeño número de hijos de migrantes, que tienen que cumplir unos estrictos criterios y pagar unas tasas superiores a las de los alumnos locales.

Un director de una escuela de primaria dijo que ochenta hijos de migrantes solicitaron plaza en la escuela en agosto de 2010, pero solamente se admitió a quince. Otra directora de otra escuela primaria de Xiamen dijo que el pasado año más de cien hijos de migrantes habían solicitado plaza, pero que solamente habían sido admitidos veinte³⁰.

Con la vivienda sucede lo mismo. Solamente unos cuantos migrantes ganan lo suficiente como para poder afrontar la compra de un apartamento que les dé derecho a inscribirse como habitantes de la ciudad. Esta exclusión también se extiende a la sanidad y los migrantes no tienen derecho al reembolso de los gastos médicos. Esto, de hecho, obliga a muchos de ellos a no seguir un tratamiento médico o, si sus problemas son graves, a regresar a su lugar de origen y buscar allí el tratamiento. En los primeros años del siglo XXI un cierto número de provincias y grandes ciudades, incluyendo a Xiamen, anunciaron la introducción de un limitado sistema de servicios sociales para migrantes. Pero en 2005-2006 solamente un pequeño número de migrantes tenían derecho al seguro de accidentes, mientras que el plan de jubilaciones apenas cubre al 10 por 100 de la población migrante. Aquellos que están asegurados tienen que pagar una importante cuota, y las pensiones se pagan solamente a aquellos que han trabajado en el mismo lugar durante quince años³¹. La misma fuente informa que aunque las autoridades municipales no cumplen su promesa de admitir a los hijos de los migrantes en las escuelas públicas, no dudan en tomar severas medidas contra las escuelas privadas que abren sin autorización.

³⁰ Lu Wang, «The Urban Chinese Educational System and the Marginality of Migrant Children», cit., p. 34.

³¹ Kam Wing Chan y Will Buckingham, «Is China Abolishing the *Hukou* System?», en *The China Quarterly*, vol. 195, septiembre de 2008, p. 600.

Un ejemplo gráfico es la devastadora fuerza utilizada en enero de 2007 para cerrar en Shanghái una escuela «ilegal» para hijos de migrantes. La policía arrasó con excavadoras un recinto que había proporcionado educación a unos 2.000 estudiantes que no tenían el *hukou* de la ciudad³².

¿Qué credibilidad tienen los informes que afirman que la exigencia de que los hogares estén inscritos en el lugar de origen se ha relajado gradualmente y que desaparecerá en un futuro próximo? Como se ha dicho anteriormente, los migrantes que han accedido a la educación superior y ganan lo suficiente para pagar el elevado precio de un apartamento en un barrio caro pueden recibir permiso para inscribirse como residentes permanentes de Xiamen. Lo reducida que es esta afortunada categoría puede verse en las cifras oficiales que muestran que entre 1997 y 2002, un periodo de cinco años, entre todas las ciudades y pueblos de todo el país solo se otorgaron 1,39 millones de permisos de *hukou*³³. Los autores, que presentan varias estadísticas similares, concluyen su informe con una nota bastante desesperanzadora:

A pesar de una buena cantidad de retórica en la prensa sobre las recientes reformas, la realidad es que estas iniciativas solamente han tenido un impacto muy marginal para debilitar los fundamentos del sistema. El sistema *hukou*, directa e indirectamente, continúa siendo un gran muro que impide que la población rural china se establezca en las ciudades y que mantiene al «*apartheid*» rural/urbano³⁴.

Lo que se presenta como una práctica administrativa es de hecho un instrumento para minimizar el coste de la mano de obra movilizadora y, por ello, para fortalecer la posición de la economía china en el mercado mundial. Mientras que las autoridades municipales, en su deseo de atraer más y más inversiones de capital, están dispuestas a rebajar los costes laborales y a reducir los gastos generales necesarios para ocuparse de la mano de obra migrante, parece que el gobierno central está más preocupado por las

³² *Ibid.*, p. 594.

³³ *Ibid.*, p. 596.

³⁴ *Ibid.*, p. 604. Hay una extensa bibliografía sobre la división del registro *hukou* entre la ciudad y el campo. Véanse, por ejemplo, Kam Wing Chan y Li Zhang, «The *Hukou* System and Rural-Urban Migration: Processes and Changes», en *The China Quarterly*, vol. 160, 1999, pp. 818-855; Tiejun Cheng y Mark Selden, «The Origin and Social Consequences of China's *Hukou* System», en *The China Quarterly*, vol. 139, septiembre de 1994, pp. 644-668; H. W. Cheng y Y. I. Cui, «Social Exclusion in Social Security of Migrant Workers», en *Social Science Journal*, vol. VI, 2006, pp. 89-92; Zhiqiang Liu, «Institution and Inequality: The *Hukou* System in China», en *Journal of Comparative Economics*, vol. 33, núm. 1, 2003, pp. 133-157; E. J. Perry y M. Selden (eds.), *Chinese Society: Change, Conflict and Resistance*, Londres, Routledge, 2000; D. Dolinger, *Contesting Citizenship in Urban China: The State and the Logic of the Market*, Berkeley, University of California Press, 1999; D. Solinger, «Labour Market Reform and the Plight of the Laid-off Proletariat», en *The China Quarterly*, vol. 158, 2002, pp. 304-326; Fei Ling Wang, *Organizing through Division and Exclusion: China's *Hukou* System*, Stanford, Stanford University Press, 2005.

crecientes disparidades entre los que están dentro y los que están fuera y el mutuo antagonismo que esto provoca. Está por ver si es posible encontrar una solución a este contraste en las prioridades políticas.

La sugerencia de vincular la división entre los más y los menos acomodados con la que se produce entre la población permanente de la ciudad y la multitud «flotante» necesita ser formulada más cuidadosamente. Ninguno de los dos lados de la dicotomía es homogéneo y ambos segmentos se caracterizan por una complejidad de estratos. En el caso de los migrantes ya he profundizado en sus diferencias. Esta masa se divide en varias categorías que dependen de su identidad social en sus lugares de origen, del nivel de educación, de la clase de trabajo que realiza y de cuáles son los términos y condiciones de empleo, lo que da lugar a perfiles muy diversos. Pero también hay una gran diferenciación entre la parte de la población trabajadora que ha nacido y crecido en la ciudad y que parece cristalizar en clases sociales diferentes. No tengo intención de examinar aquí esta jerarquía y sus dinámicas. Sin embargo, quiero corregir la imagen de creciente prosperidad que comparten todos los que están inscritos como residentes permanentes y advertir que el consumismo que está tan manifiestamente presente en las calles de la ciudad solamente es un barniz debajo del cual hay una sustancial pobreza y necesidad. Un experto encargado por el gobierno provincial de Guangzhou declaró recientemente que la población trabajadora del mayor polo de crecimiento urbano de la región se había beneficiado poco del aumento del producto interior bruto entre 2000 y 2006:

Durante más de dos décadas Guangdong ha ocupado el primer lugar en términos de PIB, pero la gente aquí no es rica [...] El dinero ha ido a parar al gobierno y a los empresarios. La gente de aquí no se ha beneficiado tanto del desarrollo económico³⁵.

El departamento municipal responsable de la seguridad social y laboral prometió intentar asegurar un aumento salarial del 14 por 100, pero esto resultó ser una promesa sin fundamento, ya que fue inmediatamente seguida por una declaración de que se trataba solamente de una recomendación y que no sería obligatorio que el gobierno y las empresas amentaran los sueldos. La desigualdad está aumentando no solo entre la ciudad y el campo sino también dentro de la economía urbana. En este contexto me refiero a la presencia en ciudades como Xiamen de una subclase, de un segmento que después de perder su seguridad en la transición a la economía de mercado, ha sido incapaz de adaptarse a las exigencias de una economía flexibilizada y se ha desplomado hasta el fondo de la sociedad urbana. Los programas de reciclaje profesional no lograron que los miembros de esta clase residual fueran

³⁵ *China Daily*, 22 de julio de 2008.

aptos para el trabajo, lo cual les obliga a sobrevivir con una ayuda financiera extremadamente escasa. Este furgón de cola de empobrecidos, a menudo gente mayor, que siempre han sido parte del sistema urbano y que son víctimas de la transición de régimen económico, también quedan fuera de la vista³⁶. Esta subclase estaba en una situación tan extrema que las autoridades de la metrópolis de Dongguan, en el delta del río Perla, decidieron proporcionar a todos los residentes (excluyendo a los migrantes, desde luego) unos ingresos mensuales entre 400 y 600 yuanes, con una paga extra de 1.000 yuanes. En otra ciudad, las autoridades no se atrevieron a hacer pública la lista de beneficiarios por miedo a que los solicitantes rechazados protestaran públicamente³⁷. Los pobres urbanos tienen que luchar fuera de la vista y al margen de los planes de los estrategas políticos chinos, culpados por no ser capaces de estar a la altura de las oportunidades de encontrar trabajo y generar ingresos en la economía flexibilizada.

En 2002 había aparecido una nueva clase de pobres urbanos que se estimaba entre 15 y 31 millones, el 4,8 por 100 de la población urbana³⁸. Las estadísticas oficiales chinas situaban el número de desempleados registrados en octubre de 2008 en el 4 por 100, en vísperas de la crisis económica mundial³⁹.

Por ello, la heterogeneidad de los residentes permanentes de Xiamen hace imposible reducir el orden social de la ciudad a una simple dicotomía. Habiendo dicho eso, creo que los matices y la complejidad del sistema urbano no nos debería impedir dibujar una línea divisoria donde es más evidente y rígida, entre residentes permanentes y migrantes, que se mueven en circuitos diferentes y que interactúan sobre la base de una relación de superioridad y subordinación. Esta clara división es especialmente visible en el contraste de las condiciones de vida y trabajo de aquellos que viven permanentemente en Xiamen, y que por ello son considerados ciudadanos con todos los derechos, y los migrantes que, como residentes temporales, están excluidos. Como referencia sobre esta amplia brecha me remito al nivel de capacitación de los migrantes, que por lo general es menor que el de los habitantes permanentes, mientras que estos últimos tienen, de media, unos ingresos mayores que los migrantes aunque su trabajo sea menos exigente. La evidencia de esto en mi propia investigación está respaldada por las conclusiones de una encuesta en 7.100 hogares realizada en 2006 en un gran número de

³⁶ Véase, entre otros, el estudio basado en la investigación de campo de Y. Liu, S. He y F. Wu, «Urban Pauperization under China's Social Exclusion», cit., pp. 23-25, 27-30.

³⁷ *China Daily*, 22 de julio de 2008.

³⁸ Jun Tang, «Selections from Report on Poverty and Anti-poverty in Urban China», en *China Sociology and Anthropology*, vol. 36, núm. 2 y 3, 2003, p. 4.

³⁹ *Asian News*, «China Facing Rising Unemployment», 2008, disponible en <http://www.asianews.it/index.php?en&art=136038&size=A>.

ciudades y distritos de todo el país. El cuadro III muestra las diferencias de ingresos.

CUADRO 3

DIFERENTE ESTATUS DEL EMPLEO DE MIGRANTES Y CIUDADANOS URBANOS

	Porcentaje de cualificación en migrantes y ciudadanos urbanos			Porcentaje de salarios mensuales en migrantes y ciudadanos urbanos			Porcentaje de semana de trabajo en horas en migrantes y ciudadanos urbanos	
Elevado	3,5	14	>2.000 yuanes	3	13	<20 horas	2	2,5
Razonable	13	35	1.501-2.000	4	11	21-40	16	44
Semicalificado	43	31,5	1.001-1.500	14	22	41-60	48	39,5
Sin cualificación	40,5	19,5	501-1.000	52	37	61-80	26	10
			<500 yuanes	27	17	>80 horas	8	3

Fuente: Li Peilin y Li Wei, «The Economical Status and Social Attitudes of Migrant Workers in China», Seminario conjunto indo-chino sobre mercados de trabajo en China e India. «Experiences and Emerging Perspectives», Nueva Delhi, 28-30 de marzo de 2007, pp. 3-4.

Hay diversidad de opiniones sobre el impacto de la migración laboral en los cambios que se han producido en la composición de la sociedad. Las valoraciones que han hecho investigadores basándose en estudios de campo varían entre sí. En las conversaciones que tuve con migrantes durante mi estancia en Xiamen, mostraron que eran plenamente conscientes de su exclusión del sistema urbano. Sería una equivocación ignorar el hecho de que ha habido una clara mejoría en algunas áreas. La población migrante ha experimentado un aumento de su capacidad adquisitiva producto del aumento de los niveles salariales. No obstante, esta masa de trabajadores no consigue obtener el acceso a la ciudadanía urbana. El que no se les permita establecerse es un serio obstáculo para mejorar su situación y la de sus hijos. Permanecen excluidos de toda clase de servicios y derechos que tienen garantizados los residentes permanentes de la ciudad. Entre mis encuestados pude observar mayor resentimiento que comprensión por esta sistemática privación. Otros investigadores, por ejemplo Liu y sus colegas, también son críticos al hacer el balance de su investigación en Nanjing. Las observaciones de una mujer que acaba de perder su trabajo son reveladoras:

Nosotros somos campesinos, por eso el gobierno (urbano) no se preocupa de nosotros en absoluto. Solamente se preocupan de la gente que vive en la ciudad, nadie piensa en nuestra vida y en nuestra muerte. Si a alguien que vive en la ciudad le despiden él [o ella] puede acceder a

subsidios. También los pobres urbanos pueden solicitar el *dibao*; nosotros [los campesinos] no tenemos nada [...] Nos hemos acostumbrados a estas cosas. En el campo, el gobierno muestra poca preocupación por nosotros. En la ciudad, no esperamos que la tenga [...]»⁴⁰.

Es interesante señalar que esta encuestada manifiesta que no son solamente las autoridades urbanas las que excluyen a los campesinos. Sugiere que los campesinos se enfrentan a la misma clase de política en el campo. Esa experiencia les hace que no tengan muchas esperanzas de recibir un mejor tratamiento en la ciudad. Podemos preguntarnos si estas expectativas realistas no son la razón de que la llegada de una masa tan grande de hombres y mujeres a la búsqueda de una vida mejor no haya conducido a un generalizado malestar social.

¿Por qué, preguntan Li Peilin y Li Wei, esta masa de migrantes que recibe un salario tan bajo por su trabajo, que vive en condiciones tan miserables y a la que se trata tan injustamente, no se rebela contra su exclusión? Su proyecto de investigación «Armonía social y estabilidad», realizado en 2006, estaba dirigido a explicar la ausencia de lo que, habida cuenta la inferior calidad de la vida de los migrantes, debía haber sucedido: el malestar social a gran escala. Un hallazgo que sorprendió a los investigadores fue que los trabajadores entre la población urbana bien establecida mostraron estar más descontentos que los migrantes, que experimentaban menos presión y conflicto. Los investigadores dieron tres razones para esta llamativa diferencia. La primera era que los migrantes eran conscientes de que sus privaciones estaban causadas por su falta de educación y bajo nivel de cualificación laboral. Esta conciencia iba acompañada de una creencia de que podían superar sus desventajas con una combinación de trabajo duro y más educación. La segunda razón era que los migrantes tienen menos conciencia social. Son más dóciles porque tienen un sentido de la justicia menos desarrollado y un nivel inferior de participación política. Los investigadores resumen esto como un déficit de conciencia democrática. La tercera razón era que los migrantes no solamente se comparan con los residentes permanentes de la ciudad, sino que también lo hacen con aquellos que han quedado en sus lugares de origen. De ese modo solo pueden llegar a la conclusión de que el traslado a la ciudad fue un paso adelante, no un retroceso. Es un punto de vista que apoya Li Minghuan basándose en sus conversaciones con migrantes que habían regresado a su lugar de origen.

[...] no importa las pocas mejoras que hayan alcanzado, lo consideraban como un testimonio de su correcta decisión y de su habilidad personal. La cultura tradicional china ha resaltado mucho el «aspecto» del individuo, que es la imagen pública de la persona o incluso de toda la familia.

⁴⁰ Y. Liu, S. He y F. Wu, «Urban Pauperization under China's Social Exclusion», cit., p. 32.

Mi investigación anterior en algunos pueblos del interior durante el periodo del Año Nuevo muestra que, entre los que habían regresado, a muchos les gustaba hablar con otros sobre las «historias de éxito» en el trabajo, pero no del sufrimiento. Algunos se podían quejar de la codicia del patrón, pero a menudo la historia acabaría con su triunfo⁴¹.

Su declaración, y las de Li Peilin y Li Wei, están respaldadas por las conclusiones de un reciente estudio entre los migrantes de la ciudad de Ningbo:

Más de la mitad de los encuestados señalan que su principal razón para migrar era las buenas oportunidades económicas o los mejores medios de vida en Ningbo. De media, un hogar rural puede obtener entre 1.000 y 2.000 yuanes anuales (100 a 200 euros) de las actividades agrícolas, mientras que en las zonas urbanas los migrantes ganan esa cantidad en uno o dos meses⁴².

Aun así, aunque reconozca la enorme diferencia entre los ingresos medios de la ciudad y el campo, soy escéptico en cuanto a la credibilidad del argumento, que considero que está muy cerca de lo que se puede considerar lo políticamente correcto, es decir, armonía social. Parece que estos autores han ignorado con demasiada facilidad el descontento que continuamente expresan los migrantes urbanos, unos estallidos de desagrado que parecen estar atrayendo cada vez más atención de los medios de comunicación. Igualmente importante es que tanto los niveles superiores como inferiores del gobierno también están expresando sus preocupaciones sobre estas protestas de masas⁴³. La precaución con que estas autoridades reconocen semejantes agitaciones del orden público no les impide, al mismo tiempo, responder de forma resuelta o algunas veces brutal. Incluso más importante es la incomodidad que parece apoderarse del Gobierno cuando tiene que evitar una escalada de las manifestaciones de malestar. Los llamamientos para permanecer en calma y los gestos de tolerancia van acompañados por medidas dirigidas a localizar y neutralizar a los presuntos cabecillas –que después de todo, deben existir– del impredecible estallido de descontento público. Esta actitud de rechazo se fundamenta en la obstinada creencia de que los migrantes son una masa díscola e intrínsecamente subversiva dedicada a erosionar el orden establecido, en vez de comprender su resistencia como una expresión de su deseo de ser aceptados como parte de ese orden. Los medios de comunicación regularmente informan sobre incidentes entre la policía y los migrantes que acaban en disturbios. De estos, he seleccionado los dos

⁴¹ L. Minghuan, «Always Circulating between Rural and Urban Areas?», cit., p. 17.

⁴² Qi Changqi y He Fan, «Informal Elements in Urban Growth Regulation in China», cit., p. 10.

⁴³ Kwan Lee Ching y Mark Selden, «Inequality and its Enemies in Revolutionary and Reform China», en *Economic and Political Weekly*, vol. 43, núm. 52, 2008, pp. 34-35; Robert Weil, «A House Divided: China after 30 Years of Reforms», en *Economic and Political Weekly*, vol. 43, núm. 52, 2008, pp. 67-68.

siguientes como ejemplos típicos. El primero se produjo en Zhejiang y el segundo en Guangzhou.

Cientos de trabajadores migrantes atacaron e hirieron a tres policías después de que una disputa sobre el registro de un migrante como residente temporal desembocara en violencia [...] la gente ha acudido en masa a reunirse con los dirigentes locales presentando quejas que van desde apropiaciones ilegales de tierras e injusticias judiciales, al impago de salarios y la corrupción de funcionarios del pueblo⁴⁴.

Los alborotadores volcaron un furgón de la policía y asaltaron una comisaría y la oficina del comité del pueblo en la ciudad de Yuanzhou. Los incidentes se desataron por las discusiones sobre la muerte de un motorista de apellido Ouyang de la provincia de Hunan. Su familia afirma que fue golpeado hasta la muerte por guardias de seguridad después de una riña sobre una «tasa de protección», pero la policía manifestó que murió en un accidente de tráfico⁴⁵.

La inquietud oficial sobre los disturbios en barrios de migrantes algunas veces puede tomar formas casi cómicas; en la etapa previa a los Juegos Olímpicos, por ejemplo, se prestó mucha atención a eliminar a la «población flotante» temporalmente de Pekín para asegurarse de que no hubiera ningún problema durante los juegos⁴⁶. Incluso en Xiamen, donde me encontraba yo en ese momento, había rumores de que las autoridades estaban preparándose para librar a la ciudad de todos los elementos que tuvieran un impacto negativo sobre la imagen pública de modernidad, prosperidad y progreso. Las «limpiezas» periódicas, o la amenaza de hacerlas, se basan en el miedo a que haya un elemento lumpen dentro del ejército de trabajo de reserva en el fondo de la sociedad urbana que se niegue a comportarse como una «población flotante» y que esté dispuesto a romper la ley para fortalecer su posición o simplemente a actuar provocativamente. Es el clásico espectro de la *classe dangereuse* que acecha a la población permanente y a las autoridades encargadas de protegerla. La idea de que la marea de migrantes, que se ha movilizadado para proporcionar un amplio suministro de mano de obra a la nueva economía de las ciudades, plantea una amenaza a la seguridad pública, y que este riesgo finalmente sería más grave si se vuelven superfluos cuando el trabajo se agote, no es nueva. Wang Shan, ya en 1994 advertía que «una psicología antisociedad podría encontrarse en todos los que se unen a esa marea durante largo tiempo». Expresaba el temor a que «si se produjeran disturbios a gran escala en China, los trabajadores

⁴⁴ *China Daily*, 16 de julio de 2008.

⁴⁵ *China Daily*, 19-20 de julio de 2008.

⁴⁶ K. W. Chan y W. Buckingham, «Is China Abolishing the *Hukou* System?», cit., p. 603.

migrantes que no encuentran trabajo en las ciudades serían los principales promotores y se convertirían en la fuerza más destructiva»⁴⁷.

Afortunadamente también hay señales de una voluntad por cerrar la brecha que se ha desarrollado entre la ciudad y el campo dando a los migrantes el tratamiento justo que siempre se les ha negado. En este contexto, en el Ministerio de Recursos Humanos y Seguridad Social se ha creado hace poco un departamento que, en aras de promover la armonía social, ha recibido la tarea de asegurar que el segmento flotante de la población reciba un trato justo. En una entrevista, el director de este departamento hablaba de la necesidad de conceder a los migrantes los mismos derechos que a la población permanente. «Liu manifestó que durante mucho tiempo han sido tratados injustamente, “incluso después de trabajar durante años en las ciudades, la mayoría de ellos no tienen el estatus de residentes urbanos”»⁴⁸.

Este titular iba seguido por informes en las páginas interiores que describían de modo detallado los continuos abusos en el empleo que sufrían los migrantes y el incumplimiento de las normas dirigidas a protegerles. Después de manifestar estas críticas, también habría que apuntar algunas recientes señales de mejora. Como Li Minghuan informaba en su ponencia:

[...] en Xiamen, los campesinos que han trabajado en la ciudad durante más de un año pueden mandar a sus hijos en edad escolar a las escuelas públicas sin pagar una matrícula extra. A principios de 2009, el ayuntamiento empieza a procurar un «seguro contra desastres naturales» a todo el pueblo de Xiamen, incluyendo a los trabajadores campesinos que han trabajado en la ciudad durante más de tres meses. También, en la Asamblea Popular de Xiamen los trabajadores campesinos tienen sus representantes aunque sean pocos. Todas estas nuevas políticas son dignas de admiración. Sin embargo, todavía son claramente insuficientes y sigue siendo necesaria una reforma radical⁴⁹.

Perspectivas para un futuro incierto

Hace treinta años empezó un proceso que produciría un cambio radical en la relación entre el campo y la ciudad. La reestructuración se desarrolló a gran velocidad y a una escala cada vez mayor. El fuerte declive de la importancia de la agricultura y la expansión de la producción industrial, del transporte, del comercio y de los servicios, ha conducido a un sistema económico en el que la población trabajadora ha tenido que encontrar su

⁴⁷ Wang Shan, *Looking at China with the Third Eye*, Taiyuan, Shanxi People's Publishing House, 1994, pp. 62-63.

⁴⁸ *China Daily*, 22 de julio de 2008.

⁴⁹ L. Minghuan, «Always Circulating between Rural and Urban Areas?», cit., p. 19.

camino en un amplio abanico de nuevas ocupaciones y que ha supuesto dejar *en masse* el campo para trasladarse a los polos de crecimiento del empleo, la gran aglomeración urbana que se concentra en la costa este de China. El dinámico desarrollo de Xiamen, que es el centro de mi estudio en la provincia de Fujian, tiene que verse en este contexto. Sin embargo, ¿es factible suponer que el turbulento crecimiento que ha experimentado la ciudad en los últimos veinticinco años va a continuar?

Para tener una mayor perspectiva de la transformación en marcha visité otro distrito en Fujian, a cierta distancia de Xiamen, donde las autoridades locales decidieron en 2005 construir un gran parque industrial. El parque abarca un área de aproximadamente trece kilómetros cuadrados y cuenta con una completa infraestructura que incluye carreteras, alcantarillado y suministro de agua y electricidad. Se han construido un gran número de instalaciones para el alquiler o la venta. El énfasis se pone en la fabricación de componentes electrónicos, artículos de deporte y textiles. Se está animando a inversores y empresarios para que vengan y se establezcan en el parque y se presta mucha atención a los empresarios de Taiwán y, más en general, a los de la China continental. Muchos de ellos tienen raíces en Fujian y se les invita para que fortalezcan sus lazos con su lugar de origen e insuflen nueva vida con su espíritu empresarial. Pregunté al equipo de planificadores y técnicos a cargo del funcionamiento diario del proyecto cuánto había progresado desde que comenzó hace tres años. Después de que me acompañaran en una breve visita por toda el área, empecé a hacer preguntas sobre el proyecto sin que mis guías oficiales estuvieran presentes.

Primero visité los pueblos donde hasta hace poco tiempo sus habitantes se ganaban la vida trabajando los campos. Su existencia agraria acabó cuando fueron expropiados de sus tierras. Como ha sucedido en otras partes, cada hogar recibió una compensación en función de la tierra que trabajaba (entre 1 y 2 *mu*⁵⁰) y del número de miembros. Esto suponía una cantidad entre 150.000 y 200.000 yuanes. Utilizaron el dinero para construir bloques de viviendas de tres o cuatro plantas para alojar a los migrantes que pronto llegarían a la zona. La compensación solamente cubría como mucho una cuarta parte de los costes de edificación, que podían ascender a 800.000 yuanes. Para hacer frente al resto pidieron un préstamo bancario con la ayuda de las autoridades. La planta baja de los edificios podía albergar tiendas que producirían un ingreso y un empleo extra a los propietarios. Los cinco pueblos de la zona fueron asfaltados, se instaló el sistema de alcantarillas y se crearon otros servicios. Esto les dio una apariencia más urbana, una mejora que se acentuó dando a los habitantes el estado de *hukou* con todos los derechos que conlleva, incluyendo

⁵⁰ 1 *mu* equivale a 0,15 hectáreas.

asistencia sanitaria, acceso a la educación pública, etc. Estos cambios ofrecieron la posibilidad de una vida mejor que la que había proporcionado el trabajo agrícola. Pero ¿se cumplieron estas expectativas?

No en los cinco pueblos. En la zona se han establecido muchas menos empresas de las previstas en los planes y muchas de las instalaciones construidas todavía están vacías. Eso significa que no han llegado las decenas de miles de migrantes para los que habría trabajo y alojamiento. Hay actividad industrial aproximadamente en una tercera parte de la zona y se concentra principalmente alrededor de dos pueblos. Estas zonas están indudablemente sobrepobladas por migrantes. Viven en apartamentos de una sola habitación, la comida del mediodía la hacen por 5 yuanes en uno de los comedores que se han abierto recientemente, compran sus necesidades diarias en el centro del pueblo y pasan su tiempo libre paseando por las calles o jugando al billar. El comité del pueblo gestiona un gran bloque de apartamentos con 194 habitaciones y alquila veinticuatro tiendas en la planta baja, incluyendo un supermercado con un director de Taiwán. Los otros pueblos han tenido mucho menos éxito por ahora. La tierra que les rodea se encuentra en barbecho porque no se puede utilizar ya para el cultivo y la industria que se esperaba todavía está por llegar. Y como no hay trabajo para migrantes, los bloques de viviendas están a medio construir. Los ingresos que los antiguos agricultores esperaban obtener no se han materializado y, para minimizar los costes, todavía no han utilizado los préstamos del banco, que también necesitan para pagar su propia vivienda. A menudo solamente hay una cubierta de cemento donde los propietarios han levantado un improvisado refugio. Hay algunas tiendas abiertas, algunas llenas de mercancías. Los propietarios se pasan el día sentados esperando que lleguen clientes.

Por último, los empleos en las fábricas que esperaban las generaciones más jóvenes tampoco se han materializado. De acuerdo con los directivos de la empresa eso se debe a que los campesinos jóvenes no tienen ninguna formación y solo pueden realizar el trabajo manual más simple. Unas cuantas personas de la localidad han encontrado trabajo como guardas o personal de limpieza. Los jóvenes no trabajan en cadenas de montaje porque pagan menos de 1.000 yuanes mensuales y la jornada de trabajo es demasiado larga. Prefieren ganarse su sustento en el sector de servicios, trabajando como camareros en los restaurantes o alquilando una mesa de billar o su motocicleta como taxi. Esto último significa pasar mucho tiempo dando vueltas en las confluencias de caminos esperando a unos pasajeros que necesiten un viaje. Algunos de los habitantes más viejos del pueblo cultivan verduras en pequeñas parcelas, sin pedir permiso, para venderlas en los mercados de la ciudad. Esto les produce poco dinero y, lo que es más importante, sus hijos e hijas piensan que el trabajo en el campo es demasiado degradante como para perder el tiempo en él.

Hay suficiente tiempo como para hablar de todo lo que sucede y de las expectativas para el futuro. Los habitantes no dejan dudas en cuanto a su descontento. Su decepción por la falta de progreso es comprensible. No tienen reparos en manifestar su desagrado por el fraude y la corrupción que ha acompañado a este gran cambio en sus vidas. Acusan a miembros del comité del pueblo de haberse embolsado mucho más dinero por las compensaciones, adjudicándose a ellos mismos los bloques de apartamentos más grandes y construyendo bloques con más plantas de las permitidas. Estas clases de prácticas son comunes en otras partes, como Hansen y Peng señalan en su propio estudio.

El pueblo estaba solamente a unas horas de Xiamen y gran parte de la tierra cultivable había sido comprada para objetivos industriales. Prácticamente todas las familias de la localidad tomaron parte en las elecciones y asistieron a numerosas reuniones donde la gente se reunía para analizar, incluso discutir, con funcionarios a los que se consideraba responsables de haber vendido la tierra a un precio demasiado bajo unos años antes y de haberse beneficiado personalmente de esa venta [...] Los jóvenes de la localidad, a los que entrevistamos y observamos tomando parte en las reuniones, estaban indignados; mostraban una enorme desconfianza ante las motivaciones de los funcionarios. Normalmente no se preocupaban mucho por el pueblo como comunidad y no apoyaban los intentos por recaudar dinero de los bienes públicos de este, pero en este caso estaban en juego asuntos de propiedades familiares y eso movilizaba a todos⁵¹.

Desde mi punto de vista, con estas palabras Hansen y Pang demuestran claramente que hay poca verdad en la suposición de que la conciencia política no está muy desarrollada en el campo. La llamativa firmeza de los habitantes de las zonas rurales demuestra que los funcionarios a todos los niveles tienen poca autoridad y todavía suscitan menos respeto. Hace pensar en el distanciamiento que se ha producido entre los dirigentes del Estado y la población en general. La resistencia que suscita el gobierno en muchos segmentos de la sociedad plantea dudas sobre la legitimidad del régimen, si es que no sobre su sostenibilidad⁵².

Ya no son campesinos pero todavía no son trabajadores industriales: así es como resumiría mi visita al parque industrial a cierta distancia de Xiamen. La ralentización del crecimiento de la nueva economía sobre un área en constante expansión, quizá no sea tan excepcional y no debería ser motivo de preocupación a más largo plazo. Los años de oro de turbulento crecimiento pueden haber acabado, pero si el desarrollo continúa

⁵¹ M. H. Hansen y C. Pang, «Me and My Family», cit., pp. 95-96.

⁵² You-tien Hsing, «Land and Territorial Politics in Urban China», en *The China Quarterly*, vol. 187, septiembre de 2006, pp. 575-591.

en la misma dirección simplemente necesitará más tiempo que antes. Sin embargo, hay señales que contradicen este pronóstico optimista y que apuntan a la posibilidad de un estancamiento de la tendencia hacia el desarrollo, a raíz de un aumento de los costes laborales, que puede llegar a un nivel que afecte a la posición competitiva de China. Esto se ve exacerbado por el aumento de precios de las materias primas, que hace más difícil vender productos en el mercado internacional. Se ha llegado a un punto en que las fábricas de Fujian están cerrando y trasladándose a Vietnam, Camboya y otros países de rentas bajas que pueden producir los mismos productos más baratos. En resumen, hay buenas razones para que el Gobierno esté preocupado sobre la conveniencia de continuar con su política de animar a que la mano de obra agrícola excedente en el campo busque un futuro mejor en los grandes polos de desarrollo urbanos.

Podía haber finalizado mi informe sobre los hallazgos de mi investigación en Xiamen a finales del verano de 2008 con una valoración en este sentido si, en los meses que vinieron a continuación, no se hubiera producido una crisis incluso más acentuada en la economía. No parece que sea una exageración hablar de un giro dramático de los acontecimientos a la luz de los primeros informes sobre el impacto de la recesión que se propagó por el mundo en el último trimestre de 2008. ¿Cómo ha afrontado los reveses la población migrante, extremadamente vulnerable debido a la naturaleza informal de su empleo, a la vista de su incapacidad para hacer cualquier reclamación de protección o de ayuda financiera? Los informes iniciales eran bastante pesimistas, hablando de despidos colectivos como resultado del cierre de fábricas o por la reducción de las jornadas de trabajo, una forma de recorte salarial todavía peor por la drástica reducción de los ya mínimos salarios por trabajo a destajo. El regreso a su lugar de origen a finales de enero de 2009 para celebrar la Fiesta de la Primavera esta vez ha sido bastante poco animado para los migrantes. No llevaban los habituales regalos para los que estaban en casa como señal de su éxito en la gran ciudad, y sus manos vacías deben haber levantado sospechas de que habían vuelto para quedarse.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, 20 millones de trabajadores migrantes perdieron sus empleos, aproximadamente el 15 por 100 de la población flotante. De acuerdo con las expectativas sobre el comportamiento subversivo de estos «nómadas laborales», el Gobierno estaba preocupado por la posibilidad de que se produjeran graves estallidos de malestar social y el ejército recibió órdenes de utilizar la violencia para responder a embrionarias manifestaciones y revueltas. El tono de esta primera reacción confirmaba la naturaleza autoritaria del Estado, aunque los primeros informes sobre un grave malestar afortunadamente resultaron ser demasiado alarmistas. Sin duda hubo una caída de los salarios y de las horas de trabajo una pérdida de

empleo que condujo a un drástico aumento del coste de la vida. Mientras señalaba estos preocupantes conclusiones, Li Minghuan también observó que la mayoría de los migrantes todavía querían seguir trabajando en la economía urbana. Fueron capaces de hacerlo porque, gracias a una impresionante recuperación de la economía, el mercado de trabajo urbano estaba de nuevo en ascenso a mediados de 2009.

Una solución más definitiva a los problemas de la pobreza y de la redundancia del trabajo no puede quedar en manos del funcionamiento del libre mercado. Una política de estimulación económica no puede limitarse a proseguir el mismo camino: alentar a las masas de mano de obra excedente para que abandonen los pueblos y se encaminen a las ciudades, al mismo tiempo que se da prioridad al empleo en cualquier otro sector que no sea la agricultura. La subordinación o incluso el abandono de este sector primario de la actividad económica deben acabar. A la vista de la presión cada vez mayor sobre las fuentes agrarias de subsistencia, la expulsión de grandes cantidades de mano de obra es inevitable. Sin embargo, no se debería permitir que esto ocurra de una manera que condene a la población excedente a un estado de continua movilidad que la margina como una flotante masa en la sociedad. La lección que Li Minghuan saca de lo que ha sucedido y de a quién le ha sucedido merece repetirse. Reflexionando sobre la trayectoria de desarrollo, llega a la siguiente conclusión:

[...] en las últimas tres décadas, millones de trabajadores agrarios han sacrificado sus vidas para llevar a China a la realización de su milagro económico. La producción barata china ha sido posible gracias a los bajos ingresos de los trabajadores, a las largas jornadas de trabajo y a la falta de protección social. Y el mundo entero se ha beneficiado de su sacrificio. Si sacar a los campesinos de su absoluta pobreza era el deber más importante del gobierno durante los primeros periodos de la reforma, lo cual se hizo con gran éxito, ahora es el momento de desarrollar una sociedad igualitaria y justa cerrando la brecha institucional entre lo rural y lo urbano. No es justo pedir a millones de campesinos que sigan haciendo sacrificios que solo benefician a unos pocos. Asimismo, millones de campesinos no aceptarán este estatus, ya que una nueva generación está creciendo y el sentido de la justicia cada vez es mayor⁵³.

⁵³ L. Minghuan, «Always Circulating between Rural and Urban Areas?», cit., p. 19.

LAS INFRACIUDADES DE KARACHI*

KARACHI, EL MAYOR puerto del mar Árabe, tiene actualmente una población de más de 20 millones de habitantes, similar a la de Bombay, y es la octava mayor ciudad del planeta. Su control del cuadrante noreste del océano Índico, con una zona interior que se extiende por el valle del río Indo hasta Afganistán, la ha convertido en el principal puerto de entrada del armamento y los suministros estadounidenses para la «guerra contra el terror», mientras que los refugiados y la heroína han circulado en dirección contraria. Desde el sangriento nacimiento de Pakistán con la partición de la India británica, el explosivo crecimiento de la ciudad ha estado impulsado más a menudo por la presión de las crisis geopolíticas, agrarias y ecológicas que por el ímpetu del desarrollo económico. La vida en sus florecientes *katchi abadis*, o «asentamientos sin pavimentar», tiene mucho en común con la de otras infraciudades gigantes, como Bombay, con la diferencia de que aquí la violencia desempeña un papel mucho más importante. La gran mayoría de los habitantes de la ciudad no solo están inmersos en una situación de competencia entre ellos, en una desesperada lucha por sobrevivir, sino que también se enfrentan a un brutal clima de agresión alimentado por agrupaciones políticas de carácter mafioso, la más influyente de las cuales también controla la fuerza armada del Estado. ¿En qué condiciones viven sus habitantes y qué puede impulsar al creciente número de recién llegados para tratar de sobrevivir aquí?

En vísperas de la independencia en 1947 el puerto marítimo de Karachi tenía menos de medio millón de habitantes, la mayor parte hindúes, que vivían tras los muros de la ciudad vieja o en pueblos de pescadores a lo largo de la costa. Los británicos levantaron los muelles y los almacenes, construyeron un acantonamiento militar y trazaron calles flanqueadas por árboles para su uso como zonas de residencia al sur de la ciudad «nativa», áreas que todavía hoy se conocen como Clifton

* Publicado originalmente bajo el título «The Undercities of Karachi», *New Left Review*, núm. 76, julio-agosto de 2012.

y Defence. La partición produjo el éxodo hacia India de parte de los hindúes de la ciudad y la llegada desde ese país de un número mucho mayor de musulmanes: alrededor de medio millón de *mohajirs* (refugiados) de lengua urdu abandonaron propiedades y posesiones al sur de la nueva frontera para huir a la que ahora era la capital de Pakistán. Inicialmente los *mohajirs* fueron acogidos en refugios temporales, en parques y terrenos libres del Estado. Con las políticas de modernización conservadoras que se emprendieron a principios de la década de 1950, y que se intensificaron entre 1958 y 1968 bajo el régimen militar del general Ayub Khan, se construyeron nuevos municipios satélites alrededor de la ciudad y se desarrolló la industria pesada con la ayuda de préstamos extranjeros. Los diferentes sectores de la clase obrera de Karachi, que crecía rápidamente, tenían diferentes bases étnicas: los trabajadores de los muelles procedían de los peones *makrani-baluchis* de la vieja Karachi; los *mohajirs* predominaban en la industria pesada y en las empresas multinacionales; los habitantes de los pueblos de la frontera noroeste, de Hazara y del Punjab meridional, fueron reclutados por intermediarios para los distritos textiles donde funcionaban numerosas pequeñas empresas en condiciones intolerables.

Estos migrantes del interior se congregaron siguiendo líneas étnico-lingüísticas —*sindhi, seraiiki, pastún, swat, hazara* o *punyabí*— sobre las tierras desocupadas próximas a las zonas industriales. Si bien su precaria situación les convertía en una presa fácil para la manipulación política particularista, se produjeron, no obstante, intentos de construir una solidaridad horizontal por encima de las diferencias étnicas en el ciclo de protestas obreras registrado en Karachi a finales de la década de 1960, las cuales se unieron a la agitación estudiantil para derrocar a Ayub en 1968. La militancia alcanzó su punto álgido en los años posteriores¹. El Partido Popular de Pakistán (PPP), de Zulfikar Ali Bhutto, hizo campaña con el eslogan «*Roti, kapra aur makan*» [Pan, vestido, alojamiento] y declaró la guerra a las «veintidós familias» que se decía que controlaban la industria capitalista pakistaní (aunque no a las pocas docenas que poseían la mayor parte de la tierra del país). Una vez en el poder, sin embargo, y tras el desmembramiento de Pakistán en 1971 como consecuencia de la negativa de los dirigentes de Pakistán Occidental a aceptar la victoria electoral de la Liga Awami en las elecciones de diciembre de 1970, Bhutto cambió de rumbo: si bien algunos trabajadores fueron enrolados en sindicatos próximos al PPP y recompensados con beneficios y subidas salariales, en otras partes la norma fue una política rompehuelgas y antisindical. La Constitución

¹ Un relato más completo lo proporciona Kamran Asdar Ali, «The Strength of the Street Meets the Strength of the State: The 1972 Labour Struggle in Karachi», en *International Journal of Middle East Studies*, vol. 37, núm. 1, 2005.

que proclamó Bhutto en 1973 introdujo un sistema federal con cuatro gobiernos a escala provincial. La agitación estalló en la provincia de Sindh—ahora administrada desde la mansión situada en Karachi de su gobernador, Mumtaz Bhutto, un primo del primer ministro y uno de los mayores terratenientes del país— por la utilización de la lengua *sindhi* en los colegios, junto a la urdu; los *mohajirs* organizaron contramovilizaciones. Se introdujo un sistema de cuotas, con los trabajadores del sector público contratados en virtud de criterios étnicos y regionales, que consolidaron las divisiones y crearon vínculos verticales a partir de líneas étnicas que sustituyeron la frágil solidaridad de clase surgida durante el ciclo de protestas y militancia obrera de 1968-1972. Durante la dictadura del general Zia-ul-Haq, que se prolongó desde 1977 hasta 1988, los *mohajirs* de Karachi fueron organizados por el cada vez más poderoso Movimiento Qaumi Mohajir (MQM) dirigido por Altaf Hussain, hijo de refugiados de habla urdu procedentes de India, que había surgido en la década de 1980 como dirigente estudiantil *mohajir*, que se oponía a las cuotas para los *sindhis*.

Karachi se ha convertido en un microcosmos de todas las divisiones étnicas que recorren la ciudad y el campo en Pakistán. Las diferentes comunidades pueblan distritos a los que consideran dominios propios, cercados para evitar la intrusión de personas de fuera. Cada uno tiene su propia identidad, un modo de vida específico reafirmado por la cultura y el lenguaje, la reivindicación de un nicho particular en el mercado de trabajo y una forma clientelista específica de representación política. Los migrantes provenientes de las zonas rurales de la provincia de Sindh son principalmente seguidores del PPP, dirigido por la hija de Bhutto, Benazir, después de que el propio Bhutto fuera inculpa y ahorcado por Zia en 1979. También Benazir fue asesinada, tiroteada cuando estaba haciendo campaña para las elecciones de 2008. Su marido, Asif Ali Zardari, está ahora en el poder después de abrirse camino hasta la presidencia del país explotando el duelo causado por el asesinato de su mujer [finalizó su presidencia en 2013]. Durante la década de 1990, los gobiernos tanto del PPP como de la Liga Musulmana en Islamabad (la nueva capital levantada a cientos de kilómetros al noreste del país a comienzos de la década de 1960) intentaron poner en su sitio al mafioso MQM². Altaf Hussain huyó a Londres en 1992; condenado *in absentia* por el asesinato de disidentes del MQM, continuó dirigiendo la organización desde la distancia. Con su importante filón de votos *mohajir*, el bloque del MQM de la Asamblea Nacional ha desempeñado regularmente un papel clave en los gobiernos encabezados por el PPP o la LM. En Sindh mantiene alrededor de una cuarta parte de los escaños de la Asamblea Provincial, igualando al PPP.

² El MQM cambió en su nombre «Mohajir» por «Muttahida» (unido) en un intento por «hacerse nacional», manteniendo el mismo acrónimo.

Buitres en lucha por el poder

En Karachi el MQM y el PPP llevan la voz cantante y, bajo el adagio de que los ganadores se llevan todo, han sido capaces de marginar a todos los demás contendientes. Los recién llegados tienen que utilizar la fuerza de las armas para obtener acceso al cerrado escenario político. Un ejemplo de esto es la gran operación policial que se produjo en mayo de 2012 dirigida a erradicar el gansterismo en Lyari, uno de los asentamientos más antiguos al nordeste de la ciudad vieja, cuyos habitantes, principalmente de ascendencia *sindhi* y *baluchi*, se hacinan en los congestionados barrios que bordean los márgenes del río Lyari, en un laberinto de pequeñas calles y callejones. Se calcula que la población del distrito alcanza los 1,7 millones de habitantes, aunque en Pakistán es difícil tener datos fiables. Minúsculas viviendas de dos habitaciones albergan al marido, la mujer, los hijos y a unos cuantos parientes próximos. El hacinamiento doméstico es una de las razones por la que los hombres prefieren quedarse en la calle en vez de estar en la casa; todos los barrios tienen un mercado que es el punto central de encuentro. La mayoría de los hogares tienen que arreglárselas con unas 10.000 rupias (100 dólares) mensuales y las mujeres y niños contribuyen al presupuesto familiar mediante una amplia variedad de tareas. Estos ingresos suponen menos de 1 dólar per cápita diario, lo que mantiene a las familias ahogadas en la pobreza. La oferta de trabajo es mucho mayor que su fluctuante demanda. Los jóvenes, incluso con un par de años de educación secundaria, encuentran prácticamente imposible optar a obtener un trabajo estable. Dan vueltas por el mercado local esperando que alguien contrate su mano de obra.

En estas condiciones ha surgido una economía criminal a gran escala. En el nivel inferior los que participan en ella operan por su propia cuenta como ladrones, rateros, carteristas, receptores de mercancías robadas, actores porno, falsificadores o como intermediarios en toda clase de turbios tratos. Hay conglomerados de bandas, pequeñas y grandes, en todos los barrios especializadas en locales de juego, prostitución, tráfico de armas, drogas o bebidas alcohólicas. Más rentable pero también más arriesgado que este comercio ilegal es la extorsión de los grandes almacenes y otras empresas a cambio de protección, o el alquiler de los miembros de las bandas como guardaespaldas de gente importante. La provisión de seguridad es necesaria para mantener la extorsión dentro de unos límites, actividad esta última que puede constituir una parte fundamental del negocio de la misma banda que proporciona aquella. El secuestro de gente con recursos para obtener un rescate también encaja en este modelo de asaltar a los pudientes. Los jóvenes reclutados para esta industria comienzan su carrera como miembros a tiempo parcial en las proximidades de la banda y tienen que abrirse camino antes de que se les confíe un trabajo serio. Una vez que lo logran es prácticamente

imposible abandonarlo. La escala de la economía criminal permite que los dirigentes de las bandas vivan por todo lo alto y sus apodos infundan pavor, pero no pueden moverse libremente porque los rivales rodean su territorio y están constantemente envueltos en luchas para defender o expandir sus límites. Las armas están disponibles en abundancia; en Karachi no son solamente la policía y las patrullas paramilitares las que se mueven en carros blindados de los que asoman fusiles y ametralladoras. Las celebraciones de bodas, las festividades religiosas y las concentraciones políticas se celebran con disparos al aire, no solo para animar, sino también como muestra de poder dirigida a recalcar ante los transeúntes que a estos hombres no se les puede tomar a la ligera. En 1989 un cierto número de mercenarios yihadistas, reclutados y armados por Estados Unidos y Arabia Saudí para luchar contra las fuerzas soviéticas en Afganistán, pasaron a los negocios privados tras su regreso a Pakistán. Desde 2001 han estado aprovechándose de los grandes envíos de armas y otras mercancías que llegan a Karachi con destino a las fuerzas de la OTAN y de la ISAF (Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad) en Afganistán. Según cálculos conservadores, no menos de una cuarta parte de estos envíos desaparecen en la economía sumergida; en Quetta hay un mercado negro que se conoce como el Bazar de la OTAN. El desvío de las mercancías es el resultado de un trabajo de equipo entre la mafia y la policía, un robo que cuenta con la complicidad de la Marina y la Aduana que controlan los muelles. En la ciudad las armas forman parte de la vida cotidiana.

La acción policial en Lyari estuvo cuidadosamente planeada. El objetivo era irrumpir en los cuarteles desde los que operan las bandas, confiscar sus armas y detener a sus dirigentes (o eliminarlos si ello era más viable). En el primer día de la incursión el distrito fue acordonado: no se permitió que los alimentos frescos llegaran a los mercados; se cortó el suministro de agua, electricidad y gas, así como Internet y los teléfonos móviles. Los altavoces daban instrucciones a los habitantes para que permanecieran en sus casas a riesgo de ser tratados como combatientes. La gente tuvo que sufrir el calor del verano —temperaturas de 40 grados o más— apiñadas en sus viviendas sin ventilación. Una fuerza invasora de dos mil policías y tropas paramilitares entraron a pie y en vehículos blindados. El enemigo se mostró a su altura, atacando puestos de policía e intercambiando disparos en las calles. Las bandas habían almacenado armamento pesado, incluyendo ametralladoras, rifles de precisión de largo alcance, gases lacrimógenos, granadas e incluso lanzamisiles que produjeron daños en los vehículos blindados. La batalla duró ocho días y ocasionó docenas de víctimas aunque muy pocas entre los mafiosos. La mayoría de los heridos fueron transeúntes que permanecieron sin atención médica; el servicio de ambulancias no fue autorizado para trasladarlos a los hospitales de la ciudad. Para los gobernantes de la ciudad más vergonzoso que el fracaso de la operación

policial fue que la población de Lyari se pusiera de parte de las bandas y se volviera abiertamente en contra del Estado. En los vecindarios donde los combates fueron más encarnizados, los habitantes salieron a manifestarse y corear consignas contra las tropas. Enfrentada a la resistencia popular, la policía abrió fuego sobre los manifestantes, una respuesta que alimentó la ira en los barrios contra los agentes de la ley y el orden.

No debemos olvidar, sin embargo, que detrás de la fachada de la lucha contra el crimen de la operación policial en Lyari subyacía un escenario totalmente diferente, un escenario de buitres políticos que se disputaban el poder, lo cual explica la quema de banderas y pancartas que los partidos políticos tenían distribuidas en esas localidades. Los retratos de políticos del PPP fueron arrancados y pisoteados, sus propiedades en el distrito fueron incendiadas. Los gánsteres mataron a un dirigente del PPP; los familiares de otros, que habían desaparecido del mapa, fueron asesinados. Claramente hay algo más en juego que la imposición de la ley y el orden, algo más que la «limpieza a fondo» de la actividad criminal voceada por los medios de comunicación locales. Muchas bandas se formaron como la milicia armada de los partidos políticos o se han transformado en ella. Proporcionan guardaespaldas para la protección de los líderes del partido, si es necesario eliminan a los rivales de sus patronos, se hacen cargo de cualquier negocio sucio, intimidan a los cuadros del partido para que muestren una obediencia incondicional y exigen «donaciones» de promotores inmobiliarios, constructores y de otros empresarios que dependen de los funcionarios políticos que autorizan sus negocios. Su recompensa por los servicios que prestan a los que están en el poder asume la forma de autorización para practicar su propio tipo de criminalidad, así como la garantía de intercesión ante la policía y los tribunales si se meten en problemas.

De forma abierta y encubierta estas actividades están entrelazadas hasta tal punto que es prácticamente imposible ver donde empieza una y acaba la otra. Por poner un ejemplo, el anterior ministro de Interior del gobierno provincial de Sindh autorizó a todos los miembros de la Asamblea Regional para que distribuyeran treinta licencias de armas al mes para la protección de los trabajadores de sus partidos. En otras palabras, Zulfiqar Mirza ha autorizado a la mafia urbana para que lleve armas. El actual ministro de Policía y Seguridad de esta misma provincia ha lamentado la pérdida de vidas humanas durante la campaña de Lyari, añadiendo que el daño causado a las propiedades será debidamente compensado, pero no se ha atrevido a aparecer por el distrito ni siquiera bajo la protección del Estado. Al aprobar la operación, el PPP, anteriormente la principal fuerza política de Lyari, ha perdido irreversiblemente el filón de votos que tenía ahí.

La mayor banda de Lyari es de origen *baluchi*, una minoría en rápido crecimiento en Karachi. El jefe de la banda se dio cuenta de que resultaba más rentable adquirir poder político independiente que meramente llegar

a acuerdos con los buitres del PPP. Con este objetivo transformó a su banda en un movimiento social, el Comité Popular Aman (paz) (CPA). Enfadado ante la aparición de un nuevo competidor, el gobierno provincial del PPP y del MQM encargaron a la policía la operación de Lyari con vistas a poner en su sitio a este advenedizo. Ambos partidos operan como socios declarados en la coalición gobernante y como rivales subterráneos enzarzados en peleas de bandas; han cerrado filas para neutralizar un peligro común: una nueva alianza que atrae a sus propios antiguos mercenarios. Mientras la batalla en Lyari estaba en su apogeo, un portavoz del CPA consiguió escapar del distrito con ayuda de dentro de la policía. Apareció unos días después en Londres para dar una conferencia de prensa en la que denunciaba el brutal asalto sobre un auténtico movimiento popular que quiere, por el bien de la gente común, obtener su justa parte de poder. En realidad este tipo de actividad política no trata de servir a los intereses de la gente, sino amasar dinero tan rápidamente como sea posible, ya que no se sabe que cartas te tocarán el día de mañana. La rápida expansión de Karachi ha supuesto importantes obras de infraestructura. Para obtener estos contratos, los promotores inmobiliarios y los magnates de la construcción tienen que pagar un precio muy por encima del licitado; estos enormes gravámenes nunca aparecen en la contabilidad de la ciudad. En la cima del Estado las cosas no son diferentes: al presidente Zardari se le ha conocido durante mucho tiempo como el «Señor 10 por 100», aunque sin duda el porcentaje es mucho mayor. Su leal primer ministro Yousuf Raza Gilani sólo fue depuesto en junio de 2012 una vez que el Tribunal Supremo le declaró culpable de negarse a que las autoridades suizas reabrieran la investigación por corrupción contra Zardari, que ha guardado parte del botín acumulado en cuentas bancarias en ese país. En agosto el tribunal citó al sustituto de Gilani, Raja Pervaiz Ashraf –también conocido como «Alquiler Raja» gracias a sus hábitos pecuniarios– para que explicara por qué tampoco él había conseguido hasta entonces hacer cumplir el mandato del tribunal.

Vidas de trabajo

Desde comienzos de la década de 1990, la población de Karachi ha crecido más del doble. Muchos de los que llegan proceden de las zonas próximas del interior, principalmente agricultores pobres y sin tierra que han sido expulsados de la economía rural. Por las mismas razones se les unen emigrantes de las tierras golpeadas por la pobreza de Baluchistán. Los pastunes de las regiones tribales de ambos lados de la frontera afgana han huido de la guerra que asola sus tierras natales, e incluso aquellos que prefieren permanecer pueden ser expulsados por los ataques de los drones y del ejército de Estados Unidos. En su mayor parte se han asentado en los florecientes *katchi abadis* de la ciudad: Korangi en el sudeste, Baldia y Orangi en el

nordeste, Lyari, Malir y muchos otros. Los *katchi abadis* consisten fundamentalmente en viviendas de dos habitaciones, con techos de hojalata y construidas con bloques de hormigón, que albergan a una familia de ocho o nueve personas. Los asentamientos más antiguos han aumentado su densidad con el tiempo y ahora tienen casas de dos y tres plantas. Las aguas residuales a menudo circulan por desagües de superficie, mientras que la obtención de suministro de agua y electricidad supone la intervención política e involucra a los habitantes en el sistema de partidos. Algunas de las peores condiciones de degradación y hacinamiento se encuentran en los viejos pueblos que han sido tragados con el crecimiento de la ciudad³.

Cada oleada de recién llegados tiene que abrirse camino en el mercado de trabajo de la ciudad. El empleo en la economía informal tiene una naturaleza muy nepotista y el acceso al trabajo está muy determinado por lazos familiares o regionales. Esto hace más difícil que los extraños puedan tener éxito. En Korangi hay miles de talleres que producen productos textiles para la exportación. Su tamaño es variable, pudiendo tener docenas o cientos de empleados. La jornada laboral está establecida en ocho horas, pero las horas extras obligatorias pueden alargarla a doce durante los periodos de mayor actividad. Los artesanos son aquí trabajadores con experiencia, hombres principalmente, aunque también se han incorporado jóvenes y mujeres solteras. Los niños se emplean como aprendices. La mano de obra está mezclada: mayormente *sindhis* y punyabíes, pero también hay pastunes y *baluchis*, bangladesíes y grupos *rohingya* procedentes de Birmania. Los propietarios de los talleres dejan el reclutamiento y la supervisión en manos de sus subcontratistas, que actúan como gestores y pagan los salarios y que a su vez pueden elegir a quien favorecer con más asignación de trabajo y mejores salarios, con carnés de identidad o con ayudas para la asistencia médica. La masa salarial mensual de un subcontratista con un equipo de veintisiete trabajadores era de 150.000 rupias, pero mientras a algunos se les pagaba 7.000 rupias o más, otros ganaban menos de 5.000. La renta mensual por una sola habitación compartida por dos o tres hombres jóvenes es de 2.000 rupias; una vivienda de dos habitaciones para una familia de seis o siete miembros es de 4.000 rupias mensuales en gastos fijos. También hay una gran cantidad de pequeños talleres informales en los *katchi abadis* y en los barrios de infraviviendas de la ciudad vieja: industrias de la confección y del cuero, mecánica ligera, construcción, clasificación de residuos y reciclado, etcétera.

³ Una investigación sobre las condiciones en los *katchi abadi* se encuentra en Arif Hasan y Masooma Mohib, «The Case of Karachi, Pakistan», UN-HABITAT, en *The Challenge of Slums: Case Studies for the Global Report on Human Settlements 2003*, London y Sterling (VA), Earthscan Earthscan Publications Ltd, 2003; http://www.ucl.ac.uk/dpu-projects/Global_Report/pdfs/Karachi.pdf.

Cualquier estabilidad en las vidas de los obreros de las factorías es probablemente temporal. El cierre de fábricas es habitual; la enfermedad o los caprichos del subcontratista pueden conducir al despido. Los frecuentes cortes del suministro eléctrico en Karachi provocan graves crisis en las zonas industriales; las interrupciones —«restricciones del suministro»— no siguen una regla establecida y los trabajadores tienen que quedarse de brazos cruzados hasta que vuelve a llegar la electricidad, sin saber si serán capaces de cumplir con su cuota de trabajo a destajo. La tensión dentro y alrededor de las naves es elevada, no por culpa del exceso de trabajo, sino por la falta de él. Para afrontar el errático ritmo de trabajo se utiliza ampliamente el *gutka* o *charas* (marihuana). Pero la adicción resulta cara. Los pocos sindicatos que existen dentro de la economía informal no sirven de ayuda para mejorar las condiciones de trabajo. Seis capataces que organizaron una huelga en Faisalabad en 2010 han sido sentenciados a cadena perpetua bajo las leyes antiterroristas, declarados culpables de cargos presentados por los propietarios de las fábricas, para «dar un ejemplo».

Huida de la tierra

Aunque vivan en la pobreza, los trabajadores de las factorías están significativamente en mejor posición económica que muchos recién llegados del campo, que luchan por encontrar alguna clase de trabajo. En los últimos años las repetidas inundaciones en el valle del río Indo debidas a las fuertes lluvias del monzón han desplazado a un gran número de gente del interior de Sindh y del Punjab. Algunos han sido albergados en los nuevos bloques de apartamentos dotados de pocos servicios que han proliferado en las afueras de Karachi, por ejemplo en Gulshan no lejos de la carretera a Hyderabad. Pero muchos no tienen otra opción que acampar en los campos o en las cunetas de las carreteras en improvisadas *jhupris*, chozas construidas con ramas rotas, bambú, plástico, paja y trapos. Todo apunta a que estos migrantes han venido para quedarse. Forman parte de una reserva de trabajo itinerante que ha sido expulsada del medio agrario y que no ha encontrado un lugar en la economía de Karachi. Llegan a las afueras de la ciudad, pero se quedan atascados allí, consumiéndose en el fondo de la economía informal.

Para entender por qué vienen hace falta tomar en cuenta lo que están dejando atrás. A principios de este año visité el pequeño pueblo de Mir Hot, en una zona de Sindh que permaneció inundada durante la mayor parte de 2011. A primera vista había pocas señales del desastre. La carretera conduce a través de un terreno inhóspito y polvoriento donde se realiza un cultivo comercial de trigo y algodón, pero durante los calurosos meses de verano los campos permanecen abandonados. El asentamiento consiste en cincuenta viviendas, chozas de barro con tejados planos. El único edificio

de piedra es una abandonada escuela con su tejado derrumbado tras las últimas inundaciones; desde entonces la educación de los niños de Mir Hot ha finalizado. Probablemente queden sin alfabetizar como sus padres. La electricidad se contrata con un pueblo cercano y se suministra mediante una línea derivada; solo unos cuantos hogares tienen una bombilla o dos. Ninguno dispone de un televisor. Una de las viviendas tiene una pequeña tienda; aparte de esta, la agricultura proporciona el único medio de subsistencia. Los servicios del Gobierno más cercanos se encuentran a doce kilómetros en el pueblo de Badin. El hombre que actúa como jefe del pueblo posee unas diez hectáreas de tierra, la mitad las cultiva él mismo y el resto lo deja en régimen de aparcería a los habitantes del pueblo que disponen como mucho de 0,8 a 1,6 hectáreas para cultivar. Esta superficie resulta insuficiente para vivir, de forma que los *hari* están obligados a arrendar parcelas adicionales a los grandes terratenientes de la región. Los hogares más pobres en Mir Hot carecen por completo de tierra, aunque algunos retienen por lo menos el mínimo necesario de herramientas agrícolas y unas cuantas cabezas de ganado, lo que les sitúa por encima de aquellos que carecen de cualquier capital agrícola y apenas rozan las 200 rupias diarias (2 dólares) para sus familias.

La pobreza en el medio rural de Sindh está agravada por la marcadamente injusta jerarquía de la propiedad de la tierra. En la cima están los *jagirdars*, que se atribuyen muchos miles de hectáreas; tras ellos está un número mucho mayor de grandes terratenientes cuyas posesiones oscilan entre las 500 y las 1.000 hectáreas y que también forman parte de esta elite rural. Por debajo de ellos viene una larga cadena de intermediarios que llega hasta los pequeños terratenientes que distribuyen las hectáreas de tierra que trabajan los agricultores. La agricultura a lo largo de esta vasta planicie, con su clima desértico, depende del riego a gran escala mediante canales que traen hasta estas fincas el agua del Indo y de sus afluentes. Esto elevó el valor de la tierra pero la contrapartida ha sido aumentar todavía más su excesivamente desigual distribución. La elite terrateniente tiene un fuerte interés en mantener el sistema de aparcería como el eje de la economía agraria. La ley de arrendamiento que entró en vigor en 1950 recompensaba al *hari*, al trabajador agrícola, con la mitad de la cosecha que recogía; en la práctica, la parte del *hari* se queda muy por debajo de ese porcentaje, ya que la mayoría de los terratenientes no entregan más que una cuarta parte de la producción, y de ella hay que descontar los costes de las semillas, fertilizantes y tasas de agua. El contrato de aparcería reduce de hecho al agricultor a la categoría de bracero, pero, sin embargo, le hace asumir la responsabilidad de proporcionar el equipo y los animales de carga necesarios para el trabajo, y correr con el riesgo de pérdida de la cosecha, sin ofrecerle una retribución adicional por ello. Los agricultores sin tierra no tienen otra opción que ofrecerse como

aparceros a tiempo completo; los contratos conllevan un préstamo, parcialmente entregado en especie —normalmente cereales— pero que se trata como dinero en metálico que devenga interés, lo cual implica pagos onerosos. Hay un aspecto en el que los agricultores de Mir Hot son ligeramente menos vulnerables que la mayoría y es que sus viviendas no pertenecen al terrateniente. Más a menudo, la relación terrateniente-*hari* está más cerca de la servidumbre, con las relaciones económicas y de poder alcanzando al hogar, no menos importante en la forma de *droit de seigneur*.

Con este telón de fondo, ¿cuál ha sido el efecto de las repetidas inundaciones de los dos últimos años? Si a primera vista el desastre no dejó huellas visibles, ello puede deberse a que apenas era posible para la mayoría de los habitantes vivir en peores condiciones que las habituales. Como señalaba uno de ellos, «teníamos tan poco que no podíamos perder mucho». No había habido cosechas en los campos de manera que los agricultores no habían pagado mucho en costes de cultivo. Las cabañas se vieron inundadas pero no tanto como para que los habitantes tuvieran que ser evacuados; recibieron suministros de alimentos del exterior por medio de ayudas. Después de dos meses el nivel de las aguas descendió y permitió que sus exiguas pertenencias se secaran. El mayor contratiempo fue la falta de forraje para el ganado; la falta de terrenos de pasto obligó a muchos a sacrificar a sus animales. Reemplazarlos significaba adquirir nuevas deudas con el terrateniente, el único suministrador de crédito. Lo que era llamativo era el tono lacónico de los habitantes del pueblo cuando hablaban de la inundación. Para muchos el ciclón que golpeó a Mir Hot en 1999 fue un desastre mayor, ya que casi todos sus habitantes perdieron sus casas. La Agencia de Gestión de Desastres de Pakistán ya ha anunciado alarmas por inundaciones en 2012 para veintinueve distritos, doce de ellos en Sindh, que afectan a treinta millones de personas. Leyendo entre líneas los informes oficiales, está claro que un factor que contribuye a ello ha sido el pobre mantenimiento de diques, puentes, esclusas y canales debido a una combinación de recursos inadecuados y de letargo burocrático. Las autoridades provinciales de Sindh prometieron compensar a las víctimas que pudieran demostrar sus pérdidas, pero los fondos distribuidos hasta ahora han ido a parar principalmente a los terratenientes en vez de a los aparceros y trabajadores agrícolas que deberían haber sido los primeros en recibirlos.

Aun así los *jagirdars* tenían razón para sentirse amenazados por las inundaciones. Regiones enteras del Bajo Sindh sufrieron inundaciones y cientos de miles de agricultores pobres tuvieron que abandonar sus sumergidos pueblos, a menudo con poco más que algunos cacharros y ropas a cuestas. Fueron alojados en campos de emergencia levantados por las autoridades, dependientes de ONG para la alimentación y asistencia médica.

Las sólidas mansiones de los terratenientes están normalmente situadas en terrenos elevados y pocas tuvieron que ser abandonadas. Sin embargo, corrían el riesgo de perder el dominio sobre sus aparceros como consecuencia de las inundaciones; los habitantes de los campamentos se habían ido lejos del alcance de sus amos, y los *jagirdars* tenían buenas razones para temer que pudieran huir definitivamente de la servidumbre agraria. Después de las inundaciones el gran número de migrantes que aprovecharon la oportunidad para escapar hacia la economía urbana muestra que sus temores estaban bien fundados. Para minimizar el riesgo los grandes terratenientes exigieron que el gobierno provincial de Sindh cerrara prematuramente los campos. Las autoridades naturalmente aceptaron. Los *jagirdars* son los descendientes de viejas y prominentes familias que están bien relacionadas con los todopoderosos. Muchos de los miembros de la Asamblea Provincial en Sindh son *jagirdars*, y tienen mucho que decir a la hora de cubrir puestos en la burocracia, tanto altos como bajos, y en el funcionamiento cotidiano de la Administración pública. Después de que los campos fueran desmantelados, la mayoría de los aparceros regresaron a su subordinada existencia, careciendo de cualquier perspectiva alternativa. Fue volver a empezar, ahora cargados incluso de más deudas para reemplazar los pocos bienes y el ganado perdidos.

El dominio de los jagirdars

Sería una equivocación pensar que los agricultores en Sindh habían sido empobrecidos por las inundaciones. Su miseria está causada por el régimen agrario en el que a menudo han estado encerrados durante generaciones. Su sometimiento está legitimado por una cruel forma de contabilidad, administrada por los terratenientes o sus representantes, en la que las facturas, los gastos y un interés desorbitado cargado sobre las cantidades debidas se contabilizan de formas calculadas para confundir a los, en su mayoría analfabetos aparceros. Los *jagirdars* no invierten en sus propiedades para aumentar su productividad, sino que se contentan con tomar la mayor parte posible de lo que producen los aparceros; a la inversa, los *haris* saben que ellos no se beneficiarán de ningún intento por mejorar la eficiencia. El sistema de aparcería aquí no sólo es una forma de superexplotación, sino que mantiene un régimen agrario que tiene efectos dañinos en un sentido económico general. La presión política de los terratenientes sigue siendo tan poderosa como siempre, y no hay atisbos de la profunda reforma agraria que se reclama con tanta urgencia.

Pero también sería un error asumir que los *haris* aceptan pasivamente el miserable destino que les aguarda. Desde hace mucho tiempo la resistencia ha estado rugiendo en las profundidades del Sindh rural, y las tensiones sociales sin duda han aumentado durante la década pasada. Esta escalada

está alimentada por la agitación política, pero incluso más por la creciente presión de la población y el empeoramiento del ratio persona/tierra. Hace diez años, la cantidad de tierra asignada a la mayoría de las familias *haris* había caído en muchos lugares desde las habituales poco más de tres hectáreas hasta la mitad, superficie situada por debajo del umbral de lo que es económicamente viable. En consecuencia, no tienen otra opción que solicitar nuevos créditos, lo cual supone convertir lo que todavía se consideraba un contrato de aparcería en un acuerdo laboral, que lleva aparejado un proceso de coercitiva proletarización agraria acompañado por un creciente endeudamiento⁴.

Impotentes para negociar un acuerdo menos oneroso, los *haris* apenas tienen otra opción que tratar de huir de su servidumbre. Yo visité un campamento para agricultores fugitivos dirigido por una organización de derechos humanos en el Sindh rural. Estos refugios no son seguros, se sabe que los terratenientes los han asaltado para capturar a los desertores. Hablé con Dehraj, un antiguo *hari* del distrito de Sanghar que después de las inundaciones de 2011 decidió romper su relación amo-siervo. A su regreso del campo de emergencia, donde él y su familia habían pasado seis semanas, el amo le informó que su deuda había aumentado hasta las 200.000 rupias. Cuando el *hari* se negó a aceptarlo el terrateniente insistió en que la familia trabajara para él sin cobrar nada. La disputa prosiguió durante meses acabando finalmente en una ruptura que condujo a la partida de Dehraj, junto a veinticuatro miembros de su familia extensa, en un camión alquilado para la ocasión. Sabían a dónde ir, ya que la colonia de refugiados es muy conocida en el distrito, pero dos miembros de la familia, la mujer de su sobrino y un niño pequeño, quedaron cautivos en el *haveli* del terrateniente durante su partida. Dehraj y sus hermanos encontraron trabajo ocasional en una fábrica de ladrillos de la vecindad, cargándolos en camiones por unos cuantos cientos de rupias diarias. Otro residente del campo ha sido contratado como intermediario en la fábrica de ladrillos y quizá proporcione a Dehraj un adelanto, un *peshgi*, de 5.000 rupias o más. Todos los trabajadores de esta industria rural son reclutados sobre la base de un adelanto, en otras palabras, en virtud de una relación de dependencia por endeudamiento, que evita que el peón agrícola desempleado se mueva libremente y asegura que los propietarios tendrán suficiente mano de obra en la siguiente temporada. Los equipos reciben salarios tan bajos —430 rupias por producir 1.000 ladrillos diarios, vendidos por el propietario de la fábrica por 4.000— que se ven obligados a pedir nuevos préstamos. Los términos del empleo se diferencian poco del contrato que mantiene cautivo al *hari*.

⁴Sobre la dependencia por endeudamiento en la provincia de Sindh, véase K. Lieten y J. Breman, «A Pro-Poor Development Project in Rural Pakistan», en *Journal of Agrarian Change*, vol. 2, núm. 3, 2002, p. 336.

La huida de la tierra en la provincia de Sindh está cobrando un impulso cada vez mayor a causa de un sistema de producción anticuado, de un régimen agrario en el que el poder se concentra en un pequeño estrato de grandes terratenientes a los que millones de agricultores pobres están atados por relaciones de servidumbre y del crecimiento de la población. Un desastre natural que aleja temporalmente a los *haris* de sus pueblos simplemente hace que la crisis subyacente se ponga de manifiesto. Así es como hay que entender las inundaciones que han arrasado el Bajo Sindh en los dos últimos años. Cientos de miles de trabajadores agrícolas fueron reubicados en campos de emergencia, y este éxodo de sus hábitats familiares ayudó a estimular el impulso para poner fin a su servidumbre rural. Los trabajadores sociales en los campos, para los que las escenas de pobreza no resultan extrañas, se vieron profundamente impactados por el estado de miseria y privación de los *haris*, ocasionado no por las inundaciones, sino por la drástica malnutrición, las enfermedades y el agotamiento. Muchos acabarán acampados en las cunetas de Karachi, por lo menos libres de los *jagirdars*.

En la cúspide

Karachi es la sede financiera y empresarial de Pakistán y la economía de la ciudad contribuye con más de una cuarta parte al producto nacional bruto. Esto significa que hay muchos beneficios por recoger y la clase política lo hace con ganas, sin más prioridades que su propio interés. Por descontado que esto es habitual en todas partes, pero la vulgar avaricia de los grandes jefes en Pakistán es difícil de superar. Su *dolce vita* está aislada de la vista pública en las zonas estrictamente controladas de Clifton y Defence, donde pueden retirarse tras los altos muros y las infranqueables vallas de sus mansiones palaciegas para el confort de su amplia familia. Como una salvaguarda adicional, Zardari ha comprado grandes propiedades que rodean su suntuosa casa. Para los propietarios y directivos de las empresas quedan suficientes beneficios para vivir con el mismo esplendor. En el Club Sindh, exclusivo de la elite de Karachi, y por supuesto de la familia Haroun, que también posee el Dawn Media Group, se firman los acuerdos bajo las lámparas de araña como si la época colonial no hubiera acabado. En algunas ocasiones, he tenido la oportunidad de observar la vida de la elite como invitado extranjero de las fiestas que estos barones celebran entre ellos. Una típica velada tiene lugar en un precioso jardín junto a una enorme piscina, mientras se ofrece un excelente recital de música clásica bajo la luz de la luna. El músico que toca el sitar ha venido para la ocasión desde Alemania, donde está cosechando un enorme éxito. Corren los vinos franceses y se pueden tomar bebidas alcohólicas. «Del *catering* se han ocupado mis amigos de los muelles», bromea el simpático anfitrión entre risas de complicidad.

La deuda externa del país es para quedarse atónito; se sostiene principalmente gracias a las consideraciones geopolíticas de Estados Unidos. La pequeña parte de la «ayuda» que llega a los fondos del Estado no se gasta en construir una sociedad civil y menos todavía en afrontar la crisis de subsistencia que define la vida de los extremadamente pobres, que constituye un gran segmento de la población. A los ojos de la ciudadanía, la esfera política se halla en un estado de gran agitación, plagada de demostraciones de fuerza; pero entre bastidores los patronos comparten el botín. Para apropiarse de la riqueza los partidos políticos necesitan a las bandas, y estos mercenarios armados también sirven cuando el electorado da muestras de descontento. La criminalidad y la política son las dos caras de la misma falsa moneda. Aunque la criminalidad se muestra como una fuerza política propia, los partidos recurren a la violencia clandestina para ganar y consolidar su porción de poder. No se trata tanto de que el Estado pakistaní haya fracasado, sino de que está dirigido por un grupo de buitres que trafican con el poder como su feudo personal y su sociedad criminal. Es inconcebible que un régimen se ocupe menos de la nefasta situación en la que vive su pueblo. Uno empieza a entender por qué muchos de los desheredados se ven cada vez más atraídos por el oscurantismo de los talibanes. Tienen la tentación de considerarlo como un medio de escapar de lo que para ellos es un callejón sin salida.

V
LAS DINÁMICAS DE LA EXCLUSIÓN

LA EXCLUSIÓN SOCIAL EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN*

La noción de exclusión

EL PUNTO DE partida de este ensayo es el concepto de exclusión definido como la falta de acceso a la plena participación en la corriente predominante de la sociedad en términos económicos, políticos, sociales y culturales. Por lo tanto, la exclusión trasmite un sentido de negación o pérdida. El nodo de este análisis radica en la relación existente entre globalización y exclusión: ¿hasta qué punto la globalización sirve para superar —o alternativamente para agravar— las situaciones de exclusión? Para dar una respuesta coherente a esta pregunta es necesario entender ambos fenómenos dentro de una perspectiva histórica. La exclusión ciertamente no es algo nuevo y no puede relacionarse solamente con la aceleración del proceso de globalización durante el último cuarto de siglo¹. Al mismo tiempo, la estructura de desigualdad a escala trasnacional solo se puede entender analizando la trayectoria histórica de la globalización.

El estado de exclusión bajo el que vive y trabaja la gente a menudo se analiza en términos de pobreza y desigualdad. La primera dimensión se refiere a la falta de activos. Dada la falta de medios de producción como tierra u otras formas de capital por medio de los que puedan obtener ingresos, grandes segmentos de la población económicamente activa tienen que vender su trabajo para ganarse la vida. La pobreza se vuelve especialmente acuciante si (i) el precio del trabajo está cerca o incluso por debajo del nivel de reproducción y (ii) si el desempleo o el subempleo están disparados porque la oferta de mano de obra es estructuralmente mucho más elevada que la demanda. A menudo sucede que estos dos factores son interdependientes. La exclusión de los medios de producción puede conducir a la exclusión de los medios de consumo. En esos casos, la marginalidad y la vulnerabilidad toman la forma de una existencia pauperizada.

* Publicado originalmente como «Social Exclusion in the Context of Globalization», *Working Paper* núm. 18, Policy Integration Department, Ginebra, Organización Mundial del Trabajo, 2004.

¹ J. Breman, «Work and Life of the Rural Proletariat in Java's Coastal Plain», en *Modern Asian Studies*, vol. 29, núm. 1, 1995, pp.1-44.

En la exclusión hay varias dimensiones que no coinciden necesariamente. En sentido económico, la exclusión se refiere a la incapacidad para tener un empleo remunerado que produzca un ingreso suficiente para cubrir las necesidades básicas. En términos políticos, la exclusión implica una falta de acceso a las fuentes de poder y la incapacidad para participar de manera significativa en los procesos de toma de decisiones, desde el nivel doméstico en adelante. En sentido social, la exclusión equivale a la denigración, a la pérdida de respetabilidad y de dignidad ante uno mismo y ante los demás. Las discrepancias entre estas tres dimensiones proporcionan espacio para intervenciones que pueden contribuir a dar origen a la inclusión. El sufragio, el principio de una persona un voto que quedó universalizado en las sociedades del sur y sudeste de Asia después de la descolonización, aumentó la influencia política de clases sociales que en generaciones anteriores habían carecido de voz. En esa medida, la introducción de la democracia aumentó el espacio para maniobrar de los desfavorecidos, por ejemplo de los trabajadores agrícolas en India que estaban hundidos en el fondo de la economía y la sociedad rural. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que un marco democrático no es una condición suficiente para la inclusión.

Cuando las diversas dimensiones de la exclusión se refuerzan entre sí surge un modelo de exclusión acumulada que es difícil de abordar. La literatura especializada reciente ha establecido la categoría del superpobre o el ultrapobre y al hilo de esta resulta plausible identificar la subclase de los superexcluidos o ultraexcluidos. La característica de estas situaciones es que las diversas dimensiones de la vulnerabilidad se refunden en un estado de segregación o, en otras palabras, en una cierta clase de separación de la corriente dominante de la sociedad que también tiene una connotación espacial.

La pobreza no es necesariamente idéntica a la exclusión. La gente puede sufrir privaciones, pero si no está en posición de relacionar sus propias circunstancias con las condiciones en las que vive otra gente, no hay ninguna razón para que se sienta excluida. La globalización como proceso ha contribuido sin duda a ampliar y aumentar los horizontes y las aspiraciones sociales. Los nuevos medios de comunicación hacen más fácil que la gente relacione la calidad (inferior) de su propia vida con los estándares (superiores) que disfrutaban otros, ya sea cerca o lejos. Por ello, la penuria relativa tiene enorme importancia en la definición de la exclusión. Del mismo modo, la desigualdad no es una condición suficiente para verse atrapado en una situación de exclusión. Desde luego los sistemas sociales en los que la jerarquía es el principio organizador se caracterizan por una sesgada distribución de la propiedad, del poder y del prestigio. ¿Pero puede considerarse automáticamente que los grupos situados en el fondo de la pirámide de esas sociedades se hallan excluidos? En las primeras publicaciones sobre el

orden de castas en el sur de Asia, la postura convencional era definir semejantes categorías en términos de exclusión: los parias, todos aquellos que viven en condiciones intolerables, etc. Sin embargo, en términos sociológicos estas categorías estaban mucho más incluidas, ya que para conservar su pureza las castas superiores necesitaban de su presencia y de los servicios económicos que estas realizaban.

El significado de la exclusión es carecer de valor, no tener un papel constructivo que desempeñar en términos económicos o no económicos, estar en situación de exceso frente a la demanda. Por otro lado, los sistemas sociales basados en la norma de la igualdad no toleran fácilmente la exclusión. Si por alguna razón imprevista la gente deja de estar incluida, la reacción habitual es facilitar su regreso al redil de los incluidos. En el mundo en general, y esto también está relacionado con el proceso de globalización, parece que la tendencia se desplaza de la exclusión hacia la inclusión, y si ello no sucede en la práctica al menos tal desplazamiento se afirma como ideal social que merece un apoyo universal. La exclusión, entendida como la negación del derecho a tener acceso a la inclusión, parece haber perdido la legitimidad que pudo tener en otros momentos.

La yuxtaposición de la exclusión y la inclusión dificulta la comprensión de una y otra. Como en todas las variaciones sobre el concepto de dualismo, centrarse en los contrastes nos ayuda a entender que en la vida real la esencia es lo que se encuentra entremedias de ambas. Sería de ayuda considerar la división exclusión/inclusión no como una polaridad fija sino como un continuo, como una escala móvil que está sometida a cambios en el tiempo. También es necesario añadir aquí que la conciencia de la exclusión, o por la misma razón de la inclusión, es dinámica, no estática. Las preguntas que surgen no son solo la exclusión de qué y por quién, sino también desde cuándo. Finalmente, tan importante como la percepción de la exclusión por aquellos que están excluidos, es la percepción de la exclusión por parte de quienes están incluidos. ¿Cuáles son los argumentos explícitos e implícitos para mantener invisible a la parte excluida de la humanidad?

La globalización y la promesa de la inclusión

Una reevaluación crítica

El trascendental trabajo de Immanuel Wallerstein sobre la aparición del sistema-mundo aborda muchas de las parcialidades de la interpretación de la globalización como un fenómeno reciente². Sin embargo, a pesar de toda su crítica, este sociólogo parece estar de acuerdo con que la senda de desarrollo seguida por el Tercer Mundo es esencialmente una repetición del proceso

² Immanuel Wallerstein, «Globalization or the Age of Transition: A Long-term View of the Trajectory of the World System», en *International Sociology*, vol. 15, núm. 2, 2000, pp. 249-265.

de transformación que se produjo en las sociedades del Atlántico durante el siglo XIX y primera mitad del XX. Su análisis sugiere una transición en las últimas décadas desde las economías agrario-rurales a las economías industrial-urbanas. Su escepticismo se refiere principalmente a la sostenibilidad a escala global del modo de producción capitalista

Su punto de partida es la liberación de cantidades crecientes de mano de obra de su cautividad en la agricultura y su posterior entrada en otros sectores económicos. Wallerstein habla de desruralización cuando hace referencia a esta tendencia en curso que, especialmente en los últimos cincuenta años, ha cambiado espectacularmente la anterior composición de la economía global. Una parte mucho mayor de la humanidad, también fuera del ya muy desarrollado Primer Mundo, ha sido expulsada del sector primario de la producción³. En mi opinión no debería entenderse que el cambio que se ha producido suponga básicamente una repetición del mismo proceso de reestructuración urbano-industrial que se produjo, en una época anterior, en la cuenca del Atlántico Norte.

El éxodo desde la economía rural en el Tercer Mundo no significa que las crecientes cantidades de migrantes estén logrando establecerse en localizaciones urbanas. Aunque las grandes ciudades han crecido más rápidamente que nunca, si atendemos al mero tamaño de la población, conviene no olvidar que existen grandes contingentes que siguen moviéndose entre la ciudad y el campo, así como entre diferentes sectores económicos. Estos modelos de circulación de la fuerza de trabajo son independientes de la distancia, vinculando algunas veces el lugar de origen y destino dentro de un solo país, o extendiéndose en otros casos entre fronteras continentales. El flujo incesante y la perpetua rotación se relacionan con regímenes de empleo marcados o bien por el trabajo por cuenta propia o por el trabajo asalariado, en este último caso basado más a menudo en contratos ocasionales que regulares. La necesidad de un comportamiento muy flexible del mercado de trabajo coincide con el pago por tareas que requieren poca o ninguna cualificación y escolarización. Estas son, en resumen, las condiciones que caracterizan a un amplio abanico de actividades en el sector informal de la economía.

La optimista afirmación que hace Wallerstein es que el hecho de acostumbrarse a este trabajo no agrario, al margen de su demanda variable que produce periodos de desempleo, finalmente conduce a un nivel salarial más elevado. Para los trabajadores que participan en este modo de existencia, la experiencia así adquirida proporciona un punto de partida para su posterior paso al sector formal de la economía.

³ *Ibid.*, pp. 261-262.

Incluso donde hay grandes cantidades de personas que están técnicamente desempleadas y que obtienen sus ingresos, como así sucede, de la economía informal, las alternativas reales existentes para los trabajadores que se encuentran en los *barrios* y *favelas* del sistema-mundo son tales que están en posición de exigir niveles salariales razonables para entrar en la economía asalariada formal⁴.

¿Es pertinente esta conclusión en lo que respecta a la mano de obra que se ha vuelto móvil en las poblaciones y zonas rurales de la región de India sobre la que se ha centrado crecientemente mi trabajo de campo en estos años?

Mi respuesta negativa está extensamente documentada en *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*⁵. Aunque los ingresos de los trabajadores del sector informal fuera de la agricultura tienden, de hecho, a ser algo mayores que los salarios de los trabajadores agrícolas, una clara mayoría de los hogares afectados todavía tiene que sobrevivir con un ingreso diario per cápita inferior a un dólar estadounidense. Esto significa que la gente que depende del empleo informal está, en la mayoría de los casos, firmemente atrapada por debajo del umbral de pobreza. De acuerdo con una definición algo más benévola de la privación que tome en consideración no solo la subsistencia básica sino también el coste, por ejemplo, de la vivienda, de la atención médica, de la educación y de un mínimo de esparcimiento, este nivel está establecido en unos ingresos mínimos de dos dólares per cápita diarios, no ocasionales sino regulares. Una existencia «cómoda» como esta es bastante excepcional fuera del ámbito del sector formal.

El «descubrimiento» del sector informal en la economía urbana a comienzos de la década de 1970 vino acompañado de la suposición de que esta zona funcionaba como una sala de espera en la que el ejército de migrantes originarios de las zonas del interior podía adaptarse a su nuevo hábitat antes de abrirse camino hasta el sector formal, donde encontraría empleos más cualificados, mejor pagados, más seguros y más protegidos. Sobre la base de mis repetidas investigaciones empíricas y locales, tanto en India como en Indonesia, llego a la conclusión de que los casos de semejante trayectoria social ascendente resultan difíciles de encontrar.

Una serie de informes encargados principalmente por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en las décadas de 1970 y 1980 llamaron la atención sobre lo que se denominó el problema del sector informal. En ellos se sugería tomar medidas y aprobar disposiciones legales para mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores pobres en los países del Tercer Mundo. Tipos de análisis semejantes así como los planes

⁴ *Ibid.*, p. 262.

⁵ J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

de intervención que los acompañan todavía se siguen escribiendo. Sin embargo, esta estrategia benigna ha sido gradualmente reemplazada por la opinión de que los mercados de trabajo en los países pobres necesitan más –y no menos– flexibilización, tesis que ha servido para sugerir que el considerado inequitativo e injusto privilegio de trabajar en el sector formal de la economía debería ser abolido. La protección de una pequeña pero poderosa vanguardia de la fuerza de trabajo debería acabar y –para estimular el crecimiento del empleo se urge a los gobiernos para que faciliten el libre juego de las fuerzas del mercado. De acuerdo con la misma línea de razonamiento, no hay espacio para introducir planes de provisión social promovidos por el Estado.

Estas eran las recomendaciones que hacía el Banco Mundial en un importante documento de 1995 de políticas aplicables por los Gobiernos⁶. Ya he analizado el contenido y las recomendaciones del *World Development Report 1995* en un artículo crítico⁷. Un argumento similar, que mantiene que el sector informal es la solución en vez del problema, sostiene que lo que parece pobreza –definida como la falta de propiedad– en un análisis más detallado es una interpretación errónea de lo que es la formación de capital que, en la práctica, se produce a una escala impresionante en el sector informal de la economía. Por mi parte disiento totalmente de esta valoración que es parcialmente exagerada y parcialmente engañosa⁸.

Regreso ahora al análisis de Wallerstein, que parte de la premisa de que el capitalismo mundial está en un acuciante, e incluso terminal, estado de crisis. La expansión en curso de este modo de producción –de acuerdo con este sociólogo– está frustrada por la reversión económica causada por una importante caída de los márgenes de beneficio. La presión resultante implica una restricción de la acumulación de capital que siempre ha sido el principio organizador del capitalismo. Las inversiones necesarias para ampliar y profundizar los mercados se están agotando. El primero de los tres factores responsables de este giro económico ya se ha mencionado: el aumento de los salarios en todo el mundo hace imposible que el capital se «fugue» a regiones todavía «subdesarrolladas» donde el coste del trabajo es mucho menor. Los empresarios capitalistas ya no pueden seguir con su comprobada estrategia de continua recolocación de la producción, sino que tienen que afrontar directamente las demandas de ingresos más razonables que hacen los trabajadores del sector informal. Las zonas de captación

⁶ World Bank, *World Development Report, 1995: Workers in an Integrating World*, Washington, Banco Mundial y Oxford, Oxford University Press, 1995.

⁷ J. Breman, «Labour Get Lost: A Late-capitalist Manifesto», en *Economic and Political Weekly*, vol. 30, núm. 37, 1995, pp. 2294-2299.

⁸ J. Breman, «A Question of Poverty», discurso de despedida en el Institute of Social Studies, La Haya, 25 de octubre de 2001.

de reservas de trabajo en la periferia globalizada, que hasta ahora parecían inagotables, han sido incorporadas finalmente a la economía de mercado y, después de atravesar una fase de desarraigo social y desconcierto político, han conseguido fortalecer finalmente su posición negociadora frente al capital y ejercer así una presión al alza sobre los niveles salariales. Desde el punto de vista de los intereses del trabajo, esto es una afirmación verdaderamente optimista que encuentro difícil de conciliar con la sostenida pobreza de los estratos inferiores en la India rural y urbana. En menor grado todavía he visto a esta gente incorporarse a la económica salarial formal, como sugiere Wallerstein⁹.

¿Muestran los niveles de beneficio del capital una tendencia decreciente debido a los otros dos factores que él analiza? Estos se refieren, por una parte, a la creciente incapacidad de las empresas privadas para no incluir en sus costes operativos la eliminación de los residuos y la limpieza del medio ambiente y, por otra, al aumento de los impuestos para financiar el gasto público. Para empezar, la aparición del movimiento ecologista, que constituye la primera fuente de presión, implicaría que en nuestros días las propias empresas tienen que soportar los costes de purificación de la tierra, del agua y del aire. En las zonas de mi investigación en el sur y sudeste de Asia, es extremadamente difícil de percibir un cambio tan decisivo de la contabilidad privada. La estrategia de la libre empresa de externalizar los costes de la contaminación parece, por ahora, proseguir sin descanso. La reluctancia del Estado medio del Tercer Mundo a emprender una acción enérgica contra la degradación medioambiental señala, en mi opinión, la naturaleza cruda e incontrolada del capitalismo en la periferia global. En esas extensas partes del mundo, las organizaciones de consumidores y otros organismos no gubernamentales, han creado mucho menos espacio para ejercer la presión pública que en las prósperas zonas centrales del capitalismo en las que Wallerstein parece apoyar su juicio.

Otra fuente de presión se encuentra en la constante intensificación de los impuestos. El capital está sometido a la demanda de seguridad pública y, además, ya no está en posición de negar descaradamente las reivindicaciones populares sobre educación, atención sanitaria y seguridad a lo largo de la vida. A juicio de Wallerstein, el impulso para hacer estas concesiones proviene de la necesidad de legitimar la acción del Estado frente a los hasta ahora segmentos desfavorecidos de la población y la simultánea comprensión entre los más acomodados de que semejantes gestos son inevitables por el bien de una mayor estabilidad política¹⁰. De nuevo, en el transcurso de mi investigación empírica en India Occidental durante las cuatro últimas

⁹ I. Wallerstein, «Globalization or the Age of Transition», cit., pp. 261-262.

¹⁰ *Ibid.*, p. 263.

décadas no he encontrado temor alguno, ni entre los políticos ni entre la burguesía, a que el estrato social menos privilegiado plantee una amenaza seria para la ley y el orden. Dejando de lado su reputación como *les classes dangereuses*, ganada en un escenario completamente diferente, el menosprecio de los trabajadores pobres*, que es la actitud social predominante, no está matizada por la idea de que en los grupos más desfavorecidos anide oculto un potencial contrapoder a la espera de ser movilizado contra la intolerable explotación y exclusión reinantes.

Tampoco hay ninguna señal de un creciente apoyo a favor de un sistema fiscal más riguroso, o de un cambio en el equilibrio de poder que conduzca a una distribución más equitativa de la riqueza. La intensificación de la recaudación tributaria por el Estado no significa que los más adinerados se encuentren bajo una mayor vigilancia por lo que concierne a su espacio para producir y consumir. En realidad, su capacidad para maximizar sus intereses privados ha aumentado. Para las masas del vasto subcontinente de Asia meridional puede sostenerse lo contrario, ya que los Estados en cuestión ni son capaces ni están dispuestos a apropiarse de una parte razonable del valor añadido al capital en el proceso de producción, ni siquiera de ejercer un control adecuado sobre las maneras en que se gasta el capital. En consecuencia, no se introducen redes sociales de seguridad que pudieran ayudar a minimizar la vulnerabilidad de los pobres y el gasto en vivienda pública, educación y asistencia sanitaria es mucho menor de lo que mínimamente se requeriría para mejorar sustancialmente los niveles de vida de los trabajadores del sector informal.

Mi conclusión es que la contracción del capital en la economía global, que Wallerstein traduce como un marcado descenso de las tasas de beneficio, no se ha estado produciendo en el escenario de mis investigaciones sociológicas de los últimos cuarenta años en India. Tampoco he encontrado evidencias de estancamiento en la acumulación de capital. En mi opinión, sería más fácil sostener la tesis contraria, es decir, la aceleración de la formación de capital que queda fuera del alcance de la gobernanza nacional o transnacional. El capital se ha vuelto considerablemente más volátil entre países y continentes, pero las maneras en que se mueve no han ido acompañadas de un mayor control o siquiera transparencia. Por poner un ejemplo, hay una grave escasez de información sobre la magnitud de las transferencias privadas hacia muchas regiones de Asia y a la inversa desde esas regiones hacia otras partes del mundo.

La liberación del capital de la regulación pública va en paralelo con una concentración de los beneficios, lo que da lugar a un progresivo desequilibrio entre los que tienen y los que no tienen. Yo rechazaría la sugerencia de

* Se trata de aquellos trabajadores (*labouring poors*) que a pesar de estar insertos en el mercado de trabajo siguen siendo pobres y permanecen anclados en la pobreza [N. del T.]

que mis conclusiones carezcan de validez fuera de los lugares que han constituido mi campo de trabajo en Indonesia e India. Realmente Wallerstein es muy consciente de que la tendencia hacia la polarización realmente no se ha detenido. El historial de los regímenes «posrevolucionarios» es que no han sido capaces de reducir significativamente la polarización a escala mundial o en el interior de los distintos países, ni tampoco de establecer una sólida igualdad política en estos últimos. Estos regímenes han realizado sin duda muchas reformas, pero prometieron mucho más que reformas, y dado que el sistema-mundo ha seguido siendo una economía-mundo capitalista, los regímenes periféricos y semiperiféricos han sido estructuralmente incapaces de «alcanzar» a los países ricos¹¹.

A la vista de esta inequívoca declaración, su predicción de una crisis terminal es todavía más sorprendente. Sin rechazar la idea como tal, me gustaría darla un significado distinto al que él ha propuesto. Mi percepción es que la verdadera crisis del capitalismo mundial parece ser la tenaz y pernicioso falta de voluntad para permitir que una parte muy importante de la humanidad tenga derecho, como productores y consumidores, a una plena y auténtica participación en el régimen de la actividad capitalista. La formalización del trabajo, en el sentido de salarios más elevados, protección laboral y seguridad social, todos ellos ingredientes esenciales de un estilo de vida más digno, sigue estando ausente. El resultado inevitable es que la tan necesitada mejora de la capacidad negociadora de los trabajadores pobres, que es una condición previa para una expansión estructural, no coyuntural, del mercado, no se ha hecho realidad.

Esta es una observación incómoda por mi parte que, además, no cuadra fácilmente con la idea de que el capitalismo, más que cualquier otro modo de producción, está basado en la lógica de la racionalidad. ¿Son realmente compatibles a largo plazo la prosperidad y la democracia para una minoría de la población mundial con la exclusión del acceso a estos «bienes» de la mayor parte de la humanidad, condenada a vivir en la extrema pobreza y subordinación? En un exhaustivo análisis sociohistórico, Abram de Swaan ha profundizado en las razones y en los criterios con los que las elites nacionales de la cuenca del Atlántico Norte decidieron finalmente admitir a los trabajadores pobres en la corriente dominante de la sociedad. Al final de su tratado advierte que los procesos de colectivización y civilización que dieron forma a esta transformación social, por una diversidad de razones pero en gran medida también por el reducido papel desempeñado por el Gobierno, no pueden repetirse a escala global a base de un proceso similar¹².

¹¹ *Ibid.*, p. 265.

¹² Abram de Swaan, *In Care of the State: Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*, Cambridge, Polity Press, 1988, p. 257

Wallerstein tiene toda la razón al señalar que en todo el mundo la gente está retirando de los Estados el papel de ocuparse de su propia seguridad¹³. Mi opinión es que esta tendencia a no delegar el derecho a ejercer la violencia tiene más que ver con intenciones ofensivas que defensivas. En otras palabras, semejante inclinación podría encontrar su inspiración no en el miedo al comportamiento turbulento de los mas desfavorecidos, sino por el contrario en la determinación de la elite para recurrir finalmente a la brutalidad sin paliativos para consolidar sus ganancias individuales o colectivas, e incluso para ampliar más la brecha existente no dando sino quitando a los pobres. Después de todo, una tendencia esencial del proceso de globalización no es el alivio de la miseria de los escalones inferiores de las sociedades, sino el enriquecimiento progresivo de los superiores.

No estoy de acuerdo con la afirmación de Wallerstein sobre una crisis terminal del sistema capitalista mundial. En realidad, podemos concluir que se está produciendo una crisis, pero la que yo percibo no tiene demasiado que ver con tasas de beneficio decrecientes de las empresas, sino con la indecisión del capitalismo a la hora de dotar de mayor profundidad a los mercados para así aumentar la capacidad adquisitiva de la parte de la humanidad que vive en la pobreza y de este modo contribuir a poner fin a su estado de exclusión tanto de los circuitos de producción como de consumo.

El colonialismo como desarrollo fracasado

Desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XX, el colonialismo mantuvo a una gran parte de la población de los territorios conquistados cautiva de un modo de producción agrario-rural que siguió siendo de naturaleza mayormente no capitalista. En términos más generales, podría sostenerse que la economía global, como surgió en la era colonial, se estructuró en términos de una rigurosa y creciente desigualdad. Mientras que en el Occidente industrializado y urbanizado la forma jerárquica de la sociedad perdió la legitimidad con la decadencia del orden agrario-rural tradicional, el colonialismo fue la expresión de nuevos modelos de desigualdad a escala trasnacional fundados en principios de discriminación y racismo. El sociólogo indio André Béteille llamó la atención sobre la paradoja de que las sociedades occidentales estaban adquiriendo un nuevo y exhaustivo compromiso con la igualdad precisamente en el momento histórico en que también desarrollaban, en su forma más acabada y completa, la teoría y la práctica del imperialismo¹⁴.

Debido al crecimiento de la población, y como resultado de las políticas coloniales, una enorme masa de trabajadores rurales propietarios de muy

¹³ I. Wallerstein, «Globalization or the Age of Transition», cit., p. 265.

¹⁴ A. Béteille, *The Idea of Natural Inequality and Other Essays*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983.

poca o de ninguna tierra quedó colapsada en el fondo de las economías asiáticas. En los países del sur y sudeste de Asia, que son el tema de mi ensayo, las masas sin tierra oscilaban entre poco menos de una quinta parte y poco más de un tercio de la población rural total. ¿La última etapa de la política colonial provocó una mayor concentración en el segmento inferior de la jerarquía agraria? Está claro que el gradual aumento de la densidad de población, que se hizo evidente a finales del siglo XIX y que continuó durante la primera mitad del siglo XX, tuvo una influencia directa en el tamaño decreciente de las empresas campesinas. Más difícil es establecer si se produjo un desplome masivo en la jerarquía agraria con numerosos propietarios de tierra degradados primero a arrendatarios y luego a trabajadores sin tierra.

Durante el último siglo y medio de dominio colonial, la variedad de las fuentes de empleo en la economía rural probablemente aumentó muy poco o incluso disminuyó. Esto último parece que sucedió particularmente en las regiones del sur de Asia donde, de acuerdo con la tesis de la desindustrialización (la pérdida de la producción artesanal organizada como industria en el hogar), la presión sobre el empleo en el sector agrícola aumentó todavía más. En cualquier caso, la tendencia inversa mostró poco o ningún progreso y hubo pocas señales de avance del tipo de capitalismo industrial que había absorbido al proletariado excedente expulsado de la economía rural europea. En la medida en que se establecieron nuevas industrias en las metrópolis coloniales de Asia, el trabajo rural fue solo admitido de acuerdo con un criterio parcial y condicionado: los miembros no trabajadores de la familia tenían que permanecer en el pueblo y a los propios trabajadores solo se les toleraba en el entorno urbano durante la duración de su vida laboral. Esto también se aplicaba a la multitud de gentes sin tierra que fueron reclutadas como *coolies* para las minas y las plantaciones en las regiones del interior de Asia y que incluso fueron embarcadas a ultramar. Una vez que la duración del contrato había expirado, a la mayoría se les devolvía a su casa o a un destino que se tomaba por tal¹⁵.

La enorme presión ejercida sobre el segmento inferior de la economía agraria no puede haber pasado desapercibida para las autoridades coloniales. En general, sin embargo, se hicieron pocos esfuerzos por redistribuir la propiedad de la tierra para así liberar a la producción campesina de su perpetuo estancamiento. Una excepción a esta política de no intervención fue la introducción, no de un máximo, sino de un mínimo de acceso a la propiedad agraria en una región de Java justo antes de la década de 1920. A tenor de esa reforma, los pequeños propietarios perdieron sus tierras que fueron incorporadas a las que estaban en manos de los habitantes del

¹⁵ J. Breman, «Labour Migration and Rural Transformation in Colonial Asia», en *Comparative Asian Studies*, 5, Ámsterdam, Free University Press, 1990.

pueblo con mejores equipos. El objetivo declarado de este experimento era fortalecer la posición del campesinado consolidado. La opinión oficial consideraba que la incorporación de los propietarios marginales a la clase de los sin tierra haría que aquellos que habían perdido totalmente los medios de producción se volvieran más adaptables al mercado de trabajo. En todo caso, se afirmaba que, dado que su minúscula parcela de terreno era inadecuada para su subsistencia, la medida se tomaba en su propio bien¹⁶. Así pues, la opinión de las autoridades coloniales parecía coincidir con la sugerencia, efectuada entre otros por Kautsky, de que la suerte de los campesinos pobres que practicaban una agricultura de subsistencia era realmente peor que la de los trabajadores asalariados libres¹⁷. Ese supuesto, aparentemente verosímil, no se confirma en mi propia investigación basada en el trabajo de campo realizado en zonas rurales de India Occidental y Java. Por el contrario, mis hallazgos muestran que los propietarios de una pequeña parcela de tierra están en mejor posición que los hogares que carecen de ella cuando emigran del pueblo y abandonan la agricultura para buscar un empleo y un ingreso adicional en otra parte.

Una investigación sobre la situación en Asia durante la última época colonial sugiere que fue la combinación del cambio económico y demográfico, en especial, lo que condujo a la progresiva pérdida de la propiedad de la tierra. Dicho de otro modo, la propiedad de la tierra en los pueblos continuó estando concentrada principalmente en una clase superior verdaderamente pequeña y una creciente proporción de la población agraria no tenía otro acceso a ella sino como arrendatarios o aparceros. La clase de los sin tierra aumentó todavía más. Es difícil tener estadísticas adecuadas y verosímiles para apoyar este cambio cuantitativo de la estructura de clase de la población agraria. En la práctica, además, es problemático diferenciar entre la clase de los pequeños propietarios y la de los trabajadores agrícolas. Con respecto a estos últimos, Daniel Thorner señalaba en su conocido análisis de la estructura agraria en India a mediados del siglo XX, que las familias pertenecientes a esta clase podían realmente tener derechos de arrendamiento o incluso de propiedad de la tierra, pero las parcelas eran tan pequeñas que los ingresos obtenidos por cultivarlas o arrendarlas eran inferiores a sus ganancias como trabajadores agrícolas¹⁸. Su observación muestra claramente que para entender el proceso de (pseudo)proletarización en el Asia rural es necesario no realizar una marcada división entre los trabajadores rurales propietarios de muy poca tierra y los trabajadores sin tierra, y optar por considerarlos

¹⁶ J. Breman, *Control of Land and Labour in Colonial Java: A Case Study of Agrarian Crisis and Reform in the Region of Cirebon during the First Decades of the Twentieth Century*, Dordrecht, Foris, 1983, pp. 39-71.

¹⁷ Karl Kautsky, *On the Agrarian Question* (1899); reeditado como *The Agrarian Question*, Zwan Publications, Londres, 1988.

¹⁸ Daniel Thorner, *The Agrarian Prospect in India*, Bombay, Allied Publishers, 1976.

extensiones recíprocas. En realidad, en las densamente pobladas regiones de producción agrícola al final del dominio colonial ambos grupos constituían entre la mitad y dos tercios de la mano de obra rural. No debe permitirse que las especulaciones sobre el cambio cuantitativo en la estratificación agraria bajo el dominio colonial, con todas las incertidumbres que las acompañan, desvíen la atención del cambio cualitativo que se produjo en las relaciones sociales de producción. En otras palabras, al final del dominio colonial, la vida del trabajador agrícola había quedado modelada sobre nuevos ejes. Ese cambio, y la creciente naturaleza capitalista de la economía rural en la era poscolonial, tuvieron importantes repercusiones.

La transición a un régimen capitalista

Las políticas de desarrollo rural adoptadas a mediados del siglo XX después de la independencia se caracterizaron por una creciente tendencia hacia el capitalismo en la agricultura. Un ejemplo de ello es la muy debatida Revolución verde que cobró impulso hacia finales de la década de 1960 y que supuso la sistemática introducción de un programa de modernización que incluía la utilización de variedades de semillas de alto rendimiento, fertilizantes y pesticidas, créditos, nuevas tecnologías, servicios de extensión agraria y una mejor gestión del agua. En contraste con el este de Asia, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en India la transformación no vino precedida por una drástica redistribución de los recursos agrarios. Los grandes latifundios que todavía existían fueron abolidos y se reformaron las relaciones de arrendamiento con el objetivo de promover el carácter capitalista de una clase bien establecida de propietarios-cultivadores, normalmente miembros de las castas locales dominantes. Como describen una larga serie de analistas, esta clase en especial fue la encargada de aumentar la producción y la productividad¹⁹. No sorprende que estos análisis también señalen que el cambio acaecido en el equilibrio de poder rural, que acompañó a la estrategia de desarrollo, provocó un mayor deterioro en la situación de vulnerabilidad de los aparceros y trabajadores agrícolas. Myrdal no veía otra solución para el punto muerto de la situación agraria, que en su opinión caracterizaba el drama asiático, que una forma restringida de capitalismo rural. Su idea era

dar una pequeña parcela de tierra —y con ella una dignidad y una nueva perspectiva de la vida, así como una fuente secundaria e independiente

¹⁹ Por mencionar solo unos cuantos: T. J. Byres, «The New Technology, Class Formation and Class Action in the Indian Countryside», en J. Breman y S. Mundle (eds.), *Rural Transformation in Asia*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1991, pp. 3-76; G. Myrdal, *Asian Drama. An Enquiry into the Poverty of Nations* (3 vols.), Nueva York, Pantheon, 1968; W. F. Wertheim, «Betting on the Strong», en *East-West Parallels. Sociological Approaches to Modern Java*, La Haya, W. van Hoeve, 1964, pp. 259-277.

de ingresos— a los miembros del estrato inferior de los sin tierra. Incluso en los países más densamente poblados de la región sería posible dar a este grupo por lo menos pequeñas parcelas que ahora están sin cultivar. En algunos casos, la tierra está disponible para ellos en la vecindad de las propiedades existentes. El modelo existente de parcelas cultivadas no necesita ser gravemente perturbado y en algunos lugares no habría que perturbarlo en absoluto²⁰.

Como sabemos ahora, pocas o ninguna de estas modestas recomendaciones se han llevado a la práctica. Los recursos que se mantenían en común, en la medida en que todavía existían, fueron rápidamente privatizados y normalmente pasaron a manos de la elite propietaria de la tierra. En Indonesia, cuando aumentó la presión a favor de que se aplicara la nueva Ley Agraria finalmente se adoptó en 1960, como consecuencia del clima político de populismo de los años previos, el golpe militar de 1965 puso fin a los esfuerzos iniciados desde abajo para introducir alguna mejora estructural en la posición de los trabajadores agrícolas pobres y de los campesinos sin tierra, que incluían a la mayoría de la gente que vivía en las zonas rurales de Java²¹.

Mi conclusión es que la política de desarrollo agrícola en clave capitalista llevada a cabo en la era poscolonial ha exacerbado aún más la vulnerabilidad de la vida del segmento más pobre de la economía rural. Aunque los sombríos informes iniciales sobre una masiva expulsión de mano de obra como resultado de la introducción de los métodos de cultivo racionalizados y mecanizados se demostraron falsos, el aumento del empleo agrícola como un efecto neto de la Revolución verde no ha estado a la altura del crecimiento de la población rural asiática. El *World Labour Report*, publicado anualmente por la OIT, muestra que el autoempleo en la agricultura está dejando paso, gradual pero de forma sostenida, al trabajo asalariado. Sería prematuro explicar esta tendencia simplemente como señal de una progresiva proletarización. La sustitución del trabajo por cuenta propia o del trabajo familiar por trabajadores contratados también se debe a la aparición de un estilo de vida diferente que provoca que incluso propietarios medianos prefieran ejercer la supervisión sobre el trabajo agrícola para el que se contrata ayuda exterior. Esta tendencia ha sido un factor que ha contribuido a la creación de un mercado de trabajo rural en el sentido capitalista.

La continua y abyecta pobreza de la gran mayoría de los sin tierra se debe al hecho de que la oferta de mano de obra excede en mucho a la demanda. El escenario diseñado por los políticos nacionales tras la independencia anticipaba el flujo hacia la economía urbana del proletariado

²⁰ G. Myrdal, *Asian Drama*, cit., vol. II, p. 1382.

²¹ J. Breman, *Control of Land and Labour in Colonial Java*, cit.

excedente para su incorporación al ejército de trabajadores industriales. Sin embargo, en las antiguas colonias de Asia la expansión de la industria a gran escala ha sido mucho más lenta y, sobre todo, mucho menos intensiva en trabajo de lo que se había planeado. Por ello, las oportunidades para escapar hacia las ciudades son limitadas, como se señala más adelante, mientras que tampoco la emigración al extranjero es una opción realista. La gente está realmente dispuesta a abandonar su país natal, pero para el excedente rural asiático no hay ningún Nuevo Mundo donde poder establecerse, tal y como sucedió un siglo antes con las masas proletarizadas europeas. En nuestros días, los migrantes potenciales llevan la etiqueta de «refugiados económicos», un término cuyas fuertes connotaciones negativas señalan que este lastre de las economías nacionales no es bienvenido en ningún otro lugar del mundo. Mis conclusiones finales son, en primer lugar, que el proletariado rural de Asia surgió de la era colonial como una clase de un tamaño mucho mayor que su equivalente en la Europa rural, cuando la agricultura todavía constituía la fuente de empleo más importante; y en segundo lugar, que la lenta trayectoria seguida desde mediados del siglo XX por el proceso de industrialización, en combinación con un crecimiento de la población que solo recientemente ha empezado a declinar, ha intensificado de modo drástico la presión sobre la vida en el extremo inferior de la economía rural.

Sin embargo, sería incorrecto deducir de los cambios señalados que la naturaleza de la existencia de los campesinos sin tierra significa realmente una continuación del régimen laboral que empezó a tomar forma en las últimas fases del dominio colonial. Las dinámicas capitalistas adquirieron posteriormente una importancia dominante en el campo, provocando drásticos cambios en las relaciones sociales de producción. La transformación se deriva de tres procesos interconectados. El primero es la diversificación de la economía rural. La agricultura ha perdido gran parte de su importancia en el modelo de empleo de las zonas rurales debido a la creciente demanda de trabajo en otros sectores, como la agroindustria, las obras de infraestructuras (carreteras, canales, viviendas y otras actividades de la construcción), el comercio, el transporte y todas las ramas del sector servicios. Lógicamente, esta diversificación no se ha producido en el mismo grado en todas partes, pero la tendencia en esa dirección es inequívoca. Algunas veces este es el último recurso para encontrar un empleo, pretendiendo remediar la creciente subutilización del trabajo en la agricultura. Sin embargo, el efecto estimulante del crecimiento real de la producción rural en otras ramas de la economía tiene mayor importancia que la desesperada huida de la agricultura. En los pueblos de India Occidental donde realicé mi trabajo de campo, estas dinámicas han tenido como resultado que la mayoría de los sin tierra ya no pueden ser clasificados como trabajadores agrícolas.

En estas localidades, así como en el estado de Gujarat en general, trabajar en el campo ya no es la fuente de empleo y de ingresos predominante para los sin tierra. El trabajo en el extremo inferior de la economía rural se caracteriza por una multiplicidad ocupacional. De ser un proletariado agrario esta clase se ha remodelado a sí misma en un proletariado rural más general.

La diversificación económica ha ido acompañada por la movilización a gran escala de la mano de obra. Trabajar fuera de la agricultura normalmente significa también trabajar fuera de la aldea. Aunque el desplazamiento hacia pueblos y ciudades se ha vuelto mucho mayor que en el pasado, la mayoría de los migrantes tienen pocas oportunidades de establecerse en ellos y se acumulan en el sector informal que es la mayor reserva de empleo en la economía urbana. El sector formal apenas ha mostrado expansión alguna y absorbe poco o nada del trabajo sin cualificar que continúa llegando desde las zonas rurales del interior. El sector informal no es una zona de tránsito hacia una vida urbana estable y mejor, sino que funciona como una morada temporal para la mano de obra cuya demanda fluctúa enormemente y que cuando ya no se necesita es devuelta a su lugar de origen. La cadena migratoria no se define por la partida y la llegada, por una forma que subraya la división entre dos circuitos económicos separados, sino por un continuo ir y venir de transeúntes que parece describir no la ruptura sino el vínculo entre los mercados de trabajo rural y urbano. No hay falta de voluntad por parte de esta fuerza de trabajo circulante para entrar sin condiciones en un modo de vida industrial, como E. P. Thompson parece sugerir, al menos en la fase inicial²². Se trata mucho más de una cuestión de pura impotencia causada por la falta de espacio físico y económico, que impide que el ejército de recién llegados se establezca como urbanita permanente y se abra camino para convertirse en mano de obra a tiempo completo en vez de ser fuerza de trabajo industrial incidental y flotante.

La mano de obra no solo circula durante periodos más o menos largos entre las aldeas y los pueblos. También lo hace, y a menudo en cantidades mucho mayores, dentro del entorno rural en busca de trabajo ya sea dentro o fuera de la agricultura. He dedicado varias publicaciones a este fenómeno de movilización intrarrural del trabajo, acentuando la conexión entre la emigración estacional a larga distancia de escala verdaderamente masiva y el avance hacia un modo de producción más acusadamente capitalista²³.

La diversificación de la economía rural y el firme incremento de la movilidad laboral están a su vez relacionados con un tercer cambio en la esencia

²² E. P. Thompson, *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Londres, Penguin, 1991 [ed. cast.: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1990].

²³ J. Breman, *Of Peasants, Migrants and Paupers. Rural Labour Circulation and Capitalist Production in West India*, Oxford, Clarendon Press, 1985; J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers. Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994.

de la existencia de quienes carecen de tierra y que tiene consecuencias de largo alcance: la precarización del empleo. La economía agrícola muestra una tendencia hacia la sustitución de la mano de obra permanente por trabajadores a jornal; más en general, podemos decir que el empleo por un periodo indefinido ha sido sustituido por contratos de trabajo a corto plazo basados en el principio de contratar y despedir. Esta modalidad también facilita la sustitución de los trabajadores locales por migrantes, con la ventaja para los empleadores de que los trabajadores que vienen de otros lugares son normalmente más baratos y más dóciles, y aceptan más fácilmente que se les trate como una mercancía. Además, pueden ser contratados o desechados de acuerdo con las fluctuaciones del momento de la oferta y la demanda. A diferencia de prácticas anteriores, el trabajador recibe su paga principalmente, o incluso exclusivamente, en metálico, habiendo desaparecido el pago en especie en todo tipo de bienes no solo para el trabajador, sino también para el trabajo compartido por los miembros del hogar. Otro hecho importante es que en vez de pagar a sus trabajadores diaria o anualmente de acuerdo con ritmos temporales, los empleadores prefieren ahora pagar a destajo o contratar fuera la tarea que haya que hacer.

¿Significa esto que las relaciones de producción han sido depuradas de elementos precapitalistas? Hasta cierto punto sí, pero no por completo. Después de todo, la prerrogativa del trabajo de contratarse en cualquier momento y por el precio más elevado posible está sometida a muchas restricciones. Por ejemplo, la aceptación de un adelanto en metálico frecuentemente supone un contrato que inmoviliza a la mano de obra, aunque los empleadores también posponen los pagos salariales como una herramienta para asegurar el abastecimiento del trabajo necesario hasta el momento del despido. No obstante, la falta de libertad causada por semejantes mecanismos serviles difiere esencialmente de la servidumbre que caracterizaba al régimen coercitivo al que el trabajo agrícola estaba sometido en el pasado. El término que yo recomiendo para las prácticas que utilizan actualmente los empleadores para asegurarse la suficiente mano de obra barata es el de «neoservidumbre».

Tras haber analizado las características históricas del estado de exclusión en el que vivieron y trabajaron grandes segmentos de la población rural bajo el dominio colonial en el sur y sudeste de Asia, este ensayo presenta a continuación dos casos prácticos que examinan cómo, en un contexto de globalización, la creciente vulnerabilidad puede acabar en una situación en la que la gente queda excluida del empleo y de los ingresos necesarios para una vida mínimamente estable y digna. Ambos son casos locales basados en investigaciones antropológicas realizadas entre 1997 y 2002 y ambos ilustran que la exclusión puede ser un proceso en el que la gente se desliza hacia una posición peor de la que ocupaba anteriormente en la economía y

la sociedad en general. El primero trata de lo que les ha sucedido a los trabajadores rurales de Java Occidental en las postrimerías de la crisis financiera asiática, cuando su nivel de empleo y de ingresos se desplomó drásticamente. El segundo se ocupa de la mano de obra urbana de la ciudad de Ahmedabad donde el cierre de más de cincuenta fábricas textiles condujo al despido de más de 100.000 trabajadores que hasta entonces habían tenido un empleo formal. Tras la pérdida de sus empleos tuvieron que encontrar una nueva forma de ganarse la vida en el sector informal de la economía como auto-empleados o trabajadores asalariados ocasionales. Estos dos estudios, uno rural y otro urbano, pretenden mostrar dónde, cómo y por qué la pobreza se convierte en miseria absoluta y toma la forma de la exclusión.

Las dinámicas de la exclusión en la Java rural

La crisis que golpeó a las economías del sudeste asiático en 1997-1998, y a Indonesia más que a ningún otro país, dio origen a un instantáneo y encarnizado debate. Desde el principio se pronosticó un alarmante aumento del empobrecimiento y del desempleo. El entonces ministro de Trabajo declaró públicamente que el 22 por 100 de la mano de obra de Indonesia quedaría desempleada a finales de 1998. La Oficina Regional para Asia y el Pacífico de la OIT calculó, basándose en las estadísticas oficiales elaboradas por la Agencia Central de Estadística (*Badan Pusat Statistik, BPS*), a partir de cálculos que nunca se habían cuestionado anteriormente, que la combinación de estancamiento salarial y elevada inflación podía provocar que el 37 por 100 de la población cayera por debajo del umbral de la pobreza a mediados de 1998, y que llegaría a alcanzar el 48 por 100 a finales de ese año. En comparación con el mínimo histórico del 10,1 por 100 registrado a mediados de 1997 en el periodo anterior al comienzo de la crisis monetaria (la *krismon* en el lenguaje local), esto suponía multiplicar por tres o por cuatro la incidencia de pobreza. Se trataba de una aceleración que amenazaba con deshacer gran parte de lo que se había logrado para elevar el nivel de vida de todos sin excepción desde mediados de la década de 1970. La OIT sostenía que la falta de mejora de los ingresos de los hogares y la probabilidad de más subidas de precios podría provocar, incluso, que dos tercios de la población cayeran por debajo del umbral de pobreza en 1999.

Otros organismos internacionales produjeron valoraciones o previsiones más conservadoras, rechazando vehementemente el catastrófico panorama de la OIT. En febrero de 1998, el Banco Mundial admitió que la pobreza absoluta podría crecer finalmente hasta el 17 por 100. Un año más tarde, un estudio encargado por la misma institución informaba que el índice de pobreza había subido, pero solo marginalmente. Informes posteriores sugirieron que las clases con menores ingresos habían tenido realmente bastante éxito en afrontar la crisis. La opinión general era, en primer lugar, que la

krismon había tenido un impacto más acusado sobre la economía urbana que sobre la rural, en segundo, que ha golpeado más a los mejor situados que a los pobres, y en tercero que había reducido el trabajo asalariado en el sector formal de la economía, pero que se había incrementado el empleo en el sector informal. Mi opinión difiere de casi todas estas valoraciones. Para empezar, las estadísticas oficiales sobre crecimiento económico e igualdad anteriores a mediados de 1997 subestimaban la magnitud e intensidad de la pobreza que todavía existía por todo el país. Mi opinión es que una cuarta parte de la población de Indonesia era incapaz de satisfacer sus necesidades básicas incluso antes de la crisis. En segundo lugar, la *krismon* no solo ha provocado mucha más miseria y pérdida de empleo, sino que ha profundizado la división entre los pobres, cuyo número crecía con rapidez, y los no pobres. En tercer lugar, los mecanismos con los que la gente que se ha hundido por debajo del umbral de pobreza puede afrontar las vicisitudes de la vida se han exagerado desmesuradamente. Por último, a pesar de algunas señales de mejoría en términos de empleo y de nivel de pobreza, la crisis no ha finalizado de ninguna manera.

La impresión de que bajo el régimen del Nuevo Orden de Suharto la privación se había convertido en un problema residual que se encontraba en bolsas en verdad remotas del archipiélago —que persistían esencialmente porque esas zonas atrasadas estaban más allá del alcance de los programas gubernamentales— concordaba con el mito colonial que sugería que la pobreza estaba estrechamente relacionada con las así llamadas «áreas negativas». En contraste con semejante excepcionalismo geocológico yo plantearía que la pobreza siguió estando generalizada en la Indonesia de Suharto, incluyendo en la Java rural. No hay duda de que los trabajadores rurales propietarios de muy poca tierra y los trabajadores sin tierra han conseguido dignificar su estilo de vida y que estas ganancias se han reflejado en una mejor calidad de la vivienda y en la posesión de bienes de consumo duraderos. Sin embargo, en los hogares de la clase trabajadora la existencia siempre ha sido precaria. La proporción dinámica entre miembros productivos y no productivos ha supuesto la diferencia entre vivir ligeramente por encima o por debajo del umbral de pobreza. Incluso antes de que la *krismon* dejara sentir sus efectos podía identificarse una categoría de superpobres formada por la gente que no tenía capacidad laboral o no podía utilizarla en absoluto: los viejos, los incapacitados físicos o mentales y las mujeres viudas o divorciadas cabezas de familias y responsables de niños pequeños. El régimen del Nuevo Orden mantuvo una gran cantidad de miseria cuidadosamente escondida detrás de sus estadísticas de propaganda. La incidencia de la pobreza también estuvo subestimada en los informes del Banco Mundial y de otros organismos internacionales. Importantes segmentos de las clases trabajadoras que vivían en un estado

de pobreza o cerca de él, compartían solo marginalmente los beneficios del crecimiento económico. La disparidad que ya existía entre la elite y las clases subalternas en Cirebon Oriental y Subang del Norte, los dos pueblos de mi trabajo de campo antropológico, se ha ensanchado aún más. En contra de la entrañable visión de la sociedad rural javanesa como un orden social comunalmente orientado, basado en el patronazgo y en la reciprocidad entre los fuertes y los débiles, mi percepción de los procesos que actúan en ella apunta a que la atención debería recaer en la polarización y la exclusión.

Sin embargo, en las zonas rurales pueden encontrarse contrastes igualmente marcados en los niveles de bienestar. Más perceptible que la reducción de las privaciones en el entorno de los trabajadores rurales con poca o ninguna tierra es la riqueza recientemente obtenida por la elite rural. Esta prosperidad se manifiesta en el ostentoso estilo de vida de un grupo verdaderamente pequeño de familias notables que concentran la mayor parte de los activos de capital del pueblo, tanto agrarios como no agrarios. Poca luz se ha arrojado sobre el tamaño y la identidad de la *orang kaya baru*, una privilegiada formación social que debe el ascenso de sus miembros a su papel como agentes locales del régimen del Nuevo Orden y que ha optado sistemáticamente por una política de desarrollo de «apostar por el fuerte». El viejo mito colonial de los «ancianos del pueblo» que actuaban como representantes del pueblo sin voz propia, el *masih bodoh*, se convirtió en un instrumento para crear una base de legitimidad para la explotación y la represión de las clases subalternas en las áreas rurales. La progresiva carencia de tierra en el pasado reciente no ha sido simplemente una consecuencia del constante aumento de la presión demográfica sobre los recursos agrarios, sino también del hecho de que muchos hogares quedaran excluidos del cultivo de la tierra. La Ley Agraria Básica promulgada en 1960 nunca se puso en práctica. De hecho, este esfuerzo por asegurar una distribución más igualitaria de la tierra imponiendo un techo a la propiedad se convirtió en un motivo de discordia que acabó en el golpe militar de 1965. Este telón de fondo de una progresiva división entre los ricos y los pobres en el medio rural es necesario para comprender el impacto sobre los pueblos de Java de la crisis económica que se produciría pocos años antes del fin del siglo pasado.

En los dos pueblos sobre los que se realizó el trabajo de campo, la búsqueda de oportunidades para ganarse la vida fuera de la localidad se hizo inevitable en el último cuarto del siglo XX. La solución no estuvo en abandonar los lugares de origen para establecerse en otras áreas rurales o en destinos urbanos. La redundancia estructural, más que estacional, en la economía rural condujo a un nomadismo laboral a gran escala. Se trata de un modelo de migración que, en especial, ha exigido que los varones jóvenes dejaran su casa por periodos variables, desconocidos por adelantado pero que duraban varias semanas o meses. Normalmente se dirigían

a un amplio abanico de lugares de trabajo dentro o cerca de los polos de desarrollo urbano. Jabotabek, como se conoce a la Gran Yakarta y a sus ciudades satélites, actúa como un imán para un enorme ejército de trabajadores en circulación a lo largo y ancho del interior de Java. Solamente unos pocos hombres y mujeres de ambos pueblos han conseguido tener acceso a empleos en el sector formal de la economía urbana. Esto es cierto incluso para la forma más simple de trabajo en la fábrica, que puede no ofrecer demasiado como protección contra las vicisitudes del destino, pero que por lo menos proporciona un empleo relativamente estable con jornadas de trabajo regulares y un ingreso razonablemente constante.

La mayoría de los trabajadores migrantes de ambos pueblos no están cualificados y, por lo tanto, tienen pocas posibilidades de encontrar un trabajo regular razonablemente bien pagado. Dado que solo encuentran empleo como trabajadores baratos ocasionales, no pueden traerse con ellos a sus familias para establecerse permanentemente en la ciudad porque el coste del alojamiento y de la subsistencia más elemental se llevaría prácticamente todos sus ingresos. Por ello, este estado de flujo no es una primera etapa en la transición desde el empleo agrario-rural al industrial-urbano, sino algo estructuralmente inherente a las condiciones en las que continúan viviendo. Están destinados a un interminable vaivén dejando a sus familias en el pueblo. Estos migrantes circulares se concentran en un cierto número de áreas ocupacionales específicas. La mayoría de los hombres que emigran encuentran empleo como trabajadores no cualificados en la construcción, mientras que otros se ganan a duras penas la vida como pequeños comerciantes y vendedores callejeros. Últimamente se ha vuelto bastante corriente que las mujeres jóvenes firmen contratos de dos años con agencias de contratación para trabajar en el servicio doméstico en Arabia Saudí o Malasia.

La mayoría de los miembros de la nueva generación ha dado la espalda a la agricultura, no solo por el declive de su importancia en la economía del pueblo, sino también por una clara preferencia por un modo de vida urbano-industrial. Las posibilidades de adoptar más completamente este apreciado estilo de vida en un futuro cercano se han visto frustradas en gran medida por la *krismon*. Los jóvenes de los hogares más acomodados se preparaban para el salto hacia la economía formal adquiriendo una educación secundaria y capacitación profesional. Incluso en anteriores épocas de prosperidad, solamente unos cuantos lograron encontrar un trabajo regular y bien pagado en los escalones más o menos elevados de la economía fuera del pueblo. Ahora que la posibilidad de obtener un trabajo semejante prácticamente ha desaparecido, estos jóvenes parecen aún más indecisos a unirse al proceso laboral. Hasta ahora, los padres han mostrado una notable comprensión, especialmente en lo que se refiere a los varones, para aceptar esta falta de voluntad por parte de sus hijos de ganarse la vida. La reticencia es, de hecho, una protesta de estos jóvenes con estudios

por tener que desempeñar un trabajo para el que se consideran sobrecualificados a partir de su realmente modesto nivel de escolarización formal.

Sus coetáneos de los hogares rurales con poca o ninguna tierra, que constituyen la amplia mayoría de la población del pueblo, no se pueden permitir semejantes lujos. La angustia económica les obliga a buscar un empleo remunerado desde una temprana edad. A menudo los menguantes presupuestos familiares obligan a abandonar cualquier aspiración que ellos o sus padres puedan tener por continuar su educación después de la enseñanza elemental. Por ello, la nueva generación no tendrá la oportunidad de elevar el estatus de su vida laboral por encima del de sus padres. Es casi una conclusión prevista que acabarán uniéndose a los escalones inferiores del sector informal en las áreas rurales y urbanas, realizando un trabajo irregular y escasamente pagado para una serie de empleadores en constante cambio. Las posibilidades de cualquier mejora en la calidad de vida de estos trabajadores migrantes invitan más al pesimismo que al optimismo, incluso ahora que lo peor de la recesión ha pasado.

No puede negarse que el amplio contingente de migrantes circulares de ambos pueblos, que constituyen la masa de trabajadores flotantes situada en el segmento más bajo de la economía urbana, ha sido duramente golpeado por la *krismon*. A finales de 1997, prácticamente toda la actividad de la construcción en Jabotabek sufrió un parón y los *kaki lima*, los vendedores ambulantes que actuaban por su cuenta y riesgo, no solo perdieron sus clientes sino que el acusado aumento del precio de las materias primas redujo sus márgenes de ganancia. Al volverse superfluos en el sector informal muchos se vieron obligados a irse. Esto condujo a un éxodo de la multitud de trabajadores nómadas que habían acudido en masa a las ciudades en el apogeo del milagro asiático pero que no habían conseguido establecerse permanentemente en el entorno urbano. Muchos de estos residentes temporales instantáneamente despedidos de sus ocasionales trabajos no han sido capaces de reintegrarse total o parcialmente a los sectores de la economía de sus localidades. Han respondido a su redundancia estructural en la economía rural continuando, con diversos grados de éxito, las incursiones en las áreas de la ciudad en las que están habituados a buscar trabajo.

Otros segmentos de la población trabajadora del interior rural que continuaron dependiendo de medios de subsistencia agrarios y no agrarios también se han visto afectados, especialmente los hogares con pocos o ningún medio de producción propio. De acuerdo con mis cálculos, entre mediados de 1997 y 1999 la pérdida de trabajo y bienestar produjo una contracción de por lo menos un 25 por 100 producto interior bruto local en Cirebon del Este y de por lo menos un 17 por 100 en Subang del Norte. Ha habido algunas señales de una ligera recuperación económica

a partir de mediados de 2000, pero estas buenas noticias parecen basarse más en el éxito de los esfuerzos por controlar la inflación que en un aumento del empleo o de los salarios reales. Por el momento no hay demasiada evidencia factual de recuperación de los sustancialmente disminuidos niveles de vida²⁴.

Existe poca investigación intersectorial rigurosa, empírica o comparativa, que apoye la conclusión de que los trabajadores en la economía formal han sufrido más con la crisis que los de la economía informal. Esta conclusión se basa en el supuesto de que la elasticidad es una de las características más llamativas de la actividad económica informal, y que los hombres y mujeres que están obligados a ganarse a duras penas la vida en este sector continuarán haciéndolo así durante los tiempos difíciles. Desde este punto de vista, el sector informal se expande y se retrae como la marea. El mensaje tranquilizador que se trasmite es que el propio enorme ejército laboral de reserva sabe qué es lo mejor que puede hacer y a dónde debe ir —tanto en términos de localización como de sector— en respuesta a un excedente temporal en algunas o todas las áreas de la actividad económica. Sin embargo, esta teoría no se sostiene en la práctica. Después de haber sido fulminantemente despedidos, la mayoría de los migrantes circulares de Cirebon del Este no tenían más elección que abandonar sus nichos de empleo en la economía metropolitana. Lo mismo sucedía con los nómadas laborales de Subang del Norte. De vuelta a su pueblo, su penosa situación puede describirse como estar en un limbo caracterizado por una mezcla de desempleo encubierto o declarado.

También me opongo a la frecuente afirmación de que el mayor impacto de la *krismon* se ha dejado sentir sobre la prosperidad de los no pobres, y que la posición de aquellos que no tenían propiedades no ha empeorado en un grado significativo. Una vez más, no hay suficientes cifras comparativas fiables para defender o discutir esta tendenciosa afirmación. Si me atengo a mi trabajo de campo, llego a la conclusión de que tras el estallido de la crisis y como consecuencia, en primer lugar, de la pérdida de empleo y, en segundo, del aumento del precio de los productos básicos, la pobreza aumentó a comienzos de 1999 llegando a afectar a las dos terceras partes de los habitantes de ambos pueblos. Calculo que los hogares con poca o ninguna propiedad que forman esta amplia mayoría, recibieron solamente una quinta parte del conjunto de la renta generada. Especialmente preocupante es el avanzado grado de exclusión en el que se encuentra la subclase de los ultrapobres, alrededor de una cuarta parte de todos los habitantes.

²⁴ J. Breman, «The Impact of the Asian Economic Crisis on Work and Welfare in Village Java», Dies Natalis Lecture, La Haya, Institute of Social Studies, 2000. Reproducida en *Journal of Agrarian Change*, vol. 1, núm. 2, 2001, pp. 242-282.

Entretanto, la expulsión de muchos trabajadores migrantes de los escalones inferiores de la economía urbana tras el estallido de la crisis, expresaba el fracaso del Estado para proporcionar un apoyo básico a este ejército industrial de reserva. Políticos y estrategias políticas temían que el crecimiento de la intranquilidad política llevara a esta masa superflua a cumplir su destino histórico como *les classes dangereuses*. Su expulsión del entorno urbano se justificaba con el argumento de que, una vez de vuelta en sus pueblos, los migrantes podrían beneficiarse de los tradicionales mecanismos de solidaridad social que habían sobrevivido tenazmente en el medio rural agrario. Durante mi trabajo de campo, no encontré ninguna evidencia que apoyara esta clase de ilusión que es tan popular entre la clase política. No hay ninguna razón para suponer que la situación con la que me encontré en Subang del Norte y Cirebon del Este, concretamente la avanzada monetarización de la economía local y la hegemonía de las relaciones contractuales, sea una excepción de un modelo general en el que todavía puedan identificarse los principios orgánicos de lo que obstinadamente se denomina la tradicional cultura javanesa.

No encontré ninguna evidencia de que los acomodados hogares de la clase superior estuvieran dispuestos para emplear ni siquiera una mínima parte de sus excedentes en mitigar la miseria de sus vecinos menos afortunados. Tampoco hay ningún acuerdo colectivo dirigido a contrarrestar la (cada vez mayor) desigual distribución de la riqueza. Las relaciones contractuales han reemplazado gradualmente a las anteriores transacciones patrón-cliente en las que los ricos prometían asistencia y protección a cambio del trabajo y la lealtad de los pobres. Bajo el Nuevo Orden, la elite ya no precisaba de la dependencia inherente al sistema de patronazgo para reafirmar su superioridad. Sin embargo, los propios *orang kaya baru* gozaron de una «protección» cada vez mayor por parte de las autoridades de distrito y subdistrito. A cambio de su apoyo para mantener un orden social basado en la desigualdad social y la exclusión política, fueron recompensados por sus benefactores con derechos preferenciales sobre los recursos del Estado.

¿Es posible detectar una cultura de la pobreza compartida entre quienes se ven obligados a sobrevivir en la congestionada base de la sociedad rural, que se esforzaría en distribuir el trabajo y el ingreso disponible lo más igualitariamente posible por medio de la acción colectiva y la solidaridad mutua? En ninguna de las dos localidades estudiadas encontré acuerdos institucionalizados mediante los que los hogares unían su suerte con otros en circunstancias similares. Como hemos visto, durante la era del Nuevo Orden no había ningún espacio social o político en el que pudiera desarrollarse una conciencia de interés común entre las clases de los trabajadores rurales propietarios de poca o ninguna tierra. Con toda probabilidad, la continua estrategia de fragmentación es una de las principales razones por

la que los estallidos de protesta que acompañaron a la profundización de la crisis no evolucionaron en una abierta y violenta guerra de clases.

Desde mi punto de vista, otra razón por la que esto no ocurrió fue la creciente oportunidad para escapar a los polos de crecimiento urbano. La rápida expansión de nichos de empleo, a poca o mucha distancia del hogar, ayudó a rebajar la presión que crecía en la economía rural. Grandes masas de trabajadores migrantes acudieron desde el interior de Java a estos polos de crecimiento sin consumir una ruptura definitiva con su entorno de origen. Como resultado, el lazo con el pueblo ha permanecido intacto aunque debilitado. La constante movilidad de estos trabajadores circulantes, que en su mayoría pertenecen a las clases subordinadas, les ha hecho menos sensibles al poder económico y social de las elites rurales. Esto se manifiesta en una terquedad que es una fuente de irritación para los empresarios y funcionarios locales. Después de espabilar en la economía urbana, los nómadas laborales tienen la reputación de ser más exigentes y menos maleables que sus colegas que han permanecido aferrados a los pueblos. Para movilizar la oposición desde abajo en apoyo del proceso de reforma política habrá que tomar en cuenta a la masa de gente «flotante», y en un sentido mucho más literal que cuando el término fue acuñado por quienes ocupaban el poder durante el régimen de Suharto.

Durante los tiempos de crisis, la multitud de hogares que desempeñan un papel marginal en el proceso económico pueden recurrir a poco más que a su propia capacidad de resistencia. Desde luego piden y obtienen ayuda de los que les rodean, especialmente de familiares y vecinos próximos. Pero habida cuenta de que esta asistencia proviene principalmente de otros hogares pobres, semejantes aportaciones están limitadas en escala, regularidad y contenido. Para aliviar la angustia económica de los más severamente afectados, el gobierno finalmente se vio obligado a introducir lo que sistemáticamente había intentado rechazar: una red social de seguridad. Este proyecto, concebido como una solución temporal, tuvo pocos resultados concretos. Incluso la ayuda alimentaria de emergencia y los proyectos de obras públicas dirigidos a los más pobres de los pobres beneficiaron mayoritariamente a personas fuera de los mal definidos grupos a los que se dirigían. Las autoridades locales de Subang del Norte y Cirebon Oriental defendieron su decisión de distribuir las provisiones de emergencia entre todos los habitantes del pueblo, aduciendo que todos tenían el mismo derecho a las ayudas del Gobierno. Mi conclusión es que este razonamiento también era una consecuencia lógica del mito político y burocrático del pueblo como comunidad.

La crisis en Indonesia ha dejado de ser una recesión económica puramente monetaria y ha crecido hasta convertirse en una perturbación de largo alcance del conjunto de la sociedad. La inestabilidad política y la amenaza a la unidad nacional pueden poner en peligro todas las posibilidades

de recuperación económica durante muchos años. Las reformas solo tendrán el efecto deseado si, al mismo tiempo, se otorga al pueblo un mayor papel en todos los asuntos relativos a su calidad de vida. Las propuestas para trasladar el centro de la actividad política y administrativa desde el nivel nacional al regional deben ser evaluadas bajo esta luz. Esos planes están en una etapa avanzada y su puesta en práctica ya ha comenzado. Sin garantías de que la muy débil posición negociadora de los pobres rurales se vea fortalecida, la descentralización del poder político y ejecutivo solo conducirá a la legitimación de la supremacía informal de las elites de distrito y de pueblo. Se trata del viejo principio de «apostar por el fuerte» que siempre ha estado en primer plano del modelo indonesio de desarrollo.

La teoría colonial del dualismo optó por la oposición irreconciliable entre los dos sistemas económicos existentes en la Java rural, una oposición provocada por la penetración de las fuerzas de producción capitalistas y su choque con una estática sociedad precapitalista. La crítica principal de esta dicotomía del estancamiento versus el dinamismo era que tenía sus orígenes en la dominación extranjera. Versiones posteriores del mismo modelo dualista, primero de la ciudad versus las zonas rurales, y después de los sectores informal y formal en la economía urbana, demostraron ser solamente un producto de su época, que gozó de popularidad en los análisis del proceso de desarrollo en la segunda mitad del siglo XX. El actual debate sobre la inclusión y la exclusión dentro del contexto de la globalización de la economía política puede verse como una nueva variante del viejo tema del dualismo. El grado de aumento en términos de producción, consumo y distribución tiene un impacto fuertemente diferenciado sobre las clases sociales que se vieron, activa o pasivamente, implicadas en las transformaciones globales. Desde la caída de Suharto, Indonesia ha dado los primeros pasos vacilantes hacia la transición a una sociedad civil basada en un orden democrático. El progreso que se haga en este camino dependerá en gran medida de que la exclusión social de largo alcance de las clases subalternas dé un giro a mejor a comienzos de un nuevo siglo²⁵.

El proceso de informalización en Ahmedabad

La mayoría de los trabajadores despedidos de sus empleos cuando más de cincuenta fábricas textiles cerraron sus puertas durante el último cuarto del siglo XX, acabaron en el sector informal de la economía de la ciudad. Estos «nuevos pobres» han terminado uniéndose al ya enorme ejército de trabajadores que nunca han conocido una clase de vida diferente. ¿Cuánta

²⁵ La investigación completa ha sido publicada como una monografía por J. Breman y G. Wiradi, *Good Times and Bad Times in Rural Java: A Study of Socio-economic Dynamics Towards the End of the Twentieth Century*, Leiden, KITLV Press, 2002.

gente sufrió realmente un verdadero deterioro de su calidad de vida? Las diversas publicaciones llegan a cifras diferentes en cuanto al número de obreros textiles que tenían trabajo fijo y que lo perdieron. Mis propios cálculos son que este proceso afectó a 85.000 trabajadores, aproximadamente, que fueron despedidos a partir de principios de la década de 1980. Ya en la década anterior al cierre de las plantas textiles, la administración de estas empresas había reducido el tamaño de la mano de obra con empleo permanente. La mano de obra eventual, que nunca tuvo derecho a la plena protección de la legislación laboral, por lo general no fue contratada sobre una base permanente para sustituir a los trabajadores que alcanzaban la edad de retiro. Algunas tareas del proceso de producción también fueron contratadas fuera, con intermediarios que tenían que traer sus propias cuerdillas de trabajo que no eran registradas en las nóminas de la fábrica.

De un total estimado de 85.000 trabajadores con contratos regulares que fueron despedidos durante las dos últimas décadas del siglo XX, algo más del 10 por 100 pudo haber dejado la ciudad después de que se les despidiera. A donde quiera que fueran, normalmente de vuelta a sus lugares de origen, raramente consiguieron obtener acceso a trabajos similares en el sector formal de la economía. Su futuro fue tan oscuro como el de la gran mayoría de los que decidieron permanecer en Ahmedabad. Otro 10 por 100, en su mayoría perteneciente al personal técnico o administrativo de las fábricas, pudo encontrar trabajos con ingresos y cualificaciones similares. Aparte de este pequeño segmento, que de alguna manera se las arregló para consolidar su estatus en el sector formal, todos los demás –según mis cálculos no menos de 75.000 trabajadores– fueron reconducidos al sector informal, una transferencia que implicó una espectacular caída de sus fortunas²⁶.

Si se toma la composición del hogar como base para determinar el impacto de los despidos masivos que se produjeron en Ahmedabad se puede afirmar que, según cálculos conservadores, por lo menos 300.000 personas, los propios trabajadores y los miembros de sus familias, se vieron directamente afectadas por el despido del principal asalariado de la familia que disfrutaba de un trabajo estable en las fábricas textiles. Y, además de estas víctimas principales, el pequeño comercio, los servicios y el transporte de las localidades fabriles sufrieron la drástica pérdida de ingresos de los hogares cuya renta provenía de la industria textil, que constituían una parte importante de su clientela. La población total de Ahmedabad había pasado de 2,5 millones en 1981 a 3,3 millones en 1991 y, por consiguiente, el cierre de las fábricas textiles afectó directamente por lo menos a la sexta parte de los habitantes de la ciudad, una proporción indudablemente

²⁶ J. Breman, *A Turn for the Worst: The Closure of the Ahmedabad Textile Mills and the Retrenchment of the Workforce*, Wertheim Annual Lecture 12, Centre for Asian Studies; Amsterdam School of Social Science Research, University of Amsterdam, 2001.

significativa. Y eso tampoco fue el final de la historia. Como resultado del flujo de hogares expulsados del sector formal, la ya frágil existencia de los trabajadores del sector informal sufrió una presión todavía mayor de la que ya experimentaba. Está claro que la competencia por el trabajo ha producido mucha tensión y muchos conflictos tanto en las áreas de residencia como en relación al trabajo.

Para los antiguos trabajadores fabriles, la negativa inicial a aceptar que las fábricas habían cerrado para siempre, fue seguida por la constatación de que no había otra opción que buscar trabajo en otro lugar. La búsqueda de nuevo empleo estuvo impulsada por la necesidad de cubrir las necesidades de sus familias y este periodo de transición estuvo marcado por una gran inseguridad. No había tiempo y poco respiro financiero para recuperarse de la pérdida de sus empleos en las fábricas de productos de algodón. Muchos no pudieron mantener la cabeza fuera del agua sin pedir dinero prestado a familiares o prestamistas, o sin solicitar crédito de los tenderos. Lo hicieron así en la creencia de que, si la fábrica no reabría, por lo menos podían esperar el pago de sus ahorros y de otras sumas que les debían sus antiguos empleadores, incluyendo la paga por despido. Aquellos que finalmente sí recibieron su dinero, considerablemente menor al que tenían derecho, tuvieron que utilizarlo para devolver los préstamos y otras deudas en las que habían incurrido para sobrevivir al periodo de desempleo.

Poco menos de un tercio de los antiguos trabajadores textiles se consideraban a sí mismos no aptos para el empleo después de su despido. La mitad de ellos se referían a su edad (más de cincuenta años) como la razón principal para no regresar al trabajo, mientras que una quinta parte lo achacaba a una salud quebrantada. El resto manifestaba que estaba deseando trabajar pero que no podía encontrar un trabajo. Sería un error tomar demasiado literalmente estas diferencias de motivación como causa de su comportamiento real. La edad y la mala salud pueden ser argumentos válidos para dejar de trabajar, pero poca gente que se encuentra a sí misma repentinamente sin empleo en el fondo de la economía se puede permitir ese lujo; solo es posible si otros miembros del hogar compensan la pérdida de ingresos. En casi todos los casos eso es lo que sucedió, y fue la razón por la que aquellos que afirmaban estar buscando trabajo en vano podían continuar haciéndolo. El desempleo es, pues, un concepto flexible determinado por lo que se considera un trabajo adecuado en un momento determinado. La elección final, y el que esta a su vez sea revisada en última instancia, depende del equilibrio entre la disponibilidad de trabajo —condicionada por factores tales como la naturaleza del mismo y lo duro que sea, su regularidad, la paga y demás características del empleo— y el grado en que la obligación de obtener un ingreso para el hogar puede ser delegada en otros miembros de la familia. El punto de partida para la búsqueda de

otro trabajo siempre es el mismo: el deseo de encontrar un trabajo que, en la medida de lo posible, ofreciera lo que proporcionaba la fábrica textil. La ausencia o inaccesibilidad de semejante empleo explica por qué, en la mayoría de los casos, ha llevado tanto tiempo que los antiguos trabajadores de las fábricas textiles encontraran una nueva ocupación. El periodo de ociosidad era necesario para permitirles ajustar sus aspiraciones a un nivel mucho más bajo. Como se ha mencionado anteriormente, este ajuste era más difícil para unos que para otros, mientras que un grupo significativo se negó totalmente a dar un paso atrás.

Los antiguos trabajadores textiles hubieran preferido encontrar trabajo con un contrato permanente, pero la seguridad y la protección proporcionadas por semejante estatus acabaron cuando fueron despedidos. Lo más cercano a eso que han encontrado es un contrato no escrito, e incluso ni siquiera verbal, a través del cual el empleador y el empleado acuerdan implícitamente continuar la relación hasta que el contrato se termine. Así es como los trabajadores son contratados por fábricas o talleres como empleados asalariados por un periodo indefinido, o como guardas de compañías especializadas en seguridad de plantas industriales, oficinas o barrios residenciales. Mientras el trabajo que realizan cumpla los requisitos del empleador, pueden estar seguros de tener un trabajo, pero no pueden derivar ningún derecho de este empleo. Los trabajadores eventuales que son contratados por días, o hasta que el trabajo esté hecho, están en una posición todavía más vulnerable. Este tipo de acuerdo es una práctica constante en la industria de la construcción. La gente se reúne a primera hora de la mañana en uno de los muchos mercados de trabajo, que puede ser un cruce de calles, una plaza o una estación de autobuses, donde esperan a que lleguen los intermediarios y subcontratistas que reclutan la mano de obra que necesitan. Algunas veces, un familiar, vecino o amigo les pueden haber pedido que les acompañen como una mano extra o les dicen que se presenten directamente en la obra. Este encuentro de la oferta y la demanda no está basado en términos de empleo legalmente válidos y el acuerdo implícito es muy vago y fluido.

Más numerosos que estos trabajadores asalariados regulares y eventuales son aquellos que están autoempleados, que trabajan por cuenta propia. Tres de las ocupaciones más comunes en este sentido son los conductores de *ricksbaws*, los vendedores callejeros (de telas y ropa, comida y bebidas, cerámica, verduras), y la reparación o reciclado de materiales de desecho. Otros trabajan en casa haciendo prendas de vestir, papel, juguetes o artículos de plástico mediante subcontratación. Aunque sin duda están económicamente activos, encuentran difícil especificar su ocupación principal. Esto también se debe a que muchos de ellos tienen que realizar varios oficios para ganar lo suficiente como para mantenerse a flote. Después vienen aquellos

que solo están activos ocasionalmente. Trabajan algunos días sí y otros no, dependiendo de la demanda de sus servicios. No se muestran completamente activos en la búsqueda de trabajo, pero no lo rechazan si se les ofrece.

Los antiguos trabajadores textiles están ahora empleados en trabajos que típicamente requieren un nivel de inversión de capital mucho menor que el trabajo que realizaban en las fábricas. Si suponen el uso de energía mecánica es en forma de máquinas simples (un carrito con motor, una maquina de serrar u otro equipo simple, por ejemplo, para arreglar relojes y despertadores, radios, bicicletas o artículos del hogar; o herramientas manuales para producir mercancías hechas a mano, tales como bienes de cuero, muebles, *ambar charkha*, o pinceles para pintar). Solo los tejedores instalados en los cobertizos donde se encuentran los telares mecánicos trabajan con las mismas máquinas que utilizaban en las fábricas textiles y que fueron vendidas como chatarra. El nivel de cualificación fuera del sector industrial de la economía es mucho más bajo, y gran parte de los antiguos trabajadores textiles han acabado especialmente en estas ramas (pequeño comercio, transporte y servicios). Muchos de ellos han perdido las habilidades que aprendieron en las fábricas. Por otra parte, su trabajo exige ahora mucho más esfuerzo físico. Los trabajadores de la construcción, los conductores de *rickshaws* a pedales, los tiradores de carretas, los porteadores y los vendedores ambulantes se quejan de acabar exhaustos al final de la jornada, lo cual es en parte un indicio de que ahora trabajan mucho menos con máquinas.

El trabajo en las fábricas textiles tenía una jornada diaria de ocho horas que dejaba suficiente tiempo para estar con la familia, hacer las tareas del hogar y realizar actividades fuera de él. Ahora eso es completamente imposible. Sobre el papel, se supone que los talleres con telares funcionan de acuerdo con tres turnos de trabajo. Sin embargo, y como todo el mundo sabe, la jornada de trabajo está dividida en un turno de día y un turno de noche, cada uno de ellos de diez o doce horas. Los empleadores no cogerán a nadie para menos de eso. Desde luego, siempre son posibles jornadas más largas. Si alguien no se presenta en el trabajo, un miembro del turno anterior puede trabajar otras diez o más horas. Los trabajadores en sus casas pueden decidir cuantas horas trabajan, pero la presión por ganar dinero, empezando pronto por la mañana y acabando tarde por la noche, es enorme. A menudo todos los miembros del hogar desempeñan alguna tarea en la producción, lo que deja poco tiempo de ocio que pasar juntos.

Otros que trabajan por su cuenta al aire libre pueden determinar la duración de su jornada de trabajo. Los vendedores callejeros ofrecen sus mercaderías hasta mucho después del anochecer y tienen que estar levantados y listos para reponer sus productos al amanecer. Por último, encontramos un gran número de trabajadores que tienen que emplear parte del día o de la noche realizando un segundo trabajo

para complementar sus bajos ingresos. Los antiguos trabajadores textiles tienen que enfrentarse no solo a jornadas de trabajo más largas sino también más irregulares. Aunque solían trabajar en tres turnos de ocho horas, el programa de turnos estaba elaborado por adelantado y las horas extras se pagaban aparte. Semejantes bonificaciones son cosa del pasado y el ciclo regular de sus vidas laborales ha sido reemplazado por unas erráticas interrupciones de impredecibles y largos periodos de ociosidad durante los que no cobran. El hecho de que se presenten a trabajar no es ninguna garantía de que realmente serán empleados en un día concreto. A menudo no se sabe si llegará a empezar el día de trabajo y cómo se desarrollará, y se espera que los trabajadores se adapten a estas grandes y a menudo impredecibles fluctuaciones. Los días libres y las bajas se han convertido en un lujo y nunca son remuneradas.

Más que ningún otro criterio, la enorme caída de los ingresos pone de manifiesto el grado en que se ha deteriorado la calidad de vida de los antiguos trabajadores textiles. Los tejedores que ahora se ganan la vida en pequeñas empresas, hacen el mismo trabajo pero por una paga mucho menor. Tampoco pueden estar siempre seguros de que habrá trabajo para ellos. Antes de que las fábricas cerraran, la mayoría de los trabajadores textiles ganaban diariamente entre 90 y 100 rupias por una jornada de ocho horas seis días a la semana, que suponía entre 2.000 y 3.000 rupias mensuales. Ahora ganan menos de la mitad, mientras que una considerable minoría tiene que apañarse con menos de la tercera parte de lo que ganaba anteriormente. La caída de los ingresos es tan espectacular que otros miembros del hogar se ven obligados a trabajar. El salario que traía el hombre de la casa era suficiente como para permitir que se observaran o impusieran las costumbres, pero tras el cierre de las fábricas textiles ya no queda libertad financiera para semejantes sensibilidades. El trabajo en casa permitía a las mujeres musulmanas y a algunas hindúes tener un papel activo en obtener un ingreso para el hogar sin tener que romper el código social de comportamiento público. Coser y bordar ropas, hacer palos de incienso y liar cigarrillos son los principales ejemplos de actividades en las que todos los miembros del hogar, especialmente las mujeres y los niños, pueden tomar parte. Pero en muchos casos las mujeres y los niños también se ven obligados a realizar trabajos fuera del hogar. Se emplean en talleres textiles, pero también pueden tener que buscar trabajo como servicio doméstico. Recoger papel y otros desperdicios (como chatarra o envases de plástico), que tiene un estatus muy bajo y produce pocos ingresos, es el oficio de las mujeres y niñas *dalit*.

En algunos hogares de antiguos trabajadores textiles, la falta de ingresos se ha vuelto en algunas ocasiones tan acuciante que el empobrecimiento ha dado paso a la directa pauperización. Los miembros del hogar ya no pueden

permitirse comprar lo esencial para sobrevivir. Pero incluso en los mucho más numerosos hogares donde la caída de los ingresos ha sido menos severa resulta difícil llegar a fin de mes. Como resultado de la diferencia entre ingresos y gastos, la proporción del presupuesto del hogar que tiene que dedicarse a la compra de alimentos es mucho mayor que antes y muchos se han visto obligados a reducir tanto la cantidad como la calidad de la comida diaria que consumen. La tradición de celebrar acontecimientos familiares con espléndidas comidas y vestidos nuevos ha sido abandonada, y queda poco o ningún dinero para comprar bienes de consumo duraderos. Aunque el estilo de vida de los trabajadores industriales permite pocas comodidades, la amplia mayoría de los antiguos trabajadores textiles tienen electricidad y agua, y dos tercios un cuarto de baño dentro o pegado a la casa. Una bicicleta y un ventilador de mesa o de techo son relativamente normales y la mayoría tiene una radio y una máquina de coser. Poco menos de la mitad disfruta del lujo de un televisor o de una olla a presión comprados en tiempos mejores. Muchos han tenido que vender estas valiosas posesiones y muchos más no pueden repararlas si se estropean. Alrededor de la mitad son propietarios de la casa donde viven. El resto paga un alquiler de entre 100 y 150 rupias mensuales. Aunque muchas de estas viviendas están situadas en los que ahora se han convertido en barrios de chabolas, eso no afecta a su valor para los que viven en ellas. La calidad de las viviendas, sin embargo, ha sufrido en todos los aspectos, ya que los residentes no pueden siquiera efectuar las reparaciones más elementales, por ejemplo, de tejados o paredes. El alquiler que anteriormente pagaban sin demasiadas dificultades ahora se ha convertido en una carga casi insoportable.

El bienestar de los antiguos trabajadores textiles y de sus familias se enfrenta a una amenaza mayor que el deterioro de su consumo alimenticio: la pérdida de su derecho a la asistencia médica gratuita o barata. En el pasado eran miembros del Plan de Seguro del Estado para Empleados (PSEE), puesto en marcha por el Gobierno en 1948 para empleados de empresas públicas y privadas. Los empresarios y los empleados contribuyen a los fondos del PSEE, mientras que el Gobierno también hace una considerable aportación. Bajo los estatutos del plan, las familias de los trabajadores tienen derecho a servicios médicos proporcionados gratuitamente. El PSEE tiene sus propios hospitales y clínicas de barrio con sus propios médicos que atienden a los pacientes y recetan las medicinas. Cuando los trabajadores se jubilaban o no podían continuar trabajando debido a incapacidades, se mantenía la cobertura del seguro para ellos y sus mujeres, pero aquellos que perdían el trabajo por otros motivos quedaban automáticamente excluidos del plan. Para su gran angustia y resentimiento, esto fue lo que sucedió a los trabajadores textiles cuando fueron despedidos. El beneficio que los trabajadores obtenían de su pertenencia

al PSEE era mucho mayor que la contribución que pagaban al fondo, que oscilaba entre el 10 y el 15 por 100 de su salario. Ahora que ya no están asegurados tratan de confiar en la autoayuda y solo acuden a dudosos médicos o curanderos si no tienen más opción. Estos practicantes, que a menudo no están adecuadamente formados, cobran mucho más por una consulta o una inyección que el plan del seguro. Y no hay ni dinero ni capacidad profesional para el tratamiento del estrés y de otros problemas mentales que surgieron durante y después del periodo de despido.

El futuro de la nueva generación de niños está en peligro porque su escolarización se ha visto reducida. Los padres no pueden permitirse invertir para mejorar las oportunidades de vida de sus vástagos. La asistencia a la escuela elemental no se ve demasiado afectada, pero el impacto sobre la educación más avanzada ha sido mucho mayor. Aparte del hecho de que el coste de la educación media y de la formación profesional excede en mucho al presupuesto familiar, la mano de obra de los jóvenes es una fuente de ingresos muy necesaria que se tiene que aprovechar desde temprana edad. En consecuencia, el nivel de conocimientos de la nueva generación cuando entra en el mercado de trabajo muy pronto es a menudo más bajo que el de los trabajadores textiles cuando comenzaron sus vidas laborales hace muchos años.

Los antiguos trabajadores textiles también se preocupan mucho por las parejas de sus hijos y por el coste de los matrimonios. Buscar candidatos apropiados lleva tiempo y supone que los padres tengan la oportunidad de deliberar cuidadosamente sobre su elección. Las consideraciones financieras tienen un papel decisivo en unas negociaciones dirigidas a conseguir el mejor candidato al precio más bajo. En ausencia de una dote razonable, de regalos en dinero y mercancías con los que se sella el acuerdo, las chicas en especial son obligadas a aceptar compañeros que anteriormente nunca hubieran sido elegidos. Un estatus inferior, no solo del individuo sino también de toda la familia, es el precio que hay que pagar.

Acumular las reservas necesarias para los tiempos de crisis es ahora completamente impensable, ya que los contratiempos se producen más a menudo y con mayor intensidad que antes del cierre de las fábricas. Inicialmente los trabajadores podían utilizar sus indemnizaciones por despido, pero estas variaban considerablemente y muchos no recibieron ninguna. ¿Cómo se utilizó este dinero? Una pequeña minoría se las arregló para depositar por lo menos una parte en una cuenta de ahorro y decidió no gastarla hasta el momento previsto, normalmente para la compra de una casa, reparaciones futuras, o el matrimonio de hijos o hijas. Un número mucho mayor decía que había tenido que utilizar el dinero para pagar la asistencia médica, reparaciones urgentes de la casa o la devolución de préstamos. Con diferencia, la mayor proporción se gastó en desembolsos

diarios, ya que con el difícil ajuste a un nivel de ingresos inferior esta era la única manera de que los hogares pudieran hacer frente a sus recurrentes necesidades. Evidentemente, esta situación en la que el gasto excedía a los ingresos llegó a su fin cuando se acabaron las reservas. Las indemnizaciones por despido fueron muy inferiores a las que tenían derecho la mayoría de los trabajadores y, además, fueron pagadas a plazos durante un largo periodo. Esto explica por qué los trabajadores no podían resistir la tentación de gastar el dinero según llegaba. Por ello, la mayoría de ellos se aferraron a su anterior manera de vivir y a su modelo de consumo durante mucho más tiempo del que se lo podían permitir.

La espectacular caída del nivel de vida de los antiguos trabajadores textiles socavó su confianza en sí mismos. Después del trauma de ser expulsados de las fábricas vino la desalentadora experiencia de buscar un nuevo trabajo, acompañado por la pérdida de cualificación y un salario muy inferior. Nosotros vimos cómo los hombres estaban completamente perdidos en los primeros días después de su despido. Se quedaban callados durante días y se negaban a comer. Su pérdida de vitalidad fue tan grande que incluso la actividad física más suave se veía demasiado agotadora. Algunos permanecían en sus casas, otros la abandonaban pronto por la mañana y regresaban por la noche, negándose a revelar dónde habían estado o qué habían hecho. Este estado traumático reveló rápidamente problemas de salud que anteriormente habían recibido poca atención. Semejantes afecciones se utilizaban como excusa para evitar ayudar en las tareas diarias del hogar. Los registros médicos del PSEE muestran un creciente número de pacientes de barrios industriales con problemas de corazón y elevada tensión arterial. La mayor demanda era de asistencia social y asesoramiento psicológico, pero esto no estaba cubierto por el seguro. Las relaciones sociales dentro de la familia también se resintieron. Maridos y mujeres discutían llegando a menudo a la violencia por parte del hombre, y algunas veces también a la inversa. Las tensiones también aumentaron entre padres e hijos. De acuerdo con maestros de enseñanza primaria y secundaria de los barrios industriales, los niños se volvieron más indisciplinados y «difíciles», tenían problemas para concentrarse y se quejaban de problemas en casa.

Nadie que visite Ahmedabad puede evitar observar los florecientes barrios de miseria de la ribera este del río que se han extendido rápidamente en las últimas décadas. Un gran segmento de la población de la ciudad está hacinado en estos barrios marginados, expuestos a la degradación ambiental y excluidos de los más elementales servicios públicos. Hay un estrecho vínculo entre vivir en un barrio de miseria y trabajar en el sector informal de la economía. Las altas chimeneas que marcaban el paisaje industrial han desaparecido y los recintos de las fábricas que durante más de un siglo

fueron congestionados lugares de trabajo con un constante movimiento de gente están abandonados y privados de su relevancia económica. Los barrios de trabajadores ya no rodean las nuevas áreas devastadas, que están llenas de escombros de los edificios derruidos que ahora dominan esta parte de la ciudad. La falta de un empleo estable y una acusada caída de los ingresos han transformado los hábitats de los antiguos trabajadores textiles en lugares de miseria y degradación.

El distanciamiento de los antiguos trabajadores textiles de las formas habituales de socialidad se manifiesta en su reducido acceso a los servicios e instituciones públicas, incluidas aquellas que están dirigidas a todos y cada uno de los ciudadanos de Ahmedabad. Este estado de exclusión va acompañado de una pérdida de control sobre las condiciones que determinan la calidad de sus vidas ahora y en el futuro. La discriminación del mercado acerca de cómo viven y trabajan refuerza su agudo sentido de penuria y asegura que no disfruten de las mismas oportunidades para mejorar su situación. Los miembros de grupos estigmatizados —musulmanes, *dalits* y otras minorías sociales expuestas individual y colectivamente a prácticas discriminatorias— buscan de manera natural el contacto con su propia clase para obtener protección y apoyo mutuo. Sin embargo, una vida de dependencia va acompañada de una limitación de las opciones y de un empeoramiento de la posición social. El endeudamiento obliga a los antiguos trabajadores textiles a vender su mano de obra y la de otros miembros del hogar y a aceptar un salario más bajo a cambio de un anticipo. Esta dependencia restringe otras opciones e inversiones en formas de solidaridad horizontal que contradicen las lealtades primordiales. Hay una apremiante necesidad de retirarse a su propio nicho comunal y de permanecer alejado de otros segmentos sociales.

Los trabajadores textiles desempleados no son los únicos habitantes de los distritos industriales que han sufrido el colapso de las grandes fábricas textiles. El impacto sobre el pequeño comercio, los servicios y el transporte de las áreas textiles ha sido enorme porque la demanda de servicios de una amplia variedad de tenderos, vendedores callejeros y artesanos, procedía principalmente de este relevante segmento de la población trabajadora empleada en el sector formal de la economía. Muchos de sus clientes se han vuelto sus competidores. La afluencia de hogares expulsados del sector formal ha aumentado la presión sobre la ya frágil existencia de los trabajadores en la economía informal. La competencia por el trabajo ha producido muchas tensiones y conflictos, tanto en las áreas de residencia como en el lugar de trabajo. El proceso de nivelación a la baja se ha hecho evidente con la propagación de la miseria y ha ayudado a crear una atmósfera de concentrada depresión.

Grados de vulnerabilidad

Desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, los *chalis* y las vías laterales de las calles están abarrotadas de gente. La gran mayoría son varones de todas las edades, echados, sentados, de pie frente a sus casas o dando vueltas en pequeños grupos. Salen a la calle para matar el tiempo porque para ellos no hay mucho más que hacer. Las mujeres que no están realizando un trabajo en el exterior tienden a quedarse en casa, no solo por un código de conducta que no les permite moverse libremente, sino también porque están más ocupadas que sus compañeros varones con toda clase de tareas del hogar y en aprovechar su trabajo a través de un empleo retribuido.

Pocos trabajadores del sector informal de la economía consiguen trabajar más de veinte días al mes. Los vendedores callejeros parecen ser los más afectados por las variaciones estacionales que les impiden alcanzar un ritmo de trabajo fijo. Los días que llueve, hace frío o mucho calor, hay menos demanda de sus servicios y tienen que afrontar un considerable descenso de sus ingresos. Los jornaleros se ven afectados de forma similar. Esos días van a los diversos mercados de trabajo de la ciudad donde se realizan los contratos solo para verse rechazados. Lo mismo sucede en las obras de la construcción donde buscan trabajo como peones sin cualificación. Sin embargo, sería incorrecto atribuir la impredecible naturaleza del trabajo al aire libre simplemente a las inclemencias del tiempo. También puede interrumpirse con los días de fiesta o con las alteraciones del orden público como disturbios o tensiones políticas. Los cambios estacionales en la economía de la ciudad, causados por flujos no tan transparentes del capital industrial y mercantil en el sector informal, tienen un impacto mayor sobre la masa de trabajadores de este sector que sobre sus equivalentes del mejor regulado sector formal. No se sabe demasiado sobre la naturaleza y los efectos de estas tendencias cíclicas y erráticas. También afectan a los que trabajan en casa, cuyos medios de ganarse la vida quedan totalmente ocultos de la vista pública. El hecho de que aparentemente estén disponibles para trabajar en cualquier momento no significa que trabajen siempre. La entrega de materias primas es irregular, el suministro eléctrico poco fiable y los contratistas repercuten las fluctuaciones de la demanda del producto final sin el menor escrúpulo.

La gran cantidad de tiempo que no se emplea en un trabajo remunerado no significa que este vasto ejército de reserva disfrute de las muchas y erráticas horas de inactividad a su disposición. El ocio solía ser una idea familiar que surgió del modelo de empleo regular en las fábricas textiles. Cuando no trabajaban en el turno de noche, los hombres se podían reunir en pequeños grupos después de la cena y cantar canciones piadosas o entablar conversaciones en las esquinas de las calles. Salir solo o con toda la familia al mercado dominical en la ribera del río, o visitar a familiares que vivían

en otros barrios eran las salidas favoritas durante el fin de semana. Esos días han pasado. Aunque ahora se dispone de más «tiempo libre» no hay ni dinero ni energía para disfrutarlo como ocio.

No todos los trabajadores que han perdido sus empleos en las fábricas textiles han caído por debajo del umbral de pobreza. También están aquellos que no tienen que confiar única o principalmente en la venta de su mano de obra no cualificada. Entre ellos se hallan los propietarios de pequeños medios de producción como *rickschaws* motorizados, carretillas, puestos callejeros, parcelas de terreno o pequeñas edificaciones en zonas hiperdegradadas que no solo utilizan para su propio uso sino que también las rentan o alquilan. Aunque el porcentaje de trabajadores con acceso a diversas formas de pequeño capital no debe exagerarse, sus hogares están sin duda mejor que los de aquellos que no poseen ningún medio de producción. En el extremo contrario del abanico se encuentra un segmento extremadamente vulnerable de antiguos trabajadores textiles que, debido a la mala suerte o a la discapacidad, carecen de medios de producción y de consumo. Los hogares a los que pertenecían se han roto. Hay ejemplos de hombres que abandonan a su mujer e hijos incapaces de seguir cuidando de ellos, pero también hay casos de hombres arrojados de sus casas poco después de perder sus empleos en las fábricas textiles. Estas gentes, los ultraexcluidos, vagan por las calles como almas en pena mendigando y afligidos por una grave pauperización. Sus irregulares e inadecuadas comidas dependen de los *ramroti*, los centros de distribución de alimentos dirigidos por religiosos.

La vida en las zonas urbanas hiperdegradadas no se caracteriza solamente por la necesidad, la privación y el abandono. El cierre de las fábricas textiles también ha llevado a la disminución del espacio público en los asentamientos que las rodean. Los lugares donde la gente solía reunirse con sus compañeros de trabajo y con otros de diferentes identidades sociales son difíciles de encontrar en estos días. Ciertamente, también en el pasado las gentes de las fábricas textiles solían pasar la mayor parte del tiempo libre dentro o alrededor de la casa, principalmente en los confines del particular círculo comunal al que pertenecían. Los acontecimientos del ciclo de la vida o los festivales religiosos eran ceremonias públicas que en buena parte se celebraban al aire libre. Las escuelas de barrio a cargo del municipio eran un punto de contacto donde los niños no solo demostraban las habilidades aprendidas en la intimidad de la vida familiar para tratar con «otros», sino donde también hacían amigos de otras procedencias. La gente que vivía cerca era invitada para compartir la comida y la diversión, incluso aunque tuvieran otras costumbres. Había clubs deportivos donde se enseñaba lucha libre, boxeo y otros deportes, independientemente de la casta u origen comunal. Los espectadores de los encuentros también estaban mezclados. Las salas de lectura creadas en todos los distritos industriales por la

Asociación de Trabajadores Textiles (ALT) también eran importantes lugares de encuentro. Se daban clases por la mañana y por la tarde para enseñar a leer y escribir a los adultos y a los que habían abandonado la escuela a una edad temprana. Más tarde, muchos de estos centros fueron incorporados al Consejo de Bienestar Laboral, un organismo oficial establecido bajo los auspicios del gobierno municipal. En los últimos años algunos de estos lugares han cerrado por falta de fondos. La corporación municipal decidió cortar el gasto social y los asistentes han disminuido. Aparte de la incapacidad de los usuarios, tanto hombres como mujeres, para pagar los muy modestos honorarios por los diversos cursos, o por las guarderías donde los niños pequeños podían quedarse unas cuantas horas al día, esta gente también ha perdido su afán por emplear las horas «libres» en actividades constructivas. Su tiempo lo consume la búsqueda de trabajo o simplemente el permanecer «ocioso». Aventurarse en las formas y circuitos habituales de socialidad se ha convertido en una opción que muchos hogares, en el entorno de los antiguos trabajadores textiles, ya no pueden permitirse.

La falacia del desarrollo paralelo

Un paradigma que ha dominado el desarrollo de la literatura poscolonial en la segunda mitad del siglo XX sugiere que la inclusión es una tendencia histórica que abarca a cada vez más gente en diferentes partes del mundo. Este particular modo de hacerse ilusiones sugiere que el proceso de transformación, tal y como se ha producido en las economías occidentales, se repetirá a escala global y finalmente dará origen al tipo de sociedad urbana o industrial que inicialmente surgió en el hemisferio norte a ambos lados del Atlántico. Sin duda, esa trayectoria histórica también fue difícil de predecir en sus comienzos. Hacia finales del siglo XIX había sólidas dudas acerca de que las clases inferiores en las sociedades occidentales fueran capaces de encontrar su lugar en la nueva sociedad industrial que se estaba construyendo. La doctrina del darwinismo social estaba basada en la suposición de que no toda la gente pobre podía, o por esa razón debía, alcanzar una vida humana digna. En la lucha por la supervivencia solamente los más aptos en el proceso de selección natural serían capaces de reunir las condiciones que permitían un futuro mejor. Cuando se les comparaba con los pobres dignos de ayuda, mantenidos como ejército de reserva de trabajo, los pobres que no eran dignos de ayuda, estaban etiquetados como una carga para sí mismos y para la sociedad en general. Este considerable segmento de los pobres era culpabilizado de su propia pobreza. No teniendo nada útil que aportar, su misma presencia se consideraba un riesgo para la estabilidad y la cohesión social.

La posterior inclusión de estos grupos marginados en las formas y circuitos habituales de socialidad fue el resultado de un proceso de industrialización extremadamente intensivo en trabajo. El bajo nivel de tecnología, aunque

umentara rápidamente, permitió la inserción de la mano de obra de hogares obligados a abandonar la economía agraria o rural. Lo que llegó a redefinirse como *la cuestión social*, condicionada por una parte por la creciente confianza en sí misma de las clases inferiores y, por otra, por la aceptación por las clases superiores de que el coste de la exclusión podría ser mayor que el de la inclusión, tuvo su origen en una economía en expansión que necesitaba la fuerza de trabajo de las masas que vivían en la pobreza. No hay ninguna indicación clara de que este escenario de desarrollo, que se produjo dentro del marco del Estado-nación, haya sido reproducido a escala transnacional un siglo después. Por el contrario, la enorme brecha entre los pobres y los no pobres sigue todavía ensanchándose.

La suposición de un desarrollo paralelo explica por qué, en la era poscolonial, políticos y estrategias han declarado que «pronto» o «en un futuro cercano» la gente ya no vivirá en la pobreza. Aunque admitían que la lucha contra las privaciones llevaría tiempo y dependía de todo tipo de condiciones previas, no negaban que elevar a un número cada vez mayor de personas, y finalmente a todas, por encima del «umbral de la pobreza» era algo que podía o incluso debía ser considerado. Un ejemplo bien conocido de ese modo de pensamiento era la idea del «goteo», que prometía que la gente con pocos o ningún activo iba finalmente a beneficiarse del proceso de crecimiento económico.

En consonancia con la idea de la inclusión como una tendencia histórica, el sociólogo británico T. H. Marshall especificó la distintas dimensiones del proceso de inclusión y las ordenó en orden secuencial: en primer lugar, la concesión de derechos legales que extienden el dominio de la ley a todos los ciudadanos; a continuación la concesión de derechos políticos que proclaman el sufragio universal y promueven la participación de todos en un marco democrático y, finalmente, la concesión de derechos socioeconómicos que encuentra su apogeo en el Estado del bienestar²⁷.

Ha habido episodios en la historia reciente de las sociedades desarrolladas que parecen señalar que la tendencia hacia la inclusión podría verse abruptamente detenida, o incluso revertida, provocando un deslizamiento hacia la exclusión. En la década de 1930, la recesión económica mundial expuso una vez más a mucha gente en los países industrializados a una situación de vulnerabilidad que encontraron difícil de aceptar precisamente debido a la mejora de su bienestar en las décadas precedentes. En 1933 se publicó un libro titulado *Die Arbeitslosen von Marienthal*, un estudio empírico acerca de los efectos del desempleo prolongado²⁸. La obra

²⁷ T. H. Marshall, *Social Policy in the Twentieth Century*, Londres, Hutchinson, 1975.

²⁸ M. Jahoda, P. Lazarsfeld y H. Zeisel, *Die Arbeitslosen von Marienthal* [Los desempleados de Marienthal], Leipzig, Hirzel, 1933.

se convirtió en un trabajo clásico de la literatura científica social sobre el significado de la pérdida del empleo remunerado para los hogares de los trabajadores de una sociedad industrial.

El escenario del estudio era una pequeña comunidad en los alrededores de Viena que como actividad económica tenía una gran fábrica textil y poco más. Después de los recortes en la producción y en las horas de trabajo a finales de la década de 1920, y en medio de la crisis que afectó a toda la Europa industrial, la fábrica cerró en 1930. Esto supuso la desaparición de la que era esencialmente la única fuente de empleo en este municipio rural. Con toda la mano de obra despedida, no menos de tres cuartas partes de la población local, 367 de los 478 hogares, se encontraron en una situación de acuciante y cruda pobreza. Al resumir sus hallazgos, los autores hablaron de *die müde Gesellschaft* (la comunidad cansada). Este subtítulo de su estudio expresaba los sentimientos de impotencia y desesperanza que abrumaban a esta gente. Solo una pequeña proporción de la población consiguió mantener un trabajo remunerado fuera del pueblo en el sector servicios, y un cierto número de personas mayores recibieron una pensión.

El estudio describe la respuesta de los hogares afectados en las fases posteriores, esto es, cómo pasaron de la inicial determinación a la resignación, a la desesperación y finalmente a la apatía. El enfoque psicológico-social pone de manifiesto cómo esta gente perdió su sentido del tiempo y cómo su rutina diaria –tan importante para una vida con significado– se fue deteriorando. Fuera del hogar se produjo un notable aumento del aislamiento, un declive de la implicación con el mundo exterior, institucional y organizativamente, junto con síntomas de envidia y sospecha en lugar de apoyo mutuo. La pauta está clara: un proceso de marginalización y una disminución del espacio psicológico que conduce a la alienación. El retrato demuestra lo tentador que es convertir a los propios pobres en responsables de su situación y pedirles cuentas de la condición de exclusión en la que se les hace vivir.

¿Cómo sobrevivieron los trabajadores austriacos desempleados en esos años de crisis? Ciertamente no porque encontrarán un trabajo remunerado, sino retirándose parcialmente a la autosuficiencia. Plantaron verduras o criaron conejos en un pequeño terreno alquilado por la fábrica o por el ayuntamiento. Sin embargo, mucho más importantes que estas modestas contribuciones hacia una impuesta autarquía fueron los subsidios por desempleo que recibieron del Estado cada quince días. El ciclo económico de los hogares afectados por el cierre de la fábrica giró alrededor de esta mínima paga. Las prestaciones fueron financiadas por contribuciones de empresarios, trabajadores y autoridades locales y el total acumulado en los años anteriores al cierre de la fábrica significó que hubo fondos suficientes para veinte o treinta semanas, después de lo cual los antiguos trabajadores textiles podían acogerse a las prestaciones

menores proporcionadas por un sistema de «subsidios» del gobierno. Esporádicamente, como en las festividades religiosas, el municipio o las organizaciones caritativas les proporcionaron alimentos. A principios de la década de 1930 el Estado del bienestar en Europa todavía estaba en construcción. No se extendería y completaría hasta bien pasada la Segunda Guerra Mundial, pero los fundamentos ya habían sido colocados en los primeros años del siglo XX. Cuando estalló la crisis económica a principios de la década de 1930, los gobiernos de la parte industrializada del mundo respondieron a la repentina llegada del desempleo y del empobrecimiento con programas de ayuda. Estos programas tomaron la forma tanto de apoyo financiero como de creación de empleo mediante la contratación de obras públicas. Son precisamente este tipo de programas públicos los que han faltado o han estado minimizados en la lucha global contra la pobreza, al hilo de las políticas de libre mercado impuestas a finales del siglo XX. La esencia de mi argumento en las páginas anteriores ha sido que las experiencias pasadas son importantes para definir, analizar y resolver las dinámicas de la inclusión-exclusión en lo que se llama el mundo en vías de desarrollo. Para promover la incorporación del conjunto de la población a las formas y circuitos habituales de socialidad y para evitar un regreso con fuerza de la doctrina del darwinismo social en la economía globalizada, el fuerte desequilibrio existente entre el capital y el trabajo tendrá que ser compensado. Semejante política correctiva necesita realizarse a escala trasnacional, nacional y local, y requiere: (i) la redistribución del capital (reformas agrarias en primer lugar); (ii) la creación de empleo y la garantía de la seguridad en el puesto de trabajo y (iii) la provisión de bienestar social concretado en términos de salud, vivienda y educación.

Las enormes diferencias que se han creado en el mundo actual no pueden corregirse sin conectar los mecanismos de la inclusión con los de la exclusión. Como ha sostenido por ejemplo Jeremy Seabrook, parece que el objetivo del discurso político oficial sea la supresión de cualquier conexión semejante:

La excusa más fácil es, como siempre, culpar a la «naturaleza», a la sequía, al exceso de población, al avance del desierto. Sin embargo, es nuestra propia naturaleza la que está profundamente implicada, por encima de todo, la naturaleza de nuestra sociedad y su desarrollo que ha conseguido recrear un duradero sentido del empobrecimiento a partir de las riquezas mismas que ha acumulado, y que nos ha hecho creer que el simple objetivo de la suficiencia para todos representa, para nosotros los ricos, no la emancipación sino una terrible pérdida que no hay que contemplar²⁹.

²⁹ Jeremy Seabrook, *Lanscapes of Poverty*, Londres, Blackwell, 1985, p. 175.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL TRABAJO NO LIBRE EN EL SUR DE ASIA *

Naturaleza y magnitud de la servidumbre por deudas

EN UN RECIENTE informe titulado *The Curse of Coercion*¹, la Organización Internacional del Trabajo llama la atención sobre una forma de coacción que se produce a gran escala, especialmente en el subcontinente del sur de Asia: el hecho de que millones de hombres, mujeres y niños no son libres para disponer de su fuerza de trabajo como ellos deseen sino que están unidos por deudas a su empleador. La servidumbre por deudas se describe de la siguiente forma:

El estatus o situación que surge de una promesa hecha por el deudor de utilizar sus servicios personales, o los de una persona bajo su control, como garantía por una deuda si el valor de estos servicios, razonablemente calculado, no se aplica a la liquidación de la deuda o si la duración y naturaleza de esos servicios no está limitada y definida².

Un préstamo concedido por un empleador a un empleado no siempre se puede considerar como una forma de servidumbre. La relación solamente se puede considerar como tal si el préstamo se facilita con la intención de disponer de la fuerza de trabajo del deudor y si el valor del préstamo es desproporcionado en relación a las condiciones impuestas, en escala y duración. Muchos de aquellos que pertenecen al enorme ejército de trabajadores que tienen poca o ninguna tierra –un gran segmento de la población trabajadora– se ven arrastrados a un estado de servidumbre al aceptar pequeños o grandes adelantos a cuenta de su fuerza de trabajo,

* Originalmente publicado como «The Political Economy of Unfree Labour in South Asia: Determining the Nature and Scale of Debt Bondage», *Indian Journal of Labour Economics*, vol. 52, núm. 1, enero-marzo de 2010.

¹ Informe global sobre el seguimiento que realiza la Organización Internacional de Trabajo (OIT) de la Declaración sobre los Principios y Derechos Fundamentales del Trabajo, International Labour Office, Ginebra, 2009, Informe I (B). La OIT aborda las prácticas de trabajo no libre en sus informes anuales y publica informes regulares sobre el tema. El informe más reciente sobre trabajo forzado se publicó en 2005.

² *Ibid.*, p. 8.

ya sea por parte de un empleador o de un agente suyo, y comprometerse a saldar la consiguiente deuda. La servidumbre por deudas es parte de un amplio abanico de prácticas laborales no libres, de las cuales el trabajo forzado es el modelo genérico. Mientras que este último tiene que realizarse bajo la amenaza del castigo y se basa en la coacción, la servidumbre es una forma de sometimiento que no se impone mediante sanciones no económicas. Por su «propia voluntad», es decir, porque no tienen otra elección, los trabajadores en régimen de servidumbre establecen una relación de subordinación que les niega cualquier poder real para disponer de su propia fuerza de trabajo. Merece la pena señalar que aunque en teoría pueda ser posible diferenciar entre trabajo voluntario e involuntario, en la práctica a menudo resulta muy difícil hacerlo: cuando un trabajador establece un acuerdo de empleo basado en el pago por adelantado, su mujer y sus hijos no tienen más opción que unirse al acuerdo. Para ellos no hay ninguna libertad de elección.

¿Cuánta gente vive y trabaja en un estado de no libertad? El informe de 2009 de la OIT afirma que 12,3 millones de personas en todo el mundo están atrapadas en regímenes de coacción –que van desde la esclavitud, el trabajo forzado o el régimen de servidumbre hasta las víctimas del tráfico de personas– y añade que esta cifra, habida cuenta de la falta de registros fiables o básicos, es sin duda una infravaloración del auténtico tamaño del problema. Esta incertidumbre sobre el alcance del trabajo no libre tiene sus raíces no solo en la falta de voluntad de los organismos oficiales por recopilar una información estadística sobre el fenómeno, sino también en la dificultad de establecer una clara línea divisoria entre trabajo libre y no libre. Las vidas de las masas trabajadoras en el fondo del sistema laboral en el sur de Asia presentan una amplia variedad de características que ponen de manifiesto una discriminación y privación de largo alcance que hace que la designación de trabajo libre y no libre sea un concepto muy elástico.

En otras palabras, las prácticas de trabajo libre y no libre no pueden describirse como una dicotomía absoluta, sino que tienen que contemplarse en términos de una escala deslizante, de una continuidad en la que solamente los extremos presentan un marcado y claro contraste. Habiendo dicho esto, algunas fuentes afirman que, solamente para el sur de Asia, la magnitud del trabajo no libre es casi el doble de la calculada para todo el mundo por el informe de la OIT, es decir, 25 millones de personas. Además, ese cálculo cubre solamente la categoría de trabajadores en régimen de servidumbre por deudas. Yo diría que las reservas que se puedan formular sobre la fiabilidad y, más especialmente, sobre la verificabilidad de los datos estadísticos no alteran el hecho de que la servidumbre por deudas en el sur de Asia es una importante característica de la miseria en la que se encuentran los escalones inferiores de la población trabajadora. El análisis que viene a

continuación se basa en el precepto de que la desmesurada pobreza debe considerarse como la causa principal de este modo de trabajo no libre.

El desvanecimiento de la servidumbre agraria

La servidumbre es una forma de sumisión que, en varias zonas del sur de Asia, se remonta al pasado precolonial. Se trataba de una relación de sometimiento en la que los trabajadores sin tierra quedaban atados a grandes terratenientes en un sistema agrario precapitalista. Los sirvientes se diferenciaban de los amos, que normalmente eran miembros de una casta superior, por su posición subordinada en el fondo de la jerarquía social, y al proceder de una casta baja o de una comunidad tribal, tenían que reconocer la superioridad económica y social de sus amos. El terrateniente no solamente explotaba la fuerza de trabajo de su empleado y de otros miembros de su hogar sino que también utilizaba a sus peones agrícolas, junto a sus cónyuges e hijos, para ganar poder y mejorar su estatus. Además de ser un empleado, el peón agrícola también era el protegido de un patrón y como tal estaba obligado a mostrar servilismo y obediencia. A la inversa, la relación de patronazgo significaba que, como protegido, el peón agrícola podía pedir el apoyo y protección de su amo terrateniente. Esto suponía que, a cambio de realizar las tareas que se le asignaban a él y a su familia, en la tierra, dentro y alrededor de la casa del empleador, con el ganado u otras actividades —un trabajo que variaba según la estación y con los cambios de exigencias del amo—, el peón recibía un salario que se consideraba suficiente para que se mantuviera él, su mujer y sus hijos. Idealmente, el convertirse en un siervo significaba tener la garantía de que las necesidades básicas quedarían cubiertas.

El relato de mi primer trabajo de campo en el sur de Gujarat, realizado en 1962 y 1963, abordaba la existencia y desaparición del sistema *hali*, como se conocía en la región a esta tradicional forma de servidumbre³. Mi conclusión era que la progresiva comercialización de la agricultura, y la transición a una producción capitalista en este sector de la economía cambiaron radicalmente la naturaleza de las relaciones entre los terratenientes y los sin tierra. La desaparición de la faceta de patronazgo en la interacción entre agricultores/terratenientes y los sin tierra, junto a la decisión de los primeros de cambiar a cultivos que no solo requerían menos mano de obra sino sobre todo una mano de obra menos permanente, significó que los terratenientes perdieron el interés por tener sirvientes fijos. Con la creciente monetización del consumo, la clase superior de la sociedad rural se dio cuenta de que era más barato reemplazar una mano de obra

³ J. Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat, India*, Berkeley, University of California Press, 1974.

permanente por una ocasional. El cambio se produjo en un largo periodo, desde finales del siglo XIX a mediados del XX y se reflejó en la gradual sustitución de los peones agrícolas por trabajadores a jornal. Por otra parte, había una creciente resistencia de los *hali*s contra el estado de servidumbre en que estaban obligados a vivir. Como he sostenido en otros lugares, es una equivocación creer que aceptaban sumisamente el yugo que se veían obligados a llevar⁴. La diversificación de la economía rural en la era poscolonial condujo a una expansión del mercado de trabajo y la generación más joven de trabajadores sin tierra respondió a esta evolución negándose a someterse a la servidumbre. Como partes interesadas, tanto los terratenientes como los trabajadores sin tierra pueden, en primera instancia, ser considerados responsables de la desintegración del sistema *hali*. En mi valoración, tiene mucha menos importancia el papel de las autoridades coloniales y poscoloniales en la desaparición de la antigua relación agraria en el sur de Gujarat, al mismo tiempo que considero marginales los tibios intentos de la sociedad civil por lograr la emancipación de la subclase trabajadora. Sin querer poner en duda sus buenas intenciones, mi análisis retrospectivo concluía que, al hacer hincapié en la mutua armonía en vez de en un conflicto de intereses, el movimiento social creado a partir de una concepción gandhiana acabó en un fracaso.

¿La forma tradicional de servidumbre ha desaparecido igualmente de todas partes del sur de Asia? En India no hay duda de que así ha sido, como detallan muchos estudios regionales. Por lo que se refiere a Pakistán, dudo de que sea así en todas partes. Las élites locales continúan teniendo una gran autoridad sobre la extensa subclase de trabajadores. Realmente, los gobiernos civiles o militares —el ejército ha tomado las riendas del gobierno durante largos periodos desde la independencia— han fracasado sistemáticamente en respetar o defender el derecho fundamental de la población trabajadora a vivir en libertad. Esto se aplica, por ejemplo, a los campesinos sin tierra en Sindh, que trabajan en régimen de aparecería una tierra de la que se ha apropiado una clase de grandes terratenientes y que se ven obligados a hacerlo así porque la fuerza bruta está presente. Su relación laboral está fundada en la deuda y el régimen represivo que sufren les deja físicamente cautivos de la elite política local. Investigar estas prácticas fue una estremecedora empresa exacerbada por la patente falta de voluntad de la organización internacional a la que tenía que comunicar mis conclusiones de poner fin a la falta de libertad de los aparceros exigiendo un necesario programa de reformas⁵.

⁴J. Breman, *Labour Bondage in West India: From Past to Present*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007.

⁵J. Breman y K. Lieten, «A Pro-Poor Development Project in Rural Pakistan: An Academic Analysis and a Non-Intervention», en *Journal of Agrarian Change*, vol. 2, núm. 2, 2002, pp. 331-355.

El hecho de que la situación que encontré en Sindh poco después del cambio de siglo no fuera de ninguna manera excepcional se demuestra con los contratos de trabajo que atan a los peones agrícolas a sus empleadores en el centro y sur de Punjab. Trabajan como sirvientes para los terratenientes y están unidos a sus amos de una manera que ya no se produce en India. La diferencia está indudablemente relacionada con la naturaleza autoritaria del orden político en Pakistán. Al contrario que en la India, donde se estableció el sistema estatal en consonancia con líneas democráticas inmediatamente después de la independencia, el sometimiento de las clases más bajas se ha mantenido intacto en el Pakistán rural. La enorme masa de campesinos sin tierra o con poca tierra se encuentra a merced de los terratenientes locales, que suponen una pequeña minoría de la población pero que disponen de la mayor parte de la tierra cultivable del país. La actividad agraria continúa estando fundada en el latifundismo. La total ausencia de cualquier clase de reforma agraria alguna, bajo gobiernos civiles o militares, no solo ha conservado las marcadas líneas divisorias entre clases sociales sino que las ha fortalecido con el crecimiento de la población.

También en India los sin tierra han sido excluidos de la redistribución de la propiedad de la tierra, pero en el contexto democrático introducido en 1947, los partidos políticos y el Gobierno tienen que tomar en cuenta las demandas de los grupos más necesitados para mejorar su situación. Aunque esas exigencias no han conducido a la superación de la extrema pobreza en los escalones inferiores, en los pueblos hay claras limitaciones para el dominio de los grandes terratenientes, la clase-casta de la que dependen los trabajadores agrícolas para ganarse su sustento. El desmantelamiento del sistema *hali* en el sur de Gujarat debe verse en parte a la luz de este cambio radical del clima social. En Punjab, Pakistán, los trabajadores de la tierra que carecen de sus propios medios de producción permanecen atrapados en una relación que les impide cualquier libertad de acción. De hecho, su situación se ha deteriorado como resultado del cambio en la década de 1970 hacia cosechas que no solo emplean menos mano de obra, sino que además proporcionan empleo en un ciclo irregular de intensa actividad y de paralización de la misma. Al reemplazar lo que eran acuerdos de aparcería por trabajo asalariado, este cambio ha provocado una progresiva proletarización de los campesinos sin tierra. Los terratenientes contratan sirvientes entre ellos, aunque solamente hacen un uso limitado de su trabajo para fines agrícolas. Como sirvientes, los sin tierra están a disposición de sus amos para las faenas agrícolas, pero también son protegidos con los que se rodean los terratenientes como muestra de su poder y estatus. La preferencia de la elite local por un estilo de vida semifeudal hace que mantengan un grupo de subordinados. El patrón se rodea de sirvientes no solo para utilizar su fuerza de trabajo, sino también

para destacar y reclamar protagonismo y, lo que es más importante, puede utilizar su séquito para demostrar su autoridad en el pueblo y más allá, con una exhibición de poder, si es necesario, respaldada con la violencia.

En un estudio basado en un extenso trabajo de campo, el antropólogo Nicolas Martin ha descrito las dimensiones económicas, políticas, sociales y culturales que determinan la relación de servidumbre con la que los terratenientes de un distrito del Punjab central mantienen al segmento sin tierra de la población en un estado de extrema subordinación⁶. Durante mi reciente estancia en Pakistán (2009), pude confirmar su descripción y su análisis. La falta de un trabajo adecuado que ofrezca perspectivas de una vida mejor en la economía urbana contribuye al aislamiento de este proletariado rural. Aunque se puedan haber abierto muchas industrias en las principales ciudades de la región, como Faisalabad, Sialkor y Multan, tienen poco atractivo para los sin tierra ya que ofrecen empleos de carácter informal (es decir, trabajo temporal en vez de permanente y sobre la base de un trabajo a destajo mal pagado). Las subclases rurales se quedan estancadas en el desempleo y, en esa situación, la servidumbre hacia el terrateniente se considera una opción que por lo menos garantiza que un trabajador sin tierra pueda satisfacer sus necesidades básicas.

Sin embargo, a pesar del comportamiento protector que proyectan los terratenientes y que les obliga a que sus protegidos tengan un mínimo nivel de vida, en la realidad no practican la generosidad que se espera de ellos. Los sirvientes están unidos a sus amos por la deuda, pero el crédito que necesitan para sobrevivir no lo obtienen como un adelanto por sus servicios. Forzados a vivir y trabajar en un estado de sometimiento, se espera de ellos que cumplan su deber de obediencia incondicional, pero no reciben la recompensa que necesitan para llevar una existencia mínimamente segura y digna. Eso significa que este proletariado rural debe estar disponible como una reserva de trabajo y que carece de margen para escapar de unas prácticas que no soportan la luz del día.

El hecho de que esta subclase sin tierra, que carece del empleo y de los ingresos necesarios, proporcione el *lumpen* que puede ser contratado para realizar actividades que caen fuera de los límites de la ley, muestra que la pobreza ha alcanzado un nivel que raya la miseria. Identificar toda la variedad de actividades que traspasan por completo los límites de la legalidad, como el extendido tráfico de armas y drogas y la utilización de la violencia como medio de advertir o castigar a oponentes y competidores, no debería ocultar el hecho de que detrás de los responsables que hacen el trabajo sucio están los terratenientes con sus contactos con los políticos y el gobierno. La

⁶ N. E. Martin, «Politics, Patronage and Debt Bondage in the Pakistan Punjab», Tesis doctoral, London School of Economics and Political Science, 2009.

situación que se ha desarrollado en Pakistán también explica por qué las masas con poca o ninguna tierra, constantemente excluidas del progreso económico y social, tienen pocas razones para ser leales a un Estado que es responsable de su marginación de la corriente principal de la sociedad. Tampoco debería sorprender que, en ausencia de cualquier mejora en sus condiciones de vida, estas clases desheredadas se muestren receptivas a los postulados de un movimiento religioso que pretende dismantelar el Estado y reestructurar radicalmente la sociedad sobre bases fundamentalistas.

En Nepal la servidumbre agraria solía producirse en forma de aparcería en la agricultura. Bajo el sistema *kamaiya*, los peones agrícolas realizaban un trabajo para el propietario de la tierra que cultivaban. La deuda que aseguraba que el aparcerero dependiera del terrateniente se conocía como *saunki*. Un criado de una casta inferior que, como consecuencia de su servidumbre ganara menos que un trabajador libre, era un *haliya*. Como se ha dicho anteriormente, el tipo de servidumbre agraria como la que todavía se practica en Pakistán, no se encuentra o es difícil de encontrar en India. Aunque la clase de los grandes terratenientes continúan manteniendo la posición dominante que ya habían adquirido, la reforma agraria aprobada tras la independencia ha provocado la desaparición del latifundismo.

En consecuencia, la economía agraria ha experimentado un desarrollo diferente al de Pakistán. Una segunda diferencia entre los dos países, quizá más importante, es el proceso en marcha en India de reemplazar a los peones agrícolas fijos por trabajadores a jornal. Además, la servidumbre agraria se ha reducido a una pura modalidad de empleo como consecuencia de la desaparición del patronazgo y de la dimensión política en el contrato con los terratenientes. De hecho ha evolucionado en un acuerdo poco satisfactorio para las dos partes, ya que el empleador todavía espera que su criado actúe con lealtad y deferencia mientras que este último trata de exigir unas formas y un nivel salarial que le permitan satisfacer las necesidades básicas de su familia y le protejan contra la escasez y los contratiempos. Lo que habría podido acabar en una progresiva vulnerabilidad fue mitigado por una diversificación del mercado rural de trabajo que se expandió con mayor fuerza que en Pakistán y que ha supuesto que la clase sin tierra tenga más oportunidades de encontrar empleo fuera de la agricultura y del pueblo. Además, el establecimiento de un sistema político democrático ha hecho una importante contribución al debilitamiento del tradicional estado de servidumbre agraria. A pesar de la directa y sostenida reluctancia de los sectores políticos para apoyar la emancipación de los trabajadores sin tierra, se ha demostrado imposible ignorar por completo a este segmento del electorado rural. El Partido del Congreso, especialmente, se presentó a sí mismo en el escenario nacional como el benefactor de los intereses de los segmentos económica y socialmente más desheredados de la población.

Sin embargo, una y otra vez las promesas no se han materializado en hechos, incluso hasta el punto de que, en algunos estados, la que fue una base leal y estable del Partido del Congreso ha trasladado su adhesiones a otros partidos que han prometido hacer todos los esfuerzos para reducir las arraigadas desigualdades en la jerarquía social. Dicho esto, es importante señalar que la comparación con Pakistán muestra la importancia de un aparato del Estado que se ha comprometido a defender los derechos –a la libertad y la representación– de todos sus ciudadanos. Sin duda, la práctica social en India puede ser criticada por no dedicar suficiente atención al reconocimiento y, especialmente, a la afirmación de los derechos elementales de las masas de pobres. Sin embargo, no es difícil identificar una multitud de programas y servicios dirigidos a aliviar sus privaciones y la discriminación con la que se ven obligados a vivir. Ya en una etapa inicial, se hicieron intentos para aumentar la activa participación de las comunidades más necesitadas y menospreciadas en la toma de decisiones políticas, reservando escaños para candidatos de estos segmentos desfavorecidos en las instituciones representativas hasta llegar a su participación en las políticas municipales de los pueblos. La política de discriminación positiva en el acceso a la educación y a empleos del sector público también demuestra el esfuerzo que se ha realizado para dar prioridad a la reducción de la brecha entre los que tienen y los que no tienen.

Durante los cerca de cincuenta años de mi trabajo de campo, no he observado una reducción de la desigualdad –de hecho, la tendencia parece ir en dirección opuesta– pero sin duda ha habido cambios en el equilibrio social. No hay duda de que los no pobres se han beneficiado mucho de la expansión económica, pero los pobres no se han vuelto más pobres y su desposesión y degradación social no es más profunda o angustiada. En mi opinión, los que viven en el fondo de la sociedad se han vuelto más enérgicos y se muestran cada vez más insatisfechos con la falta de progreso en la mejora de su condición. Ese cambio indica el desarrollo de una conciencia que excluye un regreso al sometimiento y a la servidumbre. De las diferencias en la conciencia emancipadora entre Pakistán e India no saco la conclusión de que los peones agrícolas en Pakistán carezcan de todo deseo de libertad e igualdad. Sin embargo, están obligados a actuar en una economía política que no les deja espacio para expresar ese deseo. En la India rural, el anterior sistema de servidumbre sin duda ha dejado sus huellas en las vidas de las clases trabajadoras. Sin embargo, el problema del proletariado rural en India ya no es el sometimiento impuesto desde arriba o, inversamente, carecer del poder necesario para resistirlo desde el rango inferior que ocupa en el fondo de la sociedad, sino cómo sobrevivir cuando es incapaz de satisfacer sus necesidades básicas debido a la combinación de un trabajo demasiado escaso y un salario demasiado bajo.

La frecuencia y propagación de la neoservidumbre fuera de la agricultura

¿Significa la desaparición de la servidumbre agraria en grandes zonas del sur de Asia, por lo menos en la forma en que se producía anteriormente, que la población trabajadora está ahora en posición de determinar por sí misma dónde, cuándo y para quién trabaja? Esa conclusión sería compatible con la clásica suposición de que la transición a un modo de producción capitalista se caracteriza por un sistema laboral basado en la libertad de movimiento. Sin embargo, es una suposición que sin duda tiene que ser reconsiderada en el caso del sur de Asia. La servidumbre por deudas no solo no ha desaparecido sino que todavía existe a gran escala. Quizá, incluso en un grado mayor que las tradicionales formas de servidumbre en la agricultura. Es una forma de trabajo no libre que ha recibido un fuerte impulso a medida que la economía capitalista ha pasado a ser la dominante.

Encontré por primera vez esta forma de servidumbre durante mi primera visita al sur de Gujarat en 1962-1963. En uno de los pueblos donde realicé mi trabajo de campo los trabajadores con poca o ninguna tierra abandonaban sus casas al final de la cosecha, cuando la estación de lluvias estaba acabando, para trabajar en los hornos de ladrillos o en las salinas cerca de Mumbai y regresaban poco antes del comienzo de las primeras lluvias. Mis informadores me dijeron que sus padres y abuelos ya estaban acostumbrados a pasar parte del año fuera del pueblo para realizar este trabajo de temporada. Las historias que escuché estaban confirmadas en una antigua monografía sobre el pueblo⁷. Los trabajadores eran contratados por un agente que trabajaba para el empleador, que sellaba el acuerdo hecho con el propietario de un horno para cocer ladrillos o de una salina pagándoles un adelanto, lo cual obligaba a los migrantes a ir con el contratista (*jobber*) cuando daba la orden de partir unos meses más tarde, después de que hubiera pasado el monzón. Al recibir un adelanto, los miembros de la cuadrilla podían sobrevivir en el periodo de fuertes lluvias, cuando el trabajo en los campos estaba paralizado. Esto les permitía hacer frente a sus necesidades básicas a pesar de no ganar suficiente del trabajo agrícola. Por su parte, proporcionando el adelanto a través de su agente, el empleador se aseguraba la mano de obra que necesitaba, de manera que cuando llegaba la estación seca de nuevo se podía poner en marcha la producción en su fábrica de ladrillos o en sus salinas. El adelanto era mayor si también se contrataba a la mujer y a los hijos. Los migrantes estacionales reembolsaban su deuda con su trabajo y el contratista se convertía en el capataz encargado de supervisar a la cuadrilla que había reunido. El destajo no se pagaba. En vez de ello recibían una asignación de grano para dos semanas

⁷ G. C. Mukhtyar, *Life and Labour in a South Gujarat Village*, Bombay, Longmans, Green and Co., 1930.

como comida y una pequeña suma de dinero para pagar otras necesidades. Esto no cambiaba una vez que habían cancelado la deuda. A partir de ese momento, iban acumulando un ahorro que no se pagaba hasta el final de la estación cuando regresaban a su casa. En otras palabras, la servidumbre suponía no solo el reembolso del dinero adelantado sino que continuaba mediante la retención del pago de los salarios y el aplazamiento de la liquidación hasta el fin de la temporada. El propio proceso de trabajo, extremadamente duro con una jornada de trabajo de catorce o más horas, y la miserable vida que los migrantes se veían obligados a llevar no se abordan en este ensayo.

Lo que quiero resaltar es que el estado de servidumbre por deudas en el que se encuentran los migrantes les niega cualquier derecho en relación a su empleo o a los frutos de su trabajo. Los trabajadores empleados a destajo en las fábricas de ladrillos, por ejemplo, ni siquiera saben lo que van a recibir por cada 1.000 ladrillos, ya que el precio solamente se establece al final de la temporada cuando el empleador ha comercializado los ladrillos y sabe cuál ha sido el valor de su producción. Eso significa que una gran parte de los riesgos del empresario se trasladan a sus trabajadores. En las muchas rondas de trabajo de campo que siguieron, mi atención ha permanecido centrada en el empleo de migrantes rurales en las fábricas de ladrillos. Es una industria que he estudiado constantemente, no solo en Gujarat sino también en Pakistán y Nepal. En Pakistán, la deuda con la que los propietarios de las fábricas contratan a su mano de obra en régimen de servidumbre se conoce como *peshgi*. Mi interés por esta tradicional rama de la industria con una multitud de trabajadores tan enorme, se debe a su significado para el proceso de urbanización. La localización de fábricas de ladrillos en la vecindad de las ciudades se relaciona con la enorme expansión del sector de la construcción, y por ello, del mercado de sus productos. La fabricación de ladrillos es muy similar en todo el sur de Asia: es una actividad estacional realizada en gran parte por trabajadores migrantes contratados a partir de un adelanto. Es importante señalar aquí que durante los cincuenta años en que he estado visitando fábricas de ladrillos, la organización del proceso de producción apenas ha cambiado. Sigue siendo una pequeña industria con un mínimo uso de tecnología y con una flexibilidad que permite adaptarse a la demanda. A pesar de ser muy intensivas en mano de obra, los salarios de los trabajadores solamente representan una pequeña proporción de los gastos totales de producción. Esto es sin duda una de las principales razones de que el trabajo no haya sido reemplazado por el capital.

Un segundo caso de neoservidumbre en la región donde realicé mi investigación se encuentra en la agroindustria. La creación de una red de canales de riego, finalizada alrededor de mediados del siglo pasado

después de la construcción de una presa en el río Tapti, produjo un cambio radical en el modelo de cosechas de la fértil planicie del sur de Gujarat. Los cultivos de arroz, mijo, algodón y legumbres que proporcionaban empleo todo el año para los trabajadores sin tierra locales, con diferencia la clase más grande en la economía agrícola, fueron reemplazados sobre todo por la caña de azúcar, que pasó a representar una parte cada vez mayor de la superficie cultivada, lo cual produjo un cambio radical en la organización del trabajo. La caña de azúcar es un cultivo intensivo en mano de obra que requiere un gran número de cortadores en el periodo de cosecha. Los molinos cooperativos construidos para procesar la caña suministrada por los agricultores siguieron el ejemplo de la agroindustria existente en Maharashtra y contrataron trabajadores de fuera para la temporada de corte en vez de utilizar el fondo de trabajadores de reserva que estaban disponibles en la zona. Los representantes de los molinos contrataron cuadrillas de cortadores de caña de regiones lejanas para la campaña que empieza a finales de octubre y dura, dependiendo del tamaño de la cosecha, hasta bien entrado mayo. Son contratados en el monzón, porque los trabajadores con poca o ninguna tierra no tienen en ese momento ningún ingreso con el que hacer frente a sus necesidades básicas. El agente que representa al molino paga a los contratistas un dinero por adelantado que ellos utilizarán para contratar una cuadrilla para el tiempo que dure la cosecha. En sus contratos, los contratistas también asumen la obligación de acompañar a los equipos de cortadores —normalmente formados por un hombre, su mujer y por lo menos un niño—, que forman sus cuadrillas en el viaje desde sus casas, y de regresar de nuevo con ellos al final de la estación.

En diversas publicaciones he hablado sobre la manera en la que este itinerante ejército de trabajadores es puesto a trabajar día y noche; cómo se divide el trabajo entre las cuadrillas y los equipos de cortadores; los campamentos que levantan al aire libre y que tienen que trasladar de un sitio a otro, y cómo organiza la dirección del molino estas actividades⁸. Aquí me concentro en la servidumbre por deudas que es la característica organizadora de este empleo estacional. El modo de pago por trabajo a destajo es idéntico al que es habitual en las fábricas de ladrillos. La aceptación de un adelanto implica la conformidad con la relación de endeudamiento que no deja otra opción al trabajador que partir de su casa cuando el molino avisa al contratista. No cumplir con el acuerdo solamente se tolera si el trabajador que ha recibido el adelanto puede encontrar a alguien para que vaya en su lugar. También los cortadores de caña devuelven con su trabajo el adelanto. Lo que les impide recuperar su

⁸ Recopiladas en J. Breman, *Wage Hunters and Gatherers: Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1994, capítulos, 2,3 y 5.

libertad y marcharse después de alcanzar este punto de inflexión es que el dinero que les deben no lo cobran hasta el final de la temporada. Hasta ese momento reciben una asignación en especie que es la justa para sus necesidades diarias de alimentos. Si uno de los equipos de cortadores decide abandonar antes, pierde el importe de los salarios que el molino les está «guardando». La combinación de pagar a la mano de obra por adelantado y después de que ha acabado la temporada significa que la servidumbre comienza cuando los trabajadores son contratados y dura hasta que el ejército de migrantes queda desmovilizado al final de la temporada.

Estas dos formas de servidumbre por deudas, que son frecuentes en el sur de Gujarat, la región donde realicé un repetido trabajo de campo durante los últimos cincuenta años, están ambas relacionadas con la migración estacional que tanto se ha desarrollado en la economía moderna. La apertura del campo, que ha recibido un considerable impulso gracias a la mayor facilidad con que se pueden cubrir las distancias, ha permitido la generalizada movilidad de la mano de obra. Sin embargo, esto sucede de una manera que no mejora la capacidad negociadora de los migrantes estacionales. Como hemos visto, quedan movilizados en un estado de inmovilidad. En el primer caso, los trabajadores con poca o ninguna tierra abandonan sus pueblos para trabajar en lejanas fábricas de ladrillos, mientras que en el segundo, un similar ejército de migrantes viene para cortar la caña de azúcar. Es importante resaltar que el flujo de trabajo en régimen de servidumbre no es una demostración de escasez de mano de obra local. Como ya se ha dicho, para cortar la caña los molinos de azúcar cooperativos en el sur de Gujarat se niegan a emplear a peones agrícolas de su propia región, que están disponibles en abundancia. Lo mismo sucede con la contratación de trabajadores para las fábricas de ladrillos. Cuando, durante una nueva etapa de trabajo de campo, fui a una fábrica en las afueras de una de las localidades de mi anterior investigación, descubrí que los trabajadores no procedían del pueblo. Los trabajadores del pueblo marchaban a trabajar a las fábricas de Mumbai, como habían hecho durante muchos años, mientras se contrataba a migrantes estacionales de zonas lejanas para trabajar en la fábrica que había abierto en el pueblo. ¿Por qué?

Los migrantes son más baratos y, además, se les puede hacer trabajar día y noche. Los empleadores pueden ejercer mucho más control sobre estos forasteros y saben cómo extraer el máximo de fuerza de trabajo de ellos. Yo pude complementar estos estudios particulares con muchos otros en la región de mi investigación, e informé en varias publicaciones sobre lo que se ha convertido en una práctica generalizada. En las zonas rurales del sur de Gujarat, por ejemplo, encontré trabajadores en régimen de servidumbre en las canteras y en la construcción de carreteras y canales. También en las ciudades encontré esta clase de trabajadores en talleres de corte de diamantes y

en otras industrias, cautivos de sus empleadores en condiciones de empleo no libre⁹. Con estos ejemplos me gustaría dejar claras tres características de la servidumbre por deudas: (i) que no es un remanente de anteriores formas de servidumbre; (ii) que se ha propagado a tal escala, tanto en la economía rural como en la urbana, que se halla tan generalizada o incluso más que el estado de no libertad en el que los peones agrícolas solían vivir, y (iii) que frecuentemente, aunque no siempre, supone una modalidad de empleo que requiere que los trabajadores migren lejos de sus casas. Por último, no tengo ninguna razón en absoluto para creer que los lugares de mi investigación son excepcionales en este aspecto. Hay evidencias que muestran que los regímenes de empleo que he descrito son típicos de los sistemas laborales de los circuitos inferiores de la economía en todo el sur de Asia.

¿Este sistema es fundamentalmente diferente de la forma de servidumbre agraria que caracterizaba la relación entre los terratenientes y los trabajadores sin tierra en la era precapitalista, tanto en el sur de Gujarat como en otras partes del subcontinente? Después de todo, la subordinación de los criados agrícolas también se basaba en la deuda que habían contraído al comienzo de su empleo. Igual que el *hali* no estaba obligado a trabajar sino que aceptaba voluntariamente el acuerdo: los que tienen poca o ninguna tierra, impulsados por su necesidad de sobrevivir, no tienen otra opción que vender por adelantado su fuerza de trabajo. Al contraer una deuda que puede ascender a 10.000 rupias o más, no tienen otra elección que renunciar a su libertad. Además, lo hacen sabiendo que están aceptando unas condiciones de empleo que no les permiten ningún derecho sobre el volumen, la naturaleza o el modo de trabajo que se espera que realicen o de lo que pueden ganar con su esfuerzo. En un interesante razonamiento, Mohapatra interpretaba la causa y el efecto en la dirección opuesta¹⁰. Desde su punto de vista, el factor impulsor en el sistema agrario precapitalista era la escasez de trabajo. Una subclase, excluida del acceso a la tierra estaba preparada para trabajar para los terratenientes a cambio de que se la garantizase su supervivencia. Formas posteriores de servidumbre, en la interpretación de Mohapatra, surgieron cuando la mano de obra dejó de ser escasa como resultado del crecimiento de la población y su inicial poder de negociación se convirtió en vulnerabilidad. Lo que anteriormente había sido reconocido como un derecho a un mínimo nivel de vida cada vez más tomó el carácter de una relación de endeudamiento, un cambio decisivo que las autoridades coloniales respaldaron imponiendo sanciones cuando trabajadores endeudados se negaban a cumplir lo que habían prometido a cambio de un dinero adelantado.

⁹ J. Breman, *Footloose Labour: Working in India's Informal Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966.

¹⁰ Prabhu P. Mohapatra, «From Contract to Status? Or How Law Shaped Labour Relations in Colonial India, 1780-1880», en J. Breman, Isabelle Guérin y Aseem Prakash (eds.), *India's Unfree Workforce: Of Bondage Old and New*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2009, pp. 96-125.

Los empresarios de la actualidad están preparados para formalizar acuerdos que incluyan un «préstamo» en la certeza de que pueden establecer unilateralmente el precio del trabajo, normalmente el más bajo posible y sin tener que hacerlo por adelantado, y que pueden adaptar su captura de hombres, mujeres y niños al ritmo de producción que dé mayores beneficios. Como los anteriores amos de los *halis*, los actuales empresarios también tiene un poder colosal sobre su mano de obra al atarla mediante la deuda, el cual permanece intacto incluso cuando la deuda queda saldada y se convierte en un crédito dada la negativa del empleador a pagar los salarios mientras siga necesitando una mano de obra a la que considera que tiene derecho. La similitud que veo entre la situación de entonces y la de ahora se fortalece por el hecho de que la servidumbre está profundamente consagrada en un entorno que está expuesto a la vulnerabilidad económica y a la privación social. Hay un vínculo demostrable entre la servidumbre por deudas y las procedencias de castas inferiores, comunidades tribales y minorías religiosas.

Desde mi punto de vista, todas las reservas que se hagan sobre las diferencias entre las prácticas de servidumbre del pasado y del presente no cambian el hecho de que ha habido un cambio fundamental. La servidumbre por deudas típica del actual modo de producción capitalista despliega con fuerza las características de una relación laboral en la que están mayor o completamente ausentes otras dimensiones distintas a las económicas. El empleador no está interesado en ganar poder o en elevar su estatus, ni está obligado a garantizar que sus empleados puedan satisfacer sus necesidades básicas al margen de lo que pueda durar el contrato de empleo. Reclama su fuerza de trabajo y esa, no una necesidad de actuar como patrono, es la razón por la que está dispuesto a pagar un adelanto. Entre el empleador y los trabajadores en régimen de servidumbre por deudas a menudo hay un intermediario que tiene una identidad similar a la de los trabajadores que recluta y del que se espera que actúe como jefe de la cuadrilla en el proceso de producción, pero que —como su empleador— no hace más que reclamar el producto del trabajo de su cuadrilla. El contrato de empleo no contiene ninguno de los aspectos sociales y culturales que daban a la relación entre los siervos agrícolas y sus amos una cualidad más global. Esta reducción del trabajo a una mercancía pura y simple también se hace evidente al especificar exactamente quién entra en el contrato. Además de aquellos a los que en primer lugar se aplica el acuerdo, normalmente un hombre, la cantidad de dinero adelantado aumenta si su mujer e hijos también están preparados y dispuestos para trabajar. Esto significa, de hecho, que el hombre puede pedir un adelanto mayor extendiendo su propia servidumbre para incluir a los miembros de su hogar.

Una segunda diferencia significativa es que los contratos de empleo ahora son válidos para un tiempo limitado. Especialmente en el caso de migración estacional, falta el vínculo de por vida que era característico de la tradicional servidumbre agraria y que a menudo pasaba de generación en generación. Me inclino a atribuir la menor duración de los contratos de empleo vigentes en las prácticas de neoservidumbre a la falta de voluntad de los empleadores para contratar por periodos más largos de lo estrictamente necesario. En cualquier caso, la reposición regular de la mano de obra no está motivada por alguna limitación del grado de control del empleador. Los trabajadores siempre son contratados y despedidos donde, cuando y en la medida en que hacerlo beneficia al empleador.

La limitación de la cantidad adelantada a los potenciales empleados obedece a que los empleadores tratan de protegerse contra el riesgo de impago por parte de los primeros. Por su parte, los trabajadores intentan limitar el tamaño de la deuda que contraen, ya que saben muy bien que la servidumbre reduce el valor de su fuerza de trabajo y significa que no tienen voz sobre las condiciones de su empleo. También son conscientes de que la falta de libertad inherente a la servidumbre por deudas reduce su autoestima e impone sobre ellos un comportamiento de subordinación que es incompatible con su deseo de vivir y trabajar en libertad. La aceptación de los adelantos puede deberse a una incapacidad permanente para hacer frente a las necesidades del hogar, para tener unos ingresos suficientes o para encontrar suficiente trabajo. La necesidad de capitalizar por adelantado su fuerza de trabajo, sin embargo, puede surgir también de la falta de alternativas para obtener dinero para cubrir los costes de acontecimientos de la vida como nacimientos, entierros y bodas, construir una casa o pagar un tratamiento médico. En estos casos, la servidumbre ofrece una solución a cambio de una temporal pérdida de libertad. Esta variabilidad es una de las razones por la que es difícil cuantificar el volumen de la mano de obra expuesta a la servidumbre por deudas en un momento u otro.

La magnitud del trabajo no libre y los tibios intentos de poner fin a la servidumbre por deudas

Se han aplicado varios métodos para especificar un criterio útil para la definición de las prácticas de trabajo no libre. Una sentencia del Tribunal Supremo de India de hace algunos años establecía que no pagar el salario mínimo obligatorio podía considerarse una evidencia de servidumbre. Sin embargo, esa es posiblemente una referencia excesivamente rigurosa y produce unos resultados poco fiables. Una retribución por debajo del salario mínimo obligatorio no significa necesariamente que los trabajadores estén atrapados en una situación de servidumbre. Un método más laborioso de recopilar evidencia factual, pero sin duda más preciso, es

hacer estimaciones de la servidumbre por deudas sobre la base de estudios concretos en varias ramas de la actividad económica y de su proliferación regional. Un inventario superficial de trabajadores implicados en relaciones laborales basadas en la deuda muestra que realmente se trata de una práctica permanente en muchos sectores de la economía. En primer lugar y sobre todo en la agricultura. El número de peones agrícolas que están empleados a lo largo del año por grandes terratenientes ha descendido rápidamente en las décadas pasadas, pero las empresas agroindustriales hacen una extensa utilización del trabajo endeudado para una amplia variedad de operaciones, especialmente durante la cosecha. En el sur de Gujarat la principal actividad es cortar la caña de azúcar, pero el trabajo en régimen de servidumbre se utiliza en todo el medio rural del sur de Asia para recoger algodón, recolectar y procesar tabaco, en molinos arroceros, explotaciones de té y en otras plantaciones¹¹. La servidumbre por deudas en la silvicultura y en la pesca también está muy extendida pero es difícil de identificar. Desde finales de la década de 1970, la economía rural ha sufrido un proceso de diversificación que ha ido acompañado por nuevas oportunidades de empleo, a menudo recurriendo a la servidumbre por deudas. Eso se aplica a las industrias de transformación que casi sin excepción están organizadas sobre una base informal, como fábricas de ladrillos y las canteras, la minería, la construcción y la reparación de carreteras, la creación de canales de riego, el tendido de oleoductos y otros proyectos de infraestructuras.

En el sector urbano informal también se producen otras formas de neoservidumbre a gran escala en los talleres de corte y pulido de diamantes, el tratamiento de gemas, la fabricación de brazaletes, el soplado de vidrio, la producción textil, los talleres de bordados y de tejido de alfombras, la manufactura de barras de incienso y de cerillas, los embalajes y los juguetes, etc. Una multitud de suministradores de servicios caen dentro de la categoría del trabajo en régimen de servidumbre, como los vendedores callejeros que están endeudados con sus proveedores, y una amplia categoría de empleados del hogar que, por la misma razón, no son libres para cambiar de empleo. A menudo, aunque de ninguna manera siempre, los trabajadores endeudados son migrantes estacionales que están contratados por una temporada o por un periodo sin especificar. Su lugar de trabajo algunas veces es una local comercial, quizá al aire libre, pero en otras ocasiones trabajan en su casa. Una amplia variedad de documentos ponen de manifiesto la existencia de prácticas de servidumbre en todas estas ramas de la actividad económica. La distribución por grupos de género y edad varía de sector en sector. Algunas veces un contrato de trabajo se aplica a todos los miembros del hogar que pueden trabajar, pero otras

¹¹ J. Breman *et al.*, *India's Unfree Workforce*, cit.

se aplica específicamente a un hombre, a una mujer o a un niño. Tomando en cuenta todas las variaciones de grado y duración, yo calculo que no menos del 10 por 100 de la población trabajadora en el sector informal de la economía rural y urbana de India, que totaliza 395 millones de personas en 2005¹², está empleada en condiciones que equivalen a servidumbre por deudas. Desde luego, el número de personas en todo el sur de Asia que trabaja en un estado de servidumbre temporal o permanente es mucho más alto de la cifra que he calculado para India: alrededor de 40 millones de hombres, mujeres y niños. En ausencia de estadísticas fiables sobre el alcance, la distribución sectorial y especialmente sobre las ocupaciones y modo de empleo de la población económicamente activa en Pakistán, Nepal y Bangladesh, mis estimaciones para el conjunto del subcontinente son incompletas.

La utilización de trabajo no libre no está permitida y, como firmantes de las convenciones de la OIT, los Gobiernos del sur de Asia se han comprometido a tomar acciones para evitarla o ponerle fin. La libertad para elegir dónde, cuándo y para quién trabajar, de hecho, ya estaba incluida en la Constitución india, pero el artículo en cuestión nunca se aplicó de forma efectiva. En parte como resultado de la presión internacional, India introdujo en 1976 la *Bonded Labour System (Abolition) Act*. En 1992, Pakistán anunció la aprobación de la misma ley y Nepal siguió sus pasos en 2000 con la prohibición del sistema *kamaiya*. A pesar de las sanciones que acompañan a estas disposiciones legales –incluyendo la redención de la deuda– no hay ningún seguimiento oficial que asegure su cumplimiento. El control de las autoridades no es sistemático, dando lugar a cifras que subestiman gravemente el alcance de las prácticas de trabajo no libre. Un director general del Ministerio de Trabajo de India ha declarado que el número de trabajadores en régimen de servidumbre en los años anteriores al cambio de siglo se limitaba a unos cuantos miles y que, en los años posteriores, la cifra había caído a no más de unos cuantos cientos. Sin embargo, un departamento diferente del mismo Ministerio afirmaba que entre 1996 y 2006, se había identificado a 286.000 trabajadores en régimen de servidumbre en varios estados de la Unión, de los cuales 266.000 fueron debidamente rehabilitados. De nuevo, un estudio encargado por el Tribunal Supremo en 1995 informaba que, solamente en el estado de Tamil Nadu, había un millón de trabajadores en régimen de servidumbre. Estas cifras son ejemplares por su carácter aleatorio. La única conclusión que se puede sacar de ellas es que los organismos oficiales son extremadamente reacios o simplemente no están preparados para investigar la

¹² Gobierno de India, National Commission for Enterprises in the Unorganized Sector (NCEUS), *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganized Sector*, Nueva Delhi, Academic Foundation, 2008, pp. 3-4.

verdadera escala del trabajo en régimen de servidumbre, ni siquiera aproximadamente. La Comisión Nacional para las Empresas en el Sector no Organizado, a la que me he referido anteriormente, resume la falta de información fidedigna en los siguientes términos:

Todavía no hay disponible ninguna estimación fiable de la magnitud del trabajo en régimen de servidumbre. En cualquier caso, la Comisión considera que el problema es de gran importancia a la vista de la abrumadora evidencia empírica que surge de un cierto número de estudios y encuestas. Los organismos oficiales han tendido a minusvalorar la incidencia del trabajo en régimen de servidumbre. De hecho, es casi un problema inexistente si se aceptan las cifras de sus informes¹³.

Antes de entrar a considerar la cuestión de qué actores, además de los organismos del Gobierno, tienen influencia en el predominio y abolición de prácticas de trabajo no libre o, alternativamente, se benefician de su mantenimiento, primero me gustaría llamar la atención sobre la llamativa ineficacia de las repetidas prohibiciones de la servidumbre por deudas. En primer lugar, está la rotunda negativa de que el problema ni siquiera exista. Un buen ejemplo de esta actitud evasiva fue la negativa del gobierno provincial de Bombay en 1948 a poner en práctica la recomendación de un comité de investigación oficial de abolir el sistema *hali* en Gujarat. Los ministros responsables en aquel momento, Morarji Desai —que más tarde sería primer ministro— y Gulzarilal Nanda —que llegaría a presidente de India— dictaminaron que ya que el sistema de trabajo en régimen de servidumbre nunca había estado legalmente reconocido, no podía ser declarado ilegal¹⁴. Otra razón para no tomar ninguna medida es la falta de perspectiva de los círculos del gobierno sobre la estructura y dinámica del sector informal. La Ley de 1976 que prohibía el trabajo no libre consideraba incorrectamente que la servidumbre por deudas se limitaba a la economía agraria. La prohibición se basaba en la suposición de que la forma de servidumbre que anteriormente ataba a los trabajadores sin tierra a los terratenientes todavía existía. Esto era una idea errónea que ignoraba por completo las prácticas a las que he calificado de neoservidumbre, dentro y más allá del sector agrícola y tanto en la ciudad como en el campo.

La última razón de la amplia indiferencia oficial, expresada en una benévola negligencia, es la retirada del Gobierno de la intromisión en la economía y el abandono de su papel de árbitro para asegurar la imparcial y justa consideración de los intereses tanto de empresarios como de trabajadores. A finales del siglo XX, se impuso la ideología neoliberal sin dejar espacio a ninguna otra doctrina que no predicara la no intervención y el irrestricto poder del libre mercado. Desapareció la estructura tripartita que

¹³ *Ibid.*, p. 108.

¹⁴ J. Breman, *Labour Bondage in West India*, cit., pp. 174-175.

había sido la columna vertebral de la legislación laboral, para ser reemplazada por negociaciones entre los actores directos, dejando el modo de empleo en manos de la oferta y la demanda. La informalización de la economía, que se desarrolló a una velocidad cada vez mayor, fue acompañada por la anulación o marginación de las leyes dirigidas a proteger al trabajo contra la explotación. Esto incluía acabar con la *Minimum Wage Act*, que fijaba el pago obligatorio de un salario por un trabajo a destajo o por jornada; la *Contract of Labour (Abolition) Act* que buscaba que los trabajadores ocasionales tuvieran contratos permanentes, y la *Interstate Migration Act*, bajo la cual los *jobbers* tenían que inscribirse para prevenir abusos en el reclutamiento de migrantes y en su traslado a lugares de trabajo lejanos. El cumplimiento de estas leyes había sido considerablemente relativo desde el principio, pero hacia finales del siglo XX su funcionamiento también carecía de un control efectivo. Los inspectores de trabajo tanto en India como en Pakistán recibieron instrucciones para dejar de inspeccionar y de molestar a los empresarios controlando sus prácticas laborales y de hecho, aquellos no utilizaron la legislación para perseguir a los infractores, sino solamente para amenazarles. Por ejemplo, en vez de imponer una multa a los propietarios de una fábrica de ladrillos y denunciarlos por retener los salarios, aceptaban recibir un soborno inferior que consideraban como un plus que añadían a sus salarios. Los trabajadores eran conscientes de esta corrupción generalizada entre los funcionarios del Gobierno, pero daban por supuesto, correctamente, que con la abolición de las leyes dirigidas a protegerles ahora estaban totalmente a merced de sus empleadores. Eso explica por qué, cuando los trabajadores de las fábricas de ladrillos en las afueras de Lahore se pusieron en huelga en enero de 2008, sus exigencias de aumentos salariales fueran acompañadas por un llamamiento al Ministerio responsable para que los inspectores de trabajo retomaran sus obligaciones. Al final de la manifestación durante la que los huelguistas coreaban estas reivindicaciones, la policía irrumpió con porras con el pretexto de restaurar la paz y el orden.

La suposición de que el gobierno ha dejado de interferir en la economía debe ser matizada en el sentido de que el apoyo y protección que presta el Estado al capital ha aumentado en vez de disminuir. Un aspecto de este sesgo hacia una mediación interesada es que las autoridades descuidan el control y la identificación de los empresarios en los circuitos inferiores del sector informal de la economía que utilizan la servidumbre para minimizar los costes de la mano de obra, de tal manera que sus trabajadores quedan sin espacio para resistirse a su cautividad. En los últimos años, ha crecido la conciencia en los círculos políticos y estratégicos de que la servidumbre por deudas es un modo de empleo que se produce a gran escala y en muchas ramas de la industria. La sostenida tendencia a considerarla un remanente

de las tradicionales relaciones entre terratenientes y trabajadores sin tierra en el sector agrícola ya no se mantiene. El reciente informe de la OIT sobre trabajo no libre señala que por lo menos ha sido posible analizar el problema y que el tabú que ha evitado que recibiera la atención de los organismos oficiales ha sido eliminado. Indicativo de este replanteamiento es un memorándum conjunto redactado por la OIT en India y el Ministerio de Trabajo que establecía la esencia del trabajo en régimen de servidumbre en los siguientes puntos:

1. El carácter del trabajo en régimen de servidumbre en India estaba evolucionado y cambiado con el tiempo y ya no se caracterizaba por ser una práctica que afectara solamente al sector agrícola.
2. Los adelantos en metálico a los empleados por parte de empleadores, anteriormente la principal raíz del endeudamiento, ahora existen en diferentes acuerdos monetarios alternativos. Sin embargo, la principal característica de la servidumbre por deudas sigue siendo la ausencia de pagos regulares por parte de un empleador a un empleado, al valor del mercado, por un trabajo y unos servicios ya proporcionados. En algunos casos, los trabajadores no reciben ninguna remuneración en absoluto.
3. Las víctimas de la servidumbre por deudas a menudo pertenecen a grupos vulnerables y marginados (Castas y Tribus Reconocidas) que consciente o inconscientemente desconocían sus derechos y que carecían de acceso a créditos formales.
4. El papel de los intermediarios que contratan mano de obra para el empleador principal complicaba las cosas y siempre violaba las normas internacionales del trabajo que establecen que esos servicios se deben proporcionar gratuitamente al trabajador.
5. Los problemas de definición agravados por un cierto número de sentencias del Tribunal Supremo de India en un intento por hacer que la ley sea más efectiva.
6. Una débil implementación en los estados en relación al complicado sistema de aplicación de la ley y de sus normas, que a menudo exige la actuación de una administración de distrito que ya está sobrecargada.

En resumen, el memorándum (sin fecha ni firma)¹⁵ se cierra señalando que, aunque la connotación sociocultural adscrita al trabajo no libre ha cambiado radicalmente, la pobreza y las condiciones que condujeron al empobrecimiento deben señalarse como la principal causa de la servidumbre. Yo apoyo totalmente esta prometedora conclusión. Sin embargo, no va seguida por un programa de acción concreto. El memorándum se refiere a

¹⁵ Gobierno de India, *Bonded Labour: Report of the Sub-Group on Child Labour and Bonded Labour*, Nueva Delhi, Ministerio de Trabajo, 2009.

la necesidad de fortalecer el estatus económico y el poder social de los hogares sin establecer cómo lograrlo. A los trabajadores que son liberados de la servidumbre, sin embargo, se les promete una cantidad mayor para su recuperación (5.000 rupias en vez de las 1.000 que reciben ahora) y un subsidio de desempleo temporal hasta que encuentren otro trabajo asalariado o pasen a trabajar por su cuenta de acuerdo con la última moda estratégica. También hay que crear un fondo nacional que permita que estas medidas se lleven a la práctica. Yo tengo que hacer dos críticas a estas recomendaciones. La primera es que los fondos públicos no deberían utilizarse para comprar la libertad de los trabajadores de manos de unos empresarios que utilizan la servidumbre por deudas para maximizar sus beneficios. La segunda es que la obligación de encontrar otro empleo, mejor pagado, no se puede imponer por las buenas a una gente que está obligada por una pobreza excesiva a trabajar y vivir en un estado de constante y recurrente falta de libertad.

La intervención necesaria para poner fin al trabajo en régimen de servidumbre

En respuesta a la pregunta de cómo eliminar el trabajo en régimen de servidumbre, diferencio dos formas complementarias de intervención, una basada en la acción directa y la otra más indirecta. En primer lugar, una intervención del Gobierno en el sistema laboral aprobando la prohibición de la clase de neoservidumbre descrita anteriormente, haciendo que los empresarios que violen la prohibición sean perseguidos por la ley y asegurando su estricto cumplimiento, sin duda alcanzaría el objetivo deseado en un plazo relativamente corto. Al mismo tiempo, debería estar claro que este planteamiento directo tiene pocas o ninguna posibilidad de tener éxito. De forma generalizada, el Gobierno fracasa continuamente en imponer cualquier limitación a la explotación y sometimiento en la que el segmento más vulnerable de la población trabajadora, las masas mal pagadas y sin educación en la base del sector informal, se ven obligadas a vivir. Este fracaso se debe a la suposición de que el crecimiento económico depende de que se mantenga o no una política de mano de obra barata. También es la razón de que una serie de leyes laborales de las décadas de 1960 y 1970 solo se impusiera a medias o se ignorara por completo y que durante una fase posterior, de incluso más reticencia fueran derogadas o suspendidas hasta nuevo aviso. A la luz de este sombrío balance, es muy poco probable que el gobierno llegara a imponer una prohibición sobre la servidumbre por deudas.

La oficina regional de la OIT ha defendido una aproximación basada en consultas tripartitas entre empresarios, empleados y organismos oficiales. Los informes sobre proyectos piloto a escala de distrito en el sur de India las describen como razonablemente satisfactorias, pero mis presentimientos me dicen que una evaluación más objetiva realizada desde fuera podría no confirmar la afirmación de que, si se prosigue el curso actual, el fin de la

servidumbre por deudas está a la vista. Mis reservas se basan en primer lugar en la falta de suficiente representación del propio entorno de los trabajadores, un segmento que está expuesto a la discriminación y que difícilmente puede defender sus intereses mediante la acción colectiva. La Administración del distrito está implicada en el Foro de Acción Conjunta o en los Comités de Vigilancia que se han creado de una manera que recuerda el papel de árbitro que solía desempeñar el gobierno en el pasado. Pero estos comités han demostrado existir solamente en el papel y sus miembros pocas veces o nunca se reúnen para discutir lo que hay que hacer o lo que se ha hecho¹⁶. El argumento de que el aparato del gobierno local está demasiado sobrecargado como para ser capaz de cumplir esta tarea extra oculta adecuadamente la verdadera razón por la que se niega a intervenir: la indiferencia oficial o el sabotaje directo de los esfuerzos para poner fin a la miseria y subordinación social que genera esta modalidad de trabajo. Pero, desde mi punto de vista, el fracaso de lo que se presenta como un esfuerzo concertado de todas las partes interesadas es mayormente el resultado de la falta de voluntad de los empresarios para cooperar voluntariamente con regulaciones que les negarían el derecho a emplear una mano de obra en un estado de servidumbre. Su determinación por mantener este sistema se debe a que lo utilizan no solo para ahorrarse costes salariales, sino también para tener a su disposición una mano de obra que pueden utilizar y explotar a voluntad. Consiguen tener éxito en su empresa de reclutar una mano de obra barata y maleable gracias a la mediación de agentes que actúan como *jobbers* y jefes de cuadrillas. El establecimiento de unas relaciones laborales en las que la libertad del trabajador tenga prioridad inevitablemente conduciría a una subida del precio del trabajo y por ello el cambio del equilibrio entre el mayor beneficio posible para el empresario y los costes de un nivel de vida digno para su mano de obra no se producirá con facilidad. Cualquier estrategia dirigida a liberar al trabajo que dependa de la aprobación de aquellos que minimizan sus costes de producción atando a los trabajadores que contratan, está condenada a acabar en un fracaso.

La reluctancia de los estrategas políticos del sur de Asia para emprender una decidida acción contra las prácticas de trabajo no libre, en combinación con la naturaleza arbitraria y el despreciable impacto de las intervenciones oficiales que, habida cuenta de los compromisos internacionales del Gobierno, no pueden ignorarse por completo, significa que aquellos que desean ver el final de la servidumbre por deudas deberían poner sus esperanzas en la presión de la sociedad civil. Desde esta perspectiva, los movimientos sociales luchan por la emancipación del trabajo haciendo lo que políticos y burócratas no hacen. La acción civil, sin embargo, no siempre toma la forma de apoyo incondicional a

¹⁶ J. Breman *et al.*, *India's Unfree Workforce*, cit.

los oprimidos. Los trabajadores sociales gandhianos, por ejemplo, que hacían campañas antes y después de la independencia para poner fin al sistema *hali* en Gujarat, pedían al proletariado sin tierra que mejorara su modo de vida renunciando a toda clase de «malas costumbres» que les hacían aparecer incivilizados. Desde el punto de vista gandhiano, el perfeccionamiento personal y la reconciliación de los intereses de peones agrícolas y terratenientes eran la única manera de alcanzar el progreso. La organización, creada para mejorar las vidas de los pobres, estaba condenada a un fracaso seguro desde su mismo comienzo debido a su actitud paternalista¹⁷.

En el otro extremo del espectro, encontramos a activistas que no tienen miedo de enfrentarse a los empresarios, pero que lo hacen de tal manera que su éxito es efímero e incluso puede acabar en el fracaso del objetivo de su intervención. Con esto me refiero a las operaciones de «rescate y liberación» que se dirigen a liberar a trabajadores no libres de sus lugares de trabajo. Las incursiones se realizan sobre una fábrica de ladrillos en el campo o sobre un taller urbano para liberar a hombres, mujeres y niños del confinamiento en el que se les mantiene. Las incursiones y sus resultados se graban en vídeo en un espectacular intento por movilizar la simpatía pública hacia las víctimas. Mi crítica de estos métodos es, en primer lugar, que sugiere que las víctimas están obligadas a trabajar bajo la amenaza de la violencia física. Con unas pocas excepciones, este supuesto es falso y descansa en la errónea concepción de que la servidumbre por deudas está impuesta por el empresario sin el consentimiento del trabajador. Mi segunda reserva es más fundamental: el impacto que alcanzan las incursiones es solamente a corto plazo. Los activistas sociales que las realizan no tienen la capacidad para llevar su apoyo hasta una verdadera recuperación, es decir, a ofrecer a la gente que liberan unas perspectivas de una vida mejor. Sin eso, la liberación solamente será temporal y la recaída en la servidumbre, con el mismo o con otro empleador, inevitable. La implicación práctica de organizaciones no gubernamentales es excepcionalmente útil y deseable siempre que su voluntad por actuar vaya acompañada por el reconocimiento de los límites de lo que pueden lograr, tanto en términos de impacto como de consecuencias. Desde mi punto de vista, la acción directa dirigida a poner fin a la servidumbre por deudas choca con un gobierno reticente y contrario, con la oposición directa de los empleadores, con el inadecuado alcance de las organizaciones de la sociedad civil y con una falta de firmeza colectiva entre el segmento de la población trabajadora expuesta a esa servidumbre. Esta conclusión no significa que todos los esfuerzos de la sociedad civil para resolver el problema estén condenados al fracaso. Sin embargo, cuando la

¹⁷ J. Breman, *Labour Bondage in West India*, cit.

extrema pobreza es la principal causa de la necesidad de la gente de vender su fuerza de trabajo por adelantado y, por ello, de aceptar un contrato de empleo que reduce su libertad de movimientos durante un periodo más o menos largo, la acción encaminada a aliviar la pobreza es un desvío necesario que conduce al objetivo final.

La elección de la acción indirecta me lleva a examinar una serie de opciones que, para ser realista, se vinculan con prácticas políticas existentes. Directamente quiero rechazar un enfoque que tiene un apoyo considerable: prevenir o resolver la servidumbre por deudas proporcionando microcréditos. La actual popularidad en los círculos políticos de esta forma de intervención parece fundamentarse en la idea de que los pobres pueden superar por sí mismos su indigencia utilizando los préstamos con elevados intereses que se les conceden para aumentar el rendimiento de su trabajo. Sin embargo, los trabajadores que aceptan un adelanto que devuelven con su trabajo lo hacen porque carecen de recursos. No pueden aumentar unos ingresos escasos con la ayuda de un préstamo, ni pueden proporcionar ninguna garantía de reembolso, una de las condiciones para recibir un microcrédito, ya que simplemente no tienen nada que ofrecer. Invertir en mejorar sus vidas trae consigo un riesgo inaceptable e incluso es imposible culparles si no cumplen con su parte del acuerdo. La extrema necesidad en la que viven no les deja más opción que utilizar para el consumo inmediato el dinero que finalmente se les haya podido prestar en vez de invertirlo como un gasto vinculado a la producción. Para respaldar mi opinión de que el microcrédito no ofrece una solución a la servidumbre por deudas, me remito al siguiente informe que se refiere a la situación en el sur de India: «Los pobres en situación de servidumbre no se pueden beneficiar solamente de planes basados en préstamos [...] la mejora de las formas de ganarse la vida en las zonas menos favorecidas y entre hogares extremadamente pobres es la única salida a largo plazo de la servidumbre»¹⁸; y en la misma línea, Rajasekhar y Suchitra se expresan con la misma claridad:

Las actividades de generación de ingresos (esto es, patrocinadas por programas de microcréditos) no deberían promoverse donde es poco probable que sean viables, es decir, mientras un hogar no pueda satisfacer la mayor parte de sus necesidades básicas de consumo sin depender de ninguna clase de endeudamiento, no se le debe obligar a asumir ninguna actividad de ese tipo¹⁹.

¹⁸ S. Premchander, V. Prameela y M. Chidambaranathan, «Prevention and Elimination of Bonded Labour: The Potential and Limits of Microfinance-Led Approaches», Nueva Delhi, Julio de 2008, p. 5.

¹⁹ D. Rajasekhar y J. Y. Suchitra, «Micro-Finance Programmes and Vulnerability to Debt Bondage», en Gopal K. Kadekodi y Brinda Vishwanathan (eds.), *Agricultural development, Rural Institutions and Economic Policy: Essays for A. Vaidyanathan*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2009, p. 53.

Se puede esperar un mayor éxito de la puesta en marcha de un programa dirigido a mejorar las vidas de los trabajadores con poca o ninguna tierra generando empleo mediante obras públicas. El programa tuvo un inicio bastante lento e irregular, pero recientemente se ha ampliado en un plan a escala nacional al considerarse que crearía una fuente de votos para el Partido del Congreso. Cada uno de los estados está obligado a proporcionar empleo por lo menos a un miembro de los hogares que cumplen los requisitos un mínimo de dos meses al año con el salario mínimo establecido. La *National Rural Employment Guarantee Act* (NREGA), que fue aprobada en 2006, seguía el *modus operandi* del gobierno de Maharashtra que ya en 1976 decidió poner en marcha obras públicas para compensar la generalizada falta de empleo durante los meses bajos del ciclo agrario. A los hombres y mujeres se les dio la oportunidad de trabajar en pequeñas obras de infraestructura como mantenimiento de carreteras, ampliación de canales de riego y construcción de diques, lo que les permitía obtener unos ingresos al mismo tiempo que se mejoraban las infraestructuras. Sobre la base de este precedente, el gobierno central ha adoptado el mismo método de delegar toda la responsabilidad—desde la elección de los proyectos a su ejecución— a las autoridades que actúan a nivel de distrito. La estrategia se dirige a aumentar la transparencia desde abajo y a implicar a la mano de obra a la que se dirige el proyecto en el proceso de toma de decisiones y en el progreso diario del proyecto. También pretendía dificultar que funcionarios de bajo rango, subcontratistas, políticos y otras personas importantes en el ámbito local desarrollaran la amplia variedad de prácticas fraudulentas que parecen inherentes a las intervenciones a favor de los pobres. Ese objetivo solamente ha tenido un éxito marginal y no faltan informes que señalan un amplio fraude y corrupción en la puesta en práctica de este programa nacional.

Una cuestión que requiere especial atención es la esperanza de que la migración estacional, que a menudo acompaña a la servidumbre por deudas, descienda como consecuencia de las obras públicas que se empiezan a realizar en las zonas rurales de India. Realmente hay indicios de que la migración desde Bihar a Punjab está disminuyendo. Sin embargo, las expectativas de que sucedería lo mismo en Maharashtra no se han cumplido. El éxodo de una multitud de cortadores de caña al comienzo de la estación seca, desde los pueblos de los distritos occidentales del estado a las llanuras del sur de Gujarat, no parece haber disminuido por ahora. La fuente en la que baso esta conclusión provisional señala que en gran parte se debe a la falta de interés de las autoridades locales, con la consecuencia de que el grupo al que se dirige el programa se niega a unirse al proyecto.

Observamos que en el nuevo plan bajo las directrices de la NREGA hay una falta de voluntad política y burocrática. Los pobres se habían cansado del plan debido a la falta de regularidad y de garantía de los

salarios, porque no se castigaba a los funcionarios negligentes ni se concedía un subsidio de desempleo a los trabajadores a los que no se proporcionaba trabajo. La migración estacional ha aumentado como resultado de esta situación²⁰.

Que esto no es un caso excepcional se puede comprobar con la reciente queja del gobernador del recientemente formado estado de Jharkhand, donde el representante del gobierno central tuvo que asumir el gobierno después de una pelea entre los partidos políticos gobernantes. Durante mi reciente visita a la zona para recoger más información sobre las prácticas de trabajo en régimen de servidumbre, el gobernador declaró en un comunicado de prensa que se veía obligado a devolver a Delhi la mitad del presupuesto recibido a cuenta de la NREGA porque no había suficiente voluntad administrativa y política para poner en marcha un programa a gran escala de obras públicas. A esto yo añadiría que la indiferencia, algunas veces rayando la hostilidad, predomina en todo el sur de Asia cuando se trata de luchar contra la pobreza, y no solo en la cima del aparato político y de la administración pública. En otras publicaciones he llamado la atención sobre la pérdida de fondos y subvenciones dirigidas a reducir la discriminación y la pobreza. Además de la retirada ilegal de fondos, en el ámbito local también hay –quizá incluso especialmente– una obstrucción sistemática y un sabotaje de los planes dirigidos a promover un cierto grado de igualdad económica, social y política. Esta resistencia de una sólida coalición de intereses establecidos que desean conservar la actual jerarquía social tiene que tomarse en cuenta en los esfuerzos para poner fin a la servidumbre por deudas. En el caso de la NREGA todavía es demasiado pronto para hacer balance de su impacto. Reconocer la necesidad de realizar mejoras en la extremadamente inestable existencia de aquellos que viven en el fondo de la economía creando empleo significa que hay que dar la máxima prioridad a un mayor seguimiento de los éxitos y fracasos de esta importante iniciativa.

Lo mismo se aplica a otra intervención, la introducción de un paquete de acuerdos de asistencia social elemental. La *Unorganized Workers Social Security Act*, aprobado a finales de 2008, se dirige a aliviar la vulnerabilidad inherente a las vidas de un gran segmento de la población trabajadora de India, que se enfrenta a una situación de escaso trabajo inadecuadamente retribuido. Como he explicado anteriormente, toda clase de contratiempos –una salud frágil, una enfermedad grave, embarazo y, más en general, la pérdida temporal o permanente de la capacidad de trabajar– son las principales causas de la servidumbre por deudas. Bajo la nueva Ley, aunque la pérdida de ingresos sigue sin compensarse, el coste de la enfermedad, un accidente o el embarazo quedan cubiertos por el seguro.

²⁰ C. Datar, «Failure of National Rural Employment Guarantee Scheme in Maharashtra», *Economic and Political Weekly*, vol. 42, núm. 34, 25 de agosto de 2007, p. 3547.

El derecho a una pensión de vejez si los hijos no pueden proporcionar apoyo significa que las preocupaciones por el futuro –el miedo a una caída de los ingresos una vez que se ha agotado la capacidad para trabajar– se vuelven menos graves. No hay duda de que la oposición política al más alto nivel condujo a que las propuestas originales quedaran diluidas antes de incorporarse a la norma. La negativa a crear un fondo central y a establecer las responsabilidades por la aplicación del decreto a escala nacional significa que los estados individuales tienen libertad para aplicar el plan teniendo en cuenta los programas de asistencia social existentes. La amplia variedad entre diferentes partes del país en este aspecto no hará fácil supervisar el funcionamiento e impacto de lo que se pretende que sean unas medidas básicas de asistencia social. Pero de nuevo es necesario un seguimiento estrecho para determinar la eficacia de esta intervención dirigida a prevenir y eliminar la servidumbre por deudas.

La actual campaña para la introducción de una ley sobre seguridad alimentaria también puede verse como un ejemplo de una estrategia dirigida a salvaguardar necesidades básicas*. El argumento detrás de esta iniciativa se basa en la idea de que la seguridad alimentaria es un derecho elemental para todos. En la clasificación mundial del hambre India ocupa el puesto noventa y cuatro. El sur de Asia representa alrededor de una tercera parte de toda la población mundial que pasa hambre. Uno de los más evidentes indicadores de la pobreza es una persistente escasez de alimentos o una insuficiente cantidad y calidad. Eso se aplica incluso más al estado de extrema pobreza que acompaña a la servidumbre por deudas. El reconocimiento social del derecho a una existencia digna, y su expresión en términos políticos y administrativos, conlleva no solo el derecho a un suficiente consumo diario de alimentos sino también un alojamiento digno. En comparación con las elementales necesidades descritas anteriormente, este derecho fundamental ha recibido muy poca atención. Recorrer las zonas hiperdegradadas de las grandes ciudades y dar una vuelta por las colonias en las que los pobres encuentran su hábitat en el campo, revela la urgente necesidad de asegurar que la gente tenga un espacio adecuado y aceptable para vivir. Construir semejantes alojamientos sería una oportunidad perfecta para un programa de obras públicas a gran escala. El derecho a una vivienda, a una parcela de terreno con una casa, reduce el riesgo de caer y quedarse atrapado en un estado de servidumbre.

Los llamamientos para el reconocimiento de los derechos elementales deberían incluir la liberación del estigma del analfabetismo. Eso pondría

* La National Security Act se aprobó se formalmente en septiembre de 2013. Ofrece subsidios para la adquisición de granos a dos tercios de la población india [N. del T.].

fin a la servidumbre por deudas en la que una enorme masa de niños son puestos a trabajar, individualmente o como «ayudantes» de sus padres, en centros de trabajos urbanos o rurales, al aire libre o bajo techado, básicamente confinados durante una temporada o por un periodo ilimitado. El trabajo infantil está generalizado en todo el sur de Asia, aunque la asistencia a la escuela ha crecido con fuerza en los últimos veinticinco años. Ese progreso merece atención y ha significado, por ejemplo, que el número de niños que no asisten al colegio en India haya caído desde 13,3 millones en 1993-1994 a 8,6 millones en 2004-2005²¹. La mejora ha sido posible por el crecimiento de la provisión pública de asistencia y de una conciencia entre los padres de que la educación ofrece a sus hijos una oportunidad real de tener una vida mejor. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que los niños que caen presa de la servidumbre por deudas no solo no tienen ninguna oportunidad de asistir al colegio, sino que están predestinados a pasar sus vidas de adulto en la extrema pobreza del entorno del que proceden.

El común denominador de todas las intervenciones analizadas es que se basan en una aproximación indirecta al problema de la servidumbre por deudas. Las recomendaciones estratégicas que se hacen aquí se fundamentan en la suposición de que la acción directa para liberar al trabajo no libre encontrará tal resistencia y falta de voluntad para actuar que, sin realmente abandonar esa estrategia por completo, no es aconsejable apoyarse solo o principalmente en ella. Mi argumento para seguir, en términos generales, un camino de acción indirecta se basa en el principio de que la principal razón por la que los trabajadores con poca o ninguna tierra no tienen otra elección que vender su trabajo por adelantado es la excesiva pobreza. Su grave e intensa falta de una elemental seguridad les obliga a establecer un acuerdo que les priva de su libertad de acción temporal o permanentemente y de tener voz en cuanto a las condiciones de su empleo y los ingresos que reciben de él. En consecuencia, se encuentran atrapados en una espiral de pobreza con pocas oportunidades de escapar. ¿Significa esto que mi idea de combatir la servidumbre por deudas se reduce esencialmente a realizar esfuerzos para mejorar las vidas de los pobres en general? Solamente en cierta medida, ya que el enfoque que propongo supone hacer una genuina diferencia en cuanto a la naturaleza, duración y, especialmente, a la intensidad de las privaciones. Por ello, las intervenciones que defienden no cubren todo el espectro de alivio de la pobreza, sino que se centran en las numerosas personas que están expuestas a ella en su forma más extrema. De lo que se trata es de establecer un mínimo de derechos sociales elementales para asegurar que la indigencia no pase de un umbral por debajo del cual no es

²¹ Gobierno de India, *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*, p. 130.

posible llevar una existencia humana digna. Relacionado con esto está el reconocimiento de que todo el mundo debería disfrutar de estos derechos y de que la sociedad civil tiene el deber de asegurar que el crecimiento económico sea inclusivo.

Hay que añadir dos derechos más a los ya mencionados (a un trabajo remunerado, a la seguridad social, a la seguridad alimentaria, al refugio y a la escolarización): el derecho reconocido con gran anterioridad a un salario mínimo y a unas condiciones de empleo que garanticen una utilización digna del trabajo. Establecer semejante mínimo de derechos debería ofrecer protección contra el deslizamiento hacia un estado de exclusión y deberían corresponderse con los que la Comisión Nacional para las Empresas del Sector No Organizado denomina en su informe como las medidas mínimas.

Semejante conclusión señala la necesidad de fijar, por lo menos, un estándar mínimo de condiciones de trabajo, un mínimo nacional por debajo del cual no se debe establecer ninguna industria u ocupación basada en el salario mínimo, junto a unas mínimas medidas de seguridad social. Habida cuenta del carácter federal del Estado, estos estándares mínimos deberían aplicarse a todo el país respaldados por una legislación nacional²².

Si no dudo en la emancipación final del trabajo es porque percibo una creciente reafirmación en el fondo de la economía. Cuando tomo como mi punto de partida el entorno de los trabajadores con poca o ninguna tierra del de Gujarat, que ha sido mi campo de estudio durante cerca de medio siglo, no veo ninguna actitud de aletargamiento y menos todavía cualquier internalización de la subordinación ante los empleadores o ante las clases socialmente más acomodadas en general. Tampoco aquellos que pasan sus vidas de trabajo en la servidumbre por deudas dan la impresión de aceptar tranquilamente su destino. La docilidad ciertamente no es una característica destacable de su comportamiento. El estado de dependencia en el que viven es la razón por la que son incapaces de escapar de la servidumbre, pero responderán con presteza y eficazmente a cualquier iniciativa exterior que amplíe su espacio de maniobra. Vivir en la servidumbre socava la autoestima y el deseo de dignificar sus vidas no necesita ser imbuido desde afuera.

Como opuesto al establecimiento y reconocimiento de un mínimo de derechos que garanticen la inclusión en el orden social, también es posible identificar los contornos de un límite más bajo. La exclusión tiene como resultado un grado tan avanzado de miseria que no solo hace que sea imposible alcanzar el derecho a una digna existencia humana, sino

²²National Commission for Enterprises in the Unorganized Sector, *Report on Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*, cit., p. 48.

que también impide el reconocimiento de cualquier afirmación de semejante derecho. Cuando sucede así, se llega a un punto en el que un estado de avanzada desigualdad, como el que es inherente a las prácticas de la servidumbre por deudas, provoca un abuso sistemático de los derechos humanos. Eso se produce cuando los medios de subsistencia en un país están distribuidos de forma extremadamente desigual entre sus ciudadanos. El más ligero intento por cambiar la situación se encuentra con una firme resistencia por parte de aquellos que se han establecido como los amos de esos recursos. Utilizan su monopolio del poder y de la autoridad para impedir la redistribución y consideran cualquier demanda en ese sentido como ilegal y subversiva. En esta descripción es posible reconocer el régimen que ha conducido al desenfrenado dominio de los terratenientes en el Pakistán rural, algunas veces en colaboración con los señores de la guerra, otras compartiendo con ellos el poder. Esta es una alianza que mantiene la exclusión de las subclases con poca o ninguna tierra para así defender sus propios intereses. La servidumbre en la que los aparceros y peones agrícolas se ven obligados a trabajar va acompañada por una falta de espacio político que deja pocas oportunidades para movilizar a las masas desheredadas en la lucha por la justicia e igualdad social. El que esto no es un ejercicio totalmente falto de esperanza puede constatarse con la abolición del sistema *kamaiya* en Nepal, que reconoce a los aparceros como los propietarios de la tierra que cultivan. En Sindh, los terratenientes no realizan ningún movimiento en absoluto para transferir la propiedad de sus tierras cultivables a sus *haris*. Sin embargo, es aquí, en esta transferencia de la propiedad, donde se encuentra la solución a la servidumbre agraria que apareció recientemente con la transición al modo de producción capitalista. Leyendo una noticia mientras finalizaba este ensayo, publicada en la edición de Karachi de *Dawn* el 21 de enero de 2010, no parece haber habido demasiados cambios en Sindh.

Umerkot, 20 de enero: sesenta y seis trabajadores en régimen de servidumbre, incluyendo mujeres y niños, fueron rescatados el miércoles en una redada de la policía en dos explotaciones agrícolas cercanas. La policía de Umerkot hizo una redada en la explotación del terrateniente Allah Rakhio Rajar cerca de Berchhan y rescató a treinta y dos trabajadores, incluyendo a ocho mujeres y diecisiete niños. Jumo Bheel había puesto una denuncia en los tribunales de distrito afirmando que Rajar había convertido a sus familiares y a otros campesinos en trabajadores en régimen de servidumbre. El juez de distrito ordenó a la policía que rescatara a los trabajadores. Fueron presentados al tribunal donde quedaron en libertad después de prestar declaración. Estos trabajadores manifestaron a *Dawn* que sus cuentos habían sido manipuladas, su movimiento estaba limitado y no se les permitía visitar a sus familiares ni siquiera por una boda o un fallecimiento. Mientras tanto, la policía

de Chhor en una redada en la explotación del terrateniente Lal Mohammad Soomro rescató a treinta y cuatro trabajadores en las mismas circunstancias²³.

Ciertamente estos trabajadores agrícolas fueron rescatados por la policía pero, más que estar inspirada por una preocupación por el drama de los *haris*—no se menciona si este grupo va a ser recuperado o cómo hacerlo— lo más probable es que la redada estuviera provocada por disputas políticas entre terratenientes locales. El camino hacia la emancipación parece más largo y más difícil en Pakistán que en cualquier otra parte del sur de Asia, pero eso no debe ser una excusa para no esforzarse por alcanzarla.

²³ *Dawn*, edición de Karachi, 21 de enero de 2010.

MITOS DE LA RED DE SEGURIDAD GLOBAL*

LOS INFORMES DE los medios de comunicación sobre el colapso económico se han centrado principalmente en el impacto de la crisis sobre las naciones ricas, mostrando escasa preocupación por la población que vive en lo que solía denominarse el Tercer Mundo. La opinión actual parece ser que los contratiempos sufridos por estas «economías emergentes» pueden ser menos severos de lo esperado. Las elevadas tasas de crecimiento de China e India se han tambaleado, pero la recesión prevista no se ha materializado. Sin embargo, esta línea de pensamiento solamente analiza los efectos de la crisis en los países como conjuntos individuales, ocultando su diferente impacto sobre las clases sociales. Si se considera la distribución de la renta, y no sólo los macrocálculos del PIB, el declive global ha impuesto un peaje desproporcionadamente mayor sobre los sectores más vulnerables: las enormes masas de trabajadores sin recursos, sin formación y que se agolpan en las abarrotadas profundidades de la economía mundial.

Un importante segmento de la mano de obra está incorporado al proceso de producción a través del trabajo informal, que se caracteriza por un empleo precario y fluctuante, con frecuencia realizado a destajo, en centros de superexplotación o por cuenta propia al aire libre; y por carecer de todo derecho contractual o laboral o de cualquier tipo de organización colectiva. De modo irregular, todavía mal comprendido, el trabajo de esta naturaleza se ha vuelto predominante en la fuerza de trabajo en general. La Organización Internacional del Trabajo estima que los trabajadores informales constituyen más de la mitad de la fuerza de trabajo de América Latina, más del 70 por 100 del África subsahariana y más del 80 por 100 de India; un informe del Gobierno de este último país sugiere una cifra que excede el 90 por 100¹. Desarraigados de su entorno social original, la

* Originalmente publicado como «Myths of the Global Safety Net», *New Left Review*, 59, septiembre-octubre de 2009.

¹ Academic Foundation, International Labour Organization (ILO), «Decent Work and the Informal Economy», Informe presentado a la 90ª Sesión de la Confederación Internacional sobre el Trabajo, Ginebra, 2002; National Commission for Enterprises in the Unorganised Sector, *Report on the Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*, Nueva Delhi, 2008.

mayoría permanecen atrapados en las enormes aglomeraciones de infraviviendas que rodean las ciudades del Sur global.

Recientemente, sin embargo, la vida de los vendedores callejeros de El Cairo, de los vendedores de tortillas de Ciudad de México, de los conductores de *rickshaws* en Calcuta o de los recogedores de basura en Yakarta se ha presentado con tonos mucho más amables. El sector informal, de acuerdo con *The Wall Street Journal*, es «uno de los últimos refugios seguros en el amenazante paisaje financiero» y «una red de seguridad esencial a medida que se extiende la crisis económica»². Gracias a estos empleos, ha afirmado el ex economista jefe del FMI Simon Johnson, «la situación en los países más pobres no es tan mala como se podría pensar»³. Desde su punto de vista, un admirable espíritu de autoconfianza permite a la gente sobrevivir en los circuitos sumergidos de la economía, al margen de la carga de los impuestos y de los sistemas de subsidios del «sector formal». Estos operadores expertos en la vida en la calle pueden funcionar sin caras provisiones sociales ni prestaciones por desempleo. El economista del Banco Mundial W. F. Maloney asegura al *WSJ* que el sector informal «absorberá a un gran número de personas y les ofrecerá una fuente de ingresos» durante el próximo año⁴.

El *WSJ* saca sus ejemplos de Ahmedabad, la antigua ciudad industrial de Gujarat donde yo realicé mi trabajo de campo durante la década de 1990. Aquí, en el mercado de Manek Chowk —«una serie de ruinosas barracas», donde «los vendedores ofrecen cualquier cosa, desde judías hasta calderos mientras los monos saltan por los techos»— Surajben Babubhai Patni vende tomates, maíz y nueces en un precario cobertizo: «Ella llega a ganar hasta 250 rupias al día, unos cinco dólares, que son suficientes para alimentar su hogar, de nueve miembros, incluido su hijo que recientemente perdió su trabajo de pulidor de diamantes»⁵. ¿Realmente suficiente? Cinco dólares para nueve personas es menos de la mitad de la cantidad que el Banco Mundial señala como el umbral de la pobreza extrema: un dólar per cápita al día. Los hogares que no poseen tierra en los pueblos del sur de Ahmedabad tienen que arreglárselas incluso con menos, y eso los días que logran encontrar trabajo⁶.

A principios de 2009 regresé a los antiguos distritos fabriles de la ciudad para ver cómo estaba afectando la crisis a la gente que vive allí. En 2000 estos antiguos barrios obreros ya habían degenerado en barrios pauperizados. Desde entonces la situación se ha deteriorado todavía más. Si nos detenemos en la situación de las rebuscadoras de basura, todas ellas mujeres ya que no se considera un trabajo de hombres, ahora ganan la mitad de lo que solían por la recolección de papel, trapos y plástico de los basureros en sus

² Patrick Barta, «The Rise of the Underground», *The Wall Street Journal*, 14 de marzo de 2009.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

⁶ J. Breman, *The Poverty Regime in Village India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007

rondas diarias. Para compensar las pérdidas, comienzan a trabajar a las 3 de la madrugada en lugar de a las 5, y se hacen acompañar de sus hijos para contar con más ayuda. La Self Employment Womens Association (SEWA), que organiza a las trabajadoras del sector informal de la ciudad, dice que «los ingresos han bajado, los días de trabajo han disminuido, los precios han caído y los modos de ganarse la vida han desaparecido»⁷. Su último boletín presenta estadísticas que atestiguan el hundimiento de los precios de los «bienes» recogidos en los basureros.

CUADRO 1

PRECIOS PAGADOS A LAS RECOLECTORAS DE BASURA DE AHMEDABAD

Producto	Precio en rupias/kilo Abril de 2008	Precio en rupias/kilo Enero de 2009	Disminución porcentual
Chatarra de acero	6	3	-50
Láminas de acero	10	5	-50
Bolsas de plástico	8	5	-37,5
Periódicos	8	4	-50
Plástico duro	15	7	-53
Plástico blando	10	4	-60
Huesos secos	4	2	-50
Restos de pelo	1.000	300	-70

Fuente: Asociación de Mujeres Autoempleadas, «We the Self-Employed», Boletín electrónico de SEWA, núm. 18, 15 de mayo de 2009.

Una activista de la SEWA radicada en Ahmedabad informa sobre la angustia que encontró cuando visitó a las afiliadas locales.

Una de éstas, Ranjaben Ashokbhai Parmar, comenzó a llorar: «¿Quién envió esta recesión? ¿Por qué la enviaron?». Me quedé sin habla. Su situación es muy mala, su marido está enfermo, tiene cinco hijos, vive en una casa alquilada, tiene que gastar dinero en el tratamiento de su marido y es la única perceptora de la familia, ¿cómo puede arreglárselas? Cuando va a recoger basura, se lleva a su hija pequeña, mientras su marido se queda en casa y hace cucharillas de madera para los helados, con las que no gana más de 10 rupias al día.

En la ciudad industrial de Surat, a 190 kilómetros de Ahmedabad, la mitad de la fuerza de trabajo informal de los talleres de diamantes fue

⁷ Boletín de la Asociación de Mujeres Autoempleadas, *We the Self-Employed* 18, 15 de mayo de 2009. La SEWA comenzó a organizar a las trabajadoras del sector informal de Ahmedabad en la década de 1960, expandiendo posteriormente su actividad por toda la India e incluso más allá de sus fronteras.

despedida de un día para otro a finales de 2008, tras el colapso de la demanda mundial de diamantes para joyería. Aproximadamente 200.000 cortadores y pulidores se encontraron sin trabajo, mientras que el resto tuvo que enfrentarse a drásticas reducciones en sus jornadas y en los precios del destajo. Una oleada de suicidios asoló a los trabajadores despedidos que –con un salario mensual de poco más de 140 dólares– estaban considerados como los más especializados y mejor pagados de la economía informal. Estas amargas experiencias de la economía informal de Gujarat golpeada por la depresión pueden repetirse en una región tras otra en India, África y gran parte de América Latina. Después de constatar esta miseria es imposible aceptar el optimismo del Banco Mundial y de *The Wall Street Journal* sobre la capacidad de absorción del sector. En cuanto a su elogio de la «autoconfianza» de aquellos que luchan por salir adelante en estas condiciones de vida, decir únicamente que vivir en un estado de constante emergencia socava la energía necesaria para enfrentarse a los problemas y erosiona la fuerza para resistir. Sugerir que estos trabajadores constituyen una «vibrante» nueva clase de empresarios autoempleados, ansiosos por luchar para ascender en la escala socioeconómica, constituye una descripción tan errónea como describir a los chavales de los *chawls* de Bombay como *slumdog millionaires*.

El extremo de la sogá rural

La segunda opción que barajan actualmente los medios de comunicación occidentales como «colchón para los tiempos difíciles» es la vuelta al campo. Como manifestaba recientemente un funcionario del Banco Asiático de Desarrollo en Tailandia al *International Herald Tribune*, «volver al pueblo de origen es una especie de “red social de seguridad”». La complaciente premisa es que el gran número de migrantes rurales que sobran en las ciudades pueden retirarse a sus granjas familiares para ser absorbidos por el trabajo agrícola hasta que sean llamados de nuevo a sus empleos urbanos por el próximo rebrote de la economía. El *IHT* evoca un entorno rural paradisíaco en el noreste de Tailandia.

Incluso en la estación seca, existe una enorme variedad de cultivos anuales –calabazas, judías, cocos y bananas, entre otros– que prosperan con poca agua de lluvia. Los agricultores crían pollos y vacas y excavan estanques para peces detrás de sus casas [...]. El rey de Tailandia, Bhumibol Adulyadej, ha estimulado desde hace mucho tiempo esta autosuficiencia⁸.

⁸ Thomas Fuller, «In Southeast Asia, Unemployed Abandon Cities for Their Villages», *IHT*, 28 de febrero de 2009.

Opiniones similares se publicaron cuando se produjo la crisis financiera asiática de 1997. Entonces, los consultores del Banco Mundial presumieron que la agricultura podía actuar como una cuenca de captación de los trabajadores sobrantes de otros sectores, basándose en la idea de que la masa de migrantes que se movía entre el campo y los polos de crecimiento urbano nunca había abandonado su primera ocupación. El mito seguía afirmando que las sociedades de los países del sudeste de Asia todavía eran esencialmente sociedades campesinas. Estos cultivadores de la tierra podían ir a la ciudad a ganar algún salario extra para sus gastos, pero si perdían sus empleos se esperaba que se reintegrasen a la economía campesina sin ninguna dificultad. Esto estaba lejos de la realidad, como ya señalé entonces⁹.

Al volver este verano a las localidades de mi trabajo de campo en Java, escuché las últimas historias de los hombres y mujeres que habían vuelto al pueblo tras perder sus empleos en el sector informal y que tampoco habían encontrado trabajo allí. Estaba claro: habían sido expulsados de la economía rural ante todo por la falta de tierra y de otras formas de capital. No existía granja familiar alguna a la que volver. La partida de quienes carecían de tierra o disponían de poca era una huida que formaba parte de una estrategia de supervivencia. Ahora que los miembros de este proletariado rural se habían vuelto superfluos en Yakarta o en Bangkok, o como trabajadores contratados en Taiwán y Corea, vuelven al punto de partida debido a una marcada y persistente ausencia de demanda de su fuerza de trabajo en sus lugares de origen. Un drama comparable se está produciendo en China. De los 120-150 millones de migrantes que se desplazaron de las zonas interiores rurales a las ciudades costeras que estaban experimentando un rápido crecimiento durante los últimos veinticinco años, las fuentes oficiales informan que entre 10 y 15 millones se hallan ahora desempleados. Para estas víctimas de la nueva economía no existe otra alternativa que regresar a «casa», a unas zonas rurales profundamente empobrecidas.

La economía rural asiática no es capaz de dar acomodo a todos los que no poseen medios de producción; el sector urbano informal tampoco tiene la elasticidad suficiente para absorber a todos aquellos dispuestos a sumergirse en él. De acuerdo con las nociones de movilidad intersectorial manejadas por los responsables políticos, la economía informal debería absorber los excedentes expulsados de los empleos mejor pagados, permitiendo que la fuerza de trabajo desplazada salga adelante mediante acuerdos de reparto de renta hasta que vuelva a cambiar la situación económica. Jamás he encontrado evidencia alguna de que se haya producido

⁹ Véase J. Breman y Gunawan Wiradi, *Good Times and Bad Times in Rural Java. Case Study of Socio-economic Dynamics in Two Villages towards the End of the Twentieth Century*, Leiden, KITLV Press, 2002.

semejante impulso horizontal. Las vendedoras ambulantes no se convierten en conductores de *becak*, en empleados domésticos o en trabajadores de la construcción de un día para otro. El mercado de trabajo del sector informal está muy fragmentado; aquellos que son despedidos en sus ramas de actividad no tienen otra alternativa que volver a «casa», porque permanecer en la ciudad sin ingresos es casi imposible; pero volver a su lugar de origen no es una opción sencilla, dada la ausencia de espacio en la economía rural. Sin embargo, mis informantes no culpan simplemente al colapso económico de su dura situación. Desde la perspectiva de las subclases del mundo, lo que aparece como una crisis coyuntural es realmente una crisis estructural: la ausencia de un empleo regular y decente. El masivo ejército de reserva localizado en el fondo de la economía informal se halla atrapado en un estado permanente de crisis que no se disipará cuando el Dow Jones se mueva de nuevo al alza.

Nuevo orden económico

La transformación que tuvo lugar en la Europa occidental del siglo XIX, cuando los campesinos con poca o ninguna tierra migraron a las ciudades, se está repitiendo ahora a escala verdaderamente global. Pero en esta ocasión no se ha materializado la reestructuración que crearía un orden urbano-industrial que mejoró masivamente la suerte de los antiguos campesinos del hemisferio norte. Los excampesinos del Sur no han logrado encontrar ni trabajos seguros ni viviendas cuando han llegado a las ciudades. La lucha por hacerse un hueco en ellas les ha obligado a empantanarse por generaciones en la situación de privación de las ciudades miseria que constituyen enormes reservas de trabajo informal.

En las décadas de 1960 y 1970, los responsables políticos occidentales contemplaron el sector informal como una sala de espera o una zona de tránsito temporal: los recién llegados podían utilizarla para aclimatarse y aprender las pautas del mercado de trabajo urbano. Una vez familiarizados con las mismas, estarían cada vez en mejores condiciones de cualificarse para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo más respetables. En realidad, la tendencia fue la contraria, debido en gran parte al asalto de las políticas promercado, a la retirada del Estado del ámbito del empleo y al contundente debilitamiento del movimiento obrero organizado. La pequeña fracción que logró incorporarse al sector formal era ahora acusada de constituir una aristocracia obrera y de reivindicar egoístamente privilegios de protección y seguridad. Al mismo tiempo, el sector informal comenzó a ser presentado por el Banco Mundial y por otros organismos transnacionales como el motor del crecimiento económico. La flexibilización se puso a la orden del día, esto es, se desmanteló la seguridad en el trabajo y se acabó con la negociación colectiva. El proceso de informalización que ha tenido

lugar durante los últimos veinte años ha sido testigo, entre otras cosas, del fin de la industria textil a gran escala en el sur de Asia. En la propia Ahmedabad, más de 150.000 trabajadores fueron despedidos de un plumazo, lo que no significó el fin de la producción textil de la ciudad. Las telas se producen ahora en talleres con telares mecánicos por trabajadores que trabajan doce horas al día en vez de ocho y que ganan menos de la mitad de lo que recibían en la fábrica; el sector de la confección ha retornado a los hogares en los que toda la familia se ve involucrada día y noche. El sindicato de los trabajadores textiles casi ha desaparecido. El descenso en la jerarquía del trabajo ha hundido a estos hogares en un estado de crisis permanente, tanto social como económica.

No se trata únicamente de que el coste del trabajo en el fondo de la economía mundial haya descendido al nivel más bajo posible, sino que la fragmentación también mantiene a las masas subempleadas en un estado de compartimentación interna. Estas masas compiten entre sí en un mercado de trabajo en el que la oferta es ahora estructuralmente mayor que una demanda de fuerza de trabajo que está en constante fluctuación. Estos grupos reaccionan ante tal desequilibrio intentando fortalecer sus vínculos a partir de líneas familiares, regionales, de tribu, casta o afiliación religiosa, y recurriendo a otras identidades primordiales que impiden la negociación colectiva a partir del estatus laboral o la ocupación. Su vulnerabilidad se ve exacerbada por su desarraigo forzoso: son expulsados de la tierra, pero luego devueltos de nuevo a la misma, vagando entretanto en una búsqueda interminable de trabajo y alojamiento.

La emergencia del primer Estado del bienestar en el hemisferio occidental a finales del siglo XIX se ha atribuido al temor de la burguesía a que la política de exclusión de los estratos más bajos de la sociedad pudiera terminar con el colapso del orden establecido¹⁰. Hoy las clases propietarias de la humanidad no parecen mostrarse aterrorizadas por la presencia de una *classe dangereuse* mucho mayor. Su apropiación de una parte cada vez mayor de la riqueza es el reverso de la tendencia hacia la informalización, que ha provocado el creciente desequilibrio entre capital y trabajo. No se perciben signos de cambios de dirección en este curso económico. Las promesas de reducción de la pobreza hechas por los líderes globales son solo palabras u oportunidades para hacerse una foto. Durante su campaña, Obama se refirió esporádicamente a su aprecio por el *New Deal* de Roosevelt, pero desde su elección la idea de un amplio plan de bienestar social se ha reducido sin más a la mitad. La crisis global se está afrontando mediante una masiva transferencia de riqueza de los pobres a los ricos.

¹⁰ Abram de Swaan, *In Care of the State. Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*, Cambridge, Nueva York, Polity y Oxford University Press, 1988.

La lógica sugiere una vuelta a las creencias del siglo XIX, en la teoría y en la práctica, en la desigualdad natural. Partiendo de esta premisa, no es la pobreza lo que debe erradicarse. El problema son los propios pobres, que carecen de la capacidad para salir por sí mismos de su miseria. Cargados con todo tipo de defectos, constituyen un residuo inútil y una carga innecesaria. ¿Cómo deshacerse de este lastre?

EL EVENTUAL REGRESO DEL DARWINISMO SOCIAL*

LA INDIFERENCIA UNIVERSAL por la situación de pobreza en la que vive una considerable parte de la humanidad y la insuficiencia de las estrategias seleccionadas para abordar esta primordial cuestión social, están relacionadas con el regreso de la desigualdad como una doctrina de moda a escala nacional y global. Para analizar el impulso ideológico a favor de más, y no menos, desigualdad, mi punto de partida es un reciente estudio que resume los principales postulados del darwinismo social¹. La premisa central de *El origen de las especies* era que el desarrollo de los organismos debe considerarse como una lucha por sobrevivir a lo largo de un periodo de millones de años². El principio de la selección natural implicaba la continua adaptación al entorno de una manera que aseguraba que las especies superiores saldrían adelante, triunfando donde aquellas que carecían de las cualidades necesarias para sobrevivir habían fracasado. La aparición final del hombre era la prueba de este progresivo proceso de selección biológica. La teoría de Darwin representaba una ruptura de la interpretación estática de la naturaleza según la cual todas las formas de vida estaban distribuidas en una jerarquía en la que el hombre había ocupado la posición superior desde «el principio». La aplicación de las ideas de Darwin a la teoría social y política pasó a conocerse como darwinismo social.

* Originalmente publicado como «The Eventual Return of Social Darwinism», *Economic and Political Weekly*, vol. 39, núm. 35, 2004, pp. 3869-3872.

¹ Cor Hermans, *De dwaaltocht van het social-darwinisme: Vroege interpretaties van Charles Darwins theorie van natuurlijke selectie, 1859-1918* (La búsqueda del darwinismo social: primeras interpretaciones de la Teoría de la Selección Natural de Charles Darwin), Ámsterdam, Uitgeverij Nieuwezijds, 2003. El estudio comenzó como una tesis doctoral en la Universidad de Ámsterdam. El autor analiza detalladamente la historia y variedad del pensamiento del darwinismo social desde mediados del siglo XIX hasta finales de la segunda década del siglo XX. En mi ensayo he resumido las principales características de su trabajo y de su línea de argumentación.

² Charles Darwin, *The Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, J. W. Burrow (ed.), Londres, Harmondsworth, 1983 [1859]. [ed. cast. *El origen de las especies*, Madrid, Espasa Calpe, 2005].

Uno de los más destacados precursores de esta escuela de pensamiento fue Herbert Spencer, que ya había manifestado ideas similares a las del biólogo británico. Darwin adoptó su expresión de la «supervivencia de los más aptos» como una formulación más expresiva del mecanismo de selección natural para el desarrollo social. Inicialmente, este proceso estaba estrechamente vinculado con la doctrina del *laissez-faire*, que sugería que la lucha por la supervivencia era la que producía mejores resultados si se la dejaba actuar sin trabas. Semejante fórmula excluía cualquier forma de interferencia en lo que se consideraba un proceso natural. Sin embargo, con mucha rapidez, este enfoque de «manos fuera» fue sustituido por una visión más pesimista que ya no asociaba automáticamente la evolución con el progreso. La última fase de desarrollo de la teoría hacia finales del siglo XIX estuvo marcada por los programas sociobiológicos de Ernst Haeckel y otros, que estaban preocupados por los peligros de la degeneración. A pesar de sus muchas diferencias, las ideas sobre el desarrollo humano y social que pusieron los fundamentos para la aparición del darwinismo social estaban lógicamente relacionadas y aparecieron en un periodo de solamente unas décadas. Se propagaron sorprendentemente deprisa por el escenario internacional, por Europa y América del Norte en especial. El primero en utilizar realmente el término «darwinismo social» fue el anarquista francés Emile Gautier en 1879.

La conceptualización inicial adquirió posteriormente fuertes connotaciones negativas. Se la consideraba extremadamente individualista al negar cualquier forma de intervención del Estado y enfatizar en extremo la importancia de la competición, en oposición a la solidaridad, como la fuerza impulsora de la interacción social. Este punto de vista no hace justicia a una interpretación completamente diferente del darwinismo que, en vez de cantar alabanzas del individualismo desenfrenado, realmente hace una crítica radical del mismo. Desde esta última perspectiva, sentó los fundamentos de llamamientos para la intervención pública dirigida a controlar el libre juego de las fuerzas sociales. El énfasis se hacía sobre la posibilidad que tienen las personas, en la lucha por la supervivencia, de no pelear contra los demás sino de trabajar juntas en busca del bienestar de todos. El objetivo de poner fin a egoísmos sin trabas mediante la cooperación y la solidaridad también rechazaba el evangelio de la desigualdad, que no toleraría ninguna concesión sobre el principio de «cada uno para sí mismo». Lo que atrajo hacia el darwinismo a los reformadores radicales fue la manera en que rompió el orden jerárquico que todavía prevalecía. Los rasgos igualitarios que estos intelectuales críticos identificaban en la teoría no glorificaban el individualismo atomístico sino que promovían el colectivismo. Esta fue la raíz de la interpretación emancipadora que tanto marxistas como fabianos dieron al darwinismo social. Pero el colectivismo también tenía una variante conservadora, si es que no

reaccionaria. En la teoría de la eugenesia que estaba adquiriendo fuerza con rapidez, la supervivencia de los más aptos se presentaba como el derecho de los más fuertes y conducía a llamamientos para liberar a la sociedad y a la humanidad de elementos indeseables que eran una carga para sí mismos y para el mundo en general.

La dicotomía conservador/progresista no es útil como medio de clarificar el pensamiento del darwinismo social. Los defensores del capitalismo industrial, fundado sobre la dureza y la desigualdad, eran reformistas en el sentido de que rechazaban el orden social religioso-aristocrático y buscaban refugio y apoyo en la ciencia moderna. El enfoque original del *laissez-faire* era terminantemente antiautoritario y antitradicionalista, radical en su individualismo y en su resistencia a la supremacía de la alianza preindustrial de la iglesia y el Estado. Esto no cambia el hecho de que la inversión en la interpretación social del darwinismo —desde un individualismo liberal optimista a un colectivismo pesimista y socialmente conservador— tuviera una fuerte influencia en el triunfo de este último en la posterior discusión sobre desarrollo humano y social. Darwin estaba convencido de que su teoría de la evolución había provocado un cambio radical en el pensamiento sobre la sociedad y la civilización. Sin embargo, el mecanismo de la selección natural que él describió no puede considerarse aislado de las ideas sobre la economía política que habían estado presentes durante mucho más tiempo. El biólogo estaba muy influenciado por Thomas Malthus que había advertido medio siglo antes de la alteración del orden natural como consecuencia de un crecimiento desequilibrado de los alimentos y la población. De acuerdo con Malthus, a pesar de lo lamentable que pudiera parecer, era necesario permitir que todas las formas de miseria social —la peste, el hambre y la guerra— continuaran sin trabas para evitar una insostenible explosión demográfica.

La conclusión a la que rápidamente se llegaba era que en la sociedad civilizada el mecanismo de selección natural no estaba operativo o por lo menos no lo suficiente. Mientras Darwin todavía estaba trabajando en su sensacional obra, en el Parlamento británico se producía un acalorado debate motivado por la larga lucha por aprobar el primer artículo de la legislación laboral industrial. En los círculos adinerados a los que pertenecía Darwin, se hacía una generalizada y severa crítica a la intolerable generosidad de las *Poor Laws*. El apoyo del gobierno no podía ni debía utilizarse para detener el continuo proceso de pauperización. Una solución al problema de qué hacer con los elementos inferiores y redundantes de la población era embarcarlos para las colonias. En lo que llamaba sus «opiniones malthusianas», Darwin apoyaba la creencia imperante de que el hambre y la elevada mortalidad tenían un impacto positivo. El *ethos* económico burgués en el que se basaba este punto de vista daba prioridad al incesante trabajo duro, a los logros individuales y a la recompensa de acuerdo con los méritos, y no tenía tiempo para

inadaptados y holgazanes. Darwin conservaba su creencia en el progreso, pero reconocía que desde el amanecer de la civilización había actuado como un obstáculo para el mecanismo de la selección natural. El progreso por ello no era una ley de la regularidad evolutiva.

En el debate sociopolítico, la selección natural abrió la puerta a puntos de vista en los que las normas y los valores estaban subordinados a la salud biológica del individuo, del pueblo y de la raza. Los defensores de una forma de darwinismo social que no tolerarían ninguna contaminación del principio de supervivencia del más adaptado, estaban convencidos de que las clases bajas eran inferiores. La naturaleza y la sociedad eran crueles solamente con aquellos que no poseían la vitalidad y las cualidades necesarias para sobrevivir. Los pobres llevaban unas vidas incompletas e inadecuadas porque eran incapaces de tomar el control de las circunstancias en las que se veían obligados a mantenerse. Pero el instinto entre la gente civilizada de simpatizar con estos desgraciados les ofrecía un injustificado apoyo y protección. Al moderar el funcionamiento natural de las fuerzas sociales en lugar de darles rienda suelta, la sociedad moderna se había cargado sobre sus espaldas a una subclase parasitaria. En la parte civilizada del mundo, las clases inferiores —que eran las que más rápidamente se reproducían— estaban consideradas como «salvajes modernos». Para cancelar la amenaza de la degeneración, a estos indigentes se les debía prohibir tener hijos. Los mejores elementos de los trabajadores pobres todavía tenían la posibilidad de elevarse en algún momento del futuro, pero para la escoria por debajo de ellos, el único remedio real era la exclusión social. Estos *Untermenschen* eran una amenaza al poder y la salud de la nación. En 1904, el gobierno británico formó una comisión real para el cuidado y control de los retrasados mentales Winston Churchill estaba entre los que defendían la esterilización forzosa. El mecanismo del *laissez-faire* ya no servía para tratar a esos débiles de mente y cuerpo. No hacer nada suponía exacerbar el mal. Los defensores de lo que equivalía a una limpieza social deseaban reemplazar la mano invisible del mercado por la mano dura del Estado. Esta variante de darwinismo social se fundaba no en el principio de igualdad sino en el de desigualdad. Donde Darwin había visto la clave de la evolución como la supervivencia de los más adaptados, en el sentido de las especies más favorecidas, esta visión invertía el mecanismo de la selección natural para equipararlo al derecho del más fuerte, en un orden social jerárquicamente estructurado y explícitamente intervencionista.

La lucha por la supervivencia había producido una sociedad moderna estructurada en términos de superioridad e inferioridad. Semejante dualidad se reflejaba incluso mejor en la distinción entre pueblos más y menos civilizados. Aunque Darwin no fue uno de los arquitectos de esta forma de darwinismo social, se le puede considerar uno de sus propo- nentes. Esto es evidente no tanto en su primer libro como en su secuela,

*The Descent of Man*³. Sus opiniones sobre las diferencias entre la especie humana dejan esto muy claro. No tenía escrúpulos en repetir los sentimientos de uno de sus socios que afirmaba que los irlandeses eran descuidados, sucios y sin entusiasmo y «se reproducen como conejos». Los escoceses, por otro lado, aparecían como ahorradores, previsores y ambiciosos. Darwin tenía una gran admiración por Estados Unidos cuya población era el resultado de la selección natural. La gente con mayor energía y bravura de Europa había partido para América y su éxito en el Nuevo Mundo era una clara evidencia de las cualidades que poseían. Desde la humanidad civilizada había una línea directa que llegaba a los salvajes primitivos que habitaban los márgenes de la tierra y a los que se consideraban «nuestros antepasados vivientes». Después estaban las estáticas civilizaciones orientales que, tenazmente y sin ninguna razón, se aferraban a siglos de herencia cultural y exigían un grado de conformidad a sus pueblos que impedía un comportamiento variado que no les permitía dar el gran salto hacia delante.

El darwinismo social era explícitamente racista por carácter. El concepto de progreso en el que se fundaba reforzaba la creencia de que la raza blanca era el Pueblo Elegido. El salvajismo y la civilización no eran solo una cuestión de individualidad sino también de las sociedades construidas alrededor de ellas. La falta de una vestimenta adecuada, de armas y herramientas significaba que nuestros antepasados vivientes eran simples «niños» que —careciendo de una protección eficaz contra el funcionamiento selectivo de duras circunstancias externas— no podían perseguir el mayor desarrollo de sus capacidades físicas y espirituales. Semejantes expresiones de la desigualdad entre las razas eran, evidentemente, una apología de la expansión y del dominio colonial. El matrimonio o el cruce de las razas estaban descartados porque eso significaba que la raza superior caía al nivel de la inferior. Este desprecio dirigido especialmente hacia los negros alimentaba la opinión de que ellos no avanzarían aunque entraran en contacto con la civilización occidental. Sus limitaciones eran genéticas. La gente de color estaba considerada como niños excluidos del crecimiento a la madurez.

Herbert Spencer era un darwinista social *avant la lettre*. La afinidad entre las ideas de los dos hombres no significa que estuvieran de acuerdo en todos los aspectos. Una diferencia irreconciliable era la creencia de Spencer en la capacidad autoreguladora de la sociedad industrial. Spencer tomó la posición de un profeta del liberalismo que era de hecho ultraconservador, y su hiperindividualismo, junto a un virulento antiestatalismo, le convirtieron en un favorito de Andrew Carnegie y de otros capitanes de la industria

³ Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, J. Tyler Bonner y R. M. May (eds.), Princeton, Princeton University Press, 1981 [1871].

estadounidenses. Por el contrario, Darwin no fue más allá de expresar su preocupación porque el desarrollo de la sociedad civilizada dejara sin efecto la selección natural. Temía que la propagación de la pobreza tuviera un efecto perjudicial sobre la fortaleza biológica del pueblo británico. Sin perder su fe —conservó la creencia de que la humanidad continuaría beneficiándose, también en la sociedad moderna, del funcionamiento sin trabas del proceso de selección natural— Darwin estaba de acuerdo con el razonamiento de que se necesitaba cierto grado de intervención del gobierno para cuidar de que las «razas favorecidas» mantuvieran su privilegiada posición. La consecuencia final de este punto de vista era la necesidad de una ingeniería social para asegurar que la lucha por sobrevivir en una sociedad global se decidiera a favor de aquellos que habían mostrado ser los más aptos y fuertes.

Sin embargo, la continua confrontación con los elementos más débiles que de alguna manera sobrevivían en el fondo de la sociedad industrial se vio interrumpida cuando el incremento de las tensiones en el exterior exigió cerrar filas en casa. La creación de un Estado fuerte se consideró cada vez más como una necesidad para la supervivencia nacional. El apoyo de las clases inferiores era indispensable en la lucha imperialista contra otras naciones y razas. Esta consideración geopolítica se expresó en la concesión de derechos básicos a las masas trabajadoras y fue acompañada por una mejora de los niveles de vida en la base de la sociedad industrial. El principio de competencia todavía prevalecía pero, en la variante social-darwinista de la ideología imperialista, el centro de la lucha por sobrevivir ya no estaba en los esfuerzos por descartar lo indigno en nuestro propio medio. Se dirigía hacia el exterior, a las obligaciones que resultaban de la desigualdad entre pueblos y razas. Su sometimiento era una cuestión de menosprecio y discriminación. En la práctica racista del Estado colonial, más que en las propias sociedades occidentales, fue donde el darwinismo social alcanzó su máxima expresión. Semejantes connotaciones racistas, de nuevo pueden percibirse en los actuales debates sobre el proceso en marcha de globalización; más específicamente en la variante que sugiere y promueve un choque de civilizaciones.

Me gustaría finalizar con algunos comentarios adicionales que relacionan el pasado, abordado por Hermans con fascinante detalle, con el presente. En primer lugar, ¿cómo se explica la desaparición del darwinismo social —o por lo menos la disminución de su importancia— desde principios del siglo XX en adelante? La pregunta es importante debido a una posible reaparición en la sociedad y en la cultura de ideas inspiradas por el darwinismo social. El neoliberalismo de moda a finales del siglo XX anuncia, de algunas maneras, un regreso a un darwinismo social de la clase más radical, *à la* Spencer. La razón de regresar a una etapa anterior no es porque proporcione una interpretación retrospectiva de una histórica escuela de

pensamiento, sino porque llega en un momento en que los debates en las ciencias sociales están contextualizados en el escenario del turbulento e imparable proceso de globalización⁴.

Un cierto número de factores que contribuyeron a la erosión de esta marcada ideología a principios del siglo XX fueron resaltados en las obras pertenecientes a la primera etapa del debate sobre los méritos y deméritos del darwinismo social. En primer lugar, primaba la creencia ampliamente compartida de que mandar a los pobres a las colonias, por su propia voluntad o a la fuerza, resolvería el problema de la pauperización en casa. De esta manera, la tensión interna se podía descargar mediante la expansión externa. La emigración de masas a lo que se consideraba regiones vacías —que a menudo provocaban la evacuación forzosa o la eliminación de los «nativos» y la enajenación de su derecho a disponer de los medios de producción que poseían— ya no es una opción en la actual estructura de la economía global para sociedades que desean librarse de aquellos que consideran contraproducidos debido a su aparente incapacidad para contribuir a aumentar el excedente económico nacional. Mientras que Darwin explicaba el flujo de emigrantes a América como el proceso de selección natural en funcionamiento, las gentes que en la actualidad buscan escapar de la pobreza y encontrar una existencia mejor en las partes más desarrolladas del mundo, son estigmatizadas como refugiados económicos. En el pasado, sin embargo, la migración a la ciudad o al extranjero era la tradicional válvula de escape en Europa para la gente del medio rural que sufría en la lucha por la supervivencia.

El eclipse del darwinismo social a finales del siglo XIX y principios del XX, sin embargo, debe situarse principalmente en el contexto de la creciente resistencia a las crueldades de la sociedad industrial. Las masas trabajadoras demostraron ser combativas y forzaron mejoras en su situación. Lo que inicialmente no eran más que las armas de los débiles y desesperados —obstinación, sabotaje y otras formas de comportamiento subversivo— fueron reemplazadas gradualmente por actividades emancipadoras organizadas colectivamente y sobre la base de la solidaridad, que tuvieron por resultado el alivio de la pobreza. Este cambio a mejor fue parcialmente promovido por un creciente miedo entre la burguesía a que la continua exclusión acabara en que las hordas desheredadas se alzaran en rebelión. Los problemas asociados con la inclusión de las que estaban consideradas como *les clases dangereuses* eran menores que los disturbios que finalmente estallarían en abierta hostilidad si a este creciente segmento en la base de la sociedad se le continuaba negando el acceso a la vida civil y a la respetabilidad⁵.

⁴ He señalado los paralelismos entre el pasado y el presente en una colección de ensayos. Véase «The Renaissance of Social-Darwinism», en J. Breman, *The Labouring Poor in India: Patterns of Exploitation, Subordination and Exclusion*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2003, introducción y capítulo 1.

⁵ Un razonamiento en este sentido se encuentra en A. de Swaan, *In Care of the State: Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*, Cambridge, Polity y Nueva York, Oxford University Press, 1988.

Pero mientras que el declive de la popularidad del darwinismo social en ese momento se puede explicar por la creciente presión desde abajo o por el ilustrado interés egoísta de los más acomodados, el hecho de que aumentara el valor social y económico atribuido al trabajo —y en consecuencia, el precio que había que pagar por él— fue un factor significativo en el cambio que se produjo. Esta tendencia, lenta pero constante, hacia una mejoría, capacitación y creciente respetabilidad puede remontarse a un primer modelo de industrialización y a un sistema de producción que todavía era profundamente intensivo en trabajo. Para las masas de las sociedades occidentales que habían sido expulsadas de su existencia rural-agraria durante el siglo XIX, las ciudades y otros sectores de la economía parecieron, al principio, ofrecer insuficientes oportunidades de empleo. La inevitable consecuencia fue el empobrecimiento y la eventual pauperización. Sin embargo, el nivel relativamente bajo de tecnología que caracterizaba esta fase de la industrialización finalmente permitió a una masa de gente, hasta entonces descrita como superflua e inútil, ser empleada con provecho en llevar adelante el proceso. El ejército industrial de reserva resultó ser mucho más que un lastre inútil. La formación y la escolarización pusieron fin a la combinación de desempleo y de salarios demasiado bajos. A finales del XIX y principios del XX, los pobres consiguieron convertirse en participantes de pleno derecho en el proceso laboral de las sociedades occidentales y contribuyeron al crecimiento de la prosperidad. La creciente dignidad de las clases trabajadoras condujo a una mayor representación política y fue el resultado lógico de esta tendencia hacia la igualdad.

He hecho un breve bosquejo de ese proceso para sugerir que el renacer del darwinismo social está producido por la ausencia de los factores que, en la primera etapa, ayudaron a moderar o incluso a disipar una ideología que mantenía que una parte importante de la población mundial era responsable de los defectos de su propia existencia. Las teorías sociales que prevalecían en una primera ronda de globalización consideraban que para esta gente la mejora de su situación era imposible porque carecían de las cualidades necesarias para mejorar; al mismo tiempo, cualquier reclamación que hicieran, o que se hiciera en su nombre, a favor de una recolocación de los recursos necesarios para sobrevivir se consideraba ilegítima.

En los comienzos del siglo XXI, parece crecer la conciencia de que la continuación de las actuales políticas económicas y sociales a escala global hará imposible resolver el problema de la enorme pobreza existente. Esta angustiada reevaluación también se aplica a las sociedades posindustriales donde a pesar de la rápida propagación de la riqueza —o quizá debido a ello— en las últimas décadas ha crecido la resistencia contra una distribución más equitativa de la propiedad, el poder y el estatus. La reciente tendencia hacia una mayor desigualdad afecta a todos aquellos que viven

en el fondo de la sociedad, pero en especial al segmento sin formación y sin cualificación cuyos orígenes se encuentran en «otra parte», aquellos que tienen diferente color de piel, etnicidad o religión. Después de su llegada, supuestamente «temporal», a las zonas prósperas del mundo, no reciben permiso para establecerse permanentemente o tienen muchas dificultades para obtenerlo. De una manera incomparablemente más severa, un porcentaje mucho mayor de gente está expuesta a la miseria en países donde el triunfo del capitalismo es un fenómeno más reciente. Las circunstancias que finalmente permitieron a sus predecesores en los primeros países industrializados acceder a la corriente predominante de la sociedad no se aplican a los que han llegado después. Las regiones del mundo que una vez estaban «vacías» se consideran «llenas» y las anteriores oleadas de colonos se han apropiado de sus recursos. Además, los avances tecnológicos han hecho que la producción sea mucho menos intensiva en trabajo.

Finalmente, la informalización del empleo remunerado, que se ha convertido en una importante tendencia, especialmente en los países en desarrollo, en esta última fase del capitalismo, dificulta el crecimiento de los miserables salarios y reemplaza el empleo regular por acuerdos de trabajo ocasionales, irregulares y espasmódicos, pagados no sobre la base de las jornadas de trabajo sino a destajo. Un régimen económico de esta clase desalienta la militancia e impide la movilización de los trabajadores pobres en sindicatos y otras organizaciones de masas⁶. El poder compensador de las masas trabajadoras para resistir es extremadamente débil. Los programas de las instituciones transnacionales con un mandato para dirigir la economía global solo dedican palabras a la lucha contra la pobreza, pero en las políticas neoclásicas que hay detrás de ellas, el mensaje estridente que se envía es que las masas de pobres solamente se pueden culpar a sí mismas por su situación. ¿Qué otra explicación hay para el hecho de que no posean una proporción mayor de la riqueza del mundo? La privación y la subordinación no se han transformado hasta ahora en una sistemática política de exclusión, pero parece haber revivido la idea de que no es la propia pobreza sino el degenerado material humano que la sufre, lo que representa una carga inaceptable para los que se encuentran en una buena situación en el mundo. En esa perspectiva reaccionaria, en vez de la pobreza son los propios pobres los que constituyen una intolerable molestia.

⁶ He dedicado una serie de publicaciones a esta evolución, incluyendo «A Question of Poverty», mi discurso de despedida en el Institute of Social Studies recogido en *The Labouring Poor in India*, capítulo 6, pp. 194-220.

Este libro se terminó de imprimir
y encuadernar en noviembre 2014,
en Imprenta Editogran S. A.
de Guayaquil, Ecuador.

